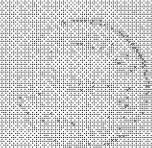
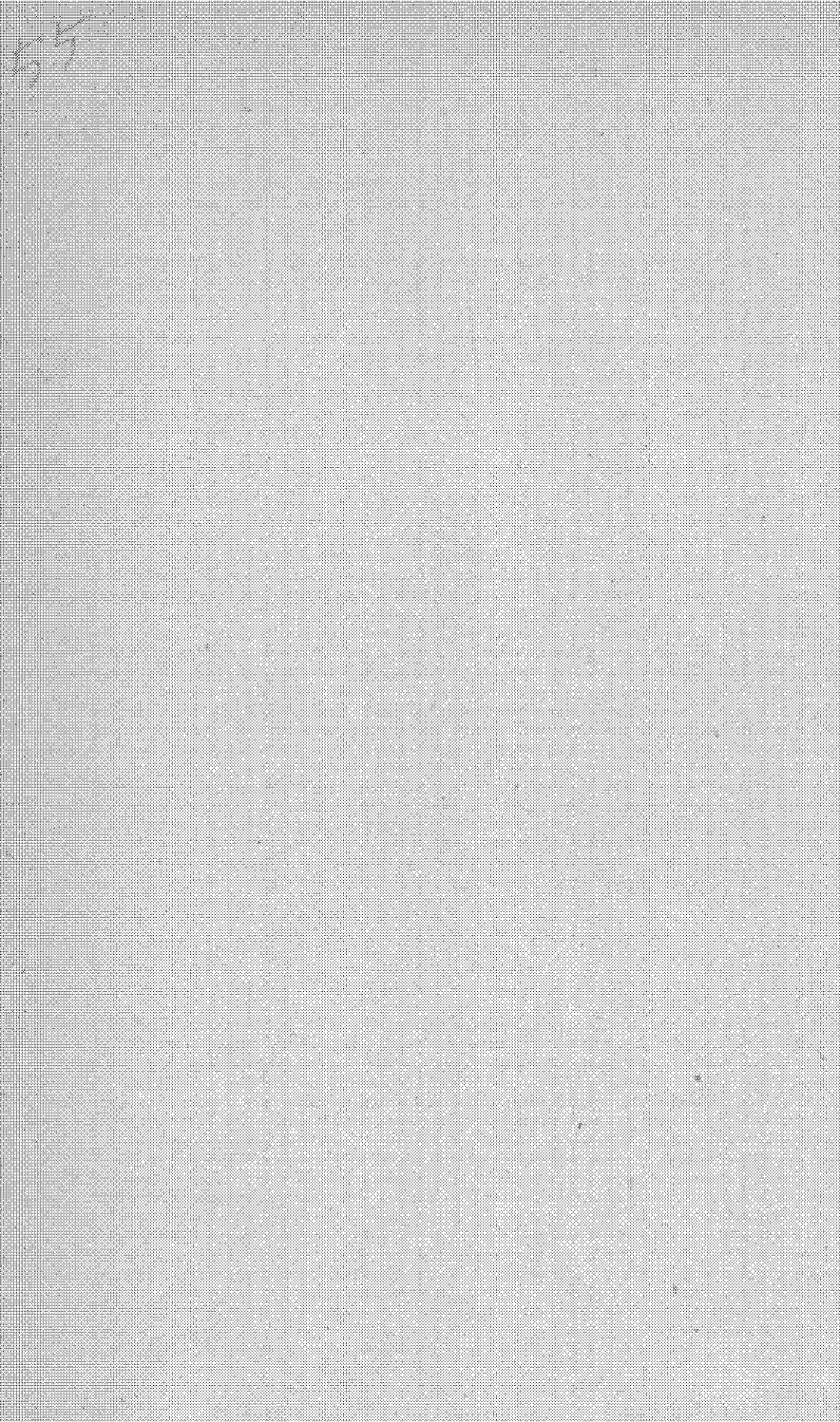


1917
XIX
1712

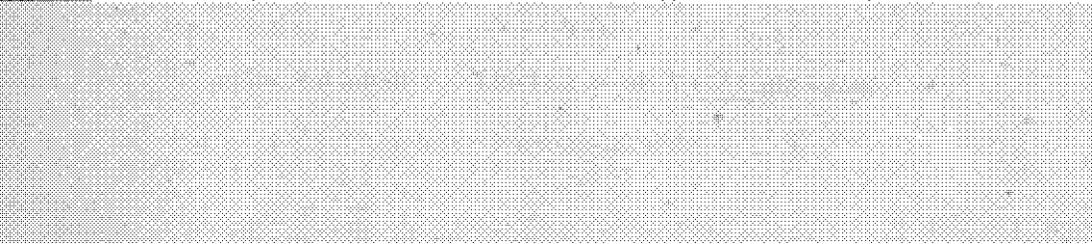
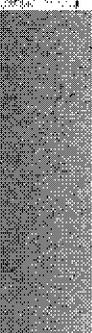
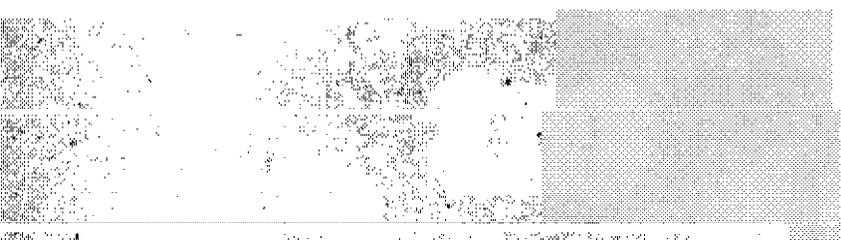






EL DIABLO MUNDO.

SEGUNDA PARTE.



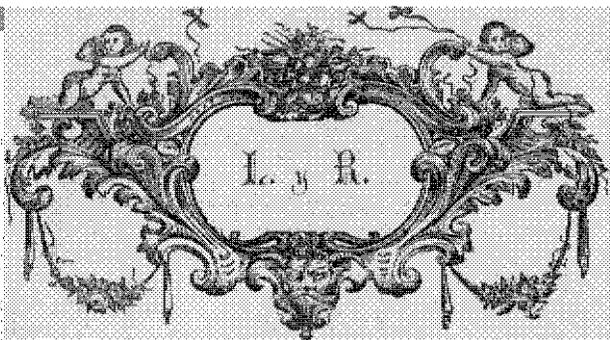
EL DIABLO MUNDO.

SEGUNDA PARTE.

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Curso de continuación al poema de D. José de Espronceda.



MADRID.—1867.

Estab. tip. de D. J. M. de LEZCANO Y ROLDÁN, editor.

Calle del Sacramento, n.º 5.

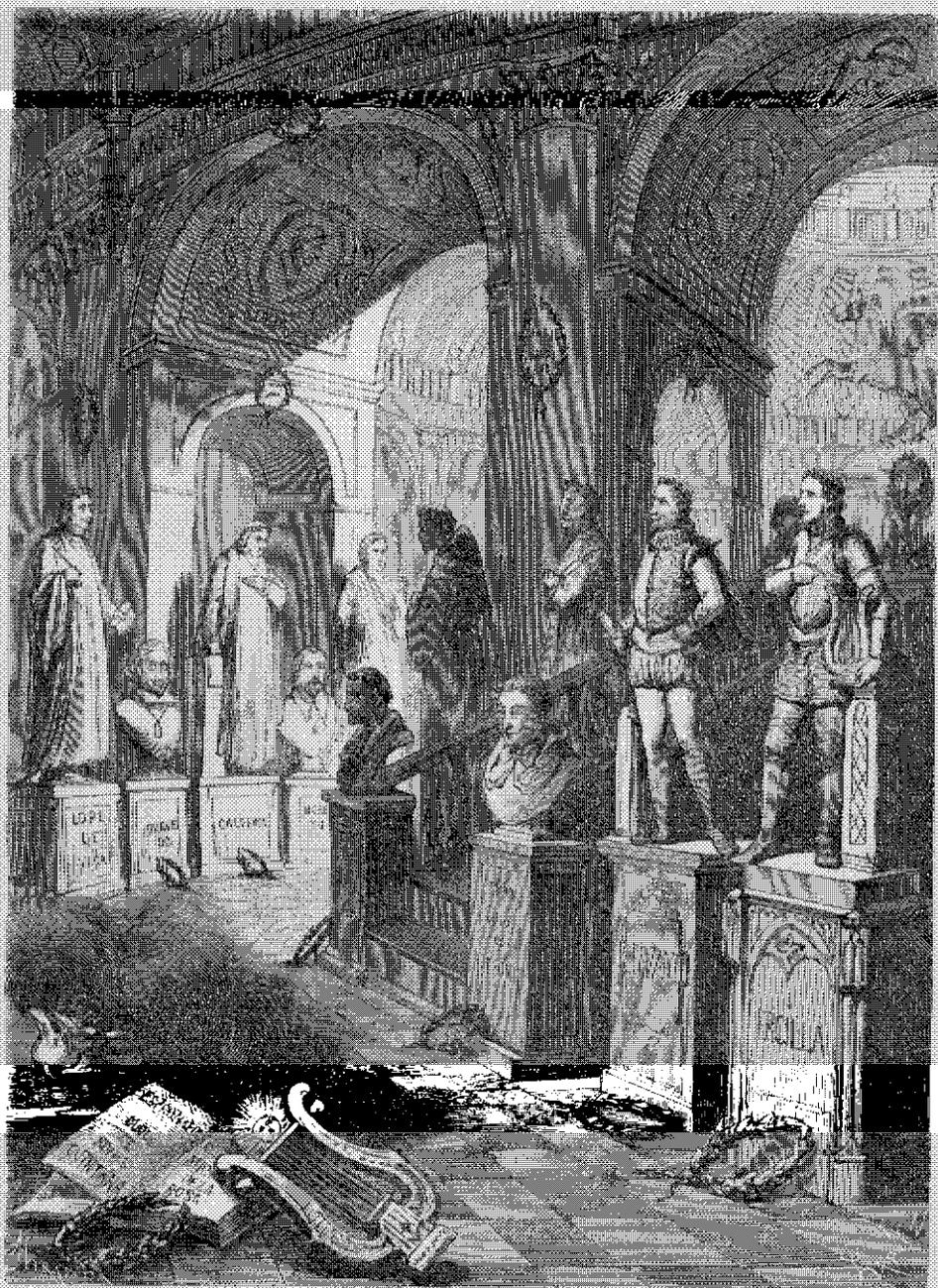


A mi apreciable amigo el Sr. D. Felipe
Picarste, como recuerdo de buena amistad
del

Editor

Todo ejemplar que no lleve las contraseñas que
se han adoptado, se considerará como furtivo para
los efectos de la ley, protectora de los derechos de
propiedad.

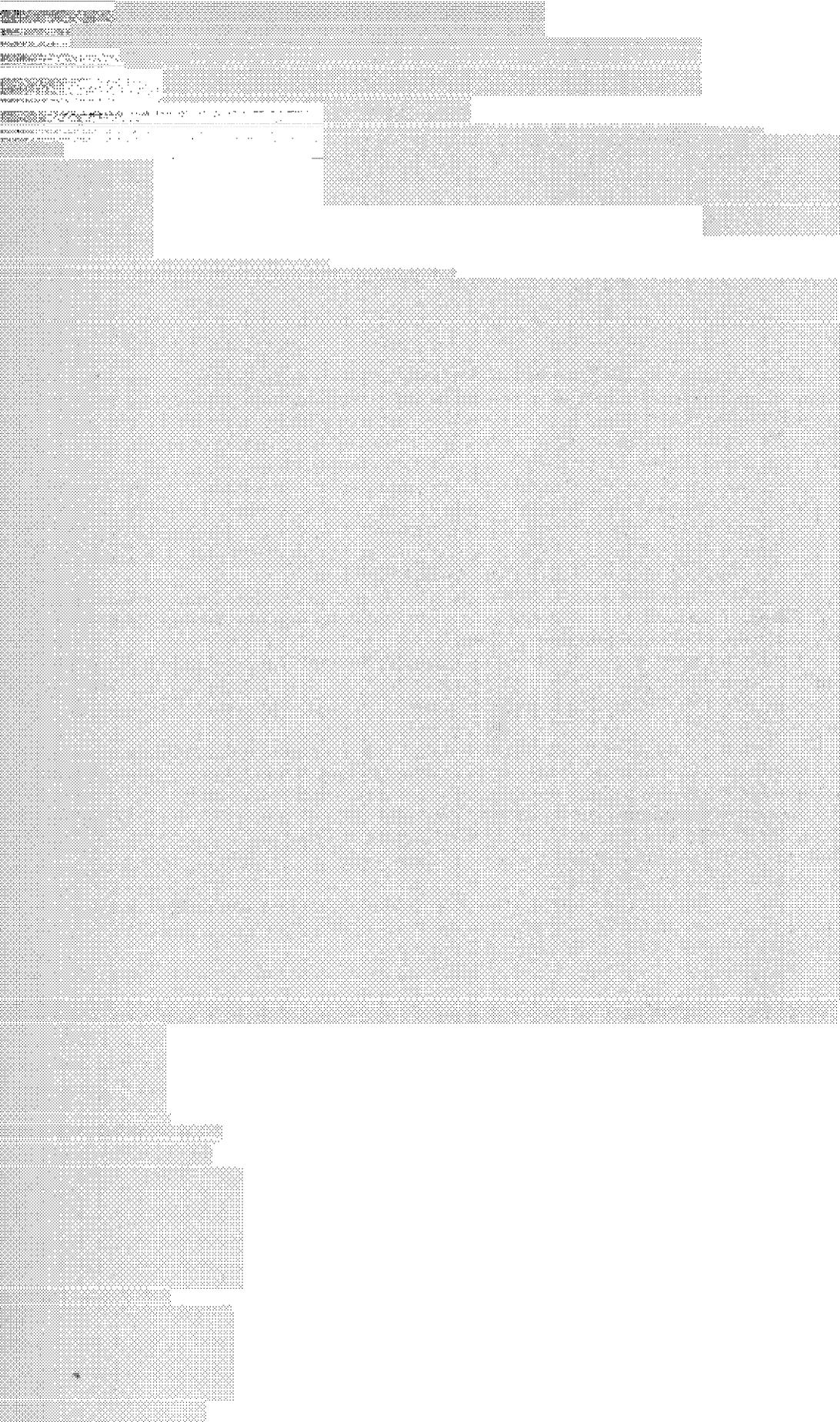




En lápidas de mármoles bruñidos,
En bronce, jaspes, y con letras de oro,
De bardos españoles, esculpidos
Hallá mil nombres; ¡inmortal tesoro!

Vi en ricos pedestales sostenidos
Sus bustos gigantes; vi el sonoro
Laud allí en sus manos; vi cercadas
Sus sienes de coronas laureadas.

(El Diablo Mudo. Segunda parte, pág. 10.)



AL PÚBLICO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En noviembre de 1867, se hallaba impresa mas de la mitad de este libro, que como verán nuestros lectores lleva aquella fecha, no solo en la primera de sus páginas sino tambien en la cubierta de tomo que repartimos y en las de color de los cuadernos. El autor, obedeciendo á delicadas y apremiantes consideraciones de ajeno interés privado, teniendo en cuenta las irritantes circunstancias de actualidad que pesaban sobre la prensa, y cohibido por lo tanto, se vió precisado á mutilar en muchas partes su pensamiento suprimiendo lo que, á su entender, hubiera podido herir la escesiva y exagerada suspicacia gubernamental de la situacion que ha derrocado el país. A pesar de eso, la fiscalía de imprenta se negó á dar el pase y *la presente obra fué objeto de la mas ARBITRARIA PROHIBICION.*

Ese veto se apoyaba únicamente en la idea, falsa á todas luces, de que en esta segunda parte de *EL DIABLO MUNDO* se infería una ofensa al sagrado carácter sacerdotal, pintando un clérigo indigno y delincuente.

Y mientras tanto la acreditada casa editorial de los Sres. Gaspar y Roig hacia una nueva edicion de *EL DIABLO MUNDO* de Espronceda, en que se retrata con no menos repugnantes colores á ese mal sacerdote, imaginario acaso, pero no inverosímil ni menos imposible.

En esta situacion violenta en que se nos colocaba, con gran detrimento de nuestros intereses, el autor juzgó oportuno y conducente hacer las protestas y salvedades consignadas en las dos páginas de introduccion que siguen á esta advertencia.

La censura continuó, sin embargo, inflexible. Solo al encargarse de la fiscalía con el carácter de interino, el Sr. D. Luis Fernandez Guerra, poco antes del memorable dia 29 de setiembre, obtuvimos de su buen criterio una justa reparacion que nos complacemos en consignar.

Hemos creído indispensable hacer esta advertencia para justificar ante el público el anacronismo de fechas que se advierte, al dar á luz hoy, por vez primera, lo que se hallaba impreso desde noviembre del año último.

Hacer otra tirada de esos pliegos y cubiertas, como lo hacemos de los prospectos y de la ya citada introduccion que sigue, nos originaria nuevos trastornos y gastos de demasiada consideracion que no son compatibles de modo alguno con la baratura del libro que ofrecemos.

Dispénsenos el público esta involuntaria falta de formalidad.

OTRA. Para evitar impresiones furtivas, todos los ejemplares de la presente edicion llevarán además de otras contraseñas, la rúbrica del autor, en el primero y último pliego. Los que carezcan de tales requisitos serán denunciabes y denunciados.

Noviembre de 1868.

CUATRO PALABRAS POR VIA DE INTRODUCCION.

Váse haciendo, de poco tiempo á esta parte, costumbre generalmente seguida por los que escriben, y gustosamente aceptada por los que leen, que todo nuevo libro que sale á luz vaya precedido y honrado en sus primeras páginas, por un prólogo de mano maestra, cuya redaccion encomendó el autor oportunamente á persona respetable y asaz autorizada en la republica de las letras.

A decir verdad, nadie tanto como yo necesitaba del apoyo que presta esa buena costumbre: la estéril naturaleza de mi ruda imaginacion, debia apetecer, mas que ninguna otra, la benéfica sombra de otros floridos ingenios. Para mí era necesidad, y necesidad casi absoluta, lo que en otros puede parecer nada mas que una discreta galantería.

Con un poco de diligencia, no me hubiera sido imposible, ni aun acaso difícil, obtener lo que para otros no ha sido vedado. Varios respetables escritores y algun poeta ó crítico eminente que me honran con su amistad, hubieran tal vez accedido á mi demanda; pero debo confesarlo ingénuamente: he temido ocasionarles un compromiso haciéndoles solidarios en la responsabilidad que merezca mi atrevimiento. El exceso de temor me ha hecho atrevido. Mi obra se presenta al público sin padrino ni protector alguno. ; Quiera Dios que por esa misma orfandad alcance á ser mirada con un poco de cariño !

Hecha esta sincera manifestacion, pondria punto final á mis advertencias, *si no tuviese precision* de hacer las siguientes aclaraciones, por lo que respecta á la índole de mi trabajo.

Yo sé que habrá muchos que esperen ó exijan de estas páginas un verdadero poema, un poema perfectamente acabado. A los que pretendan eso, debo advertirles que siento malograr sus esperanzas; pero que es preciso que renuncien á ellas.

Poniéndonos en razon, yo ignoro si aun habiendo acertado á escribirle con tales condiciones, el público que paga, el público que debe remunerar los sacrificios que exige toda publicacion, hubiera querido comprar este libro y leerlo. No soy el primero que fija su consideracion en tan respetables nimiedades. Acuérdense los eruditos de ciertos ingénuos desahogos de nuestro fecundísimo y siempre ingenioso Lope de Vega.

Por lo demás (y voy derecho á lo que necesito decir), valga lo que valga el presente producto de mis horas de insomnio; llámesele poema; júzguesele mas propiamente

una novela rimada ; désele el nombre que se quiera, debo declarar que él no vá forzosamente ligado en su desenvolvimiento á las ideas particulares, religiosas, sociales y políticas de *Espronceda*, ni de otro alguno. Se ha dicho, con razon ó sin ella, que *Espronceda* era estremadamente escéptico ; se ha mirado su DIABLO MUNDO por algunas personas con no escasa prevencion ; pero yo no encuentro motivos para ello que me parezcan bastante fundados. Si prescindimos del carácter particular del poeta, y nos fijamos detenidamente y sin prevencion en la índole de su obra, creo que por fuerza hemos de convenir en que el desenlace de ésta tenia que ser eminentemente moral y religioso. De otro modo, y á deducirlo por consecuencias lógicas, ni hubiera tenido término, ni el poeta hubiera hallado desarrollo posible para ella.

Una de las causas por las que no ha faltado quien haya visto aquel libro con inusitada severidad, es la de que en él se pinta con fuerte colorido la figura de un mal sacerdote. Si esto es reprehensible, confieso que he incurrido en igual pecado ; pero como la escepcion no constituye la regla ; como Judas no manchó á los demás Apóstoles con sus terribles crímenes, ni la institucion del Pontificado puede ser responsable de la indignidad de un Juan X, ó de un Alejandro VI, tampoco el sacerdocio, ante cuya respetable clase hizo *Espronceda* la protesta y salvedades debidas, puede tomar por ofensa, mas ó menos deliberada, lo que en último término solo puede conducir á realzar y enaltecer la santidad de aquel ministerio, y las esclarecidas virtudes de los hombres que lo ejercen. Yo los estimo y los respeto, y he creído que debia haber espontáneamente semejante manifestacion.

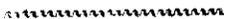
EL DIABLO MUNDO que hoy sale á luz es, pues, *una segunda parte* del que escribió *Espronceda*, con el cual no se atreve á encadenarse en íntimo consorcio para evitar el nudo que estableceria inmediatamente los términos de las comparaciones. Es una obra que aunque sirva de continuacion al primitivo DIABLO MUNDO, ni está obligada á tener el mérito de éste, ni lleva siquiera el título de poema. La comencé hace tiempo, y ha sufrido largas y penosas interrupciones. Hoy concluyo por compromiso lo que empecé con aficion y acaso con imperdonable entusiasmo. Los pliegos están impresos : el editor, que mas que editor es un buen amigo mio, amante de las letras, se halla preparado á darlos á luz y no hay medios de retroceder. Adelante, y sea lo que Dios quiera.

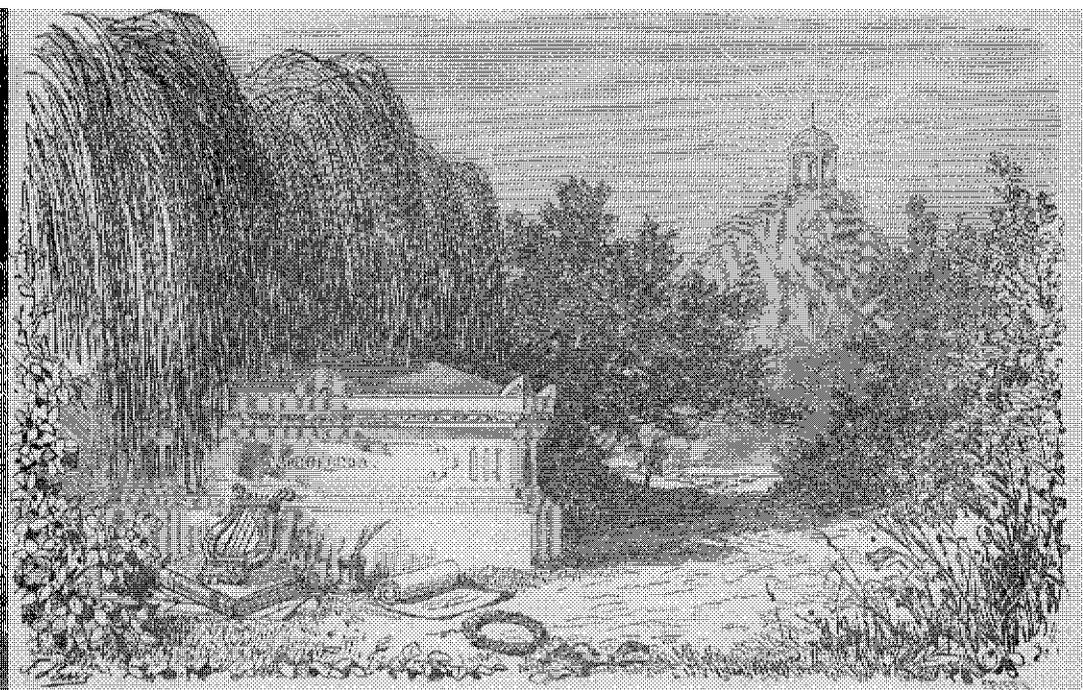
Pero conste—aunque no sea necesario asegurarlo—á fin de que nadie se juzgue engañado, ni vaya á exigir otra cosa, que Homero, Virgilio, Dante, Milton y otros poetas de esta talla, no han resucitado conmigo. Hubiérame contentado, me hubiera tenido por muy feliz, con poder despertar de su eterno sueño, para pedirle un poco de inspiracion, á cualquiera de nuestros grandes poetas españoles que ya no existen.

A los que viven solo les pido benevolencia, que no es poco pedir.

No se crea por esto, ni porque deseo consagrar aquí un sincero testimonio de afecto y consideracion á los escritores periodistas y poetas españoles, sin olvidar á los de allende los mares, que pretendo conquistar su silencio á todo trance. Despues de haber declarado que no he tenido pretensiones de escribir un poema en regla, sino mas bien una novela rimada, dejó á los críticos en el pleno ejercicio de sus libérrimas funciones. Diré, sin embargo, lo siguiente para concluir. La crítica que aconseja, que ilustra, que guía, que emplea formas templadas y corteses, puede ser severa en su fondo, pero infunde siempre aliento y estímulo para mayores y mas meditadas empresas ; la crítica dura, sañuda, sistemática, intransigente, pedantesca y despreciativa, no es temible ni puede serlo nunca, porque ella misma concluye por hacerse despreciable.

Noviembre de 1867.





EL DIABLO MUNDO.

SEGUNDA PARTE.

... Vi todo lo que se hace debajo del sol, y he aquí todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¿Qué provecho sacará el hombre de su trabajo y de la aflicción de espíritu con que es acormentado debajo del sol?

Todos sus días llenos están de dolores y miserias.

(El Eclesiástico.)

CANTO PRIMERO.

Dedicado á la memoria de D. José de Espronceda (1).

Si al nacer, lector, mecido
Te viste en dorada cuna;
Si siempre dichoso has sido
Y jamás has recibido
Desdenes de la fortuna;

Si frescas, lozanas flores
Y venturosos amores
En tu senda fácil hallas,
Y con recuerdos traidores
Y con dudas no batallas;

Si feliz tu corazón
Altivo remonta el vuelo,
Y en alegre confusión

Ves mil mundos de ilusión
Flotar por el ancho cielo;

Si la fé que al alma enciendo,
Y á la vez le presta calma,
Virtud que de Dios depende,
En todo tiempo desciendo
Hasta el fondo de tu alma;

Si el mundo no tiene abrojos
Para tí, que ufano vas
Huyendo de sus enojos;
No llijes, lector, tus ojos
En este libro jamás.

Mas si despues de nacer
Aspera senda cruzaste;

(1) Véase la primera de las notas que van al final de la obra.

Si el minuto del placer
Por años de padecer
Desventurado trocaste ;

Si vagar el alma sientes
Buscando en ignotas vias,
En vano con impotentes
Afañes, tus inocentes
Juveniles alegrías ;

Si en el llanto y el pesar
Que tu frente y ojos huellan
Se vá tu bien á estrellar,
Como en las rocas se estrellan
Las verdes olas del mar ;

Ven conmigo, y aunque insista
Algun dichoso egoista
En empujarte adelante.
Detente y fija un instante
En mis páginas la vista.

Y ahora déjame buscar
El punto á do quiero ir ;
Si ves que empiezo á soñar
No me intentes despertar ;
Déjame por Dios dormir.

Hondo gemido en derredor, acaso
En este instante pavoroso zumba,
Mientras que yo, con vacilante paso,
En busca me dirijo de una tumba.
Tibia la luz del sol baña el ocaso ;
El viento en sus cavernas se derrumba,
Y el hondo valle, imágen del olvido,
Queda en silencio y soledad sumido.

No hay rumores, no hay luz; inquieto en vano
Ver tras la niebla el horizonte ansio ;
Solo el simbolo hermoso del cristiano,
Descubro en medio del camino mio.
Acudo, luego; mi atrevida mano
De un sáuce aparta el pabellon sombrío,
Y mis ojos atónitos ofuscan
Los mismos cuadros que mis ojos buscan.

Ya del cielo hasta el monte, que su cumbre
Levanta enhiesta en orgulloso alarde,
Un mar parece que de viva lumbre
Sin consumirse esplendoroso arde.
Ya con fiera congoja y pesadumbre
Miro, y con ojo y corazon cobarde,
Sombras vagas, que tristes, misteriosas,
A mi lado desfilan silenciosas.

Y el monte desaparece; brota el sueko
Vapores mil; la tempestad avanza
Y la nube que enluta el ancho cielo
Cubre al sol moribundo en lontananza.
Rómpe se al cabo el palpitante velo
Con la cárdena luz que el rayo lanza
Y el viento vá las nubes azotando
Con los truenos que lejos van rodando.

Y la niebla se trueca en vaporosas
Nítidas gasas, y se eleva ufana,
Formando mil figuras caprichosas
De nácar, oro y encendida grana.
Y me figuro que con frescas rosas
Bajo mis pies el suelo se engalana,
Entretanto que al pié de la arboleda
El sepulcro descubro de ESPRONCEDA.

No es un sueño; su nombre allí grabado
Está en el mármol que sus restos guarda ;
Y entre el polvo hay un libro sepultado
Que há mucho tiempo su final aguarda.
Y hay tambien un laud que está callado,
Espera un vate ; mas el vate tarda ;
¡ Oh ! permitid que el corazon se inflame
Y de este modo en mi delirio esclame :

..

¡ Génius divinos ! dadme vuestro aliento !
Dejad que coja la vibrante lira ;
Dejad que espresé con sonoro acento
La osada idea que á mi mente inspira.
Quiero seguir el rumbo turbulento
De este mundo de farsa y de mentira,
Que así se agita en infernal pelea
Como en sus ejes rápido voltea.

De Espronceda seguir quiero atrevido
Las huellas que trazó en su DIABLO MUNDO ;
Quiero anudar el hilo interrumpido
Aunque es árduo el proyecto en que me fundo.
Si el plectro es rudo, y tarde y dolorido,
Y el ingenio incapaz, pobre, infecundo,
Que el mundo me castigue porque intento
A un cadáver robar el pensamiento.

¡ Espronceda !... Con ánimo impaciente
Buscaba el sol de espléndida ventura
Que el hombre forja en su delirio ardiente
Mientras su fragil existencia dura.
Y al ver la pobre humanidad doliente
Siempre vagando por la noche oscura
Del porvenir incierto, al hombre mira
Y por su suerfe con afán suspira.

Y ora débil, cobarde, amilanado ;
Ora lleno de pena y sinsabores ;
Ora inquieto, bulente, entusiasmado ;
Ora feliz y respirando amores ;
Ora, en fin, de esperanzas rodeado,
O de horribles tormentos y dolores,
En donde quiera que al mortal retrata
Su mágico pincel nos arrebatá.

Un misterio continuo es la existencia,
Y Espronceda, tal vez con soberano
Esfuerzo, sondear en su impaciencia
Quiso el terrible misterioso arcano.
Y adquiriendo por fin esa esperiencia,
Triste blason del infeliz humano,
Rasgando audáz el tenebroso velo
Victima fué de su impaciente anhelo.

Que es la esperiencia un páramo sombrío
Donde solo se albergan desengaños,
Como en el fondo del sepulcro frío
A do nos llevan los cansados años.
Funesta realidad, árido hastio
Que mata para siempre los estraños
Espléndidos proyectos, la quimera
Dorada y rica de la edad primera.

De esa edad de esperanza y de ventura
Y de castos purísimos amores ;
De esa edad en que, libres de amargura,
Do quier hallamos aromosas flores ;
En que llenos de amor y de ternura
Venimos á este valle de dolores,
Para encontrarnos, al salir de un sueño,
Vano el placer y el bienestar pequeño.

Jugnetes ¡ay! de misero destino
 Glorias, triunfos, riquezas codiciamos;
 Y en hondo afán y en padecer continuo
 Las sonrisas en lágrimas trocamos.
 Y el autómatas emprende su camino;
 Y corremos, y apenas recordamos
 Que escrita su sentencia eternamente
 Tiene la pobre humanidad doliente.

Dios la escribió: su espíritu flotaba
 Grande, eterno, invisible, poderoso
 Sobre el abismo inmenso que formaba.
 El insondable caos misterioso.
 Espíritu potente que inundaba
 Con ráfagas de fuego, el tenebroso
 Espacio incomprensible, do mugían
 Las aguas que ante Dios se estremecían.

Y su voz y su espíritu dijeron:
 «¡Hay cielos y mundos de alegría!»
 Y soles en el aire aparecieron
 Con mil mundos de mágica poesía.
 Y espíritus angélicos surgieron
 Entonando, con dulce melodía,
 Cantares al Señor que los formaba
 Y un empireo magnífico les daba.

Sol y luna y estrellas refulgentes,
 Ligeras nubes y anchurosos mares;
 Valles y montes, cristalinas fuentes,
 Tiernos arbustos, flores a millares;
 Peces ligeros, aves diligentes;
 Frutos sin cuento, aromas singulares;
 Brisas, colores, celestial encanto.....
 Todo brotó con el precepto santo.

Y luego Dios, cuyo poder alcanza
 Tanto prodigio a realizar, contento
 Vió sin duda tan súbita mudanza,
 Y dijo luego con benigno acento:
 «A mi imagen y propia semejanza
 Quiero al hombre formar;» y fué al momento
 Formado el hombre, porque el hombre fuera
 Árbitro y rey de la creación entera.

Árbitro y rey que, fementido y vano,
 Los decretos de Dios puso en olvido:
 Árbitro necio, y torpe soberano
 Que, por consejos de Satán movido,
 Quiso sondar el misterioso arcano
 Quiso abarcar con ánimo atrevido
 La recondita, eterna y pura ciencia
 Que guarda la suprema inteligencia.

Y entonces Dios, desde su inmensa altura,
 Castigó la soberbia y la osadía
 De aquella pobre, miserable hechura
 Que asiguarse al Hacedor quería.
 Y vióse débil la infeliz criatura
 Vagando triste, un día y otro día,
 Como frágil barquilla sin piloto
 Que empuja el cierzo y que combate el noto.

Y el ángel caído,
 Tendiendo sus alas,
 Fijó sobre el mundo
 Su ardiente mirada
 Diciendo para sí:

«Cuanto aquí miro, á mi me pertenece;
 Quanto este mundo ante mi vista ofrece,
 Todo ha de ser sin duda para mí.»

Y viendo llegar de lejos
 Cien y cien geneferaciones,
 Sociedades diferentes,
 Razas diversas de hombres,
 Pueblos que nacen y acaban,
 Siglos que pasan veloces,
 Cien idiomas distintos,
 Trajes, usos, religiones.....
 —«Yo haré, continuó, que sea
 Víctima de sus errores
 Ese misero mortal
 Que en pos de la dicha corre
 Y el camino de esa dicha
 Siempre necio desconoce.»

«Yo la duda que destroza,
 Y la envidia que corroe,
 Y la calumnia que mata,
 Y el rencor que nada oye,
 Haré brotar en su pecho,
 Acibarando sus goces,
 Para que blasfeme impío
 De Dios con su lengua torpe.

«Yo haré que encuentre los celos
 Cuando busque los amores;
 Le daré falsos amigos
 Que su corazón destrocen
 Tendiéndole astuta mano
 Que aguda pañal esconde.»
 «Yo le daré sed de gloria,
 De riquezas y de honores,
 Sin que jamás satisfecho
 Con su suerte se conforme,
 Porque en su pecho el vacío
 Hará que siempre se ahonde
 La mano de la implacable
 Ambición que su alma absorbe.»

«Yo llenaré sus historias
 De crímenes y de horrores,
 Para que, al ver su pasado,
 De sus crímenes enormes
 Se avergüence, renegando
 De esa raza vil y torpe
 Que en el estado salvaje
 De su propia raza come
 Y abandona sus hijos
 Como las bestias feroces (1).»

«Yo encenderé las hogueras
 De horribles inquisiciones;
 Inventaré los tormentos;
 Aliento y vida á los bronces
 Prestaré, porque en la guerra
 Se destruyan esos hombres
 Mientras se talan sus campos
 Y se achicharran sus trojes.»

«Y luego por otras vías
 Mi plan seguiré, y los orbes
 Se estremecerán, oyendo
 Mil y mil confusas voces,
 De hipócritas embusteros,
 De infames embaucadores,
 Que á la muchedumbre halaguen
 Fingiéndose sus apóstoles,
 En tanto que las cadenas
 Para sus hermanos forjen.»

«Hermano que muchas veces
 Premie las buenas acciones,
 Las virtudes estimule

(1) Esto es demasiado fuerte; pero lézase en cuenta que es el diablo el que habla.

Y socorra al que le implore,
 Insultando á la desgracia;
 Llevando inclemente al borde
 Del abismo, al desdichado
 Que astutos consejos tome.
 Ó arrojando desdeñoso
 Al rostro del *pobre pobre*
 Una burlona sonrisa
 O un brutal «Dios le perdone.»

«Y en esta lucha incesante

Entre mendigos y próceres,
 Entre la virtud y el crimen,
 Entre ancianos y entre jóvenes,
 Entre monarcas y pueblos,
 Entre mujeres y hombres;
 Siempre la honradez, esclava
 De viejas preocupaciones,
 Verá entronizarse el vicio,
 Que osado se le antepone,
 Cubriéndose en su impudencia
 De soberbios retumbrones.»



«Y ora se erijan republicas.
 Ora tronos se despiomen,
 Ora imperios arruinen
 Modernas revoluciones;
 Que la libertad se anuncie
 Como astro de paz al hombre,
 O que luego desaparezca
 Entre negros nublarrones.
 Y el despotismo se cleve.
 Y lleven conquistadores.

Tantos en sangre, do quiera
 Sus maldecidos pendones;
 La humanidad, siempre herida,
 Sufrirá penas atroces,
 Buscando la diela en vano
 En sus locas convulsiones,
 Hasta que ponga la muerte
 Un término á los dolores
 De su cuerpo, y veuga su alma
 A mis tóbregas mansiones.»

II.

Así con triste, cavernoso acento
El enemigo de los hombres dijo;
Y tendiendo sus álas pavorosas
Por la región fantástica del viento,
Que de luto y horror se vió vestida,
Rebelde al cielo dirigió sus ojos
Chispeantes de cólera y enojos.
Surgió el espacio al bátrato bajando,
Y de entonces acá..... Pero de fijo
Dirás, caro lector, que soy prolijo,
Y encogiéndote de uno y otro hombro
Al mirar mi poética ensalada.
Llegarás á notar, lleno de asombro,
Que con tanto decir no he dicho nada,
Pues es sabido que rencor profundo
Al diablo inspira nuestro pobre mundo.

Y observarás al par que si Espronceda
Murió, no es culpa tuya; que leiste
Su poema; que viste como queda
Sin acabar; que no le concluiste
Por la misma razón; que en un abismo
De rancias é insensatas reflexiones
Te introduje; que deje digresiones;
Que Espronceda murió sin tu permiso
Y sin el mío, porque Dios lo quiso;
Y que, aunque sábio era,
Dicen que fué un tremendo calavera.

Y añadirás también que si el rebelde
Ángel del mal, fijándose en el mundo,
Sobre él lanzó su bárbaro anatema
En su rencor profundo,
Dios también, bondadoso,
Las flaquezas del hombre contemplando
Y haciendo ver su voluntad suprema,
El espacio anchuroso
De angélicas virtudes fué llenando,
Para hacer de esta suerte
Que invisibles espíritus divinos,
Mitigandó las sombras de la muerte,
De la vida alumbrasen los caminos.

Todo es verdad, lector, sorbido el seso,
Turbado, no miraba,
—Humilde y dócil ya te lo confieso—
Que en un mar de delirios me engolfaba;
Y sin querer aparecer profundo
(Cosa que estuvo lejos de mi mente),
Debí decirte, lisa y llanamente,
Que pienso continuar EL DIABLO MUNDO,
Aunque es mi númer, en verdad, escaso
Y no se si podré salir del paso.

Pero era fuerza comenzar diciendo,
Segun yo lo comprendo,
La razón de mi empresa;
Que aunque á tí no te importe, me interesa
Un poco, y mas que un poco,
Puesto que voy á abandonar mi puesto
Oscuro, y no quisiera que por loco
Me tomasen, y al par por inlucido
Cuardo á las musas de Espronceda invoco.

Esto dicho, y pesando tus razones,
Procuraré emendarme
Dejando esas amargas reflexiones
Que pudieran tal vez perjudicarme.
Atado al pensamiento
Que otro inició, por nadie ni por nada
Debo dejar la obra comenzada
Del tristemente interrumpido cuento.

Desecho, pues, la duda
Con que afanoso en mi interior batallo.
Y antes que nadie á convencerme acuda
Conozco la razón, la sienta y callo.

Mas si la vida es sueño
Y siempre deseamos
Prolongar con empeño
Este sueño que vida apellidamos,
Permite que otro poco
Soñando permanezca
Por mas que ya, como indiqué, de loco
Concepto te merezca.
Escucha, pues, con calma
Los íntimos secretos de mi alma.

III.

Hace noches, lector, (y vá de cuento
Digno en verdad de ser relatado),
Que leyendo me hallaba en mi aposento
A la luz de un quinqué medio apagado,
Cuando en reloj acompasado y lento
Dieron las doce; y yo, aunque desvelado,
Cerré el libro en que ávido leía
Y al cerrarle sentí melancolía.

Escusado es decirte que era aquello
Un poema que en raro, suave encanto,
Lo sublime confunde con lo bello
Como mezcla la risa con el llanto.
De un talento feráz rauda destello
Que al llegar nada mas que al sexto canto,
Entre un verto cadáver y una vieja
Apagado á su vez mustio se aleja (1).

Y en un piélagos inmenso que alborota
Nuestro incesante afán y ardiente anhelo,
Entre dudas sin cuento el alma flota
Como en las ondas frágil barquichuelo.
Y aquella senda que llevaba ignota
Remontándose audáz al alto cielo,
Y el pensamiento que el autor guardaba
De menos echa quien leyendo estaba (2).

Y solo queda un libro en nuestra mano,
Y en la mente una historia interrumpida,
Y en el alma un impulso soberano
Que á sondar la existencia nos convida;
Y queda al corazón roedor gusano,
Y á los ojos la lágrima perdida,
Y al espíritu inquieto y abatido
El ánsia de acabar lo interrumpido.

Ó tal vez el recuerdo esplendoroso
De los encantos que pintar solía,
Cuando en calma feliz un mundo hermoso
A nuestra vista presentar solía,
Bañado por la luna, en el reposo
De la noche serena, limpia y fría,
Ó animado, feliz, rico y bulliente
A los rayos de un sol resplandeciente.

Mas sintiéndome al cabo fatigado,
Sin poder continuar, en mi despecho
Á mi alcoba me fui, y aun preocupado,
Medio vestido me arrojé en el lecho.
Quedé dormido, y luego trasportado

(1) Los que tengan presentes todos los detalles de la parte que escribí Espronceda, repararán que éste inspirado poeta murió cuando acababa de terminar el canto VI, y que al final de dicho canto quedaba el pobre Adam, protagonista de la obra, al lado de una vieja infeliz que lloraba y maldecía junto al cadáver de su hijo.

(2) Véase la segunda de las notas que van al final.

Á otro mundo me vi menos estrecho
Que al mirarlo mi vista fascinaba
Con la pompa y las galas que ostentaba.

Horizontes sin fin, soles radiantes,
(Pues soles son allí lo que aquí estrellas),
Campos de luz, espléndidos cambiantes,
Vistosa alfombra de esmeraldas bellas,
Sutil rocío en gotas de diamantes
Que se fija en las flores, mientras ellas
Ricos aromas al callado viento
Regalan á su vez con dulce aliento.

Pintadas aves, tierna melodía
Que el corazón conmueve y arrebató;
Floresta eterna de enramada umbría
Y arroyos mil de derretida plata.
Y á lo lejos, de rica orfebrería,
Un templo que se ensancha, se dilata,
Y aunque inmóvil, parece toma vuelo
Hasta perderse en la región del cielo.

Templo de augusta, de sin par belleza,
De soberana, osada arquitectura,
Que en vano describirte mi rudeza
Ansiosa de agradarte audaz procura.
Solo diré que reúne á su grandeza
Encanto, majestad, grata hermosura,
Y que es, en fin, por abreviar mi historia,
El templo aquel, el templo de la gloria.

Yo entretanto solícito contemplo
Todo aquello que juzgo sobrehumano,
Y febril á pisar me atrevo el templo
Sin pensar ¡ay de mí! que soy profano.
Realizado por mi tan raro ejemplo,
Dentro me hallé, y en mi delirio insano
Soñaba que mi nombre encontraría...
Y era soñar el ciego que veía.

En lápidas de mármoles bruñidos,
En bronce, jaspes y con letras de oro,
De bardos españoles, esculpidos
Hallé mil nombres; ¡inmortal tesoro!
Vi en ricos pedestales sostenidos
Sus bustos gigantescos; vi el sonoro
Laud allí en sus manos; vi cercadas
Sus sienes de coronas laureadas.

Y lleno de vigor el pensamiento,
Nutrida el alma de entusiasmo ardiente,
Vagando la razón en turbulento
Vértigo ignoto que abrasó mi frente,
Sus sombras evocé, quise un momento
Sentir en mí la chispa refulgente
Con que Dios á los sabios ilumina
Y hace brotar su inspiración divina.

Tal ambición mi mente avasallaba,
Tan alta idea mi ánimo arrogante
Henchido de ilusión atesoraba,
Que feliz me creí llegar triunfante
Al logro de mi afán; y así pensaba,
Cuando envuelto en relámpago brillante,
Que súbito mis ojos deslumbró,
Á mi lado Espronceda apareció.

Quedóseme mirándome un momento,
Y luego que calmó la ansiedad mía,
Con voz sonora y reposado acento
Que sarcástico al par me parecía:
—«¡Par diez! me dijo, que estarás contento
Cuando á tanto se atreva tu ufanía,
Y tantas son tus ilusiones bellas
Que tú mismo á ti mismo te atropellas.»

«¡Desdichado!... la gloria, cual la entiendes,
Lejos está de tu insensato anhelo;
Pero ¡ay de tí! si remontar pretendes
Hacia esa gloria tu atrevido vuelo!
¡Ay de tus alas, si tus alas tiendes,
Ícaro loco, á la región del cielo,
Y el sol derrite con su ardor la cera
Y ruedas luego desde la alta esfera!»

«¡La gloria!... yo la amé; con sus alberes
Vino á irradiar en mi altanera frente;
Y al oír alabanzas y loores
Entonaba mi cántico vehemente.
Pero ese aplauso se trocó en dolores;
Pero esa gloria calcinó mi mente;
Pero ese nombre que cobraba el mío
Llenó mi vida de enojoso hastío.»

«Los ojos que en mis ojos se fijaban;
La atención ó frialdad con que me oían;
Los nécios que á los cielos me ensalzaban;
Los sábios que á su vez me reprendían;
Los críticos que acá me ponderaban
Y allá como lebreles me mordían;
Todos á un tiempo, sin hallar remedio,
Vinieron ¡ay! á redoblar mi tedio.»

«Y entretanto, en los bronce, en la historia,
Palpaba yo la vanidad del hombre.
Que al vivq niega con el pan la gloria
Y presta luego adoración á un nombre.
Nombre de aquel, que en miserable escoria
El sepulcro trocó, para que asombro
El raro ejemplo de elevar altares
El hombre al hombre que mató á pesares.»

«Al hombre que, en su patria peregrino,
Es víctima quizá de su talento,
Y que juguete de fatal destino
En vano eleva su plegaria al viento.
Al que solo encontrara en su camino
Indiferencia, envidia ó descontento,
Y en el hogar, el hambre, el luto, el llanto,
Como el célebre manco de Lepanto.

«¡Oh! ¡si esa vida te parece grata,
Si esa es la gloria que pretendes hoy,
Si el porvenir del sabio te arrebató...!
¡Ensancha el corazón! yo te te doy.
La muerte, que me hurtó á la vida ingrata,
Un libro me robó que á darte voy:
Ponte tu nombre, en la razón me fundo:
Ahí tienes concluido EL DIABLO MUNDO.»

Dijo y huyó; mi vista entusiasmada
El libro recorrió... ¡cuánta belleza!
Allí vi la existencia retratada
Del hombre, sus miserias, su flaqueza;
La grandeza de Dios... Pero turbada
Mi dormida razón, á ver empieza
Otra luz, otro sol... un nuevo día;
Desperté, se acabó la ilusión mía.

Desde entonces, lector, sentí un vacío
En el alma, por cierto no pequeño;
Luchaba inquieto el pensamiento mío
Por realizar mi afortunado sueño.
Mas ¿cómo hacerlo, si faltaba brio
Á mi escaso talento, y tal empeño
Superior á mi número...?—Con flaqueza
Confieso que asaltóme la tristeza.

Pero una vieja, que á mi casa viene
Y me suele contar cuentos diversos,
Y en grande estima, al parecer, me tiene

Segun pondera mis cuitados versos;
Inquiere, indaga, escucha, se previene.
Nota mi duda, advierte mis perversos
Ratos de mal humor, pónese alerta
Y al fin y al cabo, cuanto quiere acierta.

Apenas comprendió mis inquietudes
—«Cobra aliento, me dice entusiasmada;
Escribe, escribe con valor; no dudes;
Tu intencion no es perversa, no es culpada.
Si la gloria anhelaste, ¿á qué la eludes?
Si eludir la no quieres, la jornada
Empieza, porque aquel que está parado
Nunca al término llega deseado.»

«Lo que puedas hacer por la mañana
No lo dejes jamás para la tarde.
Nunca pereza se vistió galana
Ni hizo de rica ostentacion y alarde.
El que es bravo en la lid, las lides gana;
Nada se ha escrito de ningun cobarde;
El hombre muere en paz, cual muere en guerra,
Y el que no pasa el mar, se queda en tierra.»

«Escribe, pues, escribe diligente;

Repito que tu accion no es reprehensible
Y el lector no será tan exigente
Que te vaya á pedir un imposible.
Al que dá lo que tiene ¿qué valiente
Puede exigirle mas si no es posible...?
Si eres otro, ¿qué necio habrá que pueda
Demandarte que seas Espronceda?»

Dijo y calló; pero infundióme aliento
Conociendo que el critico sabria
Sustituir lo escaso del talento
Con este afan que me sostiene y guía.
Con este fuego que en el alma siento,
Con mi amor á la rica poesia,
Que presta galas al estéril suelo
Y hace que el hombre se remonte al cielo.

Y pues ya, con escasas escepciones,
Espero una benévola acogida,
Y el lector odiará las digresiones,
Mucho mas si no es corta la medida,
Justo es, que atendiendo á sus razones
Y acudiendo á la historia interrumpida
Ponga un punto final en esta octava
Donde este canto-introduccion acaba.

CANTO II.

I.

Despues de una noche de danza y verbena
Madrid un instante desierto quedó;
La voz del sereno lejano resuena
Cantando las horas que marca el reló.

Ó acaso mas lejos, confuso, perdido,
El trémulo paso se llega á escuchar
De algun desdichado mortal desvalido
Que vaga doliente sin casa ni hogar.

Ó ahullar estridente de can callejero,
Ó el sordo mugido del viento que brama;
Ó el hondo suspiro del pobre traperó;
Ó el golpe ruidoso de alguno que llama.

De alguno que vuelve del juego trinando,
Ó acaso del baile dó halló su plusion,
Y estuvo un instante en su puerta llamando
Y luego el reposo cual todos buscó.

Y queda desierta la calle sombría;
Y torna en silencio Madrid á quedar:
Se apagan las luces, acércase el dia;
La córte sacude su sueño fugaz.

II.

Poco á poco, perezosa
El alba, suelto el cabello
Rubio, se vá despertando
Los bellos ojos abriendo.

Poco á poco, densas nubes,
Empujadas por el viento
Sutil, en trozos menudos
Vánse pálidos rompiendo.

La luna pierde su brillo,
Rumores vagos, inquietos,
Perdidos en el espacio,
Vienen turbando el silencio.
Y la tierra se estremece
Ea su amoroso contento;
Y nace la aurora al cabo
Y se coloran los cielos.
Blanca, pura y nacarada
Á Febo vá precediendo
Y las sombras ahuyentando
Mientras la enamora el céfiro.
Tendiendo vá por Oriente
Un manto de terciopelo
Azul, con franjas de plata,
De estrellas bordado el centro;

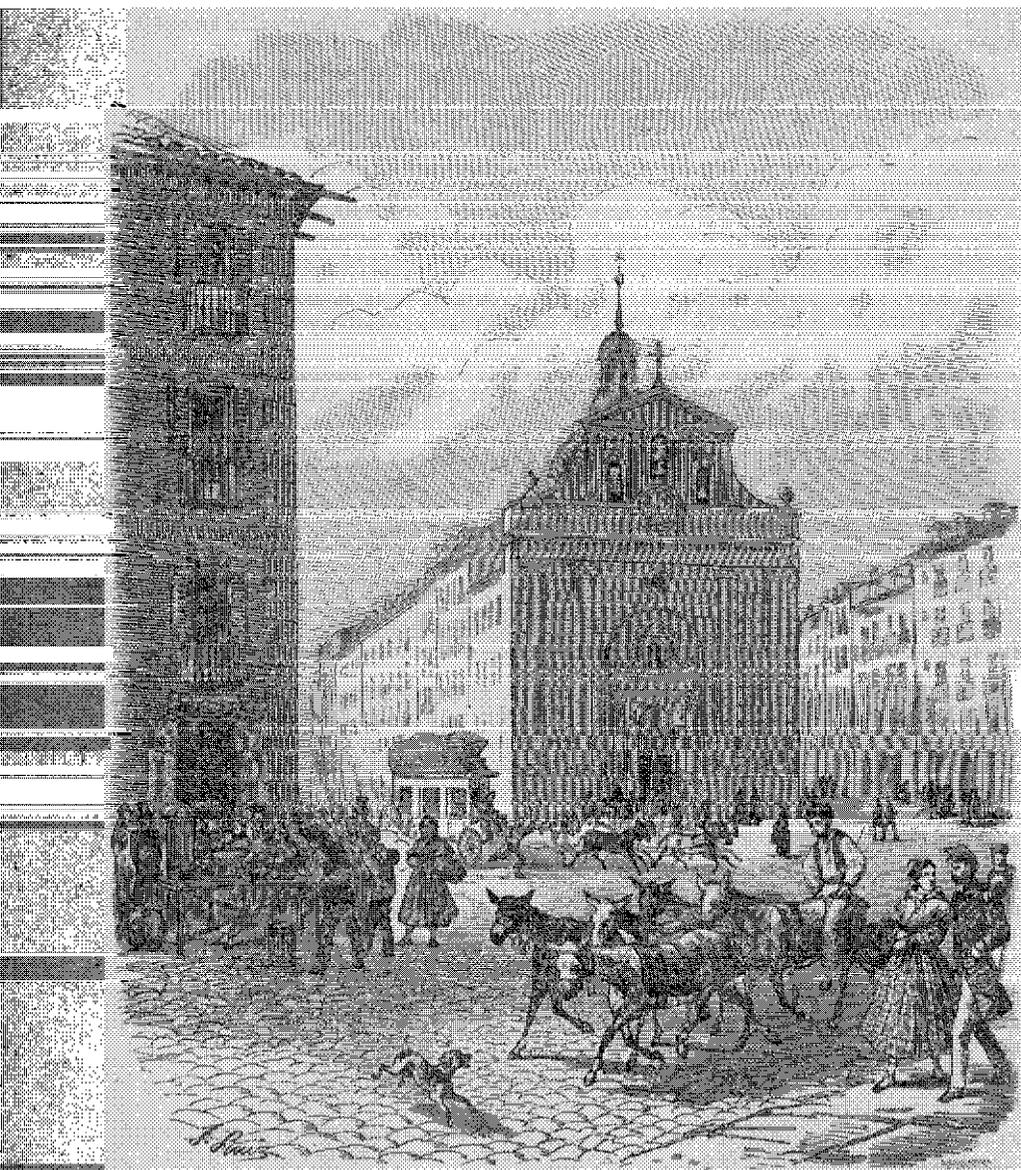
Y sus alas desplegando
Cruza el espacio de un vuelo
Sobre los campos floridos
Lluvia de perlas vertiendo.
Y la azóleida se agita;
Y sonoros arroyuelos
En transparentes cristales
La ofrecen limpido espejo.
Las avecillas gozosas
Con sus trinos y gorgoros,
Elevan alegres cantos
Ya que no pueden incienso.

Y feliz naturaleza
Cobra su perdido aliento,
Pues los génius de la noche
Van al fin desapareciendo.
Todo es aroma, frescura,
Dicha, paz, grato sosiego;
Todo mueve á la esperanza
Que alegre brota en el pecho.
Solo el hombre que en la córte

Llegó á vivir algun tiempo,
Dejó ya de enamorarse
De ese crepúsculo bello.
De ese despertar magnífico
De la aurora y de los cielos,
Que indiferentes miramos,
Si por acaso lo vemos.

Pero reparo, lectores.

Que os estais de mí riendo,
Por ser rancia mi poesia,
Pastoriles mis recuerdos.
Las horas que aquí pasamos
Las pasamos en el lecho;
Quien trasnocha no madruga,
Y el que madruga es un necio.
O es un hombre cuidadoso
Que debe pasar su tiempo



Madrid al amanecer.—Vista de la Puerta del Sol e Iglesia del Buen Suceso.—(1840.)

Invirtiéndole prudente
En cosas de mas provecho.
Direis que ya se han pasado
De Garcilaso los tiempos,
Y que de idilios y églogas
No es ya siglo el siglo nuestro.
Direis que pintar el mundo
Segun es tan solo debo;
Que le presento dormido

Y quereis verle despierto.
Vivo, animado, confuso,
Vário, bullente y espléndido;
Por el gas iluminado
Que es el sol de los modernos.
Teneis razon; vive Cristo!
Soy un torpe, soy un lardo.
Y á reanudar voy al punto
El hilo roto del cuento.

III.

Salió, repito, la naciente aurora,
Que los cielos colora,
Y á poco un pueblo entero
Torna á invadir la poblacion desierta.
Una ventana aquí, y allí una puerta
Se entreabre; veloz el pasajero
Corre á ocupar el potrero que le aguarda
En una diligencia siempre tarda,
Á la que el nombre en las ciudades vale
Pues solo de estas diligente sale.

Arranca ya las calles atronando (1)
Y otros carros circulan;
Burras de leche por do quier pululan
Su esquila resonando;
La mano loca, ufana,
Del retozon, alegre monaguillo,
Agita la campana
Que llama á la primera
Misa del alba; gente vocinglera
Ocupa en el mercado
El puesto señalado
Donde se espenden las doradas frutas,
La carne ó el pescado,
Y aun la verdura, fiera
Causa eterna de lances y disputas,
Que ya renombre ha dado
Á la rica en vocablos verdulera.

¡Tremenda algarabía!
El fámulo prudente,
Sisa, invocando á los piadosos cielos,
Por tomar una copa de aguardiente
Y unos cuantos buñuelos,
Con el cual el trabajo no se siente
Y se quitan del sueño los vapores
Que impiden murmurar de los señores.

La muchachuela lista
Citada está con el feliz soldado,
Que en su hoja de vicios ó servicios
Piensa añadir, con tan feliz conquista,
Un timbre señalado,
Sino mienten indicios muy propicios.

Todo es bulla, ruido, desconcierto,
Este corre, aquel vuela, otro se pára;
Vocea el uno; el otro calla y mira
Y al notar tanto humor, tanta algazara,
Tal vez de envidia ó de dolor suspira.

Y en tanto sale el sol, su luz chispea;
Coches, caballos, forastera gente
Que con la boca abierta se pasea
Admirada de ver tanto incidente;
Las tropas que á sus guardias van llegando,
Tambor marcial y músicas tocando;
Las arpas de ambulantes trovadores;
Los ciegos vocingleros,
Los perros, el calor, los majaderos
Tocadores de infaustos organillos;
El tin-tin de ruidosos veioneros (2);
La arena que pregonan cien chiquillos:
Los mil ropavejeros;
La infernal batahola que dá espanto...
¡Ah corte de Madrid! ¿quién te desea?
¿No es mejor despertar en una aldea?

(1) La acción pasaba en 1840. Hoy salen pocas diligencias de Madrid. El ferro-carril las ha convertido en omnibus. Es lo mismo.

(2) Los velones han cedido el puesto á los quinqués. El petróleo ha matado la industria de los hijos de Luena. Estos son los únicos interesados en protestar contra semejante adelanto.

IV.

Un hombrecillo en tanto,
De facha singular, frente arrugada,
De estatura ruin, de edad cumplida,
Envuelto en una capa mal traída,
Y acaso peor llevada,
Presuroso las calles recorria;
Y aunque el calor en grados acreciera
Y acaso daba al hombrecillo enojos,
Lo fijo y cierto era
Que no ser conocido pretendia
Pues marchaba embozado hasta los ojos.

No bien al Avapiés hubo llegado
Paróse en el umbral de cierta casa;
Duda un instante, mas despues, osado
Cobrando bríos el zaguan traspasa;
Y allí al siniestro lado,
Aunque es su vista por demás escasa,
Halló una puerta que salvar desea
Por lo cual suavemente la golpea.

Apenas el ruido
De sus golpes allá dentro resuena
Cuando el acento tierno, dolorido,
De una pobre mujer llena de pena,
Acento infiel que un gran dolor denuncia:
—¿Quién es?—al punto con afán pronuncia.

Y una mano impaciente abrió al instante;
Y una beldad de formas peregrinas,
Inquieta y anhelante
En el dintel se presentó llorando
Un nombre raro rápida invocando.
—¡Adam!... gritó la hermosa;
Y el hombre—No es tu Adam, responde ufano;
Y ella, gimiendo y redoblando en vano
El llanto que vertia:
—¡No es mi Adam! ¡no es mi Adam! se repetia.

—No es tu Adam, replicóla el hombrecillo
Con chocante ademán, dando un meneo
Que el embozo despliega de su capa.
—Sin duda el pajarillo,
Prosiguió, de la jaula te se escapa
Y olvidándote se anda de bureo
De flor en flor saltando...»

Iba á seguir, cuando la hermosa, dando
Un grito que espresaba su firmeza,
Se levantó indignada,
La diestra mano de puñal armada,
Y el pecho palpitando
Con sin igual fiereza.
La ira rebosa entre sus labios rojos,
Sube el carmin á colorar su frente,
Y en su mirar ardiente
Rayos fulminan sus brillantes ojos.

—¡Fuera de aquí! gritó con rudo acento;
Menguado sacerdote (1); ¡fuera! ¡fuera!

(1) Cuando Espronceda sacó á relucir este tipo, puso por nota las palabras siguientes:

«El modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, huz y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezuquino ante que aquí tratamos de describir.»

Por mi parte debo añadir que no he querido eliminar de mis mal porjeados cuadros esta antipática figura; sino que mas bien la he destacado con mas fuerte colorido, por razones que hasta el mas tímido lector sabrá apreciar cuando llegue el momento de poder hacerlo.

Ó ¡vive Dios! que si me das tormento
Ni el mismo Adam que en tu favor viniera
Bastara ya á salvarte.
—¿Vas á matarme?—Si, voy á matarte.

Y cual feroz leona
Que al viento dá sus ásperos rugidos,
Y aguza el diente, y busca jadeando
Sus cachorros queridos,
El hondo valle de pavor llenando;
Así la esbelta jóven,
A quien vimos llorando conmovida,
Ora en su orgullo y en su amor herida,
Levántase mas fiera,
Mas imponente acaso.

Dió el hombre atrás un paso
Al mirar la actitud de la manola,
Y aunque su rostro demudaba el miedo,
Sacando del bolsillo una pistola:
—¡Quieta, Salada! dijola muy quedo.
Juegos de manos, juegos de villanos;
No hay que enfadarse, prenda;
¿A qué tomar el cielo con las manos?
Todo fué broma, basta de contienda
Si tu Adam te es infiel y te abandona,
Ó si en cambio se está manso cordero
Á tu lado, adorando en tu persona,
Yo no lo sé ni averiguarlo quiero.
Anoche, es la verdad, le vimos triste,
Esquivando tal vez tu pasion tierna,
Cuando, entregada á tu furor, heriste
Á un hombre en la taberna.
Despues maldijo el ócio
En que contigo á su pesar vivia,
Y, pensando en hacer un buen negocio,
Burlóse de tu amor y tu agonía,
Dejando por la nuestra tu compañía,
Si bien parece la aventura estraña.
Alejóse de tí, tú te quedaste
Llorando su partida;
Y ahora, que vengo á mitigar tu duelo,
El grito pones en el alto cielo,
Bien poco agradecida;
Lo cual prueba que en locos pareceres
Siempre fuisteis iguales las mujeres.
Por lo demás, á mí nunca me matan
Los ajenos cuidados;
Los celos te arrebatan
Porque ellos fueron siempre arrebatados.
Mas no hay, ¡par diez! que avinagrar el gesto;
Amor te vuelve loca.
Y el amor es un bicho muy molesto
Cuando con celos en el alma toca.
Yo bien conozco tus sutiles mañas;
Tú las mías, hablemos sin testigos
Como buenos amigos...
Ó te abraso de un tiro las entrañas.»

Dijo el hombre y calló, luego un instante
En silencio quedó la estancia aquella,
Escuchándose solo el anhelante
Respirar de la bella,
Que, no por miedo, por dolor sin duda,
Baja el puñal y permanece muda.

¡Pobre mujer! con intencion impia,
La boguera de sus celos atizando,
Aquel hombre insultaba su agonía;
Mas ella, sollozando
Y absorta en su pesar, ya no le oía.
Cesaron sus enojos,
A ser débil tornó, trajo á su mente
La idolatrada imágen de su amante,
Y de sus bellos ojos

Mil lágrimas cayeron lentamente
Eclipsando la luz de su semblante.

V.

Contemplábala en tanto el hombrecillo
Con maligna intencion; en llama impura
Por ella ardió con criminal deseo
Cuando admiró su espléndida hermosura.
Era entonces Salada una manola
Gentil como ella sola;
De génio audaz, incitadora, osada;
Ligera como el viento;
Tan feliz como el ave en la euranada
Y libre como el pez en su elemento.
Coqueta y descarada,
Fué la delicia de su barrio un dia:
Las bellas la envidiaron,
Los hombres con afan la codiciaron,
Mientras ella de todo se reia
Y alegre por do quiera discurría.

Llegó entonces á verla
El hombre aquel de repugnante aspecto,
Y en lúbrica pasion todo encendido,
Miserable y abyecto,
Trató de poseerla
Su edad y condicion dando al olvido.
Ella le oyó, miróle con descoco,
Le arrojó una burlona carejada
Y exclamó:—«Padre cura, asté está loco
Ó ha pensado que es tonta la Salada.
Si se ha de condenar, y eso está escrito,
Con otra se condene á toda prisa;
No ha hecho Dios para usted este palmito...
Y déjeme ya en paz, que voy a misa.»

Desde entonces, el torpe y miserable
Ministro del Señor, que así amenguaba
Su santo ministerio
Y á la Iglesia y al mundo deshonraba,
Sintió su pecho de rencor henchido;
Mas no sacando de su amor partido,
Viendo que en vano suplicar sería,
Se trazó nueva senda, y codicioso
Fijó en el oro su mirada impia.

Una noche, rondando á la Salada,
Vió á un mancebo gentil, que cauteloso
Seguido de un doméstico, á la reja
Se acercó de la jóven; parecia
Hombre de activo y elegante aspecto,
Y el criado un lacayo disfrazado
Que, humilde y circunspecto,
Iba con él un tanto rezagado.

—¿Quién será? pensó el cura; por su porte
No parece un cualquiera; la Salada
Es la chieca mas guapa de la corte,
Y no tendria nada
De estraño, que un señor se enamorase
Y el vado con empeño tantease.
Veamos: es preciso conocerle;
Que si es rico y se encuentra enamorado,
Dádivoso será: y á lo que infero
Bien podré entretenerle
Haciéndole que viva confiado
En un tercero, que será el primero
En trastornar sus planes amorosos,
Y en sacarle el dinero
A trueque de consejos ingeniosos
Que le tengan contento y alejado.»

Dijo: y luego curioso, diligente,
Á la luz de un opaco reverbero

Consiguió verle el rostro; y con sorpresa
 Esclamó de repente
 Una palmada dándose en la frente:
 —Ya le conozco, sí, su estampa es esa.
 Mas ¿cómo aquí se anda
 De esta manera el conde de la Banda?
 Por vida suya y mía
 Que parece imposible
 Háya puesto en olvido á su Lucia.
 Tan ciego parecia
 Cuando con ella le casé, no habiendo
 Otro recurso que triunfar mintiendo.
 Mas ¿por qué así me estraña
 Tal conducta en un noble, aunque de España
 El tal un grande sea
 Cuando esos nobles... ¡ah! mi sangre enciende
 De mis afrentas el recuerdo triste;
 Que á un noble debo el ser, y nobles fueron
 Los que por siempre en la orfandad me hundieron.
 Los que sin ver que vocacion no habia
 En este corazon, petrificado
 A fuerza de sufrir tantos pesares,
 Al Dios crucificado
 Quisieron que invocara en sus altares.
 Y alejando de mí toda ventura,
 Humillando á mi madre; arrebatando
 Á mi amor aquel ángel inocente.
 Cuya dulce ternura
 Separado me hubiera eternamente
 De la sentina del inmundado vicio,
 Crueles me empujaron
 Al fondo de un horrendo precipicio.
 Y mi fé, mi razon, mis ilusiones,
 Al abismo rodaron;
 Alas di á mi rencor, y mis pasiones
 Indómitas al fin se desataron.
 ¿Hice bien, ó hice mal? ¿Pude al violento
 Huracan de mi loco pensamiento
 Resistencia oponer? ¿Pregunta necia!
 El mundo me desprecia
 Sin ver que él me empujó... Pues bien, recoja
 De su semilla el fruto; y si un malvado
 Hacer quiso de mí, los dos luchemos;
 Que si al verme, se pasma ó se sonroja,
 El mundo y yo seremos
 Arbol podrido él, yo seca hoja
 Que el aquilon arrastre impetuoso
 Y que, inflamada por el rayo, prenda
 Fuego al monte y los árboles encienda.»

Así diciendo el cura, no advertia
 Que ya la calle estaba silenciosa.
 Solitaria y sombría,
 En tanto que la luz cándida y triste
 De un relámpago, hendia
 El denso manto de la noche fria.

Después de un breve rato
 De sepulcral silencio y de prolijo
 Afán, llevó de nuevo
 A su rostro la mano helada, y dijo:
 —¡Necio! ¡necio de mí! ¿qué estoy hablando?
 Yo solo, yo, impetuente,
 Con el mundo luchar? ó estoy soñando,
 Ó la locura se atbergó en mi mente.
 ¿Qué imagino? ¿Qué intento? Si yo fuera
 Neron, al mundo en Roma convirtiera.
 Entonces con placer ante mis ojos
 Un mar de viva lumbre
 Viera extenderse inmenso por do quiera.
 Y un gigante flamigero, elevando,
 Desde el valle á la cumbre
 De la montaña, los mechones rojos
 De su ardiente erizada cabellera,
 Fuera el mundo á mi vista aniquilando,

Por saciar mi rencor y mis enojos,
 Aunque el fuego que al mundo hiciera trizas
 Me envolviese en sus cálidas cenizas.
 Mas yo no soy Neron; torpe, menguado,
 Con ánimo cobarde
 Cobré amor á la vida y los placeres;
 Para volver al bien no encuentro el vado;
 Para alzarme y crecer es ya muy tarde.
 ¿Quién soy yo? ¿pobre cura!... tú, ¿quién eres?
 ¿Quién eres? ¡Un malvado!»

Miró luego en redor, cual si temiera
 Que su acento se oyera,
 Y encogiendo sus hombros de repente:
 —Nadie me escucha, dijo, solo estoy;
 Nadie notó que me volví demente
 Y ya es fuerza tornar á ser quien soy.
 Veamos; es preciso
 Andar muy sobreaviso
 Para saber por do pisando voy;
 Que hay jueces y hay fiscales
 Y verdugos tambien; no acibaremos
 Los bienes y los males.
 Y á vivir y á gozar lo que nos queda
 De vida por acá; que allá es oscuro
 El porvenir.» Y pronunciando impuro
 Un sacrilego y torpe juramento,
 Así prosigue al cabo de un momento:

—Yo idolatro á Salada;
 Yo quiero que me ame;
 Que su ardiente mirada
 Sobre mi triste corazon derrame.
 ¿Lo podré conseguir? ¿Me será dado
 Que alguna vez me mire compasiva?
 ¿Podré comprar con oro
 Aquel tan codiciado
 Riquísimo tesoro?
 ¡Ay! no lo sé. Salada siempre esquiva
 Y dura se presenta.
 ¿Tendré un rival tal vez? en la violenta
 Llama de amor, su corazon acaso
 Pudo abrasarse como yo me abraso?
 ¿Quién sabe?... Acaso el conde...
 Pero no, no es el conde; si Salada
 Al conde prefiriese,
 Disfrazado á rondarla no vendria,
 Ni ella en el vil tugurio
 En que hasta aquí vivió, residiria.
 Mas ¿cómo, cómo pudo
 Ese conde olvidar á su Lucia?
 Preciso es indagar; yo veré al conde
 Y el misterio sabremos
 Que ante mi vista y mi razon se esconde.
 Siempre es mejor que con cautela oremos.»

Desde la noche aquella
 El cura no dejó ni una tan sola
 De ir á ver á la reja de la bella
 Codiciada manola,
 Si aquel conde rondándola seguia.
 Y una vez y otra vez allí sus ojos
 Vieron al jóven pasear la calle,
 Y hablar con una vieja
 Astuta y redomada
 Que su cuarto tenia
 Contiguo al que habitaba la Salada.

Otra noche con ésta
 Le vió con gran porfia
 Detenerse y hablar lleno de fuego;
 Mas la jóven, por única respuesta,
 Sin escuchar su ruego,
 Con gran desembarazo,

Cual si estuviere por su honor alerta,
Dió un terrible portazo
Diciéndole:—Deténgase en mi puerta,
Que aquí nadie ha de entrar mas que uno solo.»

—¿ Si tendrá la manola su manolo?
Dijo el jóven á aquel que le seguia.
; Oh! si tal fuera, de la estrella mia
Renegara mil veces
Del dolor aparando hasta las heces.
Yo por ella, mi honor teniendo en poco,
Vine aquí disfrazado;
Yo por ella mi atezar he dejado
Y he venido á rondarla como un loco,

Sin caer en la cuenta
De que acaso tuviera por afrenta
El mundo mi pasion; y que con mofa
Me veria, engolfado en mi locura,
Ir frenético en pos de esa criatura
De tan ruin y miserable estofa.
; Oh! vámonos de aquí; lejos huyamos
Y nunca mas al Avapies volvamos.

Marcháronse los dos; el cura de ellos
En pos marchó tambien; y desde entonces
El jóven no volvió; pero volvía
El cura, y entablando con Salada
Y con la vieja plática sabrosa.



Hizose al cabo amigo de la hermosa
Que feliz como nunca parecia.
—¿ Qué te pasa? por fin la dijo un dia;
¿ Estás enamorada?
—; Oh! si, con alma y vida:
Contestó prontamente la Salada.
Estoy de amor herida
Y soy correspondida.
—Y ¿ quién es el galan que así, tan presto,
Como á boca de jarro,
Te dió en el corazon?—El mas bizarro,
Mas bravo y mas apuesto
Que la tierra pisó.—Ya tengo gana
De verle.—¿ Si? pues mire usted, padre curiana,

Me pienso que voy pronto á complacerle.
Mas tenga usted cuidado
De no venir á importunarnos mucho.
Es en dar *gofetas* Adam muy ducho
Y pudiera zurrarle la badana,
O hacerle ir del todo trasquilado,
Si con bromas se viene aquí por lana.
Repito que cuidado
Y vaya usted con Dios, y hasta otro dia.»—

Sintió el cura que ardiente renacia
El no estinguido fuego
Allá en su pecho; y con placer hubiera
Matado á su rival si allí le viera.

En su delirio ciego:

—; Adam! ; Adam! con furia repetía ;
¿Quién es ese mortal que nunca he visto
En casa de Salada,
Ni en la taberna, ni en garito alguno?
¿Quién será, ¡vive Cristo!
Ese ¡ay de mí! mancebo afortunado,
Rival aborrecido
Cuyo nombre jamás llegó a mi oído?
¿Será posible que ni el conde pueda
Lograr que al cabo la manola ceda
Vencida por el brillo de su cuna,
Y que aquel ignorado
Galan, aquí a su lado
Goce del bien que tanto apeteceamos
Los que el oro y la dicha la ofrecemos?
¡Dicha!... no, no; la dicha no es el oro;
Que si él la dicha diera,
También yo alguna vez dichoso fuera
En brazos ¡ay! de la mujer que adoro.»

Diciendo así el mal cura
Vió salir á la jóven á la calle
Luciendo el breve pié y el lindo talle
Con tentadora y lúbrica apostura.
Contenta estaba y como nunca bella;
El cura con ardor siguió su huella
Celoso; la vió ufana
Cruzar la corte; y luego en derechura
Dirigirse á la cárcel de la villa,
Y acercarse veloz á una ventana
Donde la espera un hombre en cuyos ojos
La luz de amor abrasadora brilla.»

Lleno el cura de afán, lleno de enojos,
—; Torpe de mí! exclamó; yo no pensaba
Que en la cárcel Salada encontrarla,
Cuando á ver al tío Lucas se acercaba.
Ese amador que tanto ponderaba.
Y á decir la verdad, su bizzaria
Bien en el rostro juvenil ostenta.
¡Qué hermoso es! ¡qué hermoso!
Y ésta también ¡qué hermosa se presenta!
Parece que el destino, á mi reposo
Y á mi dicha oponiendo eterna valla.
Los hizo para amarse, y hoy se goza
En obligarme á presenciar mi afrenta!
Ya ni aun la duda en mi interior batalla;
Menguado soy en todo
Y al notar que se adoran de ese modo,
De celos ¡ay! mi corazón estalla.»

Y era verdad; en tanto que él sentía
Rebramar en su pecho destrozado
Todo un mar de dolor y de agonia,
En un mundo encantado
De sensaciones placidas vivía
Salada; y con su amante
Sustentó larga plática sabrosa,
Hasta que al fin á sorprenderla vino
La vaga y misteriosa
Luz espirante de la tarde hermosa.

De su éxtasis divino
La voz del carcelero
Pudo sacarla al fin; mas ella, dando
A su querido Adam su adiós postrero
Hasta el siguiente día,
Le dijo suspirando:
—Adios, mi bien: no olvides que te quiero
Mil veces mas que á la existencia mía;
No olvides que muy pronto tu Salada
Te volverá la libertad amada.»

Tiróle con su mano
Un beso de su boca
Y luego el pié liviano
Movió, corriendo cual si fuese loca;
Tornando atrás la vista
Para mirar al adorado preso,
Que allí quedaba con su ardiente beso,
Y que en cambio, con alma enamorada,
Clavó en ella su vivida mirada,
Que á manera de rápida centella
Cruzó el espacio y reflejóse en ella.

Y el cura, tras la bella,
Ardiendo en ciega ira,
Corrió calles y plazas; y resuelto
A demandar piedad para su loco
Afan, cuando la noche poco á poco
Dejára el mundo en lobreguez envuelto,
Se acereó, suspirando,
Mil frases murmurando,
Que la jóven con calma desdeñosa
Y maligna sonrisa rechazaba,
Pues entonces gozosa
Solo en el preso y en su amor pensaba.

Y así pasaron dias
Siendo testigo el cura malhadado
De aquellas conferencias y alegrías,
Hasta que al fin á su rival odiado
En libertad pusieron;
Y sus ojos atónitos pudieron
Admirar mas y mas la gentileza
Y el valor y arrogancia
De aquel mancebo á quien cedió la hermosa
La mitad de su lecho y de su estancia.

La vida misteriosa
Que desde entonces con Adam hiciera,
Mas que nunca feliz y apasionada
La graciosa Salada,
Dió pábulo á la envidia de las gentes
Que, en cien círculos varios,
Con lenguas maldicientes
Hicieron infinitos comentarios.
Y era cosa de ver como las viejas
Curiosas indagaban
La vida de los dos, desentrañando
Circunstancias añejas;
Y como, murmurando
Las mozuellas del barrio, se fijaban
En el traje de Adam, y le observaban
Preguntando quién era:
Mas en tanto que así cuchicheaban,
Cada cual para si tener quisiera
Un amante tan guapo y tan rollizo.

Después el diablo hizo
Que por el barrio de Avapiés corriera
Un rumor, al principio un tanto leve,
Que fué tomando proporcion estraña,
Pues se dijo una cosa que en España
Nadie creerá en el siglo diez y nueve.

Se afirmó que aquel mozo,
Al cual apenas le apuntaba el bozo,
Era un grande estantigua marrullero,
Sexagenario, brujo y hechicero,
Que, enamorado de Salada un día,
Y sabiendo que en vano intentaría
Obtener los amores
Y los dulces favores
De aquella jóven, que tan solo goza
Con ser amada por la gente moza,
Invocando á Merlin y á otros cien magos,
A fuerza de untos y de ciertos tragos

De un elixir famoso
Que el mismo fabricó de buena gana,
Consiguíó de la noche á la mañana
En un ser convertirse el mas hermoso
De cuantos vió naturaleza humana.

Plé con esto hubo ya para que algunas
Comadres importunas,
De esas rancias jamonas peregrinas
Que suelen emplear la vida entera
Tan solo en atisbar á sus vecinas,
Con aplomo dijera
Que por las noches, con sus propios ojos,
Yagando por la acera
De Salada, un fantasma visto habia
De tan rara fealdad y gesto adusto,
Que al verlo, casi se murió del susto.
Y de aquí deducian
Los necios que la ojan
Que la fantasma aquella
Era el diablo que andaba tras la huella
Del viejo brujo en jóven convertido;
Y como el diablo siempre apercebido
Vive, y no deja de apuntar con calma
Cuando es la fecha de llevarse un alma,
Se creyó que esperaba, hecho un pelmazo
A la puerta de Adam, que cierto plazo
Que al mal viejo impusiera,
Al cabo trascurriera:
Con lo cual la manola se hallaria
Junto á un triste espantajo el mejor dia.
En vez de hallarse con aquel amante
Tan bello, vigoroso y arrogante.
Y se dijo, por fin, que ella sabia
Tan diabólica historia; y se afirmaba
Que, llena siempre de mortal recelo.
Velando el sueño de su Adam, lloraba
Pidiendo paz y proteccion al cielo.

Y aquí, caro lector, se me figura
Que charlo sin cordura;
Y estoy mirando á mas de cuatro sábios
Que, frunciendo las lábios,
Encogiendo los hombros
Y arqueando las cejas,
Dirán que es todo relajcion de viejas
Que les causa ictericia;
Y algunos, sonriendo con malicia
Por hacer mi destino mas amargo.
Añadiran que el canto es algo largo,
Flojo el lenguaje y falto de lirismo;
Con otras mil y mil observaciones
Prudentes, y atinadas reflexiones,
Que tambien me dirijo yo á mi mismo
En ciertas ocasiones.
Mas es el caso que empeñada tengo
Mi palabra y seguir quiero la historia,
Por lo cual á contaria me prevengo
Apelando al sentido y la memoria.
Y alegre algunas veces,
Triste otras; ya mustio, ya inspirado:
En llano estilo, grave ó reposado,
Procurando afanoso complacerte,
Desearé que mi pluma correr pueda
Con mas ó menos venturosa suerte;
Mas diciendo á mi vez con Espronceda
Que yo tambien á mi placer me ajusto
Y allá van versos donde vá mi gusto.

Por eso aquí suspendo
Las historias del cura y de Salada
Y su rara entrevista.
Mi musa está cansada
Y tambien tú lo estás; ya lo comprendo.
Quédate, pues, con Dios, y hasta la vista;
Que en el canto inmediato
Reanudar te prometo mi relato.

CANTO III.

Prosiguiendo, lector, la interrumpida
Narracion, si es que aliento
Tomaste como yo, y estás contento,
Te diré que la gente entretenida
En todo el barrio de Avapiés estaba,
El caso comentando prodigioso
De aquel viejo, trocado en un instante
En un mancebo hermoso y rozagante,
A quien el mismo Lucifer rondaba
La calle por las noches cuidadoso.

Si el cura fomentaba
Semejantes habillitas
Entre ciertas menguadas gentecillas,
No lo dice la crónica secreta.
Pero es lo mas factible
Que la fantasma horrible
Era un hombre y no un diablo, y que ese hombre
Del cual seguimos ocultando el nombre
Adoptando la máxima discreta
Que aconseja contar, porque no haya
Disgustos ni quebranto,
Ciertos milagros sin nombrar al santo).
Era el cura y no otro;

El cual, corriendo como ardiente potrero,
A impulsos ya de la pasión y el vicio,
Ni aun vislumbrar queria
El hondo precipicio
En que ciego y frenético se hundia.

—No hay que dudar, decia
Cierta mañana á su mansion tornando:
Salada torturando
Debe estar al mocito, el cual parece
Que ya se va hastiando
En la prision que con su amor le ofrece.
Tanto, necia, en sus brazos lo ha tenido
Que ya del dulce nido
Quiere escapar.... Pues bien, yo haré que sea
Arrastrado por locas ilusiones,
Y que, transido de dolor, se vea
Juguete de sus miserables pasiones.
Yo encenderé en su alma
La sed del oro que tambien me acosa;
Por otras bellas perderá su calma;
Y Salada, la altiva, la orgullosa,
La que me mira con desden y ceños,
Tal vez un dia se pondrá de binijos

A mis plantas... sí, sí; y entonces, dando
Rienda suelta por fin á la venganza,
Cuyo gérmen feroz mi pecho esconde,
Sino queda cumplida mi esperanza
Lógrela al cabo el opulento conde.
Que él por ella tambien loco padece
Y oro sin cuento por su amor ofrece.

Desde aquel mismo dia
El cura fué logrando
Lo que astuto alcanzar se proponia.
Sus labios balbucieron
Al oido de Adam frases pomposas;
Pintóle un mundo lleno de placeres
Y mil voluptuosas
Seductoras mujeres
Que en mágicos salones se movian
Al compás de una música sonora:
Y torrentes de luz que despedian
Mil arañas incientes:
Y espejos reflejantes:
Y aroma embriagadora;
Joyas, flores, un mundo de hermosura
Y mil mundos de amor y de ventura.

Seducido el mancebo
Con tan falaz fantástica pintura,
Picó al fin en el cebo;
Halló en su pecho la inquietud cabida:
Juzgó el presente pálido y sombrío;
Y anhelando volar hacia otra vida
Sintióse presa de mortal hastío.

En vano la Salada
De su amor le pintó los dulces lazos:
En vano enamorada
Le retuvo feliz entre sus brazos.
Adam de ellos huyó; floja la rienda
De su ambicion insana,
Lanzóse por la senda
Del crimen, que engalana
Con bellos atavíos
Su pírrido y astuto consejero.
Huyó de su mansión, y triste y solo
La quitada manola
Pasó una noche eterna suspirando.
Las lentas horas con afán contando.
Vió la luz de la aurora
Que indecisa los vidrios de su reja
Iluminó; y mas tarde
Melancólicamente
El sol sobre su frente
Dejó caer sus tibios resplandores:
Alumbróse de súbito su estancia
Testigo de sus plácidos amores:
Su lecho estaba intacto;
El silencio en redor solo reinaba
Y en vano con la vista
La pobre jóven á su Adam buscaba.

—¡Desdichada de mí! dijo con pena:
Ni mi amante vendrá, ni yo en mi duelo
Podré vivir sin verte.
Ya para mí no hay paz, ya no hay consuelo.

Así, mientras vertía
Un copioso raudal de amargo llanto,
Salada triste con dolor decía:
Mas de pronto, á pesar de su quebranto,
Alzó su tersa frente,
Mostró su rostro hermoso
Animado y sereno,
Y su apretado seno
Magnífico y turgente,
Palpitó de emoción y gozo henchido.

—¡El es! ¡mi Adam! gritó cual si despierta
Las sombras abuyentase
De un sueño maldecido;
Y corriendo feliz hacia la puerta:
—¡Será mi Adam! esclama:
Mi Adam sin duda que á la puerta llama.»

Dijo y abrió: ¡cuán presto su alegría
Volvió á desaparecer! el torpe cura
Llegó á insultar su amor y su agonía
Y á redoblar sus celos y amargura.
Entonces fué, cuando en furor montando,
Blandió el puñal altiva la manola,
Y cuando el hombre misero, temblando
Sacó de su bolsillo una pistola,
Y pronunció en voz baja
Breve discurso de malicia lleno
Que á la Salada en su furor ataja
Infiltrando en su pecho atroz veneno.
Cuando trémula, en fin, llena de espanto,
Cual tórtola viuda
Que juzga el mundo á su horfandad estrecho,
Tira el puñal y permanece muda;
Muda de asombro y cólera y despecho.

Y es que el nombre de Adam, nombre querido
De su alma enamorada,
Resonaba en su oido
Con mágico poder: y fascinada,
Cual pajarillo por la sierpe odiada,
Cual potro altivo que tascando el freno
Al cabo se somete,
De impotente furor, de rabia lleno,
Al esperto ginete.
Así Salada en su mortal quebranto,
Al cura oyendo sumergiése en llanto.

¡Pobre mujer para el dolor nacida!
¡Flor delicada que brotó en la roca
En medio de una mar embravecida
Que aniquila y destruye cuanto toca:
Que iracunda sus olas desatara
Y al punto de nacer la destrozara!
¡Triste es tu sino, tu fortuna poca!

Sus fuerzas se agotaron;
Trocó en dolor sus ásperos enojos
Y una vez y otra vez ¡ay! se llenaron
De lágrimas sus ojos.
Ya no hay dichas ni encantos para ella;
Pálida brilla en el cenit su estrella;
El sol no puede iluminar el dia
Que en su concepto es ya noche sombría.
Tan solo piensa en el galán querido,
Piensa en sus horas de ilusión pasada,
Y de todo olvidada
Aun su propio dolor pone en olvido.

Cayó el puñal rodando por el suelo
Y el hombre le guardó; sentóse ella
Y abismada en su triste desconsuelo
Dobló la frente y se mostró mas bella.
Mas bella, mucho mas: porque no hay nada
Que aumente los cantos de una hermosa
Como el verla, no altiva y rencorosa,
Sino tierna y humilde y resignada.

—Escúchame un momento,
Dijo el cura despues tomando asiento;
Atiéndeme y no seas
Tan terca en tus ideas.
¿A qué llorar en tu delirio insano
Si el remedio mejor está en tu mano?
Escúchame y advierte
Que soy ya perro viejo:

Que siempre me intereso por tu suerte
Y que es de sábios el tomar consejo.»

Viendo el hombre á la jóven abismada,
Hizo avanzar su silla,
Y cogiendo una mano de Salada:
—Escúchame, chiquilla,
Le dijo; estáme atenta
Y yo te juro que serás dichosa.
Ajusta bien tu cuenta:
La venganza fué siempre muy sabrosa;
Véngate tú de Adam; que tus enojos
Aviven de su amor la muerta llama.
Y ya verás como á tus piés de hinojos
Viene á decirte que tu amor le inflama.
Verás como te ama
Entonces, ya verás...—; Ay! si así fuera,
Escelamó la manola suspirando,
Yo tus consejos con placer siguiera;
Mas si en su pecho compasion no cabe,
Si no me sigue amando,
¿Cómo he de hacer que por amarme acabe?
Yo le adoré... ¡jamás á conocerle
Llegara loca un día!
Sentirme ciega, idolatrarle al verle,
; Todo fué uno por desdicha mía!

—Tienes razon, el cura le contesta;
Sin ese amor que enciende tus entrañas
Y tanto te molesta
Con visiones quiméricas y estrañas.
Sabe el cielo que alfombrás pisarias
Y ostentaras feliz sobre tu frente
Diademas de brillantes pedrerías.
Y tu seno turgente,
Tu desnuda garganta,
Tu esbelto talle, cual ninguno airoso.
Tu brevísima planta,
Todo tu cuerpo hermoso—
Gala y joya del suelo
Que te ha visto nacer, entre ropajes
De raso y terciopelo,
Y ricos y magníficos encajes,
Aprisionado vieras
Para ostentar tus formas hechiceras.
Tú la reina serías
De mil soberbias y orgullosas damas;
Mas ya que aquí prefieres
Pasar tus tristes días
Junto al hombre que amas,
Por mas que él sienta con tu amor hastio,
Ten, al menos, presente que el vacío
Del corazón, á veces no lo llena
Una caricia y llénalo un desvío.
; Qué diablos! tanto amor causa y dá pena.
Tú le celas, le abrumas;
Tú de sus álas arrancar las plumas
Quisiste, ¡ vano intento!
No miraste que el ave cruzar quiere
Por la region del viento
Y que sin álas en su cárcel muere.
Dále suelta, muchacha;
La perdiz buena es, mas si comemos
Siempre perdiz, al cabo nos empaacha.
Basta ya de ridiculos estrechos
Y á vivir, prenda mía.»

—; Vivir! ¡ vivir!... ¡ Dichoso el que muriendo
El mundo trueca por la tumba fria!
Dichoso tú que mi sufrir horrendo
No comprendes; si tú lo adivinaras,
Si tú mi duelo vieras,
De seguro de mi piedad tuvieras.
¿ Por qué? ¿ Por qué me pintas esa vida
De placer y ventura

Si no la envidia yo? Yo viviria
Feliz con vida oscura
Viviendo de mi Adam en compañía.
Mas tu no tienes corazón ni entrañas
Y con pinturas mágicas engañas
Al hombre que yo adoro;
Le muestras de delicias un tesoro,
Le seduces, le arrancas de mi lado
Y en vano; ay triste! compasion imploro.
¿ No fue anoche arrastrado
A su pesar mi Adam idolatrado?
¿ No fuiste tú con bárbara perfidia...
; Oh! si... ¿ te acuerdas? Vuestro plan infame
Le repugnaba; el pobre no queria
Convertirse en ladrón... yo le rogaba
Y él propició á mi ruego se mostraba.
Entonces le pintaste á la condesa
Jóven y hermosa; mágicos salones...
¿ Qué sé yo cuántas cosas le pintaste!
; Solo sé que á la senda le lanzaste
Del crimen; sé que sola
He pasado la noche suspirando;
Que le estoy esperando;
Que no viene á buscar á su manola!
Que un instante cerrar pude mis ojos.
De tanto llorar rojos,
Y le vi con los ojos de mi alma
Otra vez en la cárcel; y á la reja
Del humedo y estrecho calabozo
Donde yo le veía,
Una mujer, hermosa como un cielo.
Hablabale de amor; y el pobre mozo
Sus palabras hipócritas creía.
Y en tanto, me moría
De pena, y en mi bárbaro desvelo
Mis manos alargaba
Por ver si á mi rival matar podia;
Mas ella prolongaba
Mi suplicio, mostrando desdeñosa
Su faz serena, hermosa;
Y vi que de repente,
Para aumentar mi duelo y mi quebranto,
Vistiendo un rico manto
Con dal corona colocó en su frente.

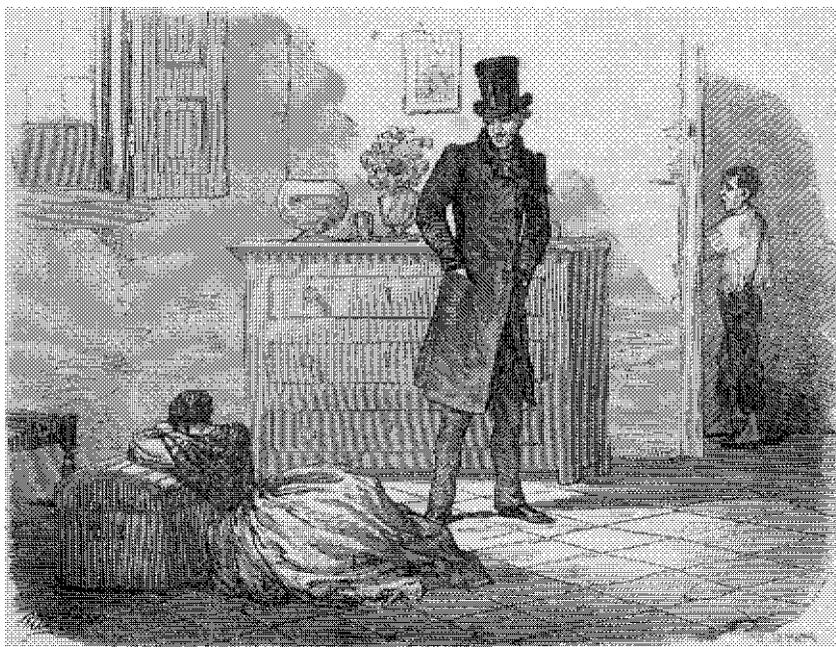
—; Cuánto sufrí en mi horrible desvarío!
(Volvió á decir Salada interrumpiendo
Su triste narracion.); Si al dueño mio
Siquiera hubiese hallado
Al despertarme, junto á mi sentado!
; Pero él no llega, y tú que le llevaste
Vienes á verme, sin decir siquiera
En dónde le dejaste!
; Oh! ¿ por qué calas? ¿ Por desdicha el sueño
Que acabo de contar, se ha realizado?
¿ Esta mi bien, mi dueño,
Nuevamente en la cárcel encerrado?

Era tanta la angustia de Salada
Que el cura, aun siendo poca
La compasion que en realidad sentia,
Llegó á temer que se volviere loca
Y trató de calmar su pena impia.
—Tu amante, dijo, en libertad se encuentra
Aunque no lo merece.
—¿ Y en dónde esta?—Lo ignoro;
Mas pienso que en tu ausencia no padece
Ni vierte como tú tan triste lloro.
Anoche en el palacio á donde fuimos
Hizo mil necesidades;
Por él en *polvorosa* nos pusimos;
Por él, en fin, se malogró la empresa.
Pues nunca presumimos
Que le hiciese *tilin* una condesa.
—; Mientes, mientes!—Por mucho que te enfades

Te estoy diciendo la verdad desnuda :
 La opulenta viuda ,
 La condesa de Alcira , en cuya casa
 Nuestra gente se hablaba de visita ,
 Despertó , y la maldita ,
 Al ver la novedad de lo que pasa ,
 Sin duda gritar quiso
 Pues fueron todos á tapan su boca ;
 Mas tu Adam les provoca
 Defendiendo á la dama ; y tal escándalo
 Movieron sus fatales desatinos
 Que diéronse de guarda los vecinos .
 Yo di la voz de alerta ,
 Mis hombres se alarmaron
 Y al entrar la justicia por la puerta
 Por los balcones ellos se escaparon .
 —¿Tambien mi Adam?—Tambien , yo te lo juro
 —¡Mientes!—No miento , créeme , Salada :
 El sitio estaba oscuro
 Y Adam con todos se escapó : turbada

Tu mente está ; deliras , te preocupas
 Con esos sueños ; mas si aqui viniera
 Mi acólito , el buen Pupas ,
 Lo mismo que te digo él te dijera .»

No bien el cura pronunciado habia
 Estas palabras , la entornada puerta
 Un inozuelo entreabrió.—Ven , dijo entouces
 Salada levantándose y corriendo
 Al instante al encuentro del muchacho
 Que al cura le hizo un guiño sonriendo .
 —Explica sin empacho
 Ni rebozo , si Adam preso se halla ,
 Dijo al fin el indigno sacerdote .
 —¿Me explico?—Si , á fe mia ,
 Respondió la manola dominando
 Su recóndito afán y su agonía .
 ¿No ves que esta saltando
 Mi corazon y de inquietud estalla ?
 —Vamos , Pupas , espícate.—Se halla....



—¿Dónde ? ¿Dónde?—¿La digo?—Si , revienta
 Volvió á esclamar el cura que veía
 Cada vez á Salada mas violenta
 Y calmarla algun tanto apelería .

—Pues , si lo he de decir , gritó el muchacho
 Con acento salvaje y fe dañada ,
 Perdónle Salada
 Y allá vá sin rodeos la noticia .
 Cuando anoche ese guapo á la condesa
 Defendió , malogrando nuestra empresa ,
 Y vino la justicia ,
 Y usted dió el grito , y todos nos salimos
 Por el balcón pidiendo al miedo á las ,
 Adam se entró.... se entró.... varios le vimos ,
 En una casa de mujeres malas .»

Aun no acabado habia
 De pronunciar con sin igual descaro
 Su última frase Pupas , cuando un grito

De dolor infinito
 Lanzó del pecho la infeliz Salada
 Cayendo al suelo exanime y sin vida .
 Y la grana encendida
 De sus mejillas , que á las gayas flores
 De mayo les robaron sus colores ,
 Y el resister á la nascente aurora ,
 De triste palidez se vé nublada ;
 Y casa de irradiar en su mirada
 La rica lumbre pura
 Que en su pupila mágica fulgura :
 Y de sus labios los corales rojos
 Palidecen tambien ; y el rico seno
 Ya no palpita de sus globos lleno .
 ¡Pobre mujer! ¡en su mortal desmayo
 Parece herida por potente rayo!

—¡ Al cabo con la tuya te saliste !
 Dijo el cura lanzando una mirada
 Tracunda y sombría sobre Pupas .

¿La ves? ¡pobre Salada!
 ¡Pobre de mí que la contemplo muerta!
 Mas, no... su mano yerta
 Aun late aquí en la mía!
 —¿Morirse por amores?... ¡tontería!
 ¿Cuál de pena se muere?
 Dijo el muchacho con gentil frescura.
 ¿Y es usted quien lo dice, señor cura?
 ¿Usted que a todas horas
 De fingidas las tacha y de traidoras?
 —Tienes razón, muchacho;
 ¡Ella vive! la sangre por sus venas
 Circula perezosa;
 Pero circula ¡oh rabia! ¡oh desventura!
 Pronto a la vida volverá y su eterno
 Amor por ese hombre,
 Mi suplicio será, mi horrible infierno.

Y luego loco se pasó una mano
 Por la abrasada frente;
 Sonrió con esfuerzo sobrehumano
 Y exclamó de repente:
 —«Vamos de aquí; su vista me asesina;
 En delirante abrasador desco
 Y en ansias de vengarme de la ingrata
 Me siento arder; huyamos; según veo
 La ropa me trajiste.

—Si, señor. aquí está.—Pues venga y vamos,
 Que ya del pecho el corazón se escapa
 Y alguna vez es fuerza le venzamos.»

Dejó al punto la capa
 Y tomando un levita, que ca un lío
 El muchacho traía
 Con otras prendas, pronto disfrazado
 Quedó de tal manera
 Que el mismo ya no era
 Pues otro con tal traje parecía.
 Sacó luego unos verdes anteojos
 Y en su chata nariz quiso ponerlos;
 Mas antes, acercándose a Salada,
 Clavó en ella sus ojos,
 Mientras Pupas aguardale impaciente
 Junto a la puerta que abre diligente.

—¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa!
 Volvió a exclamar sus formas contemplando;
 Y al notar que el muchacho impertinente
 Seguiale acechando,
 Por la postera vez su vista ansiosa
 Clavó en la faz turbada,
 En el ebúrneo seno y en el tallo
 De la pobre Salada
 Y ambos a dos lanzáronse a la calle.

CANTO IV.

I.

Cuenta la historia... pero aquí, lectores.
 Mi espíritu intranquilo,
 Volar queriendo en alas
 Del placer, la virtud y los amores,
 Romper quisiera el hilo
 Del fatigoso cuento
 Que va de pobres galas
 Adornando afanoso el pensamiento.

¡Oh! ¡cómo causa el orden! ¡cómo hasta
 La triste realidad de la penosa
 Existencia sombría
 Envuelta siempre en su mezquina prosa!
 Razon, razon tenía
 Espronceda, que triste se quejaba
 De ese afán de medir el mundo entero
 A compás; *no hay locura
 Igual a la del lógico severo*
 Que a perfecta y raquítica estructura,
 Y a número y medida
 Intenta reducir con necia calma
 Los arcanos profundos de la vida
 Y hasta el inquieto batallar del alma.

¡Feroz esclavitud; reglas odiosas!
 Yo quise impertinente
 Seguir las escabrosas
 Sendas que el hombre con afán doliente
 Cruzando vá; mis manos temblorosas
 Arrancar intentaron
 La lira que pendía
 Del desmayado sáuce que la tumba

De Espronceda cubría.
 Quise tocar las cuerdas vibradoras,
 Que entro mis dedos con dolor saltaron.
 Y escenas por do quier conmovedoras
 Mis atónitos ojos contemplaron.

Tal vez la vista inquieta
 Ora intento apartar de esos dolores
 Buscando en mis delirios de poeta
 Otra vida, otro bien, otros amores.
 ¿Por qué, por qué de flores
 La ruta que Salada
 Sigue, no miro por do quier sembrada?
 ¿Por qué se me presenta
 Del fementido cura
 La desdichada y misera figura?
 ¿Por qué, en fin, se violenta
 Mi mente, dando sin igual rodeo
 Para buscar al héroe de esta historia
 Que sepultado veo
 En un abismo de abyección? ¡Dios mío!
 ¿Por qué el mundo contiene tanta escoria,
 Tanto dolor y padecer sombrío?

Mejor, mejor quisiera,
 A mi oprimido corazón dejando
 Vagar por otra esfera,
 Ir otros mundos de placer buscando.
 Quisiera con galana
 Diestra pluma, espectáculos mas bellos
 Describir; yo, lector, te pintaría
 Los vividos destellos
 Del claro sol, cuando despunta el día.
 Porque al mirar su resplandor, con ellos
 Se inundara tu pecho de alegría.

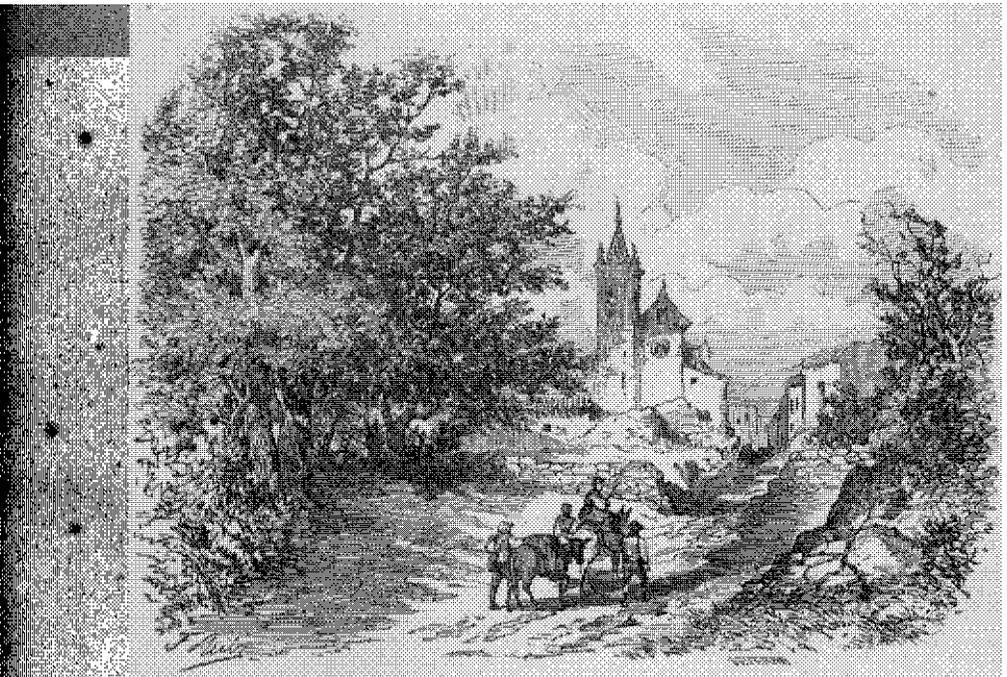
Yo entonces te diría ,
 Debajo la enramada
 Dosel del manso y sonoro río ,
 Cuyas orillas bordan gayas flores
 Y do cantan su amor los ruiseñores ;
 Cuán dulce y sosegada
 Es la ignorada vida
De aquel que huye el mundanal ruido ,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Vieras también el agua que desata
 La fuente que naciendo se despeña
 Como líquida plata
 Saltando loca de la agreste breña.
 Vieras también los tiernos pastoreillos
 Cruzando la llanura ,
 Y los mansos y alegres corderillos
 Que pacen en un bosque de verdura.
 Y en medio del espacio ,
 Lleno de perlas y de polvos de oro ,
 Vieras lucir sus alas de topacio
 Inquietas mariposas
 Besando nardos y pintadas rosas.

Y bajo la estrellada

Bóveda inmensa de zafir luciente ,
 Los rayos de la luna plateada
 Vieras de pronto iluminar tu frente.
 Y en las cálidas noches del estío,
 La mies dorada en blando balanceo
 Vieras en torno tó , yo en torno mío.
 Y el céfiro traería
 En su aliento suavísimos aromas
 De ricas fresas y olorosas pomas ,
 Susurrando con placida armonía
 Donde , junto al ameno
 Alegre huertecillo ,
Flérida para tí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno .
 Mostrarate en su faz pura y hermosa .
 La casta y pudorosa
 Pasión que guarda en su inocente seno.

Vieras cruzar las fáciles veredas
 De los fértiles llanos ,
 Y las frescas pomposas alamedas .
 Niños , mozos y ancianos ,
 Que caminando van , con anhelante
 Paso veoz hácia el hogar bendito ,
 En tanto que distante
 Alegre clamorea
 La sonora campana de la aldea.



Y vieralos en esta , embeberide -
 Besar la frente de la amada esposa :
 O de los hijos , con afán queridos ,
 Desenredar la cabellera huadosa .
 Y al pié del emparrado ,
 De rico fruto en su sazón cuajado ,
 Mientras nace la luz de un nuevo día ,
 En amigable y grata compañía ,
 Gozar de la serena
 Calma augusta que el ánima enajena
 Y que hasta Dios el pensamiento guía.

Mas ¡ay! ¿ a dónde loco ,
 Errante el mío , se dirige y ciego ?
 ¿ Por qué esos cuadros de ventura evoro
 Si ábrego impio los destruye luego ?
 Al sol su sacro fuego
 Roban ya del invierno los rigores
 Porque vida y calor no dé a las flores .
 ¡ Mirad ! en el espacio la tormenta
 Poderosa se agita
 Y la creacion al parecer palpita .
 La nube cenicienta
 Se estiende , se acrecienta ,

Y con su sombra oscura
 Viste de luto el monte y la llanura.
 La tempestad despues furiosa estalla;
 Trémula el ave y asustada calla;
 Y juguete de fieros torbellinos,
 En locos remolinos
 Cruge en el aire la tostada hoja
 De que el árbol temblando se despoja.
 Se cubre de tinieblas el espacio;
 Y brama el huracan; y rueda el trueno
 De los nublados oprimiendo el seno,
 Que en rasgar prepotente se recrea
 El rayo que iracundo centellea.
 ¡Mirad! ¿no veis? La inmensa catarata
 Rómpe se al fin; el aluvion parae
 Que de anegar al universo trata.
 Mugiente el río y desatado crece
 Los campos asolando;
 Y el torrente, bramando
 Con poderoso empuje,
 Sobre si va llevando.
 Cuál leve arista, cual ligera pluma,
 Troncos añosos entre hirviendo espuma.

Todo es tristeza, soledad y espanto:
 A impulsos de la cólera divina
 Todo parece que á su fin camina.
 El alma en su quebranto
 Se arma tambien de la áspera rudeza
 Que reina en la natura.
 Y Flérida doliente,
 Perdida la salud y la hermosura,
 Triste se agita en el cuitado lecho
 Arrancando suspiros á su pecho.
 Mientras en medio de la noche oscura
 Al lugubre silbido
 De los vientos, responde
 Del lobo hambriento el pavoroso ahullido.

Y aqui no sé ya en dónde
 Buscar, lector, la terrenal ventura
 Que á mi vista se esconde.
 Y al par se me figura
 Que amostazado estás, pues ves que nócio
 Camino á oscuras sin saber á dónde.
 Y es lo peor que la razon te sobra
 Pues alargo mi obra
 Con tantas digresiones indigestas
 Y pinturas molestas.
 Hace muy bien la lógica que mide
 Los vuelos de la loca fantasia
 Y juicio y tacto con razon la pide.
 ¿Quién sabe si esa dicha que la mia
 Buscó en los campos la ciudad me oculta?
 Volvamos á la culta
 Capital de la noble monarquía,
 Y dejando á Salada
 Triste y sumida en el dolor insólito
 Que eclipsó de su rostro la hermosura,
 Sigamos al mal cura
 Que á la calle lanzóse con su acólito.

II.

Tan pronto como estuvieron
 A solas ambos á dos,
 El indigno sacerdote
 Al muchacho se acercó.
 —Dime luego, dime luego,
 Dijo bajando la voz,
 Donde se oculta el imbécil
 Que nuestros planes frustró.
 Anoche por culpa suya

Yo me vi en la precision
 De daros la voz de alerta.
 ¡Pobres de todos sinó!
 Yo no sé quién fué el demonio
 Que, convertido en soplón,
 Á la justicia dió aviso;
 Mas la justicia llegó.

Yo vi á todos que á la calle
 Bajaban por el balcon.
 Y vi á ese mozo maldito
 Saltar cual gamo veloz.

Y malogrose la empresa
 Fraguada con tal primor
 Los muy cobardes huyeron
 Sin castigar su traición.

Solo tú á mi lado estabas:
 Solos quedamos los dos;
 Y yo me hallé desarmado;
 Desarmado ¡voto á bríos!

Mas tú que un puñal tenias;
 Tú que escuchaste mi voz;
 Tú que viste mi coraje;
 Que notaste mi rencor;

¿Por qué, por qué no seguiste
 Á ese maldito de Dios,
 Y al revolver de una esquina
 No le abriste el corazon?

—¿Por qué? Porque fué volando
 Mas que un pájaro; y se entró
 En una casa en que habia
 Gran jarana y confusion.

—¿Y no esperaste?—En la puerta
 Me coloqué de planton
 Por ver si pronto salia;
 Pero buen chasco me dió.

Allá dentro se escuchaba
 De la guitarrilla el son;
 Coplas, voces, juramentos,
 Llantos, y... ¿qué me sé yo?

Entonces, por una reja
 Llego á ver un resplandor
 Estraño, y oigo gemidos
 Que parten el corazon.

Curioso me acerco al punto
 Y descubro con pavor...
 —¿Acabarás de explicarte?
 ¿Qué viste?—A decirlo voy.

Cuatro blandones de cera,
 Un tumulto y un cajon
 Con un cadáver!—¡Muchacho!
 ¿Te has vuelto loco?—¿Quién, yo?

Lo cierto y lijo, es que entonces
 Casi me faltó el valor
 Al ver á una vieja bruja
 Que, furiosa en un rincon,

Se arrancaba los cabellos
 Dando gritos de furor,
 Retorciéndose los brazos
 Y renegando de Dios.

Traté de verle la cara;
 Y lleno de admiracion
 Vi que era Doña Maria...
 —¿Doña Maria? ¡qué horror!

—Y Lucia era la muerta.
 —¡Barbaro! ¿qué dices? No;
 ¡Eso es mentira, mentira!
 Tú foiste siempre un bribon.

—Bribon ó no, padre cura,
 La verdad diciendo estoy.
 —¿Y Adam?...—Alí, como un chico
 Junto á la vieja quedó.

Yo entonces, viendo que era
 Inútil mi precaucion
 De esperarle, pues ya el dia
 Se acercaba, y el soplón

Con unas cuantas mozuélas.
 Que allí estaban, se quedó,
 En busca de usted me vine...
 —Es verdad, tienes razón;
 Soy un torpe, y hace días
 Que el conde lo preocupó;
 Era una niña inocente
 Y la ha matado el dolor.
 Corre, Pupas: vé al instante;
 Y, sin perder la ocasión,
 Cuanto suceda vigila;
 Que yo á ver al conde voy.
 Es menester que él lo sepa;
 Que hablemos luego los dos;
 Corre, Pupas.—¿Y qué hago?
 —¿Qué has de hacer? Que sepa yo
 Cuando entierran á Lucia;
 Cuando fué su defunción;
 Si sigue Adam en su casa;
 Sino está dónde marchó.
 Si sale Doña María...
 Pronto, pronto; anda veloz:
 Que yo al conde de la Banda
 Voy á ver sin dilación.

III.

Partó Pupas, y el cura, presuroso
 Otra ruta tomó, bien á las claras
 Mostrando que á su espíritu intranquilo
 Negra impresion de espanto avasallaba.
 —¡Muerta! ¡muerta! pensó; ¡muerta la pobre
 En la flor de sus días! qué desgracia!
 Ella que há un año rebosando vida,
 Esplendor, juventud... ¡pobre muchacha!
 El hábito del conde, sus amores
 Y mis consejos perdidos la matan.
 ¡Era tan niña! ¡tan feliz!... es cierto
 Que su madre en el lodo se arrastraba:
 Pero es cierto también que junto al lodo
 Puede brotar la flor más delicada.
 ¡Cuánto sufrió!... ni dádivas, ni ruegos,
 Ni intrigas... por mi astucia, por mi audacia,
 Al cabo sucumbió; mas luchó tanto
 Que era muy digna de inspirarnos lástima.
 Que yo tengo la culpa de sus males,
 No háy que dudarlo; que su muerte arrastra
 A la tumba el secreto de un delito,
 Es seguro; que el conde es un canalla.
 Es evidente; que los dos impures
 Nos quedamos, también es cosa clara;
 Pero también es cierto y positivo
 Que háy un alma, y que dentro de este alma
 Suele alzarse el espectro de la muerte
 Cuando á las puertas del sepulcro llaman
 Los recuerdos... en fin, ya no háy remedio:
 Sigamos adelante con cachaza,
 Y si es posible, vamos sorteando
 La horca ó el presidio que me aguardan.»

Pensando de este modo, el cura iba
 Calles cruzando, atravesando plazas.
 Hasta que allá delante de un palacio
 De apariencia magnífica, se para.
 El zaguan espacioso cruza impávido;
 La ancha escalera suntuosa salva;
 Y al portero y lacayos, que le miran
 Y le dejan subir, ni una palabra
 Les dirige: sin duda todos saben
 Que aquel hombre las puertas tiene francas
 Para entrar en los mágicos salones
 Que sirven á su dueño de morada.
 Las ricas galerías de cristales

Cubiertas, las lujosas antesalas
 De damasco vestidas y de muebles
 Costosos y soberbios atestadas,
 Cruza en silencio, sin mirar que á veces
 Nuevos criados que á su paso halla,
 Le miran con sonrisa desdeñosa
 Al ver su rostro y repugnantes trazas.
 Encuéntrase, por fin, con un robusto
 Asturiano, que sale de la cámara
 Del conde; le pregunta si visible
 Estará su excelencia, y sin tardanza
 Una voz (que es la voz del conde mismo).
 Vibrante, dulce, un tanto afeminada,
 ¡Adelante! le dice, y al momento
 Penetra el cura en la lujosa estancia.

IV.

En indolente y cómoda apostura,
 Puesto el codo en un rico velador,
 Sentado el conde, su cigarro apura
 Viendo el humo que esparraca en derredor.

Jóven es y gentil; su cabellera
 Marco es de oro de su blanca frente;
 Son sus mejillas de bruñida cera;
 Sus ojos de un azul resplandeciente.

En torno de sus párpados, marcando
 Su huella el ocio y los placeres van,
 Pnes también el placer suele ir matando
 Como el dolor, con sempiterno afán.

Afan que al alma sin cesar acosa;
 Que á la razón conduce al desvario,
 Y engendra en ella luego la horrorosa
 Inquieta pesadumbre del hastío.

Por eso acaso el conde deseaba
 Que alguien llegase, y esperando en vano,
 Un periódico á veces repasaba
 Y otras fumaba su aromoso habano.

Tocó un timbre y un fámulo al instante
 Humilde á su presencia apareció:
 —Si viene el cura, dijo, que adelante
 Pase en seguida, que le espero yo.»

Salió el fámulo; el conde con enojos
 El periódico aquel en que leía
 Tiró hastiado, y sus azules ojos
 Fijaba en otros que á su lado había.

—«Nada nuevo contienen, dijo luego:
 La política aquí juego es de azar,
 Y aunque presumo que conozco el juego
 Ahora no tengo ganas de jugar.»

«Artículos de fondo... Gacetilla...
 Veamos que dicen de la corte aquí;
 La crónica diaria de la villa
 Mas que esos fondos me entretiene á mí.»

«¡Hola! exclamó siguiendo su lectura
 Y leyendo esta vez en alta voz:
 «Atentado. Esta noche...» pero el cura
 A su cámara en esto se acercó.

Dejó el conde el periódico;—¡Adelante!
 Dijo, y el cura traspasó el dintel.
 Mientras vuelve á pintarse en el semblante
 Del primero el hastío ó el desden.

V.

Hay entes que en ocasiones
Son de alguna utilidad,
Y aun á los mismos que sirven
Suelen siempre repugnar.

Si el crimen algunas veces
Su privilegio les dá,
Triste es el tal privilegio:
Triste, muy triste en verdad.

El conde y el cura, juntos
Por senda torcida van,
Y entre los dos hace tiempo
Reina cierta intimidad.

Por ver antojos cumplidos
Descendiendo el conde va
Hasta el cura que se arrastra
Por inmundo lodazal.

Le tiende una mano amiga;
Oro sin cuento le dá,
Y sin embargo, no puede
Su enojo disimular.

Invencible antipatia
Que ambos sienten á la par,
Uno por cartas de menos
Y otro por cartas de mas.

El conde, jóven y altivo,
Las flores pisando va;
El otro, cual vil gusano,
Las suele babosear.

Si alguna vez en el piélagó
Donde engolfándose estan,
Se encuentran, estraña fuerza
Los repele sin cesar.

Que hay mucha, mucha distancia
Entre un león y un chacal,
Por mas que á su presa juntos
Ambos quieran devorar.

El conde al cura detesta
Por su cinica impiedad,
Y el cura siente en su pecho
La negra envidia brotar.

Y sin embargo, se buscan
Mil veces con terco afán,
Sediento el uno de goces
Y el otro de vil metal.

Apenas aquella estancia
El cura llegó á pisar,
El jóven, con impaciencia
Alzó su pálida faz.

—«Anoche, dijo, esperaba
Que vinieses por acá:
¿Qué has hecho? ¿Dónde estuviste?
¿Se ha realizado tu plan?»

—Anoche, replica el cura,
Ocurrieron por allá
Cosas que son tan difíciles
Como largas de contar.»

—¿Qué tienes? Te miro inquieto:
¿Por ventura enfermo estás,
O no esperas que Salada
Calmar quiera mi ansiedad?»

—Salada suspira y llora,
Ausente de su galán.
—¿Cómo! ¿al cabo conseguiste....?»

—El pájaro echó á volar.
—En tono triste lo cuentas.
—Es... que aun ocurre algo mas.

Acabo de ver...—¿Qué has visto?
—A Lucia.—¿Y dónde está?
—La madre á su lado, loca,
Gime con hórrido afán...
—Pero... ¿y Lucia?—Se encuentra...
—¿En dónde?—, En la eternidad!

Estas palabras el cura
Con acento sepulcral
Pronuncia, y el conde al punto
Se estremece á su pesar.

Ambos á dos en sus venas
Sienten un frío glacial,
Cual si un espectro á su lado
Viesen súbito brotar.

Y en sus tristes corazones,
Que comprimidos están,
Los negros remordimientos
Clavan su agudo puñal.

—¡Pobre niña! dijo el conde
Procurando dominar
La impresion de sus recuerdos.
Dios tenga de ella piedad.

En mi camino arrojada,
Como flor que el huracán
Arrastra, victima ha sido
De horrible fatalidad.

No era por cierto la pobre
Ninguna mujer vulgar;
Tuvo un corazón de oro
Con un alma angelical.

Tú y yo la tendimos lazos
Que es menester olvidar....

—Pero... ¿y su madre?—¡Su madre!
Tienes razon: es verdad.

Si esa mujer se quejara...
Si la justicia... ¡Oh! jamás:
Es preciso á todo trance
Hoy su silencio comprar.

¿Quiere oro? Tendrá oro;
¿Carrozas? Tambien tendrá;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.

Pero que yo no la vea:
Que no venga á demandar
Delante de mí, la vida
De su Lucia jamás.

Vete, y compra su silencio:
¿Oyes? Lo quiero comprar;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.»

VI.

Después de hablar así, dejó su asiento
El conde, y procurando
Dominar la emocion que le embargaba.

Un tapiz levantando
Que un armario magnífico ocultaba,
Sacó de él un precioso cofrecillo
De negro ébano hecho:

Y luego del bolsillo
Una llave de oro
Que al girar en su estrecha cerradura
Y al levantar la tapa

Incrustada de nácar y de plata,
Patidecer al cura
Hizo al punto, mostrándole un tesoro
Que en letras y billetes
El conde allí tenía.

—Bravo golpe seria,
Pensó el cura, fijando la mirada
En aquella riqueza codiciada,
Lanzarme de repente
Sobre este libertino;
Estrangularle y luego... pero temo
Cruzarme en su camino
Y ser mas débil que él; ya vendrá dia
En que pueda vengarme
Sin esponerme á que él pueda matarme.»

En tanto que aquel ente codicioso
De este modo pensaba,
El jóven le alargaba
Un puñado de oro y le decía:
—Llévale pronto lo que aquí te doy;
Mira si puedes conseguir que hoy
No me busque la madre de Lucía.
Mañana ú otro día
Yo la veré; tú mismo iras conmigo
Y allí serás testigo
Del contrato que hagamos.
Yo le daré cuanto pedirnos quiera
Para que al fin y al cabo nos veamos
Libres los dos de su venganza fiera.»

Guardó el cura el billete,
Y no sin esforzarse
Por sonreír, al conde hizo un saludo;
Mas antes de que fuese a retirarse:
—Espera, dijo el conde.
—¿Qué me quiere vucencia?—Una manía
Tengo, que acaso te parezca rara.
Cuando de un crimen víctima Lucía....
—Hablad bajo por Dios.—Nadie nos oye.
Digo, pues, que aquel día,
De oprobio y felonía,
De sus cabellos ella díome un rizo,
Pidiéndome con voz llena de encanto
Que yo hiciese otro tanto
A mi vez. Al hechizo
De su sonrisa blanda y seductora,
De su dulce mirada embriagadora,
Que el alma me quemaba en sus destellos,
No supe resistir: luego en sus manos
Tomando mis cabellos,
Una y cien y mil veces
Estampó sobre ellos
Los labios de carmín; y trasportada
De amor y de placer, fijos sus ojos
En mis ojos, me dijo:
—; Si muero despreciada,
Si alguna vez me olvidas,
Esta prenda, que es hoy mudo testigo
De la amor y mi amor, vendrá conmigo
Hasta la tumba helada!
—; Pobre muchacha!—Si, la desdichada
Vaticinó su suerte:
Loca de amor, perdida, despreciada,
Compra el reposo con temprana muerte.
Todo acabó en el mundo para ella;
Mas ya que no es posible
Contrariar los rigores de su estrella,
Quiero al menos calmar la indefinible
Repugnancia que siento
Al recordar su intento.
Vé á su casa, y el rizo y un retrato
Que en su poder tenia,
Para llevarlos á su tumba fria,
Arranca de su seno diligente.
No quiero que mi imagen sepultada
Entre gusanos, cieno y podredumbre,
Del mundo eternamente
Soporte la terrible pesadumbre.»

Guardó el conde silencio un breve rato:
Mas luego, de repente:
—; Qué diablos! dijo, si me oyese ahora
Otro que tú, diría
Que me aterra la suerte de Lucía
Porque su madre me maldice y llora.
Bien mirado, no sé por qué, cobarde,
Me entrego á tal quebranto.
Si yo gusté de su simpár belleza
¿Quién no hiciera otro tanto
Aun viéndola sumida en la impureza?

Hija del pueblo, pobre, oscurecida,
Junto á una madre que á comercio inmundado
Se entrega, envilecida
Debíó á su vez abandonar el mundo!»

Tras de otra breve pausa
Volvió el conde á esclamar:—De sus errores
Tú y yo fuimos la causa;
Mas ¿quién fija su dicha en los amores?
La quise loco un día
Y luego la olvidé; fatal destino
Interpuso á Salada en mi camino
Donde no hay flores ya ni hay alegría.
Do quier mi vista tiendo,
Buscando la ventura y los placeres,
Do quier que hallar pretendo
Seductoras mujeres,
Goces y gloria y dicha regalada
Solo encuentro la imagen de Salada.
De esa ruda mujer que me fascina
Con su ideal y espléndida hermosura:
Que desdeña mi amor y me asesina
Mostrando la locura
Con que quiere á ese Adam.... ; Adam! cien veces
Te he rogado que vieras
Y al punto me dijeras,
Quién es ese dichoso
Mortal que así me arrebató el reposo,
Haciéndome apurar hasta las heces
Del caliz de mi amargo sentimiento;
Y cien veces y ciento
Me dijiste lo mismo;
Mas hay en tus respuestas un abismo
Misterioso y recóndito, que en vano
Procuro sondear: dices que el hombre
A quien Salada por mi mal adora,
Sin padres y sin nombre,
Sin parientes ni amigos,
Vivió siempre hasta ahora.
No se sabe su patria, no hay testigos
Que indiquen los arcanos de su vida;
Todo en él es oscuro; y sin embargo
De que un día le vieron,
Desnudo y solo, á través las calles
De Madrid, (por lo cual le aprisionaron
Y por loco á la cárcel condujeron),
Todo el mundo me dice que no es loco;
Yo le he visto, y tampoco
Por tal le tengo; su mirar ardiente
Y su altanera frente
Y su gentil denuedo y apostura....
Revelan el valor, no la locura.»

Oyendo estaba el cura
Al jóven aristócrata, que luego,
Mostrándose impaciente,
Presiguió de este modo,
Cada vez con mas fuego,
Cada vez con lenguaje mas vehemente

—Y yo, en tanto, me arrastro por el lodo.
Yo luchó, yo padezco
Por lograr de Salada los favores,
Que alcanzar no merezco.
Y afrentando las canas de mi padre,
Que me profesa la pasión mas tiernea,
Mis escudos y timbres envilezco.
Escucha, en la taberna
Donde anoche estuviste, disfrazado
Estuve yo tambien; yo vi á Salada
Herir á un desdichado
Que á su Adam ultrajó; la codiciada
Mujer que tanto adoro
Me pareció una fiera: su despecho
Espanto me causó; vi mi desdoro,

Y sin embargo, de mi débil pecho
Ya no puedo arrancar su imagen bella.
Miedo me inspira; pero adero en ella.

—¿De ese modo, sabéis?...—No ignoro nada.
¿Piensas tú que en tratando de Salada,
Ángel del mal, pero ángel de mi vida,
No estoy puesto al corriente
De todo cuanto pasa?
De la taberna con su Adam á casa
Volvió al punto; y tras ellos
Con otros hombres tú.... pero es preciso
Que vivas sobre aviso
Y que pongas la mira
En mas cristiana empresa.
Anoche proyectabas
Robar y asesinar á la condesa.
¿Sabes tú que es mi prima la de Alcira?»

Confuso, inquieto, pálido y temblando,
El cura, que tenía
Fija la vista en el gallardo conde,
Dió dos pasos atrás, como buscando
Una salida, sin saber por dónde.
Y luego, procurando
Murmurar una frase balbuciente,
Sintió que entre sus labios se perdía
La voz inerte, la palabra fria.

Y el conde continuó de esta manera:
—Si yo tu juez hoy fuera,
La pena merecida
Por tu crimen de anoche te impusiera:
Y acaso de esta suerte,
De mas infame y asquerosa vida,
De mas terrible y afrentosa muerte,
Lograra separarte
Si el presidio lograba oscarmentarte.
Mas hoy tan solo acierto
A ver en tí mi cómplice; tú alcanzas
A torcer mi razon: tú me hablas de ella.
De mi Salada hermosa;
De la fúlgida estrella
Que alumbraba mis inquietas esperanzas.
Tú la ilusion dichosa
Ilaces; ay! que vislumbre: nuevamente
Juzgo feliz el porvenir incierto
De esta pasion; y en mi delirio ardiente
Poner suelo en olvido
A donde ciego por tu culpa voy,
Y necio, inadvertido,
Encubridor de tus delitos soy.»

Trató el cura tal vez de vindicarse:
Mas el conde mostrandose severo,
Impasible, altanero,
Continuó de esta suerte:—Si al fijarse
Mi vista en tí, en tu corazon leyera:
Si yo sondar pudiera
En ese negro abismo,
Muy pronto acaso viera
Tu codicia cruel y tu egoismo.
En este instante mismo
Procuras engañarme:
Y sin embargo, tu pupila inquieta
Fijabas en mi oro
Hace solo un momento;
Y quisiste mostrarte indiferente.
Cuando acaso en tu mente
Albergaste un infame pensamiento.
De todos modos, ni apartarte intento
De tu senda de crímenes y errores,
Ni temo tu rencor ó tus furores.
Mas alto estoy que tú, tengo mas brio.
Mas fuerza, mas poder, y aunque há un instante

Mi valor sucumbia
Y el dolor anublaba mi semblante
Al saber la desgracia de Lucia;
Ya me encuentro sereno;
Vuelvo á cobrar mi calma y mi firmeza,
Y de ruin supersticion ajeno,
Puedo ya asegurarte
Con la mayor franqueza,
Con la mas absoluta confianza,
Que de toda asechanza
Me habrás de responder con tu cabeza.»

El cura intimidado
Ni una protesta formular sabia,
Mientras el conde con creciente enfado
De esta suerte diciéndole seguia:
—De hoy mas, quiero que veas
Que hijos tengo sobre tí mis ojos:
Que quiero y puedo que mi esclavo seas,
Siempre dócil, sumiso á mis antojos.
Yo sé que llama impura
Arde en tu pecho, que amas á Salada
Con ardiente y frenética locura.
Que Adam celos te inspira
Y acaso yo tambien; que te vendiste
A un hombre desalmado;
Que robar y matar á la de Alcira
No há mucho prometiste:
Que esta pasada noche has intentado
Llevar á cabo tan incuya empresa;
Que ese Adam ha salvado
No sé por qué, á mi prima la condesa:
Que es necesario, en fin, ponerte un freno
Para evitar que corras desbocado
Por tanta senda de asqueroso cieno.»

Y cogiendo de un brazo al torpe cura,
Que su temor y su rencor insano
Disimular procura,
Clavó en él fijamente
Su altanera mirada inteligente,
Y luego prosiguió:—Tengo en mi mano
El hilo de tu vida y tus acciones;
Mentir y resistirte será en vano.
Ahora voy á imponerte condiciones.
Tengo, pues, mis razones
Para exigirte que prudente seas
Cuando á Salada veas:
Que su pasion y su dolor vehementes
No ultrajes con palabras insolentes.
Quiero tambien, que si apartar intentas
A ese Adam que se cruza en mi camino,
Ajustes bien tus cuentas
Para no convertirte en su asesino.
Intento que la madre de Lucia
No venga á molestarme;
Pretendo que renunciés á la empresa
De robar ó matar á la condesa,
Pues mi padre la estima,
Y prescindiendo que casarme quiere
Con ella, porque á todas la prefiere,
Yo la quiero tambien porque es mi prima.»

Cesó aquí de los dos la estensa plática;
Marchó el cura; y el conde, que agotarse
Sintiera su energia,
Tornando á recostarse
En el sillón que abandonado habia,
Permaneció en silencio un breve rato;
Y luego de repente
La vibracion metálica de un timbre,
Que allí á mano tenía,
Resonó; y á un eriado reverente,
Humilde y silencioso
Que apareció, con desdeñoso acento

Y ademan imperioso :

—Haz, le dijo, que enganchen mi berlina
Y que á vestirme vengan al momento.»

Y luego se reclina
Muellemente otra vez; el hondo hastio
Viene á vencer su enojo y su arrogancia;
Se le ve con desden fijar sus ojos
En los dorados muebles de su estancia

Que le causan enojos.
Tiende luego su mano,
Y entretanto que enciende
Otro aromoso habano,
El periódico aquel, en que leía
Cuando el cura llegó, de nuevo toma;
Busca la gaceta, y en voz alta,
Pues solo allí se cree,
De esta manera lo que sigue lee :



«Atentado. Esta noche se ha intentado
A una dama robar de la nobleza;
En su mismo palacio han penetrado
Los ladrones; con bárbara fiera,
No contentos acaso con robarla,
Intentaron matarla.
Pero... (y aquí lo incomprensible empieza :
Es el caso, que al ir enfurecidos
Los infames bandidos
A descargar sus golpes sobre ella,
Uno la halló tan seductora y bella,
Que, á trueque de perder vida y dineros,
Atacó á sus infames compañeros,
Defendiendo á la dama
Que no osamos decir cómo se llama.
Añadiremos solo que propicia
Fue la suerte, pues luego

«Acudió la justicia ;
«Y la dama, que es toda una condesa,
«Se vió por fin pesa.
«Parece que un criado
«Cómplice fué del bárbaro atentado ;
«Y aun se añade tambien, aunque de un modo
«Dudoso, que el ladrón que ha defendido
«A la dicha condesa, es conocido
«Con el bien raro apodo
«De Adam; no le han cogido,
«Si bien le andan buscando
«A la hora avanzada en que escribimos
«Las noticias que vamos apuntando.
«Si despues adquirimos
«Mas estensos y nuevos pormenores
«Los haremos saber á los lectores.»

Y arrojando el periódico de nuevo :
 — ¡ Siempre Adam ! dijo el conde con enojos ;
 Siempre ese pobre y misero mancebo
 Provocando mis celos , mis enojos .
 ¿ Por qué , necio , se pone en mi camino ?
 ¿ Por qué le amo Salada
 Uniendo su destino á mi destino ?
 Mi cólera estremada
 Le hará ver... ¿ mas qué digo ? ¿ A dónde voy ?
 ; Oh ! no , aunque ciego estoy ,
 Ya lo dije : no soy un asesino .
 Es preciso alejarle

O frente á frente con valor matarle .

Diciendo así , de la lujosa estancia
 Saló con arrogancia .—
 Y aquí , lector , también aprovechamos
 La ocasión y á la calle nos lanzamos .
 Tiempo es ya (yo adivino tu deseo)
 De que hagamos los dos la escapatoria ;
 Vamos en pos del cura de paseo
 Y al fin del tal rodeo
 Hallaremos al héroe de esta historia .

CANTO V.

Apenas del palacio suntuoso
 Salva el dintel el malhadado cura ,
 Con ademán inquieto y receloso
 De allí alejarse con afán procura .
 Y luego , con acento cavernoso,
 Torpe y horrible maldición murmura
 Que un mundo entero envuelve de esperanza
 Con mil mundos de encono y de venganza .

— Me vengaré , me vengaré , decía ,
 De ese orgulloso estúpido magnate ,
 Que así ultrajarme á su placer quería .
 Yo le haré ver que si en su pecho late
 Un corazón altivo , el alma mía
 Tampoco viendo su furor se abate .
 Seis hombres hay que nunca retroceden
 Y que ayudarme en mis empresas pueden .

«Cierta es que anoche , con furor maldito .
 El bárbaro de Adam con ellos pudo ;
 Que por poco caer en el garlito
 Les hizo á todos , con su ataque rudo .
 Mas ya en salvo se ven , y mi infinito
 Rencor , hará (si á su ambición ayudo) ,
 Que con ellos Adam venga y me mate
 A ese orgulloso , estúpido magnate .

«Tal vez Adam no quiera... ¿ mas qué importa
 Si yo avivo de nuevo sus anteojos ?
 Es un niño , y si al cabo se le exhorta...
 Si el cebo se le pone ante los ojos...
 No dudo , no : á la larga ó á la corta ,
 Probarán mi fiereza , mis enojos
 Y mi negro rencor , esos mortales
 Que ya el infierno convirtió en rivales .

«Y luego del tesoro que escondido
 Tengo á los ojos de la gente necia ,
 Que me arroja feroz en el olvido
 Y creyéndome pobre me desprecia ,
 A mi vez gozaré ; y empedernido
 Mirando al pobre cuyo mal arrecia ,
 Porque el mundo de ver quien soy se asombre
 Me gozaré en el padecer del hombre .»

De este modo , y bramando de coraje ,
 Ardiendo en ira y en furor creciente ,
 Usando del mas cínico lenguaje
 Cruzando vá las calles diligente .
 No hay quien le estorbe el paso , ni le ataja

Aunque hormiguea por do quier la gente :
 Y digo que hormiguea , porque quiero
 Indicar que es Madrid un hormiguero .

Al fin del centro de la invieta villa
 El iracundo cura se separa .
 Y ante una casa , pobre y de sencilla
 Apariencia , solícito se para .
 — Ya llegué , dice ; y luego á una rejilla
 Que á mano izquierda del zaguán hallara .
 Se acerca poco á poco , sin que meta
 Ruido , buscando con mirada inquieta .

Y allí dentro , se dice que un sombrío
 Espectáculo al punto divisó ,
 Pues al verlo , sintió en el alma frío
 Y un paso atrás estremecido dió .
 Y un muchacho despues , con cierto brío .
 Cauteloso á su lado se acercó
 Y le puso una mano sobre un hombro
 Haciéndote volverse con asombro .

— ¿ Quién me toca ? turbado esclama ; y luego
 Viendo á Pupas , cobrando mas aplomo :
 — ¿ Qué haces ahí ? pregunta'e .— Ahora llego ,
 Contesta el chico , y el ambiente tomo .
 — ¿ Espiaste ? — Espió ; que no soy lego
 Ni nunca fui de entendimiento romo .
 — ¿ Se fué Adam ? — No señor , que está ahí metido ,
 Y como todos duermen , se ha dormido .

— ¿ Dormir ! es cosa rara y cosa fuerte .
 Dijo el cura con cínica ironía ;
 Ese dolor que en sueño se convierte
 Nos revela quién es Doña Maria .
 Junto al eterno sueño de la muerte
 Con otro sueño la sorprende el día .
 La hija durmiendo para siempre queda
 Y su madre durmiendo la remeda .

«Tal es el mundo fementido y vário :
 Tales son los humanos corazones :
 Al que muere , le encajan un sudario
 Y le eacienten despues cuatro biandones .
 Le entierran , y si luego es necesario
 Dar gritos y verter dos lagrimones ,
 Se vierten y se dan con fe sentida...
 Y á dormir y á olvidar , que esa es la vida .»

— Como hay Dios , padre cura , dijo el chico ,

Que no sé que demontre está usted hablando.
—Dices bien, torpemente así me explico
Las cosas que en el mundo voy notando.
Vamos adentro y entornando el piego;
Sigán durmiendo mientras yo velando.
Entra despacio, hijito, vé delante;
Que no quiero perder un solo instante.»

Diciendo así, avanzaron cauteiosos,
Y cierta puerta que entornada vieron.
No sin sentirse un tanto temerosos,
Al fin con grande precaución abrieron.
Y dos lúgubres cuadros tenebrosos
A su vista de pronto aparecieron;
Cuadros de horrible, de espantosa calma,
De esos que llenan de pavor el alma.

En medio de una estancia silenciosa,
Húmeda, oscura, solitaria y fría,
Dentro de un ataud, se ve la hermosa
Interesante imagen de Lucia.
Seca está su pupila y vidriosa:
Ya no tiñe el carmín como solía
Su blanca tez: no hay voz en su garganta,
Y sin embargo su belleza encanta.

Mas allá, en un rincón, bajo la reja,
Y tendida en el suelo, se encontraba
Una infeliz y miserable vieja
Que al parecer tranquila dormitaba.
Mas ¡ay! que á veces de su pecho deja
Salir hondo gemido, y luego clava
Sus ojos anublados por el llanto
En derredor de sí, con negro espanto.

Torna luego á dormirse, y torna luego
A gemir y agitarse nuevamente;
Quiere soñar buscando algún sosiego,
Y acaso olvida su dolor presente.
Luego baja otra lágrima de fuego
Rodando lenta por su rostro ardiente
Y con voz que le embarga la agonía
Solo sabe decir:— ¡Pobre hija mía!

Al contemplar la horrible acerba pena
De la anciana, que así el dolor apura,
Sin fuerzas ya para sentir, ajena
De razón, y tocando en la locura,
De aquella triste pavorosa escena
Quiso la vista separar el cura
Y en otra pieza ó cuarto no distante
Un nuevo cuadro divisó al instante.

Sobre una mesa tosca que cubría
Un mugriento mantel, se destacaban
Diversos restos de grosera orgía;
Y en torno de la mesa se agrupaban
Mujeres y hombres, que al entrar el día
Tributo al sueño y la embriaguez pagaban,
Hartas ellas de bromas y placeres
Y ellos hartos de vino y de mujeres.

Uno por fin encuentra un pobre lecho:
Se tiende el otro sobre el suelo duro;
Este junta la barba con el pecho,
Y el otro, vacilante, el inseguro
Paso, dirige hacia el zaguán estrecho,
Sale á la calle, y el ambiente puro
Le dá fuerzas y vida juntamente
Y á su casa se torna diligente.

Y de nuevo el silencio interrumpido
Volvió á reinar en la mansión sombría.
Dó en maridaje estrecho confundido
Se hallaba el vicio con la muerte fría.

Y el cura entonces, sin mover ruido,
Dirigiéndose á Pupas, le decía:
—Busca, hijito; el entierro será luego
Y es preciso buscar, yo te lo ruego.»

Y entretanto que Pupas penetraba
Otra vez en el cuarto mortuario,
Y la vieja soñando, deliraba
A un pasado entregándose ilusorio,
De puntillas el cura se acercaba
Al cuarto aquel, de liviandad emporio,
Dónde á una noche de asquerosa orgía
La embriaguez, ó el cansancio, sucedía.

Los hombres en sus rostros revelaban
De la impotencia la traidora huella,
Y las mujeres á su vez mostraban
Del vicio inmundo la profunda mella:
Todas mustias y pálidas estaban;
Si pudo alguna blasonar de bella,
Ya no hay belleza, encantos ni primores
En aquellas mejillas sin colores.

En medio de aquel grupo, se veía
Un mancebo gentil, de taile airoso,
Que á la sazón al parecer dormía,
Mostrando un rostro varonil y hermoso.
Virgen del alma y cuerpo parecía
Junto á los otros térnes; y el gracioso
Sonreír de su boca, demostraba
Que en ricos mundos de ilusión vagaba.

Es morena su faz, tersa y luciente:
Sus contornos, magníficos y bellos;
Y en derredor de su espaciosa frente
En abundantes rizos sus cabellos,
Cual de ébano bruñido y reluciente,
Caen ondulantes: negras como ellos
Son las pestañas de sus grandes ojos:
Y son sus lábios cual corales rojos.

Hay en su todo tanta y tal belleza
Que al mirarle parece que fascina,
Y que Dios, en su espléndida grandeza,
Le ha dado un poco de su luz divina.
Luz que irradiando en torno á su cabeza
Sus perfectas facciones ilumina:
Luz del alma que al cuerpo se revierte
Y á un ser mortal en inmortal convierte.

El miserable cura, contemplando
Estuvo un rato al descuido mozo,
Que continuaba al parecer soñando
Y sonriendo con interno gozo.
Mas luego precavido fué avanzando
Y murmuró entre sí con alborozo:
— ¡Es Adam! ¡es Adam! vuelve á ser mio
Y ¡voto á bríos! que en mí saber confío.

«Le tengo entre mis uñas nuevamente
Y he de hacer su existencia desgraciada;
No en vano, pobre loco, impunemente
Quiso gozar en brazos de Salada.
Yo le abriré el abismo á dó imprudente
Se lanza el hombre; y en la vida airada
Le engolfaré, avivando sus pasiones
Y sus ciegas y vanas ilusiones.»

Calló un instante el monstruo: pero luego
Mirando el rostro del rival odiado,
Ardiendo en ira, delirante, ciego,
De una idea feroz se vió asaltado.
— «Si saco mi pistola y le hago fuego,
[Dijo entre sí], le mato, y al contado
Echo á correr... mas no, que eso sería

Dar corto ensanche á la venganza mía.»

«No es peor que vivir, morir sintiendo
Del mundo aborrecido los enojos?
¿No vivo yo? yo misero, temiendo
Que el mundo clave sobre mí sus ojos?
Vive, Adam; vive tú; que así muriendo
No vieras, no, cumplidos tus antojos!
Vive y cuenta las horas de tu vida
Que por tí será al cabo aborrecida.»

Dijo: la mano se llevó á la frente
Que ardiendo estaba, y luego, procurando
Desterrar los delirios de su mente,
Poco á poco su afán se fué calmando.
—Vamos á ver si avivo á este durmiente,
Añadió sonriéndose; y tocando
En sus espaldas, sin mostrar enojos
Le hizo que abriera los rasgados ojos.

Miróle Adam, miróle sorprendido
Y se puso de pié, cual si sintiera
El inmundado contacto de un temido
Asqueroso reptil que le mordiera.
Mas el cura, que estaba prevenido,
—No te inquietes, le dijo, que eso fuera
Una insigne torpeza y tontería
Y puede despertar Doña María.»

—Tienes razón, responde Adam trayendo
A su mente una historia muy reciente;
Si esa pobre mujer está durmiendo
Dejémosla dormir tranquilamente.
Tal vez sueña, cual yo lo estaba haciendo:
Tal vez goza cual yo? tal vez no siente
La horrible realidad que la rodea
Y en un mundo encantado se recrea.»

«Yo gozaba también... mas ¿á qué viene
Contarte yo lo que gozaba ahora
Si lo que mas al parecer conviene
Es el duelo calmar de esa señora?
Pobre mujer! en su horfandad no tiene
Quien le tienda una mano bienhechora,
Y si despierta y el cadáver halla
Seguramente de dolor estalla.»

«Vamos allá, le haremos compañía.
Esta noche la historia me ha contado
De los tristes amores de Lucia.
Era una niña: un hombre con malvado
Intento, amarla con ardor fingia.
Siempre estaba solícito á su lado,
Y al decir de la madre, la inocente
Llegó á quererle con amor vehemente.»

«Mas yo no sé... no sé por qué razones,
La pobre niña, con quererle tanto,
Luchaba con distintas sensaciones
Y se entregaba sin cesar al llanto.
Dice esa vieja, que hay en ocasiones
Ciertas virtudes, que en mortal quebranto
Vivir prefieren, y antes que rendirse
Al deshonor, acaban por morir.»

«Dice que amaba su infeliz Lucia
Y que no obstante, con su amor luchaba:
Que de pena la pobre se moría
Y sus penas á nadie confiaba.
Que el que amarla frenético fingia
Con riquezas y dichas la brindaba,
Y que ella siempre con mortal recelo
Rechazaba un amor que era su cielo.»

«Y el hombre aquel, al cabo, fementido

Tendióla un lazo con ardid villano;
Dice que la ofreció ser su marido
Y que ella entonces le entregó su mano.
Que el casamiento aquel era fingido;
Que el amante juró, jurando en vano;
Y que, aunque jóven, rico y bien apuesto,
Llevaba el impostor nombre supuesto.»

«Después la hermosa, la sin par Lucia
Siguió la huella del fingido esposo,
Que henchido de placer y de alegría
La condujo á un palacio suntuoso.
Y luego, con insólita porfía,
Se mostró cada vez mas cariñoso,
Y lejos la llevó, porque ostentara
En todas partes su belleza rara.»

«Y un año y dos, doliente y sin ventura,
Dice la vieja que quedó llorando,
Sumida en soledad y en amargura
Siempre al objeto de su amor llamando.
Y mientras, con su amante, en su locura,
A su madre Lucia fué olvidando,
Pues dice que ni cartas la escribía
Ni una sola noticia recibía.»

«Solo una vez... mas ¡ay! que la cuitada
Madre infeliz, contarme ya no pudo
Sin llorar y gemir desesperada,
Trance tan fiero, inesperado y rudo.
Mostróseme tan triste y conturbada
Que en su garganta se formaba un nudo,
Y su acento temblon y dolorido
Era un constante aterrador gemido.»

«Su hija y el falso fementido esposo
Tornaron á Madrid, y va sabida
La pobre jóven el engaño odioso
De que víctima fué en infausto día.
Pero amaba con pecho cariñoso
Al ser ingrato que en su pecho hundía,
Para aumentar su pena y sus desvelos,
El dardo emponzoñado de los celos.»

«Y así, triste, inocente, acorrajada,
Sufriendo de su amante los rigores,
Por todos con el dedo señalada,
Devoraba en silencio sus dolores.
Ni virgen, ni maneccha, ni casada,
Odiando y bendiciendo sus amores,
La pobre niña mártir dice que era
De una fiebre voraz, intensa y fiera.»

«Tal vez un día, en su penar violento,
Quiso volar á los amantes brazos
De su madre infeliz, quiso un momento
Perdon pedirla y reanudar los lazos
De su filial amor: mas ¡ay! que aliento
Tener no pudo para hacer pedazos
Su pobre corazón, que aun no acertaba
A olvidar al ingrato que adoraba.»

«Pero una noche que la madre, alerta,
En su tristeza y soledad gemía
Allá en las altas horas, y despierta
En vano el sueño conciliar quería.
Sintió que daban golpes á su puerta,
Y corriendo hasta ella, vió á Lucia
Que, sola y llena de mortal quebranto,
Se echó en sus brazos anegada en llanto.»

«Y ambas á dos, un grito penetrante
Al verse dieron con afán ardiente:
Y la vieja, en su gozo delirante,
Los secos lábios aplicó á la frente

De la niña infeliz : y hubo un instante
En que , entregadas á su amor vehemente ,
Sin saber dónde estaban , ni qué hacían ,
A un tiempo sollozaban y reían.»

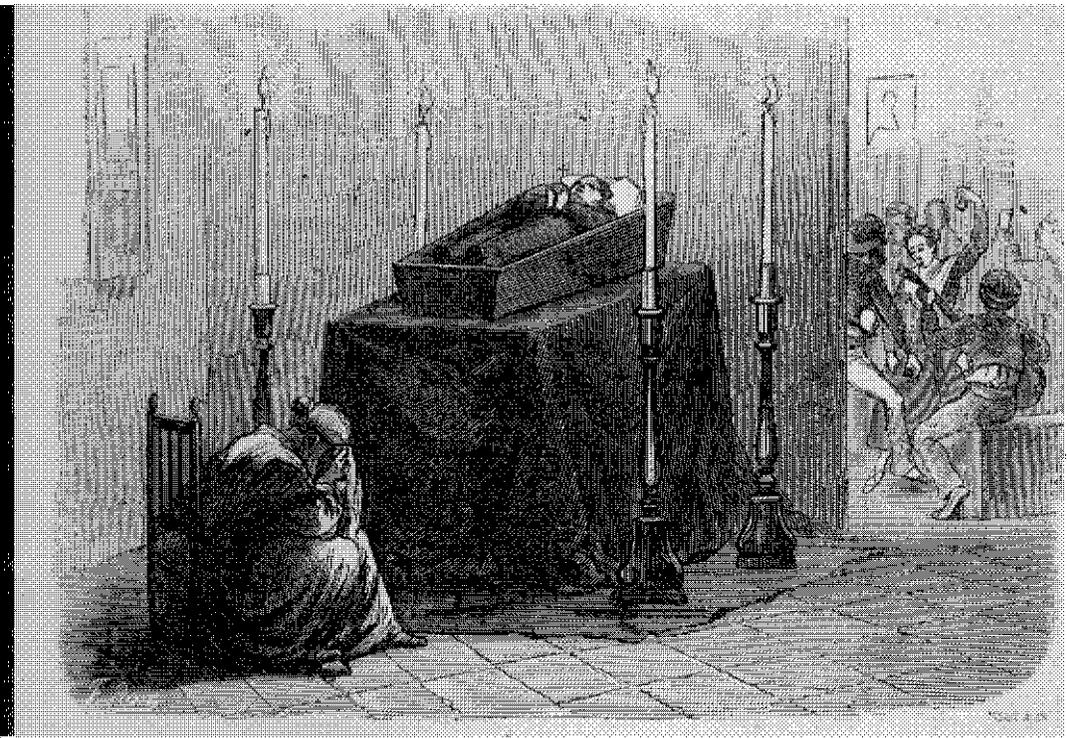
«¡Oh! (dijo Adam , con frase dolorida) ,
Di , ¿qué pasión es esa embriagadora
Que hace olvidar la ofensa recibida
Y hace reír al tiempo que se llora ?
Yo jamás escuché de una querida
Madre feliz , la voz consoladora ,
Ni recibí con cándido embeleso ,
El tierno abrazo , el amoroso beso.»

«Solo , triste , ignorante , oscurecido ;
Sin padres , sin hogar.... ¡ay! ¡ me confundo !
Mi pasado parece sumergido
En un abismo de dolor profundo.
No sé cuándo nací , ni dó he nacido ;
Y voy vagando errante por el mundo
Acariciando loco mil quimeras
Y pensando en mil dichas venideras.»

«Siempre así... mas volviendo á mi relato ,
Te diré que la pobre de Lucia ,
Abandonada por el hombre ingrato ,
Presa ya de feroz melancolía ,
Buscaba en vano de su madre el trato ,
Y en vano acaso prolongar quería
Su existencia fugaz , que fiebre ardiente
Iba ya consumiendo lentamente.»

«Y al cabo sucumbió... y esa infelice
Madre , que anoche me contó esta historia ,
Su adversa estrella con furor maldice
Al ver perdida la que fué su gloria.
«¡Hija del alma !» con espanto dice ;
Y atrayendo de nuevo á su memoria
Los dulces ecos de la voz querida
Preguntas hace á la que está sin vida.»

«Y notando que en vano la interroga ,
Pues muda sigue , sorda , fría , inerte ,
Con Dios y el diablo su furor desfoga
Apostrofando á la soñada muerte.»



Mas la pena terrible que la ahoga
En postracion al cabo se convierte ,
Y allí , dormida sobre el duro suelo ,
Soñando intenta mitigar su duelo.»

«¡Cuánto ha debido padecer! Yo estaba
Lleno de pena al ver cómo sufría ,
En tanto que la gente aquí bailaba
Y su justo dolor escarnecía.
Mas noté que la triste se quedaba
Inmóvil , que el cansancio la vencía ,
Y aquí me vine , y á mi vez rendido ,
Como los otros me quedé dormido.»

«¡Oh! vamos , ven : si la infeliz volviera
Y allí el cadáver á su lado hallára ;
Si sola junto al féretro se viera
Y otra vez á su hija interrogára ;
Si su hija infeliz no respondiera
Sorda y muda á sus voces.... ¡oh! repara ,
Repara como ya con honda cuita
Gime otra vez y con espanto grita.»

Y era verdad : un grito lastimero ,
Intenso , aterrador , grande , inaudito ;
Un grito agudo , congojoso , fiero ,
De esos que tienen algo de infinito ;

Al punto resonó, y Adam ligero,
Dejando al cura, que á su vez el grito
De la anciana escuchó con calma impia,
Trasladóse á la estancia de Lucia.

Y en tanto que los otros, despertando
La escena del festín abandonaban,
O la broma y el baile renovando
Su asqueroso cinismo demostraban,
Varias gentes del barrio contemplando
Por reja y puerta con fruición estaban
El lúgubre espectáculo imponente
Que Adam miraba con afán creciente.

La pobre vieja, que del tierno llanto
Agotado el raudal copioso viera,
Fuerzas pidiendo á su feroz quebranto
Se alzaba entonces imponente y fiera.
Y dos hombres trataban entretanto
De impedir que hácia el fèretro corriera,
Mientras otros, que el fèretro clavaban,
El pecho de la madre destrozaban.

—«¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme, los decía
Sin que á nadie apiadara su querella;
No encerreis con crueldad á la hija mia,
Que era mi encanto, mi ilusión mas bella.
No arranquéis de mi lado á mi Lucia;
O si lo haceis, llevadme á mi con ella.
Dejad que goce de la eterna calma
Que goza ese pedazo de mi alma.»

«Yo nueve meses la llevé en mi seno;
Yo el sustento le di; yo la criaba,
Siempre de orgullo y esperanza lleno
El pobre corazón; yo mendigaba
De puerta en puerta; y luego mas sereno
Un porvenir de dicha vislumbraba;
Pues, aunque vivo de comercio inmundo,
Pura la traje y conservé en el mundo.»

«Solo por ella el oro apelecia;
Solo por ella... pero vino un hombre
Que era un noble y con torpe alevosía
Su nobleza ocultaba con su nombre.
Un grande tan pequeño que mentía
(con villana intención... mas no os asombre;
Nobles y grandes hay que de ese modo
Miserables se arrastran por el lodo.»

«¡Pobre hija mia! en vano mi ternura
Te mostré en la niñez! tú me dejaste,
Por un conde engañada, y por un cura
Inicuo y mentiroso; te alejaste,
Y el conde, fomentando tu locura,
Te prohibió luego verme; tú llenaste
Mi pecho de aflicción y de agonía.
Mas ¿qué importa si viva te tenía?»

«Hoy en cambio la encuentro deshojada
Como flor que arrebató el raudal viento;
Para siempre la tengo separada,
Y sorda, indiferente á mi lamento.
¡Y vosotros en tanto no haceis nada!
¡Ni llorais, ni sentís lo que yo siento;
Vosotros la clavais y vuestras manos
Son grillos para mí, grillos tiranos!»

«¡Oh! dejad que mis labios en su frente
Póse; ¿no veis? me llama y se sonríe.
Tan bella, tan hermosa la inocente
Está, que al verla el corazón se engríe.
No hay hombre, no, que contemplarla intente
Que su amor obtener luego no ansie,
Ni mujer envidiosa que al tratarla

Deje al fin de quererla y respetarla.»

«¡Oh! ¡dejadme! no bárbaros mi pena
Aumentéis con crueldad; no mi prolija
Inquietud prolonguéis; ya estoy ajena
De dolor; ya no hay cosa que me aflija.
¡Soltadme! no estoy loca... ¡estoy serena!
¡Quiero besar la frente de mi hija!
¡Mi hija!... ¿no la oís? ¡me está llamando
Y yo no voy... porque me estais matando!»

Diciendo así, con poderoso empuje,
Cual torrente espumoso que desata
Su corriente veloz, y fiero rugie,
Arboles troncha y peñas arrebatada,
La triste anciana exasperada rugie,
Lucha iracunda y de soltarse trata,
Muerde la mano que la tiene asida
Y luego dá violenta sacudida.

Libre se vé, y al punto atropellando
A cuantos tiene en derredor, doliente
Hácia el fèretro lanzase, doblando
Sobre él la mustia y arrugada frente.
—;Hija del alma! dice sollozando;
¡Hija mia! ¡hija mia!» Mas la gente
Que ya el cadáver levantar desea
La cerca, la fatiga y la marea.

Adam, confuso, contemplando estaba
Tanto afán, tanto amor, tal desventura;
Y su faz una lágrima surcaba
Cuando á su lado aproximóse el cura.
Y con tranquila voz, que contrastaba
Con todo aquello:— «A mí se me figura,
Dijo á su oído, que la vieja miente;
Que finge mas de lo que acaso siente.»

Oyóle Adam, y se quedó abismado
En un súbito extraño pensamiento,
Como aquel que, en instante no esperado,
Vé su nave azotada por el viento,
Y la siente crugir, y fatigado
Se vé luego en el líquido elemento
Que iracundo y con fiera sacudida
La esperanza le roba con la vida.

Que era la vez aquella la primera
En que un hombre le hablaba de tal suerte;
Y era mucho fingir, si verdad fuera,
El hacerlo delante de la muerte;
Y si fingir delante de un cualquiera
Es cosa poco grata y cosa fuerte,
Mas fuerte, menos grata y mas prolija
Era fingir amor por una hija.

—«¡Ay! dijo al fin, cual si consigo hablara;
Si esa madre no dice lo que siente,
Si esa infeliz su pena ponderara
Por algún fin siniestro que mi mente
No puede comprender, si con avara
Intención mueve el labio y torpe miente,
¿Qué afecto puro buscaré en el mundo
Que no se enreda en lodazal inmundo?»

«¿Quién creará en el amor de otras mujeres
Ni en la amistad? ¿habrá quien necio acuda
A buscar la esperanza y los placeres,
El dulce amparo y el sostén y ayuda.
En brazos ¡ay! de tan mezquinos seres?
¿Habrá quien pueda con tan negra duda
Cruzar la vida por camino ignoto
Si el mundo inicuo el corazón le ha roto?»

«¡Triste de mí! yo ayer necio creía

Que una senda de flores me esperaba:
Que licito cruzarla me sería.
Mas el cura, el placer que acariciaba
Me roba, y mi ilusión y mi alegría:
Que allí el contento, el bienestar acaba.
Sucediendo el dolor y la tristeza,
Donde la duda maldecida empieza.»

«¡Duda cruel!... mas no, no es ya posible
Que tanta infamia el corazón oculte.
De esa vieja infeliz la pena horrible
No se puede imitar: no hay quien abulte
Su dolor de tal suerte; y ya sensible
También mi pecho, siente que sepulte
Esa genie soez á esa Lucía
Que tan bella y tan joven parecía.»

Tal vez Adam siguiera formulando
Sus cuerdas y atinadas reflexiones,
Allá á sus solas y en silencio hablando,
Si en aquel mismo instante sus razones
La vieja no tuviera en ir alzando

De su voz mas y mas los diapasones,
Y á vueltas de infinitos juramentos
Mas frecuentes no hiciera sus lamentos.

Y era que, en tanto que con ella usaban
De la fuerza, dos hombres, cuyas manos
Férreas, al fin las suyas sujetaban,
Otros hombres de rostros inhumanos,
Con el féretro lúgubre cargaban;
Y diciendo «á la paz de Dios hermanos,»
Poco á poco se fueron removiendo
Y á la calle salieron sonriendo.

Y vió Adam á la vieja desdichada
Quedarse inmóvil, pálida, tranquila;
Y luego con la faz desencajada
Rayos lanzar de la feroz pupila.
Y arrojar estridente carcajada
Con la que hiel el corazón destila
Y envueltos van con el adiós postrero,
Vida, alma y juicio y corazón cintero.

CANTO VI.

HABITACION DEL CURA.

Cuarto miserablemente amueblado. El cura y Adam, sentados junto á una mesa, en la que se ven restos de groseros manjares, se ocupan en beber y fumar. Adam se muestra en extremo pensativo. Sobre uno de los dos lechos que hay en la estancia y colgada de un clavo, se vé una guitarra. Desde una pequeña ventana que domina la mayor parte de los tejados de la vecindad, se descubre un pedazo de horizonte nebuloso y sombrío. Es cerca del anochecer y de vez en cuando se oye la lluvia que azota los vidrios de la ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL CURA Y ADAM.

EL CURA.

¡Cuerpo de Baco y qué vino!
Está diciendo «Bebedme.»
Vamos, Adam; otro trago
¡Y á vivir! ¿qué te sucede
Que nunca como esta tarde
Te he visto tan displicente?
¿Tienes esplin, hijo mio?
¿Te cansas ya de tenerme
Por tu patron? Vamos, charla;
Y en tanto que charlas, bebe
Y yo haré lo propio ¿estamos?
Con vino, juego y mujeres
Todo se olvida.

ADAM.

¡Maldito
Tabaco! (*Tirando el puro que fumaba*).

EL CURA.

Si, razon tienes;
Mas la culpa es del gobierno

Que tales cigarros vende.
Yo... ya ves, como soy pobre,
No puedo habanos traerle;
Eso se queda, hijo mio,
Para condes y marqueses.

ADAM.

Echa vino. (*Alargando el vaso*).

EL CURA.

Así me gusta.
Hoy me encuentro muy alegre
Y hasta quiero que esta noche
Vayamos, si eres prudente,
A casa de unas muchachas...

ADAM.

¡Oh! no hables de eso; que suelen
Cansarme, con sus fingidos
Halagos, tales mujeres.

EL CURA.

¡Aristócrata!... ya entiendo
La indirecta: tu pretendes
Amores frescos, románticos;
Señoras de alto copete,
Y gollerías y... ¡claro!
Como eres buen mozo, entiendes
Que todas, por tu hermosura
Y no mas, han de quererte.
Si fueras rico, sería
Otra cosa.

ADAM.

No, no tienes
Razon; la pobre Salada
Me amó frenéticamente.
Sin que jamás las riquezas
La impulsaran á quererme.
Yo también...

EL CURA.

Vamos, prosigue.

ADAM.

Amo con delirio ardiente
Y noto que aquí en mi pecho
Un fuego voraz se enciende,
Sin que lo apague la ausencia
Ni el interés le fomenta.

EL CURA.

Y ese amor... *(Con malicia y curiosidad)*.

ADAM.

(Con ardoroso entusiasmo). Es grande, puro.
Inmenso; amor que enloquece
Mi razón, que se apodera
De todo mi ser.

EL CURA.

(Con socarronería). ¿Y puede
Saberse quién es la hermosa
Que te flechó de esa suerte?

ADAM.

Bebamos. *(Lo hace)*.

EL CURA.

¡Picaro!... *(Apura el vaso)*.

ADAM.

El vino
Hace olvidar... *(Levantándose)*. Como llueve:
¡Qué triste que está la tarde!
¡Cuánto me aburro!

EL CURA.

(Aparte). ¡Pobrete!
Piensa que yo no adivino
A quien ama).

ADAM. *(Mirando por la ventana)*.

Bien agreste
Y solitaria es la calle
En que vives.

EL CURA.

Si tuviese
Mucho dinero, hijo mío,
Te juro que había de hacerte
Un palacio; mas no hay
Mus, y es preciso atenerse
A vivir, cual lo que somos;
Es decir, como la plebe.

ADAM.

Tienes razón. *(Vuelve á sentarse)*.

EL CURA.

Otro vaso
Y no seas necio; Adam, bebe;
Que el Valdepeñas es bueno
Para soñar, como sueles,
Con la condesa.

ADAM.

(Sorprendido). ¡Qué dices!
¿Por ventura, lo que tiene
Oculto el alma, mi labio
Ha descubierto imprudente?
¡Habla!...

EL CURA.

Vamos, no seas niño,
Y siéntate y no te alteres.

Tú has olvidado á Salada,
¿No es cierto? sé franco; advierte
Que ahora mismo estoy leyendo
En tu pecho...

ADAM.

Pues si puedes
Lograr eso ¿por qué el alma
Despedazarme pretendes?
(Pausa).

Escucha: la imágen bella
De Salada, siempre... siempre
En mi corazón oculta
Está, gravada en mi mente.
Hace un mes que de su vista
Me separasteis alevés,
Para llevarme á un palacio...

EL CURA.

Ya estoy; allí, neciamente,
En vez de robar, robado
Te viste... ¡Maldita peste
Caiga sobre ti!

ADAM.

Un mes hace
Que separado me tienes
De Salada...

EL CURA.

No es exacto;
Porque si volver preferieses
A su casa...

ADAM.

No me hables
De tal cosa; si volviere...

EL CURA.

¿Tienes miedo...?

ADAM.

Sí, lo tengo
De escuchar su voz; de verme
Torturado por los celos
Que frenética la vuelven.
Tengo miedo de que al cabo,
Aun siendo yo el delincuente,
A allrajarta me obligase.
Ese es mi miedo ¿lo entiendes?

EL CURA.

¡Pobre loco! ¿te imaginas
Que esa muchacha te quiere
Tanto, que al cabo de un mes
No te haya olvidado?

ADAM.

Puede;
Mas no lo creo; Salada...
(Seguro estoy) ahora siente
Mi ausencia, mas que la noche
Que, sobre su silla, inerte
La viste caer... ¿quién sabe
Si enferma?

EL CURA.

Ninguna muere
De amor.

ADAM.

No es cierto. Lucía
Murió...

EL CURA.

Tisica.

ADAM.

¿Y no puede
Ser el amor una tisis
Que abraze mas que la fiebre?
¿No oiste á la pobre madre
Contar su historia?

EL CURA.

Sandeces
Y no mas; aquella vieja
Gritaba, porque moviesen
Un escándalo sus voces;
Y porque el conde, que tiene
Muchas onzas, temeroso
De que hablase, la ofreciese....

ADAM.

¡Cesa! que al alma repugnan
Tus palabras. ¿Por qué sueles
Decir eso...? Aquellos áyes
Eran pedazos lalentes
De aquel corazon herido
Y despedazado; aun siento
Pavor mi alma, tan solo
Al recordarlos; la muerte
En el rostro retratada
De aquella madre, mil veces
Yí; tú lo sabes, tú sabes
Que me engañas y que mientes:
Y que hasta las fieras aman
Sus hijos y los defienden
Con ardor.

EL CURA.

Bien, bien, mocito;
Mucho he notado que aprendes
En poco tiempo; no eras
Tan ilustrado hace meses
Cuando por loco á la cárcel
Te llevaron.

ADAM.

¿Por qué vuelves
A recordarme esa historia
Tan negra? Pobre, inocente,
O loco acaso, he vivido
Muchos años.
(*Se queda profundamente pensativo.*)

EL CURA.

(*Alargándole un vaso*). Toma y bebe
Y perdóname; no quise
De tal modo entristecerte.

ADAM.

¡Ah! si pudiera embriagarme!
Dame otro vaso.

EL CURA.

Hasta veinte
Te daré con tal que al cabo
En cosas mas gratas pienses.
A tu salud. (*Brindando*).

ADAM.

(*Llenando otro vaso y bebiendo*). A la....

EL CURA.

Prosigue, ¿qué te detiene?

Vaya,

ADAM.

(*Con los ojos centelleantes y balbuciente acento*).
¡Por ella!... por... (¡Ah! me espanta
Mi pequeñez).

EL CURA.

No te atreves
Y yo lo haré. (*Alzando de nuevo el vaso*).
Porque sea
Tuya la de Alcira.

ADAM.

¿Y puede
Serlo, cuando aquí encerrado
Treinta dias há me tienes?

EL CURA.

No tanto, hijito; ya sabes
Que te he llevado...

ADAM.

A burdeles;
A cien garitos inmundos;
A sitios en donde bebe
El alma mortal ponzoña
Pues nada bueno se aprende.
¡Oh! no es mi mundo encantado
El que yo busco; no es ese.

EL CURA.

Ya lo hallarás; si no hubieras
Visitado con mi gente
La casa de la de Alcira...

ADAM.

Es cierto.

EL CURA.

Si no la hubieses
Visto...

ADAM.

Es verdad.

EL CURA.

Y ¿quién sabe
Lo que guardado te tiene
El porvenir?

ADAM.

Esa idea
Me halaga; no me convence.

EL CURA.

Esperemos.

ADAM.

¡Si explicarla
Pudiera lo que en mi mente
Y en mi pecho siento ahora!
Si ella viera como hierve
La sangre en mis venas ¡ah!
¿Qué habría que Adam no hiciese
Por ella? (*Lleno de ardor y entusiasmo*).

EL CURA.

Con poca cosa
Tal vez...

ADAM.

¡Habla, di!

EL CURA.

Ella tiene
Un amante, y ese hombre
Con ella casarse quiere.

ADAM.

¡Triste de mí!

EL CURA.

¡Sí, suspira
Y sufre; que necios entes

Son los que aman! no hacen
Mas que gemir.

ADAM.

¿Qué pretendes

Que haga?

EL CURA.

(Encogiéndose de hombros).

¿Yo?... si yo amase

Con impetus tan ardientes,
Claro está... lo mataría...
Y santas pascuas.

ADAM.

¡Oh! ¡vete!

Déjame, ¿por qué así tientas
Mi cólera de tal suerte?
Yo a mi rival no conozco.

EL CURA.

(Mostrándole una miniatura).

¿No le conoces? pues ese
Es el retrato del hombre
Que a tu condesa pretende.

ADAM.

¡Qué bello es!

EL CURA.

Tan hermoso
Como tú; su blanca frente
Y sus pupilas azules,
Y sus cabellos, que pueden
Con los rayos compararse
Del sol...

ADAM.

¡Qué rabia! parece
Que me mira y se sonríe.

EL CURA.

Como que razones tiene
Para ello; es todo un conde
De la Banda; un mozalvete
Lechuguino, que te quita
Lo que tanto vale y quieres.

ADAM.

(Arrojando el retrato sobre la mesa).

¡Nunca! ¡nunca! que mi alma
Su ventura no consiente,
Y harán mis manos pedazos
A quien mis celos enciende.

EL CURA.

¿Qué piensas hacer?

ADAM.

(Con rabia). Matarle.

EL CURA.

¿Lo juras?

ADAM.

Lo juro.

EL CURA.

Bebe

El último vaso.

ADAM.

Venga.

(Apura el vaso y luego inclina la cabeza sobre sus brazos y se queda dormido).

EL CURA.

¡Duerme, desdichado, duerme!
No en vano de aquel retrato
Que Pupas me dió, el presente
Traslado saqué; tú, ahora
Vendrás, Adam, al palenque
Que el conde me abrió; los tengo
Ambos a dos frente a frente,
Y Salada será mía...
¡Duerme, Adam, si, duerme, duerme!

(Abre la puerta del cuarto y aparece una vieja seguida de varios hombres de aspecto patibulario. El cura les hace una seña para que guarden silencio, mostrándoles a Adam dormido. Luego se pone la capa y el sombrero y salen todos dejando la puerta entornada.—Es completamente de noche).

ESCENA II.

ADAM dormido, y PUPAS.

PUPAS.

¡Salero!... ¡viva la industria!
Como calzado y vestido

(Mirándose los pies desnudos).

Vengo a la ligera, nadie
Hasta aquí llegar me ha visto.
¡Qué oscuro que está este cuarto!
Voy a ver en el bolsillo
Si tengo algunas velillas...
Justamente; soy un chico
Que valgo mucho; ¡salero!
Si soy yo mas prevenido...

(Encendiendo una vela de sebo).

¡Viva Dios y viva el mundo!
¡Caball! ¡y segundistingo *(Mirando a Adam)*!
¡Parece que duerme el mozo!...
¡Vaya un gache! No hay de juicio
En él siquiera un adarme.
Quiere echarla de leido
Y escribido, y se me antoja
Que es el mayor don simplicio
Que hay en Madrid; él es guapo,
Es verdad, y tiene listos
Los puños, que son mas fuertes...
Muy bien pudieran decirlo
Mis costillas; ya lo creo:
Mas cardenales me hizo
En un Santi-amen... ¡friolera!
Como que si me descuido
No me deja un hueso sano.
Ganas me dan....

(Amenazándole con el puño y mirando un cuchillo que hay sobre la mesa).

Pero miro

Que mas aborrezco al cura,
Y he de contener mis brios
Hasta que pueda vengarme
De ese sotana maldito.

(Se sienta a la mesa y hace lo que marca el diálogo).

¡Pero me duele el estómago;
Tengo hambre ¡y... al avio!
Voy a comerme un mendrugo
De estos, remojado en vino.

ADAM. *(Soñando).*

¡Qué horror!... ¡déjame! ¡no quiero!...
Un lago de sangre niuro
En derreder....

PUPAS.

La de siempre;
Ya está soñando el mocito.

ADAM.
¡Salada!

PUPAS.
Si, llama, busca;
Que Dios sabe si ahora mismo
No estará dando la pobre
Que hacer à todos....

ADAM.
¡Bien mío!

PUPAS.
No he visto jamás un hombre
Que charle tanto dormido.

ADAM.
¡Perdon!... ¡Perdon!... (*Despertando*).

PUPAS.
Si le dà
Por atizarme... no chisto,
Y salga lo que saliere.
Veamos que dice.

ADAM.
¡Dios mío!
¿Dónde estoy?...—¿Qué horrible sueño!
¿Qué visiones!... ¡Pupas!
(*Viendo al muchacho*).

PUPAS.
(*Chito*,
Chito. Pupas: sé prudente
Y calla y aguanta el mirlo).

ADAM. (*Con dulzura*).
¿Qué haces aquí? ¿qué buscabas?
¿No me respondes?

PUPAS.
(*Mansito*
Está; mas no hay que fiarse).

ADAM.
¿Marchó el cura?

PUPAS.
Ya se ha ido.
A sus quehaceres.

ADAM.
¿Y cuáles
Son sus quehaceres?

PUPAS. (*Con malicia*).
Bonito
Es él para confiarse
A nadie.

ADAM.
Siempre conmigo
Franco fué.

PUPAS.
¿Sí?... pues milagro.

ADAM.
¿Te admiras?

PUPAS.
Mucho me admiro.

ADAM.
¿Qué puede el cura ocultarme?
Hace un mes que con él vivo...

PUPAS.
¿En esta zahurda?

ADAM.
Es pobre
Y no tiene mas.

PUPAS.
Yo afirmo
Lo contrario.

ADAM.
¿Por ventura
Sabes algo?...

PUPAS.
Sé que es rico;

ADAM.
¿Qué estás hablando?

PUPAS.
Digo que el cura es riquísimo;
Que tiene mas peluconas
Y mas rentas que un obispo.

ADAM.
Mira, Pupas, si burlarte
Pretendes de mí, que aspiro
A comprender lo que pasa
Por el mundo, será indigno
Intento, y accion cobarde,
Hacerlo tú, y yo sufrirlo.
Verdad es que apenas tengo
La inteligencia de un niño;
Que tengo embotada el alma
Y confusos los sentidos;
Pero corazón y brazos...
Ya lo sabes, ya lo has visto;
Me bastan y hasta me sobran
Para castigar à un pícaro.
Dices que el cura posee
Riquezas, y yo imagino
Que es una vil impostura
El pensarlo y el decirlo.
Tener riquezas un hombre
Que vá siempre mal vestido,
Y que sufre tan horribles
Privaciones....

PUPAS.
Caballito;
¿No es verdad que tiene trazas
De un miserable mendigo?

ADAM.
Su cuarto es pobre; su mesa
Mas pobre aun.

PUPAS.
Pues afirmo
Que tiene muchas talegas
Encerradas en un sitio
Que yo me sé.

ADAM.
Y ¿para cuándo
Las guarda? ¿por qué motivo
No disfruta esos tesoros
Que el cielo le ha concedido?
Yo no ignoro que el dinero
Vale mucho; yo colijo
La razon que el hombre tiene
Para aspirar à ser rico.

Siéndolo, gastar se puede
 Pródigamente: magníficos
 Trenes ostentar; y... luego,
 Con pecho caritativo,
 Hacer bien, para que cerca
 No haya nunca un desvalido.
 Tener oro y no gastarlo,
 Y sufrir.... no lo concibo.

PUPAS.

Pues ahí verá usted, hay hombres
 Que lo entierran; y los pícaros
 Antes que gastar un cuarto
 Se mueren de un tabardillo.

ADAM.

¿Y dices que el cura?

PUPAS.

Es uno
 De esos avaros malditos.

ADAM.

¡Mientes!

PUPAS.

Si usted se amostaza,
 Señor Adam, es distinto.
 No obstaré; pero sepa
 Que era el negocio más lindo
 Del mundo, buscarle el gato
 Y birlárselo.—Yo el sitio
 Sé donde guardado tiene
 Su tesoro.

ADAM.

¿Y al amigo
 Y al protector robarías?

PUPAS.

Con los dedos; caballo.
 ¿Para qué sirven las manos
 Entonces y los sentidos?
 ¡Protector! ¡amigo! ¡vaya!
 ¡Vaya un protector y amigo!
 Descalzo estoy, voy desnudo,
 Paso hambre y paso frío.
 ¿Qué es lo que me dió...? consejos
 Que han de llevarme á presidio.

ADAM. (*Meditabundo*).

Tal vez ¡ay! razones tengas....

PUPAS.

¡Caball!... tengo mis motivos
 Para aborrecerle; un día
 Mi padre ponerme quiso
 A zapatero; era malo;
 Pero al fin era un oficio.
 Yo, ya se vé, no gustaba
 De estar siempre aburrido
 Con el tirapié, las hormas,
 Las cuchillas y el martillo,
 Todo el día, dale, dale,
 Y dale al zapato pícaro:
 Pero al fin... qué diantre, un hombre
 Es, según mi padre dijo,
 Un animal de costumbre;
 Y poco á poco, de fijo,
 Ya me hubiera acostumbrado
 Al trabajo.... pero vino
 El demonio de ese hombre,
 Que es tan perverso y tan píllo,
 A presentárseme un día,
 No sé cómo, en mi camino:
 Y ya se vé, me dió tales

Lecciones con tales mimos....
 Eso sí; si he de ser franco,
 El me mimaba al principio;
 Para tabaco me daba.
 Para muchachas y vino;
 Y... ya se vé, con la holganza
 Dejé la lezna y martillo,
 Y si no voy á la horca
 Será un milagro de Cristo.

ADAM.

¡La horca! ¡el presidio! ¡la cárcel!
 ¡El trabajo!... tú, mi amigo,
 Presentas, hoy á mi vista
 Un mundo desconocido.
 Tienes razón, ese hombre
 Nos empuja al precipicio
 Con sus falaces consejos,
 Y sus ejemplos inicuos.
 De hoy más, Pupas, como hermanos,
 Es necesario, es preciso,
 Que vivamos; oye, atiende:
 No hace mucho que aquí mismo,
 En sueños mirando estaba
 Lo que ahora despierto miro.
 ¡Qué cuadro tan espantoso!
 Soñaba que en un magnífico
 Aposento me encontraba:
 En mil objetos distintos,
 Nuevos para mí, los ojos
 Recreaba y los sentidos,
 Cuando de pronto, á un mancebo
 De hermoso aspecto divisó,
 Que en indolente apostura
 Estaba medio dormido.
 A su rostro, que parece
 Hecho de mármol bruñido,
 El sol de la dicha presta
 Mágico esplendor y brillo.
 Una sonrisa ligera,
 Como el aire fugitivo
 Que mueve á la flor, sus labios
 Mueve también de continuo.
 Yo, entre tanto, le contemplo
 Con afán, la vista fija
 Mas y más en sus facciones;
 Y en el alma espanto y frío
 Siento á la vez, porque el alma
 Me denuncia un gran peligro.
 Nada el silencio que reina
 Allí, en torno suyo y mío,
 Turba; mas ¡ay! que de pronto
 El hombre lanzó un suspiro
 Y oigo una voz que pronuncia
 Estas frases á mi oído:
 —« Es tu rival, es el conde
 A quien debes por instinto
 Aborrecer; porque al cabo
 Siendo jóven, bello y rico,
 Debe ser muy pronto suya
 Esa mujer que es tu idolo.
 Por eso de amor la envía
 Un cariñoso suspiro.»

PUPAS. (*Aparte*).

¡Pues, señor, quedo enterado!
 ¡Como hay Dios que estoy lucido!
 ¿Si se pensará este mozo
 Que á mí me importa un comino
 Toda esa música? ¡vaya
 Con la jerga del mocito!

ADAM.

Tú, Pupas, tal vez no puedes
 Comprender lo que te digo,

Porque no sientes el fuego
Que abrasa mi pecho misero.
Oye, no obstante, y acaso
Notarás cuanto he sufrido
En unos breves momentos
Con ese sueño maldito.
Las frases ¡ay! pronunciadas
Tan de subito á mi oído,
Eran del cura... del cura
En cuyo rostro sombrío
Vi la espresion del sarcasmo
Pintada; vi el inaudito
Placer que sentir debía
En aumentar mi delirio,
En redoblar mis tormentos,
Y en dar alas á mis bríos,
Para que, ciego en mi cólera,
Sobre aquel hombre dormido
Me lanzara, como dicen,
(Pues ni lo sé ni lo he visto),
Que el tigre feroz se lanza
Sobre el débil corderillo.
Y yo luchaba entretanto
Con pensamientos distintos,
Llena de pavor el alma
Y de rencor infinito.
Entonces de nuevo el cura:
—«Contéplale bien, me dijo;
Es tu rival, es mas jóven,
Mas venturoso, mas digno,
Mas fuerte que tu, que ahora
Temblando estás como un niño.
—¡Mientes! le dije.—Si miento,
Contestó, vé de improvviso
Y mátale; aquí en mi mano
Tengo un puñal de dos filos.
—¡Mátale! — ¡Déjame! — ¡Mátale!
Repitió; yo determino
Alejarme, mas de pronto
La condesa....

PUPAS. (*Aparte*).

(¡Jesucristo!

¿Se habrá enamorado acaso
De la viudita? De hijo.
¿Cuando digo que está loco!)

ADAM.

¡Qué afán! ¡qué pena! ¡Dios mio!
Hermosa como ninguna;
Engalanada con ricos
Trajes; aromas vertiendo
Y sonrisas sus divinos
Labios; sus ojos ardientes
Chispeando como el disco
Del sol, que al mundo ilumina...
Toda seducción y hechizos;
Toda encantos, á mi vista
Se aparece; tiemblo, miro
Con afán; el alma muda,
El labio suspenso y frío,
Y el corazón palpitante
Siento á la vez; mis delirios
Se aumentan; cruzar la estancia
Rápidamente la miro,
Y siento crujir la seda
De su soberbio vestido.
El vértigo se apodera
De mí; y en confuso giro
Muebles, objetos, personas
Van pasando en torno mio.
¡Quiero lanzarme en pos de ella
Y es vano mi intento; insisto
Y es inútil; una mano
De hierro, sobre mi sitio

Me clava, y mis pies parece
Que allí, sobre el marmol frío,
Estienden hondas raices!
Y en tanto, llegar la miro
Junto al conde, que despierto
La contempla embebecido
Y la recibe en sus brazos
Lleno de ardiente cariño.
Entonces, trémulo y loco,
Quiero lanzar un gemido
Que viene á quedar ahogado
En mi garganta. ¡Dios mio!
¡Cuánto sufrí!

PUPAS. (*Bostezando*).

Ya lo creo.

ADAM.

—¡Míralos! ¡míralos! ¡míralos!
Dijo el cura nuevamente
Con voz terrible á mi oído.
Y dándome al propio tiempo
El afilado cuchillo:
—¡Mátale! ¡mátale! ¡mátale!
Repitió en tono sombrío.
Y por su mano empujado
Me sentí; lleno de altivo
Rencor, con la diestra armada,
Junto al conde maldecido.
Llegué... y alzando mi brazo
En su pecho mi cuchillo
Quise hundir... mas ¡ay! que entonces
La condesa en mi camino
Se interpone, y el acero
Clavo en su garganta! un grito
Que se escapa de su boca
Me indica el horrible abismo
De mi desgracia; y el conde
Huye veloz; y en un rio
De sangre anegarme siento,
Mientras de Sálada miro
El cadáver, que en mi rostro
Clava sus ojos de vidrio,
Y estrechar quiere por fuerza
Mi cuerpo en sus brazos rígidos!

PUPAS.

¡Vaya un sueño! ¿se ha acabado?

ADAM.

¿No es verdad, amigo mio,
Que fué horrible? Dí, ¿no es cierto
Que lo que vemos dormidos
Sombras son que el alma anublan
Y nada mas?

PUPAS.

Cabalito.

¿Quién haga caso de sueños?
Mi abuela una vez me dijo
Que todo lo que soñamos
Sucede al fin; mas yo afirmo
Lo contrario; muchas veces
Los tuve yo de ser rico
Y ya vé usted.

ADAM.

Sin embargo,

Dicen que son un aviso
Del cielo.

PUPAS. (*Con aire de importancia*).

Tambien pudiera
Haber algo de efectivo
En eso; sin ir mas lejos
Diré á usted...

ADAM.

Habla, hijo mio.

PUPAS.

(A ver si le tiento). Anoche
Soñaba que en cierto sitio
Usted y yo nos hallábamos
En acecho; que ambos íbamos
A dar un golpe... ¡qué golpe!
Vamos, el golpe mas lindo
Que puede darse...

ADAM.

Prosigue.

PUPAS.

Pues ya se vé que prosigo.
Sí, señor, el cura tiene
Un gran tesoro escondido.
Y usted y yo...

ADAM.

No me hables
Mas de eso; ya te lo he dicho:
Me inspira horror esa vida
Y aborrezco por instinto
El robo; de hoy mas seremos
Buenos, honrados y dignos.
Yo siento en mí muchas veces
Una voz secreta; un vivo
Afan, que explicar no puedo
Por mas que bien lo concibo.
Mira, cuando al cielo alzo
La frente y los cielos miro;
Cuando el sol que nos alumbraba,
Sus rayos de oro magníficos
Esparce; cuando contemplo
Los verdes campos, y admiro
Tantos árboles y flores,
Tantas espigas de trigo,
Tantos frutos, tantas aguas
Que van su curso tranquilo
Siguiendo... siento ensancharse
Mi corazón; y mi espíritu
Vuela gozoso buscando...
¿Qué es lo que busca? no atino
A explicarlo; pero inquieto
Sondar quiere el infinito
Espacio, y la causa indaga
De tanto y tanto prodigio.
¿Quién hace que las estrellas
Y la luna con sus tibios
Reflejos, el mundo alumbren
Cuando el mundo está dormido?
¿Quién empuja con su aliento
Las nubes, y hace al rocío
Desprenderse en invisibles
Gotas? ¿quién dá al ceñillito
Ligeras alas, y al viento
Sordos ecos, y estampidos
A los truenos, y al relámpago
Siniestro fulgor y brillo?
¿Es el hombre?... no, que el hombre
Teme al rayo y al pedrisco
Que sus hogares destruye.
Ni él pudo, falto de juicio,
Dar vida á la horrible muerte
Que le ataja en el camino
De sus empresas; el hombre,
Cobarde, imperfecto, tímido,
Ni dió garras á las fieras
Ni plumas al pajarillo;
Que si él fabricase alas
Hicieraslas para él mismo.

PUPAS.

Es verdad; si yo pudiera
Volar.... (me iría mas listo
Que Cardona, con la música
A otra parte; que de oirlo
Me dá grima).

ADAM.

Mira, Pupas:

Pocas veces he tenido
Semejantes pensamientos;
Pocas, muy pocas; yo, misero,
Sin razon, loco, ignorante,
De mi existencia el camino
Crucé á ciegas; hasta ignoro
Si fui como todos niño.
Ni un recuerdo afortunado
Conservo; mi cuna ha sido
Una cárcel; sus tinieblas
La luz primera que he visto
En el mundo... mi maestro
Fué un presidiario, un bandido.

PUPAS.

Ya le conozco: el tío Lucas,
Padre de Salada.

ADAM.

El mismo.

Y esa mujer sin ventura
Me ató entre opresores grillos
Brindandome á toda hora
Con su amor y sus delirios,
Que, si al pronto me halagaban,
Lienaronme al fin de hastío.

PUPAS.

¿Y qué mas?

ADAM.

¿Qué mas?... Ahora

Puede que sepa decirtelo:
¡He sido muy desgraciado!
Al nacer solo he debido
Lágrimas al mundo y penas,
Y dolores inauditos.
Pero al través de los hierros
De la cárcel, al son mismo
De las coplas que entoaban
Los ladrones y asesinos;
Y mas tarde en la taberna,
En la calle, en el garito....
Al par de mil juramentos,
Solo un nombre, un nombre mismo
Sentí pronunciar; ¿y sabes
Cuál es el nombre que digo?

(Pupas se encoje de hombros).

ADAM.

¡Dios! es Dios; aquella mano
Que busco cuando me fijo
En los cielos, en el mundo,
Y toda su pompa admiro.
Sin saber por qué, do quiera
Su poder grande adivino.

(Pupas dá una cabezada).

¿Te duermes, muchacho? ¡Pupas!
¿Te duermes? (Viendo que está roncando).
¡Oh, se ha dormido!
Mas no importa; ¡Dios y el mundo!
En ambos á dos confío:
Que si Dios todo lo mueve
Y al mundo y al hombre hizo,
Todos seremos hermanos;

Todos iguales nacimos.

(Contemplando al muchacho).

¡Pobre Pupas! yo quería
Sacarte del precipicio
En que estamos, y hoy desdeñas
Los consejos de un amigo.
Tú de la cárcel me hablabas,
Tú me hablaste del presidio,
¡Y eso es horrible! Aun recuerdo
Mi prision; allí metido
Faltábanme luz y espacio,
Como al pobre pajarillo
Que en vano sus alas tiende,
Con furor clava su pico
En los dorados alambres
De su jaula, y con sus trinos
Dulces y tristes, parece

Que á su libertad un himno
Luego eleva; ¡es tan hermosa
La libertad!... ¡el cautivo
Sufre tanto!... ¡No, no. Pupas!

(Procurando despertarle).

¡Pupas! despierta; conmigo
Vendrás; y los dos iremos,
Como buenos peregrinos,
Cruzando alegres la senda
Del bien; y los dos reunidos
Trabajaremos, y al cabo
Ya verás como consigo
Alcanzar la dicha espléndida
Que en mis sueños imagino.
Yo romperé del pasado
Los rudos pesados grillos.
Que aquí, dentro de mi pecho,



Late un corazon allivo
Y á nadie en pujanza cedo,
Ni á nadie el valor envidia.
Somos jóvenes; un mundo
De amor, de placer, de ricos
Afectos, de dicha suprema
Nos aguarda; ven conmigo.
¡Pupas! ¡Despierta!

(Haciendo nuevos esfuerzos por despertarle).

PUPAS. *(Soñando al parecer).*

¡Un tesoro!

¡Vaya un tesoro divino

Que tiene el cura! ¡Salero!
Esto si que es de lo lindo.

ADAM.

¡Sueña!... ¡no me escucha!... quiere
Seguir su fatal camino,
Y son mis esfuerzos vanos.
Tanto peor para el misero
Que al fin se queda.—Yo corro
Lejos de aquí; de este abismo
De miserias, que me causa
Dolor y espanto. El destino

Me abre sus brazos, el mundo
 Sus puertas, Dios su infinito
 Poder; que si dá el sustento
 A las aves, y á los rios
 Sus claras ondas, y al campo
 Sus frutos, y al hombre hizo
 Mi hermano, en Dios y en el mundo
 Y en mis hermanos confio.

(Se pone la chaqueta y luego el sombrero y se marcha).

ESCENA III.

PUPAS.

(Levantando repentinamente la cabeza).

Ftate en Dios y no corras.
 ¡ Cuando digo que está loco!
 ¿ Si pensará que reparten
 Por esas calles el oro?...
 ¡ Qué bárbaro! me ha dejado,
 No con tres palmos, con ocho
 De narices; ¡ habrá necio!
 Las cotorras y los loros
 Charlan menos; se figura
 Que con trabajar.... ¡ demonio!
 Mejor hubiera querido
 Despachar aquel negocio
 Entre los dos: un porrazo
 Dado por él, ó por otro,
 En la cabeza del cura,
 Y era nuestro el gran tesoro.

(Se sienten pasos en la escalera).

Alguien sube, la luz mato
 Y en esta cama me escondo.

(Apaga la luz y se acurrueca dentro de uno de los dos lechos).

ESCENA IV.

EL CURA y PUPAS.

El cura con una luz en la mano penetra en el cuarto y echa el cerrojo; deja la luz encima de la mesa, y comienza á desnudarse dirigiendo antes algunas miradas al lecho donde Pupas se acostó y en el cual supone que duerme Adam. Al quitarse la chaqueta saca de los bolsillos un par de pistolas que coloca debajo de la almohada. Pupas lo observa todo.

EL CURA.

Pues señor, ya mi nave
 Vá viento en popa;
 La madre de Lucía
 Volvióse loca.
 Preso está Lucas,
 Y pienso que muy pronto
 Lo estará Pupas.

De este modo, testigos
 Quito de enmedio,
 Y al conde voy sacando
 Muchos dineros.
 Hincho mi gato,

Y despues.... con Salada
 Largo los trapos.

Los Estados-Unidos
 Me darán sombra
 Si consigo largarme
 Con la manola;
 ¡ Fatal muchacha!
 Muriendo está de amores;
 ¡ quién lo pensara!

Tú, Adam, tienes de todo
 Toda la culpa;
 Pero juro cobrarle
 Con negra usura.
 Ya irás pagando
 Estos celos horribles
 En que me abraso.

Yo haré que en el camino
 Que el conde lleva,
 Le asalten, cual si fueses
 Una pantera.
 Y mi artimaña
 Me hará matar dos pájaros
 De una pedrada.

Entre tanto fraguando
 Iré con prisa
 El consabido asunto
 De la de Alcira.
 Lo del incendio
 Es sublime, ingenioso...
 Pero no es nuevo.

En fin, mi barco vuela
 Con viento en popa;
 Que me quiera Salada
 Y adios, Europa.
 Lejos, muy lejos,
 Con un par de millones
 Gozar aun puedo.

(Pausa: luego dice bostezando).

Parece que el mocito
 Duerme contento;
 Y á mí tambien los ojos
 Me cierra el sueño.
 Justo es que mate
 La luz; muy buenas noches.—
 Creo en Dios padre.

(Vuelve á bostezar y poco despues empieza á dar ronquidos).

PUPAS. *(Tirándose del lecho).*

Ya está el bribon roncando:
 ¡ Vaya un buen cura!
 Él si que ha de pagarme
 Sus travesuras:
 Mas me retiro;
 Muy buenas noches, padre...
 Creo en Dios hijo.

(Descorre el cerrojo sigüosamente y sale. La habitación queda sumergida en la oscuridad y el silencio).

CANTO VII.

Tal vez razon el miserable Pupas,
(Y acaso sin tal vez, razon tenia),
En burlarse de Adam; mas es lo cierto
Que Adam al otro dia,
Mas feliz que otras veces, por las calles
De la villa del oso discurría.
Y aqui, lector severo,
Lograr tu vènia y tu paciencia quiero,
Si te doy con sus mimos detalles,
Cuenta de todo lo que Adam hacia,
Cuando así por las calles
De la còrte de España discurría.

Dice la historia que el gentil mancebo,
Ya en Madrid no tan nuevo,
Ni tan nuevo en el mundo, — pues de nìeue
Y aun de estuco dijéramos que era,
Si viviendo en el siglo diez y nueve
Un poco no aprendiera,
Continuando sumido en su ceguera,
Sin sentir y sin ver la lumbre pura
De ese sol esplendente
Que ilustracion se llama;
Que ilumina los mundos felizmente
Y por do quier fulgura,
Mientras la fuente del saber derrama
Tanto varon de merecida fama
Como en el templo de la ciencia mora,
Maneja la politica en Castilla,
Charla, escribe, à los pueblos maravilla,
(Y yo no sé por donde voy ahora);
Cuenta, digo, la crònica que, ufano,
Adam las calles de la heroica villa
Iba corriendo desde muy temprano,
Haciendo en su interior comparaciones,
Llena el alma de dulces ilusiones,
Y la mente sumida en un profundo
Éxtasis, contemplando
La pompa y gala y esplendor del mundo
Que él va feliz con efusion cruzando.

Y era por cierto un dia
En que Madrid su ebullicion constante
Redoblaba en confusa algarabía,
Y en vértigo incesante.
La animacion, la bulla, la alegría,
Parece que aumentaban
Mientras las horas rápidas volaban.
Y músicas marciales y sonoras,
De agradable armonía
El espacio llenaban;
Y cien coches magníficos y bellos,
Por caballos soberbios arrastrados,
Ostentando penachos y libreas
De vistosos colores, combinados
Con el oro y la plata reluciente,
Recreaban los ojos de la gente,
Que aqui y allí mezclábase à porfia,
Como apiñada mies que agita el viento,
Y sin cesar bullía
De la mar imitando el movimiento.

Adam tanto portentoso,
Tanto lujo y primor, grandezas tales,
Como en la còrte ostentan los mortales,

Contemplaba con ànsia embebecido
Su triste posicion dando al olvido;
Si bien de vez en cuando
Miraba su ropaje,
Y envidiaba tener un rico traje,
Como aquellos señores que veía
Pulular por do quier; pero volvía
De nuevo à distraerse, y olvidaba,
Cual queda dicho, su penoso estado,
Sin ver que ya llevaba
Bastante tiempo sin probar bocado;
Y en su estómago el hambre con violencia,
Comenzaba à tener cierta exigencia;
Lo cual, sin duda, aunque parezca feo
A cualquiera lectora casquivana,
Es comezon y natural deseo
De nuestra fragil condicion humana,
Que à veces subordina
Cabeza y corazon, à lo que ordena
Despòtico el estómago; y contento
El mas ilustre hambriento,
Por una rica y suculenta cena
Trocara el mas brillante pensamiento
Y hasta el puesto mas noble y encumbrado,
Como consta en leyendas y consejas,
Y en la Santa eseritura,
Donde à Edom ó Esau vemos, cansado
Su primogenitura
A su hermano vender por un puñado
De menudas lentejas,
Que sacian su apetito,
A trueque de incurrir en un delito.
Lo cual prueba de un modo harto evidente
Que es el hambre cruel é intransigente,
Y que al sentiria Adam, cual la sentia,
No por eso incurria
En ningun desacato al buen decoro,
Urbanidad galante y cortesía,
Ni tampoco à las reglas de poesia,
De aquel siglo de oro
En que al fin toda Filis comería.
Pues si hay algun humano
Que diga «estáte quedo»
Al susodicho estómago tirano,
Cuando él dice «no cedo,»
Bien puede al punto levantar el dedo.

Asaz el pobre mozo
Heròico se mostraba y duro y fuerte,
Cuàndo al público gozo
Se asociaba feliz de aquella suerte.
Que no hay mas dura muerte
Que la que causa en sus congojas viles
Esa insolente comezon tirana,
Para la cual no hay venturoso Aquiles,
Ni invulnerable fuerza sobrehumana.
Antes bien, para mi sostengo y creo,
Aunque el lector en lo contrario crea,
Que, con quitarle Pàris la comida,
Sin mas flecha ni herida,
(Dicho ya con perdon de Homero sea)
Pronto finàra el hijo de Peleo
Sin causar tanto estrago en la pelea.

Iba, pues, nuestro Adam calles corriendo.

En pos de mucha gente, que por ellas
Ansiosa circulaba
Al son del grato militar estruendo;
Y á veces se paraba,
Por ver ninfas hermosas como estrellas,
Que en cien carrozas bellas
Iban cruzando el anchuroso espacio.
Y al fin ante un palacio,
Maravilla de piedra portentosa,
Se encontró de repente;
Donde tropas y gente,
En una plaza grande y espaciosa,
Como en la piña se acomoda el grano,
Codo con codo y mano sobre mano,
En apretada confusion yacia,
Y con violencia y con trabajo abria,
A dos filas de coches ordenadas,
Que amagaban vivientes oleadas,
De carne y ropas limitada via.

Sus ojos y su ardiente fantasia
Fijaba el jóven placentero en tanto
En aquel *mare-magnum* sorprendente,
Esplicándose prudente
Pidiendo á su razon de todo aquello
Que en sí llevaba tan augusto sello
De novedad y seductor encanto.
Y descender miraba
Cien varones, cubiertos de bordados,
Y fajas y entorchados
De reluciente oro,
Que, graves en el rostro y reposados,
En el alcázar penetrando iban.
Y luego cien mujeres,
Con las sienas ornadas
De diademas cuajadas de diamantes,
Que, al mostrarse radiantes
De placer y hermosura, descendian
A su vez, y el alcázar invadian
Codiciosas miradas provocando.

De pronto un eco blando,
Triste y lloroso, resonó en su oído,
Semejante al quejido
Que el moribundo, al despedirse, deja
Escapar con el alma que se aleja;
Y humilde voz que dijo:
—Una limosna, hijo,
Para esta pobre vieja,
Que en el mundo no tiene
Mas amparo que Dios.» Y así diciendo,
Con una mano helada,
Huesosa y arrugada,
Otra de Adam tomó; y Adam, fijando
En ella su mirada,
Movido de piedad, sintió agolparse
A sus ojos el llanto,
Pues daba el verla compasion y espanto.

—¡Pobre anciana! exclamó; ¿por qué abatida,
En tu pesar profundo,
Puedes bajar la frente encanecida
Hoy que así goza y se engalana el mundo?
¿Fuiste madre y perdiste al hijo amado?
—Le perdi.—¿Se murió?—Le tengo ausente.
—¿Ausente y lloras?—Me cayó soldado,
Y pobre vivo y además doliente.
—¿Soldado dices?—Del materno techo
Le arrancaron un día,
Sin ver la herida que en mi amante pecho
Tan fiera ausencia sin piedad abria.
—¿Y no volviste á verle?—No, los mares
Cruzar le hicieron y su suerte ignoro.
—¿Quien alivia tus penas?—Mis pesares
A nadie importan, y á mis anchas lloro

Mientras limosna por el mundo imploro.

Quedó Adam abismado
Por algunos momentos
En un mundo de extraños pensamientos;
Pero la voz de un hombre que á su lado
Estaba, le sacó de su sombría
Meditacion, diciendo de este modo
A la cuidada vieja:—Horrible tia,
Bruja maldita, ¿cómo aquí te vienes
Con tus andrajos y tu mugre y lodo
A estorbar á la gente? ¿Acaso tienes
Para pedir limosna carta blanca,
Diciendo á cada cual un desatino?
Sigueme, ven; allí en San Bernardino
La puerta tienes á tu paso franca.
—¡Piedad! ¡piedad! esclama la mendiga.
—¿Piedad? Dios te maldiga;
Volvió el hombre á decir con duro acento;
Y asiéndola violento
De un brazo, á su pesar llevarla quiso;
Mas Adam, de improviso,
Con ánimo arrogante,
Poniéndose delante:
—Déjala, dijo, deja á la inocente
Que ningun mal te ha hecho.
¿No se ablanda tu pecho
Al mirar su abandono y sus dolores?
¿El alma no te dice
Lo injusto de tus bárbaros rigores?
Mira, mira cual tiembla la cuidada.
¿No te dá compasion?—¿Y qué te importa
Que lllore ó no esa bruja condenada,
Si ha de ser, á la larga ó á la corta,
Al hospicio llevada?
¿Por ventura prefieres,
Que en un día de corte y besamanos,
Á molestarnos venga
Tan flaca, ruin persona,
Y aun que acaso del robo se mantenga?
—¡Yo robar! ¡yo ladrona!
Gritó la vieja en lagrimas bañada,
Impaciente, indignada,
A su dolor las riendas aflojando.
¿Yo ladrona? ¡Dios mio!
¿Hasta cuándo, hasta cuándo,
Permitirás que la pobreza sea
Escarnecida por el hombre impio?
¿No basta ya que la virtud se vea,
En el flujo y reflujo
De este mar proceloso de la vida
Tan naufraga y perdida,
Mientras la insulta con su pompa y lujo
El rico indiferente?
¿Será preciso que á la mística frente
Del pobre virtuoso
Se arroje la calumnia, y la ventura
Le roben para hacerle mas odioso?
¡Oh, qué horrible impostura!
Pobres hay, lo confieso;
Hay pobres criminales,
Dignos sin duda de ejemplar castigo;
Mas otros saben conllevar sus males,
Sufriendo sus terribles privaciones
Sin siquiera exhalar tímida queja.
¿Qué mas quereis, qué mas? ¿Por qué razones
Ultrajarme quereis? Débil y vieja,
No puedo, trabajando,
Sustentarme y vivir; no, ¡ya no puedo!
Mas aunque voy doliente mendigando,
En nada á nadie en honradez le cedo.

—No importa, date prisa,
Contesta el hombre con brutal sonrisa,
Ven conmigo y silencio; que presumo

Que á la pobreza la soberbia juntas.
 —No iré, no.—Vagamunda, ven conmigo.
 —¿Cuál es mi crimen?—Basta de preguntas.
 —No basta, dijo Adam; desde hoy su amigo
 Yo la protejo. —; Bravo! y tú... ¿quién eres?
 —Soy... quien soy; respondió con voz tonante
 Ya de impaciencia lleno.
 Soy un hombre cual tú; pero mas bueno,
 Mas fuerte, mas pujante,
 Segun voy á probártelo en seguida
 Si de aquí no te marchas al instante.»

La vieja, dolorida,
 Volvió á pedir piedad; y el hombre, viendo
 Que Adam rayos lanzaba
 De sus ardientes ojos,
 Y que dispuesto acaso á todo estaba;
 Temiendo sus enojos,
 Poco á poco de allí se fué escurriendo
 Por entre aquella muchedumbre inmensa.
 Y Adam, con aire ufano,
 Tomó á la vieja de la flaca mano,
 Diciendo candoroso:—Yo colijo,
 Por lo que pasa en mí, vuestro quebranto:
 Que ausente estais del amoroso hijo,
 Y yo, sin madre, me sumerjo en llanto.
 Mas ya que duelo tanto
 Nos cupo en suerte, un lazo formaremos
 Entre los dos, y juntos viviremos
 En santa compañía;
 Yo seré vuestro báculo, señora,
 Y vos seréis de mi existencia guía;
 Que nadie como un viejo
 Puede dar á los jóvenes consejo.
 Vos de Dios no hace mucho que me hablasteis
 Y á mí me agrada el escuchar su nombre;
 Mas ¡ah! que no llegásteis
 A comprender, por mucho que os asombre,
 Mi bárbara rudeza: yo criado
 Entre gente feroz; loco, ignorante,
 He vivido hasta ahora; y solo un día,
 Una mujer amante,
 Con la cual no hace mucho que vivía,
 Me dijo que de un hombre
 La humanidad entera descendía;
 Y que todos nacemos
 Iguales, porque al fin somos hermanos,
 Mas ¿cómo ser podemos
 Hermanos, vos y yo, de esos señores,
 Que en la abundancia viven,
 Que no sienten del hambre los rigores
 Y solo dichas y placer reciben?
 Yo, señora, me empeño
 En sacudir de mi ignorancia el sueño,
 Porque siento en el alma
 Un afán de gozar que me enajena,
 Que me roba la calma,
 Y de delirios y ambición me llena.
 Romped vos este velo que me ofusca;
 Que turba mis sentidos;
 Dadme consejos, ilustrad mi mente,
 Y los desconocidos
 Caminos de la vida iré invadiendo;
 Y veréisme arrogante, omnipotente,
 Ir subiendo, subiendo
 Hasta alcanzar lo que soñé impaciente.»

La vieja, sorprendida,
 Clavó triste mirada
 En el rostro de Adam, y suspirando:
 —¡Pobre mozo! exclamó: ¿de dónde sales
 Que estás tan ciego cuando tanto vales?
 ¿Qué consejos pretendes que yo pueda
 Darte, ¡triste de mí! si ya cargada
 De achaques y de años,

De penas y de negros desengaños,
 Turbia tengo la mente y anublada
 La confusa razón? Si yo tuviera
 Mas talento, mas brío,
 ¿No ves que ya estuviere,
 Salvando mares, junto al hijo mio?
 ¡Oh! no, ya el hado impio
 Mis sentidos embota,
 Paraliza mis miembros, y mi sangre
 Perezosa circula gota á gota,
 En hielo convertida,
 Aquí en las venas de mi cuerpo inerte,
 En tanto que es mi vida
 Luz que ya pronto apagará la muerte.

Calló un instante la infeliz anciana
 Y luego prosiguió:—Ya ves si puedo,
 Arbol inútil, seco, carcomido,
 A nadie prestar sombra. Tú, entretanto,
 Eres planta lozana,
 Sencilla y olorosa,
 Que crece altiva en la feliz mañana
 De una constante primavera hermosa.
 ¿Cómo juntar mi nieve con tu fuego,
 Tu dicha con mi pena,
 Tu vida con mi muerte,
 Tu buena estrella con mi mala suerte
 Y mi inquietud con tu feliz sosiego?
 ¡Oh! no, tu estabas ciego
 Cuando así pretendiste unir al mio
 Tu destino, sin ver que mis dolores
 Llenarte al fin podrian
 De fiero y rudo y congajoso hastío.»

Volvió á callar la anciana;
 Y de nuevo arrojando
 Un suspiro ¡rofundo!
 —En verdad, exclamó que aquí charlando
 Ambos queremos gobernar el mundo.
 El hombre que hace poco
 Al hospicio llevarme pretendia,
 Sus razones tenia
 Para juzgarte loco
 Y á mi soberbia. Yo me entretenia
 En acusar al rico; lamentaba
 La suerte de mi Andrés, del hijo amado
 Que hoy á su Reina y á su patria sirve
 En el honroso puesto de soldado.
 Y loca me olvidaba
 De cien almas piadosas,
 Sublimes generosas,
 Que dieron á esta vieja desvalida
 Sosten y amparo y alimento y vida.
 En muchas ocasiones
 He maldecido al rico indiferente,
 Olvidando los buenos corazones
 Que al oír mi doliente
 Voz, apiadados de miseria tanta,
 Dieronme afables su limosna santa.
 No, no, yo estaba loca,
 Y tú ignorante te ostentabas; sigue,
 Sigue la senda que al honor conduce
 Y ya verás como del bien que anhelas
 El sol brillante en tu horizonte luce.»

Atento y complacido
 Estas palabras el mancebo oía,
 Y su extraño sentido
 Apenas comprendía,
 Si bien su pecho á la esperanza abría.

Entonces en su oído
 Mágicas voces resonaron:—Esa,
 Esa es, decían hombres y mujeres,
 De los que en torno estaban agrupados,

La condesa de Alcira. —; La condesa!
 Gritó Adam á su vez, y palpitante
 Sintió latir su corazón; sus ojos
 Claváronse al instante,
 Ardientes y azorados
 En un coche magnífico; y al punto
 Una mujer, hermosa como un cielo,
 Saliendo del alcázar, vaporosa,
 Ostentando un magnífico ropaje
 De seda y terciopelo,
 Cruzó ligera por el breve espacio
 Y subió al carruaje
 Que se alejó ligero del palacio.
 —; Oh! ¡qué bella! ¡qué bella!
 Dijo Adam; y tratando en su porfía
 Enamorado de seguir su huella;
 Con la gente que había
 En torno, luchar quiso
 Atropellando á todos de improviso.
 Y calle al fin abriendo,
 De la carroza que á su bien guardaba
 Lanzóse en pos con paso apresurado,
 Sin saber lo que hacía:
 Y luego dió en correr; y con enfado
 Notó, al mirar que su vigor se apaca,
 Que era su empresa temeraria y loca;
 Pues cuanto mas corría
 Mas la carroza de su vista huía.

Tal vez faltó de aliento,
 Desmayado y hambriento,
 Exánime cayera,
 Cuando acertó á entrever que la ligera
 Carroza, se paraba
 Junto á una casa; y en verdad que era
 Tiempo ya de que aquello sucediera,
 Pues la gente curiosa que miraba
 Correr al pobre mozo,
 Entre burlas, chacota y alborozo
 Por loco nuevamente le tomaba;
 Y aun no faltó tampoco quien juzgase
 Que era un ladrón, un monstruo, un asesino.
 Y en serio se trató que no escapase
 Deteniéndole al cabo en su camino,
 A fin de que aprendiera
 Que en sociedad el hombre saber debe
 Ir por las calles circunspecto y grave
 Y que el menguado que á correr se atrevió
 En la corte, en el siglo diez y nueve,
 Las euitas leyes del honor no sabe.

Quedóse al fin parado
 Y algún tanto corrido;
 Mas la gente, al notar su gallardía,
 Su aspecto varonil y el encendido
 Mirar contelleante
 De sus ojos; al verle preparado

A castigar al que quisiera necio
 Inferirle la injuria y el desprecio,
 Poco á poco de allí se fué alejando
 Llevándose la música á otra parte.

Y aquí, lector, quisiera yo explicarte,
 Condensando la acción y breve siendo,
 Lo que luego pasó; pues es el caso
 Que allí ocurrió un fracaso,
 De Adam en la presencia,
 Observado en la corte con frecuencia,
 Si bien es siempre aterrador y horrendo.
 Vió, pues, salir á la de Alcira bella
 De la casa indicada, y mientras ella
 Con su lacayo hablaba
 Y en su coche montaba,
 Entretanto que Adam embebecido,
 Su abrasada pupila
 Clavaba en ella con creciente anhelo
 Cual si se abriese ante su vista un cielo,
 Vióse otro coche por la parte opuesta
 De la calle avanzar; y los caballos
 De uno y otro soberbio carruaje
 Se cruzaron á poco con presteza,
 En tanto que la hermosa, con su mano
 Hizo un saludo á un joven cortesano
 Que asomó por acaso la cabeza.
 Y mientras esto sucedió, la anciana,
 Madre de aquel á quien lloró soldado,
 Por Adam no hace mucho defendida,
 Y ya de los lectores conocida,
 La aucha calle cruzó con paso lento,
 Y fué por los caballos derribada,
 Chocando contra el duro pavimento
 Y mostrando su frente ensangrentada.

Lanzó Adam un rugido
 Gritando con horror: ¡Yo la he perdido!
 Y al bárbaro cochero apostrofando
 Lanzóse de repente
 Sobre coche y caballos diligente
 Dominar su pujanza procurando.
 Mas el joven aquel que dentro iba
 Gritó con voz tonante:
 —¡Adelante! ¡adelante!
 Y el auriga, su látigo cruzando,
 Cruzó de Adam la cara.
 Y el círculo de gentes que acudieran
 Rompióse de repente,
 Mientras Adam, de cólera demente,
 En un rostro repara
 Do una sonrisa descubrió insolente,
 Y una mirada de rencor avara,
 Que, al posarse en sus ojos,
 Cuando ya el coche rápido corría
 En un mar de dolores y de enojos
 Y de impotente rabia le envolvía.

CANTO VIII.

I.

Una de las principales calles de Madrid.

ADAM.—*Grupos de curiosos que rodean á la anciana.—Transeuntes que pasan ó se detienen.*

ADAM.

Fiero mi rostro cruzó,
Y haye con veloz carrera;
Teme mi venganza fiera
Quien cobardé me ultrajó.
Clavó su mirada en mí
Provocadora y triunfante,
Y una sonrisa insultante
En sus lábios entrevi.
¿Por qué se gozó en mi mal?
¿Qué misterio aquí se esconde?
Yo le conocí, es el conde
De la Banda, es mi rival.
Que aunque jamás le ví yo,
Ni le conozco ni trato.
Es su rostro el del retrato
Que el cura me presentó.
Y el rencor que demostrava
Ese cochero insolente...
Oh! cual se abrasa mi frente!
¿Cómo me escucece la cara! *(Pausa.)*
Y ella en tanto sonrió
Cuando pasó junto á el,
Sin ver el ansia cruel
Con que mi pecho latío.
Terrible y horrendo afán
Que aumenta mi desvarío!
Yo me quedo aquí. ¡Dios mío!
Y ellos... ellos... ¿dónde están?
¿Por qué mi fuerza se apoca
Y el casancio aquí me clava,
Y de mi cuerpo es esclava
El alma impaciente y loca?
El alma volar quisiera
De ellos en pos, y entretanto
Débil me entrego al quebranto.
¿Si yo alcanzarios pudiera!...

(Fijando sus ojos en los extremos de la calle.)

UN TRANSEUNTE.

Mocito, ¡perdone usted!
¿Me quiere usted explicar
Lo que pudo motivar
Esa catástrofe?

ADAM. *(Volviendo de su profunda abstraccion.)*

¿El qué?

TRANSEUNTE.

La gente que allí agrupada
Esta, según he advertido...

ADAM.

Es verdad, puse en olvido
A la vieja desdichada.
Tal vez si al hospicio fuera,
Cosa que no permití,
Tal vez... tal vez ¡ay de mí!
En trance tal no se viera.

TRANSEUNTE.

¿Fué algun coche?

ADAM.

Un coche fué.

TRANSEUNTE.

Ya en Madrid no hay policia.

ADAM.

Yo protegerla queria.
Y yo fui quien la maté.
¡Infeliz!

TRANSEUNTE.

¿Qué está usted hablando?

ADAM.

Muere sia ver á su hijo.

TRANSEUNTE.

¿Quién es?

ADAM.

¿Lo sé yo?

TRANSEUNTE.

(Colijo)

Que el mozo está delirando
Ó acaso á mofarse aspira).

ADAM.

Venga usted conmigo á verla.
¡Pobre! quiero socorrerla.
¡Si viviese aun!

TRANSEUNTE.

¿Le inspira

Tanto interés?

ADAM.

Mucho, sí.

¿Estraña usted que taladre
Mi pecho, el ver á esa madre
Que exánime yace allí?
Yo á socorrerla volara;
¡Y aun lo intenté; mas fué en vano!
Aquel látigo villano
Vino á cruzarme la cara.

TRANSEUNTE.

¿Qué charla tan singular!

(Le vuelve la espalda y sigue su camino.)

ADAM.

(*Avanzando hacia el grupo de gentes que rodean á la anciana.*)

Dejadme que yo la vea.

LA VIEJA.

¡Maldito! maldito sea
Quien no me dejó llevar
Al hospicio!

(*Dá un grito ahogado y cae desmayada.*)

UN HOMBRE.

¿Ha muerto?

OTRO.

No.

OTRO.

Creo que sí.

UN CABALLERO.

¡Desventurada!
Su frente está destrozada.

ADAM.

¡Ha muerto y la mato yo!

(*Barullo, confusion, apretones.—Adam se abre calle y se aleja poco á poco profundamente afectado. Unos hombres que se acercan con una camilla colocan en ella á la anciana, que apenas dá señales de vida, y se preparan á conducirla al hospital. Los curiosos se van dispersando.—Un gacettillero se dirige apresuradamente hacia la redaccion del periódico en que escribe.—Los coches siguen cruzando la calle á todo correr.*)

II.

Y Adam siguió tambien á la ventura
Recorriendo la corte castellana,
Dando al cabo al olvido su amargura
Y el trance fiero de la pobre anciana.
Que si el placer del hombre poco dura,
Tambien, en cambio, en la feliz mañana,
Encantadora y bella de la vida,
Fácilmente el dolor el hombre olvida.

Y marcha el jóven lleno de ilusiones,
Siempre por llana y anchurosa via,
En busca de fantásticas regiones
Que alumbraba un sol de espléndida alegría.
Y ahuyentando sus negras impresiones
Con sueños de su ardiente fantasia.
Suele siempre forjarse en lontananza
Mit mundos de placer y de esperanza.

¡Oh! ¡bella juventud! ¡oh edad hermosa
Casi exenta de lágrimas y duelos!
Tú engalanas con mano cariñosa
El valle y monte y cristalinos cielos.
Por ti el alma del hombre, en ardorosa
Sed de amor, siente el dardo de los celos,
Para hacer que el temor, que luego pasa,
Torne en hoguera la encendida brasa.

Y ese amor, que se estiende y se acrecienta,
Móvil es de magnificas acciones;
Y esa edad impetuosa, turbulenta,
Dá vida y movimiento á las naciones.
Generosa, feliz, ruda, violenta,
Arrastrada tal vez por sus pasiones,
Aunque marche imprudente hacia el abismo
Entusiasta comprende el heroismo.

Por eso Adam, que es jóven, la divina
Luz que inundó su corazon ardiente,
Que entre sueños le halaga y le fascina,
Y despierto le ofusca, con vehemente
Afan buscando vá: ciego camina
Con pié ligero y ademan valiente.
Olvida la verdad que le rodea
Y en forjar mil mentiras se recrea.

Bien mirado, Madrid tiene mil cosas
Placenteras, que halagan los sentidos;
Y en estas poblaciones populosas
Vivimos casi siempre divertidos.
¿Quién se aburre al mirar tantas hermosas
Que parecen querubescos descendidos
Desde el cielo á la tierra, y que sus alas
Esconden entre sedas y entre galas?

*Era la hora en que la luz se hundía
Tras las montañas (cual ZORRILLA dijo),
Y el comercio sus luces encendía
Del curioso aumentando el regocijo.
Curioso que en mirar se entretenía
Tanto objeto falaz, tanto enredijo
Como en traidor escaparate brilla
Insultando á los pobres de la villa.*

Y al mismo tiempo que la niebla densa
Por otras calles, que aun en sombra estaban,
Iba tendiendo su cortina inmensa,
Ligeros el taller abandonaban
Modistas y artesanos, que, en su intensa
Pasion, al punto con afan buscaban
Al dulce objeto de su amor querido,
Futura esposa ó próximo marido.

Y el confuso rumor iba en aumento;
Y el nocturno bullicio entretenía
Al pobre Adam que, lleno de ardimiento,
Contra el hambre cruel se defendía.
Y en un café se dice que un momento
Entró, por ver lo que la gente hacia,
Y vió allí muchos hombres confundidos
En beber ó en comer entretenidos.

Y se dice tambien que de pasada
Cruzó en su mente el natural deseo
De pedir un café y una tostada;
Pero yo, mis lectores, no lo creo.
Si lo pensó, por fin no pidió nada;
Que está prohibido todo regodeo
Para aquel que no paga al verse harto,
Y Adam no lleva en el bolsillo un cuarto.

Salió de allí pensando en la condesa,
En Salada, en el conde y en el cura;
En todo cuanto halaga ó interesa
A su naciente amor y á su ventura.
Y en el aire castillos con gran priesa
Inocente formaba en su locura,
Sin mirar que luchaba en su impaciencia
Con su misero estado y su impotencia.

Suelen decir que no hay hombre sin hombre,
Y solo se halla Adam; y no comprendo
Cómo huérfano, misero, sin nombre,
Sin porvenir, con un pasado horrendo,
Puede aspirar... mas nada hay ya que asombre
En este mundo en donde estamos viendo
Tanto necio mezquino con fortuna
Encumbrado á los cuernos de la luna.

Así, pues, sin temor sigo mi cuento,
Sin que nadie me aparte de mi tema.
Para ver lo que el mundo turbulento

Sabe ofrecer al héroe del poema,
Nuevo Adam inmortal, raro portento
De la embrollada humanidad emblema,
Que vino á padecer, porque él lo quiso,
A este inmenso y caduco paraíso.

Paraíso en verdad tan ilustrado
Y tan lleno de autorchas y de luces,
Que aparece do quiera iluminado
Aunque pese á los gansos y avestruces.
Donde ya todo quidam vá cargado
De fajas y de placas y de cruces,
Hasta verse tranquilo y satishecho
Con ponerse un calvario sobre el pecho.

Paraíso feliz, donde un petate,
Patriota elocuente, aunque postizo,
Famélico, estupendo botarate,
Imbécil, solapado, advenedizo,
Viene halagando al pueblo.... pero ¡táte!
Que aquí ya sin quererlo me deslizo,
Y no es justo igualar con esta gente
Ni aun la astucia infernal de una serpiente.

Y bien mirado, es cosa un poco crítica
Que me meta en camisa de once varas,
Sabiendo, como sé, que la política
Tiene cosas tan hondas como raras.
Nuestro Adam, por el pronto, la raquitica
Cuestión no aborda, como ya á las claras
Lo hacen muchos que á patria y ley sorprenden,
Y solo al medro personal atienden.

Digo.—y sigue la historia interrumpida
Cien veces ya,—que el arrogante mozo
El áspero camino de la vida
Cruzando vá con cándido alborozo.
Muy pronto el pobre su horfandad oívida;
Forma castillos con creciente gozo,
Y esquivando las penas del momento
Al porvenir entrega el pensamiento.

Galas, coches, palacios, misteriosas
Escenas que le agraden y recreen;
Mil pláticas de amor; niñas hermosas
Que sus hombros impúdicas rodeen;
Zambras, joyas, conciertos, bulliciosas
Brisas livianas que su frente oreen;
Todo y mas (pues el todo juzga poco),
Quiere alcanzar en su delirio loco.

Mas de pronto, en un sitio algo apartado,
Un edificio encuéntrase á deshora
Que aparece por dentro iluminado
Con torrentes de luz deslumbradora:
Y vé un pueblo á las puertas agrupado
Que impaciente se muestra; y la agresora
Turba que espera, se incomoda y grita,
Dentro al fin con ardor se precipita.

Y Adam entra con ellos; impaciente
Quiere ver lo que todos ver procuran;
Mas un hombre le ataja de repente
Mientras que algunos en redor murmuran.
—¡La entrada! dice el hombre displicente:
¿En dónde está la entrada? (Y aquí juran
Los guardianes que allí se hallan alerta,
Viendo al mancebo señalar la puerta).

Que él á la puerta siempre le ha llamado
La entrada, y mas no sabe; y no comprendo
Que el carton que los otros han pagado
Y que por fuera del local se vende,
Dá derecho á gozar; y que es vedado
El sitio aquel para quien necio tiende

Sus alas por un mundo en que ligero
Nadie penetra sin tener dinero.

¡Dinero! ¡grata frase! ¡nombre augusto
Que mágico poder y dicha alcanza!
¡Modelo del saber, regla del gusto;
Mansion de gloria, luz de la esperanza!
¡Dinero! pues cimiento eres robusto
Del amor y mundana bienandanza!
Deja, deja que yo mas te abrillante
Y postrado ante ti, tus glorias cante.

¡Yo te estimo, dinero, yo te adoro!
¿Quién te deja de amar? Un pueblo entero
Para incensarte alzó un becerro de oro,
Que era imagen y emblema del dinero.
Tú á los hombres desvives: su tesoro
Eres tú; su ilusión, su verdadero
Ídolo; mira, advierte el noble ejemplo
Que todos dan al erigirte un templo.

Tú vences al pudor, por tí las artes
Se abrillantan; las fuerzas centuplicas;
Por tí se exhibe el hombre en todas partes,
Y no hay persona mala en siendo rica.
Tú abrevias las distancias, tú repartes
Honosores; mueves guerras, pacíficas
Los reinos; tú eres génio que no yerra...
Eres, en fin, un dios sobre la tierra.

Perdona, pues, perdona que insensato
El pobre Adam contigo no contara.
Gozar quiso sin tí, dinero, un rato
Y su delito le salió á la cara.
—Es un necio, un perdido, un mentecato,
Debió decir la gente; y con avara
Intención de reír, toda gozosa
Se le acerca y le oprime bulliciosa.

Pero, Adam, que esta vez bromas no aguanta,
Ni sonrisas, ni insultos, ni sonrojos,
Su bella faz con altivez levanta
Y en todos fija sus brillantes ojos.
Mueve despues con decision su planta;
Empuja á varios que le dan enojos,
Y á seguir adelante se decide
Aunque el portero la tarjeta pide.

Y un hombre que es rumboso, aunque no es rico,
—Dejadle entrar, esclama incomodado;
¿No veis que quiere ver el pobre chico
Lo que nunca, tal vez, ha contemplado?
¿No os podeis explicar, cual yo me esplico,
El basulis de todo? Yo al contado
Pago por él; dejad franca la puerta
Y que vea el teatro y se divierta.»

Sin darle gracias, sin oírle acaso
Nuestro ignorante mozo, que acelera
Por los pasillos el ligero paso,
Llega al salón donde la gente espera.
Y en el sitio mas cómodo, aunque el caso
Ser peligroso á su quietud pudiera,
Sentóse al punto, contemplando ansioso
Aquel mundo tan nuevo como hermoso.

En vasto semicírculo, inundado
De luz y de calor y de armonía,
Vió un numeroso público agrupado
Que en hablar y esperar se entretenía.
Y al mirarlo quedó maravillado,
Pues nunca tanta muchedumbre habia
Visto lucir, con tanta gentileza,
Tal lujo, tanta espléndida riqueza

Y halló hermosas mujeres que exhibían
Sus bellos rostros, y con diestro ensayo,
De su casi desnudo pecho hacían
Ostentación en lánguido desmayo.
Mujeres que las almas encendían
Trocando en Etna el frígido Moncayo;
Que no hay alma que escape á sus antojos,
Ni hay nieve para el fuego de sus ojos.

Dígame Adam, que atónito fijaba
Los suyos en la pléyade hechicera,
Y ansioso con placer las devoraba
De sí mismo olvidado, de su fiera
Situación, y aun del hambre que minaba
Su estómago; — y aquí, lector, quisiera
Yo prescindir de cosas tan mezquinas
Al tratarse de escenas tan divinas.

Mas visto está que en todo la miseria
De nuestra débil condición miramos,
Y en la ocasión mas crítica y mas seria
Con óbices sin cuento tropezamos.
Y el espíritu cede á la materia;
Y á lo mejor del cuento nos ballamos
Con que el bravo mas bravo, que no puede
Ceder jamás al miedo, al hambre cede.

Y hasta ya de excusas; hasta ahora
Adam se muestra fuerte y satisfecho;
Y con su vista sin cesar devora
El rostro hermoso y el ebúrneo pecho
De una y otra gentil beldad; y adora
En aquel santuario, cuyo techo
Guarda tanto placer y dicha tanta
Como su vista y corazón encanta.

Solo una cosa estraña el inocente.
¿Cómo el galán ó esposo, sin desvelos
Tolera que contemple allí la gente
Con avidez aquellos claros ojos
De amor y juventud? Él impaciente,
De seguro sintiera rudos celos,
Al notar que á su amada compañera
Otro mortal tan descuidada viera.

¿Cosas de un ente antisocial! empachos
De que algun hombre ilustre se reíría;
Escrúpulos de monja, ó de muchachos
Que no han visto el gran mundo todavía.
Allí hay varón que aguza sus mostachos
Y hacia la izquierda los gemelos guía,
En tanto que su esposa, satisfecha
Se sonríe mirando á la derecha.

Y acaso alguna sobre Adam clavara
Sus ojos, afanosa contemplando
Aquel cuerpo gentil, y aquella cara
Tan bella que á querer está incitando.
Mas el telon, que á la sazón se alzara,
Fué hacia la escena la atención llamando,
Mientras Adam atónito se admira
Y dilatarse el horizonte mira.

¿Peñas, árboles, fuentes, cielos, flores!...
¿Qué es aquello? ¿qué mágico portento
Contempla de repente? Allí de amores
Misteriosos se trata; y sigue atento
Una historia de infamia y de dolores,
Hasta que al cabo, a la mitad del cuento,
Viendo que el vicio á la virtud oprime,
Se irrita al ver que el oprimido gime.

Y aun mas se irrita el ignorante mozo
Al ver la horrible indiferencia impia
Con que el público muestra su alborozo

Aplaudiendo la escena mas sombría.
Y le estraña que en negro catabozo
Se convierta el salón ó selva humbría,
Y que el traidor se goce impunemente
Mientras llora y sucumbe el inocente.

Por lo cual iracundo se levanta,
En actitud salvaje, de su asiento.
Sofocar procurando en su garganta
De indignación un grito; pero atento
Mira, y su propia necedad le espanta:
Aquel mundo encantado, aquel portento,
Es solo un aparato, una quimera
Remedo de la vida verdadera.

Telones, bambalinas, bastidores;
Manchas, pinturas, arboles fingidos;
Mentidas peñas, inodoras flores;
Muros de lienzo, trajes mal peinados.
Y el telon que descendiendo... ¡oh! son mejores
Sus sueños; mas hermosos los queridos
Fantasmas de ilusión que se formaba
Cuando despierto á su placer soñaba.

Por eso vuelve con afán la vista
Hacia el mundo feliz que le rodea,
Y sigue á la verdad la ansiosa pista
Cuando ficciones en su mente crea.
Que la humana comedia poco dista
De la farsa falaz que le marea.
Y hay sabios, mas de tres y mas de cuatro,
Que dicen que este mundo es un teatro.

Pero Adam no lo sabe, y por felices
Tiene a aquellas señoras y señores;
É ignora sus flaquezas, sus deslices,
Sus ocultos afectos, sus dolores.
Y no vé que las bellas son actrices;
Y no vé que los hombres son actores
Que, diciendo tal vez lo que no sienten,
Amor afectan ó sonrisas mienten.

Y á todos los contempla, los admira;
Envidiales el traje, la apostura,
Las ricas joyas de la luz se mira;
La culta frase que entender procura.
Y luego... luego con asombro gira
Sus ojos, y á la espléndida hermosura
De una beldad, que ya conoce, eleva
El alma, y una mano al pecho lleva.

Y siente palpitar enardecido
Su vigoroso corazón ardiente;
Y trémulo, gozoso, embebecido,
De mágica atracción presa se siente.
Que la mujer que el corazón le ha herido,
La condesa de Alcira, allí presente
Está, y cual sol que hasta el cenit se encumbra,
Todo lo eclipsa, todo lo deslumbra.

En un palco se hallaba la condesa,
Y yo, lector, no puedo retratarla;
Fáltame ingenio para tal empresa,
Y tengo por mas cuerdo el no intentarla.
Solo diré que Adam, dándose prisa,
Vá en su busca por verla y adorarla,
Y que deja su sitio en el momento
Que allí se acerca el dueño de su asiento.

De este modo algun lance se ha evitado
Con el cual grande escándalo se diera;
Que él no hubiera su sitio abandonado
Fácilmente á la vista de una cualquiera.
Pero ya, con veloz, precipitado
Paso, sube anhelante la escalera,

Y entre alegre, azorado y satisfecho,
Cruza despues el pasadizo estrecho.

Y de un palco, por fin, halla la puerta
Por do viene á escaparse fugitiva
De opaca luz exhalacion incierta
Que su febril curiosidad aviva.
Y con ojo avizor y el alma alerta,
Fomentando de amor la llama activa,
Trémulo, ategre, y á la vez inquieto,
De cerca observa al adorado objeto.

Y admirando la espléndida hermosura
De aquella dama, encanto de la corte,
La mente loca contener procura
Porque el placer la vida no le acorte.
Y brotar siente luego, en su locura,
Con sin igual y magico trasporte.
Recuerdos y esperanzas confundidos
Que inquietan ó seducen sus sentidos.

Hubo un tiempo feliz en que él, osado,
Vasallaje servil nunca rendia;
Y de viejos y mozos fué envidiado
Cuando en cárcel estrecha residia.
Y hoy que libre se vé, desventurado
Echa menos su arrojo y valentia;
Que una pasion indómita le inflama
Y vacila delante de una dama.

¿Qué invisible poder, que misteriosa
Fuerza contiene su potente brio?
¿Por qué al mirar á la condesa hermosa,
Mas que á la muerte tome algun desvio?
¿Por qué la vista tiende recelosa
En torno suyo, y viendo su atavio,
Su tosco traje, avergonzada y mustia
Muestra su faz en su feroz angustia?

Un mes hace que loca, enamorada,
Eslava de su amor y sus antojos,
Ray de los hombres le llamó Salada,
Y hoy siente el triste al contemplarse enojos.
¿Fué un delito fijar en la adorada
Cordeza hermosa los inquietos ojos,
Defenderla, salvarla y daria culto?
¿Es amarla inferirla un nuevo insulto?

¡Ay! él lo ignora; oscura fué su vida:
Incierto su pasado; su presente
Mas negro; el porvenir tiene escondida
La estrella que buscaba diligente.
Tal vez viene de raza envilecida
Condenado á sufrir eternamente,
Como Salada dijo; tal vez lleva
Herida el alma que hasta el cielo eleva.

Tal vez... mas nó, su corazon sediento
De ventura y de gloria, le responde
Que su altivo y ardiente pensamiento
El gran secreto de la dicha esconde.
Raudales hay de amor y de contento;
Fáltate solo adivinar en dónde
Podrá encontrar alguno que le diga
Do está la fuente que la sed mitiga.

Y ¿quién mejor que la condesa hermosa,
De su vida alumbrar puede el camino?
El de muerte traidora y horrorosa
La salvó con arrojo peregrino.
El por una sonrisa cariñosa
Tesoros la dará de amor divino.
Bien pueden ¡oh! bien pueden, con profundo
Eterno amor, idealizar un mundo.

Juntos alzar con rapidez su vuelo,
Y en regiones fantásticas y bellas
Hacer brotar, en su creciente anhelo,
Flores do lleguen á estampar sus huellas.
Y la tierra trocar en claro cielo
Salpicado de limpidas estrellas,
Donde las auras perfumadas lleguen
Y con los rizos de su amada jueguen.

Pensando así, del palco la entreabierta
Puerta tocó, y abrirla ya procura;
Mas de repente, ante la misma puerta,
Que vá á exhalar el alma se figura.
No es sueño, no; la aparicion es cierta:
Divina llama en derredor fulgura,
Y la hermosa mujer que le enloquece
En el dintel del palco se aparece.

Y él clava en ella la voraz pupila:
Bebe el perfume de su tibio aliento;
Da un paso, y luego tímido vacila
Luchando triste con su afán violento.
Siente un fuego que el alma le aniquila
Y un hielo que le oprime el pensamiento;
Sensaciones opuestas que batallan,
Cejan, se extinguen ó con furia estallan.

Mas ¿cómo, al cabo, puedo á sus pasiones
Indómitas y ardientes, valla ó dique
Oponer, ni á sus bellas ilusiones
Hacer que frio la razon aplique?
¿Cómo en su edad y en tales condiciones
Podrá lograr que el corazon abdique
Su indomable poder, y que cobarde
Apague el fuego que en sus venas ardo?

¿Qué entiende amor, cuando potente inflama
Los pechos inocentes y leales
De eso que el mundo mentiroso llama
Conveniencias políticas sociales?
Cerca se encuentra de la ilustre dama;
El traje y posicion son desiguales;
Mas, ¿qué importa? ¿no es él el jóven, hermoso,
Intrépido, arrogante y animoso?

Un beso, un beso de su lábio ardiente
Quiere escapar con impaciencia loca;
Un beso que se estampe en una frente;
Un beso que se estrele en otra boca.
Y el rostro de la bella allí presente
Mira; su traje conmovido toca,
Y al fin, demente, con afán liviano
Pone en la hermosa la atrevida mano.

Y ella le vé... concétele, retira
El cuerpo atrás; un grito acongojada
Lanza de pronto; tímida suspira
Y pálida á la vez muéstrase airada.
Temerosa despues en torno mira;
Tiembla, sufre, á caer va desmayada...
Y en tanto Adam, con alma satisfecha,
La blanca mano de la dama estrecha.

Mas de pronto á su vista se aparece,
Ajrado, altivo, y á la vez hermoso,
Un apuesto mancebo, que parece
De castigar su atrevimiento ansioso.
Mirale audaz; con su ademan le ofrece
Pruebas de conocerle y serle odioso;
Hiel de su lábio y corazon destila;
Y lanza fuego su voraz pupila.

Quiere acercarse con la faz airada;
Pero Adam, que ligero se apercibe,
Dejando atrás á la mujer amada,

Con ademán resuelto le recibe.
Y ambos á dos con furia su mirada
Cruzan; ninguno para el mundo vive;
Que del todo trasladanse á otro mundo
De amor y celos y rencor profundo.

Quien vió al león y al tigre replegarse
Preparando cruel acometida,
Prontos á entrar en lucha y devorarse,
Defendiendo su hijuelo y su guarida,
Ese puede tan solo figurarse
La escena que dejamos referida;
Escena muda y corta; pero escena
Llena de vida y sentimiento llena.

Que una oleada rápida de gente ,

(Pues la función entonces concluía),
Inundó los pasillos de repente,
Cuando Adam su navaja requería.
Y envuelto en aquel farrago viviente
Solo escuchó una voz que le decía:
—«¡Piedad! déjeme V.; ya nos veremos.»
Y otra voz que añadió:—«Nos mataremos.»

Y en vano fué buscar á la de Ateira,
Y al conde que con ella se marchaba;
Movientes muros á su lado mira
De gente que hacía fuera le empujaba.
Sale al fin á la calle; el aire aspira
De la noche, que oscura y triste estaba;
Y solo... pero ya será prudente
Relatarlo en el canto subsiguiente.

CANTO IX.

Dedicalo el autor, en testimonio de gratitud,

á su respetable y querido amigo

el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo (1).

Revolviendo en su cabeza
Un sin fin de pensamientos,
Adam de nuevo las calles
De Madrid vá recorriendo.

En el reloj de una torre
Doce campanadas dieron,
Mientras el sereno canta
«Las doce en punto y sereno.»

Y se amenguaban las luces,
Y se acrecia el silencio,
Reinando ya en varios puntos
La soledad y el misterio.

Que estaba poco templada
La noche, aunque claro el cielo,
Y no era cosa de andarse
Papando á deshora el fresco.

Solo allá de vez en cuando
Marcando un paso ligero,
Se escuchaba en las aceras
Resonante taconeó.

Y luego un coche cruzaba
Por el arroyo, ligero
Perdiéndose en otras calles
Que invadía con estrépito.

Y alguna que otra familia
Tornaba al hogar doméstico;

Quedando otra vez la vía
Solitaria y en silencio.

¿Mas qué importan estas cosas
Al preocupado mancebo,
Que revuelve en su cabeza
Un sin fin de pensamientos?

Pensamientos que refluyen
Todos en un mismo objeto;
En su amor á la condesa
En quien cifra todo un cielo.

Y recuerda que ha escuchado
Aquella noche su acento,
Y que una dulce promesa
La hermosa dama le ha hecho.

Y aun pérecele que estrecha
En su loco arrobamiento
Aquella mano de nieve
Cuyo contacto es de fuego.

Y á la esperanza y la dicha
Abre del todo su pecho,
Y en alas de los amores
Remonta el ligero vuelo.

Mas ¡ay! que de vez en cuando
Viene á turbar su contento
De un rival aborrecido,
Aborrecido recuerdo.

Parécele que la sombra
Del conde, con rumbo incierto,
Ya amenazante se acerca,
Ya esquiva se aparta luego.

Y se aleja con la dama
Sin que Adam el paradero

(1) Véase la tercera de las notas que van al final.

De ambos sepa; sin que pueda
Seguir sus pasos ligeros.

Y nuestro joven arranca
De lo profundo del pecho
Un suspiro; y se apoderan
De su corazón los celos.

Y ardiendo en coraje cruza
De nuevas calles el dedalo,
Revolviendo en su cabeza
Un sin fin de pensamientos.

Y los relojes prosiguen
Marcando el paso del tiempo;
Y con negros nubarrones
Se vá encapotando el cielo.

Y diz que al par que adelanta
En su nocturno paseo,
Contempla nuevas escenas,
Nuestro ignorante mancebo.

Una calle solitaria.

(Se oyen los acordes de un piano y luego una voz
de mujer que canta.)

LA VOZ.

Como boca de lobo
Dicen que dicen,
Que están las negras noches;
Las noches tristes,
Y yo... ¡mal haya!
Como boca de lobo
Tengo mi alma.

ADAM.

¡Qué voz tan dulce!

(Se queda parado en una esquina.)

EL SERENO, que pasa.

¡Las dos...!

UNA MUJERZUELA, que se acerca.

Dime, hermoso, ¿á dónde vas?

ADAM.

¡Quita! (Con enfado.)

LA MUJERZUELA.

Ven.

ADAM.

(Rechazándola.) ¿Me dejarás?

UN MENDIGO.

¡Una limesna por Dios!

(Pasan todas menos Adam: la calle queda desierta
y sombría.)

LA VOZ, que canta.

Trepando con trabajo
Voy por la senda
Cada vez mas penosa
De la existencia.
Trepando sigo
Sin poder á mis ansias
Hallar alivio.

(Adam que se ha ido acercando como atraído por
la dulzura y el sentimiento de aquella voz, se
apoya en una reja, fija los ojos en un balcon
entreabierto de la acera de enfrente, por el que
se escapan algunos rayos de luz, y dice:)

ADAM.

¿Qué extraña fascinacion
Esa voz ejerce en mí,
Que con tal placer aquí
Escuché su vibracion?

¿Por qué el alma se imagina
Ver lo que no pudo ver,
Y reviste á esa mujer
De hermosa peregrina?

¿Es que en loco devaneo
Voy por el mundo soñando,
O es que despierto voy dando
Sueños mil á mi deseo?

LA VOZ.

Yo perdi la ventura
Con la esperanza;
¿Dónde están los amores
Que me halagaban?
¿Dónde mis glorias,
Mi adorada inocencia,
Mi dicha toda?

ADAM.

Tambien yo con ojos llenos
De lágrimas, he buscado
La dicha que aun no he encontrado,
Y que tanto echo de menos.

LA VOZ.

¡Qué feliz es el niño
Que no concibe
Los horrendos dolores
Que al hombre afligen!
Niño, no llores:
Tus dolores son átomos
De mis dolores.

ADAM.

Dice verdad; tal vez yo
Que mi suerte lamenté
Mas venturoso seré
Que esa mujer que cantó.
Tal vez en grata honanza
Vendrá un día en que amanezca
El bello sol que me ofrezca
Ver cumplida mi esperanza.

LA VOZ.

Yo sembré mis afectos
En movediza
Arena, que arrastraron
Olas bravías.
Ved cual se vuelven
Mis afectos espuma
Que se disuelve.

(Pausa.)

(La voz y el piano, que han ido amortiguándose
lentamente, vuelven á ir en crescendo.)

LA VOZ.

¡Oh! ¡Maldita la ausencia!
¡Maldito el dolor!
¡Maldito aquel que olvida
Cuando ama el otro!
¡Triste del alma
Que al sentirse ofendida
Sucumbe esclava!

(Cesa la música por completo.)

EL SERENO, *á lo lejos.*

¡Las dos y cuarto...!

ADAM, *retirándose despacio.*

Cancion

Es esa, que al alma llega,
Y en un mar de amor anega
Mi agitado corazón.

(*Dóbla la esquina.*)

∴

La esquina doblando, tal vez un suspiro
Del hondo del alma doliente arrojó;
Y luego en su mente, con rápido giro,
Un mundo de afectos extraños rodó.
¿Qué siente el mancebo? ¿por qué así se agita
Pensando en la dama que triste cantó?
¿Por qué le interesa la misera cuita,
La fiera congoja, la pena infinita
De aquella que al viento
Con dulce concento
Sentidas querellas de amores lanzó?

—
¿Es, por ventura,
Que arrepentido
Adam de nuevo pide al olvido
Que le devuelva con su estimada
Tierna Salada
Su bien perdido?
¿Es que evocando
Su pensamiento
La imágen bella
De la que un día
De sus amores fué clara estrella.
De su esperanza fué norte y guía.
Siente un momento
Vago y penoso remordimiento.
Porque presente que triste y sola
Gime en silencio su fiel manola?

—
¿O es que se fija en su mente
Otro amor puro y ardiente
Que le engrandece y le engríe,
Que, cual sol esplendoroso,
El horizonte ilumina
De un porvenir venturoso,
Y le alegra, le sonríe,
Le entusiasma, le fascina
Y poderoso le halaga,
Le enloquece y le embriaga?...

¡Ay! él lo ignora: tan solo sabe
Que tiene un alma y un corazón;
Que este de amores está sediento;
Que aquella vuela tras la ilusión.
Que el mundo cruza solo y errante
Como los bosques el caminante,
Sin explicarse por dónde va:
Pero que busca la dicha espléndida,
Que supo en sueños acariciar.

Que donde quiera que haya mujeres
Siente su pecho de amor latir;
Que anhela glorias, triunfos, placeres;
Ricos alcázares en que vivir,
Mansiones bellas donde gozar;
Cielo sin límites
Donde la vida
Inadvertida
Rápidamente vea deslizarse.

Y ora recuerde

La breve historia

De sus amores con la olvidada
Tierna Salada; ó en su memoria
Evoque luego la imágen bella
De la de Aleira,
Sol que ha eclipsado la blanca estrella
De la manola,
Que triste y sola
Tal vez suspira,
Nuestro mancebo, sereno, impávido,
Calles corriendo sin rumbo va
Siempre de nuevas escenas avido
Sin que le arredre su soledad.

∴

Y según la historia cuenta
Nuevas escenas halló;
Que en Madrid en todos tiempos
Nunca falta distraccion.

Apenas de aquella calle,
Donde se escuchó la voz
De aquella dama, el mancebo
La esquina á doblar llegó,
Cuando varios embozados

Que con cierta precaucion,
De oscuro portal salieron
Unidos de dos en dos,
Vió deslizarse entre sombras
Con paso mas que veloz,
Sustentando en voz muy baja
Algunos conversacion.

Y advertir pudo que hablaban
De un pueblo esclavo y señor,
De libertad y opresiones
Y de muerte y salvacion.

De cadalsos, de verdugos.
De esterminios y de horror,
Y de sangrientas venganzas
Y de luto y de baldon.

Y al mirar que traspusieron.
Unidos de dos en dos,
Ardiendo todos en ira,
Atónito Adam quedó.

Que él no sabe todavía
Por qué con saña feroz,
Pronuncian aquellos labios
La frase revolucion.

Y no comprende que haya
Tanto y tanto desamor
Entre esos hombres que dicen
Que todos hermanos son.

∴

Siguió errante su camino
A sus solas comentando,
Lo que de oír acababa
Lleno de pena y de pasmo.

Mas como aquí en este mundo
El bien y el mal van mezclados,
De manera que se endulcen
Algunos tragos amargos.

Quiso el cielo que por dicha,
En cierta calleja entrante,
Nuestro Adam se consolase
A la vista de otro cuadro.

Y era el tal cuadro una reja
Donde un mancebo bizarro
De músicos y cantantes
Se mostraba acompañado.

Y al son de los instrumentos,
Con eco sencillo y grato,
Estas cántigas de amores
De la noche el silencio desterraron.

Cantilena.

Primera estrofa.

Niña hechicera, que Dios envía
Desde los cármenes de Andalucía;
Linda paloma de blancas alas,
Flor que despide dulces aromas,
Tú que eres cielo que al cielo igualas,
Tú que á los astros sus rayos tomas;
Tú que resbalas
Como las náyades y las ondinas
Sobre las aguas, que cristalinas
Van susurrando
Por entre juncias y lirios bellos;
Fija un instante
Con pecho blando
Sobre tu amante
De esos tus ojos ya los destellos;
Y aunque yo en ellos,
En mi trasporte,
Deje la vida
Cual mariposa en la luz prendida,
Nada te importe.
Mira que en alas del amor mio,
Que raudo vuela como las aves.
Vengo á traerte, niña, las llaves
De mi albedrio.

ADAM.

¡Oh! bien haya quien así,
Con su palabra elocuente,
Sabe pintar cual lo siente
Su amoroso frenesí!
Yo mil veces concebí
Cosas que no me explicaba;
Pues aunque libre miraba
Y triunfante al sentimiento,
Se ofuscaba el pensamiento
Y la lengua se me ataba.
¡Bien haya el feliz cantor
Que al pié del balcon suspira,
Mientras su dama le mira
O le escucha con amor!
¿Dónde una cosa mejor
Que la de hacerse entender
De la adorada mujer
Que radiante de hermosura
Inspira tanta ternura
Con misterioso poder?
¡Ojalá que yo, en mi afán,
Pueda espresar algun día
Lo que siente el alma mia,
Cual lo espresa ese galán!
Pero ya de nuevo van
Con dulce armonía grata,
Que me place y me arrebatá,
Y destierra mis pesares,
Renaciendo esos cantares.
Oigamos la serenata.

Cantilena.

Segunda estrofa.

Niña preciosa, si estás despierta,
Mira que canto junto á tu puerta.
Si estas dormida, despierta luego:
La voz escucha tierna y vehemente
De este tu esclavo, que por tí ciego,
En tí sus luces busca impaciente.

Tu vista es fuego
Que turba y roba la dulce calma,
Que se apodera de toda el alma.
Tú eres mas bella
Que el trasparente zafir del cielo;
Mas que la hermosa
Fúigida estrella
Que luminosa
Traza los rumbos, marca el camino
Del peregrino
Que vuelve en busca del patrio suelo.
Despierta al punto
Y mi querella
Oye propicia
Sin que me muestres duro desvío.
Yo vengo á verte, bien tú lo sabes
Para ofrecerte, niña, las llaves
De mi albedrio.

(Pausa.)

ADAM.

No desoyó la canción
La hermosura peregrina;
Que al través de una cortina
Ya se alumbró aquel balcon.
Y si mis ojos no son
Muy torpes para entender,
Se me figura entrever
Que la cortina se mueve,
Y á proyectarse se atreve
La sombra de una mujer.

Cantilena.

Última estrofa.

Yo te adoraba sin conocerte;
Yo te idolatro despues de verte.
Vivir no puedo sin tu presencia;
Tú eres la maga que me fascina;
Eres el alma de mi existencia;
Eres la fuerza que me domina.
Sol que ilumina
Con trasparente rayo dorado
Los horizontes de mi pasado;
Que mi presente
Hace que sea menos oscuro;
Que en lontananza
Vas dulcemente
Con mi esperanza
Sembrando dichas en lo futuro.
¡Ay! yo te juro,
Niña querida,
Que si me quieres
Verás dichosa correr tu vida
Entre placeres.
Yo te idolatro, dulce ángel mio;
Oye mis cantos tiernos, suaves,
Y admite luego, niña, las llaves
de mi albedrio.

(Cesa la música.)

(Al cabo de un momento se oye una carcajada brutal, y despues gemidos debiles como de un niño recién nacido. Todos, incluso Adam, que permanece oculto en la sombra, se vuelven hácia donde se escuchan aquellos nuevos rumores, y ven á un hombre mal vestido que se acerca dando traspiés, y con muestras de hallarse bebido.)

EL BORRACHO.

¡Ja! ¡ja! ¡ja...! Pues, sí, señor...
 A mí... ¡está claro! me encanta
 El ver que la gente canta
 Porque tiene buen humor.
 ¡Viva el mundo y la alegría!
 De seguir la broma es hora...
 (Se oyen otra vez los gemidos del niño.)

EL BORRACHO.

Aquí hay un niño que llora
 Y os hace la sinfonía.

(Mostrándolo.)

¿Lo veis? tritando está.—
 Está visto que el relente
 Le hace daño... el inocente
 También hambriento vendrá.
 Me lo encontré en mi camino
 Mas pálido que la cera:
 ¡Pobre...! Si darle pudiera
 Dos ó tres sorbos de vino...
 Pero se acabó el dinero,
 Y con torpe alevosía
 Me ha dicho ya que no fia
 El bribon del tabernero.

ADAM.

(Ébrio está; se me figura,
 Y esto me angustia y me arredra,
 Que vá á dar sobre una piedra
 Con la inocente criatura.)

UN MÚSICO.

Vaya, déjenos en paz.

EL BORRACHO.

Yo vengo aquí con buen modo,
 Y aunque estoy algo beodo
 Busco un rato de solaz.
 Sigán ustedes cantando;
 Que para mayor estruendo,
 Aquí me estaré riendo
 Con el chiquito llorando.

(Pausa: vuelve á llorar el niño.)

EL BORRACHO.

¡Perfectamente, bribon!
 ¡Ja! ¡ja! ¿le oís como llora?
 Parece que el pobre implora
 Un poco de compasión.
 Tendidito en un portal
 Estaba, y yo que llegué
 Allí... pues, con él cargué
 Como si fuera un costal.
 Mas no es un costal de paja,
 Que aunque dos adarques pesa,
 Tiene un rostro que interesa.—
 Os digo que es una alhaja.
 Aquí caigo, allí levanto,
 Con él hasta aquí llegué...

(Mostrándolo.)

¿Lloras...? juro por mí fé
 Que ya me carga su llanto.
 Si lo quieren, aquí está;
 Que si me enfado, en un poyo
 Lo dejo, ó en el arroyo
 Le planto al momento.

ADAM.

(¡Ah!

¡Qué horror!)

EL BORRACHO.

Trabajos prolijos
 Me costó estando beodo...

ADAM.

(¿Y hay madres que de ese modo
 Abandonen á sus hijos?)

UN MÚSICO.

(En voz baja á sus compañeros.)

Lástima dá el inocente.

OTRO.

Su horfandad infunde espanto.

OTRO.

Es cierto, y su débil llanto
 Afecta profundamente.
 Juro á Dios que si tuviera
 Mas posibles, le tomaba
 Y á mi casa le llevaba...

OTRO.

Si tan celosa no fuera
 Mi mujer; pero es muy serio
 El lance; se me pondría
 Hecha una furia y diría
 Que era mío el gatuperio.

(Siguen hablando bajo.)

EL BORRACHO. (Canta.)

Duerme niño chiquito
 Que viene el coco,
 Y se lleva á los chicos
 Que duermen poco.

ADAM. (Sin ser visto.)

¿Qué hablarán?

EL GALAN, que cantaba. (A los músicos.)

Se me figura
 Comprender de qué se trata.

UN MÚSICO.

Hablo de la estrella ingrata
 Con que nace esa criatura.

EL GALAN, que cantaba.

¿Y no veis que es un ardid,
 Y un torpe lazo grosero,
 Que arman por sacar dinero
 Estos gatos de Madrid?
 (Señalando al borracho y á Adam.)

UN MÚSICO.

¡Calle...! es verdad... apartados
 Están; mas pudiera ser
 Que ambos á dos...

EL GALAN.

A mi ver

Vinieron confabulados.
 Los vagamundes pululan
 Por do quier; los tunos brotan
 En todas partes; lo esplotan
 Todo, y con todo especulan.
 Se finge la enfermedad,
 Se abulta el falso cariño...

EL BORRACHO.

¿No hay quien se encargue del niño?

(EL GALAN, que cantaba.)

No. (*Rechazándolo.*)

ADAM.

¡No tienen caridad!

EL BORRACHO.

Si la gente le reusa
¿Qué he de hacer con tal gazapo?
Yo le abandono y me escapo...

UN MÚSICO.

Llévele usted á la inclusa.

EL BORRACHO.

(Con indignacion y en un momento de pasajera lucidez.)

Calle usted, que me abochorno
De escucharle; yo tambien
Echado fui con desden
Dentro de un picaro torno.
Tambien yo á la caridad
Del mundo, debí una vida
Que luego se vió perdida
En su propia oscuridad.
La sociedad me adoptó;
Tuve una madre postiza...
Miento, tuve una nodriza
Que á medias me amamantó.
Y luego, cuando fui hombre,
Lleno de dolor profundo,
Me hallé solo en este mundo,
Pobre, enfermizo y sin nombre.
Pero... no; decir no quiero
Que alguun nombre no me ha dado:
Todo el mundo me ha llamado
Blas Anton, el inclusero.
Solo faltó un apellido;
Solo un hogar me faltó
Con la madre que me echó
Por el torno maldecido.
Nada tengo y nada espero,
Sin amigos que me amen,
Harto estoy de que me llamen
Siempre inclusero, inclusero.
Esa es la cancion eterna
Que he escuchado sin escusa,
Cuando muchacho en la inclusa,
Cuando grande en la taberna.
Que así que á grande llegué,
Renegando de mi sino,
En una cuba de vino
Mis sentimientos ahogué.

(Pausa.)

¡Callate, niño lloron!
Que antes de llevarte al torno,
Yo te meteré en un horno
Para hacerte un chicharron.

UN MÚSICO.

Bárbaro!

EL BORRACHO.

En esto á parar
Los amorosos jaleos,
Músicas y trapicheos
Vienen por lo regular.

(Se retira la sombra de mujer que se proyectaba en el balcón.)

EL GALAN, que cantaba.

¡Maldito tu atroz veneno!
Maldita tu voz ingrata,
Que la ilusion me arrebató.

UN MÚSICO. (*Amenazando al borracho.*)

Yo pondré á tu lengua un freno.

ADAM. (*Adelantándose.*)

¿Y por qué? ¿por qué razon
Maltratarle ahora quereis,
Cuando ya mirado habeis
Su aflictiva situacion?
¿Por desgracia no os inspira
Compasion la triste historia
Que brota de su memoria
Y entre sus labios espira?
¿No os conmueve el padecer
De ese niño infortunado,
Por su madre abandonado
Al instante de nacer?

EL BORRACHO.

Quien le quiera que le tenga;
Que yo ya causado estoy
Y á la taberna me voy.
¿Se lo entrego á usted?

ADAM.

Si, venga.

(Toma al niño entre sus brazos y le contempla con muestras de compasion y de afecto. El borracho desaparece y los músicos hablan entre si en voz baja.)

EL GALAN, que cantaba.

¿No os dije que era un ardid...?

UN MÚSICO.

Tal vez.

OTRO.

Quizás...

ADAM.

¡Pobre niño!

A nadie inspira cariño.

*(Dirigiéndose á todos.)*Señores... (*Dulcificando la voz.*)

UN MÚSICO.

(Con ironía.) Oid.

ADAM.

(Con calma.) Oid:
Yo voy por el mundo errante
Sin saber por dónde voy;
Camino á oscuras y soy
Tan pobre como ignorante.
Cual fué mi rumbo primero
Lo ignoro, pues loco estuve;
Ni aun siquiera un nombre tuve
Como Anton el inclusero.
Tan negra fué mi fortuna,
Y tan grande mi afliccion,
Que al nacer á la razon
Tuve una cárcel por cuna.
Yo no puedo comprender
Cuál fué mi crimen maldito;
Tal vez mi mayor delito
Fué el delito de nacer.
Por eso, triste, al oír
El llanto de este inocente,

Aquí en mi pecho impaciente
Sentí el corazón latir.
Que, aunque pobre, con razón
A nadie cedo la palma
De la ternura del alma,
De la fé del corazón.
Por eso os pido piedad
Para este niño que llora,
Y en nombre de Dios implora
Un consuelo á su horfandad.

EL GALAN, *que cantaba.*

¡Esto ya de raya pasa!

UN MÚSICO.

No está mala la insistencia.

OTRO.

Cuide usted de su existencia.

OTRO.

Llévele usted á su casa.

ADAM. *(Con tristeza.)*

¡No la tengo! Por Madrid
Vago, errante y desvalido;
Pobre soy; mas condolido...

EL GALAN.

¡Basta ya!

ADAM. *(Con altanería.)*

¡No basta...! *(Dominándose.)* Oid:

Quien siente en su corazón
Brotar los dulces amores,
De los ajenos dolores
Debe tener compasión.
No hace mucho que yo aquí
Embebecido escuchaba
Al trovador que pintaba
Su amoroso frenesí.
Y me dije con razón:
—«Ese lenguaje vehemente,
Es propio de un alma ardiente,
De un sensible corazón.»
«Quien así de amor se inflama,
Aunque ella no lo demande,
Debe mostrarse muy grande
A los ojos de su dama.»
Yo no sé si fué grosero
Este error que concebí;
Solo sé que vino aquí
Blas Anton, el inclusero.
Que él os pidió compasión,
Cual yo por este inocente,
Y que la dama de enfrente
Se hallaba en aquel balcon.

(Con vehemencia.)

¿Para qué tanta ternura
Antes pintarla quisisteis,
Si despues tan duro fuisteis
Con esta débil criatura?
¿Para qué, con tanto empeño,
Quereis que aquella se ablande,

(Señalando al balcon.)

Si en vez de bueno y de grande
Os mostrais malo y pequeño?

EL GALAN.

¡Vaya á los demonios!

UN MÚSICO.

¡Fuera!

OTRO.

Cese ya tanta osadía.

OTRO.

Lárguese usted. *(Amenazándole.)*

ADAM.

Á fé mia

Que castigarte pudiera... *(Conteniéndose.)*

EL MÚSICO.

¿Tú á mí? *(Alzándole la mano.)*

ADAM.

¡Yo á ti! ¡ya lo ves!

(Le coge por el cuello; luego le dá un empujón rápido y vigoroso y le hace caer de cabeza sobre las piedras. Los demás músicos se abalanzan á él con aire amenazador, armados de palos y estroques. Adam, sujetando al niño con el brazo izquierdo, y preparando su navaja con la mano derecha retrocede un poco y se recoge un instante sobre sí mismo, dispuesto á herir al primero que se le acerque.)

UN MÚSICO.

¡Cercadle!

OTRO.

Démosle caza.

ADAM.

¡Sí, ¡venid...!

(Hierre á uno en la mano y rasga el traje de otro.)

UN MÚSICO.

Segun la traza.

No es un hombre, un diablo es.

(Todos retroceden y tratan de abandonar el puesto del mejor modo posible. Adam deja su actitud defensiva y se prepara á acometerles sin desamparar al niño que sostiene cuidadosamente.)

(De pronto se oyen al final de la calle las vibraciones de una campanilla. Un anciano venerable de interesantes facciones y de blancos cabellos, vestido de ropa lalar, se va aproximando con lentitud, acompañado de un joven y de dos serenos, que llevan faroles encendidos.— Los músicos se descubren y se pastran de hinojos.— Momentos solemnes de profundo silencio.— Adam se quita el sombrero, y á imitación de los demás, se inclina y dobla la rodilla. En medio de esta escena muda, solo se oye la voz baibuciente y dulce del viejo sacerdote, que recita sus oraciones con gran recogimiento.)

EL SACERDOTE.

(Se detiene repentinamente observando que hay sangre fresca todavía sobre las piedras de la calle, y que uno de los presentes acaba de vendarse su herida.— Vuelven á oírse los débiles gemidos del niño, y el sacerdote pronuncia las siguientes palabras, como si hablase para sí:)

¡Sangre, indicios de un delito!
Desde lejos entreví
Que estaban luchando aquí

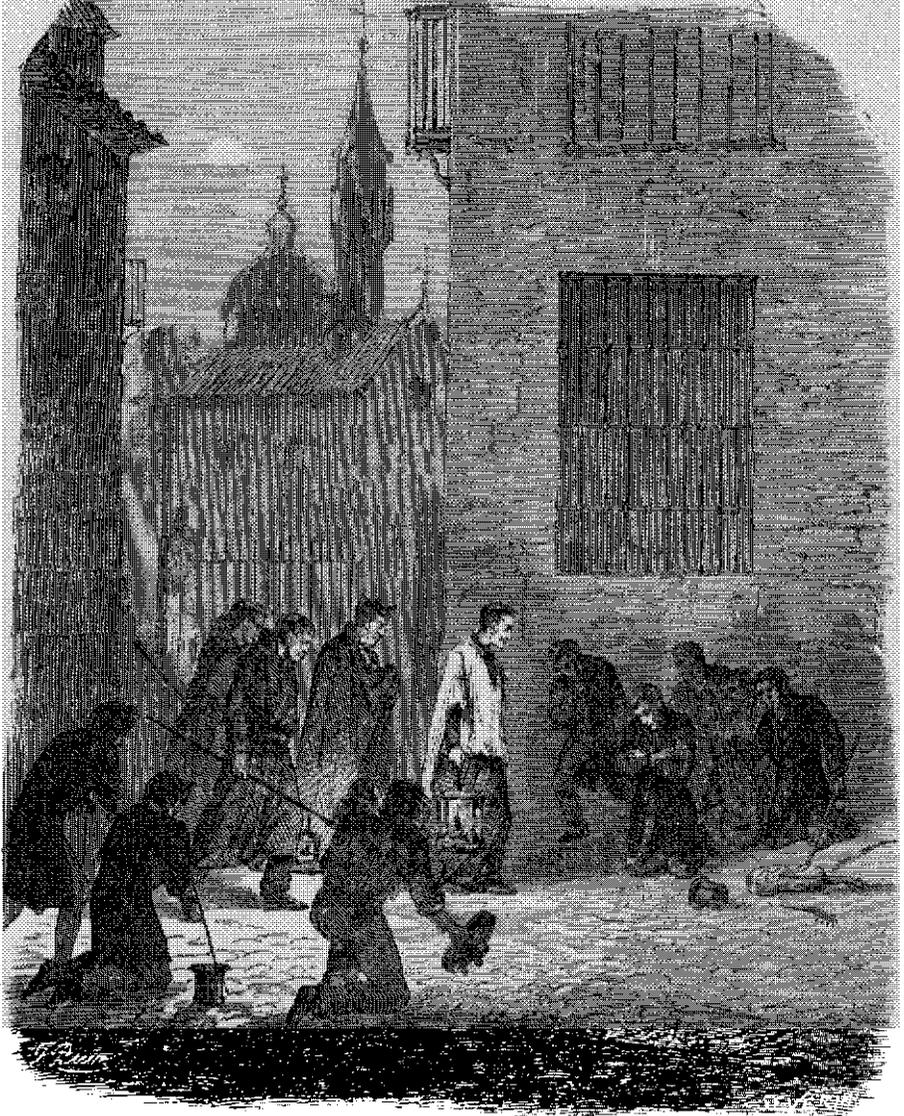
Con negro rencor maldito.
Y ahora mismo... ¡Santo Dios!

(Viendo á uno de los heridos que fija sus coléricas miradas en la persona de Adam.)

Haced que en aquellos ojos
No brillen fieros enojos

Estando presente Vos.
La fiereza dominad
De todo mortal ingrato,
Que mire con desacato
Vuestra eterna majestad.

(Pausa: despues dice con solemne acento:)



¡Bajad la frente, cristianos!
¡Al Dios que os mira temed!
¡Temblad! ¡orad! ¡deponed
Vuestros rencores insanos!

(Otro instante de silencio que el niño interrumpe con sus vagidos.)

EL SACERDOTE *(fijándose en el niño.)*

Derramando los raudales
De su llanto escandecente,
Pisa este niño inocente
De la vida los humbrales.
Y entre tanto, con ímpio

Enojo, no habreis pensado
Que tal vez el desdichado
Se está muriendo de frio.
¿Por qué le teneis así
Lejos del materno seno?

ADAM (*con firmeza.*)

Porque á nadie del ajeno
Dolor condolerse vi.
Porque yo solo, señor,
Que pobre y errante voy,
Por querer salvarle soy
Blanco de odioso furor.
Mas no importa; me lo impone
La fe que en mi pecho anida,
Y he de cuidar de su vida
Aunque el cielo me abandone.

EL SACERDOTE.

Jamás una buena acción
Dejan de premiar los cielos.
Si eres infeliz, consuelos
Te dará la religion.
Ella el alma vigoriza;
Ella siempre á Dios nos muestra
Que tiende al bueno su diestra
Y altos prodigios realiza.
Seguidme...

(Todos se apresuran á obedecerle; pero al propio tiempo se abren las puertas de la casa inmediata, cuyo portal aparece inundado de luz. En primer término se halla el criado que acaba de abrir. Un caballero de alguna edad y de grave continente, aparece en segundo término, seguido de una jóven bellisima que se arrodilla y reza con fervor. En el fondo hay algunos otros criados, todos con luces en las manos. El caballero se adelanta, sale á la calle, y despues de hacer una profunda inclinacion, coge al niño en sus brazos y dice al sacerdote:)

EL CABALLERO.

No sin razon,
Señor, habeis anunciado
Prodigios que se han obrado
Dentro de mi corazon.
Testigo de cuanto aqui
Viene, señor, sucediendo,
Estuve desde allí viendo
Lo que en el alma sentí.
Y estuve oculto, señor.
Porque velo por mi hija,
Y no quiero que la aflija
Remordimiento traidor.
La ví sufrir al mirar
La situacion de ese niño;
Ella invocó mi cariño,
Con candoroso pesar.
Soy rico y tengo ternura;
Luégo, señor, escuché
Vuestra voz, y ser juré
Amparo de esta criatura.

(Da el niño á un criado, el cual lo presenta á su vez á la jóven, que continúa rezando en el portal, y que cubre de caricias al inocente espósito apretándole contra su seno. Todos, y particularmente Adam, se fijan con interés y asombro en la peregrina hermosura de la jóven.)

EL CABALLERO.

Ved el ingénuo cariño
Y la inocente alegría

Con que cubre la hija mía
De besos al pobre niño.

(Despues de decir esto se dirige al galan que cantaba y lo dice en voz baja:)

Esta es mas alta proeza
Que el dar, aunque amor denote,
Serenatas á su dote;
Cantares á su riqueza.

EL GALAN, *que cantaba.*

(¡Qué afrenta!)

EL SACERDOTE (*al caballero*).

Dios inmortal
Os premie la accion de hoy.
Yo en tanto, en su nombre es doy
Mi bendicion paternal.

(El caballero besa las vestiduras del sacerdote. Este le bendice, y dirigiéndose á los demás, les habla de este modo:)

EL SACERDOTE.

Y vosotros, hijos míos.
Ved que el alma y pecho oprimen
Las tentaciones del crimen
Con sus impetus sombríos.
Nunca en la senda del mal
Brotaron lozanas flores
De bellisimos colores
Y de aroma celestial.

ADAM.

*(Dice bien; por eso yo
Que á mi manera imagino
El bien, huyo del camino
Que el mundo me presentó.)*

EL SACERDOTE.

Tan solo á la escelsitud
Del Sumo Hacedor, parecen
Bien la dicha y paz que ofrocen
El amor y la virtud.

ADAM.

*(¡Virtud! ¡amor! Eso fué
Lo que anheló el alma mía;
Lo que aqui en mi fantasia
Con delirio acaricié.)*

EL SACERDOTE.

«*Amaos,*» nos dijo el Señor;
«*La paz con vosotros sea.*»
Dios en la paz se recrea,
Dios es todo paz y amor.

ADAM.

*(Así mi vista le alcanza
Cuando, con creciente anhelo,
Alzo los ojos al cielo
Y en él pongo mi esperanza.)*

EL SACERDOTE.

Y pues reunidos estamos
Bajo esa bóveda inmensa,
Juradme olvidar la ofensa
Que os hicieron.

VARIAS VOCES.

Lo juramos.

EL SACERDOTE.

Y que no haya un enemigo
 En este solemne instante
 En que yo, con pecho amante,
 Os perdono y os bendigo.
 Que es bendito el que no yerra
 Y su fé nunca perturba;
 Bendito aquel que no turba
 Jamás la paz de la tierra.
 ¡Bendito el que el bien pregona;
 Bendito el que no derrama
 Sangre; bendito el que ama,
 Y bendito el que perdona!

(Pausa: suena la campanilla y todos se levantan, excepto los que están en el portal.)

EL SACERDOTE.

¡Ahora es fuerza recoger
 El alma; el silencio empieza:
 Que ante Dios y su grandeza
 Debe todo enmudecer.

(Momentos de profundo silencio, que vuelve á romper el sacerdote pronunciando sus fervorosas oraciones. Algunos de los músicos siguen á éste que se aleja; otros marchan en dirección opuesta. Cuando el sacerdote y su comitiva han desaparecido, vuelven á cerrarse las puertas de la casa, y la calle queda sumergida otra vez en las tinieblas de la noche. Adam permanece un rato inmóvil y sin saber á dónde dirigirse. Despues se vá alejando con lentitud.)

CANTO X.

Diálogo al aire libre.—Un soldado.—El primer remordimiento.—Esperanza.—El trabajo.—Hambre y sed.—Delirios.—Desaliento.—La Ciudad.—Una duda.

I.

Otras calles.

(Se van percibiendo algunos de los rumores que anuncian la proximidad del día.)

ADAM Y UN DESCONOCIDO.

DESCONOCIDO.

Dios le guarde, camarada:
 ¿Me puede usted indicar
 Si por aquí podré hallar
 Alguna buena posada?

ADAM.

¿Una posada...?

DESCONOCIDO.

Sí.

ADAM.

; Oh!

Si yo supiera...

DESCONOCIDO.

Ya infero:

Usted será forastero
 En la corte como yo.

Siendo así, en su compañía,
 Si no lo juzga enojoso,
 Iré con usted gustoso
 Hasta que amanezca el día.

ADAM.

Acepto.

DESCONOCIDO.

Y á uso de tropa
 De mil cosas hablaremos,
 Y juntos apuraremos
 Un cigarro y una copa. (Le dá un puro.)

ADAM.

Gracias.

DESCONOCIDO.

Ahí vá yesca y lumbre;
 Encienda usted con donaire
 Y echemos penas al aire,
 Que es una buena costumbre.

ADAM.

Tome usted.

(Dándole el cigarro que acaba de encender.)

DESCONOCIDO.

Por becebú
 Que apestan los cumplimientos;

Dejemos los tratamientos
Y hablemonos ya de tú.
Y no estrañe mi franqueza
Ni este repente le asombre:
Yo fui siempre todo un hombre
A pesar de mi rudeza.
Soy un viejo castellano
Desde el día en que nacl
Y donde quiera que fui,
Fui con todos campechano.
Si esta llaneza le enfada,
Con darnos luego un adios,
Nos separamos los dos...
Y haz cuenta que no hubo nada.

ADAM.

No, no, acércate: contento
Iré contigo...

DESCONOCIDO.

Corriente.

ADAM.

De conversar con la gente
Estoy desde ayer sediento.
¿Vienes de tejana tierra?

DESCONOCIDO.

Vengo de una camarada,
Que está con sangre regada
Y asolada por la guerra.

ADAM.

¿Eres soldado?

DESCONOCIDO.

Lo fui.

Ahora soy un licenciado...

ADAM.

¿Y te gusta del soldado
La vida?

SOLDADO.

Mucho que sí.
¿Cómo no me ha de gustar
Cuando, dichoso y conforme,
Seis años el uniforme
Ostenté del militar?
Aun recuerdo con placer
Las aventuras donosas
En que á mas de cuatro hermosas
Supe intrépido vencer.
Y aquí en mi mente alimento
Los juramentos que oí;
Las palabras que imprimí
Muchas veces en el viento;
Los recuerdos que dejé,
Con las memorias perdidas,
Y las idas y venidas...
Y otras cosas que me sé.

ADAM.

Muy bello, muy singular
Fue sin duda tu pasado.

SOLDADO.

La vida de Juan Soldado
Tiene tanto que contar!

ADAM.

¿Y fuiste á la guerra?

SOLDADO.

Sí.

Y allí luché de tal modo,
Que espuesto á perderlo todo
La mano izquierda perdí.

(Enseñando la suya mutilada.)

ADAM.

¡Mal golpe fué!

SOLDADO.

Pues yo digo
Que harto peor le sufrieron
Los que en la lid sucumbieron
Al frente del enemigo.

ADAM.

¿Quién la mano te arrancó?

SOLDADO.

Ligera bala traidora
Que invisible, abrasadora,
Silbando se la llevó.

ADAM. (Pensativo.)

Y ¿por qué causa ó razon
Luchaste de esa manera?

SOLDADO.

¿Yo...? por qué... por que esa era
Mi primera obligacion.

ADAM.

Y ¿quién tu enemigo fué?

SOLDADO.

Preguntarlo es disparate:
Cuando se está en el combate,
Ni se inquiere ni se vé.
Allí, con ardor insano,
El soldado se foguea,
Y si es preciso, pelea
Contra el padre y el hermano.
Cada cual piensa en la gloria,
Y solo anhela impaciente
Ceñir en su altiva frente
El laurel de la victoria.
Puestos á cierta distancia
Los dos bandos enemigos,
Ni hay parientes, ni hay amigos,
Ni compañeros de infancia.
El hombre la vida ofrece
Al par que el peligro arrecea,
Y esa vida se desprecia
Cuando la lid se embravece.
De la música al compás
Véncese el cobarde al cabo,
Y aquel que ha nacido bravo
Se esfuerza por serlo mas.
De la pólvora el olor,
Que al principio nos marea,
Luego el olfato recrea
Y nos llena de faror.
Y rompen los fuertes lazos
Que nos ligaban al mundo,
Los ayes del moribundo
Que el cañon hizo pedazos.
Y con siniestro fragor
Se oyen las balas cruzar,
Los caballos relinchar,
Redoblar el atambor,
Y basta la tierra gemir
Porque el sol sus luces vela,
En tanto que el hombre anhela
Verter sangre hasta morir.

ADAM.

¡Oh! tu pintura me aterra
Y al propio tiempo me agrada,
Que es grande; pero anonada
Esa imagen de la guerra.
Yo no sé por qué razón
Al escucharte, sentía
Que vigoroso latía
Mi esforzado corazón.
Óyeme: yo soy un hombre
Que, envuelto en error profundo,
Voy vagando por el mundo
Sin posición y sin nombre.
Ignoro dónde nací
Y cuál mi familia fué,
Y hasta en dónde me crié,
Y a quién la vida debí.
Y es tan grande mi ignorancia,
Que, por ignorarlo todo,
Ni aun de reunir hallo modo
Los recuerdos de la infancia.

SOLDADO.

Permíteme que me asombre
De tan rara ofuscación.

ADAM.

Cuando nací á la razón
Era lo que soy: un hombre.
Entonces, lleno de arrojo,
Entre cien guapos me hallaba
Y siempre dispuesto estaba
A luchar con fiero enojo.
Tras la riña la victoria
Mi brazo fuerte obtenía,
Y en sueños me sonreía
La esperanza de la gloria.
No sé por qué, sumergido
Me vi en lóbregos rincones,
Donde escuché las lecciones
De un viejo, que era un bandido.
Aquel hombre apetecía
Ir solo del vicio en pos,
Porque ni al mundo ni á Dios
El desdichado temía.
Y oyéndole yo explicar
Del mundo el crimen y el dolo,
Hubiera matado... solo
Por el placer de matar.

SOLDADO. (Con desconfianza.)

¡Hombre!... ¡Diablo!... De esa suerte...

ADAM. (Con sentimiento.)

Yo nociones no tenía
De nada! yo no sabía
Ni aun lo que era la muerte!
Pero hace un mes lo aprendí
Viendo á una madre horror,
Y ahora me asusta matar.

SOLDADO.

¡Claro! lo propio que á mí.

ADAM.

Y me causa confusión
Que así el hombre contribuya,
Sin que conciencia le arguya,

A su propia destrucción.
Tú me has dicho...

SOLDADO.

¿Qué?

ADAM.

Que diste

La muerte...

SOLDADO.

Mucho que sí.

En el combate no fui
Manco como ahora me viste.

(Atudiendo á su mano mutilada.)

Vertí sangre...

ADAM.

¿Cuánta?

SOLDADO.

¡Oh!

Te juro que entre mi gente
Nombre logré de valiente
Cual ninguno le alcanzó.

ADAM.

¿Y no te abruma esa fama?

SOLDADO. (Con sencillez.)

¿Por qué razón? ¿qué delito
Cometí...?

ADAM.

Porque es maldito
Todo el que sangre derrama.

SOLDADO.

¿Quién lo ha dicho?

ADAM.

Quien no miente.
No hace mucho que lo oí...

SOLDADO.

Si se mata á traición... sí;
Mas yo maté frente á frente.

ADAM.

Pero siempre á sangre fría;
Sin ofensas que vengar...

SOLDADO.

Eso lo puede explicar
Quien allí me conducía.
El que obedece no yerra;
La suerte me hizo soldado:
Si por matar he pecado
Culpa será de la guerra.
Fiel y sumiso á la ley,
Mi pobre sangre he vertido;
He peleado, he cumplido
Con la patria y con el rey.

ADAM.

Verdad es, tienes razon.

SOLDADO.

Así diciéndolo están
Las manos del capellan
Que me echó la absolucion.

(Se oyen á lo lejos campanas que tocan á misa del alba, y las calles van animándose poco á poco. Pasa un vendedor de aguardiente y el soldado y Adam toman una copa, que paga el primero. Luego dice éste:)

SOLDADO.

Vaya, con Dios; que la aurora
Asoma por el Oriente
Y ya transita la gente.
Yo voy á buscar ahora
A mi pobre madre anciana;
Por ella en Madrid estoy,
Y he de hallarla, por quien soy,
A lo mas tardar mañana.

ADAM. *(Con interés.)*

¿Es vieja tu madre?

SOLDADO.

Mucho.
Como que la pobre cuenta
Cerca ya de los setenta.

ADAM. *(Asaltado de una idea súbita.)*

(¿Qué estoy oyendo? ¿qué escucho?)
¿Y es muy pobre? *(Con mayor interés.)*

SOLDADO.

Ya se vé:
Madre de un soldado raso
¿Qué ha de hacer la triste?... Acaso
Pidiendo limosna esté.

(Movimiento de Adam.)

Yo vengo á buscarla lleno
De afecto y gozo prolijo;
Que el hombre que no es buen hijo
No puede ser nada bueno.
Y pues mi empeño acabó
Y la libertad me dan,
Yo sabré buscar el pan
Que ella de niño me dió.
¡Pobre madre! cuando pienso
Que há tiempo no la escribí,
Y que no sabe de mí.
Siento un pesar grande, inmenso.
No lo haré mas otra vez;
Le juro, á fé de soldado,
Que seré siempre á su lado
Escudo de su vejez.
Aun que manco, trabajar
Sabré con ardor profundo
Que sin trabajo, en el mundo

(Con intención.)

No hay honra ni bienestar.

ADAM.

(Para sí y sumamente agitado.)

¡Cuánto afan! ¡cuánta tortura!
Un pensamiento inclemente,
Tenaz y fijo, mi mente
En vano alejar procura.
Parece que oigo una queja
Que me atormenta y espanta,
Y que ante mí se levanta
Gritando la pobre vieja
De ayer tarde!)

SOLDADO.

Pues apunta
El sol, demos ya los dos
Punto; quédese con Dios...

ADAM.

¡Ven! *(Deteniéndole con ansiedad.)*

SOLDADO.

¿Qué quiere?

ADAM.

¡Una pregunta!

SOLDADO.

(Sorprendido y con tono algo desdichoso.)

Yo contestaré cortés;
Siga preguntando el hombre.

ADAM.

¡Tú nombre! ¡dime tu nombre!
Dímelo.

SOLDADO.

Me llamo... Andrés.
¡Ea! con Dios. *(Alejándose.)*

ADAM.

¡Qué alegre vá!
¡Desventurado! ¡y me deja...!
Vá á buscar la pobre vieja
Que muerta sin duda está.
Y no presume que ayer,
Al hallarla en mi camino,
Me convertí en su asesino
Por quererla proteger.
Se me ofusca la razon;
De mí mismo siento enojos,
Y sube el llanto á los ojos
Desde el débil corazon.
¿En qué podrá consistir
Que yo, que en valor no cedo
A ninguno, tengo miedo
Al ver á un triste gemir;
Al ver temblar á un anciano,
Y á una bella jóven yerta
Y á una pobre madre muerta,
Y á un hijo que busca en vano
A esa madre? ¿qué razon
Hace que palpíte el seno
Mas por el dolor ajeno
Que por la propia afliccion?

(Pausa: luego dice con tristeza:)

En vano quise hacer bien;
En mis manos fué infecundo

Y me hallo solo en un mundo
Que me mira con desden.

(Cambiando de tono.)

Mas ¿qué importa? Todavía
Con fe y con vigor me siento
Para buscar el contento
Y la dicha y la alegría.
Sendas galanas de flores
La vida dicen que tiene
Y Adam á buscarlas viene
Soñando placer y amores.
Nada importa mi horfandad;
La esperanza me alimenta
Por mas que ruja violenta
Sobre mí la tempestad.
Yo quiero con altivez
De los crímenes huir,
Y la dicha conseguir
Ganada con honra y prez.
Si el ladrón y el asesino
Negras lecciones me dieron,
Les haré ver que eligieron
Mal de la vida el camino.
La vieja ayer lo decia:
—«Sé honrado y bueno, y verás
Cómo el sol vislumbrarás
De una espléndida alegría.»
Pues bien, yo quiero sentir
De ese sol el blando rayo,
Sin que en cobarde desmayo
Sienta el alma sucumbir.
Quiero ver en lontananza
La luz, que bella fulgura,
De esa suprema ventura
Que dá vida á la esperanza.
¡Quiero caminar contento!...

(De pronto se detiene, mira en derredor de sí, y dice con voz desfallecida:)

¿Y á dónde irás? ¡Desdichado!
¿A dónde irás empujado
Por tu loco pensamiento?
Sujeta tu corazón
Y no importuno te engrías.
¿Qué es lo que encontrar querías
En tu presente abyección?
Deja de alzar atrevido
Torres que al cielo tocando,
Se van luego desplomando
Con pavoroso ruido.
En vano tu mente crea
Delirios con ansia loca.
¡Nécio! detente y evoca
La verdad que te rodea.
Vuelve en tí, no mas soñar:
Ya el soldado te lo dijo:
«Sin el trabajo prolijo
No hay honra ni bienestar.»

(Después de un momento de indecisión se acerca á la puerta de un taller y dice:)

Maestro, yo vivo
En triste horfandad;
Honrado ser quiero;
¿Me puede V. dar
Trabajo...? (Dios quiera
Que tenga piedad.)

EL MAESTRO.

Si es buen ebanista
Y sabe tallar...

ADAM.

No sé...

MAESTRO.

Pues amigo,
Lo siento en verdad,
Que mas aprendices
No puedo tomar. (Sigue trabajando.)

ADAM. (Alejándose.)

¡No puede! Veamos;
Allí... mas allá,
Tal vez...

(Entrando en un comercio y dirigiéndose á la dueña del mismo.)

Yo, señora,
No tengo caudal;
No tengo en el mundo
Familia ni hogar;
Mas quiero ganarme
Con honra mi pan.
¿Podré aquí en su casa
Trabajo encontrar?

LA DUEÑA DEL COMERCIO.

Lo siento; ayer mismo,
Por casualidad,
Faltábame gente;
Mas hoy sobra ya.

ADAM. (Retirándose.)

Sigamos mirando:
¿Quién sabe?... quizás...
Servir me repugna,
Mas quiero probar...
¡Portero! ¡portero!

(Al de una casa de buena apariencia.)

EL PORTERO.

¿Qué busca el rapaz?

ADAM.

¿Rapaz...? por fortuna
Soy hombre, y verá
Que ser útil puedo
Aquí en sociedad.
Buscadme los medios,
Pues medios habrá,
De hacer que con honra
Yo gane mi pan.
Si encuentro trabajo
Sabré trabajar.
Tal vez los señores
De casa tendrán.

EL PORTERO.

No viene á deshora
Ni está por demás...
Há poco buscaban
Los del principal
Un jóven criado;
Y usted lo será
Si tiene las prendas
Que le han de adornar.
Es, pues, necesario
Mucha agilidad...

ADAM.

La tengo.

EL PORTERO.

Que sea
Fiel y bueno...

ADAM.

Mas
Que otro alguno.

EL PORTERO.

¡Bravo!
¡Famoso! El galán
No se corta.—Y diga:
¿Quién le ha de abonar?

ADAM.

No comprendo...

EL PORTERO:

Hombre,
Usted ser podrá
Muy bueno, muy dócil,
Muy retocabal.
Pero necesita
Hacernos constar
La buena conducta
Que viene de atrás
Observando. Es claro;
Usted no se habrá
Tratado en la vida
Con ningún rufián;
Ni con malas hembras;
Ni se juntarán
Con usted amigos
De lo ajeno...

ADAM.

¡Ah!

EL PORTERO.

Ni habrá visto cárcel
Por dentro jamás.

ADAM.

La cárcel; yo estuve
Sin ser criminal
En ella...

EL PORTERO.

¿Qué dice?

ADAM.

Pero no iré mas;
No iré, que sus muros
Espanto me dan.
Si usted comprendiera
Lo que sufre allá
El hombre que quiere
Ser libre!

EL PORTERO.

Es verdad;
Pero, para serlo,
Fuerza es no pecar.

ADAM.

Yo estaba inocente.

EL PORTERO.

Todos que le están
Se figuran. Vaya...*(En ademán de volverle la espalda.)*

ADAM.

¡Oh!... *(Procurando detenerle.)*

EL PORTERO.

Déjeme en paz.
Bien me presumía
Que era un perillan.

(Cierra la verja y desaparece regañando entre dientes.)

II.

Una plaza pública.

(Han transcurrido las horas del día y el crepúsculo de la tarde va estendiendo sus sombras. Adam, cansado y triste, se para un instante, se apoya en el ángulo saliente de una casa, y dice mirando en derredor de sí:)

ADAM.

¿Quién soy yo? ¿Qué es de mí? ¿Dónde impaciente
Dirijo ¡ay triste! la insegura planta,
Si acierto solo á contemplar doliente
Un mundo que me espanta?

¿Dónde voy? ¿qué es de mí? ¿por qué de abrojos
Sembrado está el camino de mi vida?
¿Por qué brotó de mis ardientes ojos
La lágrima escondida?

¡Triste de mí, que entusiasmado y loco,
Dulce y feliz juzgaba la existencia,
Y el mundo miro y su aspereza toco,
Su cruel indiferencia!

(Mirando á todos los que pasan por delante.)

Ni en rostro amigo la sonrisa veo,
Ni estrecha nadie con placer mi mano;
No me ofrece un consuelo que deseo
El hombre que es mi hermano!

Solo ¡ay de mí! entre tanta y tanta gente
Nadie mi nombre á pronunciar acierta;
Ni yo conozco á nadie, ni doliente
Llamar puedo á una puerta!

(Sigue andando á la ventura.)

¡Qué angustia! ¡qué inquietud! ¿dónde volaron
Mis sueños y mis locas ilusiones?
Humo fué todo, y humo que arrastraron
Los récios aquliones!

Yo pensaba en mi bárbara rudeza
Que era fácil cruzar por la florida
Senda feliz de la humana grandeza
Hoy para mi escondida.

Huyendo altivo el miserable trato
De Salada y del Cura, imaginaba
Conquistar la grandeza y el boato
A que necio aspiraba.

Y á la de Alcira, que encontré dichoso
En áurea estancia, rica y opulenta,
El alma toda le cedi gustoso
En mi pasión violenta.

¿Pudo aceptar del hombre oscurecido,
Pobre, infeliz, desnudo, loco, errante,
La silenciosa súplica, el latido
Del corazón amante?

Yo no lo sé; tan solo sé que al cielo
De la condesa la piedad imploro;
Que pienso en ella con ferviente anhelo;
Que la he visto... y la adoro.

(Pausa: luego dice con ironía y amargura.)

Mas ¿quién soy? ¿qué es de mí? rudo, ignorante,
No sé brillar como los otros brillan;
Nada tengo ni puedo; á cada instante
Me ultrajan y me humillan.

(Entusiasmándose por grados y como delirando.)

Yo quiero hallar, cual lo soñé, un tesoro;
Trajes, riquezas, y del alma el luto
Arrancar para siempre; quiero oro
Y un indómito bruto.

¿Un caballo! un caballo, en que contento,
Sendas divinas de ilusión cruzando,
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,
A mi vez yo volando.

Y en torno brome el huracán bravío;
Y el mundo entero, á mi codicia poco,
Veloz yo cruce con potente brío
Y con impetu loco.

Y encuéntrame al final de mi carrera,
En la tierra del bien, apetecida,
Donde luzca una eterna primavera,
Y eterna sea la vida.

Donde jamás la pena se vislumbre
Ni la paz con la guerra se confunda;
Do nunca el sol su esplendorosa lumbre
En el ocaso hunda.

Donde jóvenes mil con dulce encanto,
Muestren el rostro, en que la dicha brilla,
Sin que nunca por el discurra el llanto
Que escalda la mejilla.

Donde dando incentivo á mis amores,
Las formas de mujeres ideales
Reproduzcan arroyos bullidores
En limpidos cristales.

¿Mundo feliz, risueño, venturoso,
Inundado del hálito divino;
Bello país, tan grande, tan hermoso,
Cual yo me lo imagino!...

¿Deja, deja que al fin de mi carrera
Encuentre en ti otra luz y otros espacios!..
Surja á mi vista la gentil pradera
Cuajada de palacios!

Entre risueños bosques de esmeraldas
Giren gentes en danzas bulliciosas,
Tejiendo con placer frescas guirnaldas
De flores olorosas.

Guirnaldas bellas para ornar mi frente;
Flores que vengan á formar mi lecho;
Blandos aromas que el afán ardiente
Calmarán de mi pecho.

Y luces y colores y armonía;
Triunfos, riquezas, calma venturosa;
Cuanto impaciente conseguir ansia
El alma codiciosa.

¿Y un caballo! un caballo, en que contento,
Sendas divinas de ilusión cruzando,
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,
A mi vez yo volando.

Y en torno brome el huracán sombrío;
Y el orbe entero, á mi codicia poco,
Cruzando vaya con potente brío
Y con impetu loco.

Y envidien todos la feliz memoria
De la dicha de Adam por donde quiera,
Y halle riquezas y cariño y gloria
En mi triunfal carrera!

.....

(Párase y dice con profundo abatimiento.)

¿Gloria, triunfos, placer, dicha, cariño!...
¿Por qué venis á trastornar mi calma?
¿Sereis creación de la ilusión de un niño
Que enferma tiene el alma?

Si existís ¿dónde estais? ¿qué misteriosa
Ruta debo seguir de mi destino?
¿Venis de Dios? ¿Su mano poderosa
Trazó vuestro camino?

¿Estais vedados al que pobre nace
Ó sois de la virtud el premio hermoso?
¿Es que el crimen acaso os satisface?
¿Me hará el crimen dichoso?

Yo no lo sé; del mundo las lecciones
Recibi sin doblez, y hoy me confunden,
Pues matando mis tiernas ilusiones
Al par me las infunden.

(Después de una breve pausa baja la cabeza y pronuncia lentamente las palabras que siguen, y que él evocando en su memoria:)

«Mira; de nadie te fies;
»Hijo, Adam, vive en acecho;
»Lo que guardes en tu pecho
»Ni aun á ti mismo confies.
»La gente... no hay un amigo:
»Al que cae, la caridad...
»De una mala voluntad
»Tienes un falso testigo

»Si mejas á alguno, cuida
 »De endiñarle al corazón...
 »No se olvida una intención
 »Y un beneficio se olvida.
 »Eres mozo; al mundo sales;
 »De los montes se hacen llanos;
 »Buena suerte y muchas manos
 »Y callar y vengan males.
 »Á malos trances mas bríos;
 »Como la mar es en suma
 »El mundo; pero en su espuma
 »Se sustentan los navíos.
 »El hombre aquí ha de enredar,
 »Sin que le enrede el enredo;
 »Tú no te chupes el dedo
 »Que no hay que pestañear.
 »Esto es negro para tí;
 »Pero ya lo entenderás,
 »Y acaso te acordarás
 »Cuando lo entiendas de mí (1).»

(Adam ahoga un gemido y se lleva la mano á la frente, diciendo despues de algunos instantes de silencio:)

Tuvo razon el desalmado viejo:
 Sus frases hoy resuenan en mi oido;
 Mas no sé si seguir debo el consejo
 De Lucas el bandido.

Yo entonces en la cárcel me veia
 Entre opresores muros que me ahogaban,
 Y esas negras lecciones recibia
 Que mi alma envenenaban.

Mas luego vi del sol la lumbre pura;
 Vi un cielo hermoso cobijar mi frente,
 Y al placer, la bondad y la ternura
 Abri el pecho inocente.

Y recuerdo tambien que anoche, atento
 Las sublimes palabras recogia
 Del sacerdote, que con dulce acento
 De este modo decia:

«Nunca en la senda del mal
 Brotaron lozanas flores
 De purísimos olores
 Y de aroma celestial.»
 «Tan solo á la escelsitud
 Del Sumo Hacedor, parecen
 Bien la dicha y paz que ofrecen
 El amor y la virtud.»
 «Que es bendito el que no yerra
 Y su fé nunca perturba;
 Bendito aquel que no turba
 Jamás la paz de la tierra.»
 «¡Bendito el que el bien pregona;
 Bendito el que no derrama
 Sangre; bendito el que ama,
 Y bendito el que perdona!»

(Se interrumpe y dice luego con candoroso entusiasmo.)

Tiene razon el venerable anciano;
 Yo tengo fé en mis sueños peregrinos;

Yo quiero hallar al hombre, que es mi hermano,
 En fáciles caminos.

Y nunca ver sobre mi rostro impresa
 La marca del baldon que el mundo esquivo;
 Y mostrarle mi frente á la condesa,
 Serena, noble, altiva!

(Con febril esotacion.)

¡Virtud! ¡amor! prestad á quien os nombra
 Y os invoca á la vez, dicha y bonanza!
 ¡Árbol frondoso sed de fresca sombra,
 Que cubra mi esperanza!

(Despues de un ligero intervalo trata de apresurar el paso y no puede. Se lleva una mano al pecho y dice:)

No sé que siento aquí; desfallecido
 Apenas sostenerme puedo en pié.
 La sed y el hambre rugen á mi oido...

(Con desesperacion y mirando en derredor de sí, mientras lleva maquinalmente la mano á su puñal.)

¿Qué senda escogeré?

(Adam cierra los ojos. Luego los abre de nuevo viendo pasar á un hombre que corre desalado seguido de varias personas que gritan desaforadamente. Vá anocheciendo.)

UNA VOZ.

¡Al ladron! ¡al ladron! la retirada
 Cortémosle; que vaya al Saiadero.

OTRA VOZ.

¡Un guardia!

OTRA.

¡Un polizonte!

OTRA.

Camarada:
 Prended á ese ratero.

(Pasan todos.)

ADAM.

¡La cárcel! un ladron... ¡Gracias, Dios mio!
 ¡Qué angustia! Sostenerme intento en vano.

(Se apoya en una esquina.)

¡Oh! ¡qué afan!... todo gira en torno mio...

(Viendo á un caballero que pasa junto á él y como adoptando penosamente una resolucion estrema, esclama tendiéndole una mano y con desfallecida voz:)

¡Tengo sed y hambre, hermano!

(El caballero sigue su marcha sin oírle.)

(1) Espronceda, *El Diablo Mundo*: Canto IV.

ADAM.

¡Me siento desfallecer! (Pausa.)
¡Socórrame usted por Dios!

(Tendiendo de nuevo la mano á una señora que le mira con interés; pero que no se detiene.)

¡Ah! ninguno de los dos
Me ha podido comprender.
Mi vida quiere escapar
Y se turba mi razon.

(A un señor de edad que casi tropieza en él.)

¡Una limosna...!

EL CABALLERO.

(Amenazándole.) ¡Bribon!
¡A un taller á trabajar!

(El caballero pasa de largo regañando entre dientes. Adam se cubre el rostro con ambas manos y oculta sus lágrimas. Luego, en un momento de iracunda desesperacion, mide la distancia que le separa del caballero, en ademán de querer arrojarle sobre él; pero al mismo tiempo le abandonan las fuerzas y cae medio desvanecido en brazos de un jóven de aspecto decente, cuyo atavío revela sin embargo la pobreza. Es ya enteramente de noche.)

EL JÓVEN. (Con dulzura.)

¡Ánimo y serenidad!
Venga usted; sufra su pena;
Alcé la frente serena;
Perdone á la iniquidad.
Déjele V. que se aleje...

(Aludiendo al caballero que vá trasponiendo la calle.)

ADAM.

¡Oh! ¡cuánta afrenta!

EL JÓVEN.

Conmigo
Venga V.; seré su amigo;
No tema que yo le deje.
Aunque injusta fué la ofensa
Del rencor el fuego apague.
Venga V... (Con mayor cariño.) Ven...

ADAM.

(Con efusion.) ¡Dios le pague
Todo el bien que me dispensa!

EL JÓVEN. (Aparte.)

(¡Cuánto afán negro y profundo
Encierra la vida triste...!)

(Á Adam, cambiando de tono.)

Sigueme, ven... aun existe
La caridad en el mundo.

(Le hace que se apoye en su brazo y ambos se alejan.)

III.

¡Sublime caridad! ¡perla engastada
En el trono de Dios. y por su mano
Á los cielos y al mundo regalada!
Sonrisa de los ángeles preciosa;
Corona del cristiano;
¡Santa y noble virtud...! ¿por qué ultrajada
Te miró alguna vez por alma impia,
Siendo tú mas hermosa,
Mas bella, mas preciada
Que el manto de oro en que se envuelve el dia?

¡Augusta hija del cielo!
Tú propicias, con mano bienhechora,
Prodigas el consuelo
Al miserable que padece y llora.
Tú das fuerzas al débil y al anciano;
Tú cubres al desnudo, tú al hambriento
Le ofreces el sustento;
Tú te despojas de tus galas bellas
Por dar abrigo y bienestar con ellas;
Tú eres madre del huérfano afligido;
Tú tiendes una mano
Al obrero infeliz medio sepulto
En lóbrego edificio derruido;
Tú curas al leproso y al tullido;
Tú buscas el dolor, que yace oculto,
Para ofrecerle venturosa calma
Y estímulo y esfuerzo sobrehumano;
Tú ablandas peñas ablandando el alma
De aquel que nunca humano
Para el dolor y la horfandad ha sido
Ni vió el llanto que vierte el desvalido.

Eres faro feliz del que navega
Por el mar proceloso de la vida;
Eres puerto de placida bonanza;
Santuario precioso á donde llega
La rica luz querida
Del astro de la fúlgida esperanza.
Eres dulce consuelo de aflicciones;
Lazo fuerte, bendito y sacrosanto
Que ata las almas y une corazones.
Que enjuga el triste y congoso llanto.
Por tí la noble, poderosa y bella
Matrona ó niña, virgen ó casada,
Del dolor vá siguiendo la honda huella;
Y sube á la ignorada
Boardilla, ó en la choza
Miserable penetra
Y socorriendo al pobre se alboraza.
Por tí el noble se inflama, el rico aspira
En un santo hospital á merecerte,
Y triste al lado del que triste espira
Presta consuelos á la misma muerte,
Sin temor á la horrible
Implacable deidad, siempre temible,
Y mas temible y fiera
Para el que sale de dorada esfera.

Eres, pues, grata, hermosa
Y augusta y bella y rica y refulgente;
De Dios fuiste venida;
Pero hay quien te rechaza torpemente
Insultando al dolor, dándole vida;
Mas vida porque sea
Doblemente infeliz quien te desea.

Mirad al desdichado
 Avariento ruin que su tesoro
 Con bárbara delicia
 Oculta y acaricia ;
 Su corazón está metalizado
 Y es mas duro que el oro

En que todo su amor tiene cifrado.
 Las dulces emociones.
 Las gratas sensaciones
 Que la preciosa caridad imprime
 En el que llora cuando alguno gime,
 Son para él acaso una quimera



Y humo no mas ; ¿le veis? nunca mitiga
 El dolor del hermano ;
 Mas ¡ah! que cuando muera
 Ni sonará en su oído voz amiga
 Ni estrechará su mano amiga mano.

¡Pobre mortal nadando en la riqueza!
 ¿De qué te sirve tu fatal tesoro,
 Tu lujo, tu grandeza,
 Si no te apiadas del ajeno lloro?
 ¿Inquieres por ventura

Quién es mas infeliz? ¿has inventado
 Acaso la impostura
 De que el pobre nació desheredado
 Del cariño de Dios? (1) ¿Se te figura

(1) Ya se sabe que no ha faltado quien haya pretendido probar en el terreno de la ciencia, que las clases desacomodadas no tienen derecho á sentarse en el banquete de la naturaleza. Entre esta feroz adulación para con los ricos, y la no menos salvaje de que la propiedad es un robo, con que se ha querido halagar y esaltar a los pobres, se deja ver el océano de aberraciones en que pueden sumergirse, no solo las inteligencias vulgares, sino las que pasan por grandes inteligencias.

Que aquel que no ha encontrado
 El trabajo, es acaso delincuente?
 Y si lo es y su virtud rebajas,
 Tú que triunfas, y acaso no trabajas,
 ¿Por qué el baldon arrojas á su frente?

¡Ob! no mires, con bárbaro desvío,
 Á los que sufren: todos suspiramos
 En este valle de dolor sombrío
 Que mil veces con lágrimas regamos.
 Haz bien á toda hora:
 La noble y santa caridad acrece;
 Padece con el pobre que padece:
 Lloro también con el que triste llora.
 Nunca olvides con bárbaro egoísmo
 Y con pecho cruel y despiadado,
 Que el Señor te ha mandado
 Á tu prójimo amar como á tí mismo.
 Nota las hondas y sangrientas llagas
 Que causa el mundo en su eternal pelea;
 Haz bien sin ver á quien favores hagas
 Y tu memoria bendecida sea.
 Mira que á todos la piedad abona;
 Mira que tuvo junto á Dios su asiento

Y perla fué de su inmortal corona
 Y es eco santo de su augusto acento.

IV.

Cancion: si en este instante
 Hay un lector que despreciarte pueda,
 O un crítico arrogante
 Que diga que me aparto de Espronceda,
 Porque dejen escapar hondos suspiros
 Y no imito su estilo ni sus giros,
 Ni sus burlas y máximas discretas,
 Sin imitar tampoco á otros poetas,
 Vuelve al punto hasta mí, dimelo todo;
 Que yo veré si hay modo
 De tornar á ese mundo, y de lanzarme
 Otra vez al bullicio y la alegría,
 Do pueda solazarme,
 Si es que encuentra un solaz el alma mia.
 Y si hay quien mas se enoje,
 Si hay alguno, por fin, que el libro arroje
 Porque la dulce caridad me inspira
 Y el corazon levanto á tal objeto,
 No me lo ocultes, vuelve... y te prometo
 Que en mil pedazos romperé mi lira.

CANTO XI.

Interior de un bodegón en uno de los barrios mas apartados de la corte.—Doble hileras de bancos y masas prolongadas cubiertas de tocosos mantelos.—Volones encendidos pendientes del techo.—Es de noche.—Adam, sério y meditabundo, aparece en un rincón, detrás de la puerta que dá á la calle, teniendo á la vista los restos de una miserable cena.—Junto á él se encuentra D. Juan de A. arcon, jóven de aspecto triste y de rostro enjuto y demacrado. Ambos sostienen una conversacion que se vá animando poco á poco.—El resto del espacioso zaguán que forma el despacho del bodegón se halla casi lleno de hombres y mujeres del pueblo que cantan, ríen y bailan. En un pasillo que conduce al patio y á la cocina, se ven algunos mozos que tocan guitarras y un ciego con una bandurria. El tío Chanfaina y la tia Teresa, dueños del bodegón y viejos cuya obesidad es tan chocante como la estremada alegría que manifiestan, discurren de uno en otro sitio, exhalando estrepitosas carcajadas y animando á todos para que se diviertan. Entre los que cantan descuella un jaque andaluz que pasa por hombre de chiesa.

UNA VOZ. (*Canta.*)

El figon mas famoso
 Por su limpieza
 Es sin duda el que tiene
 La tia Teresa.
 Siga la danza
 Y viva la costilla
 Del tío Chanfaina.

VARIOS.

¡Bien! ¡muy bien!

EL TIO CHANFAINA.

Aquí, esta noche
 Todos tienen que cantar
 Sin que nos pague *denguno*
 Por cena ó por vino un *rial*.

UNOS.

¡Viva el tío Chanfaina!

OTROS.

¡Viva!

EL TIO CHANFAINA.

Menos vivas y á bailar.

(*Siguen cantando y bailando.*)

ADAM.

¡Qué gente! ¡siempre lo mismo!
 Su barabunda infernal
 Me hace daño.

ALARCON.

¿Estás enfermo?

ADAM.

Triste, triste enfermedad
 Es el hambre; pero el hambre
 Por fortuna cesó ya.

(*Sonriendo con amargura.*)

ALARCON. (*Aparte.*)

(Todas las penas acaban.
 ¿Cuándo la mia?)

ADAM.

Jamás
 Hubiera yo imaginado
 La negra y feroz crueldad
 Con que me trató...

ALARCON.

¡Inocente!

¿Puede el mundo aquilatar
Las circunstancias que pesan
Sobre ti, ni tu orfandad
Comprender?—Eres robusto
Y joven, te gritaran:
Trabaja, pues...

ADAM.

Yo quisiera...

¿Mas dónde el trabajo está?
No tengo á nadie en el mundo;
Vivo en él en soledad
Perpétua; y si busco abrigo
En brazos de la amistad,
Solo consejos infames
Malos amigos me dan.
No hace mucho que un muchacho
Me aconsejaba robar
Y verter sangre... ¡Dios mío!
¡Cuánta y cuánta iniquidad!
Y no es que me falten fuerzas,
Ni valor; es que me dá
Grima, el pensar que mis manos
Den impulsos á un puñal
Asesino; es que mi alma
Por otros caminos vá
En busca de la ventura
Con que sueño sin cesar.

ALARCON. *(Aparte.)*

(¡Ventura! ¡pobre inocente!
¡Ignora que no la hay!)

ADAM.

Del honor, de las virtudes,
Jamás me hablaron, jamás
En tono sério; he vivido
En tan ruin sociedad
Que hasta hoy nadie me dijo
Que era honroso trabajar.
Yo, sin embargo, he luchado
Con el bien y con el mal,
Porque una voz, en el fondo
De mi pecho, sin cesar
Me gritaba: «si eres bueno
Tu premio al fin hallarás.»
Y abandoné aquellas gentes;
De mi pasado fatal
Rompi los lazos que fieros
Me oprimian: quise en paz
Vivir con honra, y al mundo
Me lancé con vivo afán
Invocando á Dios, y al hombre
Que era mi hermano... mas ¡ah!
Me vi solo, á mis hermanos
Pedí un pedazo de pan
Y unos ¡ay! se me rieron
Crueles; y otros pasar
A mi lado indiferentes
VI...

ALARCON.

No todos, Adam,
Pueden socorrer al pobre:
No todos...

ADAM.

Y uno, en brutal
Cólera ardiendo, insultóme
Aumentando mi pesar.

Nunca, nunca de mi mente
Sus frases se borrarán:
—«¡Bribón! me gritó colérico:
Vé á un taller á trabajar.»

ALARCON.

Es cierto; y aquel menguado
Miserable, aquel... *(Sin poder contenerse.)*

ADAM.

Será

Rico tal vez...

ALARCON. *(Con odio reconcentrado.)*

Si, el banquero,
El noble, el grande, el sin par
Baron de la Estrella... ¡Oh!
Su nombre me quemará
Los labios; pero no importa...
Era el Sr. D. Julian
De Rojas y Bustamante
Alcázar y Sandoval.
El padre de la condesa
De Aicira...

ADAM.

¡Cómo! ¿Será

Posible que esa familia
Me ultraje tan sin piedad
Cuando yo, loco...? Ayer mismo
Mi rostro llegó á cruzar
El látigo del cochero
Del conde, de ese rival
Aborrecido; esta tarde
Con ruda ferocidad
Su padre... mas no es posible.
Ella que tiene una faz
Tan bella, que tiene un timbre
De voz tan angelical.
Ser hija de un monstruo...— Eso
Es imposible, D. Juan.

(Adam bebe un vaso de vino y queda profundamente pensativo. D. Juan, que no lo está menos, mira con avidez el movimiento de las agujas de un reloj que se halla pendiente de la pared, y luego contempla con ojos espantados cuanto pasa en derredor. La algarazara y el ruido de los que beben, cantan y bailan, van en progresivo aumento.)

EL ANDALUZ. *(Canta.)*

Pues la noche es de groma
Siga el jaleo,
Y afuera los achares
Que dan tormento.
No haiga mas penas
Y que dé cuatro saltos
Doña Teresa.

(Con retintín que hace reir á todos.)

UN HOMBRE.

¡Bien pensado!

OTRO.

Si, que baile
Tres seguidillas.

TERESA.

¡Pues ya!
Como me pesan las piernas
Poco...

VARIOS.

¡A bailar!

OTROS.

¡A bailar!

UNA MUJER.

¡Y con ella el tío Chanfaina
Ya que tan contento está!

VARIOS.

¡Qué baile Chanfaina!

EL TÍO CHANFAINA.

¡Diablo!

Muchachos ¿quereis callar?

VARIOS.

No hay remedio, no hay excusa;
Salga el matrimonio ya.

UN MOZUELO.

El público soberano
Lo pide; no hay que chistar.

EL TÍO CHANFAINA.

Vamos, Teresa.

(Plantándose en medio de la estancia.)

EL ANDALUZ.

¡Famoso!

¡Viva ese cuerpo! ¡salá!

(Los gritos, las palmadas y los silbidos que dan todos, impiden que se oiga lo que dicen. La tía Teresa, obligada por los dichos picantes que le dirigen, por los empujones que la dan y por la solicitud de su marido, se coloca delante de éste. disponiéndose á bailar. Grandes y estrepitosos aplausos.)

UN HOMBRE.

Silencio.

OTRO.

Venga una copla.

EL ANDALUZ.

La función vá á *escomenzar*;
¡Viva el salero! ¡mozueta!
Cudiado con resbalar.

*(Bailan.)*EL ANDALUZ. *(Canta.)*

Quando miro á esa moza
Que alegre brinca,
Al instante los ojos
Se me encandilan.
Y es tal mi gusto,
Que ni sé si me alegro,
Ni si me asusto.

UN HOMBRE.

¡Olé!

OTRO.

Obligala, Chanfaina.

OTRO.

Qué se van á reventar.

OTRO.

¡Vaya una pareja *crua*!

OTRO.

¡Si van derramando sal!

EL ANDALUZ. *(Canta.)*

En tu cara hechicera
De pergamino,
La fé llevas escrita
De tu bautismo.
¡Alza Teresa!
Con *sincoenta* años menos...
Tuvieras *trenta*.

UN HOMBRE.

Otro salto.

UNA MUJER.

Y otro luego.

TERESA.

Pues señor, no puedo más.

(Cae sobre un banco y se enjuga el sudor. Sigue el baile.)

ADAM.

Aturde su barahunda.
¿Qué locura singular
Les asalta?

ALARCON.

La alegría
De esas gentes, es, Adam,
Como un río desbordado
Que se convierte en un mar
Cuando el vino á sus pesares
Olvido y treguas les dá.

ADAM.

¡Están beodos!

ALARCON.

No tanto;
Mas lo comienzan á estar.

ADAM.

Si yo pudiera con vino
Desvanecer tanto afán
Cómo siento... pero nunca,
Nunca, ¡ay de mí! supe abogar
Entre cálidos vapores
Los recuerdos de mi mal.
Si yo pudiera embriagarme
Una vez, una no más!... *(Bebe.)*

ALARCON.

¡Embriagarte! y ¿no comprendes
Que es mejor la enfermedad
Que el remedio? -- Por el pronto
La embriaguez puede quitar
Algunas penas de encima.
Del espinoso erial
De la vida, el que padece
Tal vez se suele apartar
Un instante; la materia
Torpe, inerte, al alma dá
Ensanches, y el alma loca
Suele á su placer vagar
Por mundos que, acaso, lejos
Estén de la realidad.
Tal vez del fondo del vaso,
Donde hierve otro cristal,
Nubes de grana y de ópalo
Surgiendo vistosas van.

Y entre esas nubes flotantes
Se consigue divisar
Castillos de oro y de nácar;
Mujeres de celestial
Hermosura; grupos mágicos,
Anchos caminos quizás
Donde se pierde la mente,
Donde el juicio errante vá.

ADAM.

¡Sueño dichoso!

ALARCON.

Quimeras
Que finge nuestra ansiedad
Para que parezca luego
Mas terrible el despertar.

UNA VOZ. *(Canta.)*

Cuando el vino me sube
A las narices,
No hay ya guapo en el mundo
Que me replique.
Venga si quiere
Y verá que en su cara
Pinto un jabeque.

ADAM.

Ese que canta, de guapo
Blasona; ¡qué necedad!...
Mas allí vi que en silencio
Un hombre guarda un puñal,
Cuyo mango con su mano
Acarició.

ALARCON.

El vino irá
Su efecto haciendo; esos vasos
También suelen encerrar
Negros fantasmas, arcanos
Muy lúgubres. Toca ya
Su término la alegría,
Y en el rugiente volcán
De las pasiones que estallan,
El temor ya no será
Un óbice; la vergüenza
Y la razón flaquearán,
Mientras el alma se hunda
En un negro lodazal.

ADAM.

De modo, que nunca el hombre
Es venturoso...

ALARCON. *(Sin aírte.)*

Quizás
Al través de aquellos vasos
Se levante un hospital,
Ó la scriba diabólica
De un verdugo brillará.
Verdugo que á un asesino
Espera.

ADAM. *(Hablando consigo mismo.)*

Si, si, es verdad.

Una noche como esta
Salada mató al rufian
Que nos molestó; y fué el vino
Causa del trance fatal.

ALARCON.

¿Qué dices?

ADAM.

Estoy pensando
En lo inmediatos que están

De las virtudes los vicios
Y de la dicha el pesar.

ALARCON.

Tanto, que el alma se asombra
Y se abisma...

(De pronto se fija en un reloj que hay colocado en la pared, y dice para sí:)

(Como vá

Trascurriendo el tiempo! y nadie
Llega: en vano es esperar.
Sotó mis hijos, mis bijos
Del alma, se acordarán
De mí; ¡cielos! ¡qué agonía!
Dadme fuerza y voluntad.)

*(Ambos se quedan silenciosos y meditabundos.)*UNA VOZ. *(Canta.)*

Cuando vá un señorito
Con la levita
Abrochada hasta el cuello...
Vá sin camisa.

(Risa general. Muchos ojos se fijan en D. Juan, que lleva el levita abotonado en la forma que indicó la copla. Alarcon y Adam, completamente abstraídos, permanecen silenciosos.)

LA VOZ DE ANTES. *(Canta.)*

Mas no hagas caso,
Que a mí los señoritos
Me causan asco.

UN HOMBRE.

Bien por Dios; ¡alza, salero!

UNA MOZUELA.

Paco, venga otro cantar
Por el estilo: me cargan
La levosa y el futrac,
Y quiero hacerles la guerra
Hasta que me muera.

UN HOMBRE.

¡Ya!

Desde que aquel lechuguino...

LA MOZUELA.

Ladron, ¿te quieres callar?
A mí nunca me gustaron
Los faldones.

OTRA MUJER.

Re...cabal;
Recabalito; ¡puñales!
Donde una chaqueta está...

UN HOMBRE.

Una copla á las chaquetas.

ADAM.

Me parece... *(Levantándose.)*

ALARCON.

(Deteniéndole.) ¿Á dónde vas?
¿Qué intentas hacer?

ADAM.

He visto
Que allí burlándose están,
Y por Dios que voy al punto
Sus burlas á castigar.

(Adam dirige á todos una mirada iracunda y provocativa. Los que se mofan de D. Juan se continen algun tanto y cuchichean con disimulo.)

ALARCON.

No, ven; siéntate, modera
 Los impetus de tu edad.
 Si se burlan, ten por cierto
 Que es de mí; de nadie más.
 Ellos ignoran el daño
 Que me pudieran causar
 En otra ocasión; ahora...
 Ni me causan bien ni mal.

(Sonriendo melancólicamente.)

UNA MUJERZUELA.

¿Te has puesto malo, Pacorro;
 O es que no quieres cantar
 La consabida coplilla?...

(Mirando hacia el sitio que ocupan Alarcon y Adam.)

EL TIO CHANFAINA.

Tengamos la fiesta en paz,
 Caballeros; esta noche
 No han de decir que hubo acá
 Ni peloterías, ni eucelos;
 Con que... a beber y a jamar,
 Que ya se ha acabado el baile.

(Sacan algunas viandas y botellas que van sirviendo á los concurrentes.— Poco a poco, viendo que se hace tarde y que ha comenzado á llover, van desfilando las mujeres, y algunos hombres que las acompañan. El local va desahogándose, y el ciego y los músicos se despiden de pues de recibir algunas monedas de propina que les dá el tío Chanfaina. El andaluz, que ha dejado la guitarra, hace señas á Teresa, y le dice:)



EL ANDALUZ.

Teresa.

TERESA.

¿Qué se le ofrece?

EL ANDALUZ. (Bajando la voz.)

Dime, aquel pelafustran
 De las trabillas, y el otro
 Terne que á su lado está
 ¿Quiénes son?

TERESA.

El uno, es hijo
 De casa muy principal;
 Mas vino á menos; su madre
 Fué una santa y en jamás
 Los favores que me hizo
 Podrá Teresa olvidar.

EL ANDALUZ.

Pues si lo estás manteniendo
 Flaco fiones al galan.

TERESA.

¡Vaya una gracia! esta noche
 Llegó por casualidad
 Con el mocito que al lado
 Tiene, y les di de cenar
 Lo mejor que pude; gloria
 Que hubiera en casa... ¡pues ya!
 Yo soy pobre; pero naide
 Del mundo, me ha de ganar
 En saber agradecer
 Un favor. (Siguen hablando.)

UN MOZUELO.

(*Encarándose con un hombre de rostro patibulario y en voz baja.*)

Diga usted, Blas.

BLAS.

Habla, muchacho.

EL MOZUELO.

Se sabe

La razon particular
Que tienen el tío Chanfaina
Y su horrorosa mitad
Para estar tan satisfechos
Y espléndidos como están?

BLAS.

¡Hombre...! á mí se me figura...
Segun pude averiguar,
Hoy *mesmo* han cobrado un premio
Muy gordo, casi un caudal,
De la lotería.

EL MOZUELO.

¡Diablo!

BLAS.

Yo no sé la cantidad
A punto fijo: mas sé
Que medio locos están
De contento.

EL MOZUELO.

No sería

Difícil, acoger
A Chanfaina y á Teresa...
¿En dónde el gato tendrán?

BLAS.

Cállate, demonio, cállate;
Deja á los viejos en paz.
No hay que meterse en camisa
De once varas.

EL MOZUELO.

Es verdad.

(¡Pillo! miente y disimula;
Pero á mí no me la dá.)

(Se separan.)

(*Un hombre que viene de la calle se dirige á Blas y le habla al oído algunos instantes.*)

BLAS.

¿Qué dices, Pedro?

PEDRO.

El sotana

Y Pupas me encargan...

BLAS.

Ya.

¿Con qué aquel mocito...? (*Por Adam.*)

PEDRO.

El mismo:

Aquel mocito es Adam.
Se quiere que no le pierdas
De vista.

BLAS.

Se le espíará.

PEDRO.

Es preciso á todo trance

Que no se llegue á encontrar
Con el tío Lucas.

BLAS.

(*Rascándose la oreja.*) ¡Demonio!
Y en dónde Lucas está?

PEDRO.

Se ha escapado de la cárcel.

BLAS.

Pues hemos hecho un buen pan.

PEDRO.

¿Le tienes miedo?

BLAS.

No poco.

Nuestro viejo capataz,
Tú lo sabes, ha estudiado
Con el mismo Satanás.
Él protege á la de Alcira
Y se la quiso robar;
Él al baron aborrece;
Odia al cura; en libertad
Se encuentra...

PEDRO.

Pero ya sabes

Que el pobrete debe andar
Á salto de mata...

BLAS.

Fíate

Y no corras. Él sabrá
Buscarnos, y ¡ay! de nosotros
Si consigue averiguar
Que se le ha vendido.

PEDRO.

Esa

Es una razon de más
Para que no nos durmamos
En las pajas.—El que está
Junto á Adam y con él habla,
Corre por mi cuenta, Blas.

(Aludiendo á Alarcon.)

BLAS.

No comprendo...

PEDRO.

Ese mocito

Á quien le llaman D. Juan,
No ha de volver esta noche
Á su casa.

BLAS.

Pues ¿qué harás
Para impedirlo?

PEDRO.

¡Friolera!

BLAS.

¿Acaso á matarlo vais?

PEDRO.

Si se empeñase...

BLAS.

Imagino

Que repleta no tendrá
La bolsa.

PEDRO.

En este momento
Nadie piensa en el metal.
Ese hombre puede perder
Al baron y á muchos mas,
Inclusos yo y tú.

BLAS.

Y el cura?

PEDRO.

Ahi fuera en acecho está
Con otros varios.

BLAS.

Pues dile

Que quedo en averiguar
Los pasos que dé ese mozo; *(Por Adam.)*
Y que á Lavapiés no irá
Aunque le llamen Salada
Y el tío Lucas.

PEDRO.

Vigilar

Es tu *consina*.

BLAS.

Tendré

Cien ojos.

PEDRO.

Falta te harán
Si el enojo del tío Lucas
Hemos de contrarestar.
Buenas noches, caballeros.

(Alzando la voz.)

BLAS.

Adios, Perico.

PEDRO.

Adios, Blas. *(Se marcha.)*

(El reloj que hay en la pared y los de torre mas inmediatos dan las once. La gente que ha ido perdiendo su buen humor, se vá retirando.— Sigue lloviendo en cantidad copiosa, y á la luz que despiden algunos relámpagos pueden descubrirse varios bultos que atraviesan la calle misteriosamente, ó que permanecen inmóviles en el juicio de alguna puerta.—El bodegon vá quedando poco á poco desierto hasta que solo se encuentran en él la tía Teresa, el tío Chanfaina, Blas, Adam y Alarcon.)

ALARCON.

¡Las once! ¡la hora fatal!
Hora en que acaso mis hijos
En mi soñando estarán.
¿Por qué mi valor sucumbe?
¿Por qué tiemblo? ¿Por qué vais,
Recuerdos del alma mía,
Estinguíendos...? ¡Oh! no tal;
No os estinguís; es que ahora
Siento mi fê desmayar
Y mi corazon cobarde
Palpita lleno de afan.
¡Y es preciso! de otro modo... *(Reponiéndose.)*
Tengamos serenidad.
Todos me miran... ¡Teresa!

(Con fingida calma.)

TERESA.

¡Señorito!

ALARCON.

Ven acá.

TERESA.

Señorito, usted perdone:
Yo conozco que le habrán
Calentado la cabeza
Con esta greasca infernal.

ALARCON.

Te engañas; me he distraido
¡Y eso es todo! Ahora me vas
A hacer un favor: quisiera
Tiatero y papel...

(Teresa hace un signo afirmativo y se dirige en busca de dichos objetos. D. Juan continúa de este modo:)

Adam:

Tambien á ti, buen amigo,
Te tengo que demandar
Una gracia...

ADAM.

Con el alma:

Con toda mi voluntad
Le serviré; que no en vano
A su generosidad
Debi... ¿quién puedo? ¿quién puede
Lo que le debo espresar?
Cuando aquel hombre insolente
Casi me escupió en la faz...

ALARCON.

Ya lo sé; yo vi en tus ojos
Tu pensamiento fatal.
Entonces... mas no imagines
Que solo la caridad
Fué en aquel instante el móvil
De mi manera de obrar.
Misterios tiene la vida
Que no se esplican jamás,
Y en mi conducta de ahora
Profundos misterios hay.

ADAM.

*(Su dulce voz me conmueve,
Y me hiela su mirar.
Parece que sufre penas:
¡Qué triste, qué triste está!)*

ALARCON.

(En voz alta y como si hablase para sí.)

Es tan triste la existencia,
Y es á la vez tan falaz,
Que aun odiándola, queremos
Nuestra vida prolongar.
Por eso en aquel instante,
Sin embargo de este afan
Que siento, mi cuita fiera
Quise al olvido arrojar.

(Momento de silencio.)

¡Nadie viene! me ha engañado
Esa gente desleal...

(De pronto dice ahogando un sollozo:)

¡Es preciso! ¡Pronto! ¡pronto!
¡Acabemos!

(Coge un cuadernillo de papel que le ha dejado Teresa, y escribe precipitadamente dos cartas, que cierra luego.)

ALARCON.

Oye, Adam.

Le habla un rato en voz baja y conmovida y le entrega las cartas. Adam hace algunas señas afirmativas y abandona el bodegon, no sin estrechar antes con cariño una mano que le tiende D. Juan. Éste se queda silencioso, con la mirada fija en

la puerta de la calle y con el rostro densamente pálido. Blas ha salido precipitadamente en seguimiento de Adam. Teresa y su marido se dirigen algunas palabras llamándose mutuamente la atención sobre el estado de agitación visible que se nota en D. Juan. De pronto se levanta éste en ademán de querer despedirse de los dueños de la casa; pero al mismo tiempo penetran en ella cinco ó seis hombres que parecen agentes subalternos de policía secreta, y á los cuales precede otro, con trazas de funcionario público, que viste de paisano y que ostenta insignias de autoridad.)

Escena última.

D. Juan de Alarcon.—La tía Teresa.—El tío Chanzaina.—El funcionario indeseado anteriormente y los subalternos que le acompañan.

EL FUNCIONARIO.

Es de todos bien sabido,
Y el dicho por cierto alabo,
Que el que busca encuentra al cabo.
Ya hemos dado con el nido.

(Á Alarcon.)

Caballero, no se asombre
Si necesito saber
Su nombre...

ALARCON.

¿ Mi nombre ?

FUNCIONARIO.

(Á los suyos.) ¡ Á ver... !

Vamos, prendedme á ese hombre.

ALARCON.

¡ Prenderme ! ¿ y por qué razón ?

FUNCIONARIO.

(De misas te lo dirán.)

¿ No se llama usted D. Juan
De Alarcon ?

ALARCON.

Soy Alarcon.

Pero jamás un exceso
Cometi... ¡ ¡ Fortuna impía ! !

FUNCIONARIO.

Eso ya no es cuenta mía.

Dése usted preso.

ALARCON.

¡ Yo preso !

FUNCIONARIO.

Atadle. (Lo hacen.)

ALARCON.

(Resistiéndose inútilmente.)

¡ Como á un bandido !

¡ Maldita mi suerte sea !

¡ Oh ! ¡ mí ve Dios... !

FUNCIONARIO.

¡ Vamos, ca !

(Se oye el ruido de un carruaje que pára á la puerta.)

Ya está el coche prevenido.

Metedle en él.

Los que parecen agentes obligan á Alarcon á que entre en el coche. Dentro de este y á la luz de un relámpago, se vé al cura, que ena puña en sus manos un par de pistolas, y á otros dos hombres de siniestra catadura. D. Juan de Alarcon ocupa el asiento que hay vacío, interin los que están en la calle cierran de golpe la portezuela.

TERESA. (Con indignacion.)

Nunca ví

Tratar así á un caballero.

FUNCIONARIO.

¿ Quieres defenderle ?

TERESA.

Quiero.

FUNCIONARIO.

Pues ahora te toca á tí.

La fingida autoridad arroja el baston y dando un silbido penetran en la casa otros tres ó cuatro hombres, y entre ellos Pupas. Todos se arrojan, vuñal en mano, sobre Teresa y su marido, tapándoles la boca y arrojándolos al suelo. Otro cierra la puerta del bodegón. Se oye por la parte de afuera el ruido de la lluvia que vá arreciando gradualmente.)

CANTO VII.

I.

Y en tanto ¿ qué es de Adam ? Adam en tanto
Por las revueltas calles solitarias
De un apartado barrio de la corte,
En noche oscura silencioso vaga.
Corriendo va con presuroso paso,
Mientras el rostro con furor el agua
De la lluvia, que arrecia por momentos,
Tenazmente le azota y le maltrata.
De vez en cuando, con siniestro brillo
Parece que las nubes se desgarran.
Y que el trueno que zumba en el espacio
Á los cielos y mundos amenaza.
¿ Es acaso la voz de la tormenta
Que arriba lucha y poderosa estalla,

Ó es el eco potente con que enfrena
Dios á los vientos que iracundos braman ?
Todo es horror y soledad en torno
Del pobre Adam que solitario vaga,
Y sin embargo, un mundo de ilusiones
En su mente cobija y en su alma.
Ya no mira que es negro su presente,
Como es negra la noche; que sin casa,
Sin hogar, sin amparo, sin recursos,
Tal vez sucumba de dolor mañana.
¿ Qué nuevo afecto, pues, le presta vida ?
¿ Por qué alientos recobra y esperanzas ?
¿ Cómo es que dando su terrible duelo
Al olvido, quiméricos fantasmas
Evoca con placer, y va torjando
Ilusiones sin fin, dichas extrañas

Producto de una loca fantasía
Que despierta en soñar se empeña ufana?
¡Recónditos arcanos! misteriosos
Problemas ¡ay! de la existencia ingrata!
No esperéis que os resuelva quien ya mira
Brotar arrugas en su frente y canas
En su cabeza; no, no sois vosotros
Hijos jamás de la vejez cansada.
Tan solo el virgen corazón de un niño
Puede curarse las sangrientas llagas
Que la injusticia ó la maldad del hombre
En ese virgen corazón causara.

La juventud, la juventud hermosa,
Reina del mundo, de sus pasos árbitra,
Es la sola que puede á los ensueños
Mágicos, dulces, entregarse ufana.
Por eso Adam en ilusión gratisima
Siente mecerse á su placer el alma,
En medio de ese mar de tempestades
Que en torno suyo su furor desata.
Y es que siente en su pecho un puro afecto
Nacer tranquilo, como hermosa planta
Que, apenas brota en el vergel ameno,
Flores y aromas deliciosos guarda.



El tio Lucas.

Jamás el triste á la amistad que nace
Entre dos corazones, que se hallan
Y al punto de encontrarse latén juntos
Y juntos luego con ardor se aman,
Culto rindió; desconocida, ignota,
La amistad, ante él nunca su clara
Bella antorchita encendió para alumbrarle
En su senda de espinas y de lágrimas.

¡Es tan bello el amar y ser amado!
¡Es tan hermoso confundir dos almas
En una sola, y que la débil yedra
Se enlace al olmo! Dad á la desgracia
Amparo y proteccion; abrid los ojos
Del que á oscuras camina; su esperanza
Fortaleced, y le vereis potente
A la cumbre subir de esa montaña
Que hoy llena de malezas, le intimida,
Fatiga su razon, hiere su planta.

Ya es otro Adam: la mano cariñosa
 De un amigo estrechó; y el que estrechara
 Dulcemente su mano, de sus penas
 No se movió con insultante lastima,
 Ni aumentó su dolor con el desvío
 Que el hombre á veces para el hombre guarda.
 ¿Quién es D. Juan? Su vida, sus costumbres
 ¿ Cuales son? ¿ de dó viene? ¿ á dónde marcha?
 ¿ Es acaso un malvado? ¿ es virtuoso?
 ¿ Es feliz ó le agobia la desgracia?—
 Un cortesano, ducho en los secretos
 Del mundo, precavido comenzara
 Por inquirir la vida del amigo
 Tal vez ganoso de ponerle faltas.
 Pero Adam es un niño; no especula
 Con su afecto; la duda emponzoñada
 En su pecho jamás germina fiera;
 La negra ingratitud no le avasalla.
 ¿ Quién es D. Juan? un hombre que mitiga
 Su hambre y su sed, que sin rigor le trata
 Y le ofrece cariño; ¿ qué le importa
 Lo demás? Para Adam con eso basta.
 Tendrá un hermano á quien abrir su pecho;
 Un mentor que le guie por la árdua
 Senda espinosa de la vida; un hombre
 Que comprenda el estado de su alma.

Y ambos á dos de la de Alcira bella
 Hablarán muchas veces... ¡ Oh! que gratas
 Van á ser sus frecuentes conferencias.
 Él pintará de la mujer amada
 La gentil hermosura, que entre sueños
 Diviniza su mente acalorada.
 Le pedirá consejos y en su ayuda
 Vendrá D. Juan, y si D. Juan batalla
 Con el fiero rigor de infausta estrella,
 Él hallará para vencerla trazas.

De este modo camina entusiasmado;
 Recuerdos tristes al olvido lanza
 Y hasta el rudo fragor de la tormenta
 Parece que le anima y que le halaga.
 Mas al fin, poco á poco, el aire hiede
 Las nubes densas, que en flotantes bandas
 Se entreabren, desprendense á girones,
 Se apiñan, y despues se desparraman
 Mostrando el claro azul del firmamento
 Salpicado de estrellas; y cual lámpara
 Suspendida en el cenit, silenciosa
 Su luz la luna por dó quier derrama.
 ¡ Cambio hermoso! espectáculo sublime
 Que los ojos de Adam á ver alcanzan,
 Y hace brotar en su ignorante pecho
 La silenciosa y tímida plegaria
 Del que á Dios no comprende y lo presiente
 Viendo dó quier su poderosa magia.

Súbito Adam, atónito, confuso,
 Del alto cielo su atencion separa,
 Y olvidado de sí, del orbe entero,
 Siente latir el corazon con ansia.
 Detiene el paso presuroso; mira
 En torno suyo; de su labio escapa
 Una sonrisa, y de sus grandes ojos
 Las pupilas en lágrimas se bañan.
 ¡ Qué hermoso está! ¡ qué bello! pero nadie
 En su hermosura y su candor repara;
 Su dicha ó su dolor deben callados
 Encerrarse en el fondo de su alma.

Que no lo ignora el infeliz manco:
 El mundo dióle, con lecciones varias,
 La nocion del deber; si algun gemido
 Subir quiere del pecho á la garganta,
 Sus labios le ahogarán, si la ategria
 Del corazon, que enardecido estalla,
 Romper quiere sus diques, al momento
 La razon poderosa pondrá vallas
 Á las locas pasiones. ¡ Es tan cómodo
 Que cubra el rostro impenetrable máscara
 ¡ Es tan bello mentir para que nadie
 Sepa jamás lo que en nosotros pasa!

Por eso Adam, que la experiencia adquiere,
 Ya no espresa con júbilo su grata
 Sorpresa; ya no grita; circunspecto
 Mira en redor; observa, goza y calla.
 ¿ Qué es lo que vé? ¿ qué observa? ¿ qué espectáculo
 Tan de repente la atencion le llama?
 Tiempo es ya de explicarlo á los lectores
 Dejando á un lado digresiones vanas.

II.

Era un bello palacio suntuoso,
 Inundado de aromas y armonía,
 Dó un ángel tan querido como hermoso
 Su residencia espléndida tenia.
 Por rejas y balcones, poderoso
 Rayo de luz, que remedaba al dia,
 Escapabase en vivo torrente
 De cien lámparas de oro reluciente.

Y otros, tantos soberbios carruajes
 Poco á poco á la puerta van llegando;
 É imitando del mar los oleajes
 En el ancho zaguán van penetrando
 Mujeres bellas con soberbios trajes
 Que los ojos tras sí se van llevando
 De jóvenes y apuestos caballeros,
 Gentes del pueblo, chicos y cocheros.

Todo Adam con sorpresa lo observaba,
 Naciendo su alegría y su sorpresa
 De un recuerdo feliz que acariciaba,
 Y que en su mente dó surgir no cesa.
 La mansion que su vista contemplaba
 Es la rica mansion de su condesa,
 De la noble mujer por quien suspira
 Y á todas horas sin cesar delira.

— ¡ Oh! dijo al fin, con cándida impaciencia,
 ¿ Por qué no he de entrar yo donde ella mora?
 ¿ Quién me impide llegar á su presencia,
 Si nadie, nadie como yo la adora?
 ¿ No salvé valeroso su existencia?
 ¿ No estoy dispuesto á perecer ahora
 Mil veces antes que grosera mano
 La ultraje nunca con rencor villano? »

« Es verdad que no ostento en mi persona
 Esas bandas y cruces, con que veo
 Que el mundo al grande sin cesar abona,
 Y que con ansias conseguir deseo.
 Mi terrible pobreza se eslabona
 Con mi ruda ignorancia y devaneo:
 Mas ¿ quién sabe? ¿ quién sabe si algun dia
 Veré cumplirse la esperanza mia? »

«Entretanto, es preciso que su huella
Siga una vez, que con afán violento
Mis ojos heban su mirada bella,
Mi labio aspire su aromoso aliento.
Quiero lanzarme á la region aquella
Donde vuela feliz su pensamiento;
Quiero á sus pies, con venturosa calma,
Morir de amor para entregarle el alma.»

Diciendo así, lanzábase impaciente
Hacia el ancho portal, donde bullia
En confuso tropel curiosa gente
Que en charlar ó reír se entretenia.
Pero una mano, puesta de repente
Sobre un hombro del jóven, la alegría
Y el entusiasmo le robó traidora
La realidad mostrándole en mal hora.

Y oyó á la vez el áspero sonido
De una voz gutural, ronca, cascada.
Que algunas frases murmuró á su oído,
Haciéndole volver la faz turbada.
Y luego vió, en extremo conmovido,
Á un antiguo mentor y camarada
Que, matando los sueños de su gloria,
Tristes recuerdos trajo á su memoria.

Era un viejo membrudo, rojicano,
De torbo ceño y de mirar adusto,
Pati-estevado, chato, color sano,
Pecho saliente y ademán robusto.
Mostraba en el hablar, ser, aunque anciano,
Hombre de ingenio y pícaro gusto,
Reuniendo en toda su persona varia
Cierta forma ruin, patibularia.

Tembló Adam al hallarse frente á frente
Del viejo, que observándole seguía,
Con ojo inquisidor é inteligente,
Sin saberse si hablaba ó si gruñía.
Pero al cabo, con labio sonriente,
Mostrándole cariño y alegría,
Tiéndele al jóven los fornidos brazos
Ganoso de envolverle en nuevos lazos.

Y sacándole luego con presteza
Á la calle, le dijo, procurando
Moderar de su acento la rudeza
Y un cigarro de á tercia repizcando:
—«Por fin, *chulamo* (1), pierdes la cabeza;
Por fin esta *arachi* te estoy *dicando* (2)
Y al verte *gacharado* (3); ¡pobre chico!
Me pienso que te *dico* y no te *dico* (4).»

«¿No te dije, *jill* (5), que las mujeres,
Malos *chusquélés* las *tajelen* (6), eran
Especie de enconados afileres
Que pinchan en la carne y desesperan?
Al hombre, con *buleros* (7) pareceres,
Los *jonjaban* (8) haciendo que las quieran;
Y después de mil mimos y monadas
Virbirechas (9) se vuelven las taimadas.»

«Suelen decir, y yo no lo desmiento,
Que se puede encontrar en ocasiones,
Una buena quizás, entre otras ciento:
Mas ¿quién *cula*, *chibato* (1), estos melones?
Yo por mí, sé afirmar, y no te miento,
Que son estas mis rancias opiniones:
La mejor, la mas buena, la mas rara,
Cuéstale á un hombre un ojo de la cara.»

«Una tal vez... tan solo una en el mundo,
Te hubiera con ardor siempre querido;
Tú la desprecias con desdén profundo,
La abandonas, la arrojas al olvido.
Y quieres camelar y... me confundir!
¿No ves que al alto y poderoso nido
Donde esta vive con su pompa y galas
Llegar no puedes con tus cortas alas?»

Calló el viejo un instante; y aplicando
El cigarro á la yesca que encendió,
Con calma estuvo y con placer, chupando
El humo denso que después lanzó.
Y moviendo su cuerpo, y meneando
La cabeza, tosió, luego escupió,
Y agarrándose á un brazo del mancebo
Así nos cuentan que le habló de nuevo:

—«Oye, chaval: el mundo es un fandango
Y es tanto quien no da su cabriola;
El mas *lancho-manú* (2), si empieza el tango,
Se arremanga y rodar deja la bola.
El que no se divierte es un zanguango;
Pero, dime: ¿qué daño tu manola
Te hizo en quererte? Si su *atalpe* (3) fuiste
¿Por qué mataría sin piedad quisiste?»

Dió Adam atrás un paso, y sorprendido
Y espantado á la vez, triste midiendo
Las consecuencias de su ingrato olvido,
Y el negro afán de su Salada viendo,
Quiso hablar; mas su acento conmovido
Un ¡ay! fué solo de dolor tremendo;
Dolor cruel que el alma nos quebranta
Y se anuda feroz en la garganta.

Luego un mundo de opuestos pensamientos
En tropel fué pasando por su mente;
Y una nube preñada de tormentos
Lóbrega y triste oscuració su frente.
Y sintió con pavor remordimientos
Brotar en su conciencia, y sordamente
Esclamó sin saber lo que decía:
—«¡Pobre Salada! ¡pobre amada mia!»

Mas el viejo, impertérrito, siguiendo
Su plática, le dijo:—«Mucho alabo
Tu sorpresa, hijo mio; te estoy viendo
Lleno de *achares* (4) y de luto al cabo.
Siempre somos así; siempre poniendo
Al asno muerto la cebada al rabo;
Mas no flores; aun vive la hija mia.»
—¿Vive Salada? ¡oh cielos! ¡qué alegría!

Diciendo así, con ademán gozoso
Cogió Adam del tío Lucas una mano;
(Aquí dirá nuestro lector curioso
Que ya ese nombre adivinó, y es llano):

(1) En la gerigonza ó lenguaje germanesco, llamada *caló*, que usan los gitanos y gentes de mal vivir, la palabra *chulamo* es sinónimo de mancebo ó mozo de pocos años.

(2) Te estoy viendo esta noche.

(3) Enamorado.

(4) Que te veo y no te veo.

(5) Inocente, simple.

(6) Malos perros las coman.

(7) Embusteros.

(8) Los engañan.

(9) Virboras.

(1) ¡Vive, mozo.

(2) El mas hombre de bien.

(3) Uelo.

(4) Penas.

Digo, pues, que contento y afanoso,
Estrechando los cinco del anciano,
Mostró anhelo de ver á la Salada...
Y el palacio abarcó de una mirada.

Mirada indescriptible que no atina
El pobre corazón á comprenderla;
Resto perdido de una luz divina
Que se estingue al instante de entreverla;
Ultimo adios de un alma que camina
Tras la loca ilusión, por no perderla,
Y ella le esquivó, mientras se huende al paso
Moribunda la dicha en el ocaso.

Sea como fuere, nuestro pobre mozo
Recordó que Salada de un infecto,
Húmedo y triste y negro calabozo
Desnudo le sacó, rudo y abyecto.
Ella le dió con delirante gozo
Todo su amor y apasionado afecto.
Ella le quiso cual ninguna quiere,
Y ausente ahora de dolor se muere.

Por eso Adam, en lágrimas bañado,
Y de dulce piedad el pecho henchido,
Presuroso volar quiere á su lado,
Dejando en dos su corazón partido.
Que aquel palacio espléndido y dorado
Es la hermosa mansión del bien querido
Por quien la vida jubiloso diera
Y cien vidas y mil si las tuviera.

Quiso alejarse; pero el viejo, asiendo
De la chaqueta al joven, con enfado,
Un gesto innoble de desden haciendo
Y evocando recuerdos del pasado:
—«*Esbáte* (4), dijo, escucha, vé advirtiendo
Que pareces un pájaro atontado.
Salada enferma está: si te arrebatas
Y vas á verla, de placer la matas.»

—«Mejor será... sí, sí, mejor prefiero...»
(Y el viejo pareció quedarse mudo
Un instante; mas luego irguióse fiero
Y así exclamó con ademán sañudo:)
—«Los infames querrán... mas yo no quiero;
Tú y yo seremos de su vida escudo;
Esta noche... domina tu sorpresa:
Esta noche verás á tu condesa.»

«Verás á esa mujer cuya fortuna
Y riquezas y lujo envidias tanto,
Sin saber—¿tú qué sabes?—que su cuna
Combatida se vió de un mar de llanto.
Y la pobre Salada, la importuna
Manola, cuyo amor te causa espanto...
Vamos, es fuerza confesar á prisa
Que las cosas del mundo causan risa.»

«Tú verás, como he dicho, á la condesa;
Verás que tu *buji* (1) vá viento en popa.
¡Ojalá que mi suerte fuera esa!
¡Verla! ¡oir! ¡gustar tan dulce copa!
¡Mas no puedo! su vida me interesa;
Nadie quiero que al pelo de su ropa
Toque atrevido; pero aquí entretanto
Lejos tengo que estar; ¡la quiero tanto!»

«¡Pobre mía! sin duda, si me viera,
Su *lucha* y *berrochi* *despandaría* (2);
Soy un *tédro puró* (3) y ella, altanera,
En la *jila* (4) tal vez me escupiría.
Detente, *muy* (5), tus ímpetus modera;
Soniche (6), no hay que hacer la tontería
De explicar lo que pasa en este pecho
Que Dios de duro pedernal ha hecho.»—

Dijo Lucas, y ahogó triste suspiro,
Dejó escapar al aire luego un taca
Y añadió sonriendo:—«Yo deliro
Y hasta me dejo de quemar tabaco.
Fumemos, que el fumar nos dá un respiro.
¿Quién me ha metido á mí, viejo bellaco,
Arduji y *atalaya* (7), cual son pocos,
A tener como tú delirios locos?»

«Tú la verás y le dirás... mas esto
Es cosa para hablarla mas despacio;
Ahora es mejor abandonar el puesto
Y alejarnos un poco del palacio.
Ten cachaza y á todo está dispuesto;
Sé cauto en el obrar, sin ser reacio;
Que yo en tanto te quiero hacer notoria
Hoy mi curiosa y peregrina historia.»

«Historia que sin duda te interesa,
Pues en ella verás, chavó, mezclada
La historia singular de tu condesa
Y la historia también de tu Salada.
Vamos andando, vamos con mas priesa.»—
Y apresurando el viejo su jornada,
Al comenzar su historia peregrina
Volvieron ambos la inmediata esquina.

Y aquí, lector, mi fatigoso cuento
Me atrevo á suspender y el canto acabo;
Que el salvar una esquina es un momento
Y yo tan buena decision atabo.
Ya abandonan la calle y yo contento
Alejarse los miro; que, si al cabo
Ver dar un breve salto no te enoja,
Con tu permiso pasaré á otra hoja.

(1) Tu barquillo.

(2) Su verguezoza y horror manifestaría.

(3) Un despreciable viejo.

(4) En la cara.

(5) Lengua.

(6) Silencio.

(7) Asesino y ladrón.

(1) Estató quieto.

CANTO XIII.

EL TÍO LUCAS.

«Hubo un tiempo en Madrid una donosa,
 Joven, linda y discreta gitanilla,
 Que á manera de alegre mariposa
 Suella vagaba por la heroica villa.
 Si algun galán, al verla tan hermosa,
Jonjábala (1) intentó con requerilla,
 Presto, muy presto coronó su amaro
 Un desden que produjo un desengaño.»

«Llevábase tras sí todos los ojos
 La retrechera y sin igual gitana;
 Que eran los suyos para dar enojos
 Y aun envidia á la luz de la mañana.
 Eran sus labios cual claveles rojos,
 Tez y mejillas como leche y grana,
 La garganta putida hecha de nieve
 Y el pié ligero cual la mano breve.»

«Si tú, Adam, una vez la hubieras visto
 Y el metal de su voz dulce escuchado
 Cuando echaba un cantar, ¡por Jesucristo!
 Que bisojo te deja y atontado.
 Yo era entoncez un mozo un poco listo,
 De pelo en pecho, crudo y avispado,
 Y á decir la verdad, te lo confieso.
 Perdí por ella el corazón y el seso.»

«Dí en rondarla, chavó; me desvivía
 Por ver sus ojos que arrojaban lumbre;
 Y por calles y plazas la seguía
 Sin hablarla, tan solo por costumbre.
 Unas veces, al verme, sonreía;
 Otras, sería, me daba pesadumbre;
 Despierto con delirio la buscaba,
 Y dormido... ¡qué cosas que soñaba!»

«De este modo, pasábanse las horas,
 Los días, las semanas y los meses;
 Y soñando aventuras seductoras
 Y ella dándome risas ó reveses.
 Mas, al cabo, llamándome á deshoras,
 Me dijo mi amo: — «Es fuerza que confieses
 Que quien sirve cual tú con fé taimada,
 Maldito si me sirve para nada.»

«Como tengo tan floja la mollera
 Que parece rellena de balduque,
 Me olvidaba decirte que yo era
 Lacayo nada menos que de un duque.
 De lacayo subí por la escalera
 Del favor, cierta vez, haciendo un truke
 Que me puso de pronto en candelero,
 Convirtiéndome en todo un camarero.»

«Digo, pues, que mi duque en mas de un año
 No me vió ni aun el pelo de la ropa,
 Porque yo, con mi amor, iba en mi daño
 Hacia el peligro caminando en popa.
 El duque me avisó con un regaño
 De esos que hacen á llamada y tropa;
 Pero al fin mi pasión venció á mi miedo
 Y yo volví á más rondas y á mi enredo.»

«Dejé ya de cumplir obligaciones
 Que mi cargo importante me imponía,
 Y en gresecas y en continuas diversiones
 Me pasaba las noches y aun el día.
 Jugaba por ganar sendos doblones
 Con que en majo y galán me convertía,
 Gastando trajes y aun alguna alhaja
 Que ostentaba á la vista de mi maja.»

«Verdad es que la linda gitanilla
 Mostróme siempre corazón de roca,
 Como á todos los ternes de la villa
 Que iban tras ella con quereñencia loca.
 Nunca pude charlar de silla á silla
 Con ella; que su madre, con muy poca
 Caridad, castigando mis deslices,
 Me daba con la puerta en las narices.»

«Sola una vez, llegándome hasta ella
 Y temblando de ver tanta hermosura,
 Le rogué que atendiese á mi querella
 Sin ser conmigo tan severa y dura.
 Me hizo un mohín; roguéle que mi estrella
 Me explicara y mi sino y mi ventura;
 Alarguóla un buen peso mejicano
 Y ella leyó en las rayas de mi mano.»

«Al pronto se quedó descolorida;
 Me miró con el rostro descompuesto
 Y fijando en el mío de seguida
 Su mirada, me dijo haciendo un gesto:
 — Mal *divé* (1) por aquí, con tu venida
 Me vino á visitar; márchate presto;
 Que no quiero leer hoy en tu sino
 Ni encontrarte quisiera en mi camino.»—

«Confieso que escuché lleno de espanto
 Las cosas que la chica me decía;
 Y mucho mas cuando advertí que el llanto
 En sus largas pestañas se mecía.
 Hice luego un esfuerzo; le hablé tanto,
 Suplicando dijese qué veía
 De mi mano en las rayas, que piadosa
 Así me dijo la gitana hermosa:»

(1) Engañacla.

(1) Divinidad, hado, destino.

— « Si quieres que tú y yo no nos miremos
En una situación horrible y fiera,
No me busques jamás; no nos juntemos
En parte alguna donde esté cualquiera
De ambos; advierte que los dos seremos
Lo que ninguno de los dos quisiera.
El día que yo tenga que quererte
Firmaré la sentencia de mi muerte.»

«Esto me dijo con acento blando
Y clavó luego en mí sus tristes ojos;
Bajó lenta una lágrima rodando
Por sus mejillas, para darme enojos;
Y en seguida, mi mano contemplando,
Añadió, moderando los sonrojos
Que el rostro le pusieron encendido,
Estas palabras que jamás olvido:»

— «Hoy por hoy, de los dos ninguno ha hecho
Por dejar de ser bueno y *disiloso* (1);
Mas pronto al *luchipen* (2), según sospecho,
Iremos por camino tortuoso.
Yo el pato pagaré por un despecho;
Y tú, *estilbon* (3) y *espillador* (4), famoso,
Baraustando (5), á un pobrete en tu *carcoma* (6);
Serás un *banjulé* (7) como una toma.»—

«Esto me dijo, y alejóse luego
Casi llorando la gitana bella,
Mientras que yo, calenturiento y ciego,
Traté un instante de seguir su huella.
Sintió el alma un atroz desasosiego,
Pensé en lo infausto de mi triste estrella
Y quedéme parado por el pronto
Sin reír ni llorar; ¡estaba tonto!»

«Desde entonces, Adam, día tras día,
Pasé un año de negros padecerés;
Que no la vi ya más; y ya no había
Para mí ni jolgorios ni placeres.
Busquéla con afán, con agonía,
Renegando de todas las mujeres;
Mas fué buscarla en vano; mi gitana
Ya no estaba en la corte castellana.»

«Entonces... lo confieso, mas mohino
Que can rabioso, y que feroz tarasca,
A los *buyes* (8) me di y adoré el vino
En que el dolor con la embriaguez se atasca.
Me acordé que era aqueño mi destino,
Y entrando en el *boliche* (9) y en la *tasca* (10),
Si bien algo cobarde á lo primero,
Dando en el *carro* (11), me hice *carretero* (12).»

ADAM.

¿Qué dices? yo no alcanzo...

LUCAS.

Ya lo miro.

ADAM.

Háblame claro, por piedad, tío Lucas.

LUCAS.

Tienes razón: á veces yo deliro.
¿Qué entiendes tú de *carro* y *maselucas*? (1)
Deja, deja que tome algun respiro;
Y pues nunca trataste con las cucas
O tahures, y apenas el gitano
Comprendes, voy á hablarte en castellano:

«Digo, pues, que metido en el sendero
A donde loco me llevó la suerte,
Me convertí en borracho y en fullero,
(Y aquí no digo mas por no molerte.)
Solo diré que me hice pendenciero;
Que hablaba gordo con acento fuerte,
Y que, al ver mis entradas y salidas,
Me dieron en llamar *Perdonavidas*.»

ADAM.

¿Y tu amo?

LUCAS.

«Mi amo, el pobre, quiso,
Por amor que me tuvo de pequeño,
Darme primero paternal aviso
Que yo escuché con cólera y con ceño.
Mas vió que despedirme era preciso;
Quedéme, pues, de mis acciones dueño,
Y á la noche siguiente ya montaba
En cólera, y á un hombre asesinaba.»

ADAM.

¡Desdichado! ¿eso hiciste?

LUCAS.

«¡Cabalito!
Aquella fué mi entrada en la carrera.
Era un mozo valiente; ¡pobrecito!
De ello tuvo la culpa una ramera.
Sin duda estaba su destino escrito;
Dios dispuso tal vez que así muriera...»—

ADAM.

¡Calla! ¡calla! me das horror y miedo;
Dios no escribe esas cosas con su dedo.»

Dijo Adam; y despues, un breve instante
Despacio continuaron su camino,
Sondando tristes con afán constante
Esa idea espantosa del destino.
Idea que conduce al ignorante
Acaso á convertirse en asesino;
Funesta y triste y miserable idea
Que en calumniar al cielo se recrea.

Mas siguiendo á los dos que van cruzando
En silencio las calles lentamente,
Sérios, graves y adustos, procurando
Resolver el problema inútilmente,
Diremos con franqueza, que dejando
Á la vez su tristeza impertinente,
Mientras ambos los hombros encogieron,
De este modo su plática siguieron:

LUCAS.

«Si no estoy trascordado, te decía
Que mi hermosa no estaba ya en la corte;
Y que yo en una tasca cierto día
Di á un mocito su eterno pasaporte.

(1) Virtuoso.
(2) Despeñadero, precipicio.
(3) Borracho.
(4) Jugador.
(5) Matando á puñaladas.
(6) En tu camino.
(7) Bandido, saltador de caminos.
(8) Naipes.
(9) Casa de juego.
(10) Taberna.
(11) Juego.
(12) Tramposo, fullero.

(1) Los gitanos dan tambien á los naipes el nombre de *maselucas*.

No diré que su sino escribiría
Dios en el cielo, ni que algún resorte
En mi mano pusiese mala suerte;
Hubo una riña y... resultó una muerte.»

«Esta es la hija; en los demás bordados
No pretendo meterme con alíneo;
Yo he visto que los *mengues* (1) ó los hados,
Existen, como dos y tres son cinco,
Acaso sus *Uenirus* (2) los malvados
Deban al diablo. El caso es que, de un brinco
Me escapé; que la hora fué propicia
Y me pude librar de la justicia.»

«Salí, pues, de Madrid, mi patria y cuna,
Procurando apandar algún dinero,
Que es la llave que tiene la fortuna
Para abrir en un bronco un agujero.
Nunca vayas sin él á parte alguna;
Yo te lo digo. Adam, porque te quiero;
Tus acciones serán buenas ó malas
Si el dinero te quita ó te dá alas.»

«De un salto me planté en Andalucía;
Fuí á Málaga, y allí con otro nombre...
¡Válgame Dios, y cuánta *fantasía*!
Te lo digo formal: era otro hombre.
Gastaba, derrochaba, me lucía;
Mas al cabo... ¡qué diantres! no te asombre:
Fué el caso natural; se acabó el oro
Y el cristiano volvióse un perro moro.»

«Entonces las comadres y los guapos,
Que estaban en mi amor y compañía,
Se cansaron de mí, y hasta sopapos
Hubo ya; yo los di con valentía.
Me sacaron á plaza cuantos trapas
En el arcon de mi conciencia había;
Los hombres me volvieron las espaldas
Y *ellas* hicieron velas de sus faldas.»

«Largóse todo el mundo viento en popa
Viendo con risa mi fatal desastre,
Que aquella infame y descarada tropa
Ya no encontraba en mi bolsillo lastre.
Algunos me llamaron *Poca-Copa*,
Y esto sea dicho con perdón del sastre;
Mas ¿qué sastre me daba una chaqueta
Si en pan gasté mi última peseta?»

«Fué preciso volver á las andadas,
Y una noche, por cierto bien sombría,
Con dos de mis antiguos camaradas,
A un comerciante, de los mil que había
En aquella ciudad, con moderadas
Intenciones y atenta cortesía,
Traté de visitar, dando la tuerta
Dirección, al tejado y no á la puerta.»

«*Lacha* (3) y rabia me dá cuando lo cuento;
Mas es lo tijo que me vi en un brete;
La chimenea me prestó un asiento
Pues hice de su boca un caballete.
Miré adentro despues y vi contento
Que nada vi ni se sintió. ¡Pobrete!
Juzgué á todos dormidos, y en indigna
Ocasión descolguéme á la cocina.»

«Ahí fué Troya, chavocito mío:
No bien un compañero y yo bajamos,
Un valderillo con furioso brío
Dió en ladrar avisándole á los amos.

Vimos luego una luz y sentí frío;
La luz se acercó mas, y nos hallamos
Al frente de una vieja maldecida
Que, tirando el candil, huyó en seguida.»

«Huyó dando mas voces y alaridos
Que una legion de brujas condenadas;
Y el perro continuó con sus ladridos,
Y chillaron adentro las criadas.
Dos maucebos subieron aturdidos
De la tienda; sus voces atipladas
Los chiquillos llorones levantaron
Y un concierto infernal todos armaron.»

«En medio de tal bulla y batahola,
El amo, abandonando á los chiquillos,
Y dejando en la cama, triste y sola
A su pobre mujer, en calzoncillos
Se levantó; se armó de una pistola,
Del balcón quitó aprisa los pestillos,
Y abriéndole, llamó con voz de trueno
Á la guardia inmediata y al sereno.»

«Nosotros, entretanto, con tan duro
Contratiempo, abrigábamos la idea
De librarnos de tanto y tanto apuro
Subiendo por la oscura chimenea.
Dimos aviso al otro, que estramuro
Estaba en el tejado; pero sea
Por traición ó por miedo, huyó el maldito
Y quedamos sin sogá en el garlito.»

«Era fuerza escapar por donde quiera;
Pregunté á mi atrevido compañero
Y él al punto me dijo con voz liera:
—Saquemos los puñales, y al primero
Que nos quiera impedir de la escalera
El paso, sacudámosle certero
Golpe, que ponga término á su vida;
Lo primero es hallar franca salida.»

«Por dicha nuestra, el cielo anubarrado
Hasta entonces, rasgó con oportuna
Hermosa claridad, el plateado
Resplandor de los rayos de la luna.
Y á un largo corredor enristalado
Salimos, y encontramos por fortuna
El arranque de un tramo de escalera
Que bajamos al punto á la carrera.»

«No sale al redondel el toro bravo
Con tanta furia y diligencia tanta,
Ni al pobre diestro de la muerte esclavo
Con tal orgullo en su cerviz levanta,
Como nosotros, al salir al cabo
Á un ancho patio, la ligera planta
Hacia el zaguán movimos en seguida,
Procurando vender cara la vida.»

«Puñal en mano y con el ojo alerta;
Contrariados, confusos, no aturdidos;
Viendo el peligro la razón despierta
Y supliendo á los ojos los oídos,
Llegamos ambos á la ansiada puerta
Que intentamos abrir; mas detenidos
Nos vimos por un jóven desdichado
Que ante nosotros presentóse osado.»

«Parece que grabada todavía
Llevo en mi mente su memoria eterna.
En la diestra un estoque sostenía
Y en la izquierda llevaba una linterna.
Vino á mí con pujanza y valentía,
Y aunque inesperto y en la edad mas tierna,
Tan bizarro mostróse el mozaivete
Que nos puso á los dos casi en un brete.»

(1) Beneficios.
(2) Desgracias.
(3) Vergüenza.

«La lucha sin embargo fué muy corta ;
Pagó allí su lealtad ó su despecho :
Que en tales casos el salvarse importa
Y yo mi daga sepulté en su pecho.
Vengarse quiere y su furor reporta
La dura muerte, que con lazo estrecho,
Le sujeta, derribale con saña
Y luego en sangre con furor le baña.»

«Lanzó un gemido, y luego, con presteza
A la calle nosotros nos salimos,
Dando á un sereno un golpe en la cabeza
Que estoy seguro que en canal le abrimos.
Y viendo que ya en Málaga torpeza
Fuera ocultarnos, con afán huimos,
Dando en el campo al fin con nuestros huesos
Molidos, si; pero tambien ilesos.»



«Tales son de mi vida borrascosa
Las primeras hazañas, hijo mio,
Razon llevaba mi gitana hermosa
Viendo mi triste porvenir sombrío.
Tal vez, y sin tal vez, siendo piadosa,
Con quererme evitara tanto fio:
Tal vez yo fuera virtuoso y bueno
Y hoy no me viera de delitos lleno.»

«Quiso el diablo otra cosa, y fué bajando
Poco á poco, sin ton, ni son, ni juicio,
Unas veces riendo, otras llorando,
A la sentina del inmundó vicio.

Una mano infernal me fué empujando;
Rodé ciego hasta el hondo precipicio,
Y asesino, ladrón, lleno de mengua,
Maldije al cielo con infame lengua.»

«Bien mirado, chiquillo, en esa vida
Tiene el hombre tambien compensaciones;
La cabeza se vé comprometida
Y el presidio nos muestra sus rincones.
Pero al par, entre gente divertida,
Se echa al aire una caña en ocasiones;
Y pronto ú tarde, con furioso encono,
El mas valiente se levanta un trono.»

«Dígame yo, que por borrar mi pista,
Después de otras empresas que me cello,
De bandido pasé á contrabandista
Y fui á mi gusto levantando el gallo,
Conseguí de gran fama la conquista;
Compré luego un magnífico caballo,
Y en él, ó á pie con mi trabuco al hombro,
Ful de mil ternes el terror y asombro.»

«Era el mandón y el rey de la cuadrilla;
Los del fisco miráronme con miedo;
Los míos me doblaban la rodilla
Siempre que airado levantaba el dedo.»

Hice alijos causando maravilla
Á cuantos vieron el sutil enredo
(Que yo siempre curioso iba formando
Para entrar donde quiera el contrabando.)»

«¡Qué vida aquella! el juicio se me escapa
Recordando lo libre que yo era
Cuando, envuelto en los pliegues de mi capa,
Devoraba el espacio á la carrera.
No tiene acaso el mundo en todo el mapa
Tantos parajes como yo corríera,
Siempre lleno de vida y de ardimiento
Como aguilta veloz que cruza el viento.»



«Mas ¿qué quieres? la cosa era muy buena
Y lo bueno se dice dura poco:
Siempre sigue al placer la horrible pena
Tornando el juicio á quien se vuelve loco.
Yo lo estaba del gozo que enajena
Cuando el sol de un gran bica nos muestra el foco:
Pero la luz trocóse en sombra oscura
Y anublóse aquel sol de mi ventura.»

«Una noche tristísima y sombría,
Mas aún que lo son los desengaños,
En la orilla del mar yo me veía
Con mis valientes combinando amaños.
Por la costa una barca descendía.
Diversos giros imprimiendo extraños
Á su ruta callada y silenciosa,
Cuál si estuviese de llegar medrosa.»

«Llegó al cabo á la vista de mis gentes
Que conmigo esperaban; y atracando
En la playa, cien hombres diligentes
Se fueron á la barca aproximando,
Y todos con severos continentes,
Sin fumar, sin chistar, tan solo obrando,
Á sacar comenzaron á porfia
Los buitros que la barca contenía.»

«Era un golpe maestro, una fortuna
Si la traición allí no se albergara;
Que yo al fisco aquel día, una por una,
Cien onzas apronté; ¡desdicha rara!
Pero el fisco... ¡maldito el que se aduna
Con gente ruin de condición avara!
Fué traidor, me faltó á lo convenido
Y un lazo nos tendió que nunca olvidó.»

«De pronto, cuando andábamos ligeros
Descargando la rica mercancía,
En tropel mas de mil carabineros
Nos cercaron con grande vocería.
Nosotros, descuidados, aunque fieros,
No pudimos vengar su villanía,
Que al oír el silbido de las balas
Pedimos todos á los vientos alas.»

«Saltando yo sobre mi petro ardiente,
Y buscando á mi huir ancha vereda,
Conociendo el peligro de mi gente
La di el grito de «¡salvese el que pueda!»
Mas antes de apelar cobardemente
Á la fuga, mi mano estarse queda
No supo; disparé mi arma de fuego
Y un cuerpo en tierra derrumbóse luego.»

«Aquella fué mi perdicion segura;
Todos tras mi frenéticos volaron,
Y una descarga entre la sombra oscura
Ansiosos de vengarse dispararon.
Penetré de un gran bosque en la espesura
Y ellos tambien en la espesura entraron
Sin cesar de gritar y de acosarme
Prentendiendo que fuera yo á entregarme.»

«¿Yo entregarme...? ¡ja! ¡ja! sobre mi bruto
Jamás sentí en el corazon desmayo;
Tragábase una legua en un minuto
Pues era un petro parecido á un rayo.
Mas fué la noche de terror y luto;
Vino un plomo maldito de soslayo
Y mi carne rasgó, llegando avieso
De un pobre muslo á fracturarme el hueso.»

«Herido y todo, la acerada espuela
Hiqué de mi caballo en los hijares,
Y él voló apresurado, como vuela
Pájaro ansioso de salvar los mares.
Poco á poco la horrible cantinela
De aquellos perros hombres desteales
Que corrieron tras mi, se fué estinguendo
Y yo seguí, seguí siempre corriendo.»

Corriendo siempre; mas mi oído atento
Á zumbar comenzó; y en mi agonía
Conoci que con tardo movimiento
La sangre por mis venas discurría.

Perdi luego la vista y el aliento;
Mi razon poco á poco se estinguió,
Y arrojando al caer un ¡ay! profundo...
Sentí en silencio sumergirse el mundo.»

ADAM.

¡Pobre Lucas! tambien tú has padecido
Penas, en medio de la vida airada.

LUCAS.

No lo sabes muy bien; yo he recorrido
Una senda cruel y endemoniada.
Casi siempre prefero divertido
Y alegre estar, mas hay en la jornada
De mi vida, recuerdos que impaciente
Arrancarme quisiera de la mente.

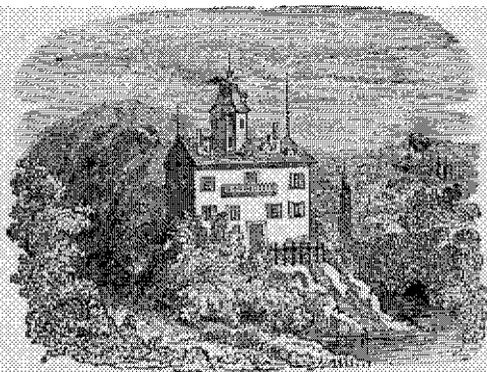
ADAM.

Sigue, sigue; tu historia me interesa
Por mas que á veces de pavor me llene.
Esa carrera de peligros, esa
Vida salvaje, sus encantos tiene.
Unas veces te escucho con sorpresa;
Otras tu acento contra tí previene;
No sé por qué razon conmigo lidio
Pues causándome horror, loco te envidio.
Prosigue.

LUCAS.

«Bien mirado, eres un zote.
Y no sé por qué, necio, me entretengo
En fiar á un imberbe monigote
El gran secreto que guardado tengo.
Solo por ella bailo de cogote
Y a descubrirte mis arcanos vengo;
Que al fin y al cabo, aunque el dolor me adija,
Solo contigo salvaré á mi hija.»

Esto dijo el tío Lucas suspirando,
Si bien á un tiempo mismo sonriendo;
Y luego sus recuerdos evocando,
Así siguió su narracion haciendo...
Mas noto ¡vive Dios! que voy cansando
Á mis lectores; nótole y comprendo
Que fatigar no debo su memoria.—
En otro canto seguirá la historia.



CANTO XIV.

«Cuando el sentido recobré de nuevo,
(Dijo el tío Lucas, apretando el paso
Y haciendo un gesto á nuestro buen mancebo
Que iba curioso de saber el caso),
Me hallé... me hallé... al contarlo me conmuevo,
Me hallé... ¿ Creerás que me encontraba al raso?
Pues no señor; halléme sobre un lecho,
Bajo un seguro hospitalario techo.»

«Advertí que, á mi lado, la figura
De una guapa muchacha se movía;
Y ví á un viejo de fea catadura
Que me miraba y luego sonreía.
—Se ha salvado por fin; ¡pobre criatura!
Dijo al cabo aquel viejo; vé, hija mia,
Y dispon que le traigan al momento
Algo que *jame* (1); un poco de alimento.»—

«Comprendí que aquel hombre era un gitano
Pues en *caló* con la muchacha hablaba;
Pero era rico, bueno, campechano,
Y su trato los pechos cautivaba.
No era bello de rostro; pero es llano
Que proporcion su rostro no guardaba
Con su sensible corazón hermoso,
Caritativo, noble y generoso.»

«Respecto á su pasado, nada digo
Porque nunca contéme su pasado;
Solo sé que mostrándose conmigo
Como un buen padre, continuó á mi lado
Consolándome, siendo fiel testigo
De mis dolores y mi mal estado,
Hasta que vió que se cerró la herida
Que mucho tiempo amenazó mi vida.»

«Curado ya, me levanté del lecho
Y me quise alejar de aquella casa,
Sin saber dónde ir, en mi despecho,
Á residir con mi fortuna escasa.
Mas el viejo y la chica — y yo sospecho
Que amor trocaba en encendida brasa —
Se opusieron, rogándome en seguida
Que suspendiese un poco mi partida.»

«Aquí, si tu razón pensar te deja,
Y la verdad te digo sin rodeo,
Comprenderás que yo, entre ceja y ceja,
Ocultaba el mismísimo deseo.
La muchacha, chaval, no era maleja;
Yo era un mozo pujante y no muy feo;
Los dos nos vimos sin mostrar enojos,
Y saltaron las chispas de los ojos.»

«La yesca se prendió; creció la llama
Y el pecho achicharró de aquella hembra;
No tanto el mio; que quien firme ama
Nunca en el aire sus recuerdos siembra.
Primer amor que el corazón inflama
Tarde el olvido con su hoz desmiembra.
Yo á mi gitana en mi interior quería
Y en mi pecho su imagen retenía.»

«Entretanto, Nemesia (este era el nombre
De la chica del huésped), su ceguera
Me mostraba, cual suele siempre al hombre
Mostrar la que ama por la vez primera.
No hay mujer en el mundo que no alfombré
Del tal amante la triunfal carrera.
Es el cuarto de hora que ellas tienen
Con el cual muchos males se previenen.»

«Entramos, pues, los dos en relaciones
Y pasaron las noches y los días;
Yo contento y feliz en ocasiones
Y ella envuelta en un mundo de alegrías.
Me acordé de las onzas y doblones,
Olivares y buenas granjerías
De su padre, y... ¿ qué quieres? el demonio
La idea me inspiró del matrimonio.»

«No era fácil tentar de pronto el vado;
Era la cosa grave y peliaguda,
Y fuerza fué marchar con atinado
Paso, pidiendo á la prudencia ayuda.
Su padre al pronto se quedó admirado;
Mas viendo que la chica era talluda,
Se convino en casarme con Nemesia
Como manda la Santa Madre Iglesia.»

«Ocho meses después... no hay que asustarse;
Cosas del mundo, chavocito mio,
En un mes puede un hombre trabucarse
Y Nemesia era buena; yo la fio.
Tan buena, que inocente á equivocarse,
En su cuenta llegó, y armóse un lío
Que acortándole al cabo la basquiña,
Nos dió una hermosa y arrogante niña.»

«Niña que es hoy.»

De pronto, su relato
El viejo suspendió; púsose alerta;
Miró hácia arriba con fijeza un rato
Y de una casa se acercó á la puerta.
Y luego dijo á Adam: — « Quien es ingrato

(1) Algo que coma.

El alma, tiene lóbrega y desierta;
Tú has olvidado á tu mejor amigo
Y á que te portes con lealtad te obligo.»

Quedóse Adam atónito y confuso,
Sin acertar á definir siquiera
Si pudo en algo, distraído, iluso,
Inferirle una ofensa pasajera;
Mas no dando su mente en el abuso
De falta de amistad que cometiera:
—Dime, dime, exclamó sobresaltado,
¿En qué pude ofenderte, en qué he faltado?

—«No es á mi, no es á mi, repuso el viejo.
Á quien faltas ingrato en este instante;
La memoria, hijo mío, es el espejo
Del corazón; el corazón constante
En el alma estampar suele el reflejo
Del fiel cariño y del recuerdo amante;
Mas si inconstante el corazón se ostenta
Nada ya en el espejo se presenta.»

Confundido tal vez, lleno de asombro,
Se vió Lucas despues que aquesto dijo.
Y encogiéndose de uno y otro hombro:
—«Bien mirado, exclamó, no sé de fijo
Lo que hablé; me parece que te nombro
El alma, el corazón... y al cabo, hijo,
Ni sé yo lo que alma significa
Ni entiendo bien lo que mi labio explica.»

«Te diré solamente que no há mucho,
Muerto de hambre y sin probar bocado;
Por esas calles ibas...—¡Ah! ¿qué escucho?
Tienes razón.—¿Te habías olvidado...?
—Sí, sí; ¿qué ingratitud!—Aún no estás ducho
En las cosas del mundo; ten cuidado...
—Mas ¿cómo sabes tú...?—Yo soy ya viejo
Y algo aprendí; por eso te aconsejo.»

«No hace mucho que, lleno de tristeza,
Desmayado marchabas y mohino,
Sin que nadie ofreciese á tu pobreza
Un pedazo de pan mojado en vino.
Pero al fin, como premio á tu simpleza,
La rara suerte te salió al camino,
Y un D. Juan de Alarcón pródigamente
Te confortó el estómago impaciente.»

«¿Conoces tú á D. Juan? Nunca le viste;
Mas por el pronto, al encontrarle al paso,
Y al deberle un favor, tal vez le diste
Pruebas de afecto y aun de amor no escaso.
Luego... ¿qué diantres! olvidando al triste
No ves que sufre por tu culpa acaso...
—¿Qué dices? ¿Por mi culpa?—Es muy sencillo.
¿No guardas una carta en tu bolsillo?

—Dos cartas.—Es igual: con una de ellas
Que á estas horas hubieras entregado,
Evitaras tal vez muchas querellas
Pues D. Juan es un padre desdichado.
Acaso es tarde ya; nadie sus huellas
Puede seguir por mejorar su estado;
Nadie puede formar un juicio cierto
De lo que es de D. Juan; tal vez ha muerto.»

—¡Muerto! ¿qué dices? ¡habla! ni un instante
Te goces destrozando el alma mía;
Yo estaba de esas cosas ignorante
Y el valor de estas cartas no sabía.
Mas yo estimo á D. Juan; su interesante
Figura, sus palabras, la hidalguía
Que se revela en él; todo me mueve
Á quererle y el alma me conmueve.»

«No há mucho, en el figon le vi inmutarse
Mas de una vez... es cierto, y no comprendo...
—Sin duda entonces resolvió matarse.
—¡Matarse! ¡calla! ¡calla! eso es horrendo.
¿Quién puede contra el cielo revelarse
Á Dios la vida con furor volviendo,
Antes que Dios, que le prestó esa vida,
Irritado á la fuerza se la pida?

—Pues ahí verás, chavó.—¡Maldito sea
Vuestro tenaz y consecuente empeño
De hacer que al hombre ante mis ojos vea
Siempre imperfecto y misero y pequeño!
Si soñando mi mente se recrea
En creerle grande, respetad mi sueño!
Yo en el mundo he sembrado mis amores:
Dejad que nazcan y que coja flores.»

«No esas flores galanas en espinas
Me troqueis con crueldad á toda hora;
Dejadme que por sendas peregrinas
Busque el bien de que el alma se enamora.
Sobre nubes de amor, nubes divinas
Que el sol feliz de la esperanza dora,
Siento vagar mi espíritu sediento
De placeres, de dicha y de contento.»

«Dejadme, pues, que estático contemple
Las bóvedas del cielo esplendorosas;
Que con la brisa regalada temple
El fuego de mis sienas ardorosas.
No mi ilusión fantástica destemple
El hielo de las dudas horrorosas
Con que, al pintarme vuestro labio al hombre,
Hacéis que mudo el corazón se asombre.»

«Yo quiero amar, amar y ser amado
Con inefable y candida pureza;
Ver el mundo feliz y entusiasmado
Siempre envuelto en su espléndida grandeza.
Quiero ver la virtud siempre á mi lado
Levantando arrogante su cabeza;
Quiero siempre soñar, si al despertarme
Negros mundos de horror queréis mostrarme.»

«Y tú, Lucas, que fuiste entre prisiones
En triste día mi primer maestro;
Tú que miras mis santas ilusiones
Pues toda el alma sin doblez te muestro;
¿Por qué intentas, con bárbaras razones
Hacerme ver que en el destino nuestro
Tanto fondo se encierra de amargura
Y tanto afán y tanta desventura?

«Triste de mí! esta noche he recibido,
Como un don estimable de la suerte,
El consuelo que un hombre enternecido
Sobre mi pecho generoso vierte.
Yo su mano estrechaba conmovido
Y esa mano; ay de mí! busca la muerte;
La muerte silenciosa, fiera, horrible...
Tú lo has dicho; mas eso es imposible.»

«Di mas bien que, enojado, en tu manía,
Calumniaste á D. Juan.»—«Bien observado,
El viejo replicó con calma fría,
Cuanto has dicho no está muy mal parlado.
Conserva cuanto quieras tu alegría,
Sigue viéndolo todo iluminado
Por el sol de la dicha y la esperanza:
Boga, boga, navega con bonanza.»

«Sigue tu rumbo, sigue tu camino;
Elévate gozoso hasta la altura;
Fórjate dichas, juzga al mundo indino
Todo lleno de dicha y de ventura.»

Oponerse á tu gusto es desatino;
 Bien mirado, me agrada la pintura;
 ¡Ja! ¡ja...! bien pronto, con rencor profundo,
 El mundo te hara ver lo que es el mundo.»

«Te hará ver... ¡pobre chico! vive alerta;
 Y si quieres seguir mi fiel consejo,
 Dá tres golpes al punto en esa puerta
 Mientras tu vuelta esperará este viejo.
 De esas cartas escrito en la cubierta
 Hay un nombre: pregunta con despejo
 Á quien abra la puerta, en tono claro,
 Por D. Enrique Macanaz y Haro.»

«Es pobre y tiene don: es caballero
 Y gasta como tal frac ó levita;
 Vive en alto; es decir, cuarto tercero;
 Cien escalones hay á donde habita.
 Si entras á verle, quitate el sombrero,
 Saluda, dá la carta, y á prisita
 Baja luego á buscarme, que hace frío
 Y aun tenemos que hablar, hijito mío.»

«Ya lo sabes: mi historia comenzada
 Te habra de entretener, mientras volvamos

Á vislumbrar de tu condesa amada
 El palacio, del cual nos apartamos,
 Te he dicho que esta noche en su morada
 Entrarás, y hablareis, y... vamos, vamos;
 Dá en la puerta tres golpes... Ya está hecho!
 Ya responden; ya bajan; lo sospecho.»—

Dijo Lucas, y lejos de la acera
 De un salto se plantó, viendo en seguida
 Que la puerta se abrió luego ligera
 Y entró Adam en la casa consabida.
 Subió el jóven al punto la escalera,
 La puerta se cerró, quedó sumida
 La calle en sombra, y Lucas con inercia
 Un cigarro encendió casi de á tercia.

Dejémosle un instante allí lanzando
 El humo que desgarrá sus pulmones,
 Pensativo, intranquilo, acaso dando
 Suspiros por sus muertas ilusiones,
 Y veremos, en tanto que salvando
 Adam vá ciento y pico de escalones,
 Lo que en el cuarto á donde Adam subia
 Dos ó tres horas antes sucedia.

CANTO XV.

Una habitacion modestamente amueblada
 en casa de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. — LUISA. — D. GENARO *(anciano de aspecto vigoroso y mirada inteligente y escéptica.)* — ALFREDO *(niño de cinco años.)*
 — AURORA *(de diez.)* — Aurora y Alfredo juegan á las muñecas. — D. Genaro les contempla con el mas tierno interés. — Enrique lee un periódico. — Luisa, sentada junto á un velador, está concluyendo de coser un magnífico traje. — La niña deja de pronto el juego y dice á Luisa:

AURORA.

Mamá, ¿quieres que te ayude?

LUISA.

Pronto acabo mi tarea.
 Mejor será que te acuestes.

AURORA.

Si tú, mamá, me lo ordenas...

DON GENARO.

Aun es temprano; dejadles
 Que jueguen con sus muñecas.

ENRIQUE. *(Dejando de leer.)*

¡Padre! ¿no vé usted...?

DON GENARO. *(Sonriendo.)*

¡Qué quieres...!

LUISA. *(En tono de cariñosa reconvención.)*

Usté á perder me los echa.

DON GENARO.

Mejor.

ALFREDO Y AURORA.

¡Viva el abuelito!

(Saltando sobre sus rodillas.)

DON GENARO.

¡Zalameros! *(Besándolos.)*

AURORA.

¿Juego?

DON GENARO.

Juega.

(Los niños vuelven á jugar y se colocan junto al balcon.)

DON GENARO.

La niñez es arbolito
 Que místico y sin vida queda
 Si el sol de las ilusiones
 Ocultan tupidas nieblas.
 Jugad, hijos, que mañana
 Dios sabe lo que os espera.
 —¡Di, Enrique...!

ENRIQUE.

¡Señor!

DON GENARO.

Tu periódico?

¿Qué trae

ENRIQUE.

Misericias.

Muchas misericias políticas.
Diatrivas, odios, reyertas...

DON GENARO.

¿Y en punto á noticias? ¿hablan
Por ventura de las guerras
Que al mundo agitan?

ENRIQUE.

No poco.

DON GENARO.

Yo que vivo en mi grosera
Ignorancia y que en vosotros
Cifro mi dicha completa,
Casi he perdido de vista
Cuanto acontece en la tierra.
Pero presumo que siguen
Con furor las gigantescas
Luchas de pueblos y hombres;
Y en esta edad tan perfecta,
Tan liberal, tan...

ENRIQUE.

Es cierto:

Las sociedades modernas
Se agitan...

DON GENARO.

Pues yo me pienso
Que en estas dichosas épocas
De luz, de vapor, de grandes
Adelantos, las ideas
Debieran salir triunfantes
Sin apelar á la fuerza
De las armas; la justicia
Y la razon, ser debieran
Árbitros del mundo entero.

ENRIQUE.

Vendrá un día en que acontezca
Lo que V. con tanto ahinco
Á todas horas desea.

DON GENARO.

Dios te conserve, hijo mio,
Tan generosas creencias,
Y el corazon de los hombres
Varie, para que puedan
Ser tus palabras de ahora
Perfectamente proféticas.—
¿Viste ya la gacetilla?

ENRIQUE.

Aun no comencé á leerla.

LUISA.

Hazlo en voz alta.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)*Soirée.*

DON GENARO.

Noble castellana tierra
Donde ya solo se habla
En una lengua extranjera!
Prosigue.

ENRIQUE.

¡Calla! Se casa
La de Alcira y...

DON GENARO.

La condesa
Se... ¿qué has dicho? ¡Desgraciada!
¿Y con quién?

ENRIQUE.

Dejad que lea.

(*Lo hace.*)

«Segun ayer insinuamos,
Entre las cien damas bellas,
Flor y gala de la corte
Y ornato de la grandeza,
Que el último besamanos
Realizaron con su presencia,
Figuraba en primer término,
Luciendo su gentileza,
Juventud, gracia y boato,
La simpática condesa
Viuda de Alcira...»

LUISA.

No miente
Quien asegure que es bella
Como pocas.

ENRIQUE.

Y tan rica
Como piadosa y espléndida
Segun dicen.

DON GENARO. (*Aparte.*)

¡Pobre jóven!
¿Por qué su nombre resuena
De tal modo en mis oídos
Que tiemblo si se habla de ella?

LUISA.

Vamos, sigue.

DON GENARO. (*Con avides.*)

Sí, prosigue.

ENRIQUE.

Mucho, padre, os interesa
Esa dama...

DON GENARO.

(*Con afectada indiferencia.*)

La conozco
Hace tiempo.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)

«Ahora otra nueva
Daremos á los lectores
Mucho mas grata y mas buena.
La condesa, que contrae
Segundas nupcias, ingresa

De nuevo en el mundo y abre
De su morada soberbia
Los salones; esta noche
Dá el primer baile...»

(*Enrique deja de leer y dice:*)

De modo

Que ese traje, para ella...

LUISA.

Para ella no; mas presumo
Que allí esta noche lo estrenan.
Por eso tal vez me dieron
Tanta prisa. Ya me queda
Poco que hacer.

DON GENARO.

¿Concluiste

La lectura?

ENRIQUE.

Solo restan

Las palabras de ordenanza
Respecto á la concurrencia
Brillante que á ese sarao
Acudirá. « De la fiesta,
Dice, será como siempre
Una incomparable reina
La ilustre viuda; ilustre
Por su cuna y por sus prendas.»

DON GENARO.

¡Aduladores! ¿qué saben
Ellos? ¡qué saben...!

ENRIQUE.

Cualquiera

Dirá, padre, que ese ancito
Odio y misterios revela.

DON GENARO.

¿Misterios y odio...? no, hijo;
No presumás tal; que sea
Dichosa, solo le pido
Al cielo con todas veras.

LUISA.

Y lo será. (*Levantándose.*) Por fortuna
Ya terminé mi faena.

(*Doblando el traje cuidadosamente.*)

Que vengan ahora, si quieren,
Por el traje.

ENRIQUE.

(*Dejando el periódico, que coge D. Genaro.*)

¡Cuánto bregas,

Luisa! ¿Por qué así pasas
Tan largos ratos en vela?
¿Por qué tu salud preciosa
Quebrantas? ¿Por qué no dejas
Estos trabajos prolijos...?

LUISA.

¿Ahora me sales con esas?
Yo trabajo honradamente
Sin que ninguno lo sepa...

ENRIQUE.

Pero yo sufro...

LUISA.

Y yo, en cambio,

Soy feliz.

ENRIQUE.

Porque eres buena,

Luisa.—Dentro de un rato

Se llevarán esas prendas
Magníficas, que en el baile
Una mujer, menos bella
Que tú, lucirá orgullosa
Desvanecida y soberbia...

LUISA. (*Sonriendo.*)

Mientras que yo, derrochando
El fruto de mis tareas,
Haré á mis hijos un traje
Para los días de fiesta.

ENRIQUE.

Dame un abrazo, Luisa;
¡Bendita! bendita seas! (*La abraza.*)

ESCENA II.

Dichos y ANSELMO vestida con exagerada elegancia, el cual dice desde la puerta:

ANSELMO.

¡Bello! ¡sublime! ¡magnífico!
¡Piramidal! ¡estupendo...!
Os abrazais como tórtolos
Enamorados y tiernos.
—Buenas noches, Don Genaro.

DON GENARO. (*De mal humor.*)

Buenas noches, D. Anselmo.

(*Don Genaro se levanta, cruza la habitación y se sienta al lado de la mesa; toma el periódico y lee para sí.—Luisa, sobre cuya frente ha pasado una nube de tristeza, coge a los niños de la mano, hace un ligero saludo y se entra en la alcoba donde estos suelen dormir.—Anselmo, poniéndose los anteojos, se fija un poco en Luisa y luego se dirige á Enrique, que le alarga su mano.—Los dos hablan aparte, bajando la voz.*)

ENRIQUE.

¿Qué hay de nuevo?

ANSELMO.

¿Sabes, chico,
Lo que en este instante pienso?

ENRIQUE.

¿Qué piensas?

ANSELMO.

Que las personas
Que se crian en los pueblos
Son montaraces.

ENRIQUE.

Explicáte,
Porque yo no te comprendo.

ANSELMO.

¿No adviertes que tu costilla
Se vá al punto que yo vengo
Como si fuera á comérmela
Saludándola? ¿Qué genios!

ENRIQUE.

Paréceme que á mi esposa
Quieres tratar con desprecio,
Y eso, Anselmo, no lo sufro;
Sirvate bien de gobierno.

ANSELMO.

¿Te amostazas con tu antiguo
Camarada de colegio
Por una broma que...?

ENRIQUE.

Luisa
No nació en la corte, es cierto.
Sus padres eran muy pobres;
Pero entre humildes labriegos,
La santa virtud se anida
Mejor que en los grandes centros.
Donde entre capas de oro
Hay tanto asqueroso cieno.

(Variando de tono.)

Mi esposa se habrá marchado
Para dejarnos que hablemos
A solas, y hacer que recen
Los niños, al propio tiempo
Que se acuestan.

ANSELMO.

(Santurrones,
Hipócritas, embusteros!)

ENRIQUE.

¿Qué hablabas?

ANSELMO.

Pienso que sois
Tan beatos como buenos
Creyentes.

ENRIQUE.

Y ¿por qué causa
Lo dices con ese acento
Irónico?—Cuando entraste
Fuimos de tu burla objeto
Porque mi esposa en mis brazos
Estaba; se marcha luego
A hacer que sus hijos alcen
Sus puros y humildes ruegos
A Dios, y esto te parece
Estrano, raro, grotesco.
¿Es que nunca comprendiste
El noble y sencillo afecto
Que a dos almas para siempre
Unió en el hogar doméstico
Con lazos indisolubles
Tan honrados como bellos?
Y si concibes que un día,
Cansado de ser soltero,
Careciendo de familia,
Tal vez fatigado, enfermo
Del corazón, hallar puedes
Paz, felicidad, consuelos,
Reclinando tu cabeza
Sobre el amoroso seno
De una mujer que te ame
Y se una a ti con estrechos
Vinculos; si por ventura
Te concede hijos el cielo
Y en los ojos de esos hijos,
Que son cual pedazos tiernos
Del alma, á mirarte llegas,
Cifrando tu dicha en ellos,
¿Podrás renunciar entonces
Al placer de hacerlos buenos,
Humildes y temerosos
De Dios? Porque el mundo nécio
Se burle de tí ó te llame
Santurron, beato y crédulo,
¿Permitirás que esos hijos
Creciendo se hagan escépticos,
Renunciando á las dulzuras
De aquel que guarda en su pecho
La fé, la esperanza, el santo
Amor que todos debemos

Á quien puede en un instante
Con un soplo deshacernos?
¡Ah! si es así, si la duda
Cruel, si el abismo inmenso
Que abre en el alma la impia
Incredulidad, y el ciego
Feroz orgullo, son prendas
Que acariciaste soberbio,
Deja que mis hijos recen;
Deja que recen, Anselmo.

ANSELMO.

Tu oracion no ha sido breve;
Ha sido un sermón completo;
Pero por fortuna, Enrique,
Pienso morir me soltero;
Es decir, no estoy tentado
A suicidarme, teniendo
Mujer y chicos herones
Que son sin duda el infierno
De la vida.

ENRIQUE.

Ó el oasis
Donde el sediento viajero
Halló al fin la clara fuente
Que no encontró en el desierto
De esa vida.

DON GENARO. (En voz alta á su hijo.)

Escucha, Enrique,
Ya que te gustan los versos,
Estos que trae el periódico
Y que juzgo verdaderos.

(Lee.)

«La amistad es un lazo
Que Dios engasta
Con perlas y diamantes
Sobre oro y plata.
Lazo que tejen
Los ángeles, y al hombre
Luego le ofrecen.»

«No hay tesoro mas grande
Que un buen amigo;
Sus consejos nos llevan
Al buen camino.
Nuestras desdichas
El amigo amoroso
Tierno mitiga.»

«Mas tened, hombres todos,
Sumo cuidado
En que nunca os dominen
Amigos falsos.
Que el bueno, el cielo
Le dá; y el malo, aborta
De los infiernos.»

(Mientras D. Genaro ha estado leyendo, Anselmo no ha dejado de hablar á Enrique, el cual, por cortesía, se ha visto obligado á prestarle atención mostrando despues cierto asombro. D. Genaro levanta la cabeza y viendo que no le escuchan, arroja el periódico sobre la mesa, se levanta, y sin dar las buenas noches se retira murmurando algunas palabras ininteligibles.— Al mismo tiempo sale Luisa de la alcoba donde duermen los niños y se va con D. Genaro por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

Enrique.—Anselmo.

ENRIQUE.

¿Qué me dices? (*Con admiración.*)

ANSELMO.

Lo que oyes:
 Conspiro contra el gobierno
 Porque ciego corre y loco
 Al abismo; brama el pueblo
 Indignado, y todo el mundo
 Deplora los desaciertos
 De esa torpe camarilla,
 Compuesta de hombres ineptos
 Y ambiciosos miserables,
 Que hace demasiado tiempo
 Vienen el sudor chupando
 De los pobres.

ENRIQUE.

(*Con intención.*)

Pues me pienso
 Que no habrás contribuido
 Con el tuyo á enriquecerlos.

ANSELMO.

Tu epigrama, buen Enrique,
 No ha producido su efecto.
 Nací pobre y pobre vivo;
 Pero patriotismo tengo
 Y voluntad... y pulmones,
 Que no es poco...

ENRIQUE.

Ya lo creo.

Para el caso, de seguro
 Vales...

ANSELMO.

Valgo lo que peso.
 Ya lo verás.

ENRIQUE.

Pero espones...

ANSELMO.

Ya sé que espongo el pellejo;
 Mas ¿qué quietes? lo he pensado
 Grandemente y... lo confieso:
 Para vivir como vivo
 Jugarme el todo prefiero.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo vives?

ANSELMO.

Luchando
 Con acreedores molestos
 Que me abruma: lleno siempre
 De compromisos inmeasos,
 Y anhelando inútilmente
 Subir á los altos puestos
 Que otros logran mas felices
 Tal vez con menores méritos.

ENRIQUE.

Dime: ¿y no fuera mas propio
 Que en vez de dar á los sueños
 De tu ambicion esas atas,
 Fueras replegando el vuelo

Hacia la vida pacífica
 Del ciudadano modesto?
 Yo era pobre, comparado
 Contigo, y libre me veo
 De deudas y compromisos
 Y disgustos de ese género.

ANSELMO.

Dichoso tú...

ENRIQUE.

No te pienses
 Que alguna vez no apetezco
 Vivir con mayor holgura.
 ¿Quién carece por completo
 De esa ambicion, de ese estímulo
 Legítimo, noble y bueno,
 Que á mejorar nos impelo
 Nuestra posicion? Yo anhelo
 Una fortuna, ganada
 Con mi sudor y mi esfuerzo,
 Para legar á mis hijos
 Un porvenir lisongero.
 Mas, como en el mundo, todos
 No nacimos para Cresos,
 Mis ilusiones reduzco,
 Aspiraciones contengo,
 Y en mi oscura medianía
 Vivo alegre y satisfecho.
 ¿No puedes tú hacer lo mismo
 Sin abrigar los proyectos
 Que guardas en este instante
 Poniéndote en tanto riesgo?
 Si supieran que conspiras...
 Solo de pensarlo tiemblo.

ANSELMO.

¡Ja! ¡ja...! Pareces... perdona
 Que lo diga...

ENRIQUE.

No me ofendo.
 Dí cuanto quieras.

ANSELMO.

Pareces
 Una doncellita; un tierno
 Rapaz que del aula sale...
 ¡Ja! ¡ja...! ¿Te asustas por eso?
 ¡Hombre! ¿en qué siglo naciste?
 Tú con los tiempos modernos
 No marchas.—Si soy ministro...

(*Con aire de petulante protección.*)

ENRIQUE.

Mil gracias, te lo agradezco.

ANSELMO.

La empresa es grande y segura.
 Hombres competentes; diestros
 Políticos; gente brava
 Que nos secunde al momento...
 Todo, todo cuanto puede
 Apetecerse, tenemos.

ENRIQUE.

En esos árduos caminos
 Dios os guie y os dé acierto,
 Haciendo que por vosotros
 Dichas nos depare el cielo.
 Y ¿quieres decirme cuando
 Va á suceder todo eso?

ANSELMO.

La hoguera está preparada ;
Los combustibles son buenos.
Y solo falta un chispazo
Que determine el incendio
General...

(*Se interrumpe y dice :*)

Una pregunta.

ENRIQUE.

Habla.

ANSELMO.

¿ Serás de los nuestros ?

ENRIQUE. (*Con dignidad y firmeza.*)

¡ Jamás !

ANSELMO.

¡ Cobarde !

ENRIQUE.

Permito
Que imagines tengo miedo,
Antes que ahogar ambicioso
Mis honrados sentimientos.
Si peligrara mi patria,
Si insolentes extranjeros
Vinieran en son de guerra,
Orgullosos y soberbios
A hollar los limpios laureles
Que brotan en este suelo
Donde he nacido, verías
Como yo de los primeros
Que volaran al combate
Sería.

ANSELMO.

Basta, te ruego
Que no prosigas.

ENRIQUE.

No basta.
Escúchame un poco, Anselmo.
Hace años que en el mundo
Vacilantes los gobiernos
Oyen alzarse en mil partes
Las voces del descontento.
Si es la savia poderosa
Que brota con el progreso
De la humanidad, y hace
Hervir la sangre en el pecho
Del que piensa en los horrores
De algunos bárbaros tiempos
De opresión, que ya pasaron,
Será muy noble, por cierto,
Ese afán; mas es posible...
Oye y no frunzas el ceño.
Es posible que la causa
De mil trastornos violentos
Sean la ambición y el orgullo
Con que ahora todos nacemos.
Somos iguales, y... ¡ es claro !
Como el que mas y el que menos.
Tenemos aspiraciones
Altas, muy altas; soberbio
El corazón nos inspira
Levantados pensamientos
Y como tú, con audacia
La vista en todo ponemos.

ANSELMO.

Sin lucha no hay gloria.

ENRIQUE.

Es claro.

ANSELMO.

Sin valor no hay vencimiento.
Quien puede mas, ese lleva
La palma.

ENRIQUE.

Mas si el esfuerzo
No es noble, afrentado queda
El vencedor.

ANSELMO.

Solo el éxito
Decide ya de las cosas.

ENRIQUE.

Tienes razon, bien lo veo.
Pero es odioso, es infame
Y digno de vituperio,
Que sin fé, sin patriotismo,
Sin pudor y sin talento,
Solo con el ansia loca
De adquirir faciles medros,
Y de elevarse gigante
Quien ha nacido pigmeo.
Se atente tal vez en contra
De la dicha de los pueblos,
Haciendo de la política
Un abominable juego
Que repugna a quien de veras
Se identifica con ellos.
Tal es mi opinion.

(*Dá algunos paseos por el cuarto.*)

ANSELMO. (*Aparte.*)

(*¡ Menguado !*)

Es un pária; un pobre necio.
Me ha insultado, me desprecia
Y yo en pago le aborrezco.
Sigamos la comenzada
Empresa, disimulemos
Y vayamos preparando
De esa mujer el asedio,
Hasta que venza su irabécil
Repugnancia. En estos tiempos
No hay virtud que no se rinda...)

ENRIQUE.

Mi esposa se acerca: hablemos
De otras cosas.

ESCENA IV.

Dichos.—Luisa.

ENRIQUE.

¿ Y los niños ?

LUISA.

Rezando se me durmieron.

ENRIQUE.

¿ Y mi padre ?

LUISA.

Parecía
Que estaba un poco indispuerto...

ENRIQUE.

¿Que dices...? Y yo, ignorante...
Perdonad; al punto vuelvo.

(Vase.)

ESCENA V.

ANSELMO Y LUISA.—(Ambos guardan silencio unos breves instantes.)

ANSELMO.

Y bien, Luisa...!

LUISA.

D. Anselmo!

ANSELMO.

¿Qué es lo que me dice usted?
¿Querrá V. desesperarme...?

LUISA.

¡Silencio! que acaso esté
Mi Enrique aun cerca; ¡silencio!
No me haga el juicio perder.

ANSELMO. (Con cólera.)

¡Enrique! ¿por qué ese nombre
Con tenacidad cruel,
Mis ilusiones de amante
Suele así desvanecer?
¡Oh! ¿por qué, por qué en Enrique
Deposita tanta fé,
Tanto amor, tanta constancia,
Si él es indigno de ser
Tan querido? Siempre débil
É irresoluto, ni el bien
Puede ofrecerle, ni nunca
Podrá buscar el placer,
La dicha que V. merece
Y que yo la ofreceré.
Yo emprendedor, atrevido,
Entre el mundano vaiven
Posiciones elevadas
Con el tiempo escalaré,
Mientras él oscuro y pobre,
Aunque con ruda altivez,
Irà siempre progresando
Como el cangrejo, al revés.
Y nunca, con su modestia,
Sabrá escalar el poder,
Como yo, que acaso pronto
Altos títulos tendré,
Y posicón y riquezas
Que luego pondré à esos pies.
¡Luisa!

LUISA.

No siga; mi esposo
Serà lo que quiera usted;
Pero es honrado y me ama
Como yo le adoro à él.
Si pobre y oscuro vive,
Y por modesto se vé
De tal modo, yo contenta
Oscura vivo tambien.
No me seducen las galas,
Ni el fementido oropel,
Ni las lisonjas serviles,
Ni el sempiterno vaiven
Del mundo, porque me basta
Con lo que tengo; si à fé.

De lujo y de pompas vanas
Soy pobre; pero tambien
Me hallo rica de ilusiones
En medio de mi estrechez.

ANSELMO.

De modo que... seamos francos...

LUISA.

Siempre lo fui y lo seré.

ANSELMO.

¿Usted me desdeña y sigue
Despreciándome...?

LUISA.

Así es.

ANSELMO.

¡Luisa!

LUISA.

¡Basta! mi decoro
Me manda insinuar à usted...

(Señalándole la puerta.)

ANSELMO.

¡Señora...!

LUISA.

Basta, repito,
De acciones de mala ley.
Si usted, amistad brindando
À mi pobre esposo fiel,
Una vez, y dos, y ciento,
De amor me habló, y le escuché
Con la sonrisa en los labios
Y en el corazon la hiel,
Tenga usted bien entendido,
Y téngalo en cuenta bien,
Que he callado... porque temo
Que Enrique le mate à usted.

ANSELMO.

¡Luisa! tan solo una frase
De amor sus labios me den;
Una remota esperanza
Y esclavo suyo seré!

LUISA.

¡Silencio! cuando una esposa,
Es madre y mujer de bien,
Y un amigo de su esposo
Torpe se arrastra à sus pies,
Esa esposa con desprecio
À ese Judas debe ver.
Silencio, repito, y saiga
De mi casa.

ANSELMO.

Yo saldré;
Mas antes juro vengarme
De ese su attivo desden.

LUISA.

La venganza de un malvado
Nunca me podrá imponer.

ANSELMO.

Yo le juro que en su honra
Con saña me cebaré;
Que haré que pierda su esposo
Los recursos que posee...

LUISA.

¡Cuánta infamia!

ANSELMO.

¡Luisa! ¡Luisa!

LUISA.

¡Oh!

ANSELMO.

Por la última vez:
Ó su amor, ó mi venganza;
Mírelo y piénselo bien.

LUISA.

¡Atrás, villano! mi honra
Limpia está; no la manché;
Clava tus dientes en ella
Si te atreves á morder.
Lo demás tampoco importa;
Si lo poco que posee
Mi esposo, á quitarle llegan,
Y mi trabajo no es
Suficiente, yo á mis hijos
De la mano cogeré,
Y una limosna bendita,
Pues la pobreza no es
Un crimen, de puerta en puerta
Humilde demandaré.

ANSELMO.

Enrique se acerca... ¡Luisa!
¡Silencio! cálmese usted.

LUISA.

(Tiene miedo. ¡Me he salvado!)

ANSELMO. (*Maquinalmente.*)

Si él supiera...

LUISA.

(*Me salvé.*)

ESCENA VI.

Dichos.—Enrique.

ENRIQUE.

Mi padre me despidió...
Mas ¿qué tienes, Luisa mía?
Cualquiera al verte diría
Que algo te sobrecogió.
De tu mejilla encendida
Los bellos matices rojos
Se apagaron, y en tus ojos
Una lágrima escondida
Brotó; ¿qué tienes?

LUISA.

¿Yo...? nada.

(Mucho inmutarme debí.)

ENRIQUE.

Pero esa emoción ..

(*Dirigiendo á Anselmo una mirada investigadora.*)

LUISA.

Si, si.

Confieso que estoy turbada.
Mas no pienses que un momento
Se eclipsó la dicha mía;
Antes bien es de alegría
La turbación que ahora siento.

ENRIQUE.

¿Es verdad, Anselmo?

LUISA.

Él

La culpa tuvo de todo.

ANSELMO.

Yo... la verdad...

(*Con inquietud.*)

LUISA.

(*Sin poder disimular su ironía.*)

De tal modo

Me pintó el cariño fiel
Que le inspiras; tu retrato
Hizo con tantos primores,
Y con tan bellos colores
Que me encantó su relato.
En quererte soy prolija;
Y una esposa, al ver su esposo
Retratado y tan hermoso...
Claro está; se regocija.
Tu amigo te dió la palma
Viéndote ausente de mí,
Y habló con júbilo aquí
De las prendas de tu alma.
Tanto afecto te mostró,
De tal entusiasmo lleno,
Que mi pecho estar sereno
No supo y... se conmovió.

ENRIQUE.

¿Tienes algo que observar
Anselmo? (El alma predice
No se qué.)

ANSELMO.

(*Tomando su sombrero.*)

Luisa te dice

Y no lo debes dudar.

ENRIQUE.

¿Te marchas?

ANSELMO.

Si, tengo prisa.

(*¡Furioso estoy, voto á bríos!*)
Me esperan... Queda con Dios.

(*Dá la mano á Enrique, que le tiende la suya con marcada frialdad. Luego lanza una mirada iracunda que hace temblar á Luisa, y dice retirándose precipitadamente:*)

Á los pies de usted, Luisa.

ESCENA VII.

Luisa.—Enrique.

(Momentos de silencio.—Enrique se sienta junto á la mesa y parece inquieto y preocupado.—Luisa le sigue y despues de un ligero intervalo, le dice:)

LUISA.

Enrique...

ENRIQUE.

¡Luisa!

LUISA.
¿Qué tienes?
ENRIQUE.
No sé.

LUISA.
¿Estás triste?
ENRIQUE.
Acaso.

LUISA.
¿Sospechas?
ENRIQUE.
Tal vez.

LUISA.
¿De quién?
ENRIQUE.
No lo acierto;

Mas óyeme bien.
Quien tiene una joya
Que juzga de prez;
Quien guarda un tesoro
Mirándose en él;
Quien una ventura
Llegó á poseer;
Y vé que un bandido
Con ánsia cruel,
Su joya codicia,
Le envidia su bien,
Le arranca el tesoro
Que guarda con fé;
Preciso es que sufra,
Que llegue á temer
Le quiten á un tiempo
La vida también.
¿Comprendes?

LUISA.
Apenas
Te puedo entender,
Pues noto en tus frases
Temor y altivez.
Yo sé que en el mundo,
Sin honra y sin ley
Bandidos infames
No deja de haber.
Mas dueño que guarda
Con dulce interés
Su prenda querida,
No debe temer.
Seguro es que nadie
Le quite el joyel
Que sabe dichoso
Y amante esconder.
Vendrán los bandidos
Avaros tal vez;
Vendrán... ma: te juro
Que iráse sin él.

ENRIQUE.
¿De veras?

LUISA.
(*Sonriéndose.*) De veras.

ENRIQUE.
¿Te puedo creer?

LUISA.
Ni cabe en mi pecho
La negra dobiez,
Ni nunca mis talios
Mintiendo manché.

ENRIQUE.
¡Dios mio! si un dia
Me fueras infiel;
Si yo sospechara
Que falsa y sin fé...

LUISA.
¡Enrique! ¿qué dices?
¿No sabes, cruel,
¿Quién soy? ¿por desdicha
Mis grillos no ves?
Cadenas de oro,
Con grato placer,
Arrastro; ¡ bendita
Su sauta estrechez!

ENRIQUE.
¿Qué grillos son esos?

LUISA.
¡Tus hijos! ¿ Los ves?

(*Se adelanta y abriendo las puertas de cristales de la alcoba en donde duermen los niños, se los muestra con dulce y cariñoso ademán. Luego dice con enternecido acento:*)

Allí están durmiendo;
Soñando tal vez;
Y bajo sus alas
El angel Gabriel
Les cubre amoroso.

(*Con exaltación.*)

¡Contéplalos bien!

ENRIQUE.
¡Luisa!

LUISA.
¿Qué haces?

ENRIQUE.
Postrarme á tus pies.

LUISA.
Levanta.

ENRIQUE.
En tus brazos
Mi trono hallaré.
¡Feliz el que tiene
Tan noble mujer!

LUISA.
¿No dudas?

ENRIQUE.
No dudo.
Descuida, mi bien.

(*A parte.*)

(*Si insiste el bandido
Matarle sabré.*)

(*Se oyen á cierta distancia tres alabazos dados en la puerta de la calle.*)

ESCENA VIII.

Enrique.—Luisa, y luego Juana.

ENRIQUE.

Será Alarcon. ¿Has oído?

LUISA.

Sin dula cerraron ya
La puerta, debe ser tarde.
Tal vez por esto vendrán.

(Colocando el traje en un sofá.)

¡Juana! ¡Juana!

JUANA. (Entrando.)

¡Señorita!

LUISA.

Baja y abre.

JUANA.

¿Y quién será
A estas horas?

ENRIQUE.

No te estrañes.

Será mi amigo D. Juan.

JUANA.

¿Y si fuese otra persona?

LUISA.

Que suba: venir podrán
Por ese traje...

JUANA.

Pues voy

Corriendo...

(Váse Juana.)

ENRIQUE.

Dices verdad:

No me acordé de esas prendas
Que esta noche han de estrenar...

(Se pasea con inquietud y se acerca á la puerta.)

LUISA.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

Mujer, lo ignoro:

Pero siento algun afan
Al ver que no ha parecido
Esta noche por acá
Alarcon.

LUISA.

Mucho le quieres.

ENRIQUE.

¿Como no le he de estimar?
Sufre tanto y es tan bueno,
Tan consecuente y leal...!
Por otra parte, mi padre...
Ya lo sabes...

LUISA.

¡Oh! no hay

Duda: le quiere en extremo,
Y suele de él siempre hablar
Con calor, con entusiasmo...
Ayer, sin ir mas allá,
Hablando de él me decía:
«¡Por qué no tengo caudal
Para hacerle tan dichoso
Como merece!»

ENRIQUE.

Jamás

Creí que el modesto empleo
Que tenía...

LUISA.

Es bien fatal
La suerte del que depende
De otro; el pobre estará
Con su alorada familia
En la miseria quizás.

ENRIQUE.

Silencio...

(Sintiendo las pisadas de los que se acercan.)

ESCENA IX.

Enrique.—Luisa.—Juana, y luego Adam.

ENRIQUE.

¿Quién es?

JUANA.

Un jóven...

Vete ahí.

(Adam aparece con el sombrero en la mano.)

ENRIQUE.

(No era D. Juan!)

JUANA.

(Marchándose despues de echar una ojeada sobre Adam.)

(¡Guapo mozo!)

ENRIQUE.

¿Qué se ofrece?

ADAM. (Desde la puerta.)

¿D. Enrique Macanaz...?

ENRIQUE.

Yo soy ¿qué ocurre?

ADAM.

Esta carta

Me mandaron entregar...

ENRIQUE.

¿Á quién?

ADAM.

Á usted. (Alargándosela.)

ENRIQUE.

(Tomándola.) Venga.
(La abre y dice:) ¡Cielos!
¡Oh! ¡qué miro! (Lee.)

ADAM.

(Inquieto está

Mi corazon como nunca,
Lleno de emocion y afan,
Al recordar lo que há poco
Me dijo Lucas: ¿será
Posible que llegue tarde
Y que haya muerto-D. Juan?)

ENRIQUE. (Dando un grito.)

¡Luisa...! ¡D. Juan ha muerto!

LUISA. (Con espanto.)

¿Qué dices?

(Ambos recorren con avidéz el escrito.)

ADAM.

¡Fatalidad!
¡Fatalidad! ¡ya no llego
A tiempo! ¡no llego ya!
Viniera un momento antes
Y le salvara quizás.

ENRIQUE.

(Sin saber lo que hace y dejando caer la carta.)

¡Pronto! ¡mi sombrero! ¡Pronto!
¡Mi capa...! No hay que tardar
Un solo instante...

LUISA.

Y ¿á dónde
Tus pasos dirigirás?

ENRIQUE. *(Como fuera de sí.)*

¡Á su casa! tiene hijos...
¿No lo sabes? y aunque está
Decidido... sí, no hay duda...
¿Quién se aparta de su hogar
Para siempre, sin que antes
Facile un momento...? ¡Ay!
¿Qué padre, aunque pierda el juicio,
La vida perder querra
Sin dar un adios á aquellos
Que sumerge en la orfandad?

LUISA.

Tienes razon: corre, vuela...
¡Juana! ¡Juana!

ENRIQUE. *(En extremo impaciente.)*

¡No vendrá!

ESCENA X.

Dichos.—Juana.

(La criada entra con una luz.—Luiza, que ha salido de la sala, vuelve al instante con la capa y el sombrero, que entrega á su esposo. Este se pone ambas prendas, casi sin saber lo que hace, y echa á correr seguido de Juana.)

ESCENA XI.

Luiza y Adam.

LUISA.

¿Qué es esto, ¡cielos! qué es esto?
¿Será posible...?

(Sin reparar siquiera en que Adam permanece fijo, inmóvil y mirándola maquinalmente, se acerca á la mesa junto á la cual estuvo Enrique, y recogiendo la carta que este ha dejado olvidada, la lee vertiendo una lágrima.)

ADAM.

¡Se van!
Me dejan aquí...

LUISA.

Veamos.
¡Oh! ¡qué terrible ansiedad!
Tan jóven y tan honrado
Á sus dias atentar...
¡Virgen Santa! no permitas
Que tenga un fin tan fatal!

(Luiza lee, unas veces en voz alta y otras para sí, con creciente dolor y ansiedad.—Adam, que permanece de pie, inmóvil, silencioso y atónito, la escucha y contempla sin atreverse á interrumpirla.—Luiza, despues de haber terminado la lectura, se vuelve, y al reparar en Adam, deja escapar una exclamacion de sorpresa y de miedo, y retrocediendo algunos pasos exclama:)

LUISA.

¿Usted aquí todavía...?
¿Qué quiere? ¿quién es? ¿qué espera?
(Ya caigo; puede que quiera...)
Tome V... yo no sabia...

(Le alargaba una moneda que Adam rehusa instintivamente.)

Tómela V. sin rubor;
No tengo mas por ahora... *(Insistiendo.)*

ADAM.

¡Señora...! ¡por Dios...! ¡Señora!
Respete V. mi dolor.

LUISA.

No es fácil que al suyo atienda
Cuando el nuestro es infinito.
Mas... seguro, en ese escrito
Aларcon le recomienda.
Sí, sí.

(Vuelve á coger la carta y lee en alto.)

«En mi último instante
Recomendaros me atrevo
Al dador: es un mancebo
Infeliz, rudo, ignorante;
Mas su noble condition
Vale sin dada un tesoro;
No lo dadeis, es de oro
Su sencillo corazon.»

(Luiza se enjuga una lágrima, y dice sollozando:)

¿Y qué quiere usted, qué quiere?
Ya ve usted lo que nos pasa;
El duelo ha entrado en mi casa
Y la desdicha nos hiere.
Espíquese y diga pues.
En qué servirle podremos;
Poco somos y valemos;
Mas ¿qué pretende? ¿quién es?

ADAM.

Quién soy no sé; dónde voy
No lo puedo descifrar;
Camino ciego al azar
Y estoy cuerdo y loco estoy.
Por hallar el bien batallo
Y el mal me sale al encuentro:
Busco en la houradez mi centro
Y siempre fuera me hallo.
Quiero luz y mi destino
Me envuelve en la sombra oscura;
Pretendo hallar la ventura
Y siempre yerro el camino.
Desearo de saivar
Á un hombre, aquí, como bueno,
Vine de esperanza lleno
Y hago llanto derramar.
Y me pesa haber venido;
Y á la vez, nécio y cobarde,
De haber llegado tan tarde
Ya me encuentro arrepentido.
¡Oh! señora, por piedad
Tenga de mi compasion;
Ilumine mi razon
Con la voz de la verdad.
Mi torpe ignorancia venza.
¿Qué estrella en mi vida influye?
¿Dó el infortunio concluye?
¿Dónde la dicha comienza?
Muerto D. Juan... pero no;
D. Juan no puede haber muerto,
Tengo, señora, por cierto
Que aun he de salvarle yo.
El mundo es grande, si á fé,
Mas yo, con ardor profundo,

Recorreré todo el mundo
Y á D. Juan encontraré.

LUISA.

Si, si; ¿quién sabe...?

ADAM.

Mi intento

Dios protegerá.

LUISA.

Si, si:

Yo quedo rogando aquí;
No tarde V. un momento.
¡Juana! ¡Juana!

(*Tirando del cordón de la campanilla.*)

ESCENA XII.

Dichos.—Juana.—D. Genaro.

(D. Genaro aparece vestido de negro con frac y corbata blancos, ostentando en su pecho dos ó tres cruces de honor.—Luisa le mira con verdadero asombro.—D. Genaro, triste, meditabundo, pero resuelto, pone su mano en el hombro de Adam, y le dice:)

DON GENARO.

Vé, leal

Corazon! si Dios te inspira,
Vuela al punto á donde acaso
El cielo tu planta guía.
Corre, y si salvarle puedes,
Tu acción el mundo bendiga,
Que vas en busca de un padre.
Que es de un fiero monstruo víctima.
¡Pobre D. Juan...! Estas lágrimas

(*Enjugándose el llanto.*)

Que soy débil atestiguan;
Pero no me importa: pronto
Recobraré mi energía.

(*Á Luisa.*)

Lo sé todo... no te admires...
Eres muy honrada, hija;
Dios te premie el santo afecto
Que fiel á Enrique prodigas.
Todo cuanto aquí ha pasado
Cuidadosamente oía,
Porque velo por vosotros
Que sois vida de mi vida.
Ahora es fuerza que volvamos
Hacia otra parte la vista.

(*Á Adam.*)

Usted es jóven, es ágil,
Yo seguirle no podría...
Yaya V. y que en su empresa
Un ángel bueno le asista.
Mas si alguna vez, doliente
De la amistad necesita,
No olvide nunca á este viejo
Que con la suya le brinda.

(*Estrechando cariñosamente la mano de Adam.*)

LUISA.

Acompáñale y alúmbrale,
Juana.

JUANA.

Ya voy, señorita.

(*Adam saluda y sale apresuradamente.*)

ESCENA XIII.

Luisa.—D. Genaro.

LUISA.

Y ahora V. con ese traje...
¡Padre mio...!

DON GENARO.

No te aflijas.

Voy á vengarle si ha muerto,
Y á proteger su familia.
Si aun vive, voy á salvarle
Del crimen y la ignominia.

LUISA.

Pero así... solo... á sus años...
Por Dios, padre, que no insista.
Y si insiste... al menos...

DON GENARO.

Habla.

LUISA.

Iré yo en su compañía.

DON GENARO.

¿Tú conmigo á esos salones
Dó la soberbia se abriga?
¡Calla, inocente! tú ignoras
Que acaso se morfarian
Cien damas encopetadas
Del rubor, que á tus mejillas
Sacase el carmin precioso
Que ellas en las suyas pintan.
Deja, deja que en aquellos
Recintos, en donde brilla
Tanto fuego fatuo, el alma
Facile, se postre y rinda,
Entre fugaces placeres
Que la secan y aniquilan.
Si allí la modestia muere,
Si allí la virtud peligra,
No dejes estos rincones;
No los dejes en tu vida.

LUISA.

No insistiré: pero ¿puedo
Saber al menos...?

DON GENARO.

Si, hija,

LUISA.

¿Dónde vá usted?

DON GENARO.

Al palacio
De la condesa de Alcira.—
Sácame la capa.

LUISA. (*Vacilando todavía.*)

¡Padre!

DON GENARO.

Sácame la capa, Luisa;
Que un viejo cuidarse debe
Y esta la noche algo fría.

(*Luisa sale de la habitación.*)

ESCENA ULTIMA.

DON GENARO.

¡Dios mio! que yo le salve
Ó que vengarle consiga!
Descargad sobre el inicuo
Que ha emponznado mil vidas,
Todo el peso irresistible
De vuestra eterna justicia!

CANTO XVI.

I.

Que es condicion de todos los mortales
 Vivir soñando bienes
 Mientras se agrupan en redor los males,
 Harto sabido, mi lector, lo tienes.
 Mas es cosa tambien harto segura
 Que aunque alejar queramos,
 A fuerza de galanas ilusiones,
 La negra desventura,
 Siempre á parar vengamos
 En que habrá que creer en ocasiones
 Lo que despiertos con dolor miramos.

Yo confieso que es triste
 Pintar ¡ay! de la vida los arosjos;
 Y confieso tambien que mas poesia
 Mi trabajo tendria
 Presentando otro mundo ante tus ojos.
 Mas no puedo engañarme ni engañarte;
 Ni este valle de lágrimas sin cuento
 Me es dado presentarte
 Mas alegre y feliz; tenga ese intento
 Quien, con labio falaz al hombre adulto,
 Ó ensalzando las miserables pasiones
 Siempre abulte su efimero contento
 Y sus hondos pesares disimule:
 Que yo tengo por ciertas y evidentes
 Las máximas siguientes:
*«Breve, dudosa vida con tormento,
 Cierta temor, desconsolados
 Son de nuestra miseria el fundamento (1).»*
 Y es la verdad, que ciega la fortuna
 Nos tiene preparados
 Con bárbaros rigores
 Mil contrarios sucesos, mil dolores
«Desde el primer sollozo de la cuna (2).»

¡Feliz, feliz quien pueda
 En plácida bonanza
 Ver deslizarse sus tranquilos días,
 Realizando sus dulces esperanzas,
 Sin que nubes sombrías
 Empañen sus continuas alegrías!
 Para mí la existencia
 Jamás fué tan dichosa; nunca el alma
 Pudo gozar de tan completa calma
 Ni aun en la pura edad de la inocencia.
 Una y cien y mil veces,
 Sediento el labio, el alma dolorida,
 Del cáliz de la vida
 Llegué á gustar emponzoñadas heces.
 Vi á mis padres morir y á mis hermanos;
 Al amigo querido en tierra fria
 Convertido encontré; yo entonces era
 Casi un niño, cruzó el dolor mis manos

Y al cielo con fervor, puesto de hinojos,
 La voz alcé doliente y lastimera;
 Oré, cerré los ojos,
 Y al través de mis parpados veía
 Las sombras veneradas
 Y siempre idolatradas
 De aquellos seres que mi amor perdía!

¡Bella ilusion! delirio idolatrado
 Que del mar borrascoso de las penas
 Un instante suspendes la bravura;
 ¿Por qué si el alma llenas
 De amor y de ventura,
 Los alejes del recuerdo impio
 Por siempre no refrenas?
 Si un instante de plácida bonanza
 Ofreces al pesar mudo y sombrío,
 ¿Por qué, con grato y bondadoso empeño,
 No prolongas al menos la esperanza?
 ¡Es tan horrible al despertar de un sueño
 Ver el vacío que la mente alcanza!

—Mas valiera morir; sí, mas valiera...
 —Pero aquí, mis lectores,
 Reparo que he dejado en la escalera,
 Entre un cuarto tercero
 Y la calle, á un amigo verdadero;
 Y reparo que olvidó sus dolores
 Por ocuparme solo de los míos.
 Siempre el hombre así fué, siempre mayores
 Nuestros males juzgamos, mas sombríos.

Digo, pues, que bajaba
 Adam los ciento y pico de escalones;
 Y á medida que al término llegaba
 Se amenguaban sus locas ilusiones.
 Si D. Juan decidido de tal suerte
 Á morir se mostró ¿de qué manera
 En su impotencia, misero, pudiera
 Arrancarle á los brazos de la muerte?

Sin duda Adam abría
 Sus ojos ya; la realidad odiosa
 Por su desgracia con pavor veía.
 Volvió la temerosa
 Tempestad á bramar sobre su frente,
 Y al amigo reciente,
 A quien ya amaba como tierno hermano,
 Por perdido lloró; ¡locura extraña!
 Llorando y todo, acarició en secreto
 Una nueva esperanza; era el lejano
 Eco falaz que al corazón engaña;
 Era el recuerdo del amado objeto;
 La última y loca y generosa idea
 Que, en el supremo instante, con terrible
 Ansiedad, quiere hacer de un imposible
 Brotar el bien que el corazón desea.

Pensó en Lucas; aquel viejo menguado
 Que, en su concepto, todo lo sabía,
 Tal vez con su cinismo y desenfado
 El problema fatal resolvería.

(1) Herrera.

(2) Ricci.

¿Quién sabe? Aquel bandido,
Lienándole de asombro y de sorpresa,
Háblale ofrecido
Llevarle á la mansion de la condesa
De Alcira, no escalando
Sus rejas y balcones; sino haciendo
Que ella con pecho conmovido y blando
Las tiernas frases de su labio oñera:
¿Qué prestigio mayor tener pudiera
El misterioso viejo, á quien un día
Sepultado en un negro calabozo
Dejó, y hoy le ofrecía,
Presentándose libre en su camino,
Un porvenir de delirante gozo,
De amor inmenso y de placer divino?

.....

¿Veis á un niño llorar á un tiempo dado
Y reir á la vez, y estremecerse,
Y mostrarse asombrado,
Sin saber lo qué hacerse,
En medio del dolor y la alegría
Que súbitos le asaltan á porfía?
Pues Adam, de esa suerte,
Sintiendo ahora el corazón deshecho,
Sensaciones de amor, de vida y muerte
Loco albergaba en su sensible pecho,
Revolviendo en su mente calorosa
La duda horrible y la esperanza hermosa.

.....

Salió al fin á la calle, y diligente
En la acera de enfrente
Buscando á Lucas se plantó de un salto;
Mas fué grande su asombro y su amargura,
Mayor su sobresalto,
Cuando en vano buscó en la calle oscura
Del miserable viejo
La ruda y antipática figura.

Pidiendo Adam á su razón consejo
Tendió otra vez en derredor la vista,
Y azorado y perplejo,
En su propio sufrir hijo egoísta
Su mente trastornada.
¿Dónde ir y qué hacer? ¡Ah! ¿por qué loco
Abandonó el hogar de su Salada,
Teniendo, imbecil, su cariño en poco?
¿Quién le mandó á la senda extraviada
De un mundo lleno de cruel falsía
Arrojarse, si el mundo empedernido
Para él desconocido,
Solo sombras y abrojos le ofrecía?

.....

Sin saber dónde ir, con paso lento
Ya la calle dejaba,
Cuando de pronto, y próximo el momento
De doblar una esquina, vió contento
Un bulto que el camino le atajaba.
Era Lucas, que haciéndole una seña
Con ademán imperativo, al punto
En llevarle tras sí tenaz se empeña,
Diciéndole á la vez: —«Ven, y allí, junto
La reja aquella, mira lo que pasa
En esa triste y miserable casa.»

Diciendo así, los dos á un edificio
De fachada ruin se aproximaron;

Y al través de una misera ventana,
Cuyas anchas rendijas permitían
Ver y escuchar, sus ojos aplicaron;
Y al par que allí lo que se hablaba oían
El subsiguiente cuadro contemplaron.

Era un tugurio estrecho,
Húmedo, sucio, de apariencia ingrata,
De aspecto ruinoso
Des te el suelo hasta el techo,
Donde un viejo helon de hoja de lata
Su escasa luz lanzaba vergonzoso,
Sobre un menguado lecho,
Y una pobre mesilla,
Y alguna que otra silla
De apariencia ó color indefinible,
Pues la mejor hallábase inservible.

Y allí en el lecho estaba
Recostada una vieja que, impaciente,
De vez en vez lanzaba,
Con labio maldiciente,
Alguna imprecación, ó sonreía
Cuando no se movía
Provocando el dolor del accidente
Que sin duda postrada la tenía.
Y luego, desechando los enojos,
La saltona pupila de sus ojos
Con fijeza clavaba
En la mesa, que un grupo rodeaba
De hombres rudos de traje estrafalario
Y de patibulario
Rostro feroz; los cuales, con sosiego
Aparente, jugaban y bebían.
Fija el alma y los ojos en el juego
Y en la plata ó el oro que perdían.

—«Dos onzas á ese siete
Y ocho duros al rey;» dijo con calma,
Con su voz de falsete,
Un chusco mozalbete,
Que al parecer allí la voz llevaba
Y á quien Lucas miró con extrañeza.
—«Dos onzas—continuó—y aun la cabeza
Pondría yo á esa carta,
Por mas que haga chacota
Mi abuela, que así ensarta
Juramentos.» —«Sí, sí, bien se denota,
La anciana contestó, tu buen acierto:
El rey en puerta ha muerto
Y en vez del siete pintará la sota.
¿Lo ves? ¿no te lo he dicho?
Ya la sota salió: por tu capricho
Sin un real quedaremos; ¡Pupas! ¡Pupas!
Nieto mio, no juegues;
No mas al cielo escupas...
Yo estoy pobre y enferma; no te ciegues.»

—«Pues, señor, está visto;
(Gritó Pupas); erré con aquel siete.
Como ladron soy listo;
Mas, en punto á jugar, soy un zoquete.
Ahora verás, abuela:
Para salir de apuros,
Y á ver si este buen golpe te consuela,
Pongo el resto á ese as: van treinta duros.»

Perdiólos el muchacho impertinente,
Y la vieja, gritando enfurecida.
Presa se vió de un bárbaro accidente
Y víctima de horribles convulsiones.
Mas, volviendo á la vida,
Así gritó con todos sus pulmones:
—«¡Pillo! ¡pillo! tú fuiste
De mi hijo infeliz el asesino;

A tu madre al nacer diste la muerte;
Véte, véte de aquí; no quiero verte.
Sigue solo el camino
Que al presidio y la horca ha de llevarte;
Si no te vas, yo voy á denunciarte.
Llamaré á la justicia;
Diré que el bodegon habeis robado;
Que á ese pobre Alarcon le retenéis,
Dios sabe en dónde: haré que á ese malvado
Cura... si, si; diré que ahora tenéis
Otro crimen fraguado.
¿Entiendes? lo sé todo: ahora quereis
El palacio incendiar de la condesa
De Alcira; pero no lo lograréis.»

Si la vieja siguió, casi demente,
Revelando los planes de su gente,
No lo dice la crónica secreta.
Se sabe solamente
Que Adam sintió la mano
Posarse del tío Lucas en su hombro;
Y que, lleno de asombro,
Dejóse conducir por el anciano,
El cual despues le dijo:
—¿Qué te parece, hijo?
¿No es verdad que es preciso á la de Alcira
Defender y amparar?—«Si, si, marchemos,
Dijo Adam con ardor, vamos al punto;
Que ya mi pecho, rebosando de ira,
Su indomable valor, su fuego ardiente,
Quiere probar al que ofenderla intente.
Mas antes dime, por piedad, si es cierto
Que mi amigo D. Juan...—D. Juan no ha muerto.
—¿Le podremos salvar?—Te lo aseguro.
—Pues vamos donde quieras.—Por ahora
No hay cosa que nos ponga en grande apuro.
La carta de D. Juan su amigo Enrique
Tiene ya en su poder, cumpliste en eso.
Deja que el uno á la justicia esplique
La situacion del otro: el tal proceso
Su curso seguirá...—No entiendo nada...
—Yo me entiendo, chavó; vamos andando
Y verás si tu viejo camarada
La senda de tu bien te vá enseñando.
Los dos desbaratando
Iremos con gran maña
De ese mal cura la infernal maraña;
Y luego... vamos, luego
Tronará lo que truene, Adam amigo;
Tú el jolgorio verás, verás la gloria.—
Entretanto, prosigo
Mi comenzada interrumpida historia.
Verás si te interesa
El saber quién soy yo, quién la condesa.»

II.

Sigue la historia de Lucra.

«Contábate no há mucho, si no es flaca
Mi memoria, que al cabo la chaveta
Perdí; la moza, que anheló casaca,
Se apoderó sutil de mi chaqueta.
Nos unimos; en ello no hubo maca;
Junto á un altar sentí la voltereta
Que me dió el corazón; pero es notorio
Que consumado allí quedó el casorio.»

«Yo no sé, chavalillo, si tu sabes
Lo que lleva consigo el santo nudo.
Son cosas por demás serias y graves
Que acaso no comprende el mas sesudo.
Por el pronto, venenos con jarabes
Mezcla el diablo en un tarro, y testarudo,
Cada dia, (te dé una pataleta
Ó no te dé), una toma te receta.»

«No vayas á creer solo un momento
Que fui desventurado, ni colija
Tu mente, que yo estuve descontento,
Pues fué en quererme mi mujer prolija.
Unos meses despues del casamiento,
Ya lo sabes: tuvimos una hija
Bella y galana cual gentil capullo,
Que al verla daba admiracion y orgullo.»

«No es tan blanca la nieve que los hielos
Cristalizan, tan roja la alborada,
Ni el azul trasparente de los cielos
Tan bello cuando el sol vá de bajada,
Como alegres y azules sus ojuelos,
Como blanca su frente nacarada,
Como rojos sus labios de amapola
Corales bellos que arrojó una ola.»

«Perdóname; no sé lo que me digo;
Ella nació del mar en la ribera
Y fué perla que hallar no pudo abrigo
En la concha mezquina en que naciera.
De ser esto verdad, es buen testigo
El mundo que la acata y la pondera,
Mientras yo, que guardar silencio debo,
Ni aun á pensar en su primor me atrevo.»

«Creció tan lejos ¡ay! de mi mirada...!
Pero advierto, chavó, que estás suspensio,
Notando como formo una ensalada
Con mi dolor y mi placer inmenso.
Hora es ya que la historia comenzada
Prosiga, levantando el velo denso
Del misterio fatal que nos envuelve
Y loco ¡ay triste! por mi mal me vuelve.»

«Digo, pues, que su madre y yo, en aquella
Prenda del alma y lazo venturoso
De amor, que amor en nuestro pecho sella,
Nos mirábamos; yo con cariñoso
Afecto, quise á mi mujer por ella;
Por ella mi mujer amó á su esposo
Con delirio tambien; y con anhelo
Entre sus brazos la meció su abuelo.»

«Pero dicen que el bien muy poco dura
Y en verdad que es el mal mas consistente;
Nube fué de verano mi ventura
Que arrastró el huracan furiosamente.
De allí á poco á la negra sepultura
Fué mi suegro á parar, y vi doliente
Romperse luego de mi amor los lazos,
Pues mi Nemesia falleció en mis brazos.»

«¡Pobre mujer! con ansiedad prolija,
Clavando en mi los anhelantes ojos,
Cuya pupila vidriosa y fija
No revelaba ni rencor ni enojos,
Me dijo al espirar:—«Lucas, mi hija
Queda sola entre zarzas y entre abrojos;
¿Ves? ya en la cuna mi ataud contempla;
Vela por ella, sus dolores templa.»

«¡Pobre mujer! sin duda comprendia
Lo que vale la sombra de una madre;
Tres meses nuestra hija no tenia

Y sola vióse al lado de un mal padre.
 ¡Un mal padre...! sí, sí, ¡pobre hija mía!
 Yo debo confesarlo aunque taladre
 Mi pecho aguda pena, aunque me abruma
 El inmenso dolor que me consume.»

«Bien es verdad, que fui tan desgraciado
 Que disculpa me ofrece mi destino:
 Pobre, triste, viudo, contrariado.
 Solo hallé penas mil en mi camino.
 Los bienes de mi suegro, á mi cuidado
 Quedaban; mas la herencia luego vino
 Á ser la piedra que ofreció á mi vida
 Y á mi paz y á mi bien ruda caída.»

«De Nemesia enfadados los parientes
 Un pleito me movieron al instante;
 Y luego, rebuscando antecedentes,
 Supieron mi pasado repugnante.
 La justicia, tomándose entre dientes,
 Pretendió con calor echarme el guante;
 Mas yo, á mi vez, aunque parezca ingrato,
 No quise entrar con la justicia en trato.»

«Tuve que huir dejando á mi preciosa
 Hija infeliz nacida en mala estrella,
 En brazos ¡ay! de una mujer piadosa
 Que al partir me ofreció velar por ella.
 Solo y á pié, por ser segura cosa
 Que á caballo darían con mi huella,
 Del cortijo salí donde vivía,
 En una noche tenebrosa y fría.»

«Es verdad que llevaba algún dinero;
 Pero era poco y se acabó al instante,
 Que todo el mundo roba al pasajero
 Y mucho mas al que camina errante.
 Á varios pueblos me acerqué primero;
 Mas llevando pintado en el semblante
 Mi delito y el miedo que sentía,
 De todos ellos presuroso huía.»

«Bien mirado... ¿qué quieres? no era el mismo:
 Mi valor se trocaba ya en flaqueza;
 Que antes jamás me acobardó el abismo
 Y ahora temí jugarle la cabeza.
 ¿Era efecto tal vez de ese egoísmo
 Que con los años á sentirse empieza
 Pugnando por vivir aunque es ya tarde,
 Ó es que al ser padre me volví cobarde?»

«Yo no lo sé; lo cierto es que temblaba
 Como un niño; y ni fui contrabandista
 Ni ya en poblado tentación me daba
 De robar; en el campo una conquista
 Tampoco supe hacer; me figuraba
 Que iban tras mí siguiéndome la pista,
 Los esbirros, la ronda y los soldados
 Como sabuesos del olor guiados.»

«Llegó, no obstante, un día que no olvido,
 En que, muerto de hambre y sin un cuarto,
 Enfermo, quebrantado, mal vestido,
 Traté furioso de encontrarme harto.
 Me acerco no sé á quién, limosna pido,
 Las espaldas me vuelve, de él me aparto,
 Y luego penetrando en una tienda
 Pido un pan y un chorizo con *fachenda*.»

«Me exigen un haber que no tenía
 Y echo á correr al punto desalado;
 El tendero con grande vocería
 Sale á la calle y muéstrase indignado.
 Las gentes me persiguen á porfía

Sabiendo que es un pan lo que he robado...!
 Casas del mundo, hijito, los ladrones
 No deben pan robar, sino millones.»

«Yo he visto á muchos... pero aquí no es cosa
 De decir lo que he visto en este mundo;
 Mi historia se vá haciendo empalagosa
 Y yo no soy filósofo profundo.
 Que mi acción torpe fué y aun vergonzosa,
 Yo lo digo y con ello me confundo;
 Que al fin la ley que al criminal castiga
 Es de torpes ladrones enemiga.»

«Era justo pagar aquel delito;
 Mas ¡qué diablos! me carga la chirrona
 Y temiendo caer en el garlito
 Me largaba mas listo que Cardona.
 Solo un gran corredor, hombre maldito
 Con mas piernas que un gamo, mi persona
 Dió en seguir, y me pilló de seguro
 Si un ángel no me libra del apuro.»

«Fué una mujer, Adam; no la veía
 En el oscuro sitio en donde estaba;
 No la vi, te lo juro; que ya el día
 Con la noche sus luces amenguaba.
 Penetré sin saber lo que me hacia,
 En un zaguan, por ver si me salvaba,
 Y una voz femenil, hiriendo el viento,
 Me hizo temblar de espanto y de contento.»

«¿Sabes quién era? ¿brota por ventura
 En tu mente un recuerdo, no ostinguido
 Ni olvidado jamás? ¡Oh! ¿Qué locura!
 Tú no sabes querer, tú no has querido!
 La mujer que allí estaba, en sombra oscura
 Envuelta, y cuya voz hirió mi oído,
 Era... ¡maldita tu ignorancia insana!
 Era... ¿no lo comprendes...? ¡mi gitana!

«Era el amor primero de mi vida,
 La luz del alba de misterios llena,
 Que en mi adorada juventud perdida
 Miré anubirse con horrible pena.
 La muchacha gentil, fresca, pulida
 Como casta, bellísima azucena;
 El sol de mi ilusión, la rica lumbre
 Que hermosa brilla en la cetele cumbre.»

«Era, sí, mi Salada; la hechicera,
 Hermosa, y dulce y sin igual Salada;
 No la Salada que en tus manos fuera
 Joya en verdad poquísimo estimada.
 Tú conoces á estotra; aquella era
 Mas linda, mas garbosa y adamada.
 Vamos, muchacho, el loco pensamiento
 No se atreve á explicarte aquel portentoso.»

«¡Ay! ¡ya murió! Yo soy un lobo cano
 Que juré aborrecer á las mujeres;
 No haga caso de mí; vamos al grano
 Y escucha lo que queda, si es que quieres.
 Digo, pues, que con ella, mano á mano,
 Disfruté del placer de los placeres;
 Que ella, después que me salvó en su casa,
 Sintió este fuego que aun mi pecho abrasa.»

«Tuvo al fin compasión, lástima tuvo
 Y un puesto me cedió dentro del pecho;
 La infeliz algún tiempo se mantuvo
 Dudosa y triste—asi yo lo sospecho.—
 Su amor ardiente con dolor contuvo;
 Mas vencida y esclava, en su despecho
 Me confesó que en el primer instante
 Loca me quiso con afán constante.»

« ¡Pobre Nemesia! su memoria tierna
Como el humo extinguióse de repente.
Fué mi mente una especie de linterna
Y el diablo la apagó súbitamente.
Solo Salada triunfa y me gobierna
Como un rey, cuando el rey manda en su gente;
Que hay monarcas con fuerzas poderosas
Por la gracia de Dios... y de otras cosas.»

«Pasados unos meses sin hastío,
Pues fueron para mí solo un momento,
Mi gitana una tarde, con gran brío,
Penetró de repente en mi aposento.
—« La justicia te busca, Lucas mío, »
Dijeme triste con turbado acento.
«Un auto de prisión contra tí han dado
Y es fuerza que te ocultes de contado.»

—«Ocultarme! y en dónde? en qué guarida?
Dije yo, ¿dónde iré sin tí, que eres
Faro que alumbrá el golfo de mi vida?
¿Cómo alejarme de tu lado quieres?
Deja, deja que venga prevenida
La justicia y me prenda.»—« ¡Qué! ¿prefieres
Á escaparte conmigo, preso verte? »
—« ¿Qué dices? ¡ Oh...! —Que seguiré tu suerte »

«Viendo su noble decisión, postrado
Quedé á sus pies, en lágrimas deshecho;
Que vergüenza me dió de verme amado
De una mujer de tan heroico pecho.
Con pena me acordé de mi pasado;
Asesino y ladrón hecho y derecho,
Solo un horrible porvenir podía
Ofrecer á quien tanto me quería.»

«Ella y su madre y yo, á la madrugada
Siguiénte, de aquel pueblo, con sigilo
Nos marchamos, llevando mi Salada
Pendiente siempre el corazón de un hilo.
Quisimos á la villa coronada
Volver, y hallar en su grandeza asilo;
Es decir, ocultar en ella el bulto
Y ver el modo de alcanzar indulto.»

«Cuantos planes formamos! indultado
Que yo fuese, otra senda seguiría;
De mi antiguo señor volviendo al lado,
Fiel, sumiso y leal le serviría;
Y pidiéndole luego de prestado
Un poco de dinero, prestaría
Yo á mi vez con muchísimo talento,
Ganando diez por diez, ciento por ciento.»

«Hay quien truena feroz contra la usura,
Pues dicen que el sudor del pobre bebe
Y aun la sangre de aquel que sin ventura
Á tomar ciertos préstamos se atreve.
Mas yo digo que aquel que con cordura
Roba á la luz del siglo diez y nueve,
Sin esponerse á que la ley le apliquen,
Es digno de que al fin le santifiquen.»

«Duplicar un caudal; hacer de un cero
Un millón; de un millón veinte millones;
Tener coche y palacio y ser banquero...
¿Qué mas gloria ni mas satisfacciones?
Si fué un día judío y usurero
Eso ¿qué importa...! ¡Bá! preocupaciones
Tienen los tontos; pero aquel que atiende
Á su bien nada mas, es quien lo entiende.»

«Pensando en tales cosas, caminamos
Tres noches; mas al cabo, á la postrera,
Cuando mas en el aire levantamos

Castillos de apariencia lisonjera,
Sorprensidos los tres nos encontramos
Por una triste circunstancia fiera,
Conociendo que el hombre un bien propone
Y luego el cielo á su placer dispone.»

«Me vi enfermo, chavó, mas de tal suerte
Y con tanto rigor amenazado,
Que le vi las orejas á la muerte
Éntre agudos dolores de costado.
Entonces, moribundo, casi muerto,
Vi á Salada llorar, y yo bañado
En lágrimas también, con fè prolija:
—«Sé madre, dije, de mi pobre hija.»

«No pude hablarle mas; pero me acuerdo
Del ademan de mi gitana bella;
Que, aunque muy malo, me encontraba cuerdo
Y ella escuchó piadosa mi querella.
—«Si te prenden, si mueres, si te pierdo,
No dudes, no, que velaré por ella;
Iré á buscarla en su rincón oscuro
Y su madre seré, yo te lo juro.»

«Esto me dijo y lo cumplió en su día;
Yo sané; mas tan débil me encontraba
Que montar á caballo no podía
Ni andar á pié, por mas que lo intentaba.
Entretanto, la curia que seguía
Mi proceso y mi vida averiguaba,
Conmigo al cabo dió: dijo ahí vá eso
Y vino un juez y me llevaron preso.»

«Preso fui y á la cárcel conducido
En medio de erizadas bayonetas,
Silbado por la gente y aburrido
Al oír sus pesadas chanzonetas.
Que el hombre, cuando al hombre vé caído,
Ya no oculta sus viles morisquetas
Y su mal corazón demuestra á veces
Con risas descompuestas y soeces.»

«Adios amores, dichas, alborozo!
¡Pobre de mí, apartado de Salada!
¡Sumergido en un negro calabozo
Sin luz, sin dulce libertad amada!
¡Mal haya quien no sabe desde mozo
Seguir la senda de la vida honrada!
¡Mal haya el mundo que jamás detiene
Al hombre loco que al abismo viene!»

«¡Mal haya...! pero ¿á qué me meto ahora
En estos pensamientos tan estraños?
El mundo al hombre que en él mal adora
Le promete castigo y desengaños.
Dicen que á veces los delitos dora
El *parné*; yo no tuve, y por diez años
Á un presidio marché, porque aprendiera
Á ser bueno, y en él me corrigiera.»

«Verdad es que allí vi lances divinos
Y aprendí cosas mil que no sabía,
Pues con otros ladrones y asesinos
De mis propios dolores me reía.
Á los vicios abriendo anchos caminos
El feroz corazón se endurecía;
Mas no tanto que un punto á mi hija amada
Olvidase, ni menos á Salada.»

«Cuánto horror! qué inquietud! oh qué tormentos!
No pudiendo robar á Dios su amparo,
Robar quise sus alas á los vientos
Siempre de dulce libertad avaro.
En felices y rápidos momentos
Hallé un resquicio que encontré algo claro

Y al moro me fugué con mucha maña
Dando la vuelta con sigilo á España.»

Llegué á Madrid, pues en Madrid vivía,
Con mi hija querida, mi gitana;
Y una mañana, cuando el sol salía,
Di un silbido tocando en su ventana.
Alcé la voz, un grito de alegría
Adentro resonó, y el alma ufana,
Estremecida de placer, dió un vuelo
Remontándose audaz al alto cielo.»

«Se abrió la puerta y... vamos, me parece
Que aun siento miedo al recordarlo ahora.
Mi abatida razon se desvanece;
Mi corazon despedazado llora.
¿Por qué el hombre que misero aborrece
La vida horrible, sucumbir implora.
Sin que la muerte despiadada y fiera
De sus pasos ataje la carrera?»

«Yo no lo sé; tan solo á mi turbada
Mente, aparece el cuadro pavoroso
Que entonces vi... ¡Dios mio! mi Salada
Era casi un cadáver horroroso.
Pálida, mística, triste, mutilada...
¡Mutilada, si, si...! su rostro hermoso,
Antes divino, placido y sereno,
Entonces vi de cicatrices lleno.»

¿Qué torpe monstruo levantó su mano
Y en el cielo la puso de mi bella?
¿Qué agudo hieiro, bárbaro, inhumano,
Allí imprimió su inalterable huella?
¡Ay! yo sondaba mi razon en vano
Mientras doilente y temblorosa ella
Entre sus brazos me estrechó gimiendo
Un mar de llanto á la sazón vertiendo.»

«Tanto fué mi dolor, y mi agonía
Tanta, que apenas, en mi afán tirano,
Reparé en una niña que imprimía
Sus labios inocentes en mi mano.
¿Era tal vez aquella la hija mía?
¡Oh! sí, que padre me llamó, y no en vano;
Su voz sonó de pronto aquí en mi pecho
Y á él la apreté gozoso y satisfecho.»

«Luego... luego... apartándola... mis ojos
Fijé en los suyos, contemplé su frente,
Y en el alma senti fieros enojos,
Pues una duda me asaltó inclemente.
Misterios hay que punzan como abrojos
Cuando el hombre aclararlos impaciente
Intenta, y vé que su razon se ofusca,
Pues la verdad entre delirios busca.»

«La niña que en mis brazos apretaba,
Era de tez suave, algo morena;
Y la hija del alma á quien buscaba
Blanca nació, cual pálida azucena.
Un lunar que en su cuello esta llevaba
No vi nunca en la otra... ¡Oh! con que pena
En todo me fijé; con qué desvelos
Devoré la tortura de mis celos!»

«¿Pudo ¡ay de mí! mientras mi larga ausencia
Olvidarme Salada? ¿pudo acaso,
Precisada una vez por la indigencia,
Cometer un desliz, dar un mal paso?
Aquella niña llena de inocencia,
¿Era su hija? y siéndolo, en tal caso
¿Dónde estaba la mía? ¿dónde estaba
La dulce prenda que mi amor buscaba?»

«Confieso que mi vida fué un tormento
Desde aquel triste infortunado día;
Mas tuve que ocultar mi sentimiento
Porque vi que Salada sucumbía.
Bajo el peso cruel de un pensamiento
Que abrumaba su triste fantasía,
La vi doblarse como flor tronchada,
Pálida, mística, seca, destrozada.»

«¡Pobre infeliz! su moribunda frente
Inclinó... mas ¿por qué me estoy matando
Con un recuerdo bárbaro, inclemente,
Que el pecho sin piedad me está prensando?
¡Ella era buena! siempre fué inocente
Y yo infame la estuve calumnjando!
Su desgracia causé, y aun todavía
Dudando de su amor la escarnecía.»

«¿Déjame! deja, que vertiendo un río
De ardiente llanto, el corazon desfogue;
Tras tantos años de dolor sombrío
No es posible callar sin que me ahogue.
Si soy débil, si muestra el llanto mio
Mi flaqueza, que el alma desahogue
El peso atroz que soportó altanera,
Y despues diga el mundo lo que quiera.»

«Y en tanto que una lúgubre campana
Nos anuncia con fúnebre tañido
Que en mis brazos ha muerto mi gitana;
Que la luz de mi vida se ha estinguido;
Oye tú, si aun de oirme tienes gana,
Y yo puedo contarle de corrido,
Lo que al morir me dijo, y en mi mente
Permanece grabado eternamente.»

III.

Lo que la gitana dijo.

«Levantando la cabeza
Y vertiendo muchas lágrimas,
Con débil y opaco acento
Esto dijo la gitana:»

«Voy á morir, Lucas mio;
Los cielos así lo mandan.
Permitan ellos que alcance
La salvacion de mi alma.»

«Por tu amor á morir vengo;
Harto bien lo presagiaba
Cuando mis ojos leían
De tus manos en las rayas.»

«¿Te acuerdas? entonces loco
Tu cariño ponderabas;
Mas hoy, mudo, con horribles
Dudas mi pecho traspasas.»

«Es cierto que no es tu hija
Esa niña infortunada;
Mas no por eso te he sido
Indiferente ni iugrata.»

«El día que de tu lado
Me separó la desgracia,
Traté de ver si un indulto
Para tus culpas hallaba.»

«Mas antes de todo, quise
Recoger á tu hija amada,
Y con ella entre mis brazos
Volví á la corte de España.»

«Volví á Madrid, y al instante
Con mi pobre madre anciana,
Del duque tu antiguo amo
Pisé el opulento alcazar.»

«Gimiendo y llorando triste
Yo me arrodillé á sus plantas;
Le rogué que al rey pidiese
Un perdón para tus faltas.»

«El duque, compadecido,
Llegó á empeñar su palabra
De hacer que te concedieran
El indulto que anhelabas.»

«Tomó de mi pobre albergue
Las señas, volví á mi casa
Y allí con tu hermosa niña,
El resultado esperaba.»

«Mas una noche ¡Dios mío!
Siento que á mi puerta llaman
Y entre sombras miro al duque
Precipitarse en mi estancia.»

«Sali á su encuentro gozosa,
Llena de impacientes ansias,
Porque tu perdón creía
Que ya escrito me llevaba.»

«Mas él, dejándome llena
De estupor, me dijo:— ¡Calla!
Calla y escucha en silencio;
Que mi situación es árdua.»

«Unos hombres me persiguen
Y allí en la esquina me aguardan;
Si me ven con este bulto
Muerto soy á puñaladas.»

«Dijome azorado; y luego
Desembozando su capa,
Dejóme ver una niña
Que dormidita llevaba.»

—«Es mi hija, dijo el duque,
Mas su madre desgraciada
Tiene que apartarse de ella:
Tú cuidarás de su infancia.»

«Toma un puñado de oro
Y esta cadena de plata:
Quien otra igual te mostrare
Será el dueño de esta alhaja.»

«Calló, á la niña en la frente
Dió un beso; vertió una lágrima,
Y yo atónita y confusa
Le vi salir de mi casa.»

«Cuidé de la niña aquella
Cual de la tuya cuidaba,
Y ambas á dós en mis brazos
Las inocentes jugaban.»

«Mirándome estaba en ellas:
Parecían dos hermanas,
Si bien la tuya á la otra
Un año y medio llevaba.»

«¡Cuántas veces, cuántas veces,
Con amorosas palabras,
En hacerlas me entretuve
Que tu nombre pronunciaran!»

«Mas ¡ay! que mi madre enferma
Postrada cayó en la cama;
Y tu indulto no venía...
¡Ay! ¡tristes mis esperanzas!»

«Otra noche ví á mi madre
Casi dar las boqueadas,
Y salir en busca de un médico
Llevando transida el alma.»

«Tu hija preciosa, dormida
En su lecho se quedaba,
Y yo, llevando á la otra,
Crucé calles, crucé plazas.»

«Luego volví con el médico...
¡Pobre de mi madre anciana!
¡Desdichada de tu hija!
¡Ay de mi desventurada!»

«¡Mi madre ya no existía!
¡Tu niña... no estaba en casa!
¿Quién la robó? Escucha, escucha,
Que es poco lo que me falta.»

«Vestida de negro luto;
Por el dolor traspasada,
Busqué al duque, y ya en la corte
El duque no se encontraba.»

«Sola en el mundo, abatida,
Por el dolor devorada,
Queriendo hallar á tu hija
Nunca descanso me daba.»

«Tres años ¡ay! trascurrieron,
Y al escribirte mis cartas,
No supe, no, revelarte
Aquella inmensa desgracia.»

«Siempre en mi pecho tenía
Ocultas mis esperanzas,
Alentándome la idea
Consoladora de hallarla.»

«Y la hallé: yo la ví un día
En carreleta dorada
Cruzar á mi vista el Prado
Con una orgullosa dama.»

«Pregunté á toda la gente
Que á mi lado se encontraba,
Quién era el altivo dueño
De aquel tren y aquellas galas.»

—«Es el barón de la Estrella,
Me dijeron; y yo ufana
La casa del potentado
Todos los días rondaba.»

«Y uno llegó en que á tu niña,
Que era tan bella y bizarra
Como un ángel, en un fresco
Jardín vi al romper el alba.»

«Sus dulces y azules ojos
Fijos en el cielo estaban,
Y un manto de hermosos bucles
Le cubría las espaldas.»

«En verde y frondoso trono
De flores y erguidas ramas,
Gozosa los dulces trinos
De las aves escuchaba.»



«Entré en el jardín corriendo,
Cogila en brazos, y á casa
La llevé: pero sin duda
Hubo quien me vió robarla.»

«Y penetrando mas tarde
Tres hombres con negras máscaras
En mi cuarto, me quitaron
La hija de tus entrañas.»

«Quise gritar; pero alevé
Un puñal hirió mi cara,
Y sentí que con mi sangre
La vida se me escapaba.»

«Desde entonces, Lucas mío,
Mis penas fueron tantas
Que mis turbios ojos eran
Fuentes de abundosas lágrimas.»

«No hubo para mí consuelo,
Ni hubo para mí esperanza,
Que me hallé sola en el mundo
Doliente y desamparada.»

«Viniste y vi tus sospechas:
Vi las dudas de tu alma:
Callaste y tuviste celos;
Pero yo te idolatraba.

«Muero por tí, tú lo sabes;
No flores, no sufras, calla;
Que si advierto que me quieres
Me va á ser la vida grata.»

«Deja que tranquila muera:
Mi sentencia escrita estaba,
Y yo la supe leyendo
De tus manos en las rayas.»

«La niña que al lado nuestro
En este instante se halla,
Es la que el duque tu amo
Aquí en mi poder dejara.»

«Adios y pide á los cielos
Que me perdonen mis faltas;
¡Lucas...! adios para siempre!
No olvides á tu gitana.»

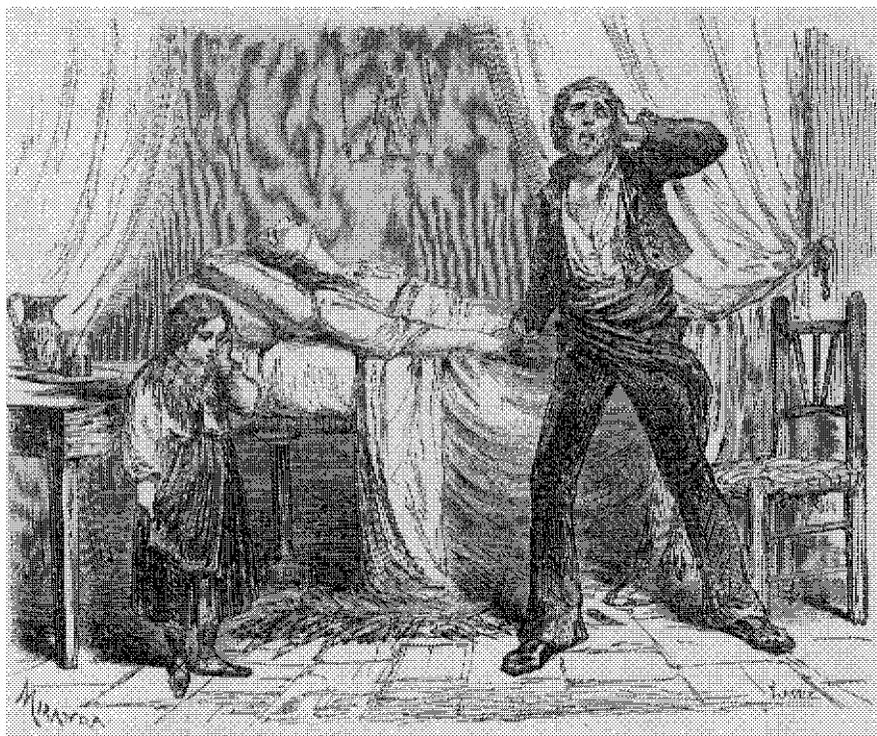
IV.

«De ese modo su relato
Terminó el viejo bandido
Enjugándose una lágrima
Y ahogando un hondo suspiro,
Qual si de nuevo quisiese
A su pecho endurecido
Volver la espantosa calma,
Y el altanero cinismo
De quien sus penas aloga
En el mar negro y bravío
Do rugen las tempestades
Que alzan el crimen y el vicio.
Mas segun cuenta la crónica,
Él y Adam, ambos solícitos,
Siguiéron cruzando calles
Silenciosos y sombríos.»

—¿Qué piensas? pregunta Lucas
Al cabo, ¿qué sientes, hijo?
—Lo que pienso, le responde
Adam, no puedo decírtelo.
Tú me has contado una historia
Que me hace perder el juicio,
Pues no comprendo que pueda
Ser verdad lo que me has dicho.
¿Por qué razón os robaron
A tu hija? —¡Pobre chico!
Si tú adivinar pudieses...
—Nada sé, nada adivino;
Mas sabiendo tú quién era
El ladrón, ¿por qué motivo
No fuiste y se la quitaste
Como tu Salada hizo?
Oye: una vez yo miraba
Estático, un pobre nido
Que dos lindas avecillas
Rondaban con grande ahinco,
Enviando á sus polluelos
Tristes y amorosos trinos.
¿Sabes por qué? No distante,
La mano andaba de un niño
Que el nido arrancó traviesa
De su humilde oscuro sitio.
Y ¿sabes tú lo que hicieron
Entonces los pajaritos?
Si los vieras, de seguro
Te hubieras compadecido.
El padre y la madre, juntos
Batieron sus alas tímidos
Primero; mas luego, airados,
Por el aire dando giros

Del rapazuelo en la mano
Clavan sus agudos picos,
A riesgo de que en la lucha
Quedaran los dos cautivos.
¿Por qué, por qué, por tu hija
No hiciste, Lucas, lo mismo?
—Porque al morir mi gitana
Volví otra vez á presidio,
Y desde entonces mi vida
Perdurable infierno ha sido,
Aunque mi labio riendo
Siempre lo contrario ha dicho.
—Pero tu hija...—Mi hija

Era feliz en su altivo
Palacio, y tal vez hubiera
A su padre maldecido.
—¡Imposible!— Oyeme un poco,
Y no me interrumpas, hijo.
Si estimas á la condesa;
Si le tienes el cariño
Que no hace mucho mostraste
Cuando hablabas con tu amigo
D. Juan, en tanto que oculto
Yo me hallaba en cierto sitio,
No seas imprudente, oye
Y obedéceme: yo he sido



Muy malo, y acaso no haya
Purgado bien mis delitos.
La joven condesa tiene
Oro, mas tiene enemigos,
Y he de velar por su vida
Á la que atentan inicios...
De hoy mas, Adam, en mi ayuda
Vendrás, en tu amor confío.
Yo he buscado un cuarto enfrente
De su casa; vela, hijo;
Vela por ella...—¿Y Salada?
—¡Pobrecilla! no la olvido;
Que por mi causa la pobre
Tuvo un funesto destino.
—Y sin embargo...—Es la hija
Del duque; su padre quiso
Hallarla; pero fué en vano

Por mas que buscó solcito.
—¿Por qué no se la volviste
Al instante?—Yo le he dicho
Que murió la niña.—¡Calla!
Eso es horrible, es indigno.
¿Qué mal te causó ese padre?
¿Qué daño el duque te hizo?
—Es noble.—Y bien...—Yo aborrezco
A los nobles por instinto
Y por... dime, ¿no recuerdas
Que fué un noble maldecido
El que me robó á mi hija,
El que en el rostro bellissimo
De mi gitana, inelentemente
Clavó de un puñal el filo?
¿Lo olvidaste por ventura?
Pues yo me dije á mí mismo:

Que otro noble pague el pato
Y negocio concluido.

—Pero, porque sea un noble
Malo, ¿es justo, será licito
Que todos sean juzgados
Así, y así aborrecidos?

—¿Qué sé yo?—Calla, no eres
Justo, Lucas; yo que misero
Nada sé, tal vez ahora
Muchas cosas adivino.
¡He sufrido y visto tanto
A vuestro lado!—Y ¿qué has visto?

—Muchas y grandes miserias;
Muchos y grandes delitos;
La cólera, la venganza,
Los mas ruines instintos
Pregonados con orgullo
Al punto de ser sentidos.

—Parece que bien no quieres
Á los pobres, chavalillo.

¿Por ventura debes algo
Á los nobles y á los ricos?

—Nada, nada; pero escucha:
En esos altos recintos
Donde hay damas tan hermosas
Y galanes tan cumplidos;
En esos bellos palacios
Donde amor fijó su nido,
La vida debe tranquila
Correr como manso rio,
Dilatándose gozosa
Por entre valles floridos.
Y los séres que se agitan,
Con apacible deliquio,
En la embalsamada atmósfera
De esos preciosos asilos,

Deben ser buenos, tan buenos
Como yo los imagino.

—¿Si? pues sígueme...—¿Y á dónde
Me llevas?—Sígueme... y chito.

En la taberna de al lado
Tenemos que hacer...—¿Dios mio!
Otra vez á esos tugarios...

—¿Reniegas de ellos, chiquillo?

—Si en ellos vivir debiera
Siempre, sabría tranquilo
Quitarme la vida antes
Que habitar en tales sitios.
—Te has vuelto un mandria; de todo

Te asustas; allí un escrito
Voy á poner, instrucciones

Podré darte; cierra el pico
Y dentro de diez minutos

Realizarás tus caprichos.

Vas á pisar un palacio;

Vas á ver un paraiso.

Quiera Dios que alegre puedas
Relatarme lo que has visto.»

V.

Esto con fiera ironía
Replicó el viejo bandido,
Y segun cuenta la crónica,
Él y Adam, ambos solícitos,
Cruzaron algunos puntos
Misteriosos y sombríos,
Mientras las dos en la torre
Dieron de un templo vecino.

CANTO XVII.

I.

Gran salon de descanso profusamente iluminado en el palacio de la condesa de Alcira.—Magníficos rompimientos, en cuyos intercolumnios se destacan preciosas estatuas con candelabros dorados, en los que arden perfumadas bujías.—Al pie de cada estátua se hallan colocados prunerosos jarrones de china con ramos de flores que embalsaman la atmósfera.—De las bóvedas y artesonado penden lámparas riquísimas.—Muebles ostentosos y elegantes.—Vistas por un lado á una galería de mármol, con balaustrada, que conduce al jardín.—Este aparece iluminado con vasos de colores y bombas de cristal, á cuyos brillantes reflejos pueden descubrirse entre el follaje multitud de kioscos, fuentes, estatuas y tazas de alabastro con caprichosos surtidores.—Por otro lado del salon se prolonga la ancha crugia de habitaciones espaciosas, que se hallan enajadas de personajes que bailan ó discurren por todas partes.—Músicas, coros y ruido de carrojes que llegan ó se alejan de las puertas del edificio.—Los relojes del palacio señalan las dos y media de la madrugada.

ESCENA PRIMERA.

Adam.—Un criado. (Con una carta en la mano.)

ADAM.

¡Oh! ¡Cuánta magnificencia!

CRIADO.

Aunque me eche cien pelucas...
Pero ¿quién es ese Lucas
Que vela por su excelencia?

ADAM.

Eso no te importa á tí.

CRIADO.

¿Como que no? ¡Pues á ver...!
Yo que la he visto nacer...

ADAM.

¡Mientes!

CRIADO.

¡Qué genio! ¡ay de mí!

Antes por poco me pega,
Y ahora en sus fieros enojos
Parece que con los ojos
Quiere comerme... (Haciendo que se vá.)

ADAM.

Me ciega
Tanta luz ¡oh! ¡qué armonía!

¡Qué lujo! ¡cuántos primores!
En esta mansion de amores
La noche se trueca en día.

CRIADO.

Y dígame usted, mocito,
Si se enfada la señora
Porque le presento ahora
Este demonio de escrito...?

(Dando vueltas á la carta.)

¡Yaya una letra! mi mente,
No concibe ni penetra
Que quien escriba tal letra
Sea racional ni decente.

ADAM.

Y sin embargo...

CRIADO.

Yo hallo
Que en esto algun diablo anda;
Mas la señora es quien manda
Y yo la obedezco y callo.
«Si á buscarme alguna vez,
»Me dijo, viniera un hombre
»Que Lucas tiene por nombre,
»No le muestres altivez.
»Mirale con indulgencia,
»Que aunque jamás le he tratado,
»Por dos veces me ha salvado
»El honor y la existencia.»

ADAM.

¿Eso dijo?

CRIADO.

Y segun ley
Á esas órdenes me atengo.
Voy, doy la carta y me vengo...

(Encogiéndose de hombros.)

Ni quito ni pongo rey.
Le diré que está usted aquí
Esperando... (y á fé mía
Que es bizarro); que le envía
Ese tío Lucas...

ADAM.

Sí, sí...

CRIADO.

Pues... agur; usted se llama...

ADAM.

Adam.

CRIADO.

(Me choca su nombre.
Señor, quién será este hombre
Que osa acercarse á tal dama?)

ESCENA I.

ADAM.

¡Qué placer! en este centro
Que tantas riquezas guarda,
El corazón se engrandece,
La imaginación se ensancha.
Este es el mundo encantado
Que yo tanto codiciaba:
Luces, aromas, divinas

Melodías: lujo, galas,
Esplendor... ¡ah! ¡quien pudiera
Ser dueño de esta morada!
¡Cuántos vasos, cuántas flores,
Cuántas hermosas estatuas,
Cuánto tazon, cuánto juego
De frescas y puras aguas...!
Allí peces de colores...
¡Oh! ¡qué bellos! ¡cómo saltan!
Recuerdo aquel que tenía.
Aprisionado Salada.
¡Salada...! ¡la hija de un duque
Que de la pobreza ingrata
Víctima fué... ¡Qué misterios
Encierra la vida humana!
¡Oh! veamos: me fascina
Ese jardín... por él vagan
Algunas mujeres bellas
Que juegan en la enramada.

(Acercándose á la galería.)

Qué atmósfera se respira
Tan agradable; con ansia
La fresca brisa percibo
Que aquí llega perfumada.
Quiero bajar un momento.
Un solo instante me basta
Para refrescar mis sienes,
Para revivir el alma.

(Baja por la escalinata observándolo todo con admiración y júbilo.)

ESCENA III.

El baron de la Estrella.—Caballeros 1.º y 2.º

CABALLERO 1.º

Se lo aseguro, baron:
Desde que tengo razon
Jamás he visto una fiesta
Tan brillante como esta.

BARON.

Gracias.

CABALLERO 1.º

No es adulacion.
Su hija de V. ha logrado,
Con sus manos delicadas,
Alzar un mundo encantado
Y hoy su palacio ha trocado
En una mansion de hadas.

BARON.

Confieso que no está mal
Lo que la hija que adoro
Realizó; tiene caudal
Suficiente, y con el oro
Se hacen prodigios.

CABALLERO 1.º

No tal:
Sin gusto no hay perfeccion,
Y fueran vanos derroches
Querer competir, baron,
Con quien en esta ocasion
Vence á las mil y una noches

CABALLERO 2.º

Cierto; y es fuerza persuada
El conjunto de portentos
Que al alma deja asombrada.

De hoy mas, no es ya Scheherazada (1)
 La sultana de los cuentos.
 Ciego será quien no viere
 Que la lucha se entabló.
 Y la victoria prefiere
 No á quien prodigios refiere
 Sino á quien los realizó:
 Todo aquí á la mente agrada;
 Cuanto se escucha y se vé.
 La vida está idealizada.
 Fijad si no la mirada
 Allí, cual yo la fijé.

(Señalando al jardín.)

Ved como allá se divisa
 El cupidillo gracioso,
 Que con infantil sonrisa
 Sus blancas alas ansioso
 En vano tiende á la brisa.
 Mas allá una Venus bella
 En actitud ideal,
 Apenas fija su huella
 Sobre el líquido cristal
 Que ufano á sus pies se estrella.
 Y las fuentes van formando
 Mil caprichosos primores
 Tras sí los ojos llevando;
 Y entre el follaje brotando
 Se ven las luces y flores.
 Todo con tanto primor
 Está, que el espectador
 No adivina, ó no presume,
 Si la luz tiene perfume
 Ó rayos de luz la flor.

BARON.

Y en punto á la concurrencia
 ¿Qué os parece...?

CABALLERO 1.º

Yo la encuentro

Brillante...

CABALLERO 2.º

No hay eminencia
 Que ahora no anime allí dentro
 El baile con su presencia.
 Mientras las bellas sus gracias
 No son en mostrar reacias,
 Y de amor el dardo afilan,
 Todas las aristocracias
 Se confunden y asimilan.
 Allí se ostenta el talento,
 Resplandece la riqueza,
 El valor fija su asiento,
 Y logran acatamiento
 El honor y la nobleza.

(Se oyen carcajadas.)

BARON.

¿Quién viene...?

ESCENA IV.

Dichos.—El general...—Caballeros 3.º y 4.º

CABALLERO 3.º

¡Ja! ¡ja! Diría...

GENERAL.

Qué estraña jovialidad!

CABALLERO 4.º

Pues juro que he de vencer;
 Que la apuesta he de ganar.

BARON.

Señores...

GENERAL.

¡Ola! baron.

BARON.

Bien venidos por acá.
 ¿De qué se estaba tratando

GENERAL.

De una apuesta singular.

CABALLERO 4.º

Singular ó no, parece
 Que no es el momento actual
 Á propósito...

CABALLERO 4.º

Sepamos.

Ya tengo curiosidad...

BARON.

Yo tambien, si no parece
 Indiscreto preguntar...

CABALLERO 3.º

¡Ja! ¡ja! el encuentro es gracioso
 Y oportuno por demás.

CABALLERO 2.º

¿Venís del baile?

CABALLERO 3.º

Sí, hombre;

Y el señor llegó á apostar...
 ¿Lo digo?

BARON.

Ya le escuchamos.

CABALLERO 3.º

Si V. palabra nos dá
 De no ofenderse...

CABALLERO 4.º

¿Y por qué
 El baron se ha de enfadar?
 En estas cosas opina
 Como quiere cada cual,
 Y yo ofender no he querido
 Á la condesa jamás.

BARON.

¡Qué! ¿Se trata por ventura
 De mi noble hija?

CABALLERO 3.º

Cabal;

Y es el lance mas donoso
 Que se puede imaginar.

BARON.

Con tanto y tanto misterio
 Picándome un tanto vais...

(1) La que inventa y refiere los cuentos fantásticos de Las Mil y una noches.

(Viendo á los caballeros 1.º, 2.º y 3.º que hablan bajo y se sonríen.)

GENERAL.

Pues la cosa es bien sencilla.

(Con seriedad.)

CABALLERO 4.º

Cuéntelo usted, general.

GENERAL.

Seré breve en cuanto pueda;
Mas para poder contar
La historia, tengo que haceros
Una pregunta esencial.
¿Conocéis todos al conde
Jacobo Riestri?

BARON. *(Aparte.)*

¡Ah!

TODOS.

Sí, sí.

BARON. *(Afectando indiferencia.)*

¿Con que se trataba
De ese extranjero...?

GENERAL.

Si tal:

Tratábase de ese ilustre
Personaje, que al llegar
A Madrid, ya precedido
De una fama sin igual,
Por valiente, por discreto,
Por rumboso, por audaz,
Y mas que todo, por rico,
Venía.—Llegó a pisar
La corte y todos sabreis,
Ó no lo sabreis quizás,
Que el cumplido caballero,
El simpático galán,
El poderoso magnate,
La figura colosal,
Ya á todos no parecia
Qual se la quiso pintar.

BARON.

¿Por qué razon?

GENERAL.

Porque siempre,

El hombre, injusto quizás,
Suele, al tocar á la estatua,
Rebajarle el pedestal.
Es cierto que en Francia, el conde
No há mucho llegó á cruzar
Su espada con el mas bravo
Y mas diestro mariscal;
Y que ha desarmado á muchos
Y dado la muerte á mas,
En lances de honor que en esto
Aumentan su autoridad.
Es cierto que cien anécdotas
Novelescas por demás
Refieren del conde: es cierto
Que muestra en su frente audaz
Y en sus ardientes pupilas
Y en su arrogante ademan,
La fuerza, el valor, el genio,
La indomable voluntad,
La arrogancia y otras prendas
Que innatas en él serán.
Verdad es que es tan espléndido
Como un príncipe; que hay
En su rostro gran belleza
Varonil; que en su mirar
Revela, como lo hace

Con su conducta quizás,
Un sentimiento profundo,
Un misterioso pesar
Que interesante y simpático
Suele hacerle por demás.
Pero al fin... ¡qué diantres! sea
Lo que fuere, es un mortal
Y tiene, segun es público
En toda la corte ya,
Y lo repiten las damas,
Un defecto capital.

BARON.

¿Se puede saber cuál sea
Ese defecto?

GENERAL.

Esperad

Señores; que aquí me acerco
A la cuestión principal
Que motiva mi relato
Y que os voy á revelar.
Dícese, señores, dícese,
Y presumo que es verdad,
Que ese poderoso conde
No se conmovió jamás
Ante una mujer; que tiene
El pecho de pedernal
Y que no entiende de amores...

CABALLERO 3.º

Eso digo yo; ¡ja! ¡ja! *(Riendo.)*

CABALLERO 4.º

Pues yo afirmo lo contrario;
Yo digo que si jamás
Hasta hoy sintió los efectos
De una pasión... hoy está
Enamorado, perdido;
Presá de un fuego voraz
Que el corazón le consume...

CABALLERO 3.º

¡Qué empeño! ¡Tenacidad
Semejante...!

BARON.

¿Y de qué dama

Llegó V. á sospechar
Que se encuentre apasionado?

CABALLERO 4.º

De su hija de V...

(Con firmeza y airc de convicción.)

BARON.

(Espantado y sin poder contener su impresión.)

¡Jamás!

Eso no es cierto.

CABALLERO 4.º

Le he visto

Fascinado, contemplar
A la condesa, olvidándose
De sí, del mundo quizás.
Le oi tambien varias veces
Con voz segura esclamar:
—«¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué perfecta!
¡Qué deslumbradora está!»

BARON.

(Dice despues de una pausa, afectando indiferencia.)

Sea como fuere, señores;
Mi hija se debe enlazar

Con el conde de la Banda
Su primo, con quien está
Comprometida; convengo
En que ha podido inspirar
Afecto al conde Riestri;
Pero de esto, hasta apostar
Como parece se hizo...

CABALLERO 4.º

Pues yo no me vuelvo atrás.
Sostengo que el extranjero
Es hombre que sabe amar.

CABALLERO 3.º

Y yo apuesto lo contrario.
Que le he conocido allá
En París, en Londres, Viena,
San Petersburgo y Milan,
Y nunca he visto en sus ojos
La chispa de amor brillar.
Apostemos, pues...

CABALLERO 4.º

Yo opino

Como V...º

CABALLERO 4.º

¡Qué necesidad!

VARIOS.

Nada; apostemos...

ESCENA V.

Dichos. — *Jacobo Riestri que ha estado un rato oyendo desde la puerta.*

RIESTRI. (*Adelantándose.*)

Señores,

Es un favor especial
El que en mi ausencia he debido
A tan noble sociedad.
Tratábase de mi humilde
Persona; pero con tal
Insistencia, que presumo
Justo, y lícito además,
Desvanecer vuestras dudas
Confesando la verdad.

BARON.

(¡Qué audacia! Me infunde miedo
Su voz; temblo de pensar...)

CABALLERO 3.º

¿Estaba usted escuchando...?

GENERAL.

No creímos...

RIESTRI.

Dispensad:
Cuando entre risas y bromas,
Un hombre objeto es quizás
De ofensas ó de atenciones
En plática general,
Creo que no le esté vedado
En ella parte tomar.

GENERAL.

De ningún modo; es muy justo...

RIESTRI.

Pues si es muy justo, escuchad.
Yo entiendo que aquí se trata,
Señores, de averiguar
Si la condesa de Aleira,
Cuya belleza ideal
Es tanta, pudo, ó no pudo,
Mi corazón cautivar.
¿Quién lo duda? el que lo dude,
Ó no se fijó jamás
En ella, ó es ciego, ó torpe
Me ha querido calumniar.
La amo, señores, la amo;
En esto ofensa no hay;
Si alguno pretende halarla,
Conmigo puede apostar
Cuando guste, lo que guste.
(*Sonriendo con finura y saludando.*)
Ahora... reid si gustais
Que yo, con vuestro permiso,
Discutir os dejo en paz.

ESCENA VI.

Dichos menos Riestri.

GENERAL.

Señores, me importa mucho
La intención averiguar,
De ese soberbio extranjero
Que con cierta habilidad,
Envuelto en formas corteses
Tal vez nos quiso arrojar
Un guante al rostro, un ultraje
Que...

CABALLERO 4.º

Si digo la verdad,
Yo no lo juzgo un insulto...

CABALLERO 4.º

Pues yo opino que...

CABALLERO 3.º

Lo mas
Que me parece ese paso,
Es una escentricidad.

CABALLERO 2.º

Y bien mirado, señores,
Como él dijo, ofensa no hay...
¿Quién resiste á los encantos
De la hechicera beidad,
Que reina de la hermosura
Debiéramos aclamar?

BARON.

Mil gracias por la fisonja...
(¡Oh! ¡qué rabia y que ansiedad!
Me consume la impaciencia
Y es fuerza disimular.)
Señores el ambigü
Nos espera... General,
¿Viene V.?

GENERAL.

Si... pero el duque
Se acerca.

BARON.

Tiempo era ya.

ESCENA VII.

Dichos, el duque de Casa-egregia.

DUQUE.

Señores...

GENERAL.

Muy bien venido,

Duque.

DUQUE.

(*Después de saludar á todos afectuosamente, dice en voz baja al baron.*)

Tenemos que hablar.

BARON.

(*También rápidamente y en voz baja.*)

¿Cuándo y dónde?

DUQUE. (*Id.*)

Si ser puede,

En el jardín.

BARON. (*Id.*)

Bien está.

DUQUE. (*Id.*)

De aquí á una hora...

BARON. (*Id.*)

Conformes.

Iré... (*Síguen hablando.*)

CABALLERO 4.º (*Á los otros.*)

Preocupado está

El duque... ¿No veis, señores,

Su aspecto grave...? Notad

El misterio con que habla

Al baron.—De éste la faz

Se inmuta; mirad qué pálido

Se ha puesto; mirad, mirad.

BARON. (*Al duque siempre en voz baja.*)

¿Y renunciaste ese puesto...?

DUQUE. (*Al baron.*)

Renuncié sin vacilar.

BARON. (*Al duque.*)

Lo siento.

DUQUE. (*Al baron.*)

Me lo presumo.

Tú no lo hicieras jamas.

BARON. (*Al duque.*)

Tener el poder á mano,

Y dejárselo escapar!

(¡Imbécil! Yo dado hubiera

De mi vida la mitad

Por obtenerlo.)

DUQUE. (*Á los demas.*)

Señores.

¿Me pudiérais indicar,

Si es que habeis visto á mi hijo,

En dónde el conde estará?

GENERAL.

Allí le vi no hace mucho.

(*Señalando á los salones.*)

DUQUE.

Muchas gracias, general.

Hasta luego. (*Saluda y se retira.*)

BARON. (*Al general y caballeros.*)

¿Vamos?

TODOS.

Vamos.

BARON.

(¡Oh rabia!)

CABALLERO 3.º (*Al caballero 4.º*)

¿Qué ocurrirá?

El duque viene sin duda

De ver á S. M.

Si hay marejada política,

Si hay crisis ministerial...

En fin, ya veremos...

CABALLERO 4.º

Justo.

Lo que fuere sonará.

(*Vanse todos conversando amigablemente.*)

ESCENA VIII.

La condesa de Alcira.

Gracias á Dios que en alas del deseo

Calma buscando la consigo al fin;

Que aquí en dichosa libertad me veo

Lejos ya del bullicio del festin.

Allí con nécia, pertinaz porfía,

Enhorabuenas, plácemes me dan,

Y quieren asociarse á mi alegría

Mientras redobtan mi incesante afan.

¿Por qué, por qué no miran en mis ojos

Arder la llama ¡ay Dios! de mi pasión?

¿Por qué no ven que llevo con cueros

Transida el alma, herido el corazón?

¡Pobre de mí! no há mucho que el hastio

Era mi solo, mi único elemento;

Mas á lo menos era mi albedrío

Audaz, feliz y libre como el viento.

Y hoy nadie sabe que al dejar las tocas

Que indican mi orfandad y mi viudez,

Mi alma se mece entre ilusiones locas

Indignas de mi rango y mi altivez.

(*Pausa: mira en derredor de sí, como si temiese ser vista, y se va acercando á la galería, interiorin saca de un precioso ridículo que lleva pendiente del brazo, una carta cuyo sobre lee presurosamente.*)

Quiero abrir esta carta y quiero en vano

El miedo desechar y la emocion;

Vacila y tiembla mi cobarde mano

Y mil dudas me asaltan en turbion.

¿Qué peligros de nuevo se avecinan?

¿Qué desdicha cruel me amagará?

¿Son temores no mas que me alucinan

O es que Lucas velando seguirá?

¡Lucas! ¡Dios mío! ¿quién es ese hombre

Que así me quiere, y nunca conocí?

¿Quién se cobija en tan oscuro nombre?

¿Por qué sigue ocultándose de mí?

(*Abre la carta y lee.*)

«Valor, condesa, valor;

Por nada tiemble ó vacile,

Que no falta quien vigile

Por su vida y por su honor.»

«Los bandidos que mi ausencia
 Cobardes aprovecharan
 Y una noche penetraran
 En la casa de vejecencia,»
 «Hoy quieren, si no les sale
 Mal, repetir su atentado:
 Mas yo tengo un aliado
 Que por todos ellos vale.»
 «Es de esta carta el dador;

Es un mozo á quien V. E.
 Mirará con indulgencia
 Y con un poco de amor.»
 «El le dirá lo demás
 Que yo deciría no puedo;
 No tenga, señora, miedo;
 No dude de mí jamás.»

(*Deja de leer y dice:*)



¿Y en dónde, donde está quien ha traído
 Esta carta? ¿por qué no me esperó?
 ¿Quién es ese mortal desconocido,
 Que indulgencia y afecto mereció?
 ¿Es por ventura el hombre que riñendo
 Con denuedo y fiereza varonil,
 Me estuvo contra todos defendiendo
 Lleno de arrojo y gracia juvenil?
 ¿Es acaso el hermoso, el arrogante
 Genio del bien que Dios me depará

Cuando muerta de miedo, agonizante
 Alcé mis manos implorando á Dios?
 ¿Es el que luego ante mi palco... ¡Cielos!
 ¡Vergüenza para mí que no le odié!
 El de mi primo despertó los celos
 Mientras que yo de todo me olvidé!
 ¡Padre mio! perdón; que no te aslija
 Ver nunca ¡ay triste! lo que pasa en mí;
 Que tus blasones tu insensata hija
 No empañe, no, con loco frenesí!

ESCENA IX

La condesa de Alcira. — El conde de la Banda.

CONDE.

¡Julia!

CONDESA. (*Ocultando la carta.*)

(¡El conde! ¡qué rubor!
Si esta carta hubiera visto...!)

CONDE.

¿Qué tienes, Julia? (Está trémula
Y me ha ocultado el escrito
Que entre sus manos tenía.
¿Qué sera?) Si bien lo miro,
Estás afectada, pálida...
¿Te hallas enferma?

CONDESA.

No, primo;

Estoy bien; sentíme un poco
Fatigada, y á este sitio
Vine á respirar el aire
Que está tan enrarecido
En los salones ..

(*Mirando en todas direcciones, como si buscase á alguna persona.*)

CONDE.

Si quieres

Tomar mi brazo, aquí mismo
Pasearemos, ó bajando
Á esos bellos laberintos
De flores...

CONDESA. (*Con inquietud.*)

¡Oh! no, me siento
Mucho mejor; fué un vabido
Que ya pasó. (Si se hallara
En los jardines... ¡Dios mio!
Verle quisiera, y lo temo...)

CONDE.

(¿Qué pensaré? no desisto
De mis sospechas: ¡oh! Julia
Hace por mí un sacrificio.
No me ama.) Escúchame, prima.

CONDESA.

¿Qué quieres, Jorge?

CONDE.

Si intenc
Un mundo falaz, quisiera,
Con tiránico capricho,
Encadenar para siempre
Dos almas... ¿no fuera lícito,
Que esas almas, entendiéndose,
Romieran sus duros grillos
Arrojándolos al rostro
De ese mundo fermentido?

CONDESA.

(¡Qué gozo!) Yo...

CONDE.

Escucha, Julia.

Seamos veraces y dignos.
Tú... no me amas.

CONDESA.

¿Qué dices!

CONDE.

Tú, prima, no me has querido
Jamás; tus ojos, tu rostro
Lo están diciendo ahora mismo.
No es decir que me aborrezcas...

CONDESA.

Es cierto: como á un amigo,
Como á un hermano, te quise
Siempre...

CONDE.

No como marido.

¿Es verdad?

CONDESA.

Sí, lo confieso.

(*Enjugándose una lágrima.*)

CONDE.

Y sin embargo, conmigo
Ibas para siempre á unirte...
Hay algo en esto de ilícito.

CONDESA. (*Con dignidad.*)

¡Conde! ¿qué dices...?

ESCENA X.

Dichos.—El baron de la Estrella, que oyendo las últimas palabras de Julia y Jorge, permanece oculto escuchando lo que estos hablan.

CONDE.

No pienses

Que torpe mi lengua quiso
Agraviarte; antes que eso
La arrancara de su sitio.
No, Julia, tú eres un ángel
De los cielos desprendido,
Cuya posesion dichosa
De merecer no soy digno.
Aludo á tu padre, Julia;
No te ofendas; él nos quiso
Desposar á todo trance...
Yo de la causa prescindo;
Solo sé que ha violentado
Tu corazón...

CONDESA.

Basta, primo;

Que ofensas que á él se dirigen
Yo las rechazo con brio.
¡Es mi padre! (*Con profundo dolor.*)

CONDE.

Y debe amarte:

Mas... si te tiene cariño,
¿Por qué leer no procura
En tu corazón y el mio?
Tú eres viuda, tú eres
Libre y poderosa; el brillo
De tu nobleza; tu fausto;
Tu bondad, que tanto admiro
Como tu belleza: todo
Cuanto te concierne, estimo
En lo que vale y... no obstante,
Feliz no fuera contigo
Si imprudente tu desgracia
Labrara con mi egoísmo.
Tú amas á otro. (*Con firmeza y convicción.*)

CONDESA.

¿Qué dices?

¡Oh!

CONDE.

No temas; no conspiro
 Contra tu eterno reposo,
 Contra tu libre albedrío.
 Tú sufres, Julia, tú llevas
 En tu pecho dolorido
 Un misterioso secreto
 Que respeto como mio.
 Yo también... ¿mas qué te importan
 Mis imprudentes delirios,
 Que vienen ó van ligeros
 En alas de mis caprichos?
 Yo soy hombre; tengo el alma
 Fuerte; si quedo cautivo,
 Bien puedo con rudo esfuerzo
 Romper del amor los grillos,
 Aunque el corazón se quede
 Despedazado y transido
 De dolor; tú eres mas débil,
 Tiembas al ver el peligro,
 Y tu hermosa frente inclinas
 Llena de dolor sombrío.
 ¡Julia!

CONDESA.

¡Jorge!

CONDE.

Yo te amo;
 Mas con un amor purísimo.
 Te quiero como si fueras
 Ángel al mundo venido
 Para prestarme el aliento
 Y la fé que necesito.
 Si tú amases á otro hombre...
 No lo ocultes, Julia, dimelo;
 Que de hoy mas seré tu hermano;
 Seré tu mejor amigo.
 Y ambos á dos de consuno
 Mitigaremos solícitos,
 Yo tus penas, si las tienes;
 Tú mis locos estravíos.

CONDESA. (*Con interés.*)

¿Tú también sientes...?

CONDE.

No toques
 Esa cuerda de mi herido
 Corazón...

CONDESA.

¿No eres el hombre
 Leal que yo necesito?
 Habla, dí...

CONDE.

Si nos oyeran...
 Vergüenza me dá decirlo.
 Amo á una pobre manola...
 (*Se acerca y le dice en voz muy baja.*)

Que es la hija de un bandido!

CONDESA.

¡Desgraciado!

CONDE.

Sí, mil veces
 Desgraciado; yo con él

Embrutecimiento, azote
 De cien mujeres he sido,
 Y vengo á pagar ahora
 Mis faltas con el martirio.
 Amo á esa mujer, la amo,
 Y en vano á su amor aspiro.

CONDESA.

Olvidala, Jorge, olvidala.

CONDE.

Imposible; yo maldigo
 Mi nécia pasión, y en tanto
 Lloro de amor, como un niño
 Imbécil... pero no hablemos
 De esto, prima; tú habrás sido
 Mas feliz; tus bellos ojos
 En un objeto mas digno
 Habrás puesto.

CONDESA.

¡Cuánta mengua!
 ¡Cuánta vergüenza! ¡Dios mio!

CONDE.

¿Será ese conde extranjero...?
 Sé franca, prima, conmigo.
 Desde que en Madrid se encuentra
 Riestri...

CONDESA.

Sigue.

CONDE.

Le he visto
 Rondar tu palacio.

CONDESA.

¡Calla!
 No es él; no es él...

CONDE.

Pues no atino...

CONDESA.

¡Jorge! ¡piedad! ¡no lo inquieras!
 ¡No lo preguntes!

CONDE.

No insisto;
 Pero si en algo aliviarte
 Puedo, cuenta con tu primo.
 Adios.

CONDESA.

¿Te retiras?

CONDE.

Tengo
 Dada una cita; es preciso
 Que á ella no falte; mañana
 Vendré á buscarte solícito
 Y ambos á dos trataremos,
 En tierno pacto recíproco,
 Ó de ahogar nuestros amores,
 Ó de vencer al destino.
 Adios, prima.

CONDESA.

Hasta mañana...

(*Alargándole una mano que el conde le estrecha afectuosamente.*)

CONDE.

No dudes de mi cariño.

ESCENA XI.

La condesa.—El baron oculto.

CONDESA.

Piensa que á Riestri amo,
Sin mirar que amar no puedo
Á ese hombre, cuya mirada
Siempre en mí fija contemplo.
¿Por qué me fascinan tanto
Los ojos de ese extranjero?
¿Por qué su voz me estremece
Y estando á su lado tiemblo?
¿Qué pensamiento sombrío,
Qué triste presentimiento,
Se apodera de mi alma
Siempre que en Riestri pienso?
¡Riestri...! mi esposo era
Italiano, y yo recuerdo
Haber oído una historia,
Llena de grandes misterios,
En que un Riestri... ¡Dios mio!
En mil sospechas me pierdo
Y en vano sacar en claro
Aquella historia pretendo.
Se abrasa mi frente...! estoy
Enferma; sí, sí... busquemos
Aire que mi frente oree;
Brisas que aplaquen el fuego
Que me abrasa...

(Se acerca á la galería.)

Si estuviera
Abajo el fiel mensajero
De que ese Lucas me habla
En su carta...! Dudo y tiemblo
Pensando que ser pudiera
El generoso mancebo
Que la vida me salvara
Con tan heróico denuedo.
¡Ah! si es él... si es él, es fuerza
Mostrarle lo que le debo;
Verle una vez, una soia,
Y despues con rudo esfuerzo
Borrar ¡ay! la grata imágen
Que impresa en el alma llevo,
Por mas que estalle al borrarla
El corazon en el pecho.

(Desciende lentamente por la escalinata que conduce al jardín.)

ESCENA XII.

El baron de la Estrella, luego el duque de Casa-egregia, y despues un criado.

BARON.

¡Todo se ha perdido, todo!
Mi esperanza, mis proyectos...
¡Ah! preciso es que esta boda
Se haga. No descansenos
Hasta entonces.

DUQUE. *(Entrando.)*

Baron...

BARON.

Duque,
Mucha materia tenemos
Para hablar en este instante.—
¿Qué quieres? *(Al criado que se acerca.)*

CRIADO.

Un caballero
Que allí fuera está, pretende
Hablar con V. E. *(Dándole una targeta.)*

BARON. *(Sin mirarla.)*

Bueno.

CRIADO.

Es... señor baron... que dice...

BARON.

¿Qué es lo que dice? Habla, ¡nécio!

CRIADO.

Que es urgente la visita;
Que quiere hablar en secreto
Y al instante con V. E.

BARON.

¿Quién será ese majadero?

(Leyendo la targeta.)

«Genaro de Macanaz.»
(¡Oh! despues de tanto tiempo...
¿Qué querrá?) Díle que salgo.

(Se retira el criado.)

Duque, despues hablaremos,
Voy á ver qué es lo que quiere.
Compañeros de colegio
Fuimos y... tal vez el pobre,
Vendrá á pedirme dinero.
(Ap.) (No es dinero, no, ese hombre
Siempre fué activo y soberbio.
¿Qué querrá? esta noche, todo
Me asusta, por todo tiemblo.) *(Vánse.)*

II.

EN EL JARDÍN.

ESCENA I.

Adam y la condesa de Alcira.

ADAM recostado en una especie de confiteo de piedra, aparece profundamente dormido. Se halla en una glorieta inundada de luz y al lado de una fuente que se desprende con agradable murmullo. La CONDESA DE ALCIRA le contempla con arrobamiento y dice:

CONDESA.

Él era; lo adiviné.
Tal vez, caminando errante
Por las frescas alamedas,
Cansado llegó á sentarse;
Y el rumor de la corriente,
Las brisas que aroma esparcen,
Le halagaron y le hicieron
Que dormido se quedase.
¡Qué bello está! sus cabellos,
Que parecen de azabache,
Sobre su frente serena
Y tersa, rizados caen.
¡Pobre jóven! tan hermoso
Y tan infeliz...! su traje
Revela que su pobreza
Sin duda debe ser grande.

Y sin embargo, en sus labios
Se dibuja en este instante
Una sonrisa dichosa
Cual la sonrisa de un ángel.
¡Pobre joven! su existencia
Algún misterio insondable
Debe ocultar; si yo al menos
Mi gratitud demostrarle
Pudiera, olvidando el loco
Afan que llegó á inspirarme!
Si, si, olvidarlo es preciso;
Pero también lo es sacarle
De su abyección; si una dádiva
De mis manos aceptase!
¡Oh! ¡qué idea!

(Viendo pasar á un criado, al cual hace una seña para que se acerque.)

ESCENA II.

La condesa.—El criado.—Adam dormido.

CONDESA.

Escucha, Diego.

CRIADO.

¡Señora!

CONDESA.

Si preguntase
Por mí este joven... (Vacilando.)

CRIADO.

¿Le digo...?

CONDESA.

Le dices lo que te cuadre
Mejor, con tal que no insista
En verme. Dile que el baile
Me reclama, que no puedo
Recibirle... y si alejarle
Consigues con buenos modos,
Detrás de él al punto salte
Y averigua en dónde vive.
Mira todo lo que hace
Y avisame luego ¿entiendes?

CRIADO.

V. E. será al instante
Obedecida, y si quiere
Que le despierte...

CONDESA.

No, márchate
Y no te alejes... (Se retira el criado.)

ESCENA III.

La Condesa.—Adam.

¡Dios mío!

Voluntad y fuerzas dadme
Para seguir mi propósito
De no verte mas ni hablarle.
¡Pobre joven! Cuando menos
Yo lograré que se aparte
Del mal; seré su invisible
Providencia, sin que falte
Ni al afecto que me inspira
Ni á mis deberes sociales.
Adios, nos separa el cielo
Que nos hizo desiguales,
Por mas que acaso te diera
Un corazón noble y grande.

Adios; para siempre debo
De tu lado separarme;
Pero antes conserva en prenda
Como un recuerdo constante
Del amparo que me diste,
Y dei bien que me quitaste,
Esta pulsera de oro
Y este collar de diamantes.

(Se quita ambas alhajas que introduce cuidadosamente en uno de los bolsillos de la chaqueta de Adam.—Este abre sus ojos y exclama:)

ADAM.

¡Qué miro! ¿con que era cierto
Lo que en sueños de inefable
Dulzura feliz estaba
Mirando?

CONDESA.

Cara me sale
Mi imprudencia... Desdichado,
Vete, no puedo escucharte.

ADAM.

¿Y por qué...? Condesa, el cielo
Á tu morada me trae.
Oyeme.

CONDESA.

¡Silencio! ¡Basta!

ADAM.

Yo soñaba en este instante
Que raudó hácia mí venia,
Sus alas batiendo, un ángel
Que mi oído regalaba
Con dulces y tiernas frases.
Y yo á sus pies prosternado,
Lleno de gozo inefable,
Mirando su bello rostro,
Midiendo su esbelto talle,
En la aparición celeste
Hallé tu divina imagen.
No hay duda, eras tú... me amabas
Y fui feliz...

CONDESA.

Basta, apártate.
No confundas con tus sueños
Las penosas realidades
De la vida. (Si le viesen...
¡Dios mío! si le escuchasen...
¡Qué vergüenza!)

ADAM.

¿Con que era
Un sueño no mas mi amante
Alucinación?

CONDESA.

Escucha
Y no me interrumpas, cállate.
Hace poco que la vida
No sé por qué me salvaste
Luchando con los bandidos
Con quién viniste á... robarme.
Yo premiar tu acción queria,
Yo he deseado arrancarte
Al crimen. ¿Qué quieres? habla:
Tengo riquezas bastantes
Para premiar el esfuerzo
Que á mi vista desplegaste.

¿Quieres posicion, riquezas...?
Las tendrás en adelante;
Mas júrame...

ADAM.

¿Qué?

CONDESA.

No verme

Jamás; huir, separarte
De mí, borrar de tus labios
Mi nombre.

ADAM.

Y ¿cómo borrarle
Cuando impreso está en mi mente
Y en mi corazón? ¿Tan grande
Fué mi delito, señora,
Que no puedo repararle?

CONDESA.

El mundo lo exige.

ADAM.

El cielo
Me ordena que siga amándote.
(Lo ignora todo, su origen,
Sus desdichas... Nada sabe.)

CONDESA.

Basta, repito. (*Quiere irse.*)

ADAM. (*Deteniéndola.*)

¡Condesa!

CONDESA.

¡Oh! me han visto ¡miserable!
¡Míralos! la galería
Se llena de gente... apiadate
De mí!

ADAM.

(Llora... y me enternece.
¡Qué bello está su semblante!)
Condesa... señora...

CONDESA.

¡Basta!

¡Desgraciado! Tú no sabes,
En tu fatal ignorancia,
Todo el daño que me haces.
Huye; al fin de esa alameda
Hay una puerta; esta llave
Que traigo aquí... ¡toma! ¡toma!
¡Ay! no me deshonres; ¡sálvame!
Ten piedad.

ADAM.

¿Con que es deshonra...?

¡Oh! ¿con que infiero un ultraje
A la mujer que idolatro
Solo con verla y hablarle?

CONDESA.

Sí, sí.

ADAM.

Pues adios, condesa,
El cielo tu vida guarde
Y á mí me dé la fortuna
Que basta ahora quiso negarme.
(¡Oh! ¡Que mi llanto no vea!
¡Que no me juzgue cobarde!)
(*Se retira precipitadamente.*)

CONDESA.

¡Se vá! No vé lo que sufro
No lo vé. (*Dirigiéndose al baron.*)
¡Cielos! ¡mi padre!
(*Se oculta en un cenador.*)

ESCENA IV (*).

El baron de la Estrella.—D. Genaro.—**Varios caballeros que se internan por las calles de arboles y los bosquecillos.**—La condesa que permanece oculta.

BARON.

Mucho me estraña, Genaro,
Tu llegada intempestiva
Por mas que grata me sea
Tan misteriosa venida.
(¿Que querrá? Todo esta noche
Parece que aqui conspira
Contra mí.)

DON GENARO.

Sin duda alguna,
Buen Julian, yo presumia
Que te causará estrañeza
Mi inesperada visita.
Yo que vivo oscuro y pobre
Al lado de mi familia...

BARON.

Por cierto que ya olvidaste
Que yo en el mundo existia.

DON GENARO.

No tal; sé que en la opulencia
Estás; advierto la prisa
Que tienes en encumbrarte,
Y no te pierdo de vista
Por mas que allá en mi modesto
Albergue, en la mediania,
Ni envidiado, ni envidioso,
Siento trascurrir la vida.

BARON.

¿Y qué quieres? ¿te hace falta
Algo? ¿acaso necesitas...?

DON GENARO.

Gracias, baron; hasta hoy
Genaro á nadie mendiga
Un favor ni una moneda
Para conllevar sus cuitas.
Si vengo á verte, si en medio
Del festin y la alegría,
Quiero robarte un instante
Al placer, ó á las delicias
Que te proporciona el trato
Del gran mundo, en el que cifras
Todo tu amor, ten por cierto
Que un grande deber me obliga
A ello.

BARON.

De una manera
Tan solemne me lo esplicas,

(*) Estas escenas no se escriben para un teatro, en el cual no cabrian por sus dimensiones. Son diálogos, mas á menos largos, que llevan los nombres de los que hablan para evitar repeticiones.

Que ya la atención me llamas
Y mis deseos avivas
De saber...

DON GENARO.

Julian, escucha
Lo que á decirte venia.
Sabes que fuimos de niños
Amigos.

BARON.

Si por mi vida.

DON GENARO.

Entonces eras muy pobre;
Pero honrado parecias.

BARON.

¡Genaro!

DON GENARO.

¡Julian! atiende
Y deja á un lado tus iras.

BARON.

Escucho.

DON GENARO.

Durante algunos
Años, tu suerte y la mia
Fueron, sino esplendorosas,
Iguales en lo tranquilas;
Que la modestia es á veces
Barómetro de la dicha.
Despues, por diversas causas,
Nos separamos: yo iba
Como militar honrado
A colocarme en mis filas,
Mientras que tú en el comercio
Gentil carrera emprendias.
Pasaron años, pasaron
Ilusiones; y á medida
Que los dos nos engolfábamos
En las sendas de la vida,
Yo en los ascensos soñaba;
Tú... no sé qué soñarias;
Solo sé que cual la espuma
Subiendo, subiendo ibas.
¿No es verdad?

BARON.

¿Y con qué objeto
Tales hechos resucitas?

DON GENARO.

Déjame contar la historia
Y verás á dónde iba.
Digo que al fin alcanzaste
Lo que tanto apetecias,
Y que posiccion, riquezas
Lograste obtener; un día
No te bastó todo eso;
Quisiste mas, tu codicia
Te hizo apetecer un título
De nobleza y de hidalguia...

BARON.

Que ya tengo.

DON GENARO.

Ya lo he visto.
Lo sé; no te tuve envidia.—
Para lograr lo que tienes
Pusiste, Julian, las miras

En una inocente jóven,
Que era bella, noble, rica
Y tan pura como es puro
El cielo que nos cobija.

BARON.

Continúa.

DON GENARO.

Continúa.

Aquella jóven, propicia
Se mostró á tu amor, el cielo
No le mostró tu perfidia.

BARON.

¡Genaro! si aquí á insultarme
Viniste, con tu maldita
Calma, juro que...

DON GENARO.

Silencio;

Modérate, que te miran,
Y bien podrán escucharte
Si advierten que tanto gritas.
Fuiste, como digo, esposo
De aquella inocente victima.
¿Entiendes? le doy tal nombre
Porque tú solo querias
Los millones de su padre,
Á quien seguiste la pista.
Os casásteis, y tuvisteis
Al año una tierna niña...

BARON

¿Y qué ves de irreprochable
En eso?

DON GENARO.

Dios no permita
Que yo por esto condene
Las acciones de tu vida;
Pero sabes que otro hijo
Tu imbécil suegro tenia,
Y que tú le indispusiste
Con él.

BARON.

¡Mientes!

DON GENARO.

La mentira
Jamás ha manchado el labio
Del que tus torpezas pinta
Con los oscuros colores
Que tu historia suministra.
Tú indispusiste, repito,
A los dos; calumnia impía
Sembraste y cogiste el fruto
Que apeteció tu avaricia.
Desheredó el padre al hijo
Que pobre y triste partía
Lejos de Europa, buscando
Honor, posiccion, familia,
Y el amor que le negaban
Por tu maldad y tu intriga.

BARON.

Te desprecio; nada puedes
Contra mi.

DON GENARO.

Mucho confias
En tu poder; pero escucha
Que la historia es divertida.

Tu suegro murió bien pronto
Dejando cuanto tenía
A tu mujer: ¿me comprendes?
Todo lo dejó á su hija
Siempre que al morir tuviese
Ésta, sucesion legitima.
Entonces, dueño absoluto
De riquezas muy crecidas,
Al extranjero te fuiste.
Eras feliz, libre ibas
A gozar por esos mundos
El fruto de tus rapiñas.

BARON.

¡Basta! ¡miserable! ¡basta!

(Amenazando á D. Genaro.)

DON GENARO.

Depon, buen Julian, tus iras,
Porque tengo dos pistolas

(Mostrándoselas.)

Y juro que prevenidas
Están, si á locarme llegas,
A hacer de tu cráneo trizas.
Sufre hasta el fin, seré breve.

BARON.

¡Oh! si oyesen... ¡qué agonía!

DON GENARO.

No temas, están muy lejos
Y nadie me oirá; descuida.
Iba diciendo que fuiste
A viajar; mas sin tu hija
Y sin tu mujer ¡qué diantres!
Tú ¿para qué las querías
Cuando inmundas meretrices
Iban á ser la delicia
De tu existencia? Y no obstante,
Tu pobre mujer te había
Entregado toda su alma;
Sin ti se encontró marchita
Su juventud; su belleza
El dulce encanto perdia,
Y su salud poco á poco
Vió para siempre estinguida.

BARON.

¡Desgraciada!

DON GENARO.

¡Ola! parece

Que ese recuerdo te agita
El alma, si aun tienes alma.
Oye, pues, lo que sufría
Y verás si razon tengo
Para culpar tu inaudita
Conducta: tu pobre esposa,
Que era honrada, pero altiva,
Tal vez, de ti ausente, hubiese
Muerto de melancolía
Bendiciéndote; mas era
Madre tierna, y por su hija
Hizo el sacrificio inmenso
De ir á buscarte solícita.
Y te encontró; ¿sabes cómo?
¡Oh! tu mente no lo olvida:
Te halló una noche gozando
Allá en asquerosa orgía.

BARON.

¡Oh! ¿cómo sabes...?

DON GENARO.

Los crimenes

La tierra y cielos publican.
¡Pobre mujer! al hallarte
De aquel modo, en su honda cuita,
Lanzó un gemido del alma;
Y su razon, como herida
Por un rayo, de repente
Se estinguió.

BARON.

Me martiriza

Tu relato: ¿qué pretendes?
¿Qué pides? ¡Habla!

DON GENARO.

Decia

Que tu mujer quedó loca
Rematada; tu dormida
Conciencia, tal vez un grito
Dió al contemplar la agonía
De aquella mártir. Mas tarde...
¡Oh! tus acciones inicuas
Iban á hallar el castigo
Inmenso que merecian.
Tu hija enfermó de repente.
¿Te acuerdas?

BARON.

¡Oh! no lo digas

Tan alto; ¡silencio! ¡Calla...!

DON GENARO.

Hiciste cuanto podias
Por salvarla; mas ¿qué diablos?
La enfermedad de tu hija
Era incurable...

BARON.

No grites,

Ó márame si te obstinas
En continuar!

DON GENARO.

Te repito

Que no hay nadie aquí.—Decia
Que estaba herida de muerte
Aquella inocente niña.
¿Qué hacer? ¿dónde ir? los médicos
Opinaron que debias
Traerla á Madrid, son siempre
Los aires de la nativa
Tierra, gratos y benéficos.
Acaso le volverian
La salud. Por otra parte
Brotó una duda sombría
En tu corazon: si el mundo
No miraba las caricias
Que á la hija y á la madre
Prodigar te proponias.
¿Con qué derecho legitimo,
Con qué razon de justicia,
Retener en ti pudieras
Los bienes que poseias?

BARON.

¿Concluiste?

DON GENARO.

No por cierto;
Que la historia es peregrina,
Y por mas que larga sea
Nadie va á meternos prisa.
Estaba, sino recuerdo

Mal, en la lucha sombría
Que en tu pecho se libraba,
Viendo espirante á tu hija
Que al fin murió...

(*Oyese un ligero gemido en el cenador.*)

BARON. (*Levantándose.*)

¡Calla! ¡calla!

¿No oiste?

DON GENARO.

Será la brisa
Que inocente juguetea
Entre esas verdes cortinas
De hojas temblorosas; siéntate,
Que ya el final se aproxima.
La niña exhaló su aliento
Justamente el mismo día
En que llegaste á la corte.
Una idea repentina
Surgió en tu mente... Aquí, nadie
Tras de una ausencia larguísima,
Conservar en su memoria
De tu heredera podía
Las facciones. ¿No era fácil
Con otra sustituirla,
Sin que su madre pudiese
Conocer tu villanía
Loca como estaba? Era
Sin duda una empresa digna
De tu talento diabólico:
De tu infernal inventiva.
Nadie adivinó el suceso
Desgraciado; de una misera
Estancia, fué arrebatada,
En noche lóbrega y fría.—
Mientras que daban sin pompa
Enterramiento á tu hija.—
Otra inocente criatura
Que creció bella y altiva,
A la cual hoy todos llaman
Viuda condesa de Alcira.

BARON.

Es cierto; ¿mas qué te importa...?

DON GENARO.

¿Qué me importa? Por mi vida
Que ya tu cinismo espanta
Y tu audacia maravilla.
Oyeme: yo fui en América
Tierno amigo de una víctima
Tuya; ¿qué! ya no recuerdas
Al desheredado? Había
En su corazón un mundo
De virtud y de bendita
Resignación; al hablarme
De ti, solo se entrevía
El deseo que abrigaba
De que labrases la dicha
De su hermana; muchas veces
«Yo te perdono, decía,
Todo el mal que me ha causado
Robándome las caricias
De mi padre; de mi padre,
Que me maldice ó me olvida.»

BARON.

¡Sigue!

DON GENARO.

Al cabo de dos años
Perdí á mi amigo de vista.

Torné á Europa y á mi patria;
Y aunque olvidado no había
Al hermano de tu esposa,
Y me llenaba de ira
Que tú poderoso fueras,
Mientras él tal vez gemía
Desamparado, no quise
Llamar nunca á tu dormida
Conciencia, porque me daba
Horror el verte. Seguía
Trascurriendo el tiempo; tuve
Hijos; fui con mi familia
Feliz, alejado siempre
Del mundo; y así vivía
Cuando una vez por mis puertas
Vi con sorpresa inaudita
Entrar á mi pobre amigo;
A tu cuñado, á tu víctima,
Que en lo demacrado y pálido
Un cadáver parecía.
El infeliz, á su vuelta
De América, vió fallida
Su esperanza; ni su padre,
Ni su hermana ya existían,
Y tú te hallabas ausente
De Madrid, con la que hija
Llamabas. ¡Ah! tú no sabes,
Tú no sabes la agonía
Con que miró desprenderse
Sus ilusiones marchitas.
Te escribió; en sus cartas todas
Su estado te refería:
Era un buen esposo, era
Un buen padre; en su aflictiva
Situación, el desgraciado
Lo que era suyo pedía.
¡Inútil demanda! Sordo
Y ausente permanecías.
¡Oh! lo recuerdo con pena
Y relatarlo me indigna.
En la miseria murieron
Ambos...

BARON.

Lo sé, no prosigas.

DON GENARO.

Pero al morir... al momento
En que á entregar á Dios iban
Sus almas, tu horrible historia
Revelaron con prolija
Verdad, al hijo querido
Que allí á su lado tenían.
Era un mancebo de aspecto
Simpático y de alma altiva,
Que juró vengar la muerte
De sus padres. Con fe digna
De su empresa, despojándose
De su apellido...

BARON. (*Como si hablase consigo mismo.*)

Quería
Perderme; sí, sí... por eso
Astuto en mi casa misma
Logré entrar...

DON GENARO.

Y te ha arrancado
Secretos que tu ruina
Pueden causar.

BARON. (*Levantándose y con firmeza.*)

¡Mientes! ¡Mientes!

DON GENARO.

¡Oh! tu fiera altanería,
 Tu aire de triunfo, me aclaran
 El celmo de tu malicia.
 Mas ya los cielos no quieren
 Que siempre triunfando sigas.
 Al venir á este palacio,
 Por una calle sombría
 Crucé, y oí los lamentos
 Que de una casa salían.
 Llamé y fué en vano, la puerta
 Cerrada permanecía.
 Oigo de nuevo gemidos:
 Llamo, viene la justicia,
 Y al fin, penetrando todos
 Y yo con ellos, tendidas
 Dos formas humanas vemos
 Entre las toscas mesillas
 De un bodegon; encendiéronse
 Luces y vi... ¿no advirinas
 Lo que ví? pues ví á dos viejos
 Que han sido de un robo víctimas.
 Mas ellos me estiman tanto
 Como á ese jóven estiman,
 Y me lo han contado todo;
 ¡Todo!

BARON.

¡Maldita...! ¡maldita
 Mi fortuna!

DON GENARO.

Á mano armada
 Y con vil superchería,
 D. Juan de Alarcon ha sido
 Por una infame cuadrilla
 Detenido. Tú lo sabes.
 ¡Baron! ¿dónde está?

BARON.

(Viendo que la galeria y los jardines se van llenando de caballeros y señoras.)

Nos miran;
 Nos ven... ¡Silencio!

DON GENARO.

Te ruego
 Que el paradero me digas
 De mi amigo! ¡pronto! ¡pronto!

BARON.

¡Déjame! ¡vete!

DON GENARO.

Su vida,
 Su honor, sus riquezas dame...

BARON.

¡Oh! ¡maldito! ¿por qué gritas?
 (Queriendo taparle la boca.)

DON GENARO. (Amartillando una pistola.)

Porque agotas mi paciencia.
 Oyeme...

BARON.

¿Qué quieres?

DON GENARO.

(Presentándole un escrito y un tintero de bolsillo.)

Este papel... Firma

BARON.

¡Nunca! ¡Nunca!

DON GENARO.

Pues bien, yo haré que reunida
 En torno tuvo esa gente,
 Sepa que en tí se cobija
 Un infame; que la ilustre
 Viuda condesa de Alcira
 Descienda...

BARON.

¡Silencio! ¡Calla!

¿No escuchas? ¡Pobre hija mia!

(Oyendo un grito desgarrador que sale de entre los árboles, los cuales se convierten á impulsos de un cuerpo que cae.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.— El duque de Casa-egregia.— Jacobo Riestri.—El general.—Señoras, caballeros y criados que acuden.—El baron se precipita hácia el interior del conador, precedido de Riestri. Este aparece trayendo desmayada entre sus brazos á la condesa de Alcira.

TODOS.

¡La condesa!

BARON.

(Cayendo desplomado sobre un banco.)

(¡Me he perdido!)

RIESTRI.

(Colocando á la condesa en otro asiento.)

Aun late su corazón
 Mirad: ¡vuelve en sí...!

GENERAL.

(En voz baja á varios caballeros.)

Señores
 ¿Qué opináis? (Hablan en secreto.)

DUQUE.

¡Julia!

CONDESA.

¡Gran Dios!

¿Qué miro?

(Observando á los que la rodean.)

BARON. (Levantándose.)

Julia ¿qué tienes?

CONDESA. (Sonriendo con amargura.)

Nada; todo concluyó.
 Una angustia pasajera...

(Se interrumpe, se levanta, y dirigiéndose á Don Genaro, que permanece triste y silencioso, le dice con dulzura:)

Caballero, por favor,
 Ofrézcame V. apoyo
 En su brazo...

BARON. (Oponiéndose.)

¡Oh! no, no...

CONDESA.

¡Padre...!

(Con desgarrador acento. Luego se interrumpe y dice con humildad:)

Es preciso que hable
Un rato con el señor...
Entretanto... amigos, siga
El baile y la diversion.
Me siento bien... ¡Ah! me siento
Desfallecer de dolor...

Aun es temprano, señores.
Seguidme... (Se dirige á la escalinata.)

TODOS.

Sí, vamos.

CONDESA.

¡Oh!
¡Dios mío! que no me falten
Las fuerzas. Dadme valor!

(Levantando al cielo sus ojos arrasados en lágrimas.)

CANTO XVIII.

I.

Por una puerta secreta
Que á una estrecha calle daba,
Salió Adam precipitado
Dejando el altivo alcázar.
Su amor propio herido lleva,
Lleva traspasada el alma
Mirando que la de Alcira
De su lado le rechaza.
¿Por qué? ¿por qué se avergüenza
Aquella orgullosa dama
De que la sorprenda el mundo
Junto á aquel que la idolatra?
Tal vez tentado un instante
El estuvo á declararla
Que entre los dos, aunque el mundo
Los juzgue como le plazca,
No hay diferencia tan grande,
Ni media tanta distancia.
Mas ¡ah! que eso hubiera sido
Acción cobarde y villana,
Y él antes morir prefiriere
Que ofender á la que ama.
Por eso á la calle sale;
Del jardín la llave guarda,
Y al hacerlo, en su bolsillo
Objetos estraños halla.
¿Qué es aquello? con presteza
Las joyas turbado saca,
Y á la luz de un farolillo
Que ya agonizando estaba,
El brillo de los diamantes
Mira, y se turba y se pasma.
En vano á su mente pide
Esplicacion de la estraña
Aventura: en vano quiere
Comprender lo que le pasa.
¿Es por ventura un recuerdo
De amor...? Mas si amor lo daba
¿Cómo y por qué la condesa
Para siempre de él se-aparta?
¿Es que el favor que la hizo
Con mano pródiga paga?
Mas si pagarle pretende

¿Por qué tal misterio guarda?
De todos modos, el jóven
Con pena vé las alhajas
Que otro tiempo codiciado
Hubiera con vivas ansias.
Joyas son que acaso valen
Un caudal, y que contrastan
Con la miseria en que vive
Sumergido en su desgracia.
Pensando así, avergonzado,
Trémulo, la frente baja,
Y á un mundo desconocido
De afectos entrega el alma.
La ambicion brota en su pecho,
El orgullo le avasalla.
Y gigantescas pasiones
En torno de él se levantan.
Si hasta el presente ignorante
De lo que en el mundo pasa,
Vagó, lleno de ilusiones
Forjando quimeras vanas,
Impulsando ó conteniendo
Los impetus de su audacia,
Preciso es ya detenerse,
Buscar la luz que le falta,
Y entrar, si el mundo lo quiere,
Con el mundo en lucha franca.
«Yo adquiriré, repeta,
Lo que conseguir ansiaba,
Para ponerme á la altura
De la que así me rechaza.
Yo guardaré sus diamantes...
Diamantes que brotan llamas,
Que la vista me lastiman
Y que el corazon me abrasan.»

Dió Adam la vuelta al palacio
Sin que la música grata
Que dentro se percibía
Y el bullicio, le dejaran
Oír el ¡ay! doloroso
Que entonces quizás lanzaba
La condesa; y encontrando

Al bandido que le aguarda,
Los dos se apartaron luego
De la soberbia morada,
Haciendo el uno preguntas
Á que el otro contestaba
Con voz breve, murmurando
Escasísimas palabras.

Después que los dos hicieron
Una ligera jornada,
Paróse el viejo bandido
Á la puerta de una casa.
Era un edificio triste.
Alto, sombrío, de fachada
Sinistra, que daba frente
Á una viejísima tapia.
Sin detenerse un momento
Abrió Lucas con cachaza
La puerta, hizo luz, y luego
Volvió por dentro á cerrarla.
Subieron una escalera
Estrecha, pendiente, alta,
Retorcida, súa y toda
Llena de telas de araña.
Contaron cien escalones...
Es decir, no los contaban;
Mas en verdad que del número
Que hemos indicado pasan.
Y en la puerta que en la última
Meseta cansados hallan,
Dió un golpe el viejo y por dentro:
—¿Quién es? preguntan; ¿quién llama?
—¡Gente de paz! dice el viejo;
Abrenos al punto, Juana.—
Se abrió la puerta, y en ella
Vióse una mujer escualida,
Seca, negra, bigotuda,
Varonil, huesuda y alta,
Con un candil en la mano,
Cuya luz con la otra tapa.
—Gracias á todos los diábolos
Que estamos en nuestra casa,
Dijo Lucas penetrando
En una misera estancia.
Y como Adam no acertase
Á entrar, le dijo con calma:
—«Ven, hijito, y no te asustes,
Que la habitacion no es mala,
Y en ella vas á encontrarte
Mejor que el pez en el agua.»

Una cocina, un pasillo,
Un dormitorio, una sala
Pequeña, constituían
El conjunto de la casa,
Que casi puede decirse
Estaba desmantelada.
Y como Adam lo observase,
Con visible repugnancia
Todo, el viejo sonriendo
De esta manera le habla:
—«Comprendo bien que te halles
Desconcertado y en babia,
Después de ver el palacio
Que hace poco te admiraba.
Ven, sin embargo, conmigo;
Ten un poco de cachaza
Y ya verás la sorpresa
Que te tengo preparada:
Dijo: y tocando un resorte

Que en la pared se ocultaba,
Se abrió otra puerta secreta
Que Adam y Lucas traspasan,
Llevando el viejo en su mano
Un quinqué de hoja de lata,
Y en su rostro el pobre jóven
La admiracion retratada.

—«Hé aquí tu aposento, hijo,
Dijo el bandido con calma,
Entrando en un saloncillo
De vista menos ingrata.
Era una pieza mas grande
Que dista de la elegancia;
Pero que está con limpieza,
Modestamente amueblada.
Constituye su menaje,
Estera de plecta blanca,
Una mesa en un testero,
En redor sillas de paja,
Un grande armario con libros,
Un escaño y una cama.

Tomó asiento el viejo Lucas;
Obligó á su camarada
Á hacer otro tanto, y luego
Le dirigió estas palabras:
—«Oye, Adam; yo no te pido
Que vengas á abrirme el alma:
Si algun secreto me ocultas
Guárdalo cuanto te plazca;
Mas no olvides que te he visto
Mientras que con ella hablabas,
Y que de allí te alejaste
Tal vez sin decirle nada
De lo que importa; cualquiera
Te tomara por un mandria.»

Miró al jóven fijamente,
Qual si de sondar tratara
Los diversos pensamientos
Que por su mente cruzaban,
Y así prosiguió diciéndole
Acentuando sus palabras:
—«Me he convencido; no sirves
En el mundo para nada;
Mas ¿qué demonios? al cabo
Te quiero, y con esto basta.
Ayer te vi con un hombre
Tomar, al romper el alba,
Una copa de aguardiente
Y permitir que él pagara.
Comprendí que no debias
Tener siquiera una blanca,
Y aunque tengo alma de buena
Me enternecí, tuve lástima.
Puse en olvido tu ingrato
Proceder, pedi á Salada
Perdon, aquí en mis adentros;
Y tapándome la cara
Con el sombrero, tus pasos
Seguí por calles y plazas.
Te he visto pedir trabajo,
Te he visto... Cállate, calla,
Que harto dicen tus mejillas
Poniéndose coloradas.
Te he visto tender la mano...
Te he visto temblar... ¡Caramba!
¿Me dices que eres valiente?

Lo sé; mas eso no basta.
 Se necesita un esfuerzo
 Que me confunde y me pasma.
 Tú, siendo inocente, fuiste
 Conducido en hora infausta
 A una cárcel, donde el hombre
 A ser malo te enseñara.
 Después el cura tentando
 Tu ambición, tras sí te arrastra,
 Y a esa inocente criatura
 Del robo y la muerte salvas.
 Te arrojas luego impaciente
 En pos de ilusiones gratas:
 Pides trabajo y consuelos,
 Y solo desdenes hallas.
 Debes renegar del hombre,
 Y sin embargo le amas:
 Mucha fé, mucha paciencia,
 Mucho esfuerzo te acompañas;
 Eres mas noble, mas héroe
 Que muchos que el mundo aclama.
 Mas yo temo que ese mundo
 Se mofe de tus hazañas,
 Y las desprecie por chicas,
 O las olvide por sándias.
 Tú, tan fuerte, tan robusto,
 Tan jóven, con tantas alas
 Como en la cárcel te dimos;
 Tú que con una puñada
 Pudiste aplastar al hombre
 Que tu pobreza insultaba...
 Vamos, muchacho, te juro
 Que me has tocado en el alma.»

Calló Lucas un momento;
 Su frente inclina; levántala
 Luego, y de sus ojos caen
 Dos gruesas y ardientes lágrimas.
 —«¡Pobre de mí! dijo al cabo,
 ¿Por qué razón? ¿por qué causa
 Esta noche me parece
 Que mi corazón se ablanda?
 Él ha sido muchos años
 Como roca solitaria
 Que dentro del mar resiste
 A laz olas irritadas.
 Nunca los ojos he vuelto
 Al pasado que hoy me espanta;
 Nunca dirigi la vista
 Al porvenir que me aguarda.
 Tienes razón; las lecciones
 Que yo en la cárcel te daba,
 Eran demasiado negras,
 Eran demasiado malas.
 Sigue el camino que emprendes;
 Sigue el rumbo que te trazas,
 Y ¿quién sabe? acaso veas
 Cumplidas tus esperanzas...
 Y hasta puede que me apartes
 Del crimen y de la infamia.»

Diciendo así, avergonzado
 De que llorar le miraran,
 Levantóse de repente
 Y dió una vuelta á la estancia.
 Luego sacó del bolsillo
 Un puñado de oro y plata
 Que puso sobre la mesa,
 Y así continuó su plática:
 —«De hoy mas, muchacho, ya tienes
 El hogar que te faltaba,
 Y el alimento preciso

Que el estómago reclama.
 Cómprate un vestido nuevo;
 Que aunque hay gentes que proclaman
 Que el hábito no hace al monge,
 Yo te digo que eso es cháchara.
 Ponte levita, la triste
 Chaqueta es prenda que causa
 Cierta desden compassivo,
 Si no inspira repugnancia.
 Yo de muchacho lecciones
 De leer y escribir tomaba;
 Te las daré, si tu quieres,
 A mi vez desde mañana.
 Ahí tienes mas de cien libros
 Que un sábio que aquí habitaba,
 Y que murió viejo y pobre
 Dejé al faltoecer á Juana.
 Lánzate al mundo; aunque mozo,
 El crisol de la desgracia
 Sin duda te habrá prestado
 Prudente desconfianza.
 Estudias los corazones
 Sin que te estrañes de nada
 Y en el tuyo dominando
 Vé supersticiones vanas.
 La maldad no vive sola
 Entre la infame canalla;
 Malvados hay que se cubren
 Entre magníficas galas,
 Y que un suplicio merecen
 Mejor que el que ahora te habla.
 Yo vendré á verte de noche
 Y siempre en sus horas altas,
 Cuando me deje dormida
 Á tu constante Salada.
 Te encargo que no la busques
 Si es que no quieres matarla,
 Y por último te encargo...
 Acércate á esta ventana.»

Abrió Lucas las maderas
 De la que estaba cerrada,
 Y al as marse el mancebo
 Un grito ahogó en su garganta.
 Era la hora bendita
 En que sus tintas rosadas
 Esparce por el Oriente
 La luz serena del alba.
 Madrid dormido veíase
 Arrullado por las auras
 Mostrando las siluetas
 De sus torres elevadas,
 Mientras que abajo perdiase
 En laberintos de casas
 Y calles. Y allí, mas cerca,
 Casi al pié de la ventana,
 Vió Adam un jardín hermoso
 Lleno de fuentes y estatuas,
 Y kioscos y arroyuelos,
 Y artificiales cascadas,
 Y bombas y farolillos,
 Cuyas luces ya se apagan.
 Y aunque desierto aparece
 Y silencioso y en calma,
 Y no hay ya en la galeria
 Ni en los salones un alma,
 Todo lo contempla el jóven
 Con avidez estremada,
 Como si viera los cielos
 Abrirse á su vista estática.

Y según dice la crónica,
Según publica la fama,
Cuando el viejo con su mano
Le señaló la morada
De la condesa, y le dijo:
«Veía por ella,» con ansia
Estrecho contra su pecho
Al bandido, que se aparta
De su lado, murmurando:
—Adios, hijo, hasta mañana.

II.

¿Quién dejó de construir
En los etéreos espacios,
Pensando en su porvenir,
Castillos de oro y palacios
Con bóvedas de zafir?

¿Quién en su primera edad
Culto no rindió un momento
A la pueril vanidad,
Que lleva la humanidad
Adherida al pensamiento?

¿Quién indiferente vió
Su apostura y gentileza,
Si á un espejo se miró
Y en él retratadas vió
La juventud, la belleza?

Y quién, en fin, dominando
Inocentes desvarios,
No va galas codiciando.
A medida que alcanzando
Va brillantes atavios?

Préndase el mundo al mirar
La riqueza y el primor
En todas partes brillar;
Y el hombre suele anhelar
Lo que al mundo inspira amor.

Por eso nuestro mancebo,
Á quien va pintar me atrevo
Mas alegre y mas dichoso,
Sale á la calle brioso
Ostentando un traje nuevo.

Bota estrecha y charolada,
Pantalon largo y ceñido;
La levita abotonada,
Y la corbata anudada
Con cuidadoso descuido.

Blanca pechera; un boton
Donde una perla resalta;
Cadena de relumbron,
Sombrero de copa alta
Y un junquillo por baston.

Traje nuevo y elegante
Que Adam ostenta con brio,
Sin dejar el blanco guante
De cabritilla ó de ante
Que completa su atavio.

Y en verdad que es otro Adam
Vestido con tal primor;
Que todos le envidiarán
Sus vistumbres de galan.
Sus aires de gran señor.

Y es tan gentil su figura,
Tan varonil su apostura,
Que no habrá mujer acaso
Que á contemplar su hermosura
No detenga un poco el paso.

Y él, que destierra el dolor,
Y ya en el mal no se abisma,
Hallara un mundo mejor
Mirado por otro prisma
De un cristal encantador.

Ved sinó como se lanza
Buscando con ansiedad
Lo que entrevió en lontananza:
El amor, la bienandanza
De la culta sociedad.

Mundo de delicias lleno
Al que ya no busca en vano,
Pues ha de abrirle su seno
Mientras tenga el oro á mano,
Aunque lo coja del cieno.

Y no faltarán amigos
De buena ó de mala casta;
Y no habrá quien diga: *basta*.
Si de su bien son testigos
Y con todos triunfa y gasta.

Y no escasearán placeres,
Ni diversiones, ni amor
De tentadoras mujeres,
Que le repitan: «tú eres
De los hombres el mejor.»

Mujeres que encubrirán
Entre flores mil su yugo;
Que acaso le esprimirán
Del alma y del cuerpo el jugo,
Y luego le olvidarán.

Y en verdad que no son tales
Mujeres tan criminales,
Pues tal vez, y sin tal vez,
Fué el hombre con su doblez
Quien las hizo desticales.

Y si el mismo Adam suspira
Con ellas en lazo estrecho,
Será su pasión mentira,
Que él no puede á la de Alcira
Jamás arrancar del pecho.

Por eso allá en el festin
Pondrá á sus placeres fin,
Volviendo con alma ufana
Á contemplar el jardín
Que hay al pié de su ventana.

Y en sus horas de apatía
Con dulce melancollia
Lanzará al viento un reproche,
Al ver perderse otro día
En las sombras de la noche.

Que á la condesa no vió
Por mas que lo deseó,
Y en la oscuridad que crece
El jardín desaparece,
Donde en vano la buscó.

Y al ver que es inútil ya
Tal ventura pretender.

Y que ausente acaso está
La idolatrada mujer,
Suspiros al viento da.

Y pasan días y días,
Y á lanzarse torna al mundo,
Buscando sus alegrías,
Que luego vuelve sombrías
Un sentimiento profundo.

Y es el afán de aprender,
El anhelo de juzgar,
El delirio del saber,
La pretension de sondar
Lo que no pudo entender.

Y á su razon pide en vano
Que le explique de la vida
Todo el misterioso arcano.
Pues vá su mente perdida
Por un inmenso océano.

Y vé cosas que le halagan,
Secretos que le fascinan,
Placeres que le embriagan,
Dulzuras que le empalagan
Y dudas que le asesinan.

Y así, gozando y sufriendo,
Camina del mundo en pos,
Ya amando, ya aborreciendo,
Á Dios su amor ofreciendo
Ú olvidándose de Dios.

Que en la culta sociedad
Á donde ciego se lanza,
Se agita la humanidad
Entre la fé, la esperanza,
El olvido y la impiedad.

Y loco busca el festín,
Mas luego, con alma ufana,
Á sus goces pone fin,
Por ir á ver el jardín
Que hay al pié de su ventana.

Y en él con grata sorpresa
Una bella sombra mira
Deslizarse por la espesa
Enramada... ¡Es la condesa!
¡Es la condesa de Alcira!

De júbilo Adam lanzó
Un grito; el sol de bajada
En Occidente se hundió,
Y en sombras desapareció
La sombra de su adorada.

Y al volverse entristecido,
Porque el sol que trasponía
Ver otro sol le impedía,
Se halló al lado del bandido
Que á darle lección venía.

Y era la lección postrera;
Pues él, aplicado y diestro,
En las lecciones que diera,
Supo ya mas que el maestro,
Que un gran maestro no era.

Y éste dijo: — «¡Pesie á mí!
Que ya me dejaste atrás.
Mas no has de quedarte así.
Otros maestros tendrás
Si es que eso te agrada á tí.»

«Yo conozco á un pobregon
Que, por sabio, en la indigencia
Está: te dará lección
Y... ya verás cuánta ciencia,
Vas á ser un Salomon.»

«Entretanto te aconsejo
Que no te ausentes de aquí
Aunque notes que me alejo.
Por unos días te dejo;
Acuérdate, Adam, de mí.»

«No olvides, que me interesa,
La infeliz á quien denigro.
Soy padre de la condesa...!
Y le amaga una sorpresa,
Le amenaza un gran peligro.»

«Acuérdate de la anciana
Que reveló el plan ruin
De aquella gente villana;
Si oyes tañer la campana
Corre al punto á ese jardín.»

«Vela de noche y de día;
Vela, por Dios, buen Adam,
Por esa pobre hija mía.
¡Oh! ¿quién sabe si algun día
Verás premiado tu afán?»

«De menos nos hizo Dios;
Tú eres un mozo que vale
Por mas de uno y mas de dos;
La suerte al camino sale
De quien menos la fué en pos.»

«Dicen que en la soledad
La tristeza se conjura,
Si se entabla sociedad
Con los libros, y en verdad
Que no te falta lectura.»

«Estudia; yo volveré
Pronto, y te sustituiré.
No seas en mirar reacio
Lo que pasa en el palacio
Que hay de esta ventana al pié.»

«Juana de tí cuidará
Durante mi corta ausencia,
Y nada te faltará...
Si el mundo envidia te dá
Resígnate y ten paciencia.»

«Cuanto mas tardes en ir
Á confundirte con él,
Mas tardarás en sufrir;
Que el mundo es traidor y herir
Suele con mano cruel.»

«Adios, hijo, que es ya tarde;
Por unos días emigro;
Y al ausentarme, cobarde
Me siento; el cielo nos guarde
Y la libre del peligro.»

Dijo: al jardín señaló;
Miró al cielo tristemente;
Al jóven luego abrazó,
Y en silencio lentamente
De la estancia se alejó.

III.

Y Adam de nuevo en soledad quedando,
Recorriendo la estancia distraído,
A sus anchas estubo comentando
Las temerosas frases del bandido.
Y aquella noche continuó velando,
Hasta que el sol, ballándole rendido,
Hizose al cabo de sus fuerzas dueño.
Y dió á sus ojos bonancible sueño.

Era muy cerca ya del mediodía,
Cuando en su oído resonó potente
La voz de la mujer que le asistía,
Quien por tres veces le llamó impaciente.
Y al notar que el almuerzo le traía
Tiróse de su lecho prontamente.
Y se puso á comer de buena gana,
No sin mirar primero á su ventana.

Fué, sin embargo, inútil diligencia;
Inútilmente con empeño mira
Si puede conseguir en su impaciencia
Entrever la mujer por quien suspira.
Nadie anima el jardín con su presencia;
Muda está la mansion de la de Alcira;
Todo yace en silencio sumergido,
Medio envuelto en las sombras del olvido.

Fué preciso esperar: pero las horas
Lentas pasaban; y vinieron días
Seguidos á su vez de abrumadoras
Noches tristes, eternas y sombrías.
Y ardiendo Adam en ansias tentadoras
Ganas tuvo, entre mil dudas impías,
De penetrar en el jardín, pues sabe
Que tiene en su poder de él una llave.

Y hubiera al punto su arriesgada empresa
Llevado á cabo con valiente intento,
Si el temor de ofender á la condesa
No le hubiese asaltado el pensamiento.
Que si verla y hablarla le interesa,
También teme causarla un sentimiento,
Por lo cual con dolor un *no* pronuncia
Y á penetrar en el jardín renuncia.

Entretanto, el bullicio y el ruido,
Y el estrépito y grande vocería
De la corte, ligero hasta su oído
En sus alas el viento le traía.
Bulle un pueblo á sus pies, un mundo henchido
De júbilo sin fin y de alegría,
Rico, esplendente, seductor y vario,
Llama y seduce al jóven solitario.

Vosotros ¡ay! que acaso habeis sufrido
Hondo pesar y fieros desengaños.
Que el pobre corazón tenéis herido
Por la orfandad desde los tiernos años;
Que del mundo tal vez habeis huído
Por no ver su falsía y sus amaños.
Decid: ¿no habeis perdido vuestra calma
Viendo á ese mundo que os seduce el alma?

Horas vienen de tedio y de apatía
En que la triste soledad buscamos,
Y en ella con cruel melancolía
Nuestro propio dolor acariciamos;
Mas luego el mundo de su luz envía
Un rayo que afanosos vislumbramos,
Y olvidándonos luego del profundo
Pesar, buscamos con afán al mundo.

Y si el hombre que poco á poco ha ido
Cruzando los caminos de la vida,
Los golpes que en el alma ha recibido
De tal manera placentero olvida,
¿Qué hará nuestro manco, que ha venido
Al mundo ayer, si el mundo le convida?
¿Cómo alejarse del amable roce
De ese monstruo falaz que desconoce?

Resuelto ya á lanzarse nuevamente
A la calle, su libro con enfado
Cerró Adam, y vistióse diligente
Dejando dudas y temor á un lado.
Y por salir mostrábase impaciente
Al mirarse del todo ataviado,
Cuando dió un paso atrás con infinito
Dolor, ahogando en su garganta un grito.

Pálido, inquieto, trémulo de ira,
Sintiendo que en su pecho acelerado
Palpita el corazón, absorto mira
La escena que su enojo ha despertado.
En el jardín se encuentra la de Alcira;
Es ella, sí; mas ¡ah! que allí á su lado,
Un mortal mas feliz la galantea
Y ella asida á su brazo se pasea.

No hay duda, no; en la insólita locura
Que le inspiran sus celos bramadores,
Presente que aquel hombre la ventura
Le roba con el bien de sus amores.
Es el rival de quien le hablara el cura,
Es aquel que encendiendo sus rencores
De un cochero brutal armó la mano
Dando impulsos á un látigo villano.

Tiempo es ya de volver al orgulloso
Conde su insulto, y con cruel contento
Hacerle ver que tiene mas bríos
Brazo, mas fuerzas y mayor aliento.
Realizar aquel sueño misterioso,
Cumplir al cura el tardo juramento,
Y de su lado á la mujer querida
Arrancarle, arrancándole la vida.

Pensando así, la llave que le diera
La condesa, tomó y apresurado
Dando saltos abrevia la escalera,
De dos pistolas y de estoque armado.
Resuelto está á buscar con saña fiera
Y á provocar á su rival odiado;
Al conde audaz que con desden le mira
Y le roba el amor de la de Alcira.

Lleno, pues, de impaciencia y de coraje,
Á la calle por fin ciego se lanza,
Mientras medita en el mayor ultraje
Que pueda sugerirle su venganza.
Mas ¡ah! que á la sazón, un carruaje
Que se aleja veloz, á ver alcanza;
Y en él vá la de Alcira con el conde
Rápidamente sin saberse á dónde.

Adam, montando en cólera sombría,
Lanzó un rugido, y con furioso anhelo,
Mientras la tierra con su planta hería,
Cerró sus puños, elevando al cielo
Una mirada rencorosa, impía.
Que así mil veces, sin pedir consuelo
El hombre á Dios, contra su Dios desfoga
La impotente soberbia que le ahoga.

Y aquí de disculpar al ciego amante
Casi me asaltan locas tentaciones;
Pues sabemos que Adam es ignorante
Y que apenas del bien tiene nociones.

Si fué mala su acción y repugnante,
Culpa tienen acaso las lecciones
De un mundo que, olvidando el anatema
De los cielos, sacrilego blasfema.

De todos modos, si en aquel momento,
Imprudente las iras provocado
De Adam hubiese alguno, el escarmiento
Prontamente le hubiera el joven dado.
Que esta vez el dolor y el sufrimiento
De los cielos parece han agotado,
Prestando al alma impulsos borrascosos,
Los innatos instintos generosos.

Pasó, no obstante, el impetu sombrío,
Cual suele acontecer á la tormenta
Que en alas vá del huracan bravo
Tanto mas pronta, cuanto mas violenta.
Y del terrible encono y desvario
Negro el pesar, la duda macilenta,
En pos vinieron, dando á la tristura
El imperio que tuvo la locura.

¿Quién es él...? una noche malhadada
Penetró en el palacio de la hermosa,
Que iba á ser sin piedad sacrificada
Por una chusma criminal y odiosa.
Y él la salvó; mas ¡ah! que en la morada
De la mujer altiva y orgullosa
Entró furtivamente, atraído
Por el vil interés, como un bandido.

Quisiera Adam con ánimo esforzado
Arrancar de su mente, en su impaciencia,
El terrible recuerdo del pasado
Que entonces abrumaba su conciencia.
Mas ¡ah! que en vano triste su pecado
Quiere escusar pensando en su inocencia.
La dama por quien él de amores muere
Le ha juzgado un infame y no le quiere.

—«Y sin embargo el padre de esa hermosa,
Dijo Adam suspirando, fué aquel mismo
Que en la cárcel me dió con afanosa
Solicitud, ejemplos de cinismo.
El que un día la vida borrascosa
Del crimen, me pintó como heroísmo,
Mientras ahora rápido se aleja
De esa ruta, y ser bueno me aconseja.»

Trataba de sondar inútilmente
Una vez mas el misterioso arcano
Que se suele encerrar constantemente,
Segun ya vé en el corazón humano,
Cuando vino á sacarle de repente
De su grande abstracción, tedo y ufano
Un hombre que le dió amoroso abrigo
En sus brazos, llamándole su amigo.

¡Amigo...! ¿por qué el mundo así prodiga
Esa palabra mágica y hermosa,
Que tanto á un pecho generoso obliga
Cuando ese pecho de candor rebosa?
¿Qué estrella de los hombres enemiga
Para que fuese la amistad dudosa,
Del que es falaz no ha escrito eternamente
La palabra *traición* sobre la frente?

Aquel hombre que así dábale prisa
Por dar á Adam junto á su pecho abrigo,

Es aquel que pretende de Luisa
Que falte á Enrique, su mejor amigo.
Es Anselmo: en su labio la sonrisa
Parece ser de su bondad testigo,
Y es la máscara inicua en que sepulta
La vil doblez que en su interior oculta.

Y hé aquí, lector, á Adam que nuevamente
Se lanza al mundo, y en la corte luce
Con el oro que resta al inocente,
El lujo que le agrada y le seduce.
Y Anselmo que le sigue la corriente
Á gastar mas y mas siempre le induce,
Hasta que al verle casi sin un cuarto
Se aleja de él de sus bondades harto.

Esta vez, sin embargo, erró su cuenta
El falso amigo, pues de Adam estaba
Decidida la suerte turbulenta
Á darle lo que tanto ambicionaba.
Dice, lector, el códice que cuenta
Los hechos de su vida, que pasaba,
Y aquí yo lo repito sin trasporte
Por el joven mas bello de la corte.

Y como quiera que en las cortes haya,
Segun sucede acaso en otras partes,
Mujeres que no ponen nunca á raya
Su limpio honor con nobles baluartes,
No faltó quien poniendo de atalaya
Un insensato amor, con torpes artes
El bajel codiciado, aunque con sustos,
Hizo arribar al puerto de sus gustos.

Quien fué la esposa infiel, no lo preguntes;
Fué liviana y pagó su desacuerdo:
Su nombre estaba escrito en mis apuntes;
Mas juro que tal nombre no recuerdo.
Y á fin, lector, de que tampoco juntes
Sus señas, voy (aunque me llames lerdo),
Á indicarte tan solo que esta hembra
Por todas partes la riqueza siembra.

Era muy rica, mucho; estaba el hombre
Á quien juró felicidad, ausente;
Y ella manchó tal vez un puro nombre
Por amor ó capricho delincuente.
En tanto, Adam, y espero que no asombre
Este extravío de su edad ardiente,
Olvidando un momento á la condesa
Dióse á triunfar y á divertirse priesa.

Y montó sobre rápidos corceles,
Y fué en la esgrima como pocos diestro,
Y el arte bello del divino Apeles
Le dió nociones; y hasta tuvo estro
Para brillar un poco entre noveles
Vates; y luego se mostró maestro
En chapurrar francés, segun lo ordena
La ilustre sociedad que le encadena.

Para tomar, lectores, ese baño,
Puedo jurar que Adam fué muy ligero;
Que no tardó siquiera medio año
En ser galán y apuesto caballero.
¿Fué por eso feliz? El cambio extraño
¿Logró hacer su presente lisonjero?
¿Calmóse su ambición ó su quebranto...?
Vamos á verlo en el siguiente canto.

CANTO XIX.

I.

«Es ya cosa probada,
Corriente, averiguada,
Segura, inevitable,
Que el hombre nace para ser sociable.
Hay un instinto en él que á toda hora
Le muestra su flaqueza:
Desnudo sale al mundo;
En la naturaleza
Nada hay tan débil como el pobre niño,
Que en su dolor profundo
Con tierno llanto compasion implora,
Demandando solícito cariño.
No hay mal que no taladre
Su débil complexión, y en su agonía
Bien pronto morirá
Separado del seno de su madre.
Y cuando madre digo
Comprenderás muy bien, lector amigo,
Que también me refiero
A otra madre que tiene el mundo entero.

No os hablo aquí de nuestra madre tierra
Que en su seno despues nos aprisiona
Con inflexible comezon tirana:
Os hablo sola y exclusivamente
De la que llaman sociedad humano.
Esta es lazo comun que une á la gente,
Que produce en el alma el sentimiento
De atarnos dulcemente
Y poner en contacto el pensamiento
De todos cuantos nacen,
Y al punto el pacto hacen
De amarse y protegerse mutuamente.

Así identificado,
Esta el hombre del todo asegurado
De vivir en reciproca armonía
Siempre en calma, contento
Aspirando á la dicha y la alegría.
El valiente sabrá infundir aliento
Al que cobarde sutre; el ignorante
Tendrá en el sábio compasivo goza:
El rico al pobre ofrecerá el sustento
Con alma generosa y pecho amante;
Y si por senda infame se estravía
Un delincuente hermano,
Pronto el bueno, tendiéndole su mano
De la virtud le mostrará la vía.

No hay duda, no; la sociedad nos llama
Con frases lisonjeras;
Dios ha prestado la razon al hombre
Para vencer á las sañudas fieras.
Es fuerza unirse, protegerse, amarse,
Ser todos unos, y con noble y tierno

Afecto, al fin ligarse
En santo lazo venturoso, eterno.»

Esto Adam leyó un día
No sé en qué libro de filosofía,
Y yo juro á mi vez á mis lectores
Que prendado quedó de esos primores;
Pero debo decir al tiempo mismo
Que, á la par que en el mundo se engolfaba
Y estudiarle afanoso pretendia,
El pobre en un abismo
De dudas se encontraba:
Dudas que en vano descifrar queria,

Verdad es que la gente
Maldito si le dió leccion alguna
De lo que él impaciente
Adivinar anhela.
Por el pronto en la escuela
Cortesana los hombres le enseñaron
Aquellos que prudentes acordaren.
Supo hacer cortesias,
Mover los pies y brazos,
Decir ó hacer discretas tonterias
Y recibir ó devolver abrazos,
Disimular sus penas y alegrías
Aunque se hiciese el corazon pedazos,
Y ver si á la etiqueta se acomodaba
Para hacerse por fin hombre á la moda.

En tanto que esto hicieran,
Si bien no siempre diestro
En esas cosas se mostró maestro,
Aquellos que le dieran
El título de jóven elegante,
Adulándole siempre por delante,
De su triste ignorancia se reian
En su ausencia, y se hacian
En cien círculos vários
Discretos comentarios,
Preguntando de dónde procedian
El oro y las grandezas que ostentaba;
Y el nombre de una adúltera rodaba,
Con vil oprobio, y para eterna mengua
De un marido infeliz de lengua en lengua.

Aquel sordo ruido,
Vago, incesante, resonó en su oído;
Y entonces, comprendiendo
Que no era noble acaso lo que hacia,
Puesto que de ello el mundo se reía,
Miró en redor la intensidad midiéndolo
De sus acciones; y encontrando en torno
Muchos hombres que cándido le llaman
Porque nécio vacila, y que proclaman
Aventuras iguales con denuedo,
Adam sacude su inocente miedo.

De todos modos, en el alma lleva
Una herida mortal, el negro hastío
Abre en su pecho abrumador vacío.
La delincuente esposa que con lazos
Criminales le abruma y le sofoca,
Dulces frases le pide, que no sienten
Su corazón; Adam ya no la ama;
Y esas frases que salen de su boca
Se escapan lentamente
Escitando los celos de la dama
Que ya en silencio llora
Y del ingrato dueño amor implora.

¿Quién dió lo que no tuvo? Adam pretende,
En el revuelto píelago del mundo,
Donde oye hablar de cosas que no entiende,
Ver si llena el profundo
Vacío que vé abierto
Siempre á su vista; el porvenir incierto
Guarda la dicha ufana
Porque siempre suspira.
De nuevo en la de Alcira
Piensa, y piensa de nuevo en su ventana.

¿Por qué nunca ha dejado
El hombre de acordarse del pasado?
¿Por qué presta brillante colorido
A todo lo que *ha sido*,
Por mas que lo que fué tal vez le ha hecho
Heridas en el pecho?
¿Por qué el sol que se pone nos ofrece
Gratos vislumbres, y la noche solo
Del presente, mas negra nos parece,
En tanto que los cielos arrebola,
Anima y esclarece
Del porvenir la espléndida aureola?

Lo cierto es que, lanzado
Adam del modo que espesado queda
A la vida agitada
De la corte, no encuentra la alegría
Ni la dicha que tanto apetecía.
La mujer que hastiado
Le tiene con su amor y con sus celos
Y sus tiernos desvelos,
Oro le dá sin cuento ni medida,
Que él derrocha en seguida
Huyendo de ella con creciente enfado.
Y busca diversiones;
Apetece mas grandes emociones;
La vida borrascosa,
Parécete pueril, trivial, penosa;
Tal vez envidia la época pasada
En que oscuro vivió con su Salada.
¡Salada! ¿dónde está? ¿dónde el bandido
A quien puso en olvido?
¿Qué fué de la condosa?
¿Qué del cura y de Pupas?
¿Qué de Alarcón? la suerte le interesa
De todos, y no obstante
Sigue siempre adelante
Sin saber dónde vá; rudo el destino
Le empuja en su camino,
Y ya Madrid es poco
Para él que vá perdido como un loco.

De vez en cuando el vuelo
De su intranquilo espíritu paraba,
Y lleno de terrible desconosido
Las miserias del hombre contemplaba,
Y la miseria propia,
Pues él no es mas que de los otros copia.
¿Quién es él? ¿dónde vá? fáltale un nombre
Y apenas sabe, apenas por qué existe:
Ayer que pobre era

Y que vagaba por las calles triste,
Ni un amigo tenía;
Y hoy le cercan y adulan á porfia
Brindándole cariño por do quiera.
¿Qué le enseñaron? nada;
Es verdad que orgulloso,
Ante alguna mujer enamorada,
*En un caballo con la crin tendida,
La cola suelta, vagarosa al viento,
Y la abierta nariz de fuego henchida
En alas iba ya de su contento.*
Es cierto que sabia,
Manejar un florete: que ya un día
Tuvo un duelo, por culpa de una dama,
Con el que obtuvo de valiente fama.
Es cierto que se atreve
También el pobre á ponderar la gloria
Y cultura del siglo diez y nueve.
Que alguna vez de historia
Y nail de la política le hablan;
Que nada de esto entiende
Aunque entenderlo con afán pretende;
Y que al fin se acomoda
A ser, como hemos dicho, hombre de moda.

Mas ¡ah! que en tanto el alma
Sigue sintiendo el congajoso hastío
Que la dicha le roba con la calma.
De la mujer que le ama, con desvío
Mas se vá retirando.
Solo vá á verla allá de vez en cuando
Por obtener el oro y las riquezas
Con que ella torpe abona sus finezas.

Y al cabo llega un día
En que vuelve indignado
El esposo ultrajado
Que viene á castigar la felonía
De la adúltera esposa.
Juez inflexible de su honor, le pide
La cuenta minuciosa;
Lavar su mancha con teson decide
Y el limpio acero mide
Con el acero del rival odiado,
A cuyos pies herido
El infeliz marido,
Cayo en sangre bañado,
Mientras que Adam huyó precipitado.

Y la noche sombría
Tendió su manto; y dos buenos amigos
Que del duelo testigos
Fueron, porque el honor se lo imponía,
Al herido afanosos levantaron
Y en un coche le entraron,
Que allí con cuerda prevision habia.
Y se habló al otro día
De aquel triste suceso;
Y solo se extrañó que aquel amante
Bizarro y arrogante,
A quien apenas se formó proceso,
De nuevo no volviera
A continuar triunfante su carrera.

II.

Adam ha vuelto al cuarto que en mal hora
Insensato dejó; todo en silencio
Yace en torno del joven; Madrid duerme
Lanzando los rumores postrimeros
De un día borrascoso: los relojes
Marcan las dos en los lejanos templos.

Y Adam inquieto vela; los gemidos
Quejumbrosos se escuchan de los vientos
Que hacen crugir las carcomidas bejas
De su ventana, donde en otro tiempo
Asomado, anhelaba ver la imagen
De la de Alcira con creciente anhelo.

Un velon de metal que hay en su mesa
Deja escapar los débiles reflejos
De la oscilante luz; y todo es calma,
Tristeza, soledad... ¡ay! ¿dónde fueron
Las horas de ilusión y de ventura
Que quiso hallar en el revuelto piélagos
Del mundo? Parece que han pasado
Para nunca volver, dejando lleno
El pecho de aflicción; fugaz el rayo
Rasgó las nubes, y con rumbo incierto
Fue á perderse en las sombras insondables
Del porvenir; y herido, triste, inquieto
Quedó aquel que clavar quiso sus ojos
En la cárdena ráfaga de fuego.

Breve fué y borrascosa la existencia
Del pobre Adam; en tan escaso tiempo
Quiso apurar la copa del deleite,
Y en su fondo encontró mortal veneno.

¿Por qué ocultarlo? el jóven en el alma
Oyó una voz que con terrible acento:
«Tú has matado á tu prójimo,» le grita,
«Tú has manchado su tálamo, y cubierto
Al desdichado de ignominia y luto;
¡Asesino! ¡asesino!» Y un espectro
Se levanta iracundo ante sus ojos
Asombrados; latir siente en el pecho
Con ansia el corazón, donde se alza
La sombra del cruel remordimiento.

Bien mirado, lectores, si en el mundo
Hubiese Adam vivido mucho tiempo,
En la ocasión presente, hubiera el pobre
Sin duda alguna padecido menos.
Entonces del honor las leyes sabias
Le hubieran convencido de que el duelo
Llevado á cabo con valor, destreza
Y buena suerte, deja satisfecho
Al ofendido, al ofensor, al triste
Que cae vencido, y al que vence diestro
Lo mismo que á los hombres que atestiguan
Del noble lance el valeroso término.

De todos modos, aunque Adam apenas
El decálogo sabe ó los preceptos
De Dios, ni lo que luego á sus antojos
Los hombres á su vez establecieron,
Es la verdad que aquella voz escucha
Sin saber cómo; que le inspira cierto
Temor indefinible el ver sus manos
Tintas en sangre, y que entregarse al sueño
Teme el enlutado; por lo cual en vela
Pasa la noche solo en su aposento.
Pensando en la justicia de los hombres
Y también en la cólera del cielo.

«¡El cielo! ¡la justicia! ¡vaya un héroe!»
Dirá acaso un lector de pelo en pecho,
Y aun temo que murmure por lo bajo:
«Este poeta me parece memo.»
Tiene razon el que de mí murmure
De tal modo; este Adam es un manco
Meticuloso, imbécil... mejor fuera
Remontar el osado pensamiento
A los tiempos heroicos; describirlos
Combates y espectáculos sangrientos;
Ensalzar las acciones de los hombres

Que con feroz, con indomable esfuerzo,
El carro de sus triunfos conducian
Tirados por esclavos prisioneros.
Y asolaban la tierra conquistando
Dilatados, magníficos imperios.

¿Qué importa que su paso señalaran
La ruina, el luto, el hambre y el incendio?
Si los campos sembrados de cadáveres
Y palpitantes destrozados miembros
Quedaban, esos cuadros pavorosos
Eran sublimes, admirables, bellos,
Para el poeta que inspirado alzaba
Con voz potente sus cantares bélicos.

Es muy cierto, lector, y aun si me apuras,
No era preciso (lo declaro ingénuo);
No era preciso hasta la edad remota
Trasladarse; no á fé. — Nuestros modernos
Tiempos, ofrecen en recientes páginas
Grandes, terribles, dolorosos hechos.
Mas quede para aquel que torpe emprenda
Por el ansia de alzarse un monumento,
La vil tarea de ensalzar la guerra
Y la matanza y el estrago horrendo,
Y las luchas tenaces y espantosas
Entre opresores y oprimidos pueblos
Presentando á quien fiero las promueve,
Como el tipo mas grande y mas perfecto
Que Dios creó para que ser pudiera
De la doliente humanidad ejemplo.

Vuelvo, pues, á mi Adam: el pobre jóven
No es un cobarde; varonil esfuerzo
Le acompaña; mas piensa por instinto
Que ser no debe valioso hecho
Matar á un semejante, y todavía
Párecele mas grande, mas inmenso
Su delito, pensando que aquel hombre
Fue por él agraviado sin saberlo.
Por eso teme á la justicia humana
Y también á la cólera del cielo.
Que aunque de Dios apenas en el mundo
Oyó hablar nuestro jóven; hay un eco
En el alma que anuncia su existencia
Allá en la eternidad y acá en el tiempo.

III.

Temprano al otro dia, muy temprano,
Cuando apenas los débiles reflejos
Del alba en su ventana penetraban
Por grietas y redondos agujeros,
Adam, soltando un libro que tenia
En sus manos, dejó á la vez su asiento
Y las vetustas puertas carcomidas
De aquella al punto abrió de inquietud lleno.
Entonces á sus ojos admirados
Un cuadro se ofreció grandioso y bello
Cual nunca el pobre jóven contemplara,
Y que absorto miró: cubierto el cielo
De cenicientas y compactas nubes
Tranquilamente desde el manto denso,
Innumerables y brillantes copos
De blanca nieve regalaba al suelo.
Al viento bramador ha sucedido
Húmedo ambiente; el horizonte estrecho
Y limitado está; mas por debajo
De la ventana, en deslumbrante lecho
Los árboles cargados aparecen
De festones de plata, que siguiendo
El festoneo de encorvadas ramas
Dan al jardín deslumbrador aspecto.

Quedóse Adam estático y confuso;
Los bellos copos minorando fueron
Ea fuerza y cantidad, y el horizonte

Fuese ensanchando; pálidos reflejos
Matizaron las nubes que á moverse
Comenzaron sus senos entreabriendo.
Y aquí y allí en pedazos se mostraba
El bello azul del claro firmamento
Hasta que al cabo el sol alumbraba súbito
Un panorama encantador, risueño
Y grandioso á la vez; las altas cumbres
De los lejanos montes, los estensos
Campos, las calles, los tejados, todo
De blancas capas hallábase cubierto.
¿Quién realiza el prodigio? Adam lo ignora;
Pero eleva hasta Dios el pensamiento.

Tres días con tres noches en su cuarto
Permaneció; el jardín está desierto
Como siempre; el palacio sigue triste
En soledad sumido y en silencio.
Y entretanto que Adam hondo vuelve
Por la condesa, que á encontrar no ha vuelto,
Lanza, sus ojos al pasado vuelve
Evocando sus últimos recuerdos.
Entonces, cuando el sol al cuarto día
Moribundo se hundió en otro hemisferio,
Adam salió á la calle presuroso,
Embozado en su capa; con misterio
Indaga del rival que cayó herido
A sus plantas, cuál fué la suerte; y lleno
De gozo, escucha con placer la nueva
De que aun vive aquel hombre; ya los ecos
No traerán de continuo á sus oídos
Aquellas frases lúgubres; su pecho
De la opresion que le abrumaba, libre
Se vé por fin; el espantoso espectro
Que pronunciaba el nombre de asesino,
Para siempre enmudece y huye lejos,
Muy lejos... ¡Oh!; qué dicha! cuánto agrada
Desechar el feroz remordimiento!

A su asilo tornaba presuroso,
Cuando en un triste callejon estrecho
Vió un grupo de hombres que en la sombra hablaban
En voz muy baja; sin parar en ellos
La atencion, nuestro jóven su camino
Seguido hubiera por el lado opuesto;
Mas entonces oyó que pronunciaban
El nombre dulce del amado objeto.
—«No hay que dudar, señores, dijo uno,
Que hoy á la corte la de Alcira ha vuelto;
Éstemos prevenidos, y que el golpe
No se dé en vago cuando el golpe demos.
Ya lo sabeis, el cura nos promete
Doble botin...» —«Sí, sí, ya le daremos
Lo que merece,» replicó otro hombre
En voz mas alta y con feroz acento.
—«Eso, gritó una voz afeminada
Que Adam reconoció, juro y prometo
Que corre de mi cuenta.—Siempre Pupas,
Ótro observó, demuestra grande afecto
Hacia el sotana: di, ¿por qué le quieres
Tan mal?—Os digo que razones tengo...
Pero vamos de aquí, que allí parece
Que hay un curioso...—Con hundir mi acero
En su garganta, os juro que las ganas
De oír le quitaré.—No, no, marchemos,
Dijo un viejo con cierto aire de mando,
Y todos desfilaron en silencio.

Adam que amartillando una pistola
Con todos á luchar está dispuesto,
Permaneció impassible en la otra acera
Dudando si arrojarse sobre ellos
O nó; pero al mirar que desaparecen,—
Así murmura:—«La de Alcira ha vuelto
Y otra vez el peligro le amenaza;

No olvidemos á Lucas: no olvidemos
La ventana; mas antes... ¡oh!; Dios mio!
¿Qué mágico poder me atrae de nuevo
A pesar de que siento levantarse
Dentro de mí los iracundos celos?
¡Oh! es preciso, no mas vacilaciones;
No mas dudas; es fuerza; yo lo quiero.

Calló Adam y al instante, apresurando
El paso, se internó por el estrecho
Callejon, de la tapia se levanta
Del jardin del palacio; con rosuelto
Ademan, una llave del bolsillo
De su levita saca; mide atento
Su empresa, se decide; ante la puerta
Falsa se para; el rechinante hierro
De los goznes, anuncia que la puerta
Se entreabre; entra Adam, cierra ligero
Y allí en las calles del jardin se pierde
Como un fantasma en la tiniebla envuelto.

IV.

Al fin de una alameda, cuyos árboles
Sus ya desnudas ramas en silencio
Agilaba, formando extraños ruidos,
El temeroso contenido viento,
Logró Adam percibir un balconcillo
Por el cual se escapaban los reflejos
De una luz melancólica. Sus pasos
Dirige entonces, al través del velo
De sombras que le cercan, y hácia el sitio
Que le marca aquel faro acude inquieto.
No ignora el jóven al llevar á cabo
La empresa que acomete, á cuanto riesgo
Se espone, si escalando la morada
De la de Alcira, le hallan en secreto
En medio de la noche tenebrosa
Cual si intentase cometer un hecho
Criminal; pero el caso es que ha jurado
Ver si consigue mitigar sus celos
O acabar de una vez con sus amores
Poniendo al fin á su esperanza término.

Tal vez en medio de la ardiente lucha
Que se traba en el fondo de su pecho
Surgen ideas que su mente halagan
Y en ella ejercen seductor imperio.
Ideas pasajeras que no atina
Sin duda á formular con inmodesto
Amor propio y orgullo desmedido;
Pero que vagas bullen en secreto,
Sin saber cómo, atropellando el alma
Con un enjambre de delirios bellos.
El que ha visto en el mundo mil mujeres
Entregadas á torpes devaneos;
Que la virtud y la honra de cien damas
Hundir vió por los hombres en el cieno
Públicamente; que do quier ha visto
La befa ó el escarnio que el incrédulo
De todas hizo ¿cómo á la condesa
Concederá virtud y noble esfuerzo?
Si los hombres que tienen una madre
Marcan á todas con infame sello,
El, que madre no tuvo, ¿cómo puede
Su honra volver al ultrajado sexo?
Si hubo un tiempo en que el hombre peleaba.
En las lides sangrientas y torneos,
Por su Dios, por su patria, y por la triste
Indefensa doncella; el mundo ha vuelto
La oracion por pasiva: Adam lo sabe,
O no lo sabe, y marcha con los tiempos.

Acariciando, pues; la grata idea
De postrarse á los pies del dulce dueño,

Y enternecer su corazón acaso,
Y rendir su virtud; Adam, contento
Se va acercando al sitio por do advierte
Que de la luz escapan los reflejos.
Modera el ruido de sus pasos, llega,
Mira, y al punto quedase suspenso,
Ante la triste misteriosa escena
Que allí sus ojos admirados vieron.

V.

Con sus manos blanquísimas cruzadas;
Pálido el rostro; pero siempre bello,
Una dama enlutada está de hitos
Orando triste sobre el duro suelo.
Una pequeña lámpara que pende
De la dorada bóveda del techo
Baña con tibia luz la frente hermosa
Que ella inclina con hondo abatimiento.
En tanto que se escapan fugitivos
Suspiros tristes de su ebúrneo pecho.
Dos niños inocentes á su lado
Y una joven, la miran con respeto
Y repiten al punto conmovidas,
Con dulces voces y apagado acento.
Las frases que los labios de la dama
Van murmurando con piadoso anhelo.

— ¡Es ella! dijo Adam; es la condesa;
¡Qué hermosa está! mas ¡ah! ¿por qué en silencio
Su rostro surcan abundantes lágrimas?
¿Por qué palpita su agitado seno?

No bien Adam de formular acaba
Sus dudas, un suspiro lastimero
Arroja la condesa y de sus ojos
Caen los raudales de su llanto acerbo.
Los niños corren á sus brazos, rápida
Su compañera acude y con respeto
Y profundo interés. — « ¡Señora! esciama,
Basta ya por piedad; basta de duelo;
¿No veis que nos matais con ese llanto
Que va agostando vuestro rostro bello?

Oyendo estas palabras la condesa
— Tienes razón, responde: yo os condeno
A la amargura, perdonadme amigos.
Yo estaba loca y á mi juicio vuelvo.
Desde ahora mismo... sí, desde ahora mismo...
Mas dime ¿volvió el conde? — El conde ha vuelto.
— ¿Pues por qué á darme aviso no viniste?
— Porque estaba V. E... — Ya me acuerdo;
Estaba descansando; mas no olvidés
Que son breves las horas de mi sueño.
Oye, Dianora; cuando venga el conde
No le bagas esperar, que entre al momento.

« ¡Oh! ¡le ama! ¡le adora! no me queda
Duda; le quiere con delirio inmenso;
Dijo Adam alejándose sombrío
De la ventana y del palacio luego.
Y volviendo á su cuarto ardiendo en ira,
Medio vestido se arrojó en su lecho.
Mientras que ideas de venganza y odio
Solo le inspiran sus rabiosos celos.
¡Pobre loco! tal vez si en los jardines,
Al pié del balconcillo donde oyendo
Estuvo á la condesa, moderando
Su enojo, hubiera estado otro momento,
Tal vez entonces escuchado hubiera
Lo que aquella mujer le ama en secreto.
Solo Dianora, tierna confidente
De la de Alcira, recibió en silencio.

Ambas llorando, ante los tristes niños,
La confesion de aquel amor inmenso
Que abrasa un corazón do ya no caben
La esperanza, la dicha y el contento.

VI.

A la siguiente mañana,
Cuando Adam se levantó,
En vez de abrir, entornó
La consabida ventana.

Lleno de rabia sin fin
Y maldiciendo su estrella,
No quiso volver á ella
Por no mirar al jardín.

Harto la noche anterior
Sufrió en sus rudos desvelos
La tortura de sus celos,
La intensidad de su amor.

Amor que ya con violenta
Fuerza, en su pecho se anida;
Amor que crece á medida
Que el obstáculo se aumenta.

Por eso en lucha incesante
No sabe ya lo que hacer:
Ha jurado aborrecer
Y es cada vez mas amante.

— Al menos, dijo impaciente,
Aunque imposible me sea
Odiarla, que yo la vea
Con mirada indiferente.»

Siguiendo su pensamiento
Fué á la ventana, la abrió,
Miró al jardín, suspiró
Y malogróse su intento.

Que quien con tal impaciencia
Por un bien así suspira,
Miente al decir que le inspira
Ese bien indiferencia.

Dijera con mas razon
Que su flaqueza ocultaba
Cuando mas le avasallaba
El amante corazón.

VII.

En medio de aquella lucha
De encontrados pareceres
En que la razon sucumbe
Ante el amor casi siempre,
Hallóse Adam sorprendido
Por Juana que entró impaciente
Con una carta en la mano
Y le dijo de esta suerte:
— Un caballero pregunta
Por usted; ¿le digo que entre?
— ¿Quién es? — Tan solo me ha dicho
Que hablarte al momento quiere.
— ¿Sus señas? — Es un anciano
Bien parecido y decente.
— ¿Pero esa carta...? — Hace poco
Que la trajeron. — Parece
De Lucas; sí, sí, es su letra...
— ¿Qué digo al anciano? — Puedes...
Mas no, yo saldré á su encuentro.
— Aquí está, ¿me voy? — Sí, vete,

Salió la mujer, y el jóven
Encontróse frente á frente
Del anciano, que en su capa
Medio embozado aparece
Con la cabeza cubierta
Que inclinó ligeramto.
Y como Adam ofendido
Tal vez á indicarle fuese
Que el modo de presentarse
Parecía un poco agreste,
El anciano se descubre,
Se sienta resueltamente,
Y al ver que le reconoce
Adam, su mano le tiende.

—« No estrañe V., dice luego,
Que así en su casa penetre
Quien sabe que han presenciado
Crímenes estas paredes.
Este edificio sombrío
Es ya tan viejo, que puede
Asegurarse no hay otro
En todo Madrid que cuente
Tantos años de existencia
Ni que tanta fama lleve.
Aquí, según las leyendas,
Diz que habitó antiguamente
Una chusma de rufianes
Y de impúdicas mujeres,
Que á los tribunales dieron
No poco que hacer; y hay gentes
De mis años, que á sus graves
Abuelos cien y cien veces
Oyeron decir que el diablo
Mismo, tuvo aquí su albergue.
Por lo demás, hijo mío,
Yo espero de V. que piense
Que no vengo á relatarle
Consejas impertinentes.
Si el diablo fué de esta casa
Señor, ó tan solo huésped,
Yo soy cristiano y no temo
Que él tenga ganas de verme.
Dejemos las tradiciones
De antaño, y aun las presentes,
Y vamos á lo que importa
Y aquí me conduce á verle.»

Guardó silencio un instante,
Miró al jóven fijamente
Y continuó de este modo
Entre grave y entre alegre:
—« Cierta noche, bien me acuerdo,
Habrán pasado seis meses,
Dió usted tres golpes sonoros
Con empuje y mano fuerte
En la puerta de la casa
Donde vivo felizmente
Con mis hijos y mis nietos,
Que con su amor fortalecen
Mi vejez; usted llevaba...
(Perdone que lo recuerde),
Llevaba chaqueta; iba
Mal vestido; pero fuese
Como fuera, usted entonces
Ostentaba en esa frente
Un candor y una inocencia
Que hoy quizás de menos eche.
Dirá usted que los ancianos
Nos mostramos casi siempre
Inclinados, por desgracia,
A sacar á luz vejezes
Y á componer en historias
Cuanto á su vista sucede;

Mas no importa, yo la ensarto
Si V. á su vez me atiende.»

Hizo Adam un movimiento
De impaciencia; pero faese
Porque el anciano no pudo
Advertirlo, ó porque viene
Espacio, anudó con calma
Su relacion nuevamente,
Y dijo: —« Usted, buen amigo,
Será posible recuerde
Que de Alarcon una carta
Llevaba...—Si, sí...—Corriente.
Tampoco habrá usted olvidado
Que el viejo que á hablarle viene
Le tendió su mano entonces
Lleno de entusiasmo ardiente...
—Es verdad...—Y con el alma
Le ofreció su pobre albergue
Con su amistad... y eso que era
Aquel momento solemne
En que de un jóven honrado
Lamentábamos la muerte.
¡Pobre Alarcon...! Usted iba
Entonces con impaciente
Ansiedad, en busca suya.
Pero es jóven y la suerte
No sé cómo, le ha llevado
Tras la dicha y los placeres,
Y yo no le culpo; el mundo
Seduca, arrastra, pervierte
Los sentimientos del alma,
Y hace del hombre un juguete,
Mucho mas si el hombre es jóven
Y no conoce al alevé.
Digo, pues, que usted ingrato
Pudo al fin desentenderse
De Alarcon: mas yo le quiero
Y en pos de usted impaciente,
Mientras mi hijo corría
Hacia su casa, lancéme
También á buscarle; el alma
Y ciertos antecedentes,
Me arrastraban hácia el sitio
Donde usted precisamente
A la sazón olvidaba
Al infeliz...—Razon tiene;
Pero yo...—No me lo diga;
Lo sé todo; usted pretende
De la vida los arcanos
Profundizar, y se pierde
En la sociedad que nunca
Conoció; triste se vuelve
A esta mansion y suspira
Por la condesa; y la cree
Tal vez culpable...—¡Dios mío!
¿Quién pudo decirle...?—Ese
Es el misterio que trato
De aclararle, si me atiende.
—¡Oh! sí, sí, con toda el alma.
Hable V.; estoy pendiente
De sus labios.—La de Alcira
Es un ángel que merece
Mayor ventura; no puedo
Nombrarla, sin conmovirme.
¡Pobre jóven! en mal hora
Clavé en su pecho inocente
Un dardo que en él ha abierto
Mortal herida; su suerte
Hice desdichada y hoy
Mi proceder imprudente
Me asusta; mas ya no hay medio
De retroceder: no siempre
La ancianidad es tan cauta
Qual serlo sin duda debe.

—Prosiga V...—Si, hijo mio:
 Usted se encuentra impaciente,
 Y es muy justo que suprima
 Reflexiones que no vienen
 Al caso; sigo mi historia
 Que ya interrumpí dos veces.
 Los hijos de nuestro amigo
 Alarcón, que no pareceo
 Aunque se le busca, al menos
 Hoy en la condesa tienen
 Una solícita madre
 Que á su bien piadosa atiende.
 Ella veía por la esposa
 De nuestro amigo, ella quiere
 Desposeerse de todo,
 Legarles todos sus bienes;
 Mas su inmenso sacrificio
 Rechazar los cielos deben.
 ¿Sabe V. cuál es su intento?
 Encerrarse para siempre
 En un claustro...—¡Oh; no; ¡mentira!
 Es imposible...—¡Pluguiese
 A Dios que imposible fuera.
 Yo he de hacer, aunque me cueste
 La vida, cuanto en mis manos
 Hoy esté, para oponerme
 Á sus designios; mas temo
 Que mis intentos se estreñen
 En su voluntad.—Su primo...
 —¡Ay! ¡calle usted, imprudente!

Don Genaro estas palabras
 Dijo con acento breve,
 Y de Adam clavó en el rostro
 Su mirada fijamente.
 Luego se fué serenando
 Su espíritu; y cual si hubiese
 Hablado consigo mismo,
 Así murmuró entre dientes:
 —«¡Pobre corazón humano
 Que estúpido te revuelves
 Contra ti mismo! insensato
 El hombre que no comprende
 Su propio bien! que en los otros
 Corazones nunca lee,
 Y que así ciego camina
 Padeciendo eternamente.»

Quedóse Adam sorprendido;
 Pero el anciano, cogiéndole
 Una mano, de este modo
 Continúa:—«Usted no tiene
 Razon para estar del conde
 Celoso; el conde se muere
 De amor por otra: su prima
 Es solo su confidente
 Como él lo es de ella; se buscan
 Ambos; mas buscarse suelen
 Para hablar de los objetos
 De su cariño vehemente.
 Se han criado en la opulencia;
 Altos titulos poseen
 De nobleza, y las diatribas
 Del mundo, con razon temen,
 Si el mundo á saber llegara
 Que los ojos imprudentes
 Pusieron en mala hora,
 En quien su amor no merece.
 —Yo no comprendo...—Sigamos.
 Para ver si me comprende.
 Usted ha estado celoso;
 Y sin embargo ahora viene
 De donde tanto ha gozado
 En brazos de otras mujeres.
 ¿Ha olvidado el desafío

En que por poco la muerte
 Dió á un honrado esposo?—¡Es cierto!
 —Pues ¿con qué derecho puede
 Tener celos? ¿con qué títulos
 Ser correspondido quiere?
 Dirá V. que arrepentido
 Está: ¡disculpa solemne!
 ¡Aberracion insensata
 En que á caer torpe viene
 Quien ingrato y necio supo
 El corazón inocente
 De la mujer que le adora
 Destrozar con mano alevé!
 —¿Qué dice usted...? la condesa...
 —Es un ángel, y quererle
 Pudo, idealizando al hombre
 Que de la asquerosa plebe
 De bandidos, una noche
 La salvó.—Pero... ¿me puede
 Amar aun...? ¡oh! no apure
 Mi paciencia: siento fiebre,
 Y mi razon se estravía
 Mientras estallan mis sienas.
 —¡Tenga usted calma!—¡Funesia
 Vejez, que con calma suele
 Mirarlo todo! Yo tengo
 Un alma fervida, ardiente,
 Que en este instante la dicha
 Beber á raudales quiere.
 Si la condesa me ama;
 Si es jóven y el fuego siente
 Que siento yo; no mas dudas,
 No mas calma me aconsejen.
 Deje el mundo que á sus plantas
 En hora dichosa vuele.
 Y que le expliquen mis labios
 Los delirios de mi mente.»

Viendo D. Genaro al jóven
 Tan resuelto, contenerle
 Quiso á todo trance, y dando
 Un salto, súbitamente
 Dejó su asiento; á la mesa
 Se acercó, y cual si estuviese
 En su casa, puso luego
 Su mano tranquilamente
 Sobre la carta de Lucas
 Que aun cerrada permanece.

—¿Qué hace usted? Adam esclama.
 —¿Qué hago? voy á devolverle,
 Respóndele D. Genaro,
 El poco juicio que tiene
 Y que perdió despreciando
 Las canas que me enaltecen.
 —¿Usted sabe...?—Nada ignora.
 —¿Y ella...?—Si triste supiese
 Qué era su padre ese hombre
 Moriría de repente.
 —Es cierto; Lucas...—Si Lucas
 En este cuarto estuviese
 Con razon decir podría:
 «¡Es mi hija! la amé siempre
 Con infinito cariño;
 Mas he sido delinciente
 Y porque no se sonroje
 La infeliz, ni se avergüence
 De su padre, sufro y muero
 Y callaré eternamente.»
 Despues... despues le diria:
 «Buen Adam, si á mi hija quieres,
 Vela por ella; no vayas
 A despertar imprudente
 Su orgullo que has lastimado
 Hace poco; no despiertes

Sus celos.» Esto diría,
 Y acaso á decirlo viene
 En su carta; por mi parte
 Seré en mis consejos breve.
 Adam, la condesa sufre;
 Dejemos que la consuele
 El tiempo; todos por ella
 Velaremos; que no llegue
 A sospechar... tenga calma
 Y en el porvenir espere.
 No se fie usted del mundo
 Que desconoce; no esfuerce
 Sus pasiones y levante
 A Dios al cabo su mente.
 La condesa y yo sabemos
 Que hace quince ó veinte meses
 Fué usted á la cárcel llevado...
 —Mas me encontraba inocente.
 Se lo juro...—Nos aturde
 El misterio que le envuelve.
 ¿Qué era usted antes?—Lo ignoro.
 —¿Cuál es su patria?—Mil veces
 Quise en vano averiguarlo.
 —¿Estuvo loco?—Bien puede.
 —Pues si lo estuvo y ahora
 Su estrella el juicio lo vuelve,
 Medite usted lo que hace:
 Aprenda, estudie, aconséjese...
 —¿Con quién, si todos me miran
 Con ojos indiferentes?
 —Conmigo, que pienso darle
 Lecciones que le aprovechen.
 Por ahora me limito
 A aconsejarle que piense
 Con detencion y cuidado
 En su situacion presente.
 ¿Cómo vive, y de qué vive?
 Quien no heredó, quien no tiene
 Bienes de fortuna, es fuerza
 Que los busque honradamente.
 ¿Puede usted asegurarme
 Que el dinero que posee
 Y que Lucas le habrá dado
 De algun crimen no procede?
 Y si es producto de un crimen
 El oro que le mantiene...
 —¿Qué dice usted? yo no habia
 Pensado en eso.—Pues piense
 En todo, para que al cabo
 Sepa lo que le conviene.
 Si ha de seguir por la senda
 Del honor resueltamente,
 Sorteando los escollos
 Que la vida nos ofrece;
 Si ha de presentarse un día
 Delante de la que quiere,
 Digno, á la vez que sumiso,
 Honrado al par que valiente,
 Es preciso que sus ansias
 Y sus impetus modere.
 No en el jardín del palacio
 Furtivamente penetre
 Como anoche.—¿Luego sabe
 Usted tambien...?—Felizmente
 La condesa que se hallaba
 Entregada como siempre
 A ese dolor grande, inmenso,
 En que usted y yo, imprudentes
 La hemos sumido, no pudo
 Sentirle, no pudo verle.

Mas su doncella Dianora
 Vió escapar rápidamente
 Una sombra que en las calles
 De árboles llegó á perderse;
 Y luego sintió la puerta
 Que erugia; la inocente
 Joven dominó su espanto,
 Porque á la condesa quiere
 Con delirio; pero luego
 Me reveló el incidente
 Y yo supuse al instante
 Que era usted; por eso verle
 Resolví; solo por eso
 Aquí á su vista me tiene.
 —Y yo, señor, le agradezco
 Su venida; mas me duele
 En el alma esta impotencia
 Que me abruma y me enloquece.
 ¿Por qué ha de estarme vedado
 Verla, hablarla...?—Si lo hiciese...
 —Espíquese V.; me mata
 Con el misterio en que suele
 Envolver sus frases.—¿Jóven!
 Voy á hablar; mas será breve:
 La condesa es opulenta;
 Usted pobre...—¿Y qué pretende
 Decir con eso?—Que el mundo
 Y ella misma, aunque no fuese
 Cierto, presumir podrian
 Que usted tan solo la quiere
 Por sus riquezas...—¡Oh! ¡basta!
 ¿Que de mi jamás se piense
 Tal cosa! Nunca fué móvil
 De mi pasion grande, ardiente,
 El vil interés; la amo
 Porque á ella el hado me impete;
 Mas si imaginar el mundo
 Semejante cosa puede
 De mí, no tema, no tema
 Que á la condesa me acerque.
 Aunque la pena me ahogue
 No dirá de mí la gente
 Que pobre la solicito
 Porque ella rica parece.
 —Usted es jóven; confie;
 Tenga fe; acaso la suerte
 Le abrirá caminos fáciles
 Y felices.—Si me fuese
 Propicia, entonces...—¿Quién sabe?
 Entretanto nos conviene
 Estar de acuerdo; yo busco
 Al pobre Alarcon que tienen
 Detenido no sé en dónde.
 La ventura que mereco
 La de Alcira, á todo trance
 Quiero labrar nuevamente.
 Usted cariño me inspira;
 Cálmese usted; vendré á verle
 Y tal vez Dios que nos mira
 Compadecido se muestre.

Esto dijo D. Genaro
 Saludando cortesmente
 Y retiróse al instante
 De aquel viejísimo albergue,
 En tanto que Adam acude
 Trémulo, triste, impaciente
 A ver la carta de Lucas
 Que aun cerrada permanece.

CANTO XX.

I.

La epístola del bandido
De esta manera decía:
«Estoy preso, Adam querido;
Acabo como he vivido;
Sucedió lo que temía.»

«Los que me dieron el ser
Me enseñaron á escribir
Malamente, y á leer;
Mas no me quise instruir
Y nada llegué á valer.»

«Y hoy miro que la arrogancia,
Que hasta el crimen me empujó,
Casi al salir de la infancia,
Hija fué de la ignorancia
Que por mi mal me cegó.»

«Triste ignorancia fatal,
Que lleva á la holganza, al vicio
Y á la vida criminal;
Que por la senda del mal
Nos conduce al precipicio!»

«¿Por qué, por qué en mi niñez
No escuché el noble deseo
De sondar mi pequeñez?
Hiciéralo, y hoy tal vez
No me viera cual me veo.»

«Mas ya que ignorante fui,
Y en el vicio y corrupción
Mi criminal frente hundí,
Que no se diga de mí
Que quise tu perdición.»

«Ayer ¡ay! fuiste educado
En una cárcel por mí;
Y hoy, que recuerdo el pasado,
Me asusto de haberte dado
Las lecciones que te di.»

«Y aunque tengas por muy cierto
Que mi valor se agotó
Y que yo ya no soy yo,
Es muy cierto que no acierto
Ni aun á explicarme en *caldo*.»

«Bueno, estudioso y prudente
Siempre el hombre debe ser
Si le ha de estimar la gente;
Que nada tiene que ver
Lo cortés con lo valiente.»

«Hoy con profundo dolor
De esta manera te hablo,
Porque de mí siento horror.
Ya ves... ¡se ha metido el diablo
A diablo predicador!»

«Mas ¿qué quieres? débil, viejo,
Miro el sepulcro á mis pies,
Y á medida que me alejo
De la vida, me aconsejo
A mí mismo, según ves.»

«Si mi mente no delira,
Cierto dinero hallarás
Entre tus libros; estira
La cuerda; que el que no mira
Adelante, queda atrás.»
«En mí no hallarás doblez
Si digo que me interesa
Que seas mozo de honra y prez.
No olvides á la condesa,
Y adios, hijo, hasta otra vez.»

∴

Quedóse Adam pensativo
Después que leyó la carta.
Queriendo sondar en vano
Por qué misteriosa causa
El corazón de aquel viejo,
Que á la virtud ultrajaba
No hace mucho, así volvía
A su pasado la espalda,
Renegando de su historia
De crímenes y de infamias.
Y en estas contemplaciones
Nuestro jóven se engolfaba,
Dando vueltas y revueltas
A la susodicha carta,
Cuando con otra en la mano
Entró presurosa Juana,
Diciendo que un forastero
Acababa de entregársela.

Tomó Adam el pliego al punto;
Con presteza el sobre rasga
Y vé la firma de Lucas
Que otra vez así le habla:

«Vuelvo á escribirte con pena
Porque estoy preso y sin alas,
Y he recibido noticias
Que me abruma y me espantan.
¡Desdichado! ¿por qué huiste
De esa tranquila morada?
¿Por qué te arrojaste al mundo
Seducido por sus galas?
La condesa te quería
Y tú sin piedad la matas,
Como mataste á tu pobre
Y consecuente Salada.
La primera gime y llora,
Y la segunda se halla
Postrada en un triste lecho
Sin dicha y sin esperanza.
¡Oh! ¡malhaya tu impaciencia
Y tus ensueños malhayan!
Has estado en relaciones
Con adúltera liviana

Que te dió amor y dinero
 Porque á su esposo ultrajaras.
 Y hábeis provocado escándalos
 Que hoy quisiera con mis lágrimas
 Evitar. Soy un bandido,
 Soy un infame, un canalla,
 Y sin embargo, me asusto
 Y tiemblo al ver lo que pasa.
 Ya no se trata del oro
 Que el noble palacio guarda
 De la de Alcira, otros crímenes
 Y otros peligros la amagan.
 Un hombre audaz, atrevido,
 Puso en ella sus miradas
 De buitre, mientras que alevé
 Quiere clavarle sus garras,
 Para llevársela lejos
 De Madrid. tal vez de España.
 Pero mi hija no puede
 Amarle, si ella llegará
 A saber.... ¡Oh! ni aun me atrevo
 A estampar en esta carta
 De ese extranjero las señas.
 Y mientras tanto, Salada,
 Que es hija de un opulento
 Señor de la aristocracia,
 Sola, transida de pena,
 Las sugerencias rechaza
 De un hombre que la persigue.
 Y el infierno se lo manda
 Para ofrecerla riquezas
 Que pierdan su pobre alma.
 Y estas noticias recibo
 Cuando estoy preso y sin alas,
 Cuando me encuentro impotente...
 ¡Oh! no, es preciso salvarlas
 Y he de lograr escaparme
 O me ajustician mañana.
 Aun tengo un poco de oro.
 Tres ó cuatro camaradas,
 Cerca de aquí, por mí velan
 Y es gente de alma templada.
 Yo los iba convirtiendo
 Al bien; mas del bien me aparta
 El mundo, y ellos conmigo
 Vendrán á la vida airada
 Si no hay mas remedio; sea
 Lo que á mí sino te plazca!
 Tal vez la presente llegue
 A tus manos, cuando haya
 Roto yo los fieros grillos
 Que me oprimen y me mataa.
 He ganado al carcelero;
 Y es mozo de confianza
 El que mi escrito te lleva:
 Pero hay centinelas, guardia
 En la cárcel donde estoy,
 Y es preciso atropellarla
 Para salir, escalando
 Oscuras y gruesas tapias.
 Tal vez en mi fuga quede
 Herido por una bala;
 Tal vez... ¡oh! me vuelvo loco
 Al escribirte esta carta.
 Corre, Adam, corre, no pierdas
 Un solo momento ¡sálvalas!
 Libra al punto á tu manola
 De ese conde de la Banda
 Y de ese funesto clérigo
 Que á Dios ofende y ultraja.
 Vela tambien por mi hija;
 Pero no á decirle vayas
 Que soy su padre, lo ignora
 Y es preciso no sacarla
 De su error. Ahora, hijo mio,

Solo repetir me falta
 Que si me fugo esta noche
 Pronto estaré en tu compañía.
 Si ves que se pasa el tiempo...
 Ruégale á Dios por mi alma.»

Sin duda mis lectores
 Comprenderán que Adam, trémulo, ansioso,
 Atónito, impaciente y conmovido,
 Con avidez leía
 Esta segunda carta del bandido
 Que tan graves noticias contenía.

Su lectura traía
 De nuevo á su memoria
 Los recuerdos felices de la historia
 De su pasado amor: y del presente
 Afecto que guardaba
 Hacia la hermosa dama que adoraba,
 Brotó tambien la llama nuevamente.
 Y rodar por su mente
 Sintió un mundo de extraños pensamientos,
 De opuestos sentimientos,
 Y bellas ilusiones.
 Y el jóven corazón enardecido
 Pujante y atrevido,
 Y sediento de grandes emociones,
 Sintió latir, mientras la vista ansiosa
 Dirigiendo al pasado y al presente
 Y al porvenir, buscaba inútilmente
 La solución de tanto y tanto arcano
 Y de tanto misterio como hallaba
 Entre aquellas dos cartas que aun tenía
 En sus manos, y atento repasaba.

Hermosa y grata empresa
 Era sin duda proteger la vida
 Y el reposo feliz de la condesa;
 Ser su amparo, su égida;
 Saber al punto el nombre
 De ese nuevo rival, de ese extranjero
 Odioso, de ese hombre
 Que en ella puso al parecer sus ojos.
 Bella empresa sin duda
 Era tambien volar á donde sola,
 Envuelta en su dolor, yace viuda
 Su constante manola.
 Mas ¿adonde ligero
 Volar debe primero?
 ¿Dónde el deber, la gratitud, el puro
 Amor, le llaman? ¡Ay! de esos dos seres
 Queridos. ¿cual primero necesita
 Sosten y ayuda? Si Salada gime
 En un lecho de muerte, desvalida,
 Sola, olvidada; si el dolor oprime
 Su pobre corazón, si dá su vida
 Por el ingrato amante á quien adora,
 Dejad, dejad que Adam compadecido
 Evoque agradecido
 El fiel recuerdo de su pobre amante;
 Y que busque al instante
 A la que triste sus desdenes llora.

Pensando de este modo
 Vistióse apresurado
 Y á la calle salió, pensando en todo
 Cuanto le tiene atónito, asombrado.
 ¿Por qué causa ó motivo
 El conde de la Banda enamorado
 Estaba de Salada?
 ¿Cómo y cuando la vió? ¿cómo y por dónde
 Dos veces viene á ser rival del conde?

¿Cómo pudo saber cuanto acontece
En Madrid, ese viejo que culpable
Lejos ya de la corte permanece
Preso, abyecto, abatido y miserable?

..

Dejemos un momento
Que Adam procure á solas el arcano
De su vida sondar, y que sediento
Está de leer el corazón humano,
Y vamos, si no en vano
Pido nueva atención á mis lectores)
A la misera estancia en que Salada
Miró eclipsarse en hora malhadada
La estrella de sus plácidos amores.

Si mal no lo recuerdo, la dejamos
En la triste mañana de aquel día
En que Pupas y el cura, conociendo
Que la infeliz volvía
De la fiera congoja
Que postrada y sin fuerzas la tenía,
Su casa abandonaron, refiriendo
El muchacho la muerte de Lucía.

Salada en su quebranto
Sola se halló de nuevo:
Echó de menos con terrible espanto
Otra vez y otras mil á su querido
Aunque ya infiel mancebo;
Y anegada en su pena y en su llanto
Dejó desierto su amoroso nido;
Cruzó cien calles, y la noche en ellas
La halló, sin que su avara
Estrella, le mostrara
Del dulce bien las fugitivas huellas.

Y al volver á deshora,
Nuevamente á su cuarto solitario,
Tumba ya de sus muertas ilusiones,
Y de sus dichas espantable osario,
De lágrimas un río
Vertió; un sin fin de dolorosas quejas
De sus labios brotó con son doliente;
Y mil suspiros arrojó del pecho
Cayendo al cabo sobre el duro lecho
Bajo el rigor de calentura ardiente.

¡Pobre Salada! en tanto que sufría
Horas lentas de afán y de delirio,
Solo en sueños la imagen entrevía
Del hombre que causaba su martirio.
— ¡Adam! ¡Adam! decía
Buscándole á su lado á toda hora,
¿Por qué no vienes á calmar mi espanto?
Ven á ver como llora
«Esta pobre mujer que te ama tanto!»

Pero Adam no volvía;
Adam preso se hallaba
En las redes que astuto le tendía
El cura que en su casa le albergaba.
Y mientras, el indigno sacerdote,
Sin respetar aquel dolor profundo,
Habló á Salada de su amor inmundo,
Apenas la encontró restablecida;
Mas viendo que ofendida
Con salvaje desprecio le responde,
Tomó otra ruta y con brutal cinismo
Volvió á insistir en ayudar al conde
Codicioso olvidándose á sí mismo;

Y viendo finalmente
Que ella le muestra corazón de roca,
Se ausentó de repente
Ardiendo en ira y en venganza loca;
Jurando exterminar al maldecido
Rival aborrecido
Que su desdicha y su dolor provoca;
Mas antes de ausentarse
Quiso, y logró, captarse
La ayuda de la infame quintañona
Que en un cuarto cercano
Al de Salada, sola residía,
Y pasaba con ésta mano á mano
Una, dos ó tres horas cada día.

..

Aquella vieja harpía,
Astuta y redomada,
Que su cuarto tenía
Contiguo al ocupado por Salada,
No quiso por el pronto
Hablarla del indigno sacerdote,
Ni tampoco del conde de la Banda;
Mas luego con destreza,
De la joven notando la pobreza,
A insinuarse empezó, sin que un instante
Cejara en su demanda.
Y aquí, lector amigo,
Si tu atención pintártela me deja
Y escuchas lo que digo,
Quiero hacerte el retrato de la vieja.

Desde niña entregada á mil excesos,
Solo sacó de crápulas y orgías
Un viviente costal de mondos huesos
Saturados de infames picardías.
Despobladas de dientes sus encías
Se replegaron tanto
Que su boca de cueva daba espanto,
Entre la barba puntiaguda y fea
Y la horrible nariz que la bloquea.
Su arrugada mejilla,
Su deprimida frente
Y sus ojos saltones, donde brilla
La hipócrita malicia repugnante
Del mas astuto y solapado ente,
Tapaba con cuidado,
Lo mismo que su cráneo reluciente,
Con mugrienta mantilla
Coetánea de su astucia y su pecado.

Una parda basquiña remendada
Su escualida figura oprime y ciñe;
Grueso rosario abarca entre sus dedos
Que de color amarillento tiñe
La cansada vejez; bajo su falda
Descubre el pié que ostenta ancho zapato,
Y con esto y decir que hay en su espalda
Una joroba regular, lectores,
Tengo ya terminado su retrato.

Es difícil, no obstante,
Describir su carácter fermentado.
Si su físico es feo y repugnante,
Mas negro colorido
Puede prestar el fondo de su alma,
Que á tantas inocentes
Sapo robar la dicha con la calma.
Sus terribles instintos delinquentes
Oculta con traidora hipocresía;
Finge virtud mientras traidora mata,

Y siendo descreída, siendo impía,
Se muestra timorata
Como sabe mostrarse una beata.

Esta horrible mujer, esta embustera
Rezadora (que el do Úrsula por nombre
Tenía), con el conde y con el cura
El papel de tercera
Cómodamente hacía.
Para ella la hermosa
Era solo una rica mercancía.
Si la pobre Salada
Se vió regenerada
Por su amor, ¿que le importa? ella se obstina,
En medio de sus rezos eternos,
En darta mil consejos inmorales,
Ansiosa de explotar aquella mina.

—Tu estás pobre, le dijo, ya no puedes
El sustento ganar; tu padre preso,
Nada darte podrá. ¿Por qué no cedes
A razones de tanto bulto y peso?
¿Qué pena habrá que cuadre,
O se acerque siquiera,
A la pena de verte oscurecida
En esta ratonera
Por la horrible indigencia combatida?
Buena porvenir, bonito,
Le espera a la que lleva el sambenito
De haber vivido como tú! No seas
Tan terca en tus ideas;
Y ya que á troche y moche
Con el diablo te fuiste á pié gustosa,
Vé con él una vez siquiera en coche;
Que eso ya es otra cosa.



—Pues bien, dijo Salada;
Si al nacer, condenada
A eterna infamia fui; si las mujeres,
Que, en misero abandono,
Faltaron del honor á los deberes
Una vez, ya no pueden con su llanto
Lavar jamás las manchas maldecidas
Que en ellas nota con injusto encono
Quien acaso entre tanto
Goza en verlas vivir envilecidas;
Yo seguiré esa senda,
Por mas que me repugne y me atormente
Fingir amor al hombre á quien me venda...
Mientras lloro por otro eternamente

—¡Oh! ¡benditos tus labios!
Gritó la vieja llena de alegría:

Eso sí que es pensar como se debe;
Con gran sabiduría!
Y es al conde ó al cura..? —¡Calla! ¡calla!
No á prueba mi paciencia
Quieres poner. ¿Yo amar á ese canalla
Que condenado vive...?
—Mira que es rico el cura...
—Es rico, y qué me importa?
El que de Dios recibe
Sagrada investidura;
El que reniega de tan noble estado
Y sacrilego y torpe, en su locura
Se hunde tanto en el cieno
Que la Iglesia le arroja de su seno...
—¡Cómo! ¿sabes que se halla exhonorado..?
—Solo sé que padezco
Al verle y al oír su voz impura;

Que me inspira desden, que le aborrezco,
Y que él de Adam me roba la ternura.

—; Luego querrás al conde?— El de la Banda
No sé por qué, me infunde espanto y grima.
Siendo espléndido, noble, generoso...
—; Y tan jóven y hermoso!
Anda, tontuela, anda;
No pienses en Adam, que eso es ser prima.
Serás feliz y mucho.
De un gran bien este amante te responde.
¿Querrás al conde?— Si... mentiré al conde
Y luego moriré.— ¡Cielos! ¡qué escucho!
¡No digas tal dislate!
Bueno fuera que nécia
Murieras por aquel que te desprecia;
Por un tonto, un perdido, un botarate.

Salió la vieja, y luego la manola
De lágrimas ardientes
Prestó á sus ojos desatadas fuentes.
Y así en silencio sollozaba sola,
Cuando un nombre bendito
Parecióle entrever en su agonía,
Cual si estuviese en el espacio escrito.
Y cayendo de hinojos:
—Santa Virgen María,
Esclamó con fervor; ¡Virgen piadosa!
Tú que miras mi pena desde el cielo,
Con tus serenos y benditos ojos;
Tú que has visto mi vida borrascosa
Y ahora miras mi duelo,
Calma de Dios, Señora, los enojos,
Haz que vizmubre un rayo de consuelo.

No bien la infortunada
Manola, sollozando
Estas palabras pronunciado habia,
Cuando sintió una voz gruesa y cascada
Que le dijo: —Levántate, hija mia.
— ¡Oh! ¡mi padre! — Y cayendo
La infeliz en los brazos del bandido
Con afán esclamó: — ¡Me estoy muriendo!
¡Estoy sola! ¡mi suerte lo ha querido!

—Todo lo sé, repuso el desdichado
Tío Lucas, con acento entrecortado
Por la emoción que dominar quería.
Estás sola, tu amante te ha dejado
Matando para siempre tu alegría.
¡Pobre muchacha! sufre, llora, gime,
Desahoga la pena que te oprime;
Sufre y muere, si es fuerza, en tu demanda;
Pero sírvate siempre de gobierno
Que esa vieja vecina te manda,
El mismísimo infierno,
Para hacerte escuchar al de la Banda.

Calló el viejo bandido, y observando
Que el rostro de Salada se cubria
De densa palidez, y que temblando
La infeliz á la fiebre sucumbia,
Llamó á un hombre que fuera le esperaba.
— ¿Qué quieres? dijo el hombre. — Busca al punto
Un médico, y si puedes,
Que venga tu mujer. — Pierde cuidado,
Lucas; vendrán el médico y Mercedes.
— Corre, no tardes. — Vuelvo de contado.

A la noche siguiente
Lucas y Adam las calles recorrian
De Madrid; á Salada
La vida poco á poco devolvian

Los cuidados de Lucas; la taimada
Vieja beata y bruja embaucadora
No volvió por entonces; y la bella
Manola, su hermosura
Y viveza y vigor fué recorbrando;
Si bien quiso su estrella
Que con creciente y sin igual ternura
Siempre siguiese á nuestro Adam amando.

Y ahora, lector, que sabes que el bandido
De Madrid se ausentó; que Adam el mundo
Ansioso ha recorrido,
Hallando en él tan solo
Después de medio año,
Un hastio profundo
Y un triste desencáño,
Ven conmigo y sabrás lo que en la casa
De la pobre manola, en el instante
En que se acerca el fugitivo amante,
Entre una chusma de malvados pasa.

II.

Habitación de la vieja Úrsula.

Cuarto bajo, húmedo y sombrío, con puerta á un patio y una pequeña ventana que dá á la calle. Las paredes se hallan sobrecargadas de cuadros y groseras estampas con imágenes de santos. Un viejo escano en uno de los testeros, sillas antiguas y desvencijadas y una cómoda. Encima de ésta un grupo que representa algunas ánimas benditas rodeadas de llamas. Destacó una lamparilla encendida, sin embargo de ser de día.

ESCENA PRIMERA.

La vieja Úrsula, sentada junto á un brasero de hierro, repasa maquinalmente las cuentas de su largo rosario. — *Pupas*, en un rincón, se entretiene en hacer muecas á la vieja ó en mortificar á un enorme gato, que al fin logra escaparse y se tiende sobre la tarima del brasero. — *Matias* penetra en la habitación y cambia algunas palabras con el *Manco*, el *Chirlo* y el *Renegado*, hombres de mal aspecto que fuman sendos cigarros. — Un momento después se abre otra vez la puerta que *Matias* dejó entornada, y aparece el *cura*, seguido de un embozado. El cura dice lo que sigue, desembozándose, pero sin quitarse el sombrero que trae encasquetado hasta las orejas.

EL CURA.

Deo gracias. ¡Viva la gente
Puntual! así me gusta.
Buenas tardes, caballeros;
Buenas tardes, doña Úrsula.

TODOS.

Bien venido.

EL CURA.

(A la vieja.) ¡Qué! ¿se reza
Mucho?

LA VIEJA.

Como ya la suma
De mis pecados, es tanta...

EL CURA.

Pues ahora se me figura
Prudente, que usted me atienda
Con mucha atención, con mucha.

Entre usted, Pedro.

(*Al embozado que le sigue.*)

La gente

Que aquí se encuentra, es la espuma
De la cañela.

PEDRO.

(*Desembozándose.*) Saludo
A tan honrada tertulia.

EL CURA.

El señor es de los nuestros :
Brazo fuerte y alma dura ;
Ojo certero ; una roca
Para resistir la lluvia
Y el sol ; ha estado en presidio
Y la muerte no le ofusca
Ni le espanta.

MATÍAS.

¡Compañero..!

(*Todos estrechan la mano de Pedro.*)

PEDRO (*Con cierta efusión.*)

Muchas gracias, señor cura.

EL CURA.

De Valladolid venimos
Los dos ; una hora justa
Hará que nos apeamos
De nuestras cabalgaduras. —
Hemos echado un refuerzo
Al estómago...

PEDRO.

En ayunas

Estábamos.

EL CURA.

Lindamente

Nos dió de almorzar Maruja.
¿Estamos todos?

MATÍAS.

Aun faltan

Bias y don Roberto.

EL CURA.

Nunca

Se descuidan ; si no vienen
Es porque estarán sin duda
Ocupados. Tome asiento
La asamblea. (*Se sientan.*) ¡Ola, Pupas!
¿Estás ahí ?

PUPAS.

Pñes es claro ;

Lo que se vé no se escusa.
Un mozo de pelo en pecho
Como yo...

EL CURA.

Calla, granuja.

Vamos por partes : conteste
Cada cual á mis preguntas,
Diga usted, Matías.

MATÍAS.

Creo

Que su merced, señor cura,
Querrá saber si he cuidado
De la hacienda y de...

EL CURA.

Muy justa

Es la presunción.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Qué infame !
No piensa mas que en la usura).

MATÍAS.

Pues todo está como estaba.
Ni la hilacha mas menuda
Falta, ni se ha estraviado
Un maravedí.

EL CURA.

Me gusta

Tal proceder.

MATÍAS.

Aunque sea
Mi oficio dar sepultura
O pasaportes á un prójimo
Cuando con oro me alumbran,
Sé desempeñar un cargo
De confianza, y no hay una
Persona en toda la tierra
Que tenga mejor conducta
Entonces que yo.

EL CURA.

Estimando.

¿Y el cautivo?

MATÍAS.

Continúa

En la mazmorra.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Misterios
Son estos, que si me ayuda
La suerte, tarde ó temprano
He de saber. La fortuna
Es calva y he de andar listo...)

EL CURA. (*A Matías.*)

Y diga : ¿sigue la furia
Del prisionero? ¿No entrega
Los documentos?

MATÍAS.

¡Quiá! jura

Y perjura, que aunque muera
Allí, no ha de darlos... nunca.

EL CURA.

Pues si el Barón pierde al cabo
La paciencia...

MATÍAS.

Se le ajustan

Las cuentas y de una sola
Mojada...

EL CURA.

(*Llevando un dedo á los labios.*)

¡Silencio! (*Al muchacho.*) Pupas.

PUPAS.

Presente!

EL CURA.

Di, ¿averiguaste

Si ese viejo continúa...?

PUPAS.

¿Quién? ¿don Genaro? Ese viejo
No abandona á la viuda
Un instante; y me parece
Que tiene muy malas pulgas.

EL CURA.

¿Y el extranjero?

PUPAS.

La sigue
Por todas partes; la busca
Hasta en la iglesia; la come
Con sus miradas...

EL CURA.

Y juzgas
Posible que la de Alcira
Le quiera?

PUPAS.

Se me figura
Que ni aun siquiera repara
En tal hombre; y eso que usa
Tanto tren, tanto boato
Con que á otras damas deslumbra.

EL CURA.

Y tú ¿qué me cuentas, Chirlo?

EL CHIRLO.

Poca cosa, señor cura.
Mi mujer, de la Salada
Cuida; la mimó y adula
Y la vigila...

EL CURA.

Corriente.
Valeis muchas onzas, muchas.
Ya tendreis la recompensa
Debida.

EL CHIRLO. (*Rascándose la oreja.*)

Si la pregunta
No es del todo impertinente...

EL CURA.

¿Qué quieres saber?

EL CHIRLO.

Si Lucas
Podrá volver; le he vendido
Y... la verdad, me repugna
La idea de... si el viera...

EL CURA.

Está preso.

EL CHIRLO.

No se asusta
Él de tan poco; seis veces
Se escapó de la clausura.

EL CURA.

Si, que el juego anda entre bobos.
Otras seis semanas justas
Hace que dejé la villa
Del oso; ¿te se figura
Que Pedro y yo habremos ido
A pescar, sin coger truchas?
El viejo está vigilado
Y no es fácil que se escurra.

EL CHIRLO.

Me alegro.

EL CURA.

Di, ¿y la manola?

Al llegar, noté que á oscuras
Su cuarto estaba y cerrada
La puerta.

CHIRLO.

Sin duda alguna.

EL CURA.

¿Salió?

CHIRLO.

Salió.

EL CURA.

¿Con Mercedes?

CHIRLO.

Mi mujer es sombra suya.
No la abandona un momento.

EL CURA (*riendo*).

Fué la voluntad de Lucas.
¿No es verdad?

CHIRLO.

Si, pero...

EL CURA.

Vamos,

No hay que cejar, buena pua.
Y puesto que de Salada
Se trata, responda Úrsula.
Vamos, hermana.

LA VIEJA (*rezando*).

El pan nuestro

De cada día...

EL CURA (*gritando*).

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

¡Ay, Jesus! ¡Jesus mil veces!
No grite así; que me asusta.
Estaba rezando un *pater*
Noster...

EL CURA.

No haga que me aburra.
Suspenda el rezo al instante
Y conteste á mis preguntas.

LA VIEJA.

¡Ay, señor! Dígame, padre.

EL CURA.

Dígame, madre. (Esta bruja
Me vá á tentar la paciencia.)

LA VIEJA.

¿Qué he de decir?

EL CURA.

Lo que ocurra;
Lo que ha ocurrido en el tiempo
De mi ausencia.

LA VIEJA.

Muchas, muchas
Cosas.

EL CURA.

Ya sé que Salada
No se encuentra moribunda
Como su padre la cree,
Como algun otro la juzga.

LA VIEJA.

¿Sabe usted...?

EL CURA.

Sí.

LA VIEJA.

Quando vino
El mensajero de Lucas...
Menti; ¡el cielo me perdone
Tal pecado!

EL CURA.

Amen. (¡Qué estulta!)
Siga la historia.

LA VIEJA.

Salada
Suele ser tan testaruda
A veces, que con su padre
Se hubiera marchado. Oculta
En el zaguán, me encontraba
Espiendo. Allí, no hay duda,
Dios me ayudó; vi al amigo
Del handolero, y confusa
Y triste mostrarme supe,
Diciendo que moribunda
La manola se encontraba....

EL CURA.

Primer anzuelo que Lucas
Se traga. ¿Y qué más?

LA VIEJA.

Si ahora
Mi memoria no se turba...

EL CURA.

¿Cómo cumplió V. mi encargo
Y llevó aquella aventura
Adelante?

LA VIEJA.

Conduciendo
A la manola, con mucha
Sutileza, al sitio mismo
Do la pecadora adúltera
Sus conferencias tenía
Con Adam.

EL CURA.

Donosa y cuca
Estuvo usted. El marido
Cerca de la sepultura
Anduvo, ¿no es eso?

LA VIEJA.

Hoy vive
Y la culpable es difunta.
Castigo de Dios.

EL CURA.

Y ¿cómo
Se valió usted...?

LA VIEJA.

¿Quién se apura
Por tan poco? Aquella dama...
(No me lo perdono nunca.
La hice traicion, fué un pecado
Maytisculo.)

EL CURA.

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

Me valí de su doncella.
La ofrecí una gran fortuna...

EL CURA.

¿Y ella accedió...?

LA VIEJA.

Era muy justo.
Es una gentil criatura,
Y le hice odiar de su ama
La ciega y torpe conducta.

EL CURA.

¡Hipócrita! ¿Y conseguiste...?

LA VIEJA.

En una cámara oscura
Saladilla y yo, instaladas,
Detrás de un tapiz ocultas,
Nos vimos al fin; la hermosa...
(Pues aunque un poco tallada
Y ya casada, era guapa,
Tentadora, ardiente y lubrica),
Estaba esperando inquieta
É impaciente. En su locura
No pensó que su doncella
La vendía. ¡Gran fortuna
Fué que yo allí me encontrase
Para evitar la trifulca!
Llegó Adam, que parecía
Un Adónis... ¡Qué apostura
Tan gentil! qué garbo! Daba
Gozo el verle...

EL CURA.

Doña Úrsula!
No se entusiasme usted tanto
Y diga la escena última.
¿Qué ocurrió?

LA VIEJA.

Ciega la dama
Al verle, corrió en su busca,
Estrechándole en sus brazos
Con impaciente ternura.

EL CURA.

Y Salada?

LA VIEJA.

Con los ojos
Fijos, la mirada turbia,
Tembloroso el labio, pálido
El rostro, rígida, muda,
Hizo un esfuerzo supremo
Para dominar su angustia.
Luego, en su furor, alzando
Su mano crispada, en una
Actitud que daba miedo
Y lástima, en su locura
Quiso hablarme; mas no pudo
Y espiró su voz convulsa
En su garganta; un momento
Después... Vamos, me espeluzna
El recuerdo; parecía
Tigre audaz que en noche oscura
Olfateando á su presa,
Sangrientos triunfos barrunta.

EL CURA.

Y qué hiciste tú?

LA VIEJA.

Atajarle
El paso, y vencer su furia
Luchando en silencio. Un santo
Debió ayudarme en la lucha.
Verdad es que un brazo asiendome...
¡Casi me lo descoyunta!

EL CURA.

¿Y despues?

LA VIEJA.

Falta de fuerzas
Cayó á mis pies moribunda.

EL CURA.

¿Mas cómo no os descubrieron..?

LA VIEJA.

Ya estaban lejos sin duda
Los dos amantes...

EL CURA.

De modo
Que ella sabe que la insulta
Su Adam, que la olvida, que ama
A otras mujeres? Bien, Úrsula.
Te has portado.—Ahora tan solo
Falta consultar la brújula
Para averiguar el rumbo,
Que con gentil travesura
Siguió el Renegado. Espero
Que me explique su conducta.

RENEGADO.

El tio Chanfaina y Teresa
Su mujer, se me figura
Que callarán como muertos
Por el temor que esta *aguja*

(Mostrando un puñal)

Les inspira: el escribano
Detiene el vuelo á su pluma
Y la causa está durmiendo,
Aunque hay gentes que nos buscan
El bulto: mas no hay testigos
Y la coartada es segura.
La mujer y los muchachos
De Alarcón, en vano buscan
Indicios; pero prevengo
Que son listos, que á la husma
Van, y que están apoyados
Por la condesa viuda
De Alcira...

EL CURA.

Bien; alguien llega.

EL CHIRLO.

Mi costilla.

EL CURA.

Ábrele, Pupas.

ESCENA II.

DICHOS.—MERCEDES.

(Mercedes entra muy deprisa y sumamente agitada.)

MERCEDES.

¡Pronto! ¡pronto!

EL CURA.

¿Qué sucede?

MERCEDES.

Que la gente se levanta;
Que corriendo todo el mundo
Por esas calles y plazas
Gritan ¡abajo el gobierno!
¡A las armas! ¡a las armas!

EL RENEGADO.

Mejor: á rio revuelto...

MERCEDES.

¿No escuchais? *(Suenan disparos.)*

MATÍAS.

¡Un tiro!

PUPAS.

¡Anda!
¡Salero! ¡otro tiro!... ¡otro!...
Ya tenemos zaragata.
¡Viva el mundo! *(Sale corriendo.)*

PEDRO.

Compañeros,
Llegó la nuestra.

RENEGADO.

¡Caramba!
Dice bien. *(Se preparan á salir.)*

LA VIEJA.

¡Virgen de Atocha!
¡Santa Isabel! ¡Santa Ana!
Cerrar la puerta...
(A algunas vecinas que bajan al patio.)

EL CURA.

¡Silencio!

(Con inquietud.)

¡Mercedes! ¿volvió Salada?

ESCENA III.

DICHOS.—ROBERTO.

ROBERTO.

Señor cura, á la condesa
Un grupo en la calle asalta;
Detiene su coche...

EL CURA.

Bueno;

¿Qué nos importa...?

ROBERTO.

Importára
Poco, si no sucedieran
Cosas mas graves.

EL CURA.

¡Oh! habla.

ROBERTO.

Varias gentes han querido
Al detenerla, insultarla;

Pero ese Adam, que es un diablo
Que el mismo infierno nos manda...

EL CURA.

Vamos, espíciate, pronto!
Habla y no me mates, habla.

ROBERTO.

Con un estoque en la mano:
¡Respetadla! ¡respetadla!
Gritó con terrible acento
Lleno de cólera y saña.
Al principio aquellas gentes
Quedan mudas y se espantan
Al ver á Adam; pero luego
Se reponen y se lanzan
Sobre él, que á todos asesta
Cien furiosas estocadas.
Se aumenta el grupo, los unos
Le oprimen llenos de rabia;
Otros, puestos de su parte,
Le defienden y le amparan:
Y mientras, se aleja el coche
De la poderosa dama,
Que iba dentro, según dicen,
Macienta y desmayada.

EL CURA.

¿Y Adam?

ROBERTO.

Adam, ya tenía
A tres ó cuatro á sus plantas
Mal heridos, cuando un grito
Se oyó á pequeña distancia;
Y se vió correr ansiosa
Otra mujer, que pugnaba
Por acercarse....

EL CURA.

¡Oh! los celos
Me están torturando. Acaba!

ROBERTO.

Aquella mujer...

EL CURA.

No sigas;
Lo adivino; era Salada.
Se han visto, se han encontrado
De nuevo! Se desbaratan
Mis planes; somos perdidos!
Salgamos á darles caza.

(Lleno de impaciencia.)

Y ese Blas... ese cuitado
Es un vil cobarde, un mándria!
No ha debido un solo instante
Perderle de vista! ¡Oh rabia!
Yo le di mis instrucciones
Que eran precisas y claras...
—« Si se ven, le dije, al punto
Tu acero en su pecho clava. »—
Seguidme... el desorden cunde;
Todos corren. Si la patria
Llama á sus hijos, yo solo
Tengo un móvil: la venganza.—
¿Qué es esto? (Retrocede espantado.)

ESCENA IV.

DICHOS. — BLAS.

Los cristales de la ventana saltan hechos mil pedazos. Blas dando un salto desde la calle se planta dentro de la habitación y cierra las dos hojas de madera de la ventana echando los pestillos. En sus ademanes, en la descomposición de su traje, de sus facciones y de sus miradas, se echa de ver la agitación creciente de su espíritu. Todos le rodean y se miran unos á otros al notar que trae las manos tintas en sangre.

EL CURA.

¡Blas!

BLAS.

La ocasión

Llegó.

EL CURA.

¿Qué dices?

BLAS.

No sé...

Se han visto!

EL CURA.

¿Y qué?

BLAS.

Sepulté

Mi acero en su corazón.

EL CURA.

Le habrás herido á traición;
Mas no importa ¡pesé á mí!
Satisfecho estoy de ti;
Toma... La suerte es propicia.

(Le da dinero.)

Hoy no vendrá la justicia
A sorprendernos aquí.

LA VIEJA (al cura).

Señor, por si alguien viniera,
Le daré, y el cielo sabe
Que con gusto...

EL CURA.

¿Qué?

LA VIEJA.

La llave
De una bohardilla trastera.

MATÍAS.

Si tomas bien la carrera
De seguro te has salvado.

MERCEDES.

Sube, Blas, con desenfado
En la bohardilla te metes...

LA VIEJA.

Y si ves llegar corchetes
Te escapas por el tejado. (Le da la llave.)

BLAS.

Dice bien. (En ademán de salir.)

EL CURA.

Con la asonada,
El bullicio y el tumulto,
No te buscarán el bullo,
Pues hoy no están para nada.
Espera y di si Salada
Morir á su amante vió.

BLAS.

Lo que puedo decir yo
Es, que Adam cayó á mis pies
Y la manola despues
Horrible grito lanzó.

ESCENA V.

DICHOS.—PUPAS.

PUPAS.

¡Sálvate, Blas! Á Salada
Muchos conducen aquí.

EL CURA.

¡Huye! ¡veto! (A Blas.)

LA VIEJA.

(Abriendo una puertecilla que hay en un rincón.)

Por ahí:

Por la escalera escusada. (Sale Blas.)

PUPAS.

La manola desmayada
Cayó al ver morir á Adam.

EL CURA.

(¡Ha muerto! Cesó mi afán;
Mi venganza está cumplida!
Y esa venganza, es ¡mi vida!...)
¡Mercedes! ¡pronto! ¡al zaguan!
¡Úrsula! ¡corre! al momento...

LA VIEJA.

Ya estamos, señor, ya estamos.
Vamos, Mercedicas, vamos
A meterla en su aposento.

EL CURA.

(Gozo me dá su tormento.)
¡Mirad! Se acercan aquí.

(Viendo á los que traen á Salada que apenas dá
señales de vida.)

LA VIEJA (al cura.)

Ocultese usted... Así.

(El cura embozándose se pone detrás de los
que se hallan en el cuarto de Úrsula. Esta y
Mercedes se adelantan hacia el grupo que conduce
á la manola desmayada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—SALADA, hombres del pueblo, mujeres,
muchachos, etc.

SALADA.

(Volviendo en sí.)

¿Dónde estoy? (Dando un grito terrible.)
¡Destino impío!

(Llorando.)

¡Mi amante ha muerto! ¡Dios mío!
¡Ya no hay vida para mí!

(Oce sollozando en brazos de la vieja Úrsula
y de Mercedes. Todos la rodean dando muestras
de compasivo interés, y la conducen á su habi-
tación.—El cura la contempla en actitud medita-
bunda y sombría.)

FIN DEL CUADRO Y DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO

CANTO PRIMERO.

«¡Un tejido de males y dolores!
 ¡Oh! no es esa la vida,» me direis:
 El sol que ostenta en la celeste bóveda
 Su ardiente foco, y que a la tierra envía
 En torrentes de luz mil rayos de oro,
 Risueños prados y encantados valles
 Humana también; cuadros magníficos,
 De seductor aspecto, en la serena
 Noche, la luna misteriosa envuelve;
 Y el corazón del hombre, á las virtudes,
 Al heroísmo, á la amistad, al puro
 Y santo amor, se inclina generoso
 Con noble instinto y ánimo piadoso.»

«No todo es sombras en el mundo físico,
 Ni espanto y soledad; no todo es llanto,
 Ni miserias, ni crímenes, ni aun frívolos
 Vulgares accidentes en la vida.
 Eleva el alma á las regiones altas
 Y al cielo pide inspiración sublime;
 Nomen sagrado que á pintar te ayude
 Otras escenas dignas de un gran libro;
 De ese libro viviente cuyas páginas
 La humanidad entera va escribiendo.
 Busca en la historia las gloriosas huellas
 De mil y mil varones afamados;
 De inclitos héroes y maironas grandes;
 Saúde el polvo á sus marmóreos techos
 Y evocando sus nombres y sus glorias
 Haz que arrojen el mísero sudario
 En que ahora envuelven sus cenizas frías.
 Canta sus hechos valerosos; cuenta
 Cómo en la lid embravecida dieron
 Su vida por su patria; y si tan solo
 Fijarte quieres en la edad presente,
 Pinta el primor, la gala y gentileza,
 No de manolas, sino de altas damas
 Que se ostenten en mágicos palacios
 Radiantes de placer y de hermosura.
 Trueca á tu Adam en elegante jóven,
 Rico y discreto y seductor y amable.
 No de asesinos y rufianes vengas
 A mostrarnos los perfidos intentos.

Abre, en fin, ancho campo á la bravura
 Y al ingenio del hombre que camina
 A par de un siglo que ilustrarse quiere
 Y que á todos los siglos aventaja
 Realizando do quier altos prodigios,
 Dando á las artes, á la ciencia impulsos,
 Y al hombre la noción de sus derechos.
 No mas pueriles aventuras cuentes;
 Deja ya de pintarnos á un cuitado
 Que abyecto y triste en la pobreza vive,
 O acaso á impulsos de traidora daga,
 Poniendo un dique á su traidora suerte,
 Su vida entrega á la inflexible muerte.»

Razon tenéis, lectores;
 Teneis razon que os sobra; con mi escaso
 Ingenio, no he sabido dar un paso
 Hacia esa senda de placer, de amores,
 Y de dicha cumplida
 Que forman las delicias de la vida.

Llamadme sándio y loco
 Porque en habla plebeya
 Con vuestras sábias advertencias choco,
 Y en vez de una epopeya
 En mis vulgares páginas coloco
 La miserable historia
 De un héroe que no alcanza honor ni gloria.

Mas ¿qué quereis? la tierra
 Tiene de todo; el mundo en que vivimos
 Encierra negro luto y régia pompa;
 Unos aman la guerra
 Y les gusta empuñar bélica trompa;
 Otro á la idea de la paz se aferra;
 Este rinde homenaje á las virtudes;
 Aquel tan solo los peligros ama,

Y hay tambien quien con negras inquietudes,
Cruel, avaricioso,
Vende por oro su conciencia y fama
Y consigue ser *grande* y poderoso.

Cada cual sus manias
Tiene; dejad que yo tenga las mias.
Para mí no hay figura
Mas noble, ni mas grande, ni mas buena,
Ni de mas estimable alta bravura.
Que la de aquel que nace desgraciado
Y con frente serena
Pobre se ostenta, pero siempre honrado,
Aunque haya quien se asombre
Y le llame infeliz y *pobre hombre*.

Por lo demás, yo siento que mi número
Os parezca rastrero,
Y perezoso y tardo,
Y aun mezquino y grosero.
Yo, cual dice Balbuena en su *Bernardo*:
«A alcanzar con mi pluma a donde quiero,
Fuera Homero el segundo y yo el primero.»

Mas ya que así mi nulidad resalta
Déme el censor para acabar mi obra
Un poco del ingenio que me falta
Y un mucho del talento que á él le sobra.
Y si juzga molesta
Mi petición, y adusto me contesta
Que el talento de Dios solo depende,
Y que nadie lo presta
Lo regala ó lo vende,
Déjeme ir á donde voy marchando,
Ora cayendo y ora tropezando,
Mientras él, en buen hora,
Alza su voz gigante, atronadora,
Ensalzando con fé y ardor profundo
Las grandezas, las dichas, los primeros,
Y bellezas de un mundo
Do nacen tantas flores.
Pinte á los grandes héroes de la historia
Que acaso á su crueldad deben su gloria,
Y déjeme, entretanto que él acude
A llenar lo que yo llenar no intento,
Que á mi modo reanude
Mi interrumpido trabajoso cuento.

..

Un mes justo ha trascurrido.
Lector, desde aquella tarde
En que por mano cobarde
Fue nuestro jóven herido.
De su pecho hondo gemido
Acongojado exhaló;
Luego sus ojos cerró,
Y á tierra cayendo inerte
Sintió el frío de la muerte
Que en sus venas circuló.

Por su bien ó por su mal.
(De averiguarlo no trato);
No tuvo el asesinato
Su consecuencia fatal.
Era la herida mortal;
Mas la ciencia, con razon,
Vió llena de admiracion
Que aquel ser sobrevivía,
A pesar de que tenta
Traspasado el corazon.

Doctores de gran prestigio
Que tan nuevo caso vieron,

Con gran calor sostuvieron
Un científico litigio.
Y afirmaron que un prodigio
Era, un milagro formal,
Que á su existencia cabal
Tal hombre volver pudiera,
A no ser que ese hombre fuera
De condicion inmortal.

Sea como fuere, lector,
Durante el mes trascurrido
Nuestro jóven ha sufrido
Horas de acerbo dolor.
Y una hermosa, que de amor
Por fin herida se vé,
Del lecho de Adam al pié,
Su frente al cielo levanta;
Vé á la ciencia que se espanta
Y á Dios le implora con fé.

—«Señor, dice con afan:
Mirad la pena que siento;
Si es un prodigio, un portento
Que pueda salvarse Adam,
Ved que ya mis dichas van
De su noble vida en pos;
Por mí le han muerto; gran Dios!
Si el prodigio realizais,
Si me oís, si le salvais,
Juro consagrarme á vos.»

Al hacer tal juramento.
La dama, (pues dama era
Quien tal juramento hiciera).
Diz, que escuchando su acento,
De su propio pensamiento
Arrepentirse intentó;
Trémula el rostro incliné;
Quiso recobrar su calma...
Y desde el fondo del alma
Su plegaria repitió.

Y así lentas y sombrías,
Llenas de dudas traidoras,
Se deslizaban las horas
De las noches y los dias.
Y entre vagas armonias
Creyó Adam reconocer
Un acento de mujer
(que en su oído resonaba,
Y su existencia inundaba
De alegría y de placer.

Y aunque su débil razon
Turbia se muestra y opaca,
Aunque su memoria flaca
Se abisma en su confusion
Y en la inmensa postracion
Que allí le clava en su lecho,
Parece que satisfecho,
Lleno de fé, de ternura,
Bebe un aliento que cura
Las heridas de su pecho.

Y luego, en su afan vehemente
Henchido de gozo, ufano,
Párecete que una mano
Se posa en él blandamente;
Que los rizos de su frente
Aparta con lentitud
Llena de solicitud,
Cual madre que en su protijo
Afan, vela por su hijo
Con amorosa inquietud.

Y al cabo llegó un momento
En que el herido sintió
Un ósculo que abrasó
Su vida y su pensamiento.
Por un esfuerzo violento,
Abre sus ojos y mira
En redor. — ¡Ah!... la de Alcira!
La condesa...! ¡Julia! esciama:
¡Piedad!... — mas ¡ay! que la dama
De su lado se retira.

¡Sueños de la mente loca!
Delirios que dichas daís,
¿Por qué así os evaporáis
Siempre que el hombre os invoca?
Si el sediento labio toca
En la copa del placer,
¿Por qué ¡ay Dios! se ha de romper
Con rudo choque fatal
El trasparente cristal
Do el alma quiere beber?

Nuestro mancebo sanó;
Mas despues quisiera, herido,
Sentir el labio querido
Que en su frente se estampó.
¿Por qué no se prolongó
Aquella vida dudosa,
En que á su lado la hermosa
Mujer á quien tanto amaba,
Sus cabellos ordenaba
Con su mano temblorosa?

¿Por qué no aspira su aliento
Tibio, dulce y perfumado?
¿Por qué vá desesperado
A encerrarse en su aposento?
Mas aquí, lector, mi cuento
Haciéndose, acaso, va
Oscuro: justo será
Que el pasado justifique
Para que luego te espique
Lo que por venir está.

Ya sabes que una noche, la de Alcira
Oculta en su jardín, oyó el relato
De una pasada misteriosa historia
Contada por el viejo D. Genaro.
Sabes tambien que triste, consternada,
No bien pudo volver de su desmayo,
Quiso tornar de nuevo á los salones
Y prolongar las horas del saráo.
Mas ¡ay! que en medio de la alegre danza
En que todos se agitan á su lado,
Tiene que hacer un poderoso esfuerzo
Para ocultar su pena y su quebranto.
Ella, la activa, la opulenta dama,
Que en medio vive de la pompa y fausto,
De una familia usurpa las riquezas,
El apellido y el ilustre rango.
¿De qué cuna procede? ¿cuáles fueron
Sus padres? ¿Por qué fieros la arrancaron
De algun modesto albergue, donde hubiera
Vivido alegre y venturosa acaso?
No es la riqueza, no, la que la dicha
Otorga al corazón; no el lujo vano
Dá paz á la conciencia, y fè y sosiego
Al espíritu. Allá en los tiernos años
De su existencia, es cierto que ha tenido
Por morada un magnífico palacio.
Mas ¿qué importa? en su rostro ardientes lágrimas
Sintió, que de los ojos resbalaron

De una mujer hermosa, pero enferma,
Triste, loca de amor; en su regazo
Esa mujer la tuvo muchas veces
En silencio su rostro contemplando.
Llamándola su hija; pero luego
La rechazaba en su delirio insano.
Cual si otro objeto de su amor querido
Cojer quisiera en sus amantes brazos.

Entonces la condesa era muy niña;
Mas hoy evoca el pavoroso cuadro
Que entonces al través de densas nieblas
Sus inocentes ojos contemplaron.
No era su madre, no, la pobre loca
Que la inundaba con su ardiente llanto
Y que al cabo murió mártir del hombre
A quien Julia de padre el nombre ha dado.
Y el baron de la Estrella, codicioso
De riquezas, de honores y de mando,
El oro de su victima á torrentes
Derrochó á su placer; y algunos años
Mas tarde, la de Alcira, jóven, bella,
De la pobreza presintió el amago.
Era fuerza evitar una ruina
Inminente y ruidosa; infame trato
Con un noble extranjero hizo su padre,
Y al altar fué arrastrada con amaños
Inicuos, sin que el alma se inclinara
Al hombre aquel á quien tendió su mano
Sin saber lo que hacia. Luego el tiempo
Trascurrió, fué su esposo asesinado,
No se sabe por quién, y ella, viuda,
El oro de su esposo disfrutando,
De amor ansiosa, sin amar á nadie,
Llena de hastio entre bullicio tanto,
Cercada por do quier de aduladores,
De amantes nécios, ó de amigos fatuos,
En vano, en su ansiedad, voluptuosos
Sueños felices, ó delirios gratos,
En las horas calladas de la noche
Evocó en su retiro solitario.

Despues, lector, dos veces amagada
Su vida vió por misteriosa mano,
Y otros tantos avisos á las suyas.
Para salvarla, por su bien llegaron.
Ambos anuncios á su pié llevaban
Un nombre escrito con groseros rasgos,
Un nombre solo, oscuro, temeroso
De mostrar su apellido, y ser acaso
Conocido por él. ¡Lucas! ¿quién era
Ese Lucas que vela con cuidado
Por ella? Si la quiere, á qué se oculta?
Si la salva, ¿por qué misterio tanto?

Tal vez con estas dudas batallaba
La noche que en su casa penetraron
Con Adam los bandidos; tal vez llena
De inquietud, ó rendida de cansancio,
Al reposo se daba, cuando oyendo
Entre sueños rumores no lejanos
De música sonora, de su lecho
Saltó llena de asombro y sobresalto.
Y al punto entre cobardes asesinos
Se baltó; y un jóven de animo bizarro,
Bello, arrogante, varonil, ligero,
Noble cual pocos, cual ninguno osado,
Contra todos luchó por defenderla
Y con todos huyó de aplomo falto.

Desde la noche aquella, la de Alcira
Fué proporciones gigantescas dando
Al hombre generoso, cuya imágen
Acoge inquieto el corazón avaro.
Inútilmente sustraerse intenta

Al oculto poder de sus fantásticos
 Recuerdos; aquel hombre se aparece,
 Aun á través de sus cerrados párpados,
 Siempre bello, arrogante, omnipotente,
 Con su ardiente mirada subyugando
 Á cuantos tiene en derredor; y ella
 También se siente fascinada; en vano
 Pretende verle criminal: no puede
 Serlo quien noble la prestó su amparo.

Y la otra vez en que le vió la hermosa
 Al dintel de la puerta de su palacio
 Acercarse atrevido, y luego, loco,
 Entre las suyas estrechar su mano,
 Ella tal vez sintió su orgullo herido;
 Y despues al hallarle en su palacio,
 Mal vestido, ignorante, rudo y pobre,
 Pero hermoso á la vez, con soberano
 Esfuerzo, ahogar su amor pudo altanera
 Su alcurnia y su grandeza recordando.
 Mas ¡ay! que pronto el cielo su castigo
 Decretó; de los labios de un anciano
 Brotó una historia lúgubre: su lujo,
 Sus primeras riquezas, su boato,
 Pertenecen á otros, ¿quién es ella
 Que cuanto tiene, todo lo ha usurpado?

Desde entonces, lector, la pobre Julia,
 Sin dar jamás al corazón descanso,
 Quiso expiar con generoso intento
 El crimen que los otros consumaron.
 Alejada del mundo y su bullicio
 Pensó en la triste soledad de un claustro;
 Mas antes creyó justo deshearse
 De todo cuanto tiene, para darlo
 A la honrada familia que por ella
 Vive sumida en el dolor y el llanto.

..

Un día, en una estancia miserable,
 Precedida del viejo D. Genaro,
 Penetró y vió con hondo sentimiento
 Un lastimero y aflictivo cuadro.
 La esposa de Alarcon, junto á sus hijos
 En la indigencia vive, los vé faltos
 De pan, y á Dios con fervorosa súplica
 Pide piedad y proteccion y amparo.
 Entonces, la condesa, que aparece
 Y atónitos los deja y asombrados.
 En providencia suya se convierte
 Dándoles oro y bienestar: su amargo
 Llanto enjuga, y amante los consuela
 Con nobles y solícitos cuidados.
 María (que esa madre así se llama)
 Prostrada á sus pies, alza sus brazos
 Y quiere bendecirla; pero Julia
 La estrecha entre los suyos esclamando:
 — ¡Oh! no, mil veces no: cuanto yo tengo
 Pertenece á tu esposo; yo he robado
 Tu dulce bienestar; yo soy quien debe
 Perdon pedirte! Y en estrecho lazo
 De amistad cariñosa, para siempre
 Sus corazones quedan asociados.
 Ambas son buenas, jóvenes y hermosas,
 Si bien María del dolor amargo
 Tiene impresas las huellas en su rostro
 Que, aunque triste, se muestra resignado.

Desde entonces las dos pasan los días
 En union fraternal; Julia, calmando
 Su inquietud, de su amiga no se aparta;
 Los hijos de ésta lleva á su palacio
 Y tiernas y solícitas pretenden,

En union de su amigo D. Genaro,
 Hallar las huellas de Alarcon; es cierto
 Que de amor la condesa ha suspirado
 Al hallar, sin ser vista, en su camino
 Al bello Adam, no ya con traje charro.
 Vestido, sino apuesto y elegante
 Sobre un corcel brioso cabalgando.
 Es cierto que, al mirarle, fascinada
 Se sintió nuevamente, y que brotaron
 En su pecho los celos, cuando supo
 Que aquel hombre su amor pagaba ingrato
 Arrojándose en brazos de una odiosa
 Despreciable rival: pero á su lado
 Tiene á María y á los hijos de ésta,
 Y al generoso y noble D. Genaro,
 Y á Dianora (deseella que la adora);
 Y esos seres, su duelo adivinando,
 Si alegrarla no logran, por lo menos
 Le prodigan su afecto dulce y grato.

Cuán bello es hacer bien! Julia, que un día
 Vivió hastiada, ó en mortal quebranto,
 Siente por fin su corazón henchido
 De fé y ventura, al prodigar con mano
 Generosa, consuelo al indigente
 Que enfermo yace, moribundo acaso.
 Ella y María, en caridad ardiendo,
 Van á buscar por retirados barrios
 De Madrid, la miseria que se oculta
 Entre tristes paredes y entre harapos;
 Y al cesante famélico, á las miseras
 Familias de modestos artesanos,
 Una santa limosna, no humillante
 Cuando la ofrecen pechos delicadas,
 Da con placer, mientras que presta á otros
 El estímulo honroso del trabajo.

Una tarde (y aquí quiero, lectores,
 Ver si logro tornar á donde estábamos),
 La condesa, en su coche, con María,
 De ejercer un piadoso y noble acto
 Volvía, cuando el pueblo puesto en armas,
 (Mejor diré una turba de malvados,
 Pues el pueblo español jamás insulta
 Á débiles mujeres), con descaro
 Detenerla intentó: Julia asustada,
 Pidiendo compasion, cruzó sus manos;
 Mas fué inútil su súplica; unas cuantas
 Personas, ébrias de furor trataron (1)
 De hacerla descender del carruaje
 A viva fuerza; pero Adam, llegando
 Entonces, viendo con feroz enojo
 Que á la de Alcira insultan los villanos,
 Como leon que eriza la melena,
 Y rabiendo ensordece las espacias,
 Acudió á su defensa, mientras lanza
 De sus pupilas fulminantes rayos.

Luego herido cayó: Salada, loca,
 Viendo correr al asesino, dando
 Un grito que partió los cerzones
 De cuantos vieron el tremendo caso,
 Cerró sus ojos y quedó abismada
 En negros mundos de estupor; y en tanto
 Un coche se alejaba de aquel sitio:
 Mas despues la condesa, imaginando
 Que el peligro del joven arreciaba,
 Con acento doliente y angustiado,

(1) En 1847, cuando el autor vino á Madrid por primera vez, tuvo que asistir á un bautizo que se celebró en la parroquia de San Lorenzo, y recuerda que en una de las calles de aquel barrio fué apedreado por los vecinos el coche en que iba. Desde entonces acá Madrid se ha civilizado de una manera verdaderamente admirable.

Viendo llegar un grupo en donde iba,
 Tal vez en busca de ella, D. Genaro:
 — ¡Oh! mi amigo, exclamó, ¡corred! ¡salvadle!
 Ved que por mí la muerte arrostra impávido
 ¡Salvadle! no os cuideis de mí; yo quedo
 De la Divina Providencia en manos!

Aquella misma noche, cuando apenas
 El tumulto cesó, fué trasportado
 Adam á casa de María; un médico,
 Y otro despues, y ciento, declararon
 Que la ciencia quedaba confundida,
 Llena de asombro, de creciente pasmo,
 Al ver que el corazón de Adam seguía,
 Sin saber de qué modo, funcionando.
 Mas ello fué que el jóven, sin sentido
 Continúo muchos días; que en su pálido
 Rostro, Julia clavó mil y mil veces
 Los atónitos ojos, procurando
 Sondear si la ciencia se engañaba,
 O si Dios le tenía reservado
 El dolor de mirar morir al hombre
 Por quien ya siente amor, amor volcánico
 Que de toda su alma se apodera,
 Que es ya de toda su existencia árbitro.

¡Oh! con cuánto dolor, con cuánta pena
 Hizo un terrible voto, procurando
 Apiadar á los cielos! con qué dicha
 Oyó por fin, pendiente de los labios
 Del médico, la nueva grata, hermosa,
 De que Adam viviría! — Se ha salvado!
 Exclamó; lo demas... ¡Oh! ¿qué me importa
 Lo demás, si mi dicha satisfago
 Viendo vivir al hombre cuya imágen
 Tantas veces feliz he acariciado
 Entre sueños de amor?

Y así diciendo,
 Las campanadas del reloj contando
 Que media noche anuncian, sumergida
 En soledad, (pues todos al cansancio
 Y al sueño dan tributo), la condesa
 Con vacilante pié, penetra al cabo
 En la alcoba; profundo es el silencio
 Que reina en torno del mortal amado,
 ¡Duerme! respira sin afán; los círculos
 Lividos que sus ojos rodearon
 Desaparecen; cobran sus mejillas
 Tinte suave de carmin; sus labios
 Se coloran; la vida ya se anuncia
 En todo su esplendor; no hay que dudarlo,
 Adam venció en su lucha con la muerte;
 Pronto en sí volverá de su desmayo.
 Es preciso alejarse; que las lágrimas
 De gozo que ella vierte, no den pábulo
 Ni incentivo á un amor que, no hace mucho
 Resignada ofreciera en holocausto
 A Dios que vió su duelo; pero antes,

La pobre Julia quiere contemplarlo
 Por la última vez; ¡Oh! cuán hermoso
 Le encuentra! se halla sola... está á su lado
 Y fascinada, trémula, embebida
 En su pasión, aparta con su mano
 De la frente del jóven los cabellos
 Y en ella imprime con ardor sus labios.

Y al propio tiempo, Adam de su garganta
 Deja escapar un grito prolongado
 De supremo placer; de delirante
 Gozo; mas ¡ay! al entreabrir sus párpados
 La vé desaparecer cual sombra vaga
 Que obedece al conjuro de algun mágico,
 En tanto que penetran en su alcoba
 La esposa de Alarcon y D. Genaro.
 ¿Fué un sueño de su ardiente fantasía
 Lo que sus ojos antes contemplaron?
 ¿Dónde está la condesa? ¿porqué huye
 Cuando él la adora, la idolatra tanto?

Sea cómo fuere, Adam vuelve á la vida;
 Deja su lecho; siente que una mano
 Invisible, le empuja; y á las sendas
 Del mundo, quiere dirigir sus pasos
 Con nuevo ardor; en su incesante anhelo,
 Saberlo todo intenta, averiguarlo
 Todo; estudiar el corazón del hombre;
 Analizar la historia, los arcanos
 De la revuelta humanidad. El niño,
 Que se halló de su madre en el regazo,
 Poco á poco sus tiernas ilusiones
 Vió nacer é irse luego marchitando,
 A medida que halló flores ó abrojes
 En fértil valle ó en desiertos áridos.
 El hombre, que al mercarse en breve cuna
 Pudo sentir el diente envenenado
 Del áspid fiero que desgarró el alma
 Y la llena de pena y desengaños,
 Al cabo á todo acostumbrarse logra,
 A fuerza de sentir y de ver tanto.

Pero Adam no fué niño, Adam el mundo
 De súbito miró, como el que estando
 Ciego toda su vida, ver lograra
 De un sol estuvo los ardientes rayos.
 Por eso, pues, el velo que le ofusca
 Quiere romper con impaciente mano.
 Basta ya de temores inocentes;
 No mas fijarse en frívolos cuidados;
 Si la mujer á quien adora ciego
 Le esquiva, porque pobre, abandonado,
 E ignorante le encuentra, que algun día
 Le halle potente, poderoso y sabio.

Y aquí, lector, dejémosle un instante;
 Solo un instante, pues á verle vamos
 En la temible, pavorosa escena
 Que he de narrarte en el siguiente canto.



CANTO II.

Era una noche sombría :
Bramaba iracundo el viento
Y encerrado en su aposento
Adam un libro leía.

Con tal fé, con tal ardor
Estudia, y se abisma tanto,
Que nada observa de cuanto
Acontece en derredor.

Solo alguna que otra vez,
Alzando el rostro sereno,
El fragor del renco trueno
Escucha con avidez.

Mas vuelve luego á fijar
En el libro su atencion,
Buscando la solucion
Que quisiera en él hallar.

Mas viendo solo un vacío
Y una duda en cada hoja,
Al suelo su libro arroja
Lleno de mortal hastío.

Y otro libro, y otros cien,
Con diligencia no escasa,
Busca, entrea-bre, repasa,
O abandona con desden.

Que en tan improba tarea,
Queriendo saberlo todo,
No halla de lograrlo el modo
Y se aturde y se marea.

Y en vertiginoso afán
Sigue anhelante estudiando,
Mientras las horas pasando
Lentas, monótonas van.

¡Oh! exclamó con triste acento :
¿ Por qué aquí no miro escrito
La historia de lo infinito
En que vaga el pensamiento?

¿ Quién es Dios y dónde está ?
¿ Quién soy yo y á dónde voy ?
Si aquí aliento y aquí estoy
¿ Quién espíritu me dá ?

Grandiosa es la creacion ;
Mas si de ella el hombre es rey
Yo aspiro á saber la ley
De la humana condicion.

La vida intento sondar ;
Nuestro sino conocer :
¿ Venimos á padecer
O venimos á gozar ?

Y si es grato sonreír
Siempre llenos de alegría,
¿ Qué génio con mano impla
Nos hace luego sufrir ?

La humanidad, que no puede
Renunciar á la esperanza,
¿ Por qué, cuando casi alcanza
El bien, torpe retrocede ?

Si el hombre la aspiracion
De ser perfecto atesora,
¿ Cuando llegará la hora
De lograr la perfeccion ?

∴

Diciendo así, se levantó impaciente ;
A la ventana luego se asomó,
Y en el mojado, tempestuoso ambiente
Sus abrasadas sienas refrescó.

Y despues, dirigiendo una mirada
Sobre Madrid, que silencioso está,
Con triste acento y con la faz turbada
Diz que estas frases pronounciandó va :

« Todos duermen ; yo tan solo
Por todos estoy velando ;
Yo tan solo alzar la vista
Puedo á esos negros espacios.

Ver enmarañadas nubes
En donde brilla el relámpago,
Y heber, oyendo el trueno,
Emanaciones del ábrego.

El turbion me refrigera;
¡Oh! que sublime espectáculo!
Bendita nail y mil veces
La tempestad que idolatro!

Entre tanto, duermen todos
Tranquila mente ahí abajo.
Todos... ¿quién sabe? ¿quién sabe
Si alguien lo pretende en vano?

De todos modos, yo velo,
Y ese pueblo contemplando
Traigo á la mente los tristes
Recuerdos de mi pasado.

Para el alma indiferente
De frívolos cortesanos,
Son miserables mis penas,
Mi merecimiento escaso.

Inocente fui á la cárcel
Por mi desdicha arrojado.
Bien la justicia del hombre,
A aborrecer me enseñaron!

Luego, aunque ignorante, quise
Trabajar y ser honrado,
Y de mi prision la infamia
A la frente me arrojaron.

Entre la virtud y el vicio,
Me ví de alimento faltar;
Mas si al mundo se lo cuento
Tal vez me llamen menguado.

¿Soy yo solo el que ha sufrido
En el mundo tanto y tanto,
O he sido viviente emblema
Del hombre desheredado?

Soy la imágen de ese pueblo
Que se agita sin descanso
Y que acaso de los ricos
Envidia la pompa y fausto?

No lo sé; tan solo puedo
Recordar, que logré al cabo
De rufianes y bandidos
Dejar el infame trato.

Y esto á un bandido lo debo;
¡Pobre Lucas! desdichado
Viejo! la justicia humana
Sin duda dictó su fallo.

En un horrible patibulo
Tus culpas habrás pagado,
Cuando ser bueno querías
Tus crímenes detestando.

.....

¿Qué poder irresistible,
Sañudo, inclemente y bárbaro,
Al precipicio nos lleva
Sin saber como ni cuándo?

¿Existe un destino adverso
Que dirige nuestros pasos,
Ó es que el hombre de sí mismo
Es el mayor adversario?

Si la voluntad es libre,
Si de albedrio gozamos,
Si horror el delito infunde
¿Por qué se cometen tantos?

Yo renegué de ese vulgo
Al que llaman populacho
Y hoy que me encuentro mas lejos
A ese humilde pueblo amo.

Que en él existen mil prendas
Dignas de encomio y aplauso:
Abnegacion, sufrimiento,
Virtud, amor al trabajo.

Si en él hubo un hombre infame
Que me hirió á traicion, acaso
Ése infeliz nació bueno
Y luego trocóse en malo.

¿Quién le pervirtió? lo ignoro;
¿Fué la ignorancia? ¿fué acaso
El ejemplo? ¿fué la horrible
Miseria? No sé explicármelo.

Pero si no fué la causa
El instinto sanguinario;
Si el hombre puede á la senda
De la virtud ser guiado,

¿Por qué religion y leyes
Y costumbres, no lograron
Perfeccionarle y hacerlo
Libre, dichoso y honrado?

.....

¿Es que solo el bien, la dicha
Y el contento, en los palacios
Y entre la grandeza existen?
¿Hay razas de afortunados?

Yo no lo sé: yo apetezco
Conocerlo, averiguarlo;
Mas ¡ay! que tal vez por siempre
Ese bien me está vedado.

¿No me esquivo la condesa
De Alcira? yo la idolatro,
Y ella... no hay duda, me ama;
Su beso me está abrasando.

Y sin embargo la busco
Por todas partes en vano
Y aquí en la impotencia, solo,
Connigo mismo batallo.

.....

¡Oh! ¿por qué se abisma el alma
En un inmenso Océano
De dudas, de aspiraciones,
Y delirios insensatos?

Paréceme que los vientos
Traen gemidos y llantos,
Canciones, risas, lejanas
Músicas, líbricos cánticos.

Y es solo el rumor del trueno,
De los vientos desatados
Que van las revueltas nubes
Coléricos arrastrando.

¡Oh! volvamos á mis libros...—
Y en el primero que á mano
Halló, se fijó de nuevo
Asiento otra vez tomando.

Después de otras dos horas
De estudio y frenesí,
El sueño y el cansancio
Le empiezan á invadir.
Sus párpados se cierran;
Con la materia vil
En vano el alma quiere
Luchar, luchar sin fin.
Inténtalo el mancebo
Y solo conseguir
En el insomnio puede
Forjar delirios mil.

—¡Oh! no, no es esto, esclama,
Lo que encontrar creí;
Yo quiero que me muestren
Del hombre el porvenir;
Que la verdad que busco,
Sin antifaz ruin,
Espléndida y hermosa
Consiga descubrir.

Las ciencias y la historia
De dudas llenas ví;
Parece la política
Un juego baladí
De miserables pasiones,
De eterno discutir.
¡Dios mío! ¿dónde estoy?
¿Dó voy? ¿por qué nací?
¿Por qué esperanzas tantas?
¿Por qué tanto sufrir?

La humanidad camina...
¿Y á dónde y á qué fin?
¿A ser perfecta y buena,
Magnánima y feliz?
Entonces, que no ceje;
Compacta marche allí
Dó bailar pueda un sereno
Hermoso porvenir.
Yo iré con mis hermanos
A la brillante lid
Que la verdad entable
Con la mentira vil.
¿Qué miserable géneo,
Qué aspiración ruin,
Por más que trabas ponga
Nos lo podrá impedir?

Apenas estas frases
De pronunciar acaba.
Vé el jóven estenderse
La luz que le alumbraba;
Pero con tintes lívidos,
Con pálidos reflejos
Que en mar de sombras densas
Se van luego á perder.
Y pavorosa nube
Del pavimento sube;
Adhiérese á los muros;
A la techumbre lanza,
En tumbos desiguales,
Sus círculos oscuros,
Sus rotas espirales.
Y cunde, crece, avanza;
Se torna cenicienta
O tenebrosa aumenta
Su inmensa lobreguez.

Y un trueno prolongado, estremeciendo
La vetusta mansion, rodó imponente
Por el espacio con horrible estruendo;
Y Adam que en tanto en su interior batalla
Por ver si duerme, ó si despierto se halla,
Vió surgir de repente
Entre las sombras que su cuarto invaden
Una visión, fantástica, indecisa
Primero; luego clara y evidente,
En cuyo rostro vaga una sonrisa
Sarcástica, cruel; que odio revela
Y que parece que la sangre hiela.
Y sin embargo, la fantasma vaga
Ostenta una hermosa
Que fascina, que halaga
Y repela á la vez; de su estatura,
Y menos de sus pálidas facciones,
No se pueden fijar las proporciones.
Pigmeo parece y á la vez gigante;
Gozo revela y á la vez enojos;
Lleva el dolor pintado en el semblante
Y arrojan fuego sus rasgados ojos.

Clavados en Adam los tuvo un rato;
Mas luego, con voz ronca y triste, rompe
El silencio, y le dice de esta suerte
Mientras los ecos á su voz responden:

«Tú que quisiste conocer al mundo;
Tú que pretendes estudiar al hombre;
Tú que la vida sondear intentas
Sin mirar sus miserias y dolores;
Tú que invocas las ciencias; tú que quieres
Leer en los ocultos corazones;
Tú que maldices las escenas frívolas
Que acaso escena de pavor esconden;
Tú que triviales juzgas tus tormentos
Y triviales también tus ilusiones;
Tú que quieres leer en el pasado
De los siglos la historia; tú que corres
Huyendo del presente á toda hora
Buscando siempre el porvenir, que ahonde
El vacío que llevas en tu pecho
Para hallar palpitantes emociones:
Tú que anhelas lo mismo que te basta;
Tú que pretendes conquistar honores;
Tú que forjas delirios insensatos
Cifrando tu ventura en los amores;
Tú que débil pigmeo te levantas

Sobre lejanos gigantescos montes,
Y que sin fuerzas y sin alas, quieress
Volar ligero y recorrer el orbe;
Tú que deseas estudiar los astros
Cuando, nécio, á ti te desconoces;
Tú que inquieto batallas con tu espíritu
Subordinado á la materia torpe;
Tú, que nunca contento y satisfecho,
Con tu destino te hallarás conforme;
Tú, que quisiste prolongar la vida,
Y ver anholas trascurrir veloces
Los años, convertidos en instantes,
Rápidos, breves, y en fugaz desórden;
Tú, en fin, que llevas dolorida el alma
Y el corazón herido, ¿por qué oyes
Mi acento con sorpresa? ¿por qué tiemblass
Contemplando mis lividas facciones?
No temas, no; reanima tus sentidos:
Sabe ya quien soy yo y oye mi nombre.»

«Yo soy la eterna rémora
Del bien que el hombre ansia;
Yo envuelvo su alegría
En fúnebre capúz.
Me gozo en las batallas;
Mi vida es el tormento;
El caos mi elemento,
La oscuridad mi luz.»

«Yo soy el dueño y árbitro
De cien generaciones:
Fantásticas legiones
Se arrastran á mis pies.
Blandiendo roja lanza
Estiendo el raudó vuelo,
Y miro airado al cielo
Que algun tiempo habité.»

«Yo doy sombras al día;
Los mares alboroto;
Engendro el terremoto
Y agito el huracán.
Yo he dado á la serpiente
Su destructor veneno;
Yo abrí del monte el seno
Y aliento di al volcan.»

«Para adoptar mil formas
Jamás, torpe, me arredro;
Soy alto como el cedro
Que el Líbano crió.
Y si es preciso, arrastro
Mi vanidad proterva
Só la menuda yerba
Que el valle entapizó.»

«Yo robo á las virtudes
Su seductor hechizo;
El bien esterilizo;
Combato á la razón.
Yo he dado á los perversos
La estúpida arrogancia;
La ciega intolerancia;
La vil superstición.»

«Por mí el hombre se arroja,
Con el puñal én mano,
A dar muerte al hermano
Que lucha enfrente de él.
De la discordia enciendo
La abrasadora tea
Y gozo en la pelea
Con ánimo cruel.»

«Por mí, fieros tiranos,
Doblando infames yugos,
Se hicieron los verdugos
En esa sociedad.
Por mí, esclavos los hombres
El polvo y grillos muerden;
Por mí los pueblos pierden
Su hermosa libertad.»

«Soy rey de los cruels
Espíritus sombríos;
Constancia tuve, y bríos
Para luchar con Dios:
Mi ley son los extremos
Que en sí el error entrañan:
Los vicios me acompañan;
Los duelos llevo en pos.»

«Soy, pues, aquel que engendra
Y anima los dolores;
Que vida á los rencores
Y á las venganzas dá.
El génio audaz, indómito,
Que lleva eternamente
Impresas en su frente
Las iras de Jehová.»

«Si ya no adivinaste
Quien soy, aun que te asombre,
Pronunciaré mi nombre
Segun te prometí.
Yo soy Satán, que vengo
Del bátrato profundo;
Yo soy EL DIABLO MUNDO;
Inclínate ante mí.»

Guardó silencio la vision horrible;
Luego un suspiro de su pecho arranca
Y, acercándose mas, sobre la mesa
Su mano apoya, y dice estas palabras:

«Yo no busco á los réprobos; su número
Es ya tan infinito, que traspasa
Al de los granos de menuda arena
Que arroja el mar á sus estensas playas.»

«No pienses, pues, que vengo á proponer
Un pacto ruin, ni á que me des el alma,
Yo no soy tan imbécil; harto infierno
Mi rencor y mi furia te preparan.»

«La inmortalidad sus altos dones
Te ofrece; tu existencia será larga;
Durará lo que el mundo, que vá á darte
Cuanto encierra en sus ásperas entrañas.»

«¡Desdichado! quisiste ser eterno,
Mientras todo, á tu lado, muere y pasa;
Tú al través de los siglos pretendiste
Cruzar veloz del pensamiento en alas.»

«Como Dios, como yo, como los tiempos
Quieres vivir, y mantener esclava
El alma, de la vil materia; y todo
Por conocer á Dios de quien dudabas.»

«Y, sin embargo, al sentimiento entregas
El débil corazón, con él batallas,
Y sufres cuando ves sufrir; y tienes
De los dolores de los otros lástima.»



Yo soy Satan , que vengo
Del bátrro profundo ;
Yo soy EL DIABLO MUNDO ;
Inclinate ante mi.

(El Diablo Mundo, Segunda parte.)

« Amas al hombre, y su cariño luscas ;
 Pero no adulas sus pasiones malas ;
 ¡ Desdichado ! tú irás por ese mundo
 En todo tiempo derramando lágrimas. »

« Para medrar, para vivir dichoso ,
 Para elevarse á las regiones altas ,
 Es preciso que el hombre nunca tenga ,
 Ni sentimiento ni candor ni entrañas. »

« La sonrisa en el labio mentiroso ;
 La intencion siempre oculta y depravada ;
 El egoismo haciendo á toda hora
 De impenetrable escudo y de coraza. »

« La indiferencia, el cálculo, la propia
 Conveniencia ; la torpe mescolanza
 De adulacion servil para el que sube ,
 De insolente desden para el que baja. »

« La explotacion del hombre por el hombre ,
 Aunque labre del hombre la desgracia ;
 La reunion de la astucia y de la fuerza
 Que á la razon y á la justicia ultrajan. »

« Los extremos viciosos batallando
 Para hacer monstruosas amalgamas
 Despues de las violentas sacudidas
 Sociales, que del bien al hombre apartan. »

« Eterna confusion, eternas luchas,
 Miseria, corrupcion, iras, venganzas...
 Tales son las pasiones de los hombres
 Y tales las escenas que te aguardan. »

« Queriendo ser eterno, has despertado
 Mi emulacion, mi enojo y mi venganza ;
 Serás eterno, si ; pero has de serlo
 Como el dolor que el pecho me desgarrá. »

« Yo sabré amontonar ante tus ojos
 En breve espacio cuanto el mundo abarca ,
 Sin que por eso logres un instante
 El instinto del bien borrar del alma. »

« Por el pronto, los lances de una vida
 Triste, y pobre, y agreste y solitaria ,
 A tus labios llevaron los primeros
 Sorbos de hiel y de ponzoña amarga. »

« La inquietud en tu pecho echó raíces ;
 Salir pretendes de la esfera infausta
 De las trivialidades dolorosas
 Que constituyen la miseria humana. »

« Pues bien, yo voy á presentar ahora
 A tu vista, en inmenso panorama ,
 Los actos, las escenas mas sublimes ,
 Segun las juzgan los que así las llaman. »

« El mundo vá á ofrecerte cuanto tuvo .
 Cuanto tiene y tendrá : riquezas, galas ,
 Poder, honores... y á la vez delitos ,
 Aberraciones, luto, guerras, lágrimas. »

« Serás espectador y actor á un tiempo ;
 Cruzarás por las olas encrespadas
 De los mares, y oirás, de un polo á otro ,
 Todas las lenguas que los hombres hablan. »

« Mas ¡ ay ! de ti, si al fin, exasperado ,
 Maldices tu existencia infortunada !
 ¡ Ay ! de ti, si en la muerte hallar pretendes
 El descanso y alivio de tu alma. »

« Yo no vengo á pedirte la ; no vengo
 A proponerte que conmigo hagas
 Un pacto vil ; mas puede que algun día
 Odiando al mundo envidies mi morada. »

Calló el ángel del mal : Adam, atónito ,
 Vió desplomarse de su pobre estancia
 Los muros, y ensancharse el horizonte
 Que en luz viva se tiñe y abrihanta.

Un ambiente sereno, perfumado ,
 Y embriagador aspira ; se dilatan
 Sus pupilas, y vé lo que en su vida
 Señor pintor, ó poeta imaginára.

Mas aquí, mis lectores, os contemplo
 Rendidos ; suspendamos la jornada ,
 Y en el canto siguiente á la terrible
 Vision, oireis que con el jóven habla.

CANTO III.

«Mira ese mundo primitivo; admira
Su espléndida hermosura y su grandeza;
Los siglos no han cubierto todavía
De densas capas la redonda tierra.»

«Los árboles lozanos, hasta el cielo
Su exuberante copa gigantesca,
Siempre verde y hermosa, con orgullo
Alzan de frutos olorosos llena.»

«Allí el clima es constante y apacible;
Eternal es allí la primavera;
Es la estación que sin rival alguna
En ese mundo primitivo reina (1).»

«Ricas fuentes de puras, cristalinas
Y frescas aguas, con pujante fuerza
Brotan do quier; y entre la verde alfombra
Transparentes arroyos serpentean.»

«En invisibles vaporosos átomos
Baja el rocío à refrescar la selva,
Y à los rayos del sol que le ilumina
Lluvia parece de menudas perlas.»

«Todo es allí tranquilidad, sosiego,
Gozo, venturas y delicia eterna;
El hombre no ha turbado todavía
Con sus vicios la paz de su conciencia.»

«Si una primera falta ha cometido,
Y al trabajo y la muerte le condenan
Los decretos de Dios; en cambio tiene
Un alma grande, inteligente y buena.»

«La aspiración del bien; el noble instinto;
El amor, la piedad y la inocencia;
El sentimiento del progreso; el libre
Uso de sus sentidos y potencias.»

«En santa asociación, todos iguales
Y libres vivirán; dará la tierra
Sus bienes para todos, sin que haya
Quien arrastre de esclavo las cadenas.»

«No importa que se ensanche y multiplique
La sociedad; no importa que se estienda
Ocupando los ámbitos del mundo,
Si la justicia y la razón imperan.»

«Todos, unidos en estrechos lazos
De fraternal cariño, harán que sean
Justas las leyes y los jueces puros;
Las costumbres sencillas y modestas.»

«Será el hijo sumiso; será casta
La mujer; la amistad será perfecta,
Y el aplicado, el estudioso, el bueno.
Logrará que le imiten y enaltezcan.»

«La virtud aclamada y bendecida
Será por todos, sin que nadie sea
Capaz de calumniarla ó de tenderle
Infames lazos que à matarla vengán.»

«Solo tendrán los hombres una patria,
Una ley soberana, y una idea:
La de amarse y ser buenos y felices
Haciendo menos breve su existencia.»

«Tal fué de Dios, sin duda el pensamiento;
Mas yo le contraríe; yo mi soberbia
Presté al humano corazón; yo hice
Que Cain su delito cometiera.»

«Yo desde entonces, con feroz contento,
Abriendo de mi imperio las cavernas,
Hice salir al mundo las pasiones
Que el bien, la vida del mortal abrovan.»

«La ambición, el orgullo, la avaricia
Y el lujo, engendrarán à la pobreza;
Y se abrirán las fuentes de los crímenes
Que con sangre los campos enrojezcan.»

«El fanatismo y la impiedad, frenéticos
Alzarán arrogantes la cabeza;
El primero hará à Dios injusto y malo;
Negará la segunda su existencia.»

«Y en lucha fratricida los imperios,
Las ciudades, los bosques, y las selvas,
Al respiandor rojizo de las llamas
Se volverán escombros y pavesas.»

(1) «El gran cataclismo del diluvio debilitó la naturaleza; limitó el curso de la vida del hombre; destruyó varias razas de animales; el eje de la tierra se inclinó y los climas se alteraron.»

Constancio. (Historia universal, tomo II.)

« Y los pueblos, movidos al impulso
De los tiranos, en su lucha eterna,
Me hincarán la rodilla, dando culto
Al pavoroso númen de la guerra (1). »

« En el feroz estrago y la matanza
Se inspirarán magníficos poetas,

Al compás de sus liras entonando
Sus himnos y terribles epopeyas. »

« Y la razón al sucumbir esclava
Del infame derecho de la fuerza,
Si tiene alguna voz que la proclame
Apenas eco encontrará en la tierra.



« La guerra, el fanatismo, el crimen, las maldades;
La ira y la soberbia mis auxiliares son:
Contempla cual se alzan del polvo las ciudades
De Babilonia y Ninive, de Troya y de Sidon. »

(1) Muchos aseguran que las guerras, por medio de la conquista y la fusión de los pueblos, han facilitado los adelantos de la humanidad. Con perdón sea dicho, yo creo que esta, obediendo á las leyes del progreso, no ha recibido sus adelantos por las guerras, sino á pesar de ellas.

« El Tigris y el Eufrates, el Haly y el Meandro
Sus márgenes ofrecen á la violenta lid.
Los Héctores y Aquiles, y luego un Alejandro
Sus numerosas huestes conducen por allí. »

« Ya aquellos grandes pueblos que admiración infunden,
Que tantas maravillas llegaron á ostentar,
A impulso de las armas, porécen, se confunden,
Y solo dejan tumbas, ruina y soledad. »

«En tanto los hebreos de Dios reciben leyes
Que idólatras olvidan con elega ingrátitud;
Las tribus israelitas al cielo piden reyes
En vez de demandarle tesoros de virtud.»

«La Grecia se levanta feliz y poderosa;
Independiente y libre Atenas se ilustró;
Mas luego, corrompida, de bienes codiciosa
En luchas incesantes sus fuerzas agotó.»

Y nace Roma; brilla, se estiende, se dilata;
Del Africa, de Europa, del Asia dueña es;
Al carro de sus triunfos al mundo entero ata
Que tiembla, que se arrastra esclavo ante sus pies.»

«Mas ¡ah! mira ese mundo que va ante ti pasando:
Contempla los arroyos de sangre que costó
La efímera grandeza que fueron conquistando
Imperios y repúblicas que el tiempo derrumbó.»

«Contempla los errores, la ciega idolatría
Que rompen y destruyen la dicha y la unidad;
Que matan para siempre la paz y la armonía
En que vivir debiera la ciega humanidad.»

«Robando á Dios sus grandes inmensos atributos
El hombre humanas víctimas furioso inmolará,
Y ante mezquinos ídolos y miserables brutos
Postrándose de hinojos su frente inclinará.»

«Debajo de las ruedas de la triunfal carroza,
Que falsos dioses lleva en larga procesion,
Sus miembros una turba fanática destroza
Con insensata, nécia, inútil devocion.»

«El templo de Milita será menguado abismo
Dó la inocente virgen su cándido pudor
Pondrá sobre las aras de un loco sensualismo
Que hará la afrenta pública, preciso el deshonor.»

«Arúspice sangriento, la entraña palpitante
De la inocente víctima atento estudiará,
Y haciéndose del cielo intérprete constante
Tal vez á un pueblo entero de espanto llenará.»

«Y allí, cabo la tumba del rico y del guerrero,
En los parajes públicos, infame gladiador
Hará que su desdicha contemple un pueblo entero
Que goza en ver su sangre, su bárbaro furor.»

«Así en raza de esclavos y en raza de señores
Y en grandes y en plebeyos los hombres dividi,
Abyecta, miserable, sumida en los dolores,
A la mujer en pobre juguete convertí.»

«Mas ¡ah! sonó la hora que yo maldigo triste,
La hora en que comienza la humana redencion,
Y el hombre Dios, bajando del cielo donde existe,
Pronuncia las palabras de amor, de paz y union.»

«Es fuerza contrariarle; la paz y los amores,
Del hombre la ventura suprema labrarán,
Y yo me gozo siempre mirando sus dolores,
Sus guerras, sus delitos, su sempiterno afan.»

«Por eso, concitando las iras, los enojos
De los que al pueblo quieren hollar y deprimir,
Al hombre Dios les hice mirar con malos ojos
Para que alegres luego le vieran sucumbir.»

«Por eso los felices, los déspotas, los fieros
Malvados, que los pueblos pretenden explotar;
Los falsos sacerdotes, los torpes embusteros,
Al bueno y al humilde persiguen sin cesar.»

«Y al cabo le condenan con bárbara alegría;
Y yo me gozo viendo su horrible confusion;
Y aumento su tumulto, su furia y griteria
Mientras la tierra tiembla y se oscurece el sol.»

«Los tiempos van pasando; los dioses fabulosos
Al suelo van cayendo; mi imperio vá á cesar;
Los hombres se humanizan; hermanos cariñosos
Sus vínculos sagrados pretenden estrechar.»

«Es fuerza esterminarlos; hacer que las edades
Se inspiren á sí mismas escándalo y horror;
Es fuerza que el infierno invente iniquidades;
Que el código no impere de caridad y amor.»

«Por eso, si hubo en Roma Octavios y Adrianos,
Filósofos, poetas y ciencias y esplendor,
De vándalos, de godos, de fieros marcomanos
Caerá sobre esa Romá torrente asolador.»

«De los soberbios Césares el deslumbrante sólio
Feroces pisotean, acrécese la lid,
Y tiembla y se derrumba el alto capitolio
Y atónita la Europa inclina la cerviz.»

«Y se alzan por do quiera gigantes torreones;
El despotismo cambia de traje y de antifáz;
Y reyes y vasallos, caudillos y legiones
Al rudo feudalismo poder y vida dan.»

«La tierra palmo á palmo disputan impacientes
Los que á la fuerza fian derechos y razon.
Picotas y cadalsos varones insolentes
Levantán; y los pueblos les prestan sumision.»

«Menguados tiranuelos se erigen en señores;
Comparten con los reyes su inmensa autoridad
Y esclavos los plebeyos, sus grillos opresores,
Sus bárbaras cadenas arrastran sin cesar.»

«En guerras, en torneos, la tierra ensangrentada
Hice que el pueblo viera con avidez feroz;
Yo di á los ricos homes derechos de pernada
Y á juicios del infierno, llamé juicios de Dios.»

«Y luego, de cien reyes el trono asegurando,
Vertí en sus corazones mi hábito infernal
Para que, ciegos, torpes, las leyes conculcando,
Manchasen con sus vicios la púrpura real.»

«¿Quieres ver nuevos desastres?
Mas cómo si fueron tantos
Que ya la paciencia falta
Para verlos y contarlos?»

Mientras que en España luchan
Sarracenos y cristianos,
Estos allá en Palestina
A su vez mueren matando.

Los güelfos y gibelinos,
Durante trescientos años,
Convierten la hermosa Italia
En negro y sangriento charco.

Mientras que Colón camina
Un nuevo mundo buscando,
Se abre un tribunal horrible
Que toma el nombre de santo.

El oro que dá la América
Es para comprar soldados,
Que en Flandes y en toda Europa
Siembren el terror y estrago.

Las guerras y los destierros
Desiertos dejan los campos;
Las ciudades solitarias;
Los talleres olvidados.

Mas luego vendrán filósofos
Que á las masas predicando,
Harán que en Francia se alcen
Innumerables cadalsos.

Para demostrar al mundo
Que es al hombre necesario
Dejar de ser noble y bueno
Para dejar de ser malo.

Y la libertad envuelta
En el terror, vá cambiando
El despotismo de arriba
En despotismo de abajo.

Mira esas escenas lúgubres;
Mira esos sangrientos cuadros...
Estremécete y no evoques
Las sombras de lo pasado.

Mas si impaciente apeteces
Ir las modernas mirando,
Oye esas voces que pasan
Ensurdeciendo el espacio.

Son ecos de los espíritus
Angélicos ó satánicos
Que en torno giran del mundo
De los buenos y los malos.

Es la voz de los partidos
Que eternamente luchando
Ya se acercan ó se apartan
Del bien que apetece tanto.

Son los acentos del pueblo,
Que su malestar notando,
Busca imaginarias dichas
En un cielo imaginario.

Son las palabras que vierten
Ingénuos ó torpes labios;
Las locas aspiraciones;
Las dudas que van brotando.

Fija tu atención en todo
Si puedes; cierra tus párpados
Y en los confusos rumores
Ve el alma depositando.

UNA VOZ.

Yo soy la fuente de eternal consuelo:
La augusta religion hija del cielo.

OTRA.

Yo oculto la perfidia y la falsía:
Soy la negra, la infamé hipocresía.

OTRA.

Paso, paso á la verdad
Que ilumina las conciencias!
¡Abajo la iniquidad!
Paso al saber, á las ciencias,
La virtud y la piedad.

OTRA.

Yo del placer voy en pos;
Yo solo gozar deseo;
No hay virtudes, yo no creo
En la existencia de Dios.

OTRA.

Cierra ya tu boca impía;
Blasfemo, calla y advierte
Que puede llamar la muerte
A las puertas de tu orgía.

OTRA.

¿Qué importa? contentos
Dejadnos reír;
Dejad que la vida
Goceamos aquí.
El tiempo se pasa
En curso veloz,
Notad lo que dice;
Oigamos su voz.

OTRA.

Con una mano voy erigiendo
Nuevos imperios, nuevas naciones;
Mientras con otra voy destruyendo
Generaciones.
Yo soy el tiempo, nadie me evite:
A mis designios nadie se oponga,
Nadie levante lo que yo quite.
Nadie destruya lo que yo ponga.

OTRA.

Yo soy la revolucion
Que en su ardiente imprevision
Quiere al tiempo hacer correr.

OTRA.

Yo soy la ciega reaccion
Que le quiere detener.

OTRA.

Yo soy la veraz historia.

OTRA.

Y yo la parcialidad.

OTRA.

Yo el éxito que dá gloria
Ó desden y oscuridad.

OTRA.

Si en rápidos y críticos
Momentos, nos hallamos,
Filósofos! políticos!
Venid y discutamos.

El gran problema eterno
Es fuerza resolver.

¿Qué forma de gobierno
Debemos escoger?

Hablad! hablad!
Que los pueblos oyéndoos están.

OTRA.

Para hacer que las masas
Vivan felices
Es preciso ilustrarlas
Y hacerlas libres.

OTRA.

Miente ese sábio:
Las masas necesitan
Grillos y látigos.

OTRA.

Pueblo vil que entre cadenas
De tal modo desfalleces;
Calla y sufre; tú mereces
Tu servidumbre y tus penas.

OTRA.

Pueblo que ciego te lanzas
Al estrago y esterminio;
Cesa ya en tu predominio;
No ejercites tus venganzas.

MUCHAS VOCES.

Nosotros sufrimos:
Nosotros borramos;
Nosotros las glorias
Del rico envidiamos.

En bellas carrozas
Los vemos pasar;
Sus grandes palacios
Envidia nos dan.

Mirad cual preparan
Soberbio festin,
Feliz el que es rico
¡Mil veces feliz!

OTRA VOZ.

Y mientras tanto, sombrío,
Algun rico que es irrita
Tiene el corazon vacío,
Y en vano, con fiero hastio,
Al festin se precipita.

En vano triste se lanza
Al torbellino viviente,
Do nunca el placer alcanza,
Por encontrar la esperanza
Que ya no irradia en su frente.

En vano tanta hermosura,
Tanto poético encanto,
Tanta gala y donosura,
Tanto lujo, primor tanto,
Allí á su vista fulgura.

Porque á su vista cansada
Nada nuevo se presenta:
Porque el bullicio le enfada,
Y la luz le descontenta
Y hasta el reir le anonada.

Y esas que parece son
Delicias que amor provoca,
Voluptuosa ilusion,
Y frases del corazon
Que se escapan de una boca;

Esas ¡ay! son para él,
Que las oye con desvío,
Delicias llenas de hiel,
Y preliminar sombrio
De un desengaño cruel.

Luego, tal vez, con sin igual despecho,
Irà lejos, muy lejos del festin,
Para arrojarse en el multido lecho
Do hallar quisiera á su existencia el fin.

Luego, tal vez, con ansias y agonía
Querrà en vano dormir y descansar.
Hasta que un rayo de la luz del día
Su frente mística llegue a iluminar.

O si cerrando los cansados ojos
Duerme un instante, con horror, soñando
Fantasma envuelta en mil harapos rojos,
Gigantesca ante él se irá elevando.

Y en formas vagas al principio, y luego
Positiva, palpable y evidente,
Sin atender á su incesante ruego,
Ni á la congoja que dormido siente,

Ni al copioso sudor en que se baña
Su rostro, ni á los débiles gemidos,
Que en su doliente pesadilla estraña,
Mal expresados, aunque bien sentidos,

Lanza el cuitado: la vision cruenta
Cada vez se le acerca mas y mas.
Cual si viniese á demandarle cuenta
Del llanto acerbo que hizo derramar.

Y allí, cabe su lecho malhadado,
Congrega la cruel aparicion,
De espectros un enjambre, que á su lado
Vaga inquieto en horrenda confusion.

La vírgen pura que engañó inclemente;
El esposo de adúltera mujer;
El hijo tierno, que pagó inocente
Un átomo de dicha y de placer,

Con horas ¡ay! de afan y de agonía,
De abandono, de luto y de orfandad;
El amigo que tanto le amó un día
Y á quien desdena porque pobre está;

El rival, que tal vez fué el ofendido,
Y en injusta agresion, ó torpe duelo,
Cayó á sus plantas con el pecho herido,
Vertiendo saugre que clamaba al cielo;

El infeliz, que de sus garras presa,
Fué aquel día en que un lazo le tendió;
Y víctima de un ágio, de una empresa,
Para siempre arruinado se encontró;

El famulo que tiembla ante su vista:
Un pueblo entero y desdichado, en fin,
Que, en su afan de mandar, mandó egoísta
A perecer en bárbaro motin;

Todos ya en derredor, círculo estrecho
Forman, murmuran con furor creciente,
Y en torno vagan de su triste lecho
Y de helado vapor cubren su frente.

Y dardos mil al corazon le lanzan;
Y danzan en redor ó tristes gimen,
Y mientras gimen, ó siniestros danzan,
Le atormentan, le agobian y le oprimen.

Y si acaso despierta en su impaciencia
Y se halla solo, y con afan suspira,
Entonces la verdad vé en su conciencia
Mas negra que entre sueños la mentira.

OTRA VOZ.

No calumniéis á los ricos,
Mirad que tambien los hay
Buenos, justos y benéficos
Que ejercen la caridad.

OTRA.

¿Y qué importa? ¡proletarios!
El comunismo os dará,
Con el reparto de bienes,
De comer sin trabajar.
La propiedad es un robo.
Matemos la propiedad.

OTRA.

¡Adelante! nada temas;
Vulgo, no vaciles mas.

OTRA.

Atrás, miserable vulgo;
No manches tu libertad.

MUCHAS VOCES.

¡Libertad! Es bella, hermosa;
Mas danos con ella pan.

OTRA VOZ.

Calle el vulgo, que no sabe
Lo que se dice jamás.
¿Con qué derecho quereis
Los bienes de otro usurpar?
¿Con el que tengan los otros
Que á su vez os robarán?

OTRA.

¡Vulgo infeliz! en vano á tus congojas
Quieres hallar el término prudente.
Con el sudor de tu atezada frente
El pan, que luego con tu llanto mojas,
Siempre habrás de ganar; sufre y trabaja
Y sella el labio y tu dolor comprime.
Si la esposa infeliz doliente gime,
Acállala; si grandes y prolijos
Son el llanto y los dolores de tus hijos,
Acállalos tambien; si tú padeces,
Sufre y calla; ¡silencio!... que tus áyes
No aumenten la mundana algarabía;
Oye de Dios la maldicion que un día
Sobre todos lanzó; trabaja, advierte
Que al romper del temor demente el yugo,
A la loca ambicion dando cabida,
Tu destino tal vez podrá ofrecerte
Un verdugo en la tarde de tu vida
Y un infierno en la noche de tu muerte.

OTRA VOZ.

¿Qué habláis de infierno y de verdugo cruento?
¿Por qué fortuna ciega,
Concede al rico lo que á mi me niega?
¿No tengo un alma? ¿Por ventura siento
En vano este latido
Del corazon, que estalla comprimido?
¡Dejad! ¡dejad que exhale
Mis quejas libremente;
Y ya que con sus dones la fortuna
No me brindó, dejad que impetuoso,
Y libre, y poderoso,
Me estienda á mi placer. Cual ancho rio
De lava derretida,
Que nada á contener bastante sea,
Me extenderé con impetu sombrío.
Quiero lanzarme á la feroz pelea;
Quiero audaz esclamar *el mundo es mio*,
Después que el mundo desquiciado vea.
Yo haré trizas la púrpura y el trono;
Yo de los ricos la dorada copa
De sangre colmaré; yo con encono,
Palacios demoliendo,

Repartiré el botín; pondré mis reales
Sobre un monton de escombros calcinados,
Y mi voz estendiendo,
Por valles y collados,
Gritaré á los mortales:
Cesó la esclavitud, somos iguales (1).»

OTRA VOZ.

¡Delirio! ¡insensatez! ¡atroz quimera!
Embriaguez horrorosa
Que á veces de los pueblos se apodera!
Pasad, huid, dejaos
De elevar por los crímenes pendones;
No empujéis hácia el caos,
Con locas convulsiones
Al que acaricia plácidos ensueños
Que acaso espera realizar un día;
No le digáis que su ilusion es vana,
No hagáis que sangre humana
La raza de Cain derrame impia.

OTRA VOZ.

¡Pueblos! ¡monarcas! ¡víctimas! ¡verdugos!
Buscad el triunfo en la sublime idea,
Emanada de Dios, y la ventura
De Dios al punto con vosotros sea.

Tened, tened presente
Que si la senda del terror se sigue,
Jamás la pobre humanidad doliente
Su perfeccion, su libertad consigue.

CORO DE DEMONIOS.

Aboguemos ese acento;
Que no sepa jamás
El hombre donde oculta
Su salvacion está.
Moved extraños ruidos
De voces y gemidos;
Silbidos y palmadas
Y horribles carcajadas.
Que vayan con violento
Impulso, por el viento
Rodando sin cesar.
Que calumniado sea
El que arrancar desea
A la discordia infame
Su influjo pertinaz.
Que sea envilecido
Do quiera y perseguido
El hombre que proclamo
Amor, orden y paz.

Haced que el hueco
Bronce, resuene;
Que monte y valle
La guerra atruene.
Luchemos, luchemos
Con ansia sin fin,
Do acabe una guerra
Que estalle un motin.

ADAM.

¡Oh! ¡basta! ¡por compasion!
¡Basta! espiritus del mal;
Vuestro estrépito infernal
Me lastima el corazon.
Viendo ese cuadro espantoso
No hagáis que sufra y me asombre.
Yo amo al hombre, yo amo al hombre.
Y quiero verle dichoso!

(1) Véase la cuarta de las notas que van al final.

Del alma se apodera
Un vértigo cruel,
Venid, prestadme aliento,
Espíritus del bien.

EL DIABLO.

El alba se aproxima;
Comienza á esclarecer.
Descansa!

(Adam se queda dormido)

Desdichado!
Tu vida emponzoñé.
Tan solo ya me resta
Mostrarte mi poder,
Haciendo que vislumbres
La dicha que pondré

Delante de tus ojos,
Allí donde tú estés,
Para amenguarla luego
Con bárbaro placer.
Irás por ese mundo
Y yo contigo iré.
Tendrás riqueza, honores
Que habrás de aborrecer.
Descansa! desdichado!
Mañana te daré
Violentas emociones
Que hallar quisiste ayer.
Descansa, yo entretanto
Mis planes fraguaré.

¡Legiones de demonios
A mi mansion volved!

.....

CANTO IV.

Habitacion húmeda y sombría en la planta baja de un edificio viejo y destartado (1).—Las gruesas paredes se hallan revestidas de anaques de pino atestados de lios de ropa, de prendas usadas y de objetos diversos, de escaso valor.—Una ventana que da á un patinillo oscuro y en el fondo la puerta que se comunica con el resto de la habitacion.—Una mesa junto á la pared y cerca de ella, en un rincón, una enorme caja de hierro con triples cerraduras.—No lejos de ella un escolillon con trampa de madera, súa como el entarimado que constituye el resto del pavimento.—Dicha trampa se halla levantada y sujeta por una pequeña argolla á una cuerda que se ata á un clavo.—La entrada de la escalera que da al profundo sótano situado debajo de la habitacion y del patio, está resguardada por una gruesa reja de enmohecidos barrotes.—El ruido de algun coche que pasa por la calle, ó de los muchachos que gritan y juegan en ella, llega sumamente amortiguado.—A juzgar por el silencio y la soledad del patio, la casa se encuentra deshabitada.

ESCENA PRIMERA.

EL CURA SOLO.

Aparece sentado en un viejo sillón de vaqueta; luego se quita sus antiparras verdes, arroja una peluca gris que tenía puesta, y dice examinando varios papeles manuscritos y llenos de números que hay sobre la mesa.

EL CURA.

Llegó el momento supremo
Y á medida que se acerca
Parece que mi cobarde
Corazon, torpe flaquea.
¡Qué oprobio! Tengo esos números
A la vista; ellos me muestran

Que soy rico, y ahora, necio,
Doy oído á la conciencia.
Cuándo un porvenir de dicha
Vislumbro en lejanas tierras.
Un puerto!... un buque!... los mares
Y un tesoro que en América
Derrocharé; todo eso
En aquel suelo me espera,
Si esta noche se realizan
Nuestros planes; ¡oh! ¡qué lentas
Caminan las horas! nunca
Sentí la atroz impaciencia
Que ahora me consume; tiende
¡Oh! noche! sobre la tierra
El negro manto; tu fuiste
Inspiradora soberbia
De los crímenes mas grandes,
De las mas altas empresas,
Y es preciso que las mias
Entre tus sombras envuelvas.

(Pausa)

¡Es raro! ¡como se cambian
El carácter, las ideas
Del hombre! yo que de todo
Me reía... ¡qué simpleza!
Es fuerza reír ¿quién puede
Impedírmelo...? yo era
Pobre; quise tener oro
Y hoy el alma se recrea
Al contemplar estos números.
Si no miente la aritmética,
Un millon en perspectiva
Tengo, y otro allí se encuentra,

(Señalando á la caja)

(1) No pierda de vista el lector que desde que la acción pasaba han transcurrido veintiocho años.

Soy rico; tan solo siento
Que ese bien tan tarde venga
¿Por qué el corazón es joven
Cuando la vejez se acerca?

(Pausa)

¡Oh! me siento mal; parece
Que se me vá la cabeza
Y que la sangre circula
No sé cómo por mis venas.
¿Iré a naufragar estando
A dos pasos de la tierra?

(Se levanta)

Tengamos valor; veamos
Mis tesoros; me deleita
Contemplarlos; dos millones
De reales... ¡cuánta riqueza!
Veamos... (acercándose al arca)

Aquí las llaves

Están; si alguno viniera...
Pero, no; me encuentro solo
Y no es fácil que me vean.

(Abre el arca.)

Todo se halla lo mismo
Que ayer; ninguno sospecha
Que en el fondo de esta caja
Tanto dinero se encuentra
Escondido; solamente
Matias caer pudiera
En la tentación; él sabe
Que hay aquí muchas monedas;
Pero ignora el mecanismo
Del arca; fué grande idea
La mía, y estoy seguro
De que el que abriría pretenda,
Como herido por el rayo
Caerá desplomado en tierra
Con una bala en el cuerpo
Y otras dos en la cabeza
¡Oh! cuanto vale el dinero!
Cuanto vale... y cuanto cuesta!

(Se pasea sumamente agitado y dice:)

Por el oro que allí guardo
He sumido en la miseria
A mil familias honradas
Que al inmenso abismo ruedan
De mi usura; por el oro,
Perdí el honor, la vergüenza,
Y en el lodazal del crimen
Encenagué mi cabeza
Tonsurada; por el oro....
¡Maldito mil veces sea
El que sus malas pasiones,
Nunca prudente modera!
Mi misión era en el mundo
Hacer amar la pobreza;
Aconsejar á los hombres
Que humildes y buenos fueran
Y darles honrado ejemplo
De virtud y fortaleza.
Esa es la misión sagrada,
Noble, sacrosanta y bella
Que al sacerdote confían
Las doctrinas evangélicas.

(Se oyen aldabazos)

¿Quién será? tal vez Matias,
O algún infeliz que llega
En busca de algún recurso
Con que aliviar su miseria.
Disfracémonos.

(Se pone las antiparras y la peluca. Sale y vuelve
al cabo de un momento seguido de Matias.)

ESCENA II.

El cura y Matias.

EL CURA.

¿Qué ocurre?

MATIAS.

En popa la nave vuela.
El golpe se dá esta noche
En casa de la condesa.
Salada vendra con Ursula
Al sitio que usted desea
Y el conde, que sigue enfermo,
Podrá pasarse sin ella
Como basta aquí. Nuestra gente
Coger el botín anhela,
Y cada cual en su puesto
Tan solo el instante espera
De obrar...

EL CURA.

Si, sí.

MATIAS.

Mas ¿qué es eso?

Usted está malo por fuerza;
La palidez de su rostro
Y su mirada, revelan
Malestar; ¿tiene usted frío,
Señor cura? por qué tiembla?

EL CURA.

Yo temblar? Calla, y no digas
Absurdos; siento impaciencia
Y eso es todo. (Tengo fiebre;
Pero dominarme es fuerza.)
Y Adam?

MATIAS.

Vendrá.

EL CURA.

¿Dónde estaba?

¿Qué hacia?

MATIAS.

Como si fuera
Un hombre de pró, elegantes
Trajes luce; lujo ostenta
Y reside en un precioso
Cuarto. Se vé la tristeza
En su rostro retratada
Muchas veces; mas la trunca
Otras, en loca alegría;
Y decidor, calavera,
Con otros jóvenes bulle
Y corre de Ceca en Meca.
Otras veces, en su cuarto
Con su maestro se encierra,
Y estudia con tanto ahínco
Que dicen que se hace un Séneca.

EL CURA.

¿Quién te dió tan minuciosos
Detalles?

MATÍAS.

Una parienta
Del criado mas querido
De Adam.

EL CURA.

Signe, me interesa
Tu relato. Según eso
Vive casi en la opulencia.

MATÍAS.

Atónito me ha dejado
El primor de su vivienda.

EL CURA.

¿Lo diste mi carta?

MATÍAS.

Y díjome,
Al acabar de leerla:
«Dí al cura, que aunque su nombre
Malos recuerdos despierta
En mi alma, iré á buscarle
Tan pronto como anochezca.»

EL CURA.

¡Pobre imbécil! no presume
Que al anochecer, su estrella
Vá á eclipsarse para siempre
Entre profundas tinieblas.

MATÍAS.

Yo no comprendo...

EL CURA.

Ya sabes
Que en el fondo de esa cueva...

MATÍAS.

El asunto es algo feo.
Si la justicia supiera...

EL CURA.

Tienes razon; es preciso
Que tarde ó nunca lo sepa.
Óyeme bien: ese hombre
Que há tanto tiempo se encuentra
En mi poder, no me hizo
Daño alguno; ni aun siquiera
Le he tratado; pero un dia
Con el baron de la Estrella
Quiso luchar, y al quererlo,
Llegó á firmar su sentencia
De muerte.

MATÍAS.

¿Por qué no hace
De esos papeles la entrega?

EL CURA.

Porque en ellos la fortuna
Vá de sus hijos envuelta.
Porque el baron ha usurpado
A su familia la hacienda,
Y el porvenir...

MATÍAS.

Pero estando
Preso, y debajo de tierra...
Esto es claro y evidente:
Ni se salva, ni se venga.

EL CURA.

Tales fueron las razones
Que en ocasiones diversas
Le espuse, mas no hizo caso.

MATÍAS.

Pues entonces, que perezca
En su mazmorra.

EL CURA.

Y no obstante
Me dá lástima y vergüenza
Este cobarde atentado,
Esta inaudita violencia.
Ese infeliz ha sufrido
Tanto y tanto, que, sin fuerzas,
Estenuado, abatido,
Mas que un hombre, se asemeja
A un espectro.

MATÍAS.

Y es el caso
Que si libertad le dieran...

EL CURA.

Nos denunciaría.

MATÍAS.

Justo.

EL CURA.

Se vengaría.

MATÍAS.

Por fuerza.

EL CURA.

Pues salvémonos nosotros.

MATÍAS.

¿Qué hará V.?

EL CURA.

Cuando Adam venga...
Ya le tengo preparado
Un narcótico; que duerma,
Y despues, le arrojaremos
En el fondo de la cueva,
Donde podrá, con su amigo,
Gozar de quietud eterna,
Mientras que tú y yo sacamos
Cuanto la casa contenga.

(Se oyen algunos gritos que parten desde el fondo del sótano.)

EL CURA.

¿Oíste?

MATÍAS.

El preso: parece
Que maldice y que se queja.

EL CURA.

Tendrá sed; bájale un cántaro
De agua; justo es que beba
La última vez.

(Matías saca el cántaro y se dirige hacia la reja del sótano en ademán de abrirla. Se oyen al mismo tiempo algunos golpes dados en la puerta de la calle.)

MATÍAS.

Esta es otra:
Llamando están á la puerta.
¿Abro?

EL CURA.

No, baja. Yo mismo
Veré quien es el que llega.

(Mallos enciende una luz y baja al sótano con el cántaro. El cura echa la trampa de madera, diciendo con voz sorda lo que sigue):

¡Oh! si es Adam, que el infierno
Mi último plan favorezca. *(Sale y vuelve.)*

ESCENA III.

El cura. — Una jóven. — Pupas.

(Pupas disfrazado atraviesa el pasillo rápidamente sin ser visto.)

EL CURA.

He dicho á usted, que no es hora;
Pero... en fin, saque esa prenda.
*(Por quitármela de encima
Procuraré complacerla.)*
¿Qué es lo que trae?

LA JÓVEN.

Un retrato...

EL CURA.

¿Ahora salimos con esa?

LA JÓVEN.

Es un medallon de oro
Y tiene un cerco de perlas.

EL CURA.

¿Cuánto quiere?

LA JÓVEN.

Me hace falta...
Media onza.

EL CURA.

¡Qué demencia!
¿Ocho duros...?—Veinte reales
Daré á V.

LA JÓVEN *(Llorando.)*

Señor... ¡ah! tenga
Compasion! Nada en el mundo
Ya, por desdicha, nos resta
Mas que este dulce recuerdo
De una madre noble y tierna
Que desde el cielo me mira,
Que venir aquí me ordena,
Tengo á mi padre cesante
Y enfermo; de la vivienda
Que ocupamos, nos arroja
Sin caridad ni conciencia
Un casero depravado
Que ha pretendido le venda
Mi corazón...!

EL CURA.

¿Y á qué viene
A mí con la historia esa?

LA JÓVEN *(Vacilando.)*

Porque... perdone, si acaso
Soy demasiado indiscreta.
Corre, señor, por el barrio
De boca en boca, una nueva
Que me infunde algún aliento
Al confesarle mis penas.
Dícese que usted...

EL CURA.

Acaba
De una vez, y no me tengas
Impaciente.

LA JÓVEN.

Se asegura
Que usted, señor, aunque presta
Sobre alhajas...

EL CURA.

Un oficio
Es como otro cualquiera.

LA JÓVEN.

Pero es mas grande y sublime,
Mas bendita, mas perfecta,
La mision del sacerdote
Que V., señor, desempeña.
(Movimiento del cura.)

LA JÓVEN. *(Continúa con exaltación.)*

Tenga piedad de nosotros;
Esa suma tan modesta
Servirá para librarme
Del dolor y la vergüenza.
Poco las mujeres ganan
En sus humildes tareas.
Tan poco, que ei mas asiduo
Trabajo, consigue apenas
Sacarnos de los horrores
De una espantosa miseria.
Mas por salvar á mi padre
Pasaré la noche en vela,
Y ¿quién sabe? acaso el cielo
De mi afán se compadezca.

EL CURA.

¡Está bien... toma! *(Dándole dinero.)*

LA JÓVEN.

El retrato...
(Ofreciéndoselo.)

EL CURA.

No, llévalo; si es la prenda
De tu madre... *(Con aspereza.)* ¡Basta... vete...!
(Con abatimiento.) ¡Madre...!

(Cae abismado y saltozando sobre una silla mientras la jóven llena de júbilo le besa una mano y dice al retirarse):

LA JÓVEN.

¡Que los cielos paguen
Todo el bien que me dispensa!
Bendito mil y mil veces
Quien á la virtud alienta!

ESCEÑA IV.

EL CURA.

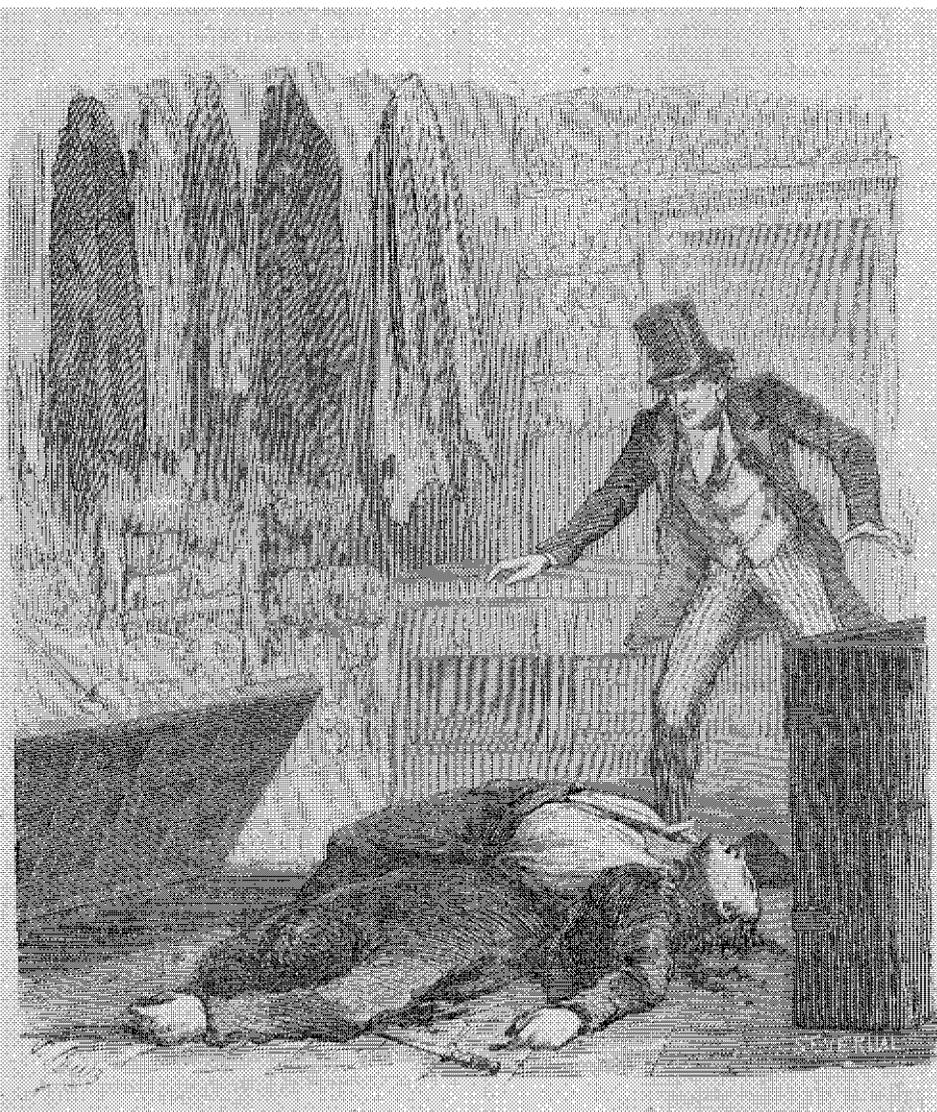
¡Desdichado! nunca dieste
Oídos á tu conciencia,
Y hoy un mundo se desploma
Sobre tu infame cabeza.
La voz de esa pobre jóven
Me conmovió; con tal pena

Pronunció el nombre de madre,
Que, acaso por vez primera,
El de la mia, mis labios
Balbucieron. ¡Qué vergüenza!

(Se oye ruido y fuertes golpes debajo de la trampa.)

Concluyamos; ya Matías
Parece que se impacienta.

(El cura levanta la trampa. Matías sube despavorido con un puñal en la mano.)



ESCEÑA V.

El cura.—Matías.

EL CURA.

¿Qué es eso?

MATÍAS.

(Echando la llave de la reja.)

Que ese maldito
Rompió la primera puerta
Del sótano; que he luchado
Con él, y que herido queda
O muerto; no sé...

EL CURA.

¡Otro crimen!
Ya voy perdiendo la cuenta.
Escucha.

MATÍAS.

Eescucho.

EL CURA.

La noche
Vino ya con sus tinieblas.
Vé á decir á nuestra gente
Que cumpla al pie de la letra
Mis instrucciones; tú, en tanto...
Ya sabes, á la condesa
Conducirás en un coche
Al sitio donde se encuentra
El extranjero; Salada
Vendrá de grado ó por fuerza
Con Ursula: dado el doble
Golpe, vuelve aquí; que sea
Nuestra fuga, si es posible,
Antes de que el alba venga.
Quiero dejar esta casa
Pronto, y á Madrid con ella.

MATÍAS.

¿Enciendo luz?

EL CURA.

Sí. (*Matias lo hace.*)

MATÍAS.

Hasta luego.
Dios nos la depare buena. (*Váse.*)

ESCENA VI.

EL CURA.

¡Estoy solo! ¡enteramente
Solo...! ¡Miento! Abajo queda
Un infeliz, cuya triste
Familia ha quedado huérfana.
¡Cuanto baldon! ¡cuanta infamia!
Aunque en el mar me metiera
No tiene el mar suficiente
Agua que lave mi afrenta.
¡Oh! la soledad me abruma.
Ni una voz!—En torno reina
El silencio de la muerte.— (*Sentándose.*)
La muerte...! Nunca su fiera
Imágen temí; tan solo
Ahora se me presenta
Sañuda, implacable, horrible
Queriendo en mí hacer su presa.
¡Oh! tengo frío y me ahogo
A la vez! Los mohobies ruedan
En redor; ignoto vértigo
De mi mente se apodera.
¡Basta! ¡dejadme! alejaos
Tristes visiones quiméricas
(*Se levanta y dice como fuera de sí:*)

¡Tengo oro! ¡mucho oro!
El libertino, el tronera;
El sacerdote menguado
A quien arroja la Iglesia
De su seno, tiene oro!
¿No lo veis? ¡Ah! me deleita
Contemplarlo! Dos millones
De reales! ¡Cuanta riqueza!
No en vano me di á la usura;
No en vano en aquella cueva

Donde Alarcon sepultado
Está, de falsa moneda
Puse un taller; tengo oro
Que es lo que priva en la tierra.
Ja! ja! (*Se interrumpe asustado.*)
Pareció que el eco

Con estúpida insolencia
La risa me devolvía.
Ja! ja! ja! No, no resuena
El eco, fueron pueriles
Temores... La casa esta,
Se halla sola, abandonada...
No hay nadie aquí que me vea.

(*Se acerca de nuevo al arca.*)

Voy á contar mi dinero;
A reparar mis monedas.
Mis papeles; es tan grata
Tan curiosa la tarea!

(*Abre el arca con mucha precaucion.*)

Dos millones...! ¡oh! bien caros
Los dos millones me cuestan:
Los he reunido vendiendo
El honor y la conciencia.
Pero con ellos se puede
Huir á lejanas tierras;
Robar á Salada y luego...
Tal ventura me enajena.
Es tan linda, tan graciosa,
Tan lúbrica y tan resuelta
Que solo al pensarlo gozo:
Ja! ja! (*Se interrumpe mas asustado.*)

Ó el eco resuena
En la sala, ó yo lo tengo
Hoy metido en la cabeza.—
Tengamos calma; cerremos
El arca.

(*Lo hace y se dirige luego hácia la entrada del sótano.*)

ESCENA VII.

El cura y Pupas.

PUPAS entra de puntillas, se acerca al cura, dá un
salto y le asesta una puñalada diciendo:

PUPAS.

¡Toma!

EL CURA.

Socorro! Dios mio!
¡Ah! me has muerto! confesion!

(*Cae.*)

PUPAS.

Te he dado á satisfaccion.
Ahora tu tesoro es mio.

(*Corre hácia el arca que procura abrir.*)

EL CURA.

Detente...! tu muerte labras.
Ven... ampárame...!

PUPAS.

Soy diestro.
Doy lecciones al maestro.
Ya ves.

EL CURA. (*Incorporándose.*)

No abras... no abras!
Desdichado...! Mi dolor

Contempla y mi desventura;
 Restaña mi sangre; cura
 Esta herida...

PUPAS.

Al fin...

(Al levantar la tapa de hierro del arca se oyen tres detonaciones simultáneas. Pupas cae muerto instantáneamente.)

EL CURA.

Qué horror!
 Solo otra vez...! Moribundo
 Sin que nadie me socorra...!
 (Cae de rodillas.)

Señor...! mis delitos borra
 Hoy que me apartas del mundo.
 Perdón...! mil veces perdón...!
 (Con voz desfallecida.)

Socorro...! si alguien me oyera...!
 ;Oh! qué idea...! Si aun viviera
 Ese infeliz...

(Se arrastra trabajosamente hacia la entrada del sótano y grita haciendo un poderoso esfuerzo):

Alarcon!

Alarcon...!

VOZ DENTRO.

¿Quién me llama?
 ;Quién es?

EL CURA.

(Con alegría.) Vive! Aun existe!
 Espera! (Pugnando por abrir la reja).
 No puedo... ay triste!
 Una tumba me reclama.
 Piedad...! socorro...! (Cae desmayado.)

ESCENA VIII.

Dichos.—Adam y luego D. Juan de Alarcon.

ADAM.

¿Qué miro?
 Llego tarde! Desgraciados!
 Solos y desamparados
 Dieron el postrar suspiro.
 (Acercándose.)

Muertos...! de horrible furor
 Les llenó su vil codicia.
 Y ambos se han hecho justicia
 Con despiadado rigor.
 Mudos, rígidos y yertos,
 Su encono fatal no ocultan;
 Oh! parece que se insultan
 Los dos, hallándose muertos.
 Huyamos ya...

(Se oyen golpes y algunos ahogados gritos que parten del sótano.)

¿Qué escuché?

EL CURA.

¡Adam!

(Con voz desfallecida.)

ADAM.

No es ilusión:
 Ese acento... (Al cura que se incorpora.)

EL CURA.

(Señalando al sótano.) Es de... Alarcon.

ADAM.

(Corriendo al encuentro de D. Juan y abriendo la reja.)

¡Gracias! al fin le encontré!

ALARCON.

¡Adam!

(Reconociéndole y arrojándose en sus brazos.)

ADAM.

Tu familia espera.
 ;Cuánto tu esposa ha sufrido!
 ;Mas qué es esto? ¿estás herido?

ALARCON.

Es una herida ligera.
 ;Oh! ¿qué veo?

(Fijándose en el cura y en el cadáver de Pupas.)

EL CURA.

No os vayais;
 Tened compasión de mí...!
 Poco vais á estar aquí.
 Por mucho que estar querais.
 Lleno de coagaja y duelo
 Siento que el alma se ausenta...
 ¡Piedad! ¡perdon...! me amedrenta
 La luz que baja del cielo.

(Fijándose en un rayo de luna que ilumina las paredes del patio.)

¿No la veis? triste y dudosa
 Un último adios me dá;
 Mañana reflejará
 De mi sepulcro en la losa.
 En ella estará grabado
 Con negras letras un nombre:
 Es el mio...! es el de un hombre
 Sacrilego y desalmado.
 ¡Oh! perdon...! perdon! en pos
 De mí vá el remordimiento;
 Siento morir porque siento
 Verme en presencia de Dios.
 Tengo un alma y... yo no sé
 Lo que me digo, ¡ay de mí!
 Solo sé en mi frenesí
 Que acabo como empecé.
 ¿Ois?

(Se oyen á lo lejos campanadas que anuncian un incendio.—El cura hace un esfuerzo último queriendo continuar):

ALARCON.

Apenas respira...

EL CURA.

¡Perdon! perdon... yo os lo ruego;
 Cofre... Adam... salva del fuego
 A la... condesa... de Al... cura.

(Cae muerto. Adam vá á salir, Alarcon fija sus ojos en el oro que hay en el arca, vacila un instante pensando en sus hijos, y luego como avergonzado cierra el arca con brusco movimiento. Ambos salen precipitadamente.)

CANTO V.

Julia, entretanto, en su mansion reposa.
 Vedla: enferma de amor, tras largos dias
 De insomnio y de dolor, tal vez, gozosa,
 Forja en sueños un mundo de alegrias.
 Dormida está; su alma presurosa
 Vaga en celestes, anchurosas vias,
 Do va á buscar, sin que su vuelo atajen,
 Del bien querido la perfecta imagen.

Como en país del Norte, en apacible
 Calma, se vé do quiera retuciendo
 La blanca nieve, sábana inmovible,
 Suavemente la tierra comprimiendo,
 Y en las átas del céfiro invisible,
 Los genios de la noche van corriendo,
 A la pálida luz del frío astro,
 Montes de plata, en campos de alabastro,

Así sobre su seno adormecido,
 Cual de apretada nieve trasparente,
 Donde el Amor, de amor enardecido,
 Inclina osado su abrasada frente,
 Un tesoro riquísimo escondido
 Hay en dos globos de cristal luciente,
 Veitados por finísima batista
 Que casi logra traspasar la vista.

Y en su blanda postura incitadora,
 Sobre negros magníficos cabellos,
 Descansan su garganta seductora,
 Sus hombros de marfil, sus brazos bellos.
 Y en su faz hechicera, que colora
 Sonrosado arrebol, á los destellos
 De la pálida luna que la alumbrá
 Un mundo de hermosura se vislumbra.

(Destellos dije, y en verdad que en esto
 El fiero consonante me atropella,
 El crítico dirá, torciendo el gesto,
 Que la luna refleja y no destella.
 Dice el crítico bien y está muy puesto
 En razon; mas respondo á su querella
 Que estoy hablando en verso, y que esta es cosa
 Un poco mas difícil que la prosa.)

Digo, pues, que dormida la de Alcira
 Soñando está en el bien de sus amores;
 Que la imagen de Adam, por quien delira,
 Vé entre nubes de mágicos colores.
 Mas ¡ah! que al cabo con horror le mira
 Moribundo en un lecho de dolores,
 Y trocado el placer en sufrimiento,
 Despierta, y dice con turbado acento:

—« ¡Pobre de mí! soñaba; todo ha sido
 Efecto de una loca pesadilla.
 Adam vive, no hay duda; no está herido;
 Joya es de la corte de Castilla.
 Yo en tanto, aquí su providencia he sido;
 Por fin mi oro entre sus manos brilla,
 Y él no lo sabe, y él también ignora
 Que el alma ardiente con afán le adora.»

«No sabe que aunque huyo su presencia,
 Su rostro impreso en mi memoria guardo;
 Que si pienso apelar á eterna ausencia
 Voy á morir al arrancarme el dardo
 Que hundi en mi corazón; fatal sentencia
 Me impuse por mi mal; cuanto mas tardo
 En cumplirla, mas grande es mi tormento;
 Mas terrible este mal que experimento.»

Dijo y calló; despues en su memoria
 Fué evocando recuerdos del pasado;
 Pensó en su rara y peregrina historia;
 Pensó en su viejo esposo asesinado.
 Vió su cuna cercada de ilusoria
 Dicha, pues nunca con la dicha ha dado;
 Pensó en su madre, sin saber quién era
 Esa madre infeliz que Dios le diera.

Y otra vez fatigada, dolorida,
 Volvió á entornar sus párpados la hermosa;
 Y poco á poco se quedó dormida
 En su desierta estancia silenciosa.
 Bañan su seno, dó el amor anida,
 Los rayos de la luna misteriosa;
 Augusta y triste soledad la envuelve
 Y de este modo á sus delirios vuelve.

..

Por unas verdes praderas
 Lleva su caudal de plata
 Un rio que se dilata
 Entre frondosas riberas.
 Pintadas aves parieras
 Sus trinos al aire dan;
 Olorosas flores van
 Ya sus corolas plegando,
 Mientras que Julia buscando
 Está las huellas de Adam.

Muestra el sol en lontananza
 Sus moribundos reflejos,
 Y el crepúsculo á lo lejos
 Se estiende, se acerca, avanza.

Y Julia á entóver alcanza,
Llena de amoroso afán,
Sobre fogoso alazán
Que entre la selva se mete
Un elegante ginete...
Y ese ginete es su Adam.

Con cuánto placer le espera!
Con cuánta dicha le vé,
Luego echar á tierra el pié
Al llegar á la pradera!
Con su sonrisa hechicera
Sus labios premio darán
Al impaciente galán:
Mas él anhela otros lazos
Y es recibida en los brazos
De su enamorado Adam.

—«Huyamos, la dice al fin,
Huyamos de aquí, bien mio;
Quiero llevarte, lo ansío;
De un confin á otro confin.
Deja ese mundo ruin
En que tus penas están;
Ellas al fin cesarán,
Con el mal que te preocupa,
Si Adam te lleva á la grupa.
De su soberbio alazán.»

Y al cabo de un breve instante
Vuela el caballo ligero
Con la dama y caballero,
Ella detrás y él delante.
Y corre, y corre incesante
El caballo: y así van
Con vertiginoso afán,
Abrazados, confundidos,
Por mundos desconocidos,
Errantes Julia y Adam.

Y la noche vá cerrando;
Y entre la sombra se anegan
Los dos en su amor pensando;
Y van los campos cruzando
Y nunca al término llegan.

No hay una luz en el cielo
Que cubre cárdeno veío:
Los vientos-luchan, porfían,
Y poco á poco varían
Los accidentes del suelo.

Por entre espesos jarales
Vuela el corcel mas y mas;
Zanjas, hoyos, peñascales,
Agrías cuestras y arenales
Van siempre dejando atrás.

Y ante su vista se ofrece
Un mar inmenso que crece
Con impetu asolador;
Y á un lado un bosque aparece
Que infunde al alma pavor.

Ellos van al bosque huyendo
Las iras del mar temiendo;
Mas las olas van llegando
Siempre bramando, bramando
Con aterrador estruendo.

Y el caballo al fin suspende,
Rendido, el paso violento;
Y un rayo veioz descende
Desde el alto firmamento
Que fuego en el monte prende.

Y se oyen voces, gemidos;
Campanas que clamorean,
Sordos ecos y estampidos;
Y los troncos encendidos
Saltan y chisporrotean.

Y al son del mar que se agita,
Al compás del rudo viento,
Oye una voz que le grita:
«Tú has violado un juramento;
Tu pasión será maldita.»

Luego el trueno retumbó;
Julia cayendo de hinojos
Azorada despertó...
Y al abrir sus tristes ojos
Muda de espanto quedó.

Pues pidiendo á Dios piedad,
En su amarga soledad,
Vé con indecible pena
Que su sueño se encadena
Con la horrible realidad.

..

Ni mares mugidores, ni vientos desatados
Ni bosques incendiados, contempla en su dolor;
Y sin embargo, es cierta la horrible pesadilla:
Un mar de fuego brilla siniestro en derredor.

Los muebles ostentosos, las bellas colgaduras;
Los techos, las molduras, el lecho ardiendo están;
Parece que se escapan del rico pavimento
Con impetu violento las llamas de un voican.

En las lejanas torres á fuego están tocando;
Y ¡fuego! van gritando las gentes por do quier;
Ya el garfio de una escala á un muro se sujeta,
Ya se oye la piqueta que empieza á demoler.

De la aspirante bomba se escucha el movimiento;
El horrído elemento su furia vá á calmar;
Mas luego, hallando al paso un nuevo combustible,
Mas fiero, mas terrible, se vuelve á levantar.

..

Adios dichas, esperanzas!
Adios, juventud florida!
Nadie á salvarla se acerca
De tan inmensa desdicha.

El suntuoso palacio
Lleno está de compasivas
Almas, que al fuego combaten
Y el peligro desafían.

Todos con ardor trabajan,
Todos afuera se agitan;
Y sin embargo, hasta ella
Nadie, nadie se aproxima.

¡Oh! qué horror! esclama al cabo
Con voz triste y dolorida;
Voy á morir, que los cielos
Me amparen en mi agonía.»

Y uniendo sus manos bellas
Cae al suelo de rodillas
Con el pecho palpitante,
Falta de aliento y de vida.

Y viendo que ya no hay
Salvacion, tiembla, vacila,
Y el nombre de Adam pronuncia,
Porque el alma se lo dicta.

El fuego envolverla quiere;
La muerte pide una victima ..
¡Piedad! ¡socorro! ¡socorro!
Al fin con espanto grita.

Y al mismo tiempo en su cámara,
Entre las llamas rejizas
Un arrogante mancebo
Con ardor se precipita.



¡Adam! ¡Adam! ¡Julia! ¡Julia!
Esclaman los dos; inclina
Ella la frente y sus labios
El jóven en ella fija.

Y brioso la levanta,
Y luego tiende la vista
Procurando á todo trance
Encontrar franca salida.

Un instante mas, y el fuego
Los envolverá en cenizas.
Por aquel lado el palacio
Convertido está en ruinas.

Adam arranca del lecho
La colgadura magnífica
Y envuelve á la dulce prenda
Que entre sus brazos palpita.

—No temas, mi bien, no temas,
Ten valor ; tú eres mi vida ;—
Le dice ; para salvarte
Los cielos aquí me envían.»

Y rápido como el viento
Que arrastra ligera arista,
Con la condesa en los brazos
Que no siente ni respira,

Osado, audaz, imponente
Deja la estancia riquísima
Que mas tarde se desploma
Cayendo sobre sí misma.

Y la inmensa hoguera salva
Como sombra fugitiva
Que entre nocturnas tinieblas
Se vá perdiendo de vista.

CANTO VI.

Nunca tanto como ahora,
Conoci, lector del alma,
La pobreza de mi estilo ;
Lo rudo de mis palabras.

Nunca, como ahora, nunca
Lamenté, con pena tanta,
El no beber con provecho
En las fuentes de Castalia.

Tuviera un laud de oro
Que del Pindo me enviaran,
Para que oyérais con gusto
Dulces rimas castellanas.

Tuviera, cual otros vates,
Que honra dieron à mi patria,
Pensamientos atrevidos
Y expresiones que arrebatan.

Raudales de esa poesía
Que seduce y embriaga
Y que se espresa en canciones
Que en la memoria se graban.

Mas ya que me falta ingenio,
Aunque asunto no me falta,
Suplid vosotros, amantes,
Lo que mi nùmen no alcanza.

Venturas hay que sentidas
Son mayores que esplicadas,
Y es el lenguaje impotente
Cuando el espíritu habla.

Solo aquel que un imposible
Amó, y halló la esperanza ;
Una esperanza divina
Que apenas imaginára,

Puede comprender ahora
Lo que Adam siente en su alma
Al ver que se encuentra solo
Con su Julia idolatrada.

No hay nadie que los separe,
Nadie que à estorbarles vaya ;
Y sin embargo, el mancebo
Mas tarde suspira y calla.

De su pecho los latidos
Modera ; su frente baja,
Y de sus ojos acaso
Brotó despues una lágrima.

Que la condesa está enferma
Y en sus delirios le llama,
O dando muestras de enojo,
De su lado le rechaza.

Y él tiembla porque ella sufre ;
Goza solo con mirarla
Y anhela llegue la hora,
Del bien supremo que aguarda.

Todo al cabo en el mundo
 Dicen que pasa;
 Y al fin convaleciente
 Julia se halla.
 Y él que la mira
 En salvo, de este modo
 Su amor la esplica:

—«Condesa, yo te adoro
 Como al rocío
 Las flores; como al campo
 Los pajarillos.
 Tú eres mi cielo;
 El sol de mi esperanza;
 Mi amor primero.»—

Cruzó por la memoria
 De la de Alcira,
 Un recuerdo que acaso
 La mortifica.
 Pero su amante
 De este modo prosigue
 Con voz mas grave:

—Si piensas que te adula
 Torpe mi labio,
 Yo te juro, condesa,
 Que no te engaño.
 Oye mi acento
 Y verás cómo fuiste
 Mi amor primero.

Ese amor en mi alma
 Brotó al instante
 Que tuve la fortuna
 De contemplarte.
 Perdona al loco
 Crimínal, que en tu cielo
 Puso los ojos.

Desde entonces con ansia
 Busqué la senda
 Que á los fines mas nobles
 Me condujera.
 Y es, vida mia,
 Que el amor que te tengo
 Me redimía.

Al ver que te amagaban
 Fieros peligros,
 Pensando en tí, en mi cuarto
 Viví cautivo.
 Y era dichoso
 Bendiciendo tu nombre,
 Tu nombre hermoso.

Por tí, al hendir mi pecho
 Puñal aleve,
 Me pareció que era
 Grata la muerte.
 Por tí mi herida
 Se cerró, y parecióme
 Grata la vida.

Es mi amor tan inmenso,
 Que en todas partes,
 Aunque cierre mis ojos,
 Miro tu imágen.
 Tu imágen bella
 Mas hermosa que el cielo
 Lleno de estrellas.

Condesa, yo te adoro,
 Yo te idolatro;
 Ante tí se presenta

Tímido esclavo.
 No me rechaces,
 Y el amor que te pido
 Propicia dame.

Si carezco de honores
 Y de riquezas,
 Y de timbres y títulos
 Que me enaltezcan,
 En cambio pongo
 A tus pies, de ternura
 Ricos tesoros.

Si tu amor no me niegas,
 Tal vez un día
 Porvenir venturoso
 Tu Adam consiga.
 Nunca me olvidés,
 Y verás como venzo
 Los imposibles.

..

Calló el jóven: la condesa
 Una mano le tendió
 Y él, impaciente, anhelante,
 Lleno de creciente ardor,
 Diz que un ósculo de fuego
 Sobre esa mano estampó,
 Mientras que la dama, tímida,
 Sofoca del corazón
 Los presurosos latidos
 Progeneros de su amor.

¡Pobre condesa! tres veces
 De la muerte la salvó
 El hombre que allí á sus plantas
 Le muestra tanta pasión.
 El la adora, ella le ama
 Como nunca á nadie amó;
 Ambos son jóvenes, bellos;
 Ambos desgraciados son,
 Pues de miserables cunas
 Tal vez preceden los dos.
 De la sociedad los lazos
 Ella impaciente rompió
 Porque no miren su frente
 Llena de angustia y rubor
 Cuando sepan que su nombre
 A otros perteneció.

Este cúmulo de ideas
 Pasa en confuso turbion
 Por su mente al propio tiempo
 Que Adam su mano besó.
 Luego, cerrando sus ojos,
 Y temblando de emoción,
 En los brazos del mancebo
 Aprisionada se vió;
 Mas despues arroja un grito
 Que revela su aflicción;
 Cruza doliente sus manos,
 Y con desmayada voz
 Al idolatrado dueño
 Le demanda compasión.

—¡Oh! si me amas, le dice,
 No me llenes de dolor.
 Yo te quiero, te idolatro;
 Pero mi labio juró
 No ser tuya ni de nadie,
 Pues voy á serlo de Dios.

Mas tarde, Adam de los labios
 De la condesa escuchó

Una larga y peregrina
Y curiosa relacion.
Contóle llena de duelo
Lo que en su niñez pasó;
Su casamiento, sus penas,
Su viudez, la vil traicion
De que su esposo fué victima,
De que Lucas la salvó
Tambien á ella; la historia
Que Don Genaro al baron
De la Estrella, cierta noche
En el jardin refirió.
La lucha que ella sostuvo
Consigo misma; su amor;
Lo que al verle moribundo
Durante un mes padeció,
Y el juramento que hizo
Por lograr su salvacion.

—¿Y eso es todo? dijo Adam:
¡Oh! ¡Julia! no sigas, no;
Ese juramento impio
No pudo aceptarlo Dios.
Llevar así á los altares
Nuestra desesperacion;
Ir á buscar en el claustro
Un abismo de dolor
Eterno, mudo y sombrío,
Es un insulto feroz
Que el hombre, invocando al cielo,
Nécio á los cielos lanzó.
No, Julia, bien de mi vida;
No sigas en ese error;
Ten piedad de mí, que busco
En tu amor mi salvacion.

Un instante de silencio
Nuestro mancebo guardó;
Mas viendo que Julia sigue
Sumergida en su dolor
Haciendo un penoso esfuerzo
De este modo continuó:

—Soy pobre, Julia, soy pobre;
Al oír tu narracion
Comprendo que á tí he debido
Todo cuanto tengo hoy.
No hace mucho que un anciano
Desconocido, llegó
Hasta mí; mostróme afecto:
Quiso ser mi protector
Y luego con mano pródiga,
Mucho oro me entregó.
¿Con qué objeto? tú querias
Al darme tu proteccion,
Permaneciendo invisible
Del hombre que te adoró,
Pagarme...—No, nunca! nunca!
¿Quién paga tanto favor?
Por mí la vida espusiste,
Y herido fuiste á traicion.
Es cierto, Adam, que he querido
Hacerte feliz...—Y hoy...
Hoy, Julia, tengo vergüenza
De mi misera abyeccion.
Hoy el parásito siente
Ante su dama rubor.
—Basta, Adam!—Y sin embargo,
Nunca en mi imaginacion
Cupo el infame egoismo
De encumbrarme con tu amor.
Es cierto que el lujo y pompa
En que te vi, deslumbró
Mis ojos, la vez primera
Que penetré en tu mansion.

Mas luego que fui avanzando
Por la senda del honor,
Al ver que tu imágen bella
Reinaba en mi corazon,
Mil veces, lleno de pena,
Esclamaba en mi dolor:
¡Naciera mas pobre Julia,
Naciera mas rico yo.
Y entonces tal vez la dicha
Consiguiéramos los dos!»
—Gracias, Adam...—Y por eso
Cuando Lucas me contó....
—Lucas; ¡Oh! ¿por qué ese nombre
Resuena en mi corazon?
Tú le conoces, no hay duda;
De su carta portador
Fuiste aquella noche... Dime,
Dime, sin vacilacion
Quién es Lucas, por qué oculto
Por mi existencia veló
Tantas veces...—Porque era
Aquel hombre sabedor
De tu historia; y al contármela
Mi corazon se ensanchó...
—Habla, di.—Lucas...—No temas
Que se aumente mi afliccion.
Yo sospecho que ese Lucas
Es mi padre. ¿Callas...? ¡oh!
¡Adam...! ¡Adam...! tu silencio
Me revela lo que soy.
Cuando ese padre no quiso
Mostrarme su condicion,
Algo habrá en ella que sea
De su pecho el torcedor.
¡Oh! dime, dime si vive;
Dímelo por compasion.

..

—Lucas para el mundo ¡ha muerto!
Dijo con solemne voz
Don Genaro, que en la estancia
De súbito penetró.
Y viendo á Adam que pintado
Tiene en su rostro el terror;
Y viendo á Julia, que cae
De hinojos, orando á Dios
Por aquel desventurado
A quien nunca conoció:
—Llorad, llorad, pobres jóvenes,
(Dice con grande emocion),
Llorad, que siempre las lágrimas
Mitigan nuestro dolor.
Yo tambien lágrimas vierto
Porque desgraciado soy.
Demos al alma un respiro
En la solemne ocasion
En que todos tres tenemos
Necesidad de valor,
De prudencia, de cristiana
Y santa resignacion.
Luego, cuando hayais vertido
Vuestro llanto bienhechor,
Oid, oid de mis labios
Una exacta relacion
De diferentes sucesos
Todos de negro color
Que completan una historia
Escrita en mi corazon.

Calló el viejo Don Genaro;
Y aquí, descansando yo,
Remito al canto siguiente
A mi piadoso lector.

CANTO VII.

—; Lúcas para el mundo ha muerto!
(Volvió á decir D. Genaro.)
No preguntéis de qué modo
Ni inquiráis dónde ni cuando.

Llorad y pedid al cielo
Que le dé eterno descanso.
Si cometió muchas faltas,
Tambien fué muy desgraciado.

Ahora pensad en vosotros;
La tempestad no ha cesado;
Aun amaga vuestras frentes
Oculto en la nube el rayo.

Julia... hija mia... (permite
Tanta franqueza, á un anciano
Que hoy siente con toda el alma
La tuya haber destrozado.)

¡Julia! ¡condesa de Alcira!
No bajas tus ojos, álzalos.
El que es bueno nunca debe
Purgar delitos estraños.»

«Tú eres buena: de virtudes
Fuiste modelo y dechado;
Y no obstante, muchas veces
Tu noble vida amagaron.

¿Quién es el fiero enemigo
Que estermínarte ha jurado?
Yo vigilé y aun no pude
Sondear misterio tanto.

Mas es tan grande mi empeño
Como grande ha sido el daño
Que en tí causé; y por mi vida
Que voy descubriendo algo.»

«Tu marido era extranjero...
Tu marido era italiano...
Era rico, y de su pátria
A España vino emigrado...»

Espérate; me parece
Que vamos atando cabos:
La madeja está en: edad...
Yo la iré desenredando.»

«Ese baron de la Estrella,
A quien tú de padre has dado
El nombre, cual yo de amigo
Se lo di en mis tiernos años,
Abandonando á su esposa,
Y á su hija abandonando,
En Italia estuvo, en Nápoles...
Sí, en Nápoles, no me engaño.

Allí conoció á tu esposo
Que á España vino escapado...
Julia, será una locura;
Mas de esta historia me espanto.»

«Escucha: si bien retengo
Todo cuanto me has contado,
Poco antes de casarte
A tu novio titularon.

Al extranjero le dieron
En nuestra pátria un condado;
El oro sin duda anduvo
Abundante; esto no es raro.

Mas es raro, por mi vida,
Que al mes de darte su mano,
Por unos compatriotas
Suyes, fuese envenenado.

El baron á ese convite,
Asistió; por un milagro
Se salvó; tambien tú eras,
Julia, de los convidados.

Pero una carta de Lúcas...
(Preciso me fué nombrarlo),
Te salvó de aquel peligro,
Al quedarte en tu palacio.

JULIA.

Es cierto; y al otro día...

DON GENARO.

El conde murió en tus brazos.—
El baron tambien estuvo
A la muerte; se escaparon
Los extranjeros, y nadie
De ellos pudo hallar el rastro.

JULIA.

Así sucedió.

DON GENARO.

Tenemos
Un crimen premeditado
De que el conde fué la víctima;
Pero al levantarse el brazo
Asesino, al prepararse
El tósigo, se buscaron
Tres víctimas; no mediaba
El robo; no hubo atentado
Contra los bienes de nadie;

Se intentó el asesinato
De una familia; esto arguye
Un ódio reconcentrado
Y sin límites; arguye
Venganzas, si no me engaño.

ADAM.

¡Oh! me interesa esa historia
Lúgubre; ¿quién el malvado
Fué, que así en un ángel puro
Quiso descargar su mano
Infame?

DON GENARO.

Esperad; el hilo
De los sucesos sigamos.—
Mas tarde, según me tiene
La condesa relatado,
Otro aviso misterioso
Logró llegar á sus manos.
Eran la letra y la firma
De antes; Lucas, velando
Por Julia, la daba el grito
De alerta.—«Tenga cuidado
V. E., porque se trata
De saquear su palacio»
¿No estaba el segundo aviso
De ese modo redactado?

JULIA.

Sí.

DON GENARO.

¿Y qué hiciste?

JULIA.

Por el pronto
Temblé; luego, confiando
En mi servidumbre, puse
Mi salvación en sus manos.

DON GENARO.

Y sin embargo, vendida
Fuiste por un vil criado.
Tu casa se vió asaltada,
Y tu pecho amenazando
Los bandidos...

JULIA.

Pero entonces
Los ciclos me depararon
A Adam, que supo salvarme...
La paz al alma robando.

ADAM.

¡Julia! ¿Lloras? ¡Ah! me matas
Con tus lágrimas.

DON GENARO.

Calmaos

Y escuchad.

JULIA.

Sí, sí...

DON GENARO.

Mas tarde,
Obedeciendo al mandato
Del baron, Julia á su primo
Trató de darle su mano;
Pero el conde de la Banda
Y Julia, nunca se amaron.
¿No es cierto?

ADAM.

Yo tuve celos
Del conde, y esterminario
Juré.

DON GENARO.

Cuando las pasiones
Dictan votos temerarios
Y juramentos inicuos,
Lo mejor es olvidarlos.

ADAM.

¿Oyes, Julia? Esas palabras
Hoy tu voto condenaron.
¿No me respondes?

DON GENARO.

El tiempo
Vuela; seguidme prestando
Grande atención, hijos míos.
De esta atención pende acaso
Todo el porvenir. Por eso
Vuestro silencio reclamo.—
Decía que haciendo Julia
Un esfuerzo sobrehumano,
De sus salones las puertas
Abrió al fin; rico sarao
Congregó á las empuencias
De ese mundo cortesano
Tan alegre y bullicioso
Como seductor y vario.
Todos allí ponderaban
De Julia el gusto y el fausto.
Yo tambien, es lo confieso:
Por el pronto quedé estático
Al penetrar por las puertas
Del bellissimo palacio
Donde en día se trocaba
La noche.

ADAM.

Tambien turbado
Me senti, tanta grandeza
Por primera vez mirando.

DON GENARO.

Siento renovar la herida
Que en el pecho delicado
De Julia, sin saber cómo,
Abri entonces. Una mano
Misteriosa, los sucesos
Complicaba, y nuestros pasos
Dirigia.—Yo, tranquilo
En mi albergue, rodeado
De mis hijos y los hijos
De estos, los últimos años
De mi existencia veía
Deslizarse en curso rápido
Como el rio que se encuentra
Cerca ya del Océano.—
Era una noche: mis hijos
Me rodeaban: mi ánimo
Se hallaba un poco impaciente,
Cuando, leyendo un diario,
Supimos que Julia daba
Un gran baile; no era extraño
El suceso; pero el nombre
De Julia, sin que exitarlo
Pudiera, trajo á mi mente
La historia de lo pasado.
Pensé en el baron y luego...
Aun recuerdo con amargo
Dolor, el terrible instante
En que mis hijos, llorando,
Leyeron la carta, escrita
Por Alarcon, que Adam trajo.
Salvar, pues, era preciso
A D. Juan, y sin embargo,
¿Cuánto he sufrido sabiendo
Que hice á Julia tanto daño!

ADAM.

Prosiga V.—Tengo el alma
Suspendida de sus labios.

DON GENARO.

Si os hablo de aquel suceso
Por vosotros no ignorado,
Es porque con él se hallan
Otros cien eslabonados.
Oid: cuando Julia un grito
De asombro y de pena dando,
Cayó desmayada; uno
De los muchos convidados
Que á la sazón á aquel sitio
Cuidadosos se acercaron,
Con varonil entereza
Y ligero como el rayo,
Se precipitó en su busca;
La levantó entre sus brazos
Y vino á depositarla
En uno de aquellos bancos,
Diciendo: ¡vive!; respiral
¡Miradla!—Que en tales casos
Un cumplido caballero
Obre así, yo no lo extraño.
Mas ¿por qué, por qué, no obstante,
Quedó su acento grabado
De tal modo en mi memoria
Que nunca pude borrarlo?

JULIA.

¡Oh! prosiga V.

DON GENARO.

Mas tarde,
Cuando salí del palacio.
Es decir, cuando ya todos
Se alejaban del sarao,
Volví á escuchar ese acento
Y presté atención.—«Si he dado
Al general, vuestro amigo,
Que presumo que es bizarro,
Algun motivo de queja,
Decidle que no retracto
Mis palabras; que lo dejo
Todo á su eleccion.»—Y dando
Su mano á los que le hablaban,
Añadió en tono mas alto:
—«El conde Jacobo Riestri
Nunca el peligro ha evitado.»

JULIA.

—(Riestri...! ¿por qué ese nombre
Me asusta y conmueve tanto?
¿Por qué en mis oídos suenan
De tal modo?)

DON GENARO.

Resumamos
Nuestra historia: ese Riestri
Es un ser casi fantástico,
Cuya procedencia ignora
Todo el mundo; audaz, osado
Y espléndido como un príncipe,
Fué por el pronto el encanto
De la corte; su figura
Es bella; de sus rasgados
Ojos, brota una mirada
De fuego; dicen que es algo
Taciturno y grave; habla
Poco, y sabe sin embargo
Una porción de idiomas.
Siguió de Julia los pasos
Mucho tiempo; yo cien veces
Le ví cerca del palacio

Envuelto en su capa; dicea
Que há poco la muerte ha dado
En singular desafío
Al general de que os hablo.
¿Quién es ese misterioso
Estranjero? ¿Es italiano?
Mil veces esa pregunta
Me dirigi y hallé al cabo
La respuesta: el hombre ese
Vuestro estermínio ha jurado.

ADAM.

¿Dónde está? ¿dónde?

DON GENARO.

¿Quién sabe?

Ha huido, se lo ha tragado
El infierno. Está vaeío
El rico y soberbio cuarto
Que ocupaba; no parecen
Sus trenes ni sus criados...

JULIA.

Pero... ¡ay de mí! ¿qué le hice
Cuando apenas se fijaron
Mis ojos en él? ¿Qué móvil
Pudo tener...?

ADAM.

Yo no alcanzo...

DON GENARO.

Oid hasta el fin la historia
Si no os cansa mi relato.
Una vez vi al extranjero
Hablar con un malhadado
Sacerdote, que no há mucho
Tuvo un fin siniestro y trágico...

ADAM.

¡Oh! sí... ya voy comprendiendo...

DON GENARO.

Segun Adam me ha contado,
Hace tiempo que fraguaban
El incendio del palacio.

ADAM.

Por eso permanecía
Encerrado yo en mi cuarto
Dispuesto á salvar á Julia
De tan inicuo atentado.

DON GENARO.

Pues bien: esa misma noche
En que el palacio incendiaron,
Un bandido, un tal Matias,
Las señas equivocando,
Creyó que á Julia robaba;
Y entre sus hercúleos brazos
A una mujer, que era víctima
Del mas profundo desmayo,
Sacó á la calle; á su encuentro
Un misterioso embozado
Saltó; miró á la cuitada,
Y un fiero grito arrojando:
«No es ella!» exclamó, «no es ella!»
«Miserable! la has trocado
Por otra!»—Y así diciendo
Al centro del océano
De llamas, con fiero arroyo
Se le vió arrojarle impávido.
Sabeis quién era ese hombre?
Era el extranjero osado
Que se perdió en el incendio
Y á quien hoy se busca en vano.

JULIA.

Y aquella mujer...? ¡Dios mío!
Su nombre impaciente aguardo.
¿Quién era?

DON GENARO.

La fiel Dianora
Que ahí fuera está.

JULIA.

Y yo que tanto
Suspiré por encontrarla...!

ADAM.

Yo impaciente la he buscado
Por todo Madrid.

JULIA.

Dejadme
Que al fin la estreche en mis brazos.

DON GENARO.

Espera, Julia, es preciso
Que aun me oigas; falta algo.
Seré breve: ese Matías
Fué preso; se ha averiguado
Que los bandidos de antes
Han sido los incendiarios.
Que, aprovechando su tiempo,
Todo el dinero robaron
Y cuantas joyas había
De valor; que ese eclesiástico
Indigno, fué siempre el jefe
De los viles incendiarios;
Y finalmente, que estaba
Ya convenido tu rapto
Para entregarte á ese hombre.
A ese ser medio fantástico
Que ofreció por poseerte
Un millon.—Si tanto y tanto
Peligro, tanta zozobra
Y penas y sobresaltos,
No merecen que un esfuerzo,
Potente, inmenso, titánico,
Hagas hoy sobre ti misma
Para dominar tus vanos
Escrúpulos. yo, condesa,
Que con el alma te amo,
Te diré: ¡Julia! el peligro
Por desgracia no ha cesado
Todavía: Adam te adora;
Huid de la córte ambos.
No vaciles.

ADAM.

¡Julia! ¡Julia!
Mira cuánto te idolatro.

DON GENARO.

Y si aun temes que ofendidos
Los cielos, miren airados
Ese amor, porque juraste
Ir á encerrarte en un claústro,
Oye, Julia, mis consejos
Y luego dicta tu fallo;
Mas antes deja que haga
Mis últimos comentarios
Sobre esta historia. Tú dices
Que al mes de haber envidado,
De Nápoles recibiste

Noticias, hasta un despacho
En que de parte del rey
El pésame te enviaron
Por la muerte de tu esposo.
Que con benévolo agrado
Su protección te ofrecía
El monarca. Si pensamos
En esto, será muy lógico
Presumir que los malvados
Que te persiguen, no cuentan
Con el favor soberano
De aquel rey. Pues bien, condesa,
Partid á Nápoles ambos.
Allí vuestros enemigos
Ya no podrán alcanzaros.
Tomad un nombre supuesto.
Que os juzguen todos hermanos,
Como ante Dios lo sereis
En efecto, hasta que alzados
Tus votos en Roma sean,
Puesto que vacilas tanto
En romperlos de otro modo.
A las plantas arrojaos
Del rey de las Dos Sicilias
Que no os negará su amparo.
Dejad los dos este suelo
Para vosotros ingrato;
Evitad fieros peligros
Que os están amenazando...
¿Y quién sabe? acaso sea
Vuestro el porvenir.

ADAM.

Partamos.
Yo respetarte prometo;
¿Cómo no, si soy tu esclavo
Y á mi bien prefiero siempre
El tuyo? ¡te adoro tanto!
¡Oh! respóndeme; no hagas
Que muera por tí.

JULIA.

¡Te amo!
¡Adam! te amo; que el cielo
Por el mundo nuestros pasos
Dirija!

DON GENARO.

¡Dios os proteja!
Ahora sola te dejamos
Adam y yo; nuestra ausencia
Será corta. Esta esperando
La fiel Dianora.

JULIA.

Que entre:
Quiero estrecharla en mis brazos.

*
*
*

Mientras que Dianora entraba
Y ambas, derramando llanto
De placer, se confundían
En un cariñoso abrazo.
Con Adam algunas frases
Cambió el viejo D. Genaro
Y en seguida de la estancia
Presurosos se alejaron.

CANTO VIII.

I.

En la calle.

Cuando el anciano y Adam
En la calle se encontraron,
De este modo conversaron
Los dos con creciente afán:
—He tenido que mentir;
Dijo aquel con voz muy triste;
Lúcas el bandido existe;
Mas pronto debe morir.

—¡Terrible noticia!—Cruel
Es esta revelación:
La hora de la expiación
Ha sonado para él.

—¡Oh! ¡que mi Julia lo ignore!
—Eso el triste Lúcas quiere:
Sin verla, morir prefiere
Porque su afrenta no fllore.

¡Desdichado!—Mucho, sí,
—¿Cuánto debe haber sufrido!
—El infeliz ha querido
Cuando menos verte á ti.

Nadie pena tan prolija
Sintió: dolor tan profundo.
Vá á separarse del mundo
Sin abrazar á su hija.

—Pero esa doble expiación...
Si yo lo hubiera sabido,
A veces hubiera ido
Demandando su perdón.

Que si Lúcas criminal
Fue, se vé en este momento
Su grande arrepentimiento,
Su abnegación paternal.

Imponiendo al corazón
Tan penoso sacrificio
Será doble su suplicio,
Horrorosa su aflicción.

Yo en otro tiempo, tal vez,
Ignorante, arrebatado,
De mis instintos guiado
Y mi insensata altivez,
Salvarle á la fuerza hubiera
Intentado con afán;

Hoy no imagino ese plan
Porque nada consiguiera
Con ejecutarle. Veo
Que es mi valor impotente,
Y sin embargo, impaciente
Abrigo un noble deseo.

Usted conmigo vendrá;
De su juez la compasión
Lograremos, y el perdón
De ese viejo otorgará.

—Tal empresa no es sencilla
Ni aun teniendo valimiento:

Lúcas en este momento
Puesto habrá sido en capilla.

—La capilla, ¡ triste nombre
Que al de muerte se eslabona!
¿No dicen que Dios perdona...?

¿Por qué no perdona el hombre?
Pronto un pueblo turbulento
Curioso, alegre, impasible,
Irá á ver ese terrible
Espectáculo sangriento.

El cadalso rodeará
La compacta multitud
Y el reo, en la plenitud
De la vida, morirá.

Y hasta entonces, con dolor
Irá los pasós contando
De la muerte, que avanzando
Vá inflexible. ¡Cuánto horror!

Que negra es la crueldad!
Cuanto la clemencia brilla...!
—¿Oyes...? ¡Oh!—La campanilla
De la Paz y Caridad!

—Ven... modera tu aflicción:
Al malvado la ley trata
Como merece. Le mata,
Porque él mató sin razón.

Lúcas te espera: cruel
Es el trance... apresuremos
El paso; limosna demos
Y á Dios pidamos por él.

II.

Habitación de Adam.

LA CONDESA Y DIANORA.

Sí, Dianora: de la muerte
Ese jó. en me libró
Y aquí me trajo; yo enferma
Estuve; mas él su amor
Contuvo en estrechos límites.
Es tan noble su pasión,
Tan verdadera y tan grande
Cual la que á mi me inspiró.
Si vieras con qué cuidado,
Con qué noble abnegación
Me ha tratado! Al otro día
De aquella noche de horror
En que pudo del incendio
Librarme, me preparó,
Doncellas, trajes y médicos...

Luego á mi lado veió
Cuidadoso...

DIANORA.

Usted le ama...

LA CONDESA.

Con todo mi corazón.
¿Cómo no amarle? Sería
Preciso que fuera yo
De hielo. Tú, fiel amiga,
Sabes que hace tiempo estoy
Luchando; mas ya no puedo;
No puedo tener valor
Para arrancarle del alma.

DIANORA.

Pienso, señora, que Dios
Hizo al uno para el otro.
¿Por qué ofender al Señor
Rechazando de tal suerte
Esa mútua inclinación?

LA CONDESA.

Pero mi voto... el terrible
Juramento que salió
Del alma...

DIANORA.

Puede romperse.

LA CONDESA.

¡Oh! sí, sí; tienes razón.
Partiremos; la esperanza
Me alienta. Quién sabe? ¡Oh!
Aun pueden lucir serenos
Días. Vendrás con los dos
A Italia; tu padre vino
De allí con mi esposo. Hoy
No sé por qué me parece
Que debajo de otro sol,
De otro cielo, la ventura
Encontraré.

DIANORA.

¿Por qué no?

LA CONDESA.

También Pablo con nosotros
Vendrá; es un fiel servidor.
Oye mi plan: En las Palmas,
En Ciudadela y Mahon
Tengo algunas posesiones
Que mi esposo me dejó.
Quieren comprármelas todas;
Pues bien, á venderlas voy:
Iremos, pues, á las islas
Baleares; luego... ¡oh!
Luego á Italia!

DIANORA (con alegría.)

Sí, señora
A mi bendita nación.

LA CONDESA.

Adam ante todo el mundo,
Como va á serlo ante Dios,
Será mi hermano... él acepta
Gustoso mi decisión.

(Pausa.)

Pero hablando de estas cosas
Aun no me has dicho en rigor
Dónde estuviste estos días.

DIANORA.

Con la esposa de Alarcon
Y también con él...

LA CONDESA.

¿Qué dices?

DIANORA.

Que al fin D. Juan pareció.
Estaba ligeramente
Herido; mas la emoción
De ver á su amante esposa
Y á los hijos de su amor,
No tristes y miserables
Como encontrarlos pensó,
Sino bien vestidos, prósperos
Y en holgada habitación,
(Gracias á V. que por ellos
Hizo tanto y tanto), dió
Lugar á que el pobre padre
En su feliz estupor,
Soportar sus emociones
No pudiese. Al fin cayó
En el lecho; mas del lecho
Feliz se levanta hoy
Bendiciendo á V., señora,
Con todo su corazón.

LA CONDESA.

Yo cuidaré de que nunca
Les falte mi bienhechor
Amparo.

DIANORA.

Mientras que enfermo
Se halló D. Juan de Alarcon,
El anciano D. Genaro
Ni un solo día dejó
De ir á vernos. Impacientes
Nosotras, y en la aflicción
Que sentíamos, mil veces,
Llenas de afán y de ardor,
Las huellas de V. quisimos
Buscar; mas él moderó
Nuestros impulsos diciéndonos:
—Dejad, dejadme por Dios
Que yo la busque, no demos
Escándalos; siempre estoy
A la mira.»—Obedecimos
Y esperamos. ¿Cómo no,
Señora, cuando ese anciano
La ama tanto? Pero hoy
Cuando apenas en el cielo
La luz apuntó del sol,
Le vimos entrar inquieto,
Trémulo y lloroso.—«¡Oh!
(Nos dijo). Es preciso, es fuerza
Que dentro de una hora ó dos
Parezcan; sí, sí. Y saliendo,
Atónitos nos dejó.
Después volvió; estaba triste;
Mas no tanto.—Al cabo doy
Con ellos, gritó; Dianora,
Sígueme.»—Un coche alquiló
Y aquí, señora, me trajo...

LA CONDESA.

En efecto, su emoción
Era inmensa. ¿Qué te dijo
Al venir? ¿de qué te habló?

DIANORA.

Guardaba silencio; solo

Pronunciaba á media voz
Un nombre...

LA CONDESA.

¿Cuál?

DIANORA.

Varias veces

¡Lúcas! ¡Lúcas! repitió.

LA CONDESA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¿por qué tiemblo
Llena de negro pavor?

(Se oyen las vibraciones de una campanilla que van tocando con lentitud por la calle. La condesa y Dianora se precipitan al balcón, lo mismo que los demás vecinos de la calle, y ven á dos hermanos de la Paz y Caridad, que piden limosna por el reo que está en capilla. Todos los vecinos ofrecen sus piadosas ofrendas. Uno de ellos pregunta quien es el reo, y se oye pronunciar el nombre de Lúcas. La condesa pálida y descañada, deja escapar un grito y cae medio desmayada en brazos de Dianora, mientras acuden á las voces de ésta, una mujer de alguna edad que hace las veces de ama de llaves de Adam, y un criado jóven llamado Pablo. Entre todos retiran á la condesa hácia el interior de la habitacion).

III.

Una lujosa estancia en casa del conde de la Banda.

ESCENA PRIMERA.

El conde de la Banda.—El duque de Casa-Fregia.

EL DUQUE.

Jorge, hijo mio, el corazon que ama
No puede equivocarse; tú padeces
Tiempo há de tal modo, que me aterra
La idea de perderte.
Tú no eres ya el atolondrado jóven,
El calavera audaz que tantas veces
Mereció mis reproches; en tu alma
Algo triste sucede.
Tu enfermedad, la consuecion constante,
Que la ciencia combate inútilmente,
En el fondo intranquilo de tu espíritu
Escondieron el gérmen.
Habla, Jorge, tu padre te lo implora.
¿Por qué esplicarme tus secretos tomas?
Tú amas; pero, ¿á quien? Jorge, no temas;
Seré tu confidente.
Eres rico, eres noble, eres bizarro.
¿Qué altiva dama rechazarte puede
Cuando llegue á saber que por tus venas
Corre sangre de reyes?
Un dia con la suerte de tu prima,
La condesa de Alcira, unir tu suerte
No quisiste, y tu padre desde luego
Desistió... ¿qué mas quieres?

EL CONDE.

¡Pobre Julia! tan buena, tan hermosa...

EL DUQUE.

No hablemos de ella, Jorge, no parece
Y su fin prematuro me lastima
Porque la quise siempre.

EL CONDE.

¿Ha muerto?

EL DUQUE.

No se sabe.

EL CONDE.

Pobre Julia!

Si mi funesta enfermedad aleva
No me hubiera tenido en ese lecho
Postrado de tal suerte...

EL DUQUE.

Tienes razon: tu enfermedad sañuda
Para todos fué un mal ¡Oh! tú no puedes
Comprender el dolor que yo he sentido.
Al mirarte doliente.

Por eso, Jorge, con afán te ruego
Que el nombre de tu dama me reveles.

JORGE.

¡Nunca! ¡nunca!

EL DUQUE.

Hijo mio, si ella es pobre...

¿Qué importa? Escucha, atiende.—
Yo jóven fui cual tú; tambien un dia
Un virgen corazon, fervido, ardiente,
Poseí; tambien yo sentí en el alma
Ese amor que enloquece.

Me lo inspiró una niña cuyo rostro
Grabado todavia está en mi mente:
Era un ángel, un ángel! su belleza
Comparacion no tiene.

Parece que aun la veo, su memoria
Mi yerto corazon rejuvenece.
Pobre flor entreabierta, cuyo tallo
Tronché villanamente!

EL CONDE.

Que dice usted?

EL DUQUE.

Perdóname, hijo mio!
El comprimido sentimiento suele
Desbordarse y salir de nuestros labios
Trocado en un torrente.
Hoy el recuerdo de la hermosa jóven
A desbordarse impetuoso viene
Desde el fondo del pecho donde estuvo
Oculto y mudo siempre.—
Yo seduje á la jóven que mas tarde,
Al ser madre de un ángel inocente,
Espiró bendiciendo y adorando
La causa de su muerte.

EL CONDE.

Y el fruto de ese amor.?

EL DUQUE.

Era una hermosa
Niña infeliz, que confió imprudente
A manos mercenarias.

EL CONDE.

¿Vive acaso?

EL DUQUE.

¡Ojalá! que existiese!
Si ella viviera, yo te la traeria
Y ambos, vertiendo lágrimas ardientes,
Te diríamos: Jorge! aunque en tus venas
Corra sangre de reyes;
No engañes á una jóven, si la amas
Y es digna de tu amor, no la desdenes
Por pobre ó por humilde; el crimen grande
De tu padre fué ese.

(Da un reloj y el duque se levanta).

EL DUQUE.

Las dos: voy á palacio; no me olvido
De tu encargo, hijo mio. Ten presente
Mi historia. Cuando vuelva, tu secreto
Espero me reveles.

ESCENA II.

EL CONDE, SOLO.

Se vá llorando... cuánto habrá sufridlo
De su primer amor: la llama prende
Todavía en su alma; de esa hija
Se acuerda con dolor. ¡Oh! me estremece
Su amarga situación. Si yo muriera...
Morir, qué insensatez! Si ahora me oyesen
Mis amigos, razon para burlarse
Tendrian.—Yo, que cien y cien mujeres
He seducido y luego abandonada...—
Tan solo de una ocasioné la muerte.
¡Lucía! ¡pobre niña! también era
Hermosa y pura y la engañé inclemente.
¡Oh! por qué luego en mi camino puso
El infierno á Salada? Ella enloquece
Mi cerebro; recuerdo á toda hora
Su nombre... ¡Basta! basta! seamos fuertes
Una vez mas; en mi poder se halla
Y por fuerza ó por bien feliz va á hacerse.
Será mia, lo quiero; mi existencia
Se ha convertido en espantosa fiebre;
Fiebre de amor inacabable, eterna
Que cual las olas de los mares crece.
Iré á buscarla, me echaré á sus plantas,
Le diré que he salvado de una muerte
Afrentosa y horrible, al miserable
Criminal... ¡Oh! por qué, por qué se envuelve
La historia de esa bella infortunada
En un abismo de miserias? Tiene
Un handido por padre; su conducta...
¡Oh! me destroza el pensamiento ese.
No hay razas; la pobreza no deshonra;
Razon mi padre por desdicha tiene.
Si ella fuera... ¡Dios mio! ¿por qué amo
A una mujer impura de esta suerte?»

Diciendo de esta manera
El conde, sobre un sillón,
Presa de terrible angustia
Pálido y triste cayó.

Tal vez en aquel momento
En su noble corazon
Quiso abrigar el propósito
De olvidar su loco amor.

No pudo lograrlo; solo
Por un milagro de Dios
Jorge conseguir pudiera
Tamaño transformacion.

El milagro, sin embargo,
Es seguro que se obró,
No porque Jorge olvidara
Al objeto de ese amor;
Sino porque Dios lo quiso.
Y gracias al cielo doy
Porque con ese milagro
Se abrevia mi narracion.

Un poco mas sosegado,
El conde se levantó
Diciendo:—«No, no es posible.
Me subyuga mi pasion.»
«Mientras de palacio vuelve
Mi noble padre, yo voy
A preparar mi partida...
Tengamos mas corazon.»

Si se obstina esa mancha;
Si oír no quiere mi voz,
Desdichada de ella entónces!...
Desdichados de los dos!»

Iba ya á tocar un timbre;
Mas entrando á la sazón
Un criado, varias cartas
Con respeto le entregó.
—Son muy urgentes, le dijo—
Y salió sin dilacion
Mientras que el conde, una á una,
A leerlas comenzó.

Con esas cartas, lectores,
Se obró el milagro de Dios.
Ved, sino, el rostro del conde;
Ved su creciente emocion.

Allí el horizonte se abre;
Cesa el pasado dolor;
El porvenir le sonríe;
La presente pena huyó.
Y todo vá preparándose
Con tan rara gradacion
Que de una carta á otra carta
Sin duda un mundo medió.

Mundo de ilusiones locas;
De congojoso temor;
De esperanzas, de alegrías;
Y de constante emocion.

Las cartas que el noble conde
Una tras otra leyó,
Son las que van mis lectores
A ver á continuacion.

Del mismo modo que fueron
Escritas, á dardas voy.
En prosa estaban, y en prosa
Quiero intercalarlas yo.
Si el conde tuvo motivos
De gozo y admiracion,
Al buen criterio lo dejo
Del benévolo lector.

Primera carta.

Excmo. Señor conde, etc.: Mi mas alto y poderoso señor: Acabo de recibir, en esta imperial y venerable ciudad de Toledo, la carta en que V. E. se digna darme parte de su deseada curacion y dichosa convalecencia.

Alabado sea el Señor y mis abogados predilectos, á quienes he mandado decir muchas misas en rogativa por la preciosa salud de V. E.— Y habrá de saber V. E., escelentísimo señor, que Saladilla se ha vuelto mansa cordera, dispuesta en todo y por todo á sujetarse á cuanto V. E. determine; milagro patente que sin duda he conseguido obtener, venciendo su arisca condicion de tigre de Ilircania y de pantera de Java. Dios sea loado y alabadas sean las prendas personales de V. E. que al cabo han tocado como agudas saetas en el endurecido corazoncito de la muchacha. Está mas hermosa que nunca y mas garrida de lo que V. E. puede imaginarse. Lástima que vaya enfermado del pecho!

Buena idea fué la de separarla de Madrid. No digo mas por no cansar á V. E.— Apresúrese á venir, ya que Dios lo ha mejorado para bien de pobres y consueto de afligidos; y no dude que queda rogando humilde á todos los santos y santas por la muy noble, alta y poderosa persona de V. E., su indigna criada

ÚRSULA.

Segunda carta.

Señor conde: Me dirijo á V. E. por orden de mi señora la condesa de Alcira que se halla en este momento en estremo afeitada.

Como ha circulado por Madrid la triste noticia de que mi señora habia sucumbido la noche del incendio, que arruinó su palacio, me apresuro á darle cuenta de su persona, en la seguridad de que V. E. sentirá verdadera alegría al saber que mi buena protectora se ha salvado.

El objeto principal de mi carta es rogar á V. E. que vea si puede obtener el indulto del reo que está en capilla. Mi señora se tendra por muy feliz salvando á ese desgraciado, á quien debe favores inmensos. Soy de V. E., atenta y respetuosa servidora, Q. S. M. B.

DIANORA.

Dancella de la señora condesa.

P. D. Jorge! en este instante salgo con direccion á la cárcel de villa; salva á ese Lucas. ¡Salvate! Te lo ruega con toda su alma

JULIA.

Tercera carta.

Señor conde: No estrañe V. que estos renglones sean casi ilegibles.

Escribo en la capilla de la cárcel de Madrid, teniendo á mi vista, un jóven esforzado que llora como un niño, un sacerdote que reza las oraciones de difuntos y un viejo infeliz, sentenciado á muerte, que debe expiar mañana muchos estravijos, muchos crímenes, motivados acaso por la fatalidad y por la ignorancia.

Ese viejo, ese reo, ese desgraciado, acaba de abrirme su corazon. Me ha contado una larga sucesion de hechos que tocan á V. muy de cerca; que están relacionados con la vida del señor duque de Casa-Egregia.

Ese reo, llamado Lucas, fué criado de su noble padre de V. y tuvo relaciones intimas con una gitana. Una noche puso su padre de V. en poder de esa

gitana una hermosa niña á la cual todo el mundo cree muerta. Esa niña existe, trocada ya en mujer: responde por el sobrenombre de *Salada*.

Salada es hermana de V. Tiene en su poder una cadena de plata que el señor duque reconocerá indudablemente.

Lúcas desea ver á ustedes antes de morir para demandarles perdon por el daño que les ha hecho, y para darles detalles acerca de esta historia.

Antes de pasar yo á ver al señor duque he creído prudente dirigir á V. esta carta por si V. quiere ir preparando el ánimo de su padre á quien aguarda tan profunda impresion de inesperado júbilo

Mi amigo Adam, que en breve partirá lejos de Madrid y que conoce á su hermana de V., firma conmigo al pié de estas lineas, suplicándole que ame mucho á esa pobre jóven que tanto ha sufrido en el mundo. Soy de V., etc.

ADAM.

GENARO DE MACANÁZ.

..

Última carta.

Mi querido Jorge: Tu recomendado ha obtenido el indulto. Yo mismo voy á llevárselo. Felices nosotros que logramos arrancar hoy al verdugo un hombre, que al fin es un semejante nuestro. ¡Feliz la mano que acaba de firmar el perdon! ¡Feliz la sociedad cuando evita que caiga sobre ella la mancha que lleva consigo la ejecucion de una sentencia de muerte!

Estoy muy contento; no sé qué me anuncia el corazon; pero cree que, á pesar de la pena que me infunde tu tristeza, me siento hoy sumamente satisfecho. Paréceme que al contribuir á esta obra de misericordia siento brotar en el alma una esperanza dulce, inefable, desconocida.

Pronto estará á tu lado tu padre

AGUSTO.

Vuelvo á abrir esta carta en la capilla. Acabo de saberlo todo. ¡Vive mi hija! Vive tu hermana. ¡Jorge! ¡Jorge! La alegría no me ha muerto. Bendigamos la mano de la Providencia!

CANTO IX.

Un buque en alta mar.

~~~~~

## Adam y la Condesa.

ADAM.

Duerme, Julia, mi bien, duerme, amor mio,  
Como las olas de la mar serena  
Que mansas nos arrullan; como el viento  
Que suave empuja las hinchadas velas.  
Ven, mi bien, y reclina en el regazo  
De este tu amante la gentil cabeza.  
Con tu frente de nieve cubre el fuego  
Del inmenso volcan en que se quema  
Mi ardiente corazon; que tu sonrisa  
Y aliento puro enardecido beba  
Tu Adam feliz, refrigerando el alma,  
Ya que en tus ojos abrasada queda.

LA CONDESA.

Tienes razon; el sueño es el descanso;  
Quiero dormir mientras las auras juegan.

ADAM.

El cielo limpio está, liquido espejo  
Parece el vasto mar, por donde vuela  
Gallarda y presurosa nuestra nave  
En el silencio y soledad envuelta.  
¿No es grato para tí ver como al cabo  
En esta inmensidad hur. le la tierra  
Las cumbres de sus montes gigantescos,  
Los altos chapiteles de opalentas  
Ciudades, por los hombres levantadas  
En señal de su orgullo y su soberbia?  
Quedóse atrás el mundo; en el desierto  
De las ondas movibles, que platea  
Rizada espuma que feston parece

De esos picos de vidrio, que se elevan,  
Bajan, vienen y van,—yendo espirantes  
A desmayarse en la menuda arena  
De lejanas orillas,—ni un gemido,  
Ni un grito de dolor, temblando llega  
Y palpitante, á desgarrar el alma  
Con los recuerdos de pasadas penas.  
Cuán hermoso es el mar! en su infinita  
Superficie, la ardiente cabellera  
Sumerge el sol, para templar el fuego  
Esplendoroso de su luz eterna,  
Mientras crece á la vista el horizonte  
Que nunca tiene fin; que mas se aleja  
Cuanto mas avanzamos; que parece  
Otro mar que en su término se anega  
Con el mar que cruzamos, sin que nunca  
Confundidas sus aguas aparezcan.

LA CONDESA.

Tienes razon: el mar en calma es bello  
Como un sueño de amor; pero si llegan  
Ese cielo á entoldar preñadas nubes;  
Si esas olas hinchadas se presentan  
Irascibles bramando, y zumba el trueno  
Que acompaña á la horribona tormenta,  
¿Donde ira por su mal el fragil leño  
Que atrevido se aparta de la tierra?

ADAM.

¿Dónde irá? no lo sé; Dios desde el alto  
Firmamento, sin duda te contempla,  
Y satisfecho al verte tan hermosa,  
Por ti, mi Julia, cuidadoso vela.  
¿No eres tú de aquel sol resplandeciente  
La exacta copia y la imagen bella?  
¿No eres de toda la creacion sublime  
Hermosa, rica y codiciada perla?  
Ten valor; que la mar al poseerte  
Sus ondas calma y su rigor enfrena,  
Mientras las nubes vagarosas huyen  
Al ver la luz que tu mirar destela.  
Ten valor, que los cielos y los mares  
Protegerán tu angelical belleza.  
Duerme, mi bien.

LA CONDESA.

Durmamos un instante  
Por si entre sueños mis fatigas cesan.  
(Reclina su frente sobre el pecho de Adam.)

ADAM.

No hagas caso, mi bien, de los latidos  
Del corazon, si el corazon golpea;  
Late solo por ti; mas ya procura  
No incomodarte y su latir modera.

UNA VOZ CANTA.

Sobre las ondas salobres  
Niña del alma nació,  
Y una barca fué la cuna  
Dó la luz primera vi.  
Amo el peligro y no temo  
De la mar el frenesí,  
Solo me arredran tus ojos  
Cuando los fijas en mí.

LA CONDESA.

¡Esa voz...! ¿quién cantó?  
(En estremo conmovida.)

ADAM.

(Con enojos.) Si te incomoda  
Ya mas no cantará.

LA CONDESA. (Estremeciéndose.)

No, no, que sea  
Libre aquí todo el mundo, como el ave  
Que en busca va de hospitalaria tierra.

Será tal vez un pobre marinero  
Que á sus recuerdos con placer se entrega  
Y en su patria, en su hogar, en sus amores  
En este instante cariñoso piensa.  
(No sé por qué, esa voz me causa tédio  
Y ese canto de amor mi sangre hiela.  
Tres veces lo escuché, y el alma toda  
De negro loto se miró cubierta.)  
Durmamos.

ADAM.

Si, mi bien, feliz reposa  
Junto á mí; mas ¿qué miro? ¿por qué tiemblos  
Y una lagrima brota de tus ojos  
Que por las rosas de tu rostro rueda?  
¿Tienes miedo á la mar? Acaso triste,  
De menos ¡ay! por mi desdicha, llegas  
A echar las horas de tu bien perdido  
Alejada por mí de la opulencia?  
¿Y yo insensato que en huir del mundo  
Cifra mis delicias! yo, que en esta  
Inmensa soledad era dichoso  
Contemplando arrobado tu belleza!

LA VOZ DE ANTES (canta.)

Si vinieras, mi hermosa,  
Conmigo á tierra,  
Yo de flores te haría  
Guirnaldas bellas,  
Porque con flores  
A tu gusto ligaras  
Los corazones.

ADAM.

Dice muy bien el marinero, Julia.

LA CONDESA.

(No es marinero quien así se espresa.)

ADAM.

Dice muy bien: en los risueños valles;  
Junto á la fuente que, de peña en peña,  
Baja rompiendo en transparentes chorros  
Sus cristales: al pie de la arboleda  
De la llanura pintoresca, hermosa,  
Donde anheo río diató su vega.  
Flores nacen de espiñidos colores  
Y aromas puros: para ornar con ellas  
Tu frente de alabastro, yo guirnaldas  
Tambien dichoso con placer tegiera.  
No es solo bello el mar; tambien encantos  
Te guarda, Julia, con amor la tierra.  
Crucemos, pues, el piélago profundo  
Dejando atrás la brilladora estela  
Donde buiten los peces escamosos  
Que de plata parecen; que tu idea  
No se fije jamas en lo pasado;  
Que el porvenir lejano no te ofrezca  
Nunca temor; gozar de lo presente  
Nuestra divisa venturosa sea.  
Hoy ante tí, cual cariñoso hermano,  
Mi afan domino y mi pasion inmensa.  
¡Ay! ya lo sabes: te amo con locura;  
Tu dulce posesion el alma anheia,  
Y sin embargo tu virtud respeto  
Y aguardo el dia en que ofrecerte quieras  
Tu mano codiciada; ¿qué mas quieres  
Si cumplo todo cuanto tú me ordenas?

LA CONDESA.

Gracias, Adam, tu enamorado acento  
Me fortalece el corazon, me presta  
Dulce esperanza y gratas ilusiones.  
Yazca en olvido mi fatal grandeza.  
Hayamos ambos,—al amor pidiendo  
Sus alas,—tejos de la patria aquella  
Donde, embriagada de insensato orgullo,  
Nécia no supe adivinar mi afrenta.

¡Oh! Dios mio! por qué, por qué Dianora  
No está aquí con nosotros? ¿por qué enferma  
En España quedó?

ADAM.

Pronto á tu lado  
La tendrás: no lo dudes; ten paciencia.  
No flores, Julia, mi pasión ardiente  
Consolarte sabrá; la Italia bella  
Será nuestro refugio; allí tu amante  
Alfombrará de flores tu carrera.  
Allí henchida de júbilo mi alma  
El ancho trono de su amor te ofrezca.  
Tú la reina serás y yo el esclavo,  
Sean de flores ó hierros mis cadenas.

LA CONDESA.

Gracias, Adam; me vuelves la esperanza.  
Allí todos ignoran mi bajeza.  
¡La Italia! ¡Dulce nombre!

ADAM.

Si, bien mio.  
Ya nuestro buque se dirige á ella.

LA VOZ DE ANTES (*canta*).

Aunque susurra la brisa,  
Marino, á luchar disponte,  
Que una nube se divisa  
En mitad del horizonte  
Ten cuidado, marinero,  
Que esa nube, poco á poco,  
Írá ocultando primero  
Del ardiente sol el foco.  
Y estendiéndose á medida  
Que la mar ruja violenta,  
Sobre el ángel que es mi vida,  
Mugir hará la tormenta.  
Marinero, marinero,  
A luchar pronto disponte;  
Que el nublado avanza fiero  
Por mitad del horizonte.

LA CONDESA.

¿Oyes, Adam, lo que el marino canta?  
Su triste augurio el universo oyó,  
Y el viento que bramando se levanta  
El seno de los mares conmovió.

(*Se oyen algunas voces de mando.*)

ADAM.

Descansa, Julia.

LA CONDESA.

Y cómo? No es posible!  
Dios con nosotros irritado está,  
Y con los ecos de su voz terrible  
Hace los orbes á sus pies temblar.  
¿No ves, ¡ay triste! la nevada espuma  
De las aguas que hierven por do quier?  
¿No ves alzarse la pesada bruma  
Y la nube crecer, siempre crecer?  
Bien lo temí: mi corazón decía  
Que en la dicha no debo ya pensar;  
Sueños son de mi loca fantasía  
Las ilusiones que llegué á forjar.

ADAM.

Cálmate, Julia.

LA CONDESA.

Con mis males lidio  
Y lidio en vano; ¡barbaro sufrir!  
Mi verdadero padre en un presidio  
Está y yo debo de dolor morir.

ADAM.

Y ¿qué culpa, mi bien, pudo caberte  
En que fuese tu padre lo que es?  
Nadie la buena ni la mala suerte  
Pudo fijar al punto de nacer.  
Sea cual fuere tu alumbría, vida mia,  
Yo te adoro con todo el corazón.  
Calma ya tu feroz melancolía  
Y vive, sé feliz.

LA CONDESA.

¡Vana ilusión!

Al borde del peligro que me aterra  
Quiero en vano mis ojos entornar,  
Y si el miedo un instante me los cierra  
Mas me espanta la cólera del mar.

ADAM.

Maldito ese cantor impertinente  
Que dos veces tu sueño interrumpió!  
Cuando inclinabas con amor tu frente  
Sobre mi pecho, tu atención llamó.  
Duerme, yo velo; si el marino entona  
Otra vez su monótono cantar,  
Si augurios tristes por su mal pregona,  
Tu sueño haré que sepa respetar.  
Tal vez dormida olvidarás tu duelo,  
Sufro yo tanto si te veo sufrir,  
Que á todas horas sin cesar anhelo  
Verte, mi Julia, en sueños sonreír.

EL CAPITAN DEL BUQUE.

¡Alerta, marineros!  
Despejen las toldillas,  
Cerrad las escolillas  
Y abajo pasajeros.

LA CONDESA.

¡Oh! no, mil veces no: que no me alejen  
Del peligro; afrontar le quiero aquí.  
Ruégale al capitán que ver me dejen  
De ese rabioso mar el frenesí.  
Quiero oír el horrisono concierto  
Que al alma llena de mortal pavor,  
Quiero mirar de lobreguez cubierto  
El espacio que gime en derredor.  
Mira cual tiende su enlutado manto  
La sombra densa que ennegrece al día.  
¡Adam! ¡Adam! si me idolatras tanto  
Calma mi horror, mi bárbara agonía.  
¿No ves cárdeno el cielo y pavorosa  
La marejada, que se agita fiera,  
Anunciando tal vez con voz medrosa  
El fin siniestro que á mi vida espera?

ADAM.

Cálmate, Julia: el buque se levanta:  
Mas tranquilo camina al parecer.  
¿Por qué, mi bien, el porvenir te espanta?  
¡Oh! ten valor y me darás placer.  
Domina tu inquietud; la niebla densa  
Que el espacio y la calma nos robó,  
Es una especie de cortina inmensa  
Que envidioso un mal génio desplegó.  
Detrás de esa cortina, dueño mio,  
Se oculta un bello, encantador país,  
Do lágrimas de amor vierte el rocío  
Bajo un cielo de nácar y zafir.  
Allí hay lagos con ondas transparentes  
Y jardines y bosques de azahar;  
Altas colinas, rápidos torrentes,  
Luz, colores, aroma celestial.  
Cuanto la mente á concebir alcanza  
O se finje una mágica ilusión,  
Llegaras á entrever en lontananza  
Cuando esas nubes desvanezca el sol.

## LA CONDESA.

El sol...! ya envuelto en fúnebre sudario,  
Yerto cadáver nos negó su luz;  
Y forman su cortejo lunerario  
Nubes de negro aterrador capúz.  
Las crespas olas azoradas crecen  
Sin dejar un instante de bramar:  
Sobre abismos sin fondo se estremecen  
Y ruedan con estrépito infernal.  
Y mientras abren sus hinchados senos  
Las nubes, y palpita la creación,  
Al compás de los rayos y los truenos  
Se oye la voz colérica de Dios.

## EL CAPITAN DEL BUQUE.

La negra tormenta  
Su furia acrecienta,  
La aguada, los botes  
El mar arrebatá;  
Las bordas maltrata  
El fiero turbion.  
¡Arria las gabias!  
¡Trincad el timon!

## UNA VOZ.

El buque parece  
Que vá á zozobrar.  
La Virgen Santísima  
Nos quiera ayudar!

## LA CONDESA.

¿Oyes, Adam? La Virgen solamente  
Por nosotros pudiera interceder.  
Doblemos la rodilla humildemente  
Y muramos, pues fuerza es perecer.  
La oía que salta, y poderosa zumba,  
Fuídos á los dos nos hallará:  
Triste y eterna y anchurosa tumba  
Ese abismo sin fondo nos dará.  
No permitas que nadie de tu lado  
Me separe un instante; á ti me unió  
Funesta estrella, ó venturoso hado,  
Y hay aquí quien envidia nuestro amor.

## ADAM.

¿Qué dices? habla, Julia.

## LA CONDESA.

Por si muero  
Mi secreto te voy á revelar:  
Un hombre misterioso, un extranjero,  
Me persigue do quiera sin cesar.  
Es un hombre de audaz torva mirada,  
Cuya negra pupila centelica,  
Y cuya frente, al parecer, nublada  
Está por una consecuenta idea.  
Nochès hace, mi Adam, que con empeño,  
Recordando me hablaba, junto á ti,  
Al velar con afán tu dulce sueño,  
La inocencia del alma que perdí.  
Turbia la mente, turbios los sentidos,  
Dejé al sueño mis párpados cerrar,  
Y contando afanosa los latidos  
De tu pecho, feliz quise soñar.  
Entonces... una sombra inesperada  
Se apareció de súbito ante mí,  
Y en mis ojos fijarse una mirada,  
Tenaz y ardiente, con espanto ví.  
Quise gritar, llamarte; mas fué en vano:  
Era mi miedo insoportable, atroz;  
Una mano sentí sobre mi mano  
Y así me dijo temblorosa voz:  
«Yo te conozco; eres la condesa  
De Alcira, y ese jóven es Adam;

Que le arranques del alma me interesa  
Porque te adoro con inmenso afán.  
Olvídate ó que tema mis enojos.»—  
Calló la sombra y al momento huyó.  
Y aquella noche ni entorné mis ojos,  
Ni cesó de temblar mi corazón.

## ADAM.

Y ¿quién es el infame que contigo  
Osó villano conducirse así?  
Dímelo pronto y ejemplar castigo...

## LA CONDESA.

¡Adam! ¡Adam! ¿no escuchas? ¡ay de mí!

## EL CAPITAN DEL BUQUE.

Al agua los obstáculos; picad la maniobra,  
Botad los aparejos, abajo el botatan;  
Prepárense las bombas; abrid las escotillas  
Y trinquesede nuevo la caña del timon.

## UNA VOZ.

El buque desmantelado  
Por los vientos empujado  
Corre, vuela, sin cesar.  
¿A dónde será llevado  
Por el ímpetu del mar?

## OTRA VOZ.

La muerte se avecina.  
La manga! la manga! La bomba marina!

## OTRA.

Doblemos nuestras frentes  
Y al ciclo compasion  
Pidamos, dirigiéndole  
La ultima oracion.

(Se oyen algunas otras voces del capitán).

## LA CONDESA.

Morir tan joven! Oh! Virgen piadosa;  
Doleos de mí; miradme á vuestros pies.

## UN MARINERO.

En medio de la niebla pavorosa  
La luz de un faro divisar logré.

## OTRO MARINERO.

Tierra! tierra!

## ADAM.

No escuchas, Julia mía?  
Correa la costa por fortuna está.  
Vuelve en tí; ¿no respondes? ¡qué agonía!

## LA CONDESA.

Mira el fantasma, miralo; allí está.  
(Señalando á un hombre que se acerca y cayendo  
sin sentido). (Adam se dirige furioso á él y le dice):

## ADAM.

Miserable! tu vista me ha robado  
De sus ojos la luz.

## EL CAPITAN.

No hay salvacion.  
Ya está el casco del buque destrozado.  
Las olas nos arrastran.

## EL DESCONOCIDO.

Maldiccion!

## ADAM.

Todos buscan sin duda la ribera,  
Y yo ¡triste de mí! no sé nadar;  
Ven á mi lado; ven; contigo muera  
Y en tumba de los dos truequese el mar.  
(Estrechando convulsivamente entre sus brazos á  
la condesa que continúa desmayada).

## CANTO X.

Nos hallamos en Nápoles: la luna  
Su faz oculta entre tupidos velos,  
Y en la iglesia inmediata (pues estamos  
En cierto sitio donde existe un templo),  
Lentamente, y con son acompasado,  
Las nueve y media de la noche dieron.  
Sopla un aire sutil, propio sin duda  
De la estación del aterido invierno,  
Y de un invierno crudo, como en Nápoles  
Jamás acaso los nacidos vieron.

Las calles accesorias á aquel punto,  
Lo mismo que este, yacen en silencio,  
Interrumpido apenas por los pasos  
De algunos transeantes, que ligeros  
En el ancho portal van penetrando,  
De un edificio de sombrío aspecto  
Que enfrente de la iglesia se levanta  
De aquel paraje en el extremo opuesto.

Luego queda otra vez todo tranquilo  
En la tiniebla y soledad envuelto,  
Y un hombre que, embozado en una capa,  
Una sombra parece ó un espectro,  
De un ángulo saliente de la iglesia  
Se aparta un tanto; mas, á poco, el puesto  
Vuelve á ocupar, y acecha cuidadoso  
Si alguno pasa por allí un momento.

—No viene, dice al fin; y con su planta  
Hiere impaciente y con vigor el suelo,  
Esfalmando otra vez: —¿Dónde demonios  
Se habrá ocultado mi querido Pietro?  
Hace ya media hora que le aguardo,  
Y aunque él no sepa para qué le espero,  
Sabe ya que le aguardo y lo que pueden  
Mi brazo rudo y mi afilado hierro.  
Desdichado. Si alevé me vendiera...  
Mas no es posible que me venda Pietro.  
Podrá ser un malvado, si se quiere;  
Pero es tan fiel como lo fuera un perro.»

Así dijo aquel hombre misterioso  
Y aquel sitio cruzó con paso lento,  
Mientras otro embozado, que llegaba,  
Con gran cautela le salió al encuentro.  
Y es fama que los dos, allí reunidos,  
En baja voz, mas con seguro acento,  
Sin alejarse mucho de la iglesia,  
De este modo, lectores, departieron.

EMBOZADO 2.º

¿Hablo al capitán Jacobo?

JACOBO.

Yo soy, acércate, Pietro:  
Acércate y dime al punto  
Lo que has visto y lo que has hecho.

PIETRO.

He visto á los dos amantes....

JACOBO.

Dónde?

PIETRO.

En su casa; y he puesto  
Mis ojos, en unos ojos  
Que son un par de luceros.

JACOBO.

Espílicate.

PIETRO.

La española  
Tiene un criado, un mancebo  
Español, llamado Pablo.  
De él...

JACOBO.

Amigo te has hecho.  
¿No es verdad?

PIETRO.

Precisamente.  
Ese diablo tiene celos  
De todos; de mí, no obstante,  
Que no sospecha sospecho.

JACOBO.

Sé claro y preciso. Sigue.—

PIETRO.

Voy al punto á complaceros,  
Capitan.

JACOBO.

Atento escucho.

PIETRO.

Y ¡yo la historia comienzo.—  
Anticipándome á vos,  
Hace días, capitan,  
A Nápoles, sin afán  
Llegué, y sin temer á Dios.  
Que estando nuestras cabezas  
En pregon, no es necesario  
Afirmar, cuán temerario  
Es hacer tales proezas.

JACOBO.

Tienes razon, Pietro amigo;  
Prosigue; mira mi afán.

PIETRO.

Justo es, mi capitan;  
Os interesa... y prosigo.  
Dejando nuestras montañas  
A esta córte al fin llegué,  
Y mis hábitos cambié  
Por otros, con buenas mañas.

Mudando de traje y modos  
Dejé á un lado mi rudeza  
Natural, y con llaneza  
Me puse á engañar á todos.  
Y noté con atencion  
Lo poco que se divisa  
Trás la hipócrita sonrisa  
La maldad del corazon.

JACOBO.

Signe, Pietro; mi paciencia  
No agotes, haciendo alarde  
De tu valor; á un cobarde  
Nunca encargué la prudencia.  
El que teme, siempre fué  
De sus terrores esclavo.  
Eres cauto y eres bravo  
Y por eso te envié.

PIETRO.

Quise, capitán, decir  
Que supe amigos ballar  
Y que pude averiguar  
Lo que os voy á referir.  
Hace un año, que á este suelo,  
Aunque parezca mentira,  
Vuestra condesa de Alcira  
Dicen descendió del cielo.  
Otros repiten, al verla  
Tan hermosa, que la mar  
Tuvo el capricho de echar  
Hacia la Italia esa perla.  
En esto, acaso aludían,  
Si mi magin no se atasca,  
A cierta negra borrasca  
Que el buque doade venian  
Ella y su hermano...

JACOBO.

Lo se:  
Naufragó, y ella, salvada  
Fué por milagro...

PIETRO.

Y hallada,  
Mas tarde, ignoro por que,  
Junto á su hermano, en la orilla.  
Siendo luego de estrañar  
Que sin él saber nadar  
La salvara...

JACOBO.

Es muy sencilla  
La esplicacion de esa oscura  
Historia que nadie sabe.  
Yo solo tengo la clave;  
Me la dió mi desventura.  
Prosigue.

PIETRO.

En salvo los dos,  
Diz que el rey, que quiso verlos,  
Se propuso protegerlos.

JACOBO.

Y lo hizo!

PIETRO.

Si, por Dios.  
Segun mi crónica abarca,  
La de Alcira, de antemano,  
Fué esposa de un italiano  
Muy querido del monarca.

JACOBO.

Lo sé, lo sé.

PIETRO.

Tanto, en suma,  
El rey ya les favorece.

Que su poder, cunde y crece  
Como el aceite ó la espuma.

JACOBO.

No anduvo en verdad reacio...

PIETRO.

Dá el monarca, ellos reciben,  
Y hermano y hermana, viven  
En un soberbio palacio.

JACOBO.

Juntos...! qué rabia! y la gente  
No conoce la impostura;  
Y él goza de su hermosura  
Mientras mi amor lo consiente!  
Triste sino me persigue  
Con negro rencor profundo.

PIETRO.

Todo se arrega en el mundo.

JACOBO.

Prosigue, Pietro, prosigue.

PIETRO.

Al español se le acusa  
Porque ya la confianza  
Régia, parece privanza  
De que dicen que él abusa.  
Tanto le contempla el rey  
Que, segun todos me han dicho,  
Si él abrigara un capricho,  
Su capricho fuera ley.

JACOBO.

¡Basta ya! ¡Viven los cielos!  
¿No ves que me estás matando  
A medida que atizando  
Vas la hoguera de mis celos?  
Sin duda la adulacion  
Favorece á mi rival...

PIETRO.

Y sin embargo, es cabal  
Modelo de abnegacion.  
Todos le pintan sincero,  
Noble, honrado y generoso;  
Solamente le hace odioso  
Su cualidad de extranjero.

JACOBO.

Si alguno le tiene amor  
Yo haré que en odio se inspire,  
Yo haré que el pueblo le mire  
Cual le pinte mi rencor.  
A los grandes haré ver,  
Si el furor no ata mi lengua,  
Que el rey sus timbres amengua  
Con tan ciego proceder.

PIETRO.

Me ocurre un plan ingenioso:  
Hagamos correr la voz,  
Que circulará veloz  
Por ese mundo, afanoso  
De grandes noticias...

JACOBO.

DI.

No aumentes mas mi impaciencia.

PIETRO.

Siempre la maledicencia  
Hizo milagros aquí.  
Nadie ha pensado, en verdad,  
En esta intriga de ley:  
Digamos que loco el rey  
Está por esa beldad.

JACOBO.

Insensato! ¿por ventura  
Pienzas que á mi se me alcanza  
Tomar tan ruin venganza?  
Mi veenganza es mas segura.  
Mas grande. Firme en mi puesto  
Yo lucharé ¡voto á tal!  
Con ese nécio rival  
Y ese rey á quien detesto.  
Pronto, Pietro, secundado  
Por tí...

PIETRO.

Lo espero impaciente

JACOBO.

Siento pasos; viene gente.  
Ven, hagámonos á un lado.

Guardaron silencio, y el ángulo oscuro  
Del templo, de nuevo guarida les dió:  
Y al punto dos hombres, tambien embozados,  
Cruzaron la plaza con paso veloz.

Y añade la historia secreta de Nápoles  
Que a Pietro, Jacobo con voz sepulcral,  
—¿Quién son los que llegan? le dijo al oído;  
Y Pietro responde:—Señor, es Adam.  
—¡Adam! Vive el cielo que está entre mis manos:  
Por fin el infierno mi súplica oyó.

—¡Matémoste!—¡Calla! mi horrible venganza  
Será mas certera, mas grande y feroz.

¿Qué importa la vida? yo quiero quitarle,  
Aun mas que la vida, su dicha y su paz.

Herirle en el alma; robarle el sosiego,  
Cubrirle de luto, llenarle de afán.

—Pensaislo despacio? Jamás un momento  
Cual este, propicio, podreis obtener.

—¡Silencio! ¡silencio! respétame y calla.

¿No ves que se acercan? Ocúltate, ven...»

Callaron, y al punto los dos que venían,  
Sin ver á los otros, parados quedaron.  
Y cuenta la historia secreta de Nápoles,  
Que así, con sigilo, allí conversaron:

ADAM.

Ven, Pablo, la noche oscura  
Mis intentos favorece.  
Que mis ojos atestigüen  
Lo que mi razon no acierte  
A comprender.

PABLO.

¿Dudáis?

ADAM.

Dudo  
De tanta infamia. En mi mente  
No cabe la vil sospecha  
Que ver realizada teme  
Mi corazón. No es posible  
Que haya pechos tan alevés  
E ingratos; hombres que paguen  
De tal modo las mercedes,  
Que reciben y que imploran  
A su rey constantemente,  
Mientras que torpe le adulan  
Y sus instintos pervierten.  
Comprendo muy bien que el pueblo  
Romper sus grillos anhela;  
Que aspire la Italia entera  
A ser poderosa y fuerte  
Y grande; pero me aturde  
El cinismo de esas gentes  
Que besan al rey las plantas

Al par que sus plantas muerden,  
Y en secreto al pueblo adulan  
Le seducen y enloquecen.

PABLO.

Es cierto, señor, y ellos...

ADAM.

Habla: ¿por qué te detienes?

PABLO.

Dicen...

ADAM.

No sigas; presumo  
Cuanto á decir no te atreves.  
Sí, lo advino: hace días  
Que la calumnia se cierne  
Sobre mí; la envidia infame  
Su mortal veneno vierte  
Sobre la fama de honrado  
De que gozo justamente.  
El cariño que el monarca  
Me demuestra; las mercedes  
Que, sin que yo las pidiera,  
Quiso desde luego hacerme,  
Han despertado los celos.  
La emulacion de esa gente  
Cortesana, que sin duda  
Me calumnia y me aborrece.  
Es cierto que no he nacido  
En esta tierra; que pueden  
Llamarme extranjero; es cierto;  
Mas este extranjero tiene  
Un alma noble, que sufre  
Cuando los buenos padecen.  
La patria del hombre hourado  
Es el mundo; el delincuente  
No tiene patria; el infame,  
Por extranjero tenerse  
Debe en todas partes; nunca  
Un malvado se conduelo  
Del llanto que en la desgracia  
Sus conciudadanos vierten.

PABLO.

Es verdad.

ADAM.

Oyeme, Pablo:  
Muchas veces, muchas veces  
Hablé con el rey á solas  
Y traté de convencerle  
De que el amor de los súbditos  
Es el sosten de los reyes.  
No hay cadenas mas robustas  
Que las que el cariño teje,  
Pues son cadenas de flores  
Que las voluntades prenden.—  
Pluguiera á Dios que te habiasen  
Todos de la misma suerte!  
Pluguiera á Dios que la santa  
Verdad, tuviera su albergue  
En los palacios! que luego  
A las chozas descendiese  
Para que el rey y el vasallo,  
Ambos recíprocamente,  
En estrecho lazo unidos,  
Se amasen y protegiesen.—  
Mas ya llegan embozados  
Uno tras otro... ¿no adviertes?  
Míralos; no me engañaban,  
Por la acera de allí enfrente  
Como sombras misteriosas  
Se deslizan los que muerden  
Mi reputacion y adulan  
Al monarca; van á hacerle  
Traicion: en la sombra velan;

Por las espaldas le hieren.  
Y mañana, sin embargo,  
Irán como astutas sierpes  
Tal vez a victorearle  
Y desde luego a perderle,  
Divorciándole del pueblo  
Con medidas imprudentes.  
Son los conjurados; miralos:  
Unos tras otros se pierden  
Tras el portal de la casa  
Del duque. Pero ¿qué tienes  
Que miras hacia ese lado  
De tal modo?

PABLO.

Me parece  
Haber oído que hablaban  
Abi detrás. (*Señalando al templo*).

ADAM.

Hoy te vence  
Sin duda el temor; ahora  
Nadie por aquí se atreve  
A pasar; el triste aspecto  
De la fachada imponente  
De esa iglesia...

PABLO.

La señora,  
Tan encargado me tiene  
Que cuida de la existencia  
Del hombre á quien tanto quiere...

ADAM.

¿No es cierto que ella me ama  
Con pasion?

PABLO.

Dianora suele  
Pintarme de la señora  
Condesa el afan vehemente.  
No descansa cuando estamos  
Lejos...

ADAM.

¡Ay! mi adversa suerte  
Ha persistido en negarme  
El bien que tanto apetece  
Mi alma. Tú no lo ignoras.  
Mi deseo mas ardiente  
Era poseerla, darle  
Mi mano, como ya tiene  
Mi corazon. Pero, apenas  
Pisamos el suelo éste,  
De allá de España, llegaron  
Tristes noticias: la muerte  
Desastrosa, inesperada  
Del baron...

PABLO.

Hace once meses  
Y mas, que murió. Del luto  
Muy pronto el término vence.

ADAM.

Tienes razon; pronto Julia  
Será mia; mi impaciente  
Corazon, esa suprema  
Ventura vislumbra alegre.

PABLO.

Dichoso yo, si eso mismo  
Del mio decir pudiese!

ADAM.

¿Amas á Dianora?

PABLO.

Tanto  
Que el pensarlo me estremece.

ADAM.

¿No eres feliz?

PABLO.

Tengo celos  
Que en el corazon me muerden.

ADAM.

¿De quién?

PABLO.

De Pietro.

ADAM.

Insensato!  
Los celos son una fiebre  
Que se apodera del alma  
Y nos ciega y enloquece.  
Pietro es tu amigo.

PABLO.

Le tuve  
Por tal; pero el alma teme  
Una traicion.

ADAM.

Ese hombre  
Bueno y honrado parece.  
Por lo demás, si Dianora  
Como presumo, te quiera,  
Será tuya.

PABLO.

¡Dios lo haga!

ADAM.

Si, si, necio ¿por qué temes?—  
¿Qué hora dió el reloj?

PABLO.

Han dado

Las diez.

ADAM.

Pues irnos conviene  
De este sitio solitario  
Donde la traicion se cierne  
Y afila el puñal oculta  
En las sombras que la envuelven.  
Sigueme, Pablo, y ten calma;  
Los conjurados poseen,  
Segun dijo el miserable  
Que ha delatado á sus gentes,  
Una medalla de bronce  
Que de contraseña suele  
Servirles. Yo no he logrado  
De alguna de ellas hacerme,  
Porque al delator los otros  
Se la han quitado. No puede  
Nadie sin ella en la casa  
Penetrar. Cuando comience  
El baile que allí vá á darse  
Yo haré que mucho no esperen.  
Sigueme, Pablo; veremos  
Si al fin los malvados vencen. (*Se alejan.*)

JACOBO.

Pronto, Pietro! ya se van.  
¡Cómo brilla mi esperanza!  
Ellos dan á mi venganza  
La coyuntura y el plan.  
Si sufrir desde la cuna  
Mi funesto sino fué,  
Hoy realizarse verá  
Los sueños de mi fortuna.  
Para vengarme viví;  
Por vengarme tuve aliento,  
Y en este mismo momento  
Esa ventura entreví.

Pronto, ¡Pietro! antes que estalle  
 Mi corazón de alegría;  
 Sígueme, y atento espía  
 Desde aquella boca calle.  
 Preven tu afilado acero;  
 Ten prudencia, mucho tino;  
 A nadie dejes camino;  
 Y al transeunte primero  
 Que al doblar la esquina aquella  
 Penetrar quiera en la casa,  
 Con diligencia no escasa  
 Impídele entrar en ella.  
 Yo entretanto ¡voto á tal!  
 Despierto estaré y alerta,  
 Velando junto á la puerta  
 Por si salen del portal.  
 Si el transeunte batalla  
 Por evadirse, tu acero...

Ya me entiendes: solo quiero  
 Arrancarle la medalla  
 Que lleve por contraseña.  
 Sin ella puede vivir,  
 Pero tiene que morir  
 Si en negártela se empeña.  
 Si por vivir te la dá,  
 Ponle el puñal por delante  
 Y condúcele al instante  
 Donde esperandome está  
 Nuestra gente: hazla saber  
 Que esta noche aquí conspiro;  
 Que resueltamente aspiro  
 A vengarme ó perecer.  
 Si mi capricho es tu ley  
 Demos un golpe maestro  
 Y el porvenir será nuestro:  
 Nos vengaremos del rey.

## CANTO XI.

### LA CONJURACION.

Un espacioso salon subterráneo, cubierto de tapices negros en el palacio del duque de \* \* \*.—Doble hilera de escaños á los lados.—En el testero de enfrente, mesa con recado de escribir, un ejemplar de la Biblia, y varios papeles.—Conjurados con antifaces negros.—En la mesa de la presidencia tres hombres tambien enmascarados.—El salon está débilmente alumbrado por una lámpara que pende de las bóvedas.

#### UN CONJURADO.

Teneis razon, señores: ha sonado  
 La hora bendita de salvar la pátria  
 Que hoy dolorida y sin ventura, yace  
 A los pies de un tirano maniatada.  
 Teneis razon: ya es tiempo de que el sólio  
 De ese tirano, para siempre caiga,  
 Y que el pueblo, que gime entre cadenas,  
 De su ardiente furor rompa la valla.

#### OTRO CONJURADO.

Caiga el déspota odioso y maldecido.  
 Que nadie alivie sus mortales ansias.  
 Harto tiempo sufrimos como esclavos  
 Acatando sus leyes malhadadas.  
 Esta noche...

#### TODOS.

¡Si, si!

#### UN CONJURADO.

No más, rendidos,  
 Nos halla el sol ante sus pies mañana;  
 Que perezca esta noche; que á su sombra  
 Se realice la empresa sacrosanta.

#### VARIAS VOCES.

¡Mueral; Muera!

#### EL PRESIDENTE.

Señores, perdonadme  
 Si un instante interrumpo vuestras pláticas.  
 Es fuerza dominar por un momento

El entusiasmo que enardece el alma.  
 Ya sabeis que afrontamos un peligro  
 Que nuestros cuellos sin cesar amaga.  
 Bajad la voz, que las paredes oyen  
 Y algunas veces las paredes hablan.  
 Esta noche el tirano inadvertido,  
 ¿Lo ois, señores? pisará esta casa  
 Y en su pecho el puñal hundir podremos,  
 En medio del festin y de la danza.  
 La empresa es fácil, y haecdera y justa;  
 Mas ese pueblo, que afrentado calla,  
 Servil doblando la rodilla, tiembla  
 Mirando el rostro del feroz monarca.  
 Mañana, cuando el sol los horizontes  
 Esclarezca, ese pueblo, esa canalla,  
 Verá con pasmo lo que habremos hecho;  
 Mas no por eso verterá una lágrima.  
 Temblarán de pavor ó de alegría  
 Parciales ó enemigos: sus miradas  
 Atónitas cruzándose, patente  
 Harán luego el estado de sus almas.  
 Su incertidumbre mostrarán los uños;  
 Los otros pensarán en su venganza,  
 É indecisos, perplejos, asombrados,  
 Todos verán lo que en la córte pasa.  
 Entónces, ¿me escuchais? todos vosotros...  
 Nosotros todos, con vigor, con calma,  
 De pátria y libertad el grito alzando,  
 Proclamaremos la unidad de Italia.

#### VARIOS CONJURADOS.

¡Bravo! ¡bravo! eso es.

#### TODOS.

Eso queremos.

#### EL PRESIDENTE.

¿Qué importa lo demás? que el grito salga  
 De nuestros labios, que lo escuche el mundo,  
 Y el mundo entero nos dará la palma.

Duerme el león; el pueblo no despierta;  
Mas si sacude su sopor, sus garras  
Sabrá clavar en los infames pechos  
De los que así, señores, nos ultrajan.  
Toda la tropa está de nuestra parte;  
La guarnición de Nápoles ganada  
Tenemos; la Sicilia espera ansiosa:  
Y al lado de Sicilia está la Italia.  
No mas fieros tiranos; no mas viles  
Estranjeros; no mas torpes privanzas.  
Muera el nécio español que nos insulta  
Y de nosotros sin cesar se aparta,  
Qual si temiese que en su frente el lodo  
Que quiere echarnos, para siempre caiga.

CONJURADOS.

Si, que muera ese torpe aventurero.

EL PRESIDENTE.

Fatal destino le sacó de España,  
Y del rey le condujo á la presencia  
Por labrar nuestro oprobio y su desgracia.  
Mueran los dos, el uno á nuestras manos  
Y el otro á manos de la plebe airada;  
Mas, antes, combinar nos es preciso  
El logro de esta empresa temeraria.  
Es preciso, señores, que esta noche,  
En medio del placer y la algazara,  
Un agudo puñal y un brazo fuerte  
Sobre el tirano con presteza caigan.  
Es preciso que alguno de vosotros  
Empeñe desde luego la palabra,  
Y se encargue de ser de la justicia  
De todos, todos los que aquí se hallan,  
El fiel ejecutor. ¿Quién, ahora mismo  
De esa difícil comision se encarga?

(*Todos se miran y guardan silencio.*)

EL PRESIDENTE.

¿No respondeis, señores? ¿es que, acaso,  
Cuando la hora se aproxima, os causa  
Remordimientos ó temor la empresa  
Que esta noche ha de verse consumada?  
Sabeis que yo, mi obligacion cumpliendo  
Como dueño esclusivo de esta casa,  
Haciendo sus honores, necesito  
Permanecer al lado del monarca.  
Falta, pues, que otros muchos, festejándole,  
Se agrupen en redor, siempre con maña,  
Teniéndole apartado de cualquiera  
Que vendernos quisiese en hora infausta.  
Por eso es fuerza que uno de vosotros  
Se encargue al fin, en nombre de la patria,  
De hundir tres veces en el seno impuro  
Del rey tirano la punzante daga.  
¿Quién de vosotros la alzara? decidme.

(*Nueva indecision y nuevo silencio.*)

UN ENMASCARADO, que penetra en el salon.

¿Buscais un hombre? pues aquí se halla.

TODOS.

¡Bravo! ¡bravo!

EL PRESIDENTE.

¡Silencio! vuestros gritos

Serán funestos á la noble causa  
Que hacer triunfar queremos, si escuchados  
Son por alguno que por fuera pasa.  
Buscábamos un hombre, y ese hombre,  
Mejor diremos héroe de la patria,  
Con voz segura y arrogante aspecto  
Se obliga al fin á consumar la hazaña.  
Bien venido el amigo y el hermano  
Que, con su arrojo y decision, nos saca  
De un piélagos de dudas enojosas  
En que yerto el espíritu flotaba.

Yo saludo al valiente; pero es fuerza  
Que el que prometa levantar armada  
Esta noche su diestra vigorosa,  
Nos muestre aquí sin antifaz la cara.

EL ENMASCARADO.

¿Para qué?

EL PRESIDENTE.

¿Para qué? voy á explicarme:  
Quien echa sobre si la enorme carga  
De obrar por todos, consumando el acto,  
Temer no debe de nosotros nada.  
Poco vale una vida, si con otras  
Mil vidas esa vida se compara.  
Si fuérais un traidor ¿quién nos responde  
De que vais á cumplir vuestra palabra?  
Es preciso que todos conozcamos  
Al héroe principal de esta jornada  
Para ofrecerle merecidos laureos  
Ó para herirle el corazon mañana.  
Descubrios.

(*El presidente se levanta y todos le imitan.*)

EL ENMASCARADO.

Yo os juro...

EL PRESIDENTE.

Cuando el rostro  
Libre mostreis del antifaz que os tapa,  
Yo el juramento os tomaré que ahora  
Queréis hacerme.

EL ENMASCARADO.

Permitid que os haga

Una protesta....

EL PRESIDENTE.

Descubrios al punto

Si un cobarde no sois.

EL ENMASCARADO.

¡Oh! ¡calla! ¡calla!

¿Cobarde yo! ¿no temes que mi cólera  
Menudos trozos de tu lengua haga?  
¡Yo cobarde!

EL PRESIDENTE.

Descúbrete.

EL ENMASCARADO.

¿Lo quieres?

Mírame bien: contéplame á tus anchas.

(*Se quita el antifaz.*)

EL PRESIDENTE.

¡Cielos! ¿que miro? la traicion infame  
Aquí á Jacobo de Riestri manda.

MUCHOS CONJURADOS.

¡Riestri!! ¿habeis oido? aquí el malvado...

JACOBO.

Silencio todos, ó temed mi saña.

(*Pausa: profundo silencio.*)

¿Quién habla aquí de pérfidas traiciones?  
¿Quién aquí, nécio, de malvados habla?  
¿Sois vosotros, que estais siempre temblando  
Qual vil rebaño de ovejuetas mansas?  
Bien moveis vuestras lenguas bajo el techo  
De un sótano empotrado en vuestra casa,  
Y al moverlas, queréis pasar por héroes;  
¿Héroes vosotros? el oírlo pasma.  
Pasen por tales los que pan amargo  
Comen tal vez muy lejos de su patria  
Por haber sido buenos; los que vierten  
En negros calabozos muchas lágrimas  
Siendo inocentes; los que nunca medran  
Adulando á los fuertes; los que hablan

La verdad á los reyes y á los pueblos  
Sin ambicion y sin doblez insana.  
Nadie, cual yo, la sangre del tirano  
Beber anhela con mayores ansias;  
Nadie en el mundo, como yo, aborrece  
Al rey, pues ódio me infundió su raza;  
Mas yo no soy traidor; yo no le adulo,  
Para medrar, con intencion bastarda.

VARIOS CONJURADOS.

¡Viene á insultarnos! ¿lo sufrimos?

JACOBO.

Vengo

A secundaros en la empresa árdua  
Que imagináis; mas con la frente erguida  
Quiero deciros las verdades claras.  
¿Qué hicisteis, no hace mucho, cuando el nombre  
Del pueblo, vuestros labios pronunciaban?  
Le llamásteis servil, le apostrofásteis  
Con los motes de plebe y de canalla.  
¡Hipócritas! ¿pensáis que pronunciando  
El nombre augusto de la hermosa pátria  
Lo mismo al rey que al pueblo en vuestro dolo  
Impunemente insultareis con rabiá?  
¡Insensatos! del pueblo habeis salido  
Y mercedes debeis á ese monarca.  
Vendeis al uno y calumniáis al otro.

PRESIDENTE.

Basta de insultos insolentes.

TODOS.

¡Basta!

JACOBO.

No basta, no, ¿pensásteis que he venido  
Indefenso, á ponerme en vuestras garras?  
Cerca de aquí, cien hombres apostados  
Tengo. Dispuestos á tomar venganza  
Están, y os juro que será tan grande  
Como cumple á quien ya no teme nada.  
Cada uno de ellos vale por cincuenta  
De vosotros; son fieras que se lanzan  
Con placer al combate, que la muerte  
Ven impasibles y el peligro aman.  
Si me tocáis, si faltó... este palacio  
Vereis envuelto en destructoras llamas.—  
Uno está de vosotros en rehenes.  
¿Conocéis por ventura esta medalla?  
Con ella penetré; pero su duofío  
Sumiso y triste su sentencia aguarda.

EL PRESIDENTE.

Es fuerza resignarse.

*(Cayendo sobre su silla y con desaliento.)*

UN CONJURADO.

Por desdicha

La defensa es inútil, temeraria.

JACOBO.

Es muy cierto, sois míos; pero ahora  
Nadie quiere ofenderos; nadie trata  
De averiguar los verdaderos móviles  
De los proyectos que poneis en planta.  
Poco me importa que vengais guiados  
Por una idea de ambicion insana,  
O porque solo os estimule el noble  
Afecto puro de salvar la pátria.  
¿Qué me importa? vosotros algun dia  
Podreis hacer lo que mejor os plazca  
Renunciando á las torpes ambiciones  
O asesinandoos por mejor lograrlas.  
Yo no tengo ya hogar, no tengo amigos;  
Maldecido de Dios, perdida el alma,  
Con horror caminando por el mundo  
Voy siempre envuelto entre tinieblas vagas.

Solo un amor por mi desdicha tengo;  
Amor que el triste corazón traspasa,  
Pues el cielo me niega la ventura  
De poder abrigar una esperanza.

UN CONJURADO.

Casi loco parece: de sus ojos  
Brillantes chispas con furor exhalaba.

JACOBO.

Razon teneis en suponer que ahora  
Demente estoy; mas hablaré con calma.  
¿Sabeis vosotros lo que solo al mundo  
Puede ligarme, y á la vida amarga?  
Escuchadme otro poco y ya vereis  
Cómo mi historia sensacion os causa.

..

«Yo era un niño inocente; de mi madre  
En el regazo, con placer gustaba  
Esas dulces, suavísimas caricias  
Que el candoroso espíritu amamantan  
De los niños; apenas cinco años  
Entonces ¡ay! de mi existir contaba.  
Era mi padre un grande; mas no de esos  
Que tan solo lo son por su prosapia  
Mas ó menos ilustre; la nobleza  
Le era propia; no fué solo heredada.  
Dióle el cielo mil bienes; su fortuna  
Era cuantiosa; sus riquezas tantas  
Que mas de un cortesano le temia  
Y mas de un avariento le envidiaba.  
Muchas veces mi madre me ha pintado,  
Vertiendo siempre abrasadoras lágrimas,  
Sus acciones benéficas, su afable  
Trato, sus dotes, su grandeza de alma.  
Nunca un pobre infeliz llegó á su puerta,  
Sin que con dulce caridad cristiana  
Mi padre recorriera con su mano.  
La orfandad de aquel pobre ó la desgracia.  
El pueblo sus acciones bendecía,  
Todo el mundo sus prendas alababa...  
¿He dicho todo el mundo? me equivocó;  
La vil envidia se cebó en su fama,  
Y la negra calumnia maldecida  
Clavó en su pecho las sangrientas garras.  
Un amigo... un infame, secundado  
Por otro monstruo que abortó la España.  
Juró su perdición, porque mi madre  
Rechazó una pasión torpe y villana.  
Era ese monstruo, de que os voy hablando,  
Adulador y amigo del monarca  
Y al fin clavó su venenoso diente  
En nuestros timbres con horrible saña.—  
Él acusó á mi padre de un gran crimen  
De lesa majestad; su vil palabra  
El traidor español apoyar supo.  
Falso testigo, pérfido y sin alma.—  
Un dia... ¡infausto dia! de inhumanos  
Esbirros, mi mansion fué rodeada,  
Y mi padre llevado á un calabozo  
Sin que inspirase su inocencia lástima.—  
Mas no, no he dicho bien; el pueblo acaso  
Vertió en secreto dolorosas lágrimas  
Mientras que alevos cortesanos torpes  
En sus rostros su júbilo mostraban.  
La cólera del rey era terrible:  
Nuestras pingües haciendas confiscadas  
Fueron al punto, y vime con mi madre  
Pobre á las puertas de mi rico alcázar.  
Mi triste madre me cogió en sus brazos  
Y vestida de luto, resignada,  
Renunciando á sus pompas, no podía  
Renunciar al esposo que adoraba.  
Sin verle, sin oírle, con el pecho

Lleno de afán y el alma destrozada,  
De la cárcel los ámbitos oscuros  
Conmigo quiso traspasar incauta.  
¡Y todo intento! las puertas no le abren;  
¡Suplica, llora; ¡diligencia vana!  
Los feroces guardianes de mi padre  
No tienen; ay! ni corazón ni entrañas.  
Atónita, confusa, dolorida,  
Llena de espanto, á la real morada  
Corre otra vez, y como siempre intenta  
Presentarse á la vista del monarca.  
Lógralo al cabo: ante sus pies se postra,  
Píde justicia, compasión demanda,  
Y al notar que á sus voces continúa  
Sordo, con loco frenesí me abraza.  
—Mi esposo está inocente, dando un grito  
La pobre madre congojosa esclama;  
Lo juro por mi hijo: por el tierno  
Niño, que pongo ante tus reales plantas.  
Míralo bien, el ángel de mi vida  
La de su honrado padre te demanda;  
No manches esta frente tan serena  
Ni empañes esta llupida mirada.  
Ten piedad y perdona; ¡es tan hermoso  
Impedir que se vierta sangre humana!

UN CONJURADO.

¡Pobre madre!

JACOBO.

¡Si, sí; pobre...! tan pobre  
Que mártir fué para mostrarse santa.  
—«Señora, dijo el rey; vuestro marido,  
Hoy en poder de la justicia se halla;  
Si los jueces por malo te condenan  
Cumpla su fallo la justicia humana.»

EL PRESIDENTE.

Continuad.

JACOBO.

¿No es muy cierto que esta historia  
Conmueve el corazón y aterra el alma?  
Mi padre era inocente y sin embargo  
La acusación inicua fué apoyada  
Por testigos comprados con el oro  
De aquellos que al honrado calumniaron.  
Los jueces, engañados ó vendidos,  
Deliberaron con horrible calma...  
Y un voto... un voto lúgubre, incolemente  
Inclinó hasta el abismo la balanza.

UN CONJURADO.

¿Y vuestra madre?

JACOBO.

Pronto fué viuda.  
Se alzó un cadalso en medio de una plaza  
Y mi padre infeliz, el hombre probo...  
Dejad que omita lo demás que falta,  
Sin pedir que os explique los detalles  
De aquella horrible maldecida infamia.  
Solo quiero deciros que aquel día  
Una pobre mujer, desmelenada,  
Pálido el rostro y demacrado el cuerpo,  
De Nápoles corriendo se alejaba  
Con un niño en sus brazos, como loca  
Repetiendo estas lúgubres palabras:  
—Hijo mío, hijo mío! que el infierno  
Venga en tu auxilio si el Señor te falta;  
Que algún día la sangre de tu padre  
Sobre sus viles asesinos caiga.»

EL PRESIDENTE.

Triste historia.

JACOBO.

¿No es cierto que es muy triste?  
Pues... oid lo demás. Mi infortunada

Madre, mas tarde, arrepentida, quiso  
Perdonar, y alejarme de la ingrata  
Tierra, dó abrí mis inocentes ojos  
Para ver mi desdicha consumada.  
Un buque nos dió asilo: para América  
Izó las velas la flotante casa  
Y en busca de un pariente al Nuevo Mundo  
La infeliz en sus brazos me llevaba.  
Desde entonces, confusos mis recuerdos  
Brotan ya en mi memoria: yo admiraba  
La grandeza del mar y me cernía  
Sobre el abismo cual se cierne el águila.  
Una noche serena, limpia, hermosa,  
El buque esbelto rápido volaba  
Y yo, echado en el seno de mi madre,  
Bebiendo alegre las marinas auras  
Que entre el velámen sin cesar bullían,  
Las estrellas estático miraba.  
De pronto, un ronco acento, atravesando  
El espacio, se alzó sobre las aguas,  
Y el capitán del buque, á sus marinos  
Les dió instrucciones; pero en lengua estraña.  
Nada entendí, y el barco mas ligero  
Continuó navegando, y mas cercana  
Otra vez se escuchó la voz de antes  
Dominando el silencio que reinaba.  
¿Sabeis vosotros lo que aquello era?  
¿Podreis pensar en la aventura estraña  
Que allí nos deparó fiero destino?  
Yo mismo tiemblo solo al recordarla.  
Diseñando sus formas imponentes  
Sobre el vasto horizonte, se acercaba  
Ligero hacia nosotros otro buque  
De alto bordo y poderosas gávias  
Que, á modo de imponente gaviota,  
Con increíble rapidez volaba.  
Luego vióse una luz como un relámpago  
Y un sordo trueno se escuchó; una bala  
Silbando por encima de nosotros...  
Nunca podreis imaginar la infausta  
Escena que siguió; yo la recuerdo  
Y aun me parece que se turba mi alma.

VARIOS CONJURADOS.

¡Un combate en el mar!

JACOBO.

La tierra es grande;  
¿No es cierto? mas ¿qué importa? no es tan ancha  
Que el hombre tenga en ella suficiente  
Espacio; es fuerza que á los mares vaya  
A lidiar y á morir, aunque no pueda  
Tener luego una fosa y una lápida  
Que resguarden sus restos.—Fué un combate;  
Lo habeis adivinado; una batalla  
Que en el silencio de la noche augusta  
Impasibles los astros contemplaran.  
¡Oh! no sabeis, aquello era imponente,  
Sublime y horroroso: el mar en calma  
Y sobre el mar los dos buques sombríos  
Vomitando á torrentes la metralla.  
Luego... luego... ¿sabeis qué significa  
Un abordaje? unidas las dos bandas,  
De los flotantes edificios negros,  
Que allí con furia y con tason luchaban,  
No hubo ya compasión para ninguno;  
Ni aun para el triste que entre fieras ánsias  
Exhalando gemidos, iba luego  
A caer en los senos de las aguas.  
Todo fué confusión, al estampido  
De las armas de fuego; á las palabras  
De cólera, y horribles maldiciones,  
Sucedió el esterminio y la matanza;  
La lucha cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,  
Armados todos del puñal y el hacha.

## UN CONJURADO.

Funesta, horrible noche!

JACOBO.

Si, funesta;  
Muy funesta en verdad. Las rojas tablas  
De ambos puentes, estaban de cadáveres  
Y mutilados miembros atestadas,  
Cuando en el buque en que mi madre iba  
El incendio estalló; voraces llamas  
Envolvieron su casco y su velamen.  
Y al rojo resplandor que iluminaba  
Aquel cuadro fantástico y horrible,  
A manera de pálidos fantasmas,

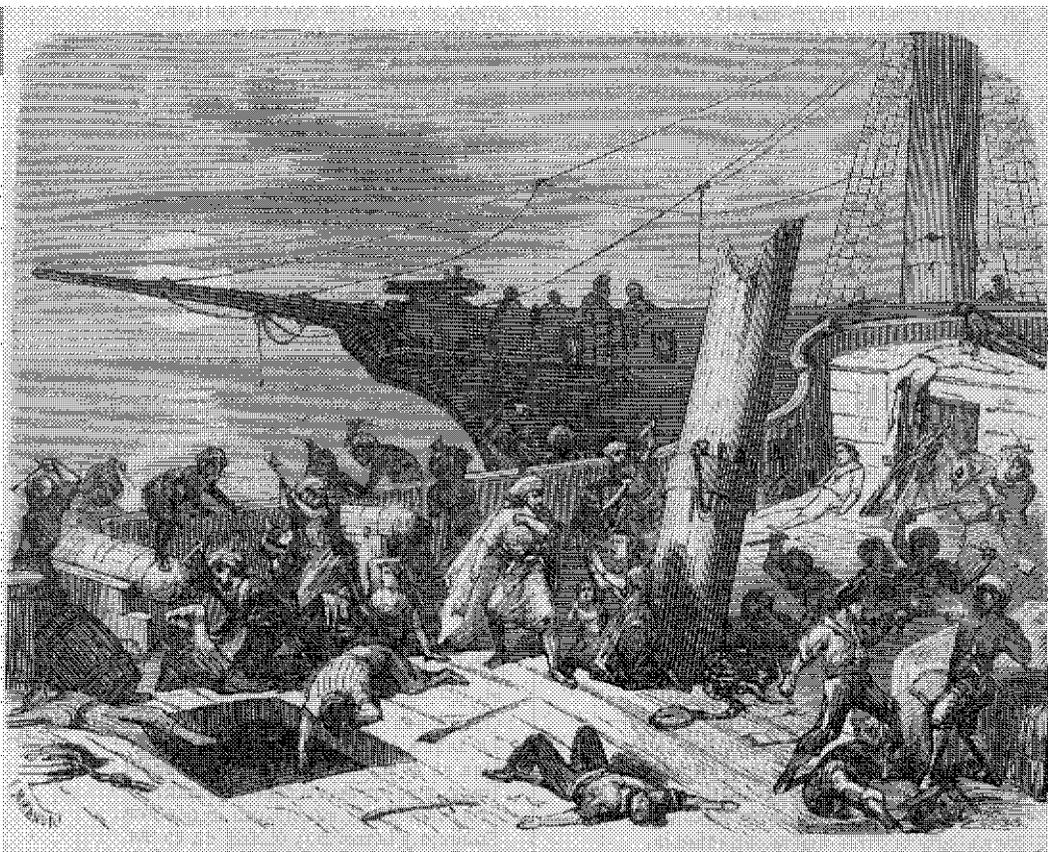
En su sangre bañados, cien espectros  
Por todas partes sin cesar se alzaban,  
Rechinando los dientes, y arrojándose  
Con furor sus coléricas miradas.

UN CONJURADO.

Temerosa aventura.

JACOBO.

Desde entonces  
¿Sabeis lo que fui yo? fui de un pirata  
Esclavo, y en su buque, prisionero  
Pasé los años de mi triste infancia.  
Desde entonces, con bárbara delicia,  
Los embates del cuerpo y los del alma



Soporté con tesón, y amé el peligro  
Y odié á los monstruos de mis males causa.  
Imité de mis dueños las proezas;  
Las peñas de los mares fueron blandas,  
Si á mi terrible corazón de acero  
Las peñas de los mares se comparan.  
Mi buque fué terror de los marinos  
Cuando el cetro heredé de aquel pirata,  
Que á mi madre infeliz con fuerza bruta,  
Hizo despues de su apetito esclava.

¡Oh! si, yo he sido... ¿me escuchais, señores?  
He sido un monstruo en cuya frente osada  
Marcó Dios su anatema; he sido el buitro  
Que la sangre del hombre olfateaba  
Con feroz avidez...

UN CONJURADO.

Su acento rudo  
Espanto infunde y estremece el alma.

JACOBO.

Solo un dia... (con pena lo recuerdo  
Y á la vez con placer); de la matanza,  
Del pillaje y del robo, con hastío  
Quise la vista separar cansada.  
Sentí el grito que al cabo la conciencia  
Despavorida y zozobranante exhala,  
Cuando el hombre insensato frente á frente,  
De sus recuerdos por su mal se halla.  
Yo era rico, muy rico; con el oro  
Que llegué á poseer, me figuraba  
Que era fácil romper con mi pasado.  
¡Necia ilusión! mi madre infortunada  
Murió entonces, contándome la historia  
Que acabo de narrar. Ardiendo en saña  
Juré sobre su cuerpo inanimado  
Tomar terrible y ejemplar venganza  
De aquellos que al cadalso condujeron  
A mi padre infeliz. La mar salada,  
Teatro de mis triunfos horrosos,  
Dejé por fin. Enderecé mi planta  
Hacia Europa seguido de unos cuantos  
Decididos y bravos camaradas;  
Y tomando otro nombre, haciendo uso  
De mis tesoros, penetré en Italia.  
Llegué á este pueblo en que nací; temblando  
De emoción, en sus calles solitarias  
Penetré cierta noche; y en el sitio  
Donde murió mi padre, con el alma  
Transida de dolor, el juramento  
Renové de esterminio y de matanza.  
El rey ya no existía; pero vive  
El heredero a quien mi odio alcanza  
Lo mismo que á su padre; los villanos  
Calumniadores, que del mio causáran  
La muerte, de esta tierra se ausentaron  
Temerosos tal vez de que cansada  
La Providencia, su ejemplar castigo  
Por ignorados medios preparara.  
Preciso fué buscarlos; todo el oro  
Lo transfigura, vence, mada y tapa.  
Jóven aún, valiente; poseyendo  
Grandes tesoros, recorri á mansalva  
Las cortes de la Europa, donde he sido  
El idolo querido de las damas.  
Causábame placer, placer imenso,  
Mezclarme con la loca mascarada  
De impúdicas mujeres y de frivolos  
Cortesanos. Feliz me recreaba  
En ver su confusion, cuando mi lujo,  
Mi boato y mis trenes envidiaban.  
Tal vez; ¡ay! en el piélago revuelto  
De aquella sociedad desenfrenada  
Que, idolatra del oro, pedestales  
Siempre á los ricos con ardor levanta,  
Hubiérame olvidado de mis crímenes  
Para gozar tan solo; pero estaba  
Por medio la memoria de mi padre  
Que tengo aquí en el corazón grabada.  
París, Lóndres, Madrid...: nunca en mal hora  
Pisára el suelo de la bella España,  
Que si allí mi venganza he realizado,  
Allí el valor, el corazón, el alma  
Para siempre perdí!

EL PRESIDENTE.

Estamos. Ved, que impacientes

JACOBO.

Dices bien: óyeme... y calla.  
He dicho que en Madrid vengarme pude.  
Los enemigos de mi padre estaban  
Emparentados; eran yerno y suegro  
Los que fueron inicuos camaradas.

Era preciso esterminarlos; era  
Preciso, que la mano del pirata  
Cayera sobre ellos, como cae  
Segur cortante que los campos tala,  
O bramador torrente que los arboles  
Y hasta las peñas con furor arrastra.  
Y sin embargo, acobardado, tímido,  
Fui lento en el obrar; mi mano armada,  
Cien veces vaciló, tembló... Cien veces  
Apagué irresoluto, la incendiaria  
Tea:—Yo estaba enamorado, loco,  
Sin que abrigar pudiera una esperanza.  
¡Oh! recuerdo la vez que conducido  
Fui por desdicha ante la hermosa dama.—  
Allí el monstruo... si, si, yo que no tuve  
Nunca, en mi vida, corazón ni entrañas,  
Temblando de emoción, tímido, débil,  
Dí á una mujer de mi pasión la palma.  
Era tan dulce de sus labios rojos  
La hechicera sonrisa! su mirada  
Tan penetrante y vivida, que ciegos  
Mis ojos, en los suyos no acertaban  
A fijarse; ¡qué oprobio! yo era un niño  
Que en secreto su amor acariciaba,  
Huyendo loco del amado objeto  
Que el valor y la calma le robaba.  
¿Sabéis la causa de mis dudas? Ella  
Era hija y esposa infortunada  
De los dos asesinos de mi padre.  
Yo habia jurado esterminar la raza  
De esos dos monstruos, reducir á escombros  
Sus hogares; mas ¡ay! que tuve lástima  
De la beldad querida, y á otras gentes  
Confíe por el pronto mi venganza.

EL PRESIDENTE.

Son las once; á las doce en punto, el baile  
Comienza; vendrá el rey, si no nos halla  
En nuestros puestos...

JACOBO.

Poco ya me queda  
Que decir; escuchame y ten calma.  
Falto yo de valor para cebarme  
De esa hermosa beldad en la desgracia,  
Dejé á Madrid, quedando confiados  
Mis planes á mis bravos camaradas.—  
Se dió un festin; en él mis enemigos,  
Sin escluir á la orgullosa dama,  
Debieron sucumbir; mas del veneno  
Ella y su padre, ignoro porque causa,  
Se salvaron; tan solo fué su esposo  
Victima entonces de mi fiera saña.  
Luego... luego... mi vida fué un suplicio.  
Por un lado mi amor cobraba alas,  
Y por otro, mi padre, mi buen padre  
«¡Vengame pronto!» sin cesar gritaba.  
Mas ¡ay! mi corazón enamorado,  
Os lo confieso con vergüenza y rabia,  
Al inclinarse á la mujer querida  
A ser bueno y humano se inclinaba.  
Fui sombra de la hermosa; en los teatros,  
En el templo, en las calles... ¡oh! mal haya  
Mi loca ofuscación! yo la seguía  
Sin que tímido el labio una palabra  
Supiese formular; sin que mi acento  
Jamás en sus oídos resonara.  
Y ¿cómo hablar? El hombre maldecido,  
El hijo del ahorcado, el vil pirata,  
Era imposible que explicar pudiese  
De su ardiente pasión la activa llama.  
Fué preciso seguir la antigua senda:  
Maté, incendié, luché con mi desgracia  
Y otra vez, y otras mil, con rudo encono  
Juré matar al hijo del monarca

Que, al llevar al suplicio á mi buen padre,  
De mi desdicha y perdicion fué causa.  
Tal vez una sonrisa de la hermosa  
Mujer que idolatré, me separara  
De estos nuevos caminos que emprendia  
Sediento de esterminio y de matanza.  
Mas aquella mujer no pude verme;  
¡No pudo verme porque ciega estaba!  
Tan ciega que, dejando el pátrio suelo,  
Con un imbécil dirigióse á Italia,  
Llamándole su hermano, cuando era  
El amante á quien loca idolatraba.

UN CONJURADO.

¿Y el nombre de esa hermosa?

JACOBO.

Ya parece

Que os interesa el nombre de esa dama.

¿No es cierto? pues oído...

EL PRESIDENTE.

No la nombres.

Ya con las señas que nos diste basta.  
La mujer, que tú adoras en secreto,  
Es la condesa; la española odiada  
Que aquí vino á intrigar... y que merece  
Un suplicio tambien.

JACOBO.

Cállate, calla,

Sella el labio; no manches con tu aliento  
El dulce nombre de mi Julia amada.  
Nadie, nadie en el mundo, mientras tenga  
Fuerzas mi brazo y mi valor audacia,  
Tocará ni á un cabello de esa hermosa.  
Ella es un ángel de belleza rara  
Que nunca os ofendió...

UN CONJURADO.

Razon le sobra.

OTRO.

Tiene razon: aquí ya no se trata  
De matar á mujeres indefensas.  
Hoy aquí la nobleza coaligada  
Va á vengarse...

JACOBO.

Mi vida he referido,

No con objeto de inspiraros lástima,  
Sino solo ganoso de mostraros  
Mis designios, mi cólera, las causas  
De mi ardiente rencor; no me digais  
Que es noble y justa y conveniente y santa  
Vuestra empresa. Yo solo necesito  
Castigar al autor de mis desgracias,  
Y hacer que mi rival sufra los golpes  
Que rudamente sobre mí descargan  
Los celos que me oprimen. Yo, privado  
De mi hogar, de mis timbres y mi casa;  
Perseguido, iracundo, con vosotros  
Pretendo consumir mi última hazaña,  
Juro, pues, esta noche, del tirano  
Hendir el seno con mi aguda daga,  
Y mañana labrar la desventura  
De ese español que la de Alcira llama  
Su hermano; y yo os lo juro por el nombre  
De mi padre.

EL PRESIDENTE.

Y al paso de la Italia

Serás libertador, por mas que ahora  
Solo pretendas aplacar tu saña.  
Yo en nombre de estas gentes te saludo.  
Sube al festin y en medio de la danza  
Consuma, con valor heroico, el acto  
De librarnos del déspota que arrastra

Tus timbres y los nuestros por el lodo,  
Mueran los dos; que Nápoles mañana  
Su caudillo te aclame; que tu justa  
Empresa, tenga el término que alcanzan  
Las que el cielo protege cuando tienden  
A dar al hombre libertades santas.

JACOBO.

¿Lo dudais? ved mi brazo, ved mi acero.

*(Blandiendo un puñal.)*

UN CONJURADO.

Es un bravo; tengamos confianza.

OTRO.

Con su presente y porvenir magnificos  
De su pasado borrará las faltas.

EL PRESIDENTE.

Subamos al festin; la hora se acerca.

JACOBO.

Subamos luego si el festin aguarda.

UN CONJURADO.

Sí, Sí.

OTRO.

¡Viva el valiente!

VARIOS.

¡Viva! ¡Hurra!

JACOBO.

*(Con feroz ironía.)*

(Hé aquí la ciega humanidad pintada.  
Cien nobles impulsados por la envidia,  
Al vil corsario y al bandido aclaman.)

*(Se precipitan todos por una puerta secreta que abre el presidente. El local queda desierto y silencioso.)*

ADAM.

*(Levantando un tapiz y penetrando en el salon mira con inquietud los objetos que hay en él y dice con desconsuelo:)*

Llego tarde; perdido entre las sombras  
De este vasto edificio, por desgracia  
La série de sus tristes galerias.  
Desconocidas para mí, ignoradas,  
Crucé desorientado: llego tarde;  
Todos marcharon cuando yo llegaba.  
¿Dónde van? ¿qué pretenden? ¿por qué ocultan  
La faz cobarde bajo negra máscara?  
Quiéren matar al rey; ¿por qué? Sin dada  
Porque ese rey me favorece y ama.  
Tal vez entre esos hombres habrá alguno  
Que todo se lo deba; tal vez haya  
Quien con justicia detestarle pueda;  
Pero es empresa por demás villana  
La de herir á traicion, como la víbora  
Que entre las flores del pensil se arrastra.  
Por fortuna ese rey que me protege  
No vendrá á ese festin donde le aguardan  
Los torpes asesinos: le he rogado  
Que no venga, y él oye mis palabras.  
Descarguen sobre mí todas sus iras  
Si es preciso; yo debo á ese monarca  
Gratitud; yo le quiero, aun que conozca  
Que ha cometido y que comete faltas.  
¡Oh! ¿por qué todos, como yo, á los reyes  
No guian por la senda que nos trazan  
La virtud, el deber, el patriotismo  
Y la razon y la justicia santa?

*(Se queda pensativo y luego dice con profunda tristeza:)*

¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tú, algun dia,  
Oscuro, abyecto y miserable, ansiabas

Penetrar atrevido en los palacios  
 Donde mundos de amor, de dicha ufana  
 Forjó en sueños tu ardiente fantasía  
 Ávida siempre de ilusiones gratas.  
 ¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tus ensueños  
 Realizados se ven; mira, repara  
 En torno tuyo, y dime lo que encuentras;  
 ¿Qué ves? responde...! La traición malvada  
 Se cierne sobre tí; la envidia infame  
 Hince sus dientes en tu limpia fama  
 Y la lisonja fementida encubre  
 El negro encono que los pechos guardan.  
 ¡Oh! salgamos de aquí; tal vez ahora  
 Contra mi vida los menguados fraguan  
 Complot horrible...

(*Quiere salir; pero de pronto dice fijándose en los papeles que hay sobre la mesa.*)

¡Cielos! ¿qué descubro?

Ó mis ojos atónitos me engañan  
 Ó estos papeles... pero no, no hay duda;  
 Es una lista que quedó olvidada;  
 Y en ella consignados aparecen  
 Sus nombres todos... ¡todos! ¡Ah! me espanta.

La diabólica idea que mi mente  
 En este instante sin quererlo asalta.  
 Si el rey al ver la carta en que le ruego  
 Que no asista á ese baile, sospechára  
 Lo que sucede aquí; si la justicia  
 Penetrase de pronto en esta casa,  
 Y esta lista, estos nombres se leyeran  
 Y siguiese el castigo, la venganza...  
 ¡Oh! ¡imposible! los reyes nunca deben  
 Ver documentos que en su fondo guardan  
 Abismos de rencor, lagos de sangre,  
 Y acaso arroyos de inocentes lágrimas.  
 Vivan todos, Adam; que sus familias  
 Nunca vistan de luto por tu causa;  
 Que al rey tu protector guarden los cielos  
 Y á tí, que á torpes enemigos salvas.

(*Rompe los papeles, toca un timbre y viendo á un criado que aparece, y que cae á dar un grito, le dice apuntándole con una pistola.*)

Oye y guarda silencio: en este instante  
 Vas á abrirme las puertas de esta casa;  
 Luego sube al festín y di á tus dueños  
 Que esta noche no esperen al monarca. (*Salen.*)

## CANTO XII.

Vila, ó casa de recreo, en las cercanías de Nápoles.—Gabinete, elegantemente amueblado, con un balcón que da al jardín.—Desde este balcón se descubre una dilatada campiña y mas á lo lejos el Vesubio que de vez en cuando arroja espesas columnas de humo.—En la alcoba de dicho gabinete hay un precioso lecho con colgaduras de damasco.—Son las primeras horas de la mañana.

### ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA DE ALCIRA duerme medio vestida en el citado lecho.—Se oye un laud y una voz de hombre que canta las siguientes estrofas:

#### EL CANTOR.

Rico manto el sol se viste  
 De púrpura y de tisú,  
 Y nadar el alma puede  
 En océanos de luz.  
 Despierta, dueño querido,  
 Que al compás de su laud,  
 El que rendido te adora  
 Viene ahora  
 A ensalzar su esclavitud.

~~~~~

En las serenas
 Noches de estío,
 Yo mis cadenas
 Beso, amor mío;
 Y en las mañanas,
 Frescas, lozanas,

Cuando las flores
 Dan sus olores
 Al valle humbrío,
 Vengo á cogérlas;
 Y al ver las perlas,
 Bella española,
 Con que guarnece cada corola
 Blando rocto;
 Llorando por tu desvío,
 Mientras que llora la flor,
 Vengo á cantarte, ángel mío,
 Tiernas endechas de amor.

~~~~~

Despierta, despierta;  
 No duermas, mi bien;  
 Que un mundo de amores  
 Te vengo á ofrecer.

#### LA CONDESA.

(*Se arroja del lecho en extremo sobresaltada y dice:*)

No fué una ilusión, no á fé.  
 Otra vez la armoniosa,  
 Triste canción misteriosa  
 Entre sueños escuché.  
 Toca mi nécia esperanza  
 En la negra realidad  
 Y sigue la tempestad  
 En medio de la bonanza.  
 El alma llena de espanto  
 Y el corazón latir siento  
 Al escuchar ese acento,  
 Al percibir ese canto.

¡Dios mío! y en tanto, aquí  
Estoy sola; ¡qué agonía!  
¿Por ventura el mar envía  
Fantasmas en pos de mí?

LA VOZ DEL QUE CANTA.

À la vista del peligro  
Jamás mi pecho tembló;  
Que una barca y una ola  
Fueron mi cuna y mi amor.  
Mas ¡ay! que al mirarte luego  
Tu hermosura me hechizó  
Y las ondas me arrojaron  
Y enviaron  
À rendirte adoracion.

~~~~~

LA CONDESA.

¡Oh! no hay duda: esos acentos
Negras memorias esconden,
Y parece que responden
À mis propios pensamientos.
¡Adam! ¿por qué se ausentó?
¿Por qué ese cantar oí?
Muerto à ese hombre creí
Y vive, no hay duda, nó.
Tengo miedo.

(Tira del cordón de una campanilla.)

ESCENA II.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Ven, Dianora.
Acércate, ven acá;
Ven y siéntate à mi lado,
Y si puedes mitigar
Mi pena, cúrala pronto,
Que es un suplicio fatal.

DIANORA.

En efecto, estais muy pàlida;
Señora ¿por qué tembláis?
¿Qué tenéis? ¿estais enferma?
¿Queréis que llame?...

LA CONDESA.

No tal.
Quiero hablar contigo à solas
Con entera libertad.
¿Salió Pietro?

DIANORA.

Esta mañana
Temprano le ví marchar.

LA CONDESA.

¿No ha vuelto?

DIANORA.

Si no me engaño
Creo que pronto volverà.

LA CONDESA.

Dianora... tú me has querido
Siempre; ¿no es cierto?

DIANORA.

En verdad,
Señora, que no comprendo...
¿Cómo no os tengo de amar
Cuando huérfana en el mundo,
Y pobre, sin vos, quizás,
Me hubiera muerto de pena
En mi horrible soledad?
Yo os amo mas que à la vida
Que os debo; mas, mucho mas.

LA CONDESA.

Y sin embargo... me ocultas
Un sentimiento tenaz
Que de tu alma se apodera;
Que subyugándola está.
Tú amas à Pietro.

DIANORA.

(Llorando.) ¡Señora!...
¡Ay! tened de mí piedad.

LA CONDESA.

Conoces à Pietro?—Un día
À casa le traje Adam
Poniéndole à mi servicio
Sin conocerle quizás.
Pero el corazon me dice
Que Pietro nos va à engañar.
No sé por qué, su sonrisa
Me es repulsiva; él será
Tal vez un honrado jóven;
Mas no le puedo mirar
Sin sentir frio en el alma...

DIANORA.

¡Oh! señora; desechad
La idea que habeis formado
De Pietro, que os ama ya
Tanto como yo.

(Poniéndose de rodillas.)

LA CONDESA.

Levanta;
No llores, no llores mas,
Y escucha y fija en tu mente
Lo que te voy à contar.
Sabes que hace muchos dias
Que separada de Adam
Estoy; el rey lo ha querido.
En Roma mi amante esta
Encargado de un negocio
De Estado; S. M.
Lo quiso así, y esa honra
Era preciso aceptar.

DIANORA.

Es cierto; pero ya pronto
Vuestro amante volverà.

LA CONDESA.

¡Ay! ojalà que así fuese
Para alivio de mi mal;
Mas pienso que todavia
Ausente de aqui ha de estar
Mucho tiempo...

DIANORA.

Yo pensaba...

LA CONDESA.

Un misterio grande hay
En todo esto, Dianora,
Que te voy à revelar.
Hace meses que una noche
Con Pablo salió mi Adam...—
¡Pobre Pablo! él me ha contado
La aventura singular.—
Era la noche sombría,
Y en un inmenso local
Ciertos nobles, congregados,
Trataban de asesinar
Al rey, que asistir debia
A un baile.—Quiso mi Adam
Salvar al rey, pero ¿cómo
La catástrofe evitar?
Convertirse en vil espía
Y en delator además,
Era hacer negros oficios

Indignos de un alma leal.
Dejar que el rey fuese al baile
Desprevenido quizás,
Era esponerle á una muerte
Inevitable y fatal.
¿Qué hacer? Mi amante, que estima
A quien con tierna bondad
Nos ha protegido, pudo
Con un ardid, estorbar
Que fuese al baile el monarca;
Mas éste fué perspicaz;
Los conjurados temieron
Saliendo de la ciudad,
Y hubo destierros, prisiones
Que Adam pretendió estorbar
Inútilmente.

DIANORA.

Señora,
Fué justo; ¿por qué llorais?

LA CONDESA.

Porque mi estrella enemiga
No me abandona jamás;
Porque el rey llamó á mi amante
A su cámara real,
Al cabo de algunos dias,
Y entre severo y jovial
Le dijo:—«Tú me has salvado
La vida; gracias, Adam.»
—«Señor, murmuró mi amante,
¿Cómo os podeis figurar
Que...»—«Silencio! dijo entonces
De nuevo el rey:—«Tu que estás
Persuadido, de que siempre
Deben saber la verdad
Los reyes, no puedes hoy
Los sucesos disfrazar.
Te soy deudor de la vida;
Mas contra la tuya están
Conspirando y hoy de Nápoles...
Hoy mismo te has de ausentar.
Una mision te encomiendo
Cerca de Su Santidad:
Parte á Roma; de tu hermana
Sabré entretanto cuidar.»

DIANORA.

Mucho vuestro tierno amante
Debió sufrir...

LA CONDESA.

Con afan
Rogó al rey que no le diera
Esa mision especial.
Sus ruegos fueron inútiles.
Usó de su autoridad
El rey, y Adam partió á Roma...
Dios sabe si volverá!

DIANORA.

¿Qué estais diciendo?

LA CONDESA.

Mi amante

Ha demandado piedad
Para los hombres ilusos
Que desterrados están
Ó presos; quiere que el rey
Dé á todos la libertad;
Quiere que las ligaduras
Del pueblo, que opreso está,
Se aljojen un tanto; pide
Lo que no puede lograr
Aunque el rey le tiene en mucho
Y le dispensa amistad.

DIANORA.

Y creéis?

LA CONDESA.

Si el rey perdona
Mi amante aquí volverá;
Si no perdona, nosotras
Nos tendremos que ausentar. *(Pausa.)*
Tal es, Dianora, el secreto
De esta ausencia que me está
Torturando; escucha ahora
Otro secreto fatal.
Pero antes... tengo miedo
De que puedan escuchar
Lo que te diga.

DIANORA.

Señora...

Estamos solas.

LA CONDESA.

Si tal.

Debemos solas hallarnos,
Si tienen fidelidad
Mis criados, si mis puertas,
Cual tengo mandado, están
Bien cerradas.

DIANORA.

Vuestras órdenes

Nadie osára quebrantar.

LA CONDESA.

Tienes razon; y por eso
Aqui, ausente de mí Adam,
He pasado muchos dias,
Triste, si; mas sin temblar
Ni tener miedo.

DIANORA.

Y ahora

Le sentís...?

LA CONDESA.

Mucho.

DIANORA.

En verdad

Que me confundís, señora...

LA CONDESA.

¿Por qué, porque no me das
El título cariñoso
De amiga? yo no soy ya
La altiva condesa; soy
La infeliz...

DIANORA.

¡Oh! no sigais.

Para mí, siempre la misma
Mi protectora será.

LA CONDESA.

Pues bien, si tanto me quieres,
Dime por Dios la verdad.
Nada me ocultes, Dianora.
Di si sentiste cantar
Al pié de mis rejas.

DIANORA.

Creo

Que de un laud ai compás...
Mas pensé que un caminante,
Al pasar á la ciudad,
Por entretener sus ocios
Iba cantando quizás.

LA CONDESA.

Y no escuchaste otras veces
Esa voz?...

DIANORA.

Yo... no, jamás.

LA CONDESA.

Y ¿no sabes que ese canto
Repetido con igual
Pertinacia, hace tres días
De espanto me hace temblar?
¿No sabes...?

DIANORA.

Juro, señora,
Que ignoraba cuanto estais
Diciendo.

LA CONDESA.

Pues bien, escucha,
Escúchame y lo sabrás.
Ese que canta...

(*Interrumpiéndose.*) ¿Quién llega?

DIANORA.

Es Pietro.

LA CONDESA.

¿Qué nos traerá?

ESCENA III.

La condesa.—Dianora.—Pietro. Éste se
adelanta con un pliego en la mano.

PIETRO.

De la ciudad un correo
Hace un instante llegó,
Y este pliego me entregó
Que es del señor, según creo.
Con prisa bien manifiesta
Preguntó por vos, señora,
Y se alejó sin demora
Sin aguardar la respuesta.

LA CONDESA.

Está bien, dame ese escrito.

ESCENA IV.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Es de Adam, ¿qué duda tiene?
Ya la fé á prestarme viene
Y el valor que necesito.
Leamos. (*Abre el pliego y lee.*)

DIANORA.

(*Aparte.*) ¿Por qué razon
Taciturno Pietro está?
¿Será que no late ya
Para mí su corazón?
Su triste voz me revela
Un pesar hondo, sombrío,
Y su mirada ¡Dios mío!
Es un fuego que me hiela.
Huye unas veces de mí,
Y otras, con duros recelos,
Me sigue. Volvedme ¡oh cielos!
La ventura que perdí.)

LA CONDESA. (*Con alegría.*)

Pronto, mi amada Dianora;
Busca mis galas mejores;
Mis cintas, gasas y flores.—
Llegó de mi bien la hora.
Búscame el traje mejor
Y que mas me favorezca;
El que mejor te parezca
Por su riqueza y color.
¡Oh! ¡qué dicha! el alma ufana
Siento, y tranquila y dichosa.
Pronto, muy pronto en esposa
Va á convertirse la hermana.

DIANORA.

¿Qué decís?

LA CONDESA.

Pues para ti
Secretos no hubo jamás,
Oye esta carta y sabrás,
Lo que el cielo hizo por mí.

(*Lee en voz alta:*)

«Por fin, ¡oh mi Julia! del alma querida,
Se acaban las penas y nace el placer.
El rey me ha otorgado la dicha cumplida
Que apenas en sueños yo pude entrever.»
«Hoy vuelvo de Roma, do quedan alzados
Los votos que hiciste con hondo pesar;
Mas no es esto solo; ya son perdonados
Los nobles que al rey quisieron matar.»
«Al pié del monarca, postrado de hinojos,
Perdon para ellos humilde pedí;
El rey los perdona y ha visto en mis ojos
El llanto de gozo que alegre vertí.»
«De hoy mas, las familias de aquellos que estaban
Ausentes ó presos, dichosas serán;
De hoy mas los quejosos, que tanto le odiaban,
Parciales, amigos y adeptos serán.»
«Mas no es esto solo; al rey he contado
Mi vida y tu vida, mi amor y tu amor.
—«Tu estrella fué triste; me dijo admirado;
»Veamos si puedo vencer su rigor.»
«De hoy mas, eres noble y un título alcanzas;
»De hoy mas, en mis reinos grandeza tendrás;
»Por fin se realiza tu dulce esperanza,
»Por fin de tu Julia esposo serás.»
«Escríbete al punto y di que allí vamos;
»Que yo de tus bodas padrino seré.
»Felices los reyes que al bueno ensalzamos;
»Feliz yo, que premio tu amor y tu fé.»
«Así, Julia mía, el rey, con acento
Benigno me dijo. Feliz tambien yo
Que miro gozoso, llegar el momento
Que el alma sedienta del bien codició.»
«Alégrate, Julia, rendido de amores
Muy pronto iré á verte, pues verte es mi afán.
Prepara tus galas, tus joyas mejores,
Que hoy vá con su régio padrino, tu ADAM.»

(*Deja de leer y dice:*)

Por fin me ilumina ya
Hoy el sol de la alegría.

DIANORA.

¿Cuánta dicha en solo un día!

LA CONDESA.

Fuerza, por tanto será
Obedecer á mi amante
Y obsequiar, como es de ley,
A su protector el rey,
De quien es acompañante.
Preciso muestre sin tasa
Mi placer, riqueza y gusto,
Al ver al padrino augusto
Que viene á honrar nuestra casa.—
Búscame un traje completo
Y elige bien mis vestidos,
Que estar no deben refiños
El júbilo y el respeto.
En cuanto á casa... eso, sí;
Da á todos mis instrucciones
Para que estén mis salones
Cual pueden estarlo aquí.
Luego irás al tocador...
¡Dios mío! ya soy dichosa.
Ya el recuerdo no me acosa
Del importuno cantor.

ESCENA V.

Dianora y luego Pietro.

DIANORA.

Su negra inquietud acaba
 Cuando comienza la mía.
 ¡Triste del que sufre penas!
 ¡Dichoso quien las olvida!
 ¡Pobre señora! está loca
 De placer y de alegría.
 Ya no recuerda el pasado
 Ni el porvenir le intimida.
 Le basta con lo que tiene:
 Que en el rincón en que habita
 Hoy con sus álas de oro
 Los amores la cobijan.

PIETRO.

Dianora.

DIANORA.

¡Pietro!

PIETRO.

Ahora mismo

Tu señora me decía
 Que hoy vendrá, probablemente,
 El mismo rey á esta vila.

DIANORA.

Es cierto.

PIETRO.

Y según colijo,

Júbilo inmenso respira
 Tu señora.

DIANORA.

¡Mi señora!

¿No es tuya á la vez que mía?

PIETRO.

No sé, mujer; para esclavo
 No nació el hombre; me indigna
 La esclavitud; yo he nacido
 Para cosas muy distintas.
 Quiero, como el aire libre
 Cruzar valles y colinas,
 Escuchando las canciones
 De las pobres avecillas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro! tus palabras
 Me confunden, me intimidan.
 ¡Ay! ¡ya no eres el mismo!
 No eres tú quien ser solías!

PIETRO.

¿Por qué razón?

DIANORA.

Ya te cansa

Esta existencia pacífica,
 Y te abruman mis palabras
 Y mis cuidados te hastian.
 ¿En qué, ¡ay de mí! te ha faltado
 Quien solo por tí suspira?

PIETRO.

¿En qué?... ¡Calla! de mis celos
 No aumentes la llama activa.

DIANORA.

¡Celos tú! ¿de quién? espíciate.
 Dime de quién.

PIETRO. (Viendo á Pablo que se acerca.)

¡Mira! ¡mira!

Aquel hombre, que es tu sombra,
 De mi furor será víctima
 Si le amas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro!

PIETRO.

Déjame en paz.

DIANORA.

(Deteniéndole.) Oye.

PIETRO.

(Rechazándola.) Quita.

ESCENA VI.

Dianora.—Pablo.

DIANORA.

Está celoso; ¡Dios mío!
 Mas ¿qué motivos le he dado
 Para abrigar esas dudas?

PABLO.

Dianora.

DIANORA.

Déjame Pablo.

¿Por qué vienes á inquietarme
 Si sabes que no te amo?

PABLO.

Ya lo sé; ya sé que adoras
 Á Pietro. Giega, esquivando
 Mi inmensa pasión, entregas
 Tu corazón á un malvado
 Que nos vende á todos...

DIANORA.

¡Calla!

Sella por piedad tus labios.
 ¿Con qué derecho calumnias
 Al hombre que yo idolatro?
 ¿Qué mal te ha hecho?

PABLO.

Lo ignoras?

Robóme tu amor, tu mano.
 Se apoderó de los sueños
 De mi juventud: ingrato
 Con Dios me hizo, pues odio
 La vida que amaba tanto.
 ¿Quieres más? pues todavía
 Su crimen no he revelado.

DIANORA.

¿Qué dices?

PABLO.

Hace una hora

Que dirigiéndome al campo,
 Por ver si olvidar podía
 Mis penas—intentó vano!—
 Vi muchos hombres ocultos
 En un matorral; me paro
 Cauteloso, y sus palabras
 Escucho, sin ser notado
 Por ellos, que siempre hablaban
 Con cuidadoso recato.
 De pronto, un hombre de altivo
 Porte, de ademan bizarro,
 Joven aún, de estatura
 Elevada, de poblados
 Cabellos, de negros ojos,
 Bello, brioso, gallardo,
 Llegó al grupo, y vi que todos
 Al punto se levantaron,
 Dejándose ver que iban
 Cuidadosamente armados.
 En sus manos un laud
 Traía el recién llegado,
 Que á otro entregó, mientras todos
 Con respeto saludaron
 Su llegada.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

Perdona si te hago daño
Con mi historia.—Lo que queda
Por decir, es triste, infausto.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

El misterioso
Hombre aquel de quien te hablo,
Prorumpió en estas palabras:
—Preparad vuestros caballos,
Que hoy la condesa de Alcira
Será mía; secundado
Por Pietro, la robaremos;
Y en premio de tal hallazgo
Rico botín os ofrezco.

DIANORA.

¿Eso dijo?

PABLO.

Y en sus labios
Brilló siniestra sonrisa
Llena de orgullo satánico,
Mientras que todos, con júbilo,
A media voz exclamaron:
¡Viva Jacobo Riestri!
¡Viva el capitán!

DIANORA.

¡Dios santo!

¡Ah! ¿qué dices...? no, imposible.

PABLO.

¿Conoces al desalmado
Que lleva ese nombre?

DIANORA.

¡Calla!

¡Calla! me estás abrumando.

PABLO.

Es el bandido que á Nápoles
Hace tiempo infunde espanto.
El terror de los Abruzos
Y la Calabria; el osado
Capitán de foragidos
Que por do quier el estrago
Lleva consigo; es el hombre
Que hace frente á los soldados
Del rey; que no teme á nadie;
Á nadie...

DIANORA.

¿Y Pietro...?

PABLO.

El villano

Es su cómplice; allí estaba
Con ellos.

DIANORA.

Callate, Pablo.

Cesa por Dios.

PABLO.

Mas no piense
Mi infame rival odiado,
Jugarnos esta pasada
Impunemente. Yo el campo
Voy á recorrer ahora,
Y la voz de alarma dando
Por donde quiera, solícito,
Haré que los aldeanos,
Los lazarónis, los buenos
Pescadores, como honrados
Y valientes, vengan todos
A ofrecer su noble amparo
A la condesa.

DIANORA.

¡Detente...!

¡Triste de mí!

PABLO.

Yo, entre tanto,
Avisaré á la señora... (*Quiere salir.*)

DIANORA.

¡Oh! no, no turbes sus gratos
Ensueños; al rey espera
Y á su amante... Oyeme, Pablo.
Si ese Pietro es un infame
Que á todos nos ha engañado,
Ve luego y recluta gentes
Que aquí acudan á ampararnos.—
Que la condesa lo ignore
Todo; ¡todo!—Vete... ¡Sálvanos!

PABLO.

Dices bien; yo me retiro.

Adios. (*Saliendo.*)

(*Un momento despues se oye un grito ahogado y un ruido que parece lo produce el choque de un cuerpo que cae desplomado. Pietro se precipita en la habitacion arrojado de un puñal.*)

DIANORA.

¡Qué horror! (*Caee desmayada.*)

PIETRO.

(*Mirando hácia la puerta.*) ¡Mentecato!

ESCENA VII.

Pietro.—Dianora (*que continúa desmayada*).

PIETRO.

Quiso conmigo luchar
Y la vida le costó.

(*Fija su ojos en Dianora*)

¡Pobre niña! me adoraba
Y la lleno de dolor.

(*Se para en medio del cuarto y dice:*)

De todos modos, he dado
Un paso violento, atroz.
Estamos comprometidos
Y hay que obrar con decision.
Si el capitán no viniera...
La señal aun no sonó
Y el rey, vendrá con su escolta
Y con Adam... ¡Corazon!
No tiembles; nunca eobarde
Teme un hombre como yo.
Entretanto, es menester
Ocultar en un rincón
El cadáver de ese hombre
Y el puñal que le mató.
En esa alcoba... eso es...

(*Entra apresuradamente en la alcoba, corre las cortinas del lecho y tomando la colcha de seda que lo cubre, sale nuevamente de la habitacion y trae en brazos, envuelto en la misma colcha, el cuerpo de Pablo, que deposita sobre el mismo lecho, volviendo á descorrer las colgaduras. Luego se dirige al balcón y abriendo las puertas de cristales mira con inquietud en distintas direcciones y dice:*)

Nadie llega; en derredor
La soledad y el silencio
Comparten ambos á dos
Su imperio. Solo distinguen
Mis ojos, en direccion
De la ciudad, una nube
De polvo, que, cual veloz
Torbellino, va acercándose
Para infundirme pavor.
Nunca, en mi vida, he sentido
Semejante confusion.

¿Qué es esto? ¿por qué vacila
De tal modo mi valor?

¿Es que temo al rey que llega
Con su lucido escuadron,
O es que me ciega la sangre
Que mi rostro salpicó?
¡Pietro! ¡Pietro! tu desdicha
Por mala senda guió
Tus pasos: tú estás maldito,
Estás maldito de Dios.

(Después de una ligera pausa vuelve á fijar su vista en Dianora que da señales de volver en sí.)

¡Qué hermosa es! ¡pobre jóven!
Parece que á la razon
Vuelve; no quiero que vea
La sangre que derramó
El infeliz que allí duerme
Sueño eterno. *(La coge en brazos.)*

DIANORA.

¿Dónde estoy?

PIETRO.

Calla.

DIANORA.

Socorro!

PIETRO.

Silencio,

Desdichada!

DIANORA.

Compasion!

(Pietro le tapa la boca, y abriendo una puerta secreta se precipita por ella y vuelve á cerrar.)

ESCENA VIII.

La condesa de Alcira.

(Trae puesto un riquísimo traje.)

LA CONDESA.

¿En dónde estará Dianora?
La estuve aguardando en vano
Y ya su ausencia me estraña.

(Llamando.)

¡Pietro!—No vienen, me canso
De esperar.

(Tira del cordón de una campanilla.)

Nadie responde;

Nadie;—Pietro! Pablo! Pablo!

(Acomódase á la puerta que dá al corredor.)

¿Dónde estarán? ¿Se habrá puesto

Enferma Dianora?—Vamos,

Será que alguna sorpresa
Grata me están preparando.

(Se asoma al balcon.)

Respiremos el ambiente

Puro. ¡Qué cielo tan claro!

Ensanchate, pecho mio,

Que ya, á lo lejos, mirando

El logro de mi esperanza

Estoy; ginetes, caballos

Y una carroza... ¡qué gozo!

Será el rey; será mi amado

Adam, que en mi busca viene

Para estrecharme en sus brazos.

¡Oh! qué dicha!

ESCENA IX.

La condesa.—Jacobó y Pietro, sin ser vistos de ella.—Ambos hablan en voz baja.

PIETRO.

Capitan,

Allí está; vedla.

JACOBO.

¡Qué hermosa!

Sin duda espera gozosa

La llegada de su Adam.
Logrará verle? *(Con siniestra sonrisa.)*

PIETRO.

Presumo

Que no.

JACOBO.

Tambien yo lo creo.

Escucha. *(Siguen hablando bajo.)*

LA CONDESA. *(Desde el balcon.)*

El cuadro que veo

Me estraña: nubes de humo

Y fuego, con furia rara

El alto Vesubio arroja,

Y una luz brillante y roja

Inundó la Solfatara.

Entre tanto, el cielo está

Sereno, apacible y bello...

JACOBO *(á Pietro.)*

Vete y cuida bien: en ello

El bien de mi vida vá. *(Váse Pietro.)*

ESCENA X.

La condesa.—Jacobó.

(Al volverse la condesa da un grito de espanto viendo que Jacobo la contempla inmóvil y silencioso.)

LA CONDESA.

¡Cielos! ¡qué miro!

JACOBO.

Condesa.

No te estrañe mi venida.

LA CONDESA.

¿Qué buscáis?

JACOBO.

La calma y vida

Que recobrar me interesa.

Busco la luz apacible

De tus ojos brilladores.

Busco el fin de mis dolores.

LA CONDESA.

¡Huid, dejadme!

JACOBO.

¡Imposible!

¿Cómo quieres que de aquí

Ahora insensato me aleje?

¿Quieres que el alma me deje

Al separarme de tí?

¡Harto tiempo, con pesar,

Suspirando por tu amor,

El misterioso cantor

Vino tu sueño á turbar.

¡Oh! tu corazón no sabe

Lo mucho que yo sufría

Cuando á Adam y á tí os veía

En el fondo de la nave...

¿Te acuerdas? la tempestad

Nuestras vidas amagó.

Yo quise salvarte...

LA CONDESA.

¡Oh!

JACOBO.

¿Te acuerdas?

LA CONDESA.

¡Piedad! ¡piedad!

JACOBO.

En mi amoroso desvelo

Los peligros desprecié

Y sustraerte intenté

A la cólera del cielo.

La esperanza me halagó,
Luchar quise con tu amante;
Mas ¡ay! que en aquel instante
La tromba nos arrastró.
Tragóme el mar...

LA CONDESA.

Como á mí,
Como á todos!

JACOBO.

Es muy cierto;
Mas me tuvisteis por muerto
Y ahora vivo estoy aquí.
Las olas que me arrastraron,
Teniendo de mi piedad,
Para adorar tu beldad
Á la vida me tornaron.—
Y fui tu sombra do quiera,
Siendo tú mi luz querida;
Luz que alumbraba de mi vida
La oscurísima carrera.

LA CONDESA.

Pero ¡Dios mio! ¿quién eres?
¿Por qué tu labio derrama
En el pecho de una dama
Tan negro pavor? ¿quién eres?

JACOBO.

Al nacer, altos blasones
Tenia; mas hoy temido...

LA CONDESA.

¡Oh! calla.

JACOBO.

Soy un bandido;
Un capitán de ladrones.
Nunca inquieras la razon
Que me puso en tal estado.
¡Condesa! Dios te ha vengado
Hiriéndome el corazón.
Sígueme...

LA CONDESA.

¡Apártate!

JACOBO.

Ven.

Lejos de aquí, si es preciso,
Yo formaré un paraíso
Donde se anide mi bien.
Sígueme, ven, yo te adoro;
Amor prodigios realiza;
Todo amor te diviniza
Y de él te guardo un tesoro.
Ven; que tus ojos divinos
A mis valientes fascinen
Y las faldas iluminen
De los montes Apeninos.
Y si quieres que otra vez
Mi condicion no te ofenda,
De hoy mas seguiré la senda
Que me marque la honradez.

LA CONDESA.

¡Triste de mí!

JACOBO.

Yo que arrostro
Y hasta escarnezo la rey,
No temí atentar á un rey
Y ahora tiemblo al ver tu rostro.
Ten piedad; tu dulce voz
Mi llanto de fuego seque,
Y en manso cordero trueque
A quien es tigre feroz. *(Se acerca.)*

LA CONDESA.

Yo no os conozco; apartad.

JACOBO.

¡Piedad!

LA CONDESA.

Huid.

JACOBO.

Pues no quieres
Tenerla de mí, no esperes
Que á mi vez tenga piedad.
¡Ola! *(Toca un sibatón.)*

ESCENA XI.

Dichos.—Pietro y varios hombres armados.

LA CONDESA.

¡Jesus! ¡Virgen mia!
Doleos de mi tormento. *(Cae de rodillas.)*
PIETRO *(á Jacobo.)*

No hay que perder un momento.

JACOBO.

¿Viene el rey?

PIETRO.

Si.

LA CONDESA.

(Dando un grito.) ¡Qué alegría!
Mi amante llega. *(Levantándose.)*

JACOBO.

Si tal;
Y me llamará cobarde.
(Riendo con feroz ironía.)
Mas te juro que ya es tarde;
Tarde llega mi rival.

(Cierra el balcón y dice.)

El infierno en tu camino
Me puso; tu sombra fui;
Mas no me culpes á mí;
Culpa solo á tu destino.
Tal vez ¡ay! sobre tu frente
Mi negra infamia recaerá.
(Mirando al través de los cristales.)

Está visto: el rey nos trae
Mucha, y muy lucida gente.
Huyamos. *(Apoderándose de la condesa.)*
(A Pietro.) Todos en pos
Hacia el jardín avanzad.
Cerrad las puertas.

LA CONDESA.

(Con voz ahogada.) ¡Piedad!

JACOBO.

Téngala Dios de los dos.

(Marchan todos, cerrando tras sí la puerta que se comunica con la galería.—Largo intervalo de silencio.)

ESCENA ÚLTIMA.

Adam.—El rey.—Caballeros.—Oficiales de la escolta del rey. Todos entran por la puerta secreta.

EL REY.

Veamos este aposento,
Señores.

ADAM.

¡Intento vano!
Está la casa desierta;
Sola está; me la han robado!
¡Julia! ¡Julia!

(Viendo cerrada la puerta por donde salieron los bandidos la golpea fuertemente.)

EL REY.

¡Esto es horrible!
Tan horrible como extraño.

Robarla en mitad del día
Y en medio de sus criados!..
Inconcebible parece.

ADAM.

¡Julia...! ¡Julia...! ¡Pietro! ¡Pablo!
¡Dianora! ¿dónde os halláis
Ocultos? ¿no oís que os llamo?
¡Julia! prenda de mi alma!

EL REY.

Conde, calma tu quebranto.

ADAM.

¡Es imposible! ¡imposible!
¿No lo veis? me han desgarrado
El corazón.—El silencio,
La soledad, el espanto
Que en torno reinan, cruces
Se levantan como vagos
Fantasmas; dolientes ecos
Nuestras voces remedaron
Por los techos y las bóvedas
De nuestra casa rodando.
¿No advertís? nido de amores
Ella fué; mas la trocaron
En tumba de mi esperanza
Y de mis sueños dorados.
¡Julia! ¡Julia!

(Dá golpes en la puerta, que cede al fin. Adam se precipita en la galería.)

EL REY.

¡Pobre conde!

Señores: no era su hermano;
Era su presunto...

VARIOS.

Es lástima...

EL REY.

Mas ¿qué es esto? Aquí clavado
Hay un puñal.

(Tomando el de Jacobo, que éste, al irse, dejó clavado en la mesa. Adam retrocede al propio tiempo gritando.)

ADAM.

¡Sangre! ¡sangre!

Allí un crimen consumaron.
¿No lo veis? el pavimento
Está de sangre manchado.

UN CABALLERO.

¡Funesto trance!

OTRO.

¡Terrible!

EL REY.

Llegad, señores.

TODOS.

Veamos.

EL REY.

Un nombre aquí se descubre.

ADAM.

¡Un nombre! ¿y cuál?

EL REY.

Cinzelado

Está, con todas sus letras
Sobre la plata del mango,
El del mortal que, atrevido,
Sin duda consuma el rapto.

ADAM.

Decidlo, señor. decidlo.
Decidme quién fué el malvado,
Y dadme vuestra licencia
Para vengar su villano
Proceder.

EL REY.

(Leyendo.) Jacobo Riestri.

TODOS.

¡El bandido!

EL REY.

El hombre infausto

Que mi poder desafía
Con empeño temerario.
Pronto, pronto, caballeros,
Ligeros de aquí salgamos.
Y dando la vuelta á Nápoles,
Probemos al desalmado
Que así mis iras provoca
Todo el rencor que le guardo.
Si hasta el presente su estrella
Del suplicio le ha librado,
Sepa al fin que mi justicia
No sufre mas desacatos.

ADAM *(con profunda desesperacion.)*

¡Muerta tal vez! ¡muerta!... muerta,
Cuando yo en álas volando
De mi pasión, le traía
Cuanta dicha ambicionábamos.
¡Muerta! me parece un sueño.
En tumba trocóse el tálamo.
¡Julia! ¡Julia!

(Se precipita en la alcoba y separa las cortinas del lecho.)

VARIOS CABALLEROS.

¡Cuadro horrible!

TODOS.

¡Un cadáver!

ADAM.

El de Pablo;
El de aquel pobre mancebo
Tan fiel, tan noble y honrado.
¡Venganza! *(Dando un grito.)*

TODOS.

Muera el bandido.

EL REY.

Salgamos de aquí, salgamos.

ADAM *(echándose á los pies del rey.)*

Señor: escuchad propicio
Antes mis ruegos. Si en algo
Mis servicios os merecen
Cariño, piedad y amparo,
Concededme lo que os pida
En este instante aciago.

EL REY.

¿Qué quieres de mí? ¿qué pides?

ADAM.

Quiero una lanza, un caballo,
Y libertad para irme
Por esos montes y llanos,
Loco de amor y de rabia
En pos del raptor malvado.
Quiero buscarle, y sediento,
De su sangre, como bravo
Leon, cebarme en mi presa
Y estrujarla entre mis brazos.

EL REY.

Cálmate, Adam.

ADAM.

La justicia
Humana, va caminando
Con lentitud siempre...

EL REY.

Ahora
No marchará tan despacio.
Yo concedo lo que pides:
Tendrás lanzas y caballos...

ADAM.

Y ¡ay del bandido inclemente
Que la dicha me ha robado!

TODOS.

¡Oh! ¡sí; venganza!

EL REY.

Es muy justo,
Señores; justo que hagamos
Un ejemplar; pero ahora
Es fuerza, que moderando
Nuestras pasiones de hombre,
A Dios la vista volvamos.
Ved al través de esos vidrios,

(Señalando al balcón.)

El temeroso espectáculo
Que á nuestros ojos presenta
El Vesubio. De su ancho
Cráter, columnas de fuego
Y lava lanza irritado.
Ya los cielos se coloran
Con roja luz, y los campos

Vecinos, y las praderas
Y los chapiteles altos,
Todo á la vez aparece
En viva lumbré bañado.
Mirad el hirviente fuego,
Que pone en el alma espanto,
Y el encendido torrente
Que se despeña bramando,
Mientras se conmueve y tiembla
La tierra con sobresalto.
¡Plaza á Dios, señores, plaza
Al Ser Supremo irritado,
Cuyo soplo hizo cenizas
A Pompeya y Herculano!
Y pues que Dios y el Vesubio
Parece que están airados,
Oigamos la voz del cielo
Nuestras rodillas doblando.

(El rey se arrodilla: todos hacen lo mismo excepto Adam que permanece inmóvil, como fuera de sí y con los ojos fijos en el volcan, cuya erupción vá creciendo gradualmente.)

CANTO XIII.

Entre salvajes y desnudas rocas,
Que cien montañas á su voz rodean,
Impetuoso, hácia profundo abismo,
Un torrente bramando se despeña.

Rugen los ecos pavorosos; tímidos
Del sol los rayos, al través penetran
De los terribles precipicios húmedos
Cubiertos de verdín y de malezas.

Triste es el sitio, solitario, agreste.
Mansion parece solo de las fieras,
Y sin embargo, allí la planta humana
Grabó atrevida su profunda huella.

Tended, sinó, la vista indagadora,
Y en ambos bordes de la sima horrenda,
Veréis echado un puente, que en contacto
Puso dos moles de granito inmensas.

Lo que allí, poderoso cataclismo
Sig'os antes acaso desuniera,
El hombre unió, buscando de ese modo
El paso que ese puente le franquea.

¿Quién ha sido el artífice? ¿qué mano
Sobre el abismo le tendió altanera?
¿Fué un pastor ó un bandido? ¿fué un magnate
Ó tal vez un piadoso anacoreta?

No se sabe; tan solo es evidente
Que entre cien picos de gigantes piedras,
No lejos del torrente, se descubren
Los derruidos restos de viviendas

Humanas; ¿qué es aquello? ¿fué algun tiempo
Imponente y sombría fortaleza,
Donde, huyendo extranjeras invasiones,
Dió el hijo del país gritos de guerra,

Ó fué acaso el asilo misterioso
Del cenovita austero? ¿Están desiertas
Esas ruinas, dó rapaces aves
Sus toscos nidos en los muros cuelgan?

.....

Avanzad con sigilo; cuidadosos
Fijad la planta en las terribles quiebras;
Tended la vista, y aplicad atentos
El oído: ¿qué veís? ¿qué oís? No suena

Sola la voz del bramador torrente;
Gritos agudos en las álas llegan
De los vientos, y luego se perciben
Detonaciones que el espacio atruenan.

¿Quién invade atrevido esos lugares
Que tan terrible majestad ostentan?
¿Por qué el eco espantado repitiendo
Vá mil palabras que furor revelan?

Un hombre, varios hombres, entretanto,
De las ruinas salen y se alejan.
¿Qué es lo que allí sucede? ¿Quién habita
En tan triste y feroz naturaleza?

.....

Un año hará, que un hombre, en cuyo rostro
Hermoso y varonil, estaba impresa
La huella de un pesar hondo y sombrío,
Llegó hasta allí cruzando ásperas sendas.

Llevaba puesto el traje de los hijos
De las altas montañas calabresas,
Y en su ademán terrible, aunque sereno,
Su decisión y su bravura muestra.

En pos, y al lado suyo, caminaban
Otros hombres armados, de presencia
No menos dura y arrogante; y todos
Pasando el puente, y las desnudas breñas,

Que forman el abismo en donde salta
El torrente veloz, atrás le dejan,
Y van luego á perderse confundidos
En las ruinas que indicadas quedan.

Poco despues, el número de aquellos
Hombres, se ensancha y por encanto aumenta
Como si todos acudiendo fuesen
A una cita común que se les diera.

Y juntos con empeño edificaron,
Durante el primer mes, una vivienda
Que, ignorada y oscura, les da asilo,
Siempre que pisan la intrincada sierra.

Cundió entretanto en las comarcas fértiles
Que á la ciudad de Nápoles se acercan
La fama de Jacobo y de los suyos
Que en todas partes el espanto siembran.

Y hubo quien hizo su retrato; y fueron
Pregonadas de todos las cabezas;
Mas nadie dió con los bandidos: nadie
Castigar pudo entonces su insolencia.

Hoy, perseguido, acorralado, loco,
Jacobo Riestri, en su desdicha inmensa,
Vé que Adam su retiro ha descubierto
Y que viene á quitarle á la condesa.

Es preciso evitarlo; ya que el cielo
No le dejó escaparse de su tierra
Y llegar hasta el mar, en donde un buque
Cerca de un puerto su llegada espera,

Él sabrá defender aquel tesoro
Que tantas horas de dolor le cuesta:
La mujer que al pirata ha convertido
En un esclavo que suspira y tiembla.

Mientras tanto, con afán,
Seguido de cien guerreros,
Por los ásperos senderos
Avanza iracundo Adam.

Suena incesante clamor
De guerra que espanto infunde,
Y con la voz se confunde
Del torrente bramador.

Y Adam sigue, sube, avanza,
Lleno de creciente ira:
Va en busca de la de Alcira
Que es su vida y su esperanza.

Ardiendo en fieros enojos
No hay nada que le intimide;
Fuego su acento despidió;
Rayos fulminan sus ojos.

Saltando de breña en breña
No mira dó pone el pié,
Ni al rudo enemigo vé
Que en atajarle se empeña.

Varonil, fiero, arrogante,
En su cólera infinita.
—«¡Adelante!» á todos grita,
Y todos van adelante.

Y recojen las montañas
De mil tiras el estruendo,
Que se van repercutiendo
En sus ásperas entrañas.

Un militar mal herido
Encuentra en la roca dura
Triste lecho y sepultura
Que le prepara un bandido.

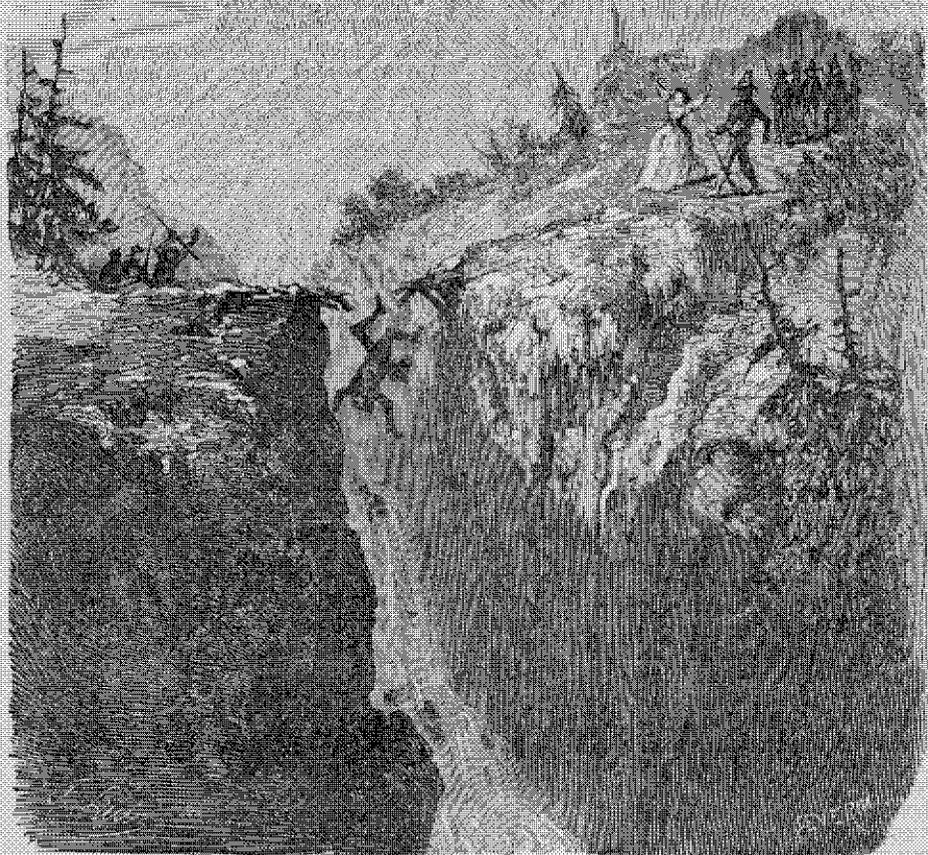
Y otro de estos, á su vez,
Lanzando un grito que aterra,
Al dar con su cuerpo en tierra
Dió en ella con su altivez.

Y ciego y furioso Adam
Vá las alturas tomando
Con las gentes que, á su mando,
De vencer ganosas van.

Y con valor y heroísmo
Pisa las cumbres vecinas,
Descubriendo las ruinas
Y el puente sobre el abismo.

Y también á descubrir
Llegó despues, lector mío.
El triste cuadro sombrío
Que te voy á describir.

Paída, y llena de mortal quebranto:
Suelto el cabello, el talle descaído;
Juntas las manos en acción de súplica,
Y sofocando en su garganta gritos
Que el corazón despedazado arroja,
Julia se vé cercada de bandidos
En el supremo instante en que al encuentro
De Adam, volar en su impaciencia quiso.
Ella vió á sus raptores apartarse
De su lado; los vió marchar unidos,
Armados y furiosos, pronunciando
Palabras de venganza y de esterminio.
Era evidente que su tierno amante,
Por salvarla pisaba aquellos sitios
Agrestes; de otro modo ¿quién pudiera
Arrostrar de tal suerte los peligros?
¿Quién sino Adam, su Adam, su tierno amante,
Disputar palmo á palmo aquellos riscos
Con tal bravura puede á los terribles
Bandideros? No hay duda, el cielo quiso
Salvarla, y el momento se aproxima:
Oye á lo lejos del mortal querido
La voz; es él: el eco «¡Julia! Julia!»
Repíete; Adam la llama, y es preciso
A su encuentro volar á todo trance;—
La mitad abreviarle del camino.



Adam al puente llega, y en pedruzcos
Rompe al punto el arco y los estribos.
Mientras, llena de horror, Julia á su amante
Ve rodar hasta el fondo del abismo.

(El Mundo Nuevo, Segunda parte, pág. 218.)

Pensando de ese modo, la condesa,
 Un esfuerzo supremo, esfuerzo digno
 De un alma de mujer apasionada
 Que solo atiende de su amor al grito,
 Venciendo varonil la angustia inmensa
 Que el corazon le oprime, del asilo
 Misterioso y oculto en que la guardan
 Salir intenta en el instante mismo.
 Deja al fin las ruinas tenebrosas
 De la que ermita fué, tal vez castillo,
 Y alzando á Dios, con tembloroso labio
 Y triste acento y ademán sumiso,
 Una corta plegaria, suplicandole
 Guarde la vida de su Adam querido
 Mas que la suya propia, se dirige
 Hacia el puente que está sobre el abismo.
 Y á lo lejos descubre, entre las ásperas
 Crestas, al tierno, al cariñoso idolo
 De sus antiguos sueños, que avanzando
 En busca suya va.— ¡Gracias, Dios mio!
 Dice entonces cruzando sobre el pecho
 Sus manos temblorosas; tú has querido
 Hacerme comprender cuánto le amo;
 Cuanto su audacia y su valor admiro. »

Calla Julia; despues, llena de espanto,
 Sin saber dónde ir, lanza un gemido
 De supremo dolor, de horrible angustia
 Que sus ansias revela y su martirio.
 Cerca de ella, de pié, sereno, inmóvil,
 Con los brazos cruzados, bello, altivo
 É imponente á la vez, como un fantasma
 Que surgiera del suelo de improviso,
 Vé á Jacobo Ricetri, que la hiela
 Con la mirada de sus ojos, fijos
 En ella; tiemblan de furor los labios
 De aquel hombre por ella aborrecido;
 Y luego la infeliz oye aterrada
 Estas palabras que el raptor le dijo:

—Tiembra, condesa, tiembra y no provoques
 Mi cólera y mis celos infinitos;
 Tiembra y no eleves tu plegaria al cielo
 Que sordo vá á mostrarse, cual lo has sido
 Tú para mí. Tu Adam en este instante
 Vá á probar mi rencor, mi odio sombrío.
 ¡Míralo! en alas de su amor, acude
 En busca tuya; ¡imbécil! no ha podido
 Presumir que si Dios hoy no me ayuda
 El hondo averno me dará su auxilio.
 Yo te adoro, mujer; tú me aborreces
 Y sin embargo, con tu cuerpo abrigó
 Y escudo me darás; invulnerable
 Soy junto á tí, porque tu Adam te ha visto,
 Y por mucho que estime su venganza
 Te quiere mas á tí. Desfallecidos,
 El y los hombres que le siguen, miran
 Que aquí no pueden dirigir sus tiros
 Sin amagar tu vida y esponerte
 Á perecer entre los brazos míos.
 Venci, venci! mis bravos camaradas
 Se acercan hacia aquí; míralos! míralos!
 ¿Qué importa que tu amante, con los suyos
 Quiera salvar, corriendo, el precipicio?
 Tan pronto como Adam al puente llegue,
 Hecho astillas el puente en el abismo
 Caerá; el fiel Pietro tiene preparada
 Mi postrera venganza:—¡Oh! no, ¡Dios mio!
 Gritó Julia; ¡imposible! tanta infamia
 En un pecho no cabe; ¿qué delirio
 Cometí para ser tan desgraciada?
 ¡Oh! ten piedad, perdón, perdón! si he sido
 Sorda á tu amor, porque á mi Adam adoro,
 Matame á mí, de hinojos lo suplico:

Matame á mí que aborrecerte pude:
 Á mí que loca la culpable he sido. »

Así dijo, cayendo de rodillas,
 La condesa delante del bandido,
 En cuyos labios dibujada víose
 Una infernal sonrisa. Al tiempo mismo
 Llegó Adam á la cumbre de aquel monte,—
 Que parte en dos el hondo precipicio,
 Por donde baja, en despeñado curso
 Y en rudos saltos, espumoso río
 Que vá luego á tenderse perezoso
 En mas amenos y apacibles sitios.
 Breve es ya la distancia que separa
 Á los pobres amantes que el destino
 Vá para siempre á separar; Jacobo
 Se dirige á los suyos con altivo
 Ademán, y ella tiembra horrorizada
 Oyendo las palabras del bandido.
 —¡Perdon! ¡piedad! ¡salvadme! ¡Adam, detente!
 Quiere decir; mas ¡ay! tan solo un grito
 Logra arrancar al destrozado pecho
 Que parece mas bien hondo gemido.
 Y Adam al puente llega, y en pedazos
 Rómpanse al punto el arco y los estribos.
 Mientras llena de horror, Julia á su amante
 Ve rodar hasta el fondo del abismo.

Adios para siempre; ¡oh bellas
 Esperanzas! ¡pobre Adam!
 ¿De qué vá á servirte ahora
 Esa existencia inmortal,
 Si eterna será la herida
 Que en el alma llevará?
 Tal vez las aguas, que bajan
 Pulverizando el cristal
 Que se convierte en espuma,
 A su paso se abrirán;
 O ablandándose las peñas
 Que allí en aquel fondo hay,
 De su cráneo y de sus miembros
 Menudos trozos no harán,
 Para que viviendo siga;
 Para que pueda juzgar
 Todavía mas despacio
 Cuanto en el universo hay;
 Cuanto el hombre con su vista
 Puede en el mundo abarcar.

Así sucedió en efecto;
 Hecho ya el milagro está:
 Una piedra, desprendida,
 Hubiérase roto al dar
 En el fondo del torrente...
 É ileso se encuentra Adam.

¿Quién, sin embargo, de aquellos
 Abismos le sacará?
 ¿Quién despues de tanto y tanto
 Sentimiento y tanto afán,
 Podrá prestarle unos átomos
 De dicha, sosiego y paz?
 ¡Ay! que al caer al abismo
 Oyó á su Julia exhalar
 Un grito de esos que llevan
 Consigo el juicio quizás.
 Grito agudo y penetrante
 Que, al salir del pecho, vá
 Desgarrando las entrañas
 Como un agudo puñal.

Puros, nobles sentimientos
De dulce fraternidad,
Que siempre asilo encontrásteis
En aquella alma leal;
Dulces ensueños de amores
No realizados jamás:
Ambiciones contenidas
Por la generosidad
De aquel que amando lo bello
Amó lo justo y legal;
Adoradas ilusiones
De la juventud, ¿dó estais
Que por mas que Adam os busca
Hallaros no puede Adam?

Al caer del alto pucate
En sus oídos tronar
Sintió una descarga horrible.—
¿Qué de sus gentes será?
Si los bandidos triunfaron
¿A dónde conducirán
A su Julia idolatrada
Que él se propuso salvar?
¿Cómo salir del abismo
Donde sepultado está?
¿Quién le ayudará á vengarse
Pues ya vengarse es su afán?
¿Existe aquel géneo indómito
Que, en noche de tempestad,
Se apareció ante su vista
Con aparato infernal,
O aquellas tristes visiones
Que delante vió cruzar,
Fueron tan solo el producto
De pesadilla tenaz?

Adam olvidado habia
Aquella noche fatal,
Porque delirio juzgara
Lo que fuera realidad.
Y ahora vé que un gran misterio
Su vida envolviendo está.
¿Cómo, sinó, el puente, roto,
Se fué al abismo á estrellar,
Y él, con lentitud pasmosa,
Casi desde la mitad
De aquella espantosa sima,
Descendió de un modo tal
Que parece que la mano
De un invisible titan
Le sostiene y vá en el fondo
Su cuerpo á depositar?
¿Es que allí la tierra pierde
Ésa atracción natural
Que hace que los cuerpos busquen
El centro de gravedad?
¿Se han roto todas las leyes
Físicas? Mirad, mirad:
El torrente se ha secado;
Las aguas no cubren ya
Conmovidas é imponentes
Su lecho de pedernal.

Adam vive, Adam alienta;
Viéndolo asombrado está.
Todavía la esperanza
Puede en su pecho brotar.
Piensa en Julia; en su preciosa
Prenda, en su bien celestial.
¿Qué será de ella? La duda
Le asesina sin piedad.
Quiere salir de aquel antro:
Los montes quiere escalar,
Y sin embargo no puede;
Que el monte tajado está.

En vano en las duras rocas
Vá sus uñas á clavar;
En vano pide á sus miembros
Mas vigor y agilidad.
Libre el alma, desatado
El espíritu, volar
A las regiones etéreas
Pueden; ¡ay! con libertad;
Pero la materia débil,
Sin fuerzas para luchar,
No obedece al pensamiento
Ni á la firme voluntad.

Entónces, Adam, frenético,
Viendo una impotencia tal,
Mira con horror su vida,
A la que quiere atentar.
Gritos de su pecho arranca;
Y con furioso ademán,
Mientras su estrella maldice,
Vá su cráneo á destrozar
Contra las rocas, que esquivan
Los golpes que en ellas da,
Retirándose y abriéndose
Y volviéndose á cerrar.

~~~~~

Y luego, en torno, aterradora y fría,  
Horrible carcajada resonó;  
Y en noche oscura convirtiése el día,  
Y Adam de pronto, á su pesar, tombó.

Sintió en su rostro abrasador aliento;  
Sintió una fuerza ruda y colosal;  
Desconocido impulso, que violento  
Le atrajo con la fuerza del iman.

Y parecióle que en la tierra hundia  
Sus plantas; y que lleno de avidez,  
Del globo á las entrañas descendia  
Con incansable y loca rapidez.

..

Y al fin, en una encantada  
Caverna maravillosa  
De eléctrica luz bañada,  
Fijar la vista asombrada  
Pudo, y la atención curiosa.

Y un instante se olvidó  
De su afán y su tristeza,  
Viendo el lujo y la riqueza  
Que allí dentro amontonó  
Pródiga naturaleza.

Sobre rico pavimento  
De oro, pilares macizos  
De cristal, tienen su asiento;  
Y es la bóveda un portento  
De no soñados hechizos.

Cuajadas de pedrería  
Por todas partes están  
Las inmensas galerías,  
Las naturales crujiás  
Que á perderse lejos van.

Y estaláctitas lucientes;  
De azogue temblantes fuentes.  
Se descubren por dó quier;  
Y ríos de incandescentes  
Metales se ven correr.

Y entre ráfagas de fuego  
Y entre luces de color,  
Que la sombra envuelve luego,  
Sigue al silencio, al sosiego  
Un ruido aterrador.

Ruido que producir  
Suele el metal al salir  
Y al estenderse bramando,  
Con los diamantes chocando  
Que engasta al dejar de hervir.

Adam, que apenas crédito  
A su aventura dá,  
Maravillado, atónico,  
Procura descifrar  
Si aquel mundo encantado  
Existe en realidad,  
Ó si es producto solo  
De algun sueño fatal,  
Ó de terrible fiebre  
Que vino á quebrantar  
Su fatigado juicio  
Y á enloquecerle vá.

¿Se encuentra separado  
De Julia por su mal  
Ó acaso junto á ella  
Soñando ó loco está?  
Si sueña, si está loco,  
Preciso es despertar;  
Volver á su pasado  
Estado natural.

Mas ¡ay! no está demente!  
No sueña; ¡pobre Adam!  
La realidad es triste;  
Mas es la realidad  
Que vive en otros mundos;  
Que Julia allí no está;  
Que el cielo para siempre  
Los quiso separar.

Pensando de este modo,  
Del pecho, con afán  
Exhala hondo gemido  
Que muestra su pesar.  
Y entre sollozos luego,  
En su dolor mortal,  
De lágrimas ardientes  
Vertió triste raudal.

Y una nueva carcajada  
En torno de él resonó  
Que por la gruta encantada  
Luego el eco repitió.

Y Adam, en furor montando,  
Al desechar su agonía,  
Levantó el rostro, buscando  
A quien así se reía.  
Y ver pudo junto á él  
Aquella vision cruel  
Que en cierta noche fatal  
Se apareció por su mal,  
Y que se presenta ahora,  
A la vez fascinadora,  
Y á la vez triste y jovial.

Y clava sus ojos  
En él con enojos,  
Se acerca, sonríe,  
Y al ver que suspira,  
Contenta le mira,  
Ufana se engríe.  
Se goza en su duelo:  
Su pecho atormenta;  
Su afán acrecienta  
Con fiero rigor.  
Y luego moviendo  
El labio iracundo,  
Así vá diciendo  
Rompiendo el profundo  
Silencio que reina  
Allí en derredor.

«Ya sabes quién soy yo: yo soy el génio  
Del dolor y del mal; alza tú frente  
Y en la mia verás el anatema  
De los cielos con signos indelebles.

Repara en mis facciones y recuerda  
Que ya otra vez me aparecí en tú albergue.  
Hoy estás á las puertas de mi imperio;  
Mas nada temas ni por nada tiembles.

En los espacios del profundo averno  
Todavía sumirte para siempre  
No pretendo; que el hombre, cuando llora,  
Algo de amable en su existencia tiene.

Hace un instante que llorar te he visto.  
Y esto me prueba que en tu alma ardiente  
La virtud y el amor no se extinguieron;  
Que aun la bella esperanza te mantiene.

Raudales son las lágrimas que al hombre  
Vivifican: que su alma fortalecen;  
Yo los tengo agotados y deseo  
Que con su fuego tu afliccion los seque.

Oye y tiembla: yo fui príncipe un día  
En la mansion de aquel que es rey de reyes;  
Quise ciego arrojarle de su trono  
Y él castigó mi presuncion rebelde.

Desde entonces, sin fé, sin esperanza,  
Envidia al hombre que á esperar se atreve;  
Y gozo si le encuentro descreído,  
A su propio dolor indiferente.

En un raptó de cólera inaudita  
Quisiste darte con furor la muerte;  
Pero luego has llorado y con tus lágrimas  
De tu Dios las entrañas enterneces.

Fuerza será que yo te comuniqué  
Mi terrible maldad; que te exaspero  
Hasta el punto de hacerte que algun día,  
En risa y burla el sentimiento trueques.

Entonces, egoísta, dominando  
El noble instinto y el amor que sientes.  
Al gozar en tu propio sufrimiento  
No sabrás del ajeno condolerte.

Te tendrás en tal caso por dichoso,  
Cual otros muchos que riendo siempre  
Del hermano las penas no adivinan,  
Ni del pobre aliviar saben la suerte.

Te importará muy poco que los pueblos  
Eslavos sufran opresoras leyes,  
Ó que luego en licencia y anarquía  
Sus adoradas libertades truequen.

Los hombres para tí serán mezquinos  
Instrumentos, que sirvan de escabeles  
A tu ardiente ambición; y en tu camino  
La virtud hollarás de cien mujeres.

Nada de nécio sentimiento; el mundo  
Materialista por do quier se vuelve;  
Suma y resta, se engolfa en la política  
Y á la poesía las espaldas vuelve.

«El mundo...! he dicho mal; no es ese el mundo;  
A mas de Europa la orgullosa, tiene  
Otras partes el globo, donde al hombre  
Vas á estudiar, pues conocerlo debes.»—

Calló el ángel del mal un breve instante;  
Sombrio inclina su marcada frente  
Y un suspiro despues del pecho arranca  
Que tristes ecos retumbando vuelven.

## CANTO XIV.

«Oye, dijo Satán . tras breve rato  
De aterrador y sepulcral silencio;  
Oye bien, y no estrañes que te hable  
Veráz y humilde y te descubra el pecho.»

«Débil será un instante aquel que osado  
Su afan oculta con desden soberbio;  
Sincero, aquel que á la mentira eleva  
Ricos palacios ó mezquinos templos.»

«Yo sólo sufro en mi dolor sombrío  
Todas las penas de mi horrible infierno;  
Conozco el bien de que los hambres gozan  
Y por eso á los hombres aborrezco.»

«Ahora mismo, que al mal quiero inclinarte,  
En tu interior por mí desdicha leo.  
Tienes libre albedrio, tienes alma  
Y en ella, solo, dominar no puedo.»

«Un agosto poder, poder que envidia  
Y que á la vez maldigo, está en secreto  
Hablándote; sin duda al bien te inclina  
Mientras que al mal llevarte yo pretendo.»

«Piensas en Julia, en tu condesa hermosa,  
Por quien fuiste sin duda honrado y bueno;  
Sigues bañado en tus ardientes lágrimas  
Y al amor alimentas en tu pecho.»

«La esperanza, ese sol esplendoroso  
Que difunde sus mágicos destellos  
Sobre el mundo moral, y al hombre presta  
En todas partes bienhechor consuelo;»

«Ese don, ese bien incomparable,  
Que al triste ofrece poderoso aliento,  
En tu afanoso corazón, ahora  
Echa raíces y retoños nuevos.»

«No ha llegado el instante todavía  
De que aborrezcas cuanto yo aborrezco:  
Aun eres inmortal; amas y esperas  
Y baccite mio por mí mal no puedo.»

«Pues bien, vive; prolonga la existencia;  
Sigue prestando á tu ilu-sion pretestos;  
Cruza veloz el universo mundo;  
Yo, si es preciso impulsaré tu vuelo.»

«Buscar á la condesa te propones.—  
¿La hallarás? no lo sé; vedado tengo  
Del porvenir el libro, en cuyas páginas  
Solo sabe leer el Ser Supremo.»

«Puedo solo decirte que á tu hermosa .  
El pirata, el osado aventurero,  
Medio demente y casi moribunda,  
Lleva consigo y se dirige á un puerto.»

«Los soldados del rey en vano quieren  
Á Riestri apresar: una vez hecho  
Astillas aquel puente, los bandidos  
Tierras ganaron apreciando el tiempo.»

«Ya en un esquife presurosos entran;  
Ya el mar azotan los delgados remos;  
Ya cantando se alejan de la orilla;  
Ya en la gran nave penetrar los veo.»

«Izan el bote; un hurra victorioso  
Exhalan las salvajes marineros.  
«¡Viva Jacobo!» dicen; largan rizos,  
Y al buque impulsan favorables vientos.»

«Mas ¿qué tienes? ¿por qué, furioso, arrojas  
Ayes profundos, y á mis pies cayendo  
Compasión me demandas? ¿qué pretendes  
Del DIABLO MUNDO en tu terrible duelo?»

«Yo no puedo hacer bien; vivo atizando  
Las pasiones, las penas, los tormentos.  
Julia se aleja; devolvete á Julia  
Fuera hacerte feliz; yo no lo quiero.»

«Sufre, maldice, y aborrece al hombre  
Que hondas heridas sin piedad te ha abierto.  
Yo tan solo inclinarte á la venganza  
Y al esterminio y al estrago puedo.»

«Fuerza será que tú, que tanto un día  
El mundo conocer quisiste nécio.  
Peregrinando vayas por el mundo.—  
Para salir de aquí te daré medios.»

~~~~~

Guardó silencio un rato
La aparición sombría,
En cuyo rostro entonces
Brillaba la aegria
De su indomable orgullo,
Que satisfecho vé:
Y luego haciendo círculos,
Con la siniestra mano,
Gemir hizo un momento
En el espacio al viento,
Mientras, altiva, hería
El áureo pavimento
Con su forzado pié.

Y vióse de repente
Surgir por todas partes,
Llenando los rincones
De aquella inmensa gruta,
Fantásticas legiones
De espíritus sin cuerpo,
De cuerpos sin espíritu
Que bellos ó espantosos,
Ya alegres, ya furiosos,
Las bóvedas escalan,
Se acercan por do quier.

~~~~~

Y al par que aquellos monstruosos génius  
Moviendo sin cesar horrible ruido  
En la caverna misteriosa entraron,  
Esta, súbitamente, iluminada  
Por torrentes de luz, mostró á los ojos  
Del atónito Adam, nuevos portentos  
Nunca vistos ni oídos. Por do quiera  
Líquido oro, en desatadas fuentes,  
Ó darretida plata, en hondos rios  
Con cauces de rubios y esmeraldas,  
Corrieron presurosos; gruesos átomos  
De perlas y diamantes, inundaron  
Los espacios; carbunclos encendidos  
Aizaron luego gigantescas llamas  
Rojas, que hiriendo las facetas bellas  
De las piedras preciosas, un diluvio  
De millones de chispas simularon.  
Y al propio tiempo, el incesante ruido,  
El sordo estruendo de los gritos roncós,  
Que las cohortes infernales dieran,  
La caverna atronaban. Los espíritus,  
Que de formas al fin se revestían,  
Luchaban con furor, ó en locas danzas  
Se mezclaban riendo, ya con líbricos  
Movimientos, ó ya con grave, erguido,  
Ridículo ademán; rostros hermosos  
Y horribles á la vez, se acercan; huyen  
Ó aparecen de nuevo, como el raudó  
Torrellino que arranca de los árboles  
Las ya pálidas hojas; sobre el faego  
Que metales y piedras enrojece,  
Se acuestan sin temor; rompen los duros  
Diamantes con sus dedos, y en seguida  
Los labran, pulen y abrillantan: todo  
Sin instrumento alguno. En los hirvientes  
Arroyos de metales inflamados  
Sus rostros lavan, exhalando gritos.  
Huyen, suben y bajan arrojando  
Carcajadas, chillidos penetrantes;

Y con antorchas, que encendidas llevan,  
El calor de la ya abrasada atmósfera  
Van aumentando sin cesar, gozosos  
De que su jefe sus hazañas mire:  
De que el huésped que allí encerrado tienen,  
Su agilidad y su vigor admire.

Pero á la vez que Adam tal espectáculo  
Vé con asombro, la razon turbada  
Siente; sus ojos deslumbrados, ciegos,  
Cierra por fin; el vértigo le invade.  
La barahunda, el sin igual estrépito  
Que aquellos génius infernales mueven,  
Turban su alma combatida y triste.  
Aunque inmortal y jóven, tiene en ella  
Recuerdos dolorosos que le abrumen.  
El nombre de su Julia idolatrada  
Vé en todas partes, por su mal, escrito.  
Tiembra, suspira, y á caer exánime  
Pronto irá sobre el duro pavimento.

Satán, entonces, con acento horrible,  
Un solo grito pavoroso exhaló  
Que hace temblar de espanto á aquellos séres  
Y que conmueve la caverna inmensa.  
«Basta, callad, vasallos del infierno,»  
Dice; y al punto, aterrador, sombrío,  
Se esparce allí el silencio de las tumbas.

Y volviéndo hácia Adam la centellante  
Pupila:—Escucha, añade, escucha y vuelve  
A recobrar las fuerzas que perdiste.  
Vas á dejar muy pronto estas mansiones  
Desconocidas; ellas son el pórtico  
De mi eterna morada; en esta gruta  
La envidiada riqueza tiene asilo;  
Es su palacio. Si supiese un día  
El hombre, los tesoros que aquí guardo,  
Él, que nada respeta y que es idólatra  
Del oro, á disputármelo atrevido  
Vendría, y horadando estas montañas  
Por lograrlo, gustoso moriría.»

«Tú, al salir de estos sitios encantados,  
Perderás de esta cueva la memoria;  
Mas ya que en ella entraste, yo te juro  
Que vas á ser el Cresó de estos siglos.  
Para viajar y recorrer el globo,  
Para alcanzar honores, distinciones,  
Triunfos y glorias, las riquezas valen  
Mas que el talento y la honradez y el largo  
Empieo de una vida consagrada  
Al amor de las ciencias y las artes.  
Por eso, antiguamente, los humanos  
Soñando en mentirosas crisopeyas,  
Sus esperanzas y su fé, pacientes  
Fundir pudieron, al querer que el plomo  
En oro puro se trocara ¡imbéciles!  
Por eso hoy mismo en el crisol menguado  
De la impudencia y el desdoro, arrojan  
La virtud, el honor y el patriotismo  
Muchos mortales que vivir podrían  
Pobres, si; pero ricos de esperanza  
Sin inventar esa moderna alquimia.»

«Tú, no obstante, pues bueno ser prefieres,  
Vas á alcanzar la ciencia codiciada  
Por tantos hombres, jóvenes ó ancianos,  
Charlatanes ó sábios verdaderos,  
Que en vigiliás y luchas incesantes  
La paciencia y el juicio remataran.  
Sorprendida por ti vá á verse ahora  
La gran naturaleza: el mas recondito  
De sus secretos mostraré á tu vista.  
Voy á enseñarte á fabricar el oro

Y el diamante; de hoy mas, del sol los rayos  
 Sabrás aprisionar en solo un poco  
 De tierra miserable, y luego de ella  
 El precioso metal saldrá brillante  
 Y puro y valioso; en ese escrito  
 Explicado hallarás el gran secreto.  
 Verás cómo la gota de rocío  
 Puede filtrarse en pedernales duros  
 Ó en movediza arena, y cómo al cabo  
 Puede trocarse en la brillante piedra  
 Que vale tanto en el mercado abierto  
 A la insaciable vanidad humana.»

«Eres rico; ya puedes á tu gusto  
 Correr el mundo y estudiarlo todo;  
 La juventud y el don de ser eterno  
 Alcanzaste tambien; ¿qué mas deseas?  
 Ser feliz; ¿no es verdad? y ¿cómo puedes  
 Serlo del todo, si te llamas *hombre*? (1)  
 Vas á partir de aquí; mas antes, quiero  
 Que contemples y admires mis legiones.  
 Ante ti voy á revistartias todas.  
 Quiero que sepas, pues aquí reunidas  
 Las tengo ya, su oficio, sus maldades  
 Y su horrible y funesto poderío.  
 Ellas van invisibles, silenciosas,  
 A matar de los hombres la esperanza;  
 A excitar sus pasiones, á turbarles  
 El bien del sueño y de la paz bendita.  
 Ellas se esparcen por el globo, cruzan  
 Los vientos y los mares, que irritados  
 Se muestran si presienten su llegada.  
 Las aves y los brutos carnívoros  
 Tremulos huyen de ellas; solo el hombre  
 Las mira con desdén y muchas veces  
 Embriagado y feliz las acaricia.  
 Tú tambien en la tierra su influencia  
 Sentirás; pero quiero que entretanto  
 Su condicion y oficio reconozcas.»

«Esa que ves, de aspecto repugnante,  
 Y de ademan soberbio y orgulloso,  
 Es la que un día dominó en el mundo  
 Haciéndose adorar por donde quiera;  
 La que osada levanta todavía  
 Sus ídolos y altares, amasados  
 Con el sudor y sangre de mil victimas:  
 La inventora de falsas religiones  
 Y de los cultos torpes y ridiculos;  
 La que en nombre de Dios, pide á los pueblos  
 Terribles hecatombes.— Esa otra,  
 Que junto á ella con frialdad sonríe,  
 Es sin embargo su rival eterna;  
 Ella forma al incrédulo y le hace  
 Que niegue cuanto vé, que nada admire;  
 Que se complazca en rebajarse, haciéndose  
 Inferior á los brutos; no aceptando  
 Un Hacedor Supremo; un alma noble  
 Digna de grande, de inmortal destino.»

«Mas allá, silencioso, meditando  
 Sin cesar, está el genio de la guerra.  
 Busca un pretexto para hacer que locas  
 Las naciones se lancen al combate.  
 Él, muchas veces, el sagrado afecto  
 De la patria exagera de tal modo  
 Que á dos pueblos vecinos, casi hermanos,  
 Enciende en ira; fútiles pretextos  
 Bastan; tal vez el criminal capricho  
 De un rey, de un gobernante codicioso;  
 De un militar que engrandaecerse quiere  
 Mostrando su valor. Y en todas partes

Se levantan ejércitos, se roban  
 A las madres sus hijos; á la industria  
 Y á las artes sus brazos; y se inventan  
 Horribles medios de matar; y un premio  
 Al inventor al punto se concede.»

«Allí está la deidad que á la política  
 Preside; no á la noble ni discreta  
 Ciencia de gobernar, que presta impulso  
 Al verdadero y sólido progreso;  
 Que dá la libertad siempre hermanada  
 Con el orden, la paz y la justicia.  
 Unas veces los pueblos maniatados,  
 Ignorantes y pobres, con paciencia,  
 En sus espaldas el infame golpe  
 De un latigo cruel callados sienten.  
 Otras, contentos, al romper su yugo,  
 En simulacros militares pasan  
 La vida inútilmente, abandonando  
 La esteva productora, sin que nunca  
 Se acuerden de instruirse y de ser buenos,  
 Dignos, honrados, laboriosos y útiles.  
 Mas ¿cómo, si entre tanto, mil querellas,  
 Por ambicion, por cálculo, por falta  
 De abnegacion sublime, un año y otro  
 En bandos apartados, los políticos  
 Solo se cuidan de luchar, de hacerse  
 Múltiplas heridas que á la patria hunden  
 En un abismo de dolor inmenso?  
 ¿Cómo, ese pueblo se instruirá, si en tanto  
 Que pobre está, le tiranizan unos  
 Mientras otros tal vez van predicándole  
 Que á la matanza bárbaro se incline? (1)

«Allí está la deidad que patrocina  
 Al vil calumniador; no hay honra alguna  
 Que de su lengua fementida escape.  
 Hierde á traicion en la nocturna sombra.  
 Ella ha inventado acaso eso que llaman  
*Crear atmósfera*. La virtud mas grande,  
 Y el mas ilustre nombre, no se libran  
 De ese mordaz calumniador inicuo  
 Que matando el honor, las almas hierde  
 Impúneamente, sin castigo alguno.»

«Allí está la lascivia con el rostro  
 Encendido, inflamada la mejilla;  
 Buscando el modo de manchar mil tálamos;  
 Destruyendo la paz de los hogares;  
 Echando todo á la culpable frente  
 De la adúltera esposa; dando risas  
 Al que paga favores recibidos,  
 Con burlarse despues de la que loca  
 Olvidó por amarle sus deberes.»

«Mas lejos, en aquel brillante ángulo  
 De la caverna, la deidad se baila  
 Que al lujo y á la moda caprichosa  
 Preside. Por el lujo, por las leyes  
 Tiránicas que inventa cada día  
 El ansia de ostentar ricos adornos,  
 Trajes lujosos, arrogantes trenes  
 Y muebles ostentosos y magníficos,  
 Su paz tal vez con gusto sacrifican  
 Los mortales. Maridos arruinados  
 Cien innobles empresas acometen  
 Llegando hasta el abismo de la infamia,  
 Del deshonor, y del suicidio luego,  
 Pierden la esposa fiel, la tierna hija  
 Su paz y su candor; y mientras tanto  
 Los que van á gozar en sus salones

(1) En hebreo la palabra *Enosh* á hombre, significa fiebre y dolor.

(1) Ya se sabe, concretándonos á España, que hay un periódico en ella que ha pedido un millon de cabezas españolas. Si será liberal el que pide eso.

De ese lujo que tanta dicha cuesta,  
Tal vez de todo sin piedad se mofan,  
Indagando los móviles ocultos  
Del baile ó del festín; y averiguando  
De dónde sale tanta y tal grandeza.»

Calló el ángel del mal un breve instante  
Y luego continuó: «Si yo te hubiese  
De enumerar despacio uno por uno  
Los génius que aquí ves hoy congregados;  
Si te fuera explicando, una por una,  
Sus acciones, los daños que en el mundo  
Causan; prójimo por demás me haría.  
Pronto sus hechos tocarás; ahora  
Solo quiero mostrarte algunos otros  
Antes que dejes mi opulenta gruta.»

«Allí vá la avaricia, procurando  
Esconder bajo tierra sus tesoros.  
Ella ha inventado la terrible usura  
Que tantas almas á mi infierno trae.  
Por la avaricia, que el dinero estanca  
En manos infecundas, mil empresas  
Útiles yacen en fatal olvido.  
El industrial, el proletario humilde  
Sin jornal, sin trabajo, acaso un día  
Una limosna implora, si es que loco  
A impulsos del dolor y la indigencia  
No se arrastra al camino del cadáver.—  
El avaro cruel, el codicioso  
Que en secreto acaricia sus talegas,  
Indiferente vé, cómo, postrada  
Su patria en la indigencia, se arruina  
Sin talleres, sin campos, que explotarse  
Pudieran y ofrecer cuantiosos frutos.»

«Allí están la mentira y la lisonja.  
Si severo y veraz alguno quiere  
Pintar desnuda la verdad, mostrando  
La humanidad, cual es, y ser debiera,  
La lisonja y el vil engaño, pronto  
Pondrán sobre sus labios la mordaza  
Y el estigma en su frente, calumniándole  
Y haciéndole apurar amargo cáliz.  
Ellas harán que el hombre se complazca  
En juzgarse perfecto; ellas, llevando  
Aduladoras frases al oído  
Del monarca, ó del pueblo, nunca leales  
Les mostrarán sus faltas ó sus crímenes.  
Ellas irán cantando siempre ufanas  
De cada siglo la coetánea historia  
Sin decirle: *eres malo, por que puedes  
Ser mejor y esa empresa no vanizas*  
Desechando los vicios que te afean.»

«No lejos de aquel grupo de callados  
Génius, que vierten silenciosas lágrimas  
Viendo su triste porvenir, se encuentra  
Una deidad sin corazón, sin ojos,  
Que rechaza lo serio á toda hora;  
Que de todo se ríe; que se burla  
De la virtud y del dolor.—Mas lejos  
La vanidad construye cien altares  
Sobre cimientos frágiles.—La ciega  
Jactancia, busca allí nécies preséritos  
Que le quemen incienso y que la adulen.—  
Cerca de ella se encuentran las deidades  
Que pervierten los mas bellos talentos.  
Aquella prestará rasgos sofisticos  
Al orador sublime; aquella otra...  
¿Sabes quién es? la de la injusta crítica;  
La que presta sonrisas á los labios  
De los pedantes escritores nécies

Que prendados tan solo de sus obras  
Las de los otros furibundos muerden.»

«Allí están el valor mal entendido  
Y el falso pundonor; con ellos marcha  
El desafío injusto; el siempre infame  
Duelo cobarde y desigual. Los hombres  
Lo comprenden así; mas nunca logran  
Rechazar esa bárbara costumbre.  
Para el soberbio espadachín y el fatuo  
Que la honra mancha, ó al honrado insulta,  
No hay tribunales, códigos y un público,  
Que su insolencia ó su maldad castiguen.  
Es preciso que, acaso, el insultado  
Victima sea. ó que sus manos tñan  
Con sangre de otro hombre, cuando el duelo  
Nació tal vez de fútiles motivos.»

«Mas lejos... pero ya de tu vergüenza  
Viendo estoy el carmin; suspiras triste  
Y fatigado te hallas; demos punto  
A mi infernal revista. Tú, en la tierra,  
Sentirás de esos génius el contacto.  
Ellos mezclados, confundidos, marchan  
Cruzando por los ámbitos del mundo.  
Ellos son los ministros poderosos  
Que mi encono y mi furia satisfacen.  
Para torcer, para amenguar los bellos  
Nobles instintos que el Creador pusiera  
En el pecho del hombre, yo he logrado  
Confundir las nociones de lo justo.  
En las naciones mas civilizadas,  
Que llevar á las otras algun día  
Pudieran el progreso, he puesto rémoras  
Constantes. La ambicion, el lujo vano  
Y el ansia de medrar á toda costa,  
Obteniendo fortunas insolentes,  
Han torcido el derecho y corrompido  
Las costumbres. Por eso, oscurecidas,  
Vilipendiadas, la virtud modesta  
Y la oscura pobreza, casi nunca  
Lograron alcanzar altas mercedes:  
Favores grandes, merecidos lauros.»—

«Comete un asesino entre las sombras  
De la noche su crimen y á ocultarse  
Corre veloz. Es justo que indignada  
La sociedad le busque y le castigue.  
Es justo; pero ¿acaso no sería  
Justo tambien que el nombre averiguase  
Del hombre héroe que pasó los años  
De su vida luchando con la suerte  
Triste y adversa, y que le diese un premio  
Que á los buenos de estímulo sirviera  
Y á los malos del vicio separara?—  
No solo el crimen á ocultarse aspira.  
Timida la virtud y pudorosa  
Se esconde casi siempre en su retiro  
Cual la perla en su concha; y guarda humilde  
Su abnegacion, sus mas sublimes prendas.  
Por eso es pobre, austera y silenciosa  
Casi siempre. Por eso, el vicio insano,  
Que se agita cubierto de oropes,  
Insolente la insulta y menosprecia.  
Y los hombres hipócritas la exclaman  
Sin ofrecerla poderoso estímulo  
Y digna recompensa. En todas partes  
Sostienen las naciones tribunales;  
Casas de correccion, jueces, verdugos  
Y una bien ordenada policía  
Para aplicar la ley al delincuente.  
¿Dónde está el funcionario consagrado  
A averiguar dó la honradez se oculta,  
Para aplicarle luego un premio digno  
Segun se aplican las condignas penas?

¿En dónde está la cifra consignada  
Para elevar un puesto de honra y gloria,  
De porvenir, de bienestar y holgura,  
Al ciudadano que en su hogar doméstico  
De paciencia y virtud modelo ha sido  
Sin aspirar al galardón y aplausos  
Que mas que nadie merecidos tiene?  
¿Dónde está consignada la partida  
Dedicada a librar solemnemente  
De la miseria, del dolor, del rudo  
Trabajo, alguna vez (aunque esta sea  
De tarde en tarde) á un hombre virtuoso?  
¿Se contenta tal vez esa justicia  
Humana, con dejar á la conciencia  
Del bueno el propio aplauso, mientras mata  
Al malo? ¿por ventura ha pretendido  
Equilibrar los males y los bienes  
Amononando los penales códigos  
Sin ofrecer en cambio á las virtudes  
Catálogos de justas recompensas?

«Vas á partir; apréstate. Los mares  
Te esperan otra vez, tu amante Julia  
Gime y llora en el buque del pirata,  
Si Jacobo reunir pudo un tesoro,  
Tu tienes otro inmenso, incalculable,  
Como jamás le poseyó ninguno  
Por muy rico que fuese. Si el dinero,  
Tan codiciado siempre por el hombre,  
Constituye su dicha, de seguro  
No habrá dicha en la tierra cual la tuya.  
De las arenas de desiertas playas,  
De las rocas que el mar rugiente azota,  
Y hasta del lodo miserable, puedes  
Sacar ese metal, y esas bellísimas  
Piedras que engastan solo los monarcas  
En sus diademas y en sus ricos cetros.  
Parte, Adam, ten presente que te ódio  
Mas que á todos los hombres; tú quisiste  
Ser inmortal; prolonga tu existencia  
Cuanto puedas; no quiero arrebatártela  
Ni aun descargar el peso de mi furia  
Sobre tí; sigue á impulsos de tu libre  
Albedrío; me basta con que el mundo  
Te presente á la vista sus escollos  
Y sus penas; me basta con que pruebes  
De los hombres el dolo y la maldicia.  
Si alguna vez, doliente, exasperado,  
Mi nombre invocas y mi auxilio pides,  
Sin fe, sin corazón, sin ilusiones,  
Entonces, ya lo sabes, un asilo  
Yo te daré en mis hórridas mansiones.»

Calló Satán, y al punto un nuevo círculo  
Rápido en el espacio describió,  
Y de la gruta, la encantada bóveda  
En sus pilares de cristal tembló.

Barbara, oculta, misteriosa música,  
Grande y propia de horrible bacanal,  
Sonó despues, y su discordé estrépito  
Fué de danza diabólica señal.

Y un muro de la cueva derrumbándose,  
Un cielo transparente dejó ver;  
Y debajo del cielo un mar pacífico  
Al mismo tiempo se entrevió tambien.

Sobre las olas, atrevida, impévida,  
Gallarda cual ninguna otra se vio,  
Dulcemente impelida por el céfiro,  
Vá una nave alejándose veloz.

Dentro de ella, y en una rica cámara,  
Suspira un hombre con doliente afán,  
Es jóven, bello; tiene aire simpático;  
Muere de amores y se llama Adam.

De vez en cuando, por su frente pálida,  
Surca un terrible pensamiento cruel;  
Quiere dormir y al entornar sus párpados  
Vé que el insomnio se apodera de él.

Lanza un suspiro; luego algunas lágrimas  
Bañan su rostro lleno de dolor;  
Julia! Julia! repite estremeciéndose,  
Y una mano se lleva al corazón.

—«¿Á dónde voy? ¿de qué manera insólita  
Hasta la nave trasportado fui?  
¿Qué me guarda el destino? ¿Cuándo el término  
Podré encontrar á mi dolor sin fin?»—

Dijo: y dejando la citada cámara  
Á la cubierta con afán subió;  
Tendió la vista; el cielo estaba límpido;  
Tranquilo el mar y deslumbrante el sol.

En parte alguna se descubre un ápice  
De tierra; todo solitario está;  
Solo se escucha el cántico monótono  
Del marinero que en las vergas vá.

Luego tal vez la golondrina rápida,  
Seguida de otras, por allí cruzó.  
¡Feliz mil veces la avecilla tímida  
Que va buscando un clima bienhechor!

Ella no siente el insufrible cúmulo  
De dolores que está sintiendo Adam;  
Ella no tiene pensamientos múltiples;  
Pero sabe muy bien á dónde vá.

Poco despues, con ademán solícito  
El capitán del buque se acercó  
Y al pobre Adam, que le miraba atónito,  
Con respeto y cariño saludó.

Y Adam volviendo del profundo éxtasis  
En que su mente sumergida está,  
—¿Dónde estamos? pregunta; ¿cuándo á Nápoles  
Este buque velero tornará?»

Quedóse al parecer mudo y estático  
El capitán, que al cabo contestó:  
—Nos hallamos, señor, en el mar Jónico  
Y á Grecia vamos; lo mandasteis vos.

—¡Oh! ¿qué dices?—Allí, si son verídicos  
Mis informes, repuso el capitán,  
El buque de Riestri el archipiélago  
Impavido á estas horas cruzará.

—¡Oh! prosigue.—Tal vez mas tarde al Mármara  
Conducirá orgulloso su bajel;  
Ó pasando el mar Negro, irá internándose,  
Siempre atrevido, en el de Azof despues.»

—Tal vez quiera salvar los montes Cáucagos,  
Tal vez quiera cruzar el Ararat;  
Y el mar Caspio dejando atrás, intrépido  
Tal vez llegue hasta el golfo de Balkan.»

—Luego todo lo ignoras? luego el bárbaro  
Que la dicha del alma me robó  
Va á invadir esos montes y esos piélagos  
Sin que pueda alcanzarle mi rencor?

Triste de mí! —Y Adam, vertió una lágrima  
Que en su ardiente mejilla se secó;  
Y rompiendo despues el triste diálogo  
A su cámara al punto descendió.

~~~~~

Y allí á solas, en su mente
Sintió brotar mil recuerdos;
Y la duda y la esperanza
Batallaron en su pecho.

—«Soy jóven, soy rico, dijo;
La inmortalidad su aliento
Me presta; el mundo me llama
Y al mundo lanzarme quiero.

Julia! mi bien! que tus huellas
Me haga vislumbrar el cielo.
Contigo seré dichoso
Aunque se oponga el infierno.»

Calló Adam; luego á su oído
Llegaron confusos ecos
Que aclarando su memoria
Su corazón conmovieron.

Y al querer cerrar sus ojos
Percibió el discorde estrépito
Que allá en la lejana gruta
Movieran fatales génius.

Y estas frases, confundidas
Con aquel bárbaro estruendo,
Le pareció que arrojaba
El mar de sus hondos senos:

«Gallarda y erguida
Se ostenta la nave
Que marcha impelida
De un viento suave.
Miradial! qué bella,
Las aguas cruzando,
Imprime su huella
La estela marcando!
¿No veis? Se dibuja

Su forma en el cielo.
¿Qué mano la émpuja?
Parece una hada.
¿Dó tiende su vuelo?
¿Dó va? No se sabe.
Tal vez, destrozada,
Su marcha gozosa
Detenga la nave
La nave orgullosa.»

«Así, en ocasiones,
El hombre camina,
Forjando ilusiones
De forma divina.
Y nunca adivina
Que el mal se avvicina;
Que va, como el ave
Que el lazo no advierte; —
Cual misera nave
Que busca la muerte.»

«Carina, camina!
No cejes, Adam.
Do quier que te elevés,
Do quiera que lleves
Tu duelo profundo,
Tus tiernas memorias,
Tus míseros juicios,
Tus luchas, tus vicios;
Tus dichas, tus glorias,
Tal vez tus virtudes,
Tu gozo, tu afán;
Allí, no lo dudes,
Contigo, iracundo,
Irá el DIABLO MUNDO;
Sus génius irán.»

~~~~~

Cesaron los rumores; el buque fué impelido  
Por favorables vientos sobre la estensa mar,  
Y Adam cerró sus ojos y se quedó dormido;  
Dejémosle que duerma; dejémosle soñar.

.....

## CANTO XV.

Siempre se ha dicho, con razon, que el tiempo,  
Es del dolor del hombre panacea.  
El borra los pesares que en el alma  
Producen tristes y penosas huellas.

De la muerte del dulce objeto amado;  
De una terrible y obligada ausencia,  
Siempre mitiga el tiempo compasivo  
Recuerdos que las almas atormentan.

De otro modo, la vida insoportable  
Para nosotros en el mundo fuera,  
Sintiendo siempre aglomerarse fieros  
Pesares que se tocan y encadenan.

¿Influye en nuestra mente, por ventura,  
Para hacer que el dolor mas chico sea,  
El saber que es fugaz y breve el transito  
Del mísero mortal sobre la tierra?

¿Ó es que la edad, templando las pasiones,  
Del corazón los impetus modera,  
En tanto que con pasos silenciosos  
La cansada vejez triste se acerca?

Veinte años, lectores, han pasado  
Desde el momento aquel en que perdiera  
Adam á la hermosura peregrina  
Que fué su dulce y codiciada prenda.

Veinte años! un siglo de la vida  
Normal, del hombre que morir espera:—  
Un instante no mas. para el que sabe  
Que juventud y vida tiene eternas.

Por eso es grande su dolor; inmenso  
El pesar que en su amante pecho lleva  
Siempre guardado, al ver que el tiempo pasa  
Inútilmente, y la vejez no llega.

¿Qué será de su Julia? el orbe entero  
Ha recorrido sin hallar sus huellas;  
Siempre en pos del pirata fué; mas nunca  
El vil Riestri su llegada espera.

Parece que aquel hombre condenado  
Está tambien por singular estrella  
A vagar por los ámbitos del mundo  
Cual si quisiese huir de su conciencia.

Luego, Adam le perdió por mucho tiempo  
De vista: en vano inquiere; en vano intenta  
Su paradero descubrir; parece  
Que al vil rival se lo tragó la tierra.

Durante un año y dos, Adam, el oro  
Que sabe hacer, calentamiento emplea  
En buscar a Riestri; caravanas  
Organiza, y cien buques luego apresta.

Lánzase él mismo por ignotas vías  
Cruzando mares y ganando tierras,  
É incansable, atrevido, siempre ansioso,  
Dá al mundo entero repetidas vueltas.

Él ha llegado á los desiertos polos;  
En sus masas de hielo gigantescas  
Un nombre amado, el nombre de su Julia,  
Grabó, llorando, con su mano trémula.

Él ha cruzado las campiñas áridas,  
Los arenales, las montañas yermas,  
Del Africa assolada: él ha pisado  
Del Asia las ruinas gigantescas.

Ha visitado las llanuras fértiles  
Y los vírgenes bosques de la América,  
Y al pié de cataratas espumosas  
La imágen evocó de su condesa.

En todas partes maravillas raras,  
Climas diversos, impresiones nuevas:  
Pompa, lujo, esplendor, galas sin cuento  
Le mostró la feraz naturaleza.

Espectáculos grandes y sublimes,  
Que admiracion infunden y sorpresa;  
Que á entrever le obligaron con asombro  
De Dios la majestad y la grandeza.

Mas ¡ay! en todas partes ha sufrido  
Alternativas de dolor inmensas,  
Sin lograr la ventura y el descanso  
Que tanto el alma conseguir desea.

Do quier al hombre con dolor ha visto  
Destruyendo la armónica belleza.  
El soberbio y magnífico espectáculo  
Que los orbes espléndidos ostentan.

Razas llenas de oprobio, envilecidas  
Por infames y estúpidas creencias:  
Ceremonias absurdas que degradan  
Y embrutecen los pueblos de la tierra.

La casta de los párias y las tribus  
De los pulias (1) ha visto en la miseria  
Ser perseguidas por los fieros hindos  
Y ser tratadas como torpes bestias.

Ha visto á la viuda dolorida  
Con el cadáver de su esposo, llena  
De espanto alguna vez, otras de gozo,  
Ser arrojada á la voraz hoguera.

Ha presenciado el repugnante cuadro  
Que, ya difunta, la infeliz doncella  
Ofrece en otras partes, sometida  
Á un acto infame que su ley ordena (2).

Y al cruzar las llanuras y los montes  
De salvajes comarcas, mil grotescas  
Danzas vió, donde bárbaros canivales  
Iahumano festín con gozo ordenan.

Y cautivo se ha visto; y ha logrado  
Fugarse luego; y al lograr su vuelta  
A pueblos cultos, con monarcas grandes  
En contacto le han puesto las riquezas.

Y ha obtenido favores y altos títulos  
Sin obtener felicidad completa;  
Sin ver su corazón contento y libre  
Del grande amor que incólume conserva.

Mil mujeres ha visto en su camino  
De ponderada y sin igual belleza;  
Mas ¡ay! ninguna al ofrecerle dichas  
El hondo abismo de su pecho llena.

Cansado ya de sus pesquisas vanas  
De nuevo á Europa realizó su vuelta;  
Pisa por fin los españoles campos;  
Llega á Madrid y en su interior penetra.

Viene solo; su Julia idolatrada  
No está á su lado; y sin embargo, lleva  
Su mano al corazón; porque en él siente  
Latidos grandes que placer revelan.

Es que en Madrid, la suspirada pátria  
Vuelve á encontrar; la pátria en donde fuera  
Tan desgraciado un día; donde pobre  
Vivió entre gente miserable, abyecta.

Donde atrevido, loco y codicioso  
El palacio escaló de la condesa;  
Donde habitó feliz con su Salada  
Que hoy venturosa náda en las riquezas.

Él es rico tambien; es poderoso;  
La buscará: sin duda no recuerda  
Ella la ingratitude del torpe amante  
Que quiso un día separarse de ella.

Tal vez esté casada; tal vez viva  
Con el duque su padre. Si él vá á verla  
Se amarán como hermanos, como amigos  
Que se vuelven á hallar tras larga ausencia.

(1) Véase la quinta de las notas que van al final.

(2) Ídem la nota sexta.

Luego verá al anciano D. Genaro,  
Y á D. Juan de Alarcón; sus nobles diestras  
Entre la suya estrechará gozoso.  
Verá á Enrique y su noble compañera.

Con esta y con María, muchas veces  
Hablarán con amor de la condesa;  
De su Julia adorada...—Todavía  
Algunas horas de esperanza restan.

¡Insensato! no sabe que el destino  
Vá á golpear con bárbara rudeza  
Su herido corazón, y que sus cálculos  
En un abismo de dolor se estrellan.

La muerte despiadada se ha gozado  
En descargar con su guadaña fiera  
Sus repetidos golpes. Adam, sólo;  
Sólo en su patria por su mal se encuentra.

¡Su patria! Bien mirado, el triste ignora  
Cuál ha sido su patria verdadera.  
¿Dónde nació? ¿en qué sitio allá en la infancia  
Jugó feliz con placida inocencia?

¿En dónde vió esos niños, que mas tarde  
Convertidos en hombres, se recrean  
Alguna vez en reanudar los lazos  
Que entre los juegos la amistad estrecha?

Adam no ha sido niño; en su memoria  
Nada inocente ó cándido conserva;  
Tampoco será viejo; será siempre  
Jóven, con ruda juventud eterna.

Siempre ardiente, agitada, impetuosa,  
Circulará la sangre por sus venas;  
Será juguete de pasiones locas,  
Invincibles, volcánicas ó inmensas.

Tendrá que amar, con un amor frenético,  
Sin que ilusiones en el alma tenga;

Y al buscar un amigo cariñoso  
Le verá sucumbir, si es que lo encuentra.

¡Pobre Salada! hundida en la desgracia  
Y en la deshonra, de su edad primera  
Pasó los bellos años, sin que nunca  
Envidiara del rico la opulencia.

Luego se vió de súbito encumbrada,  
Sin saber como, á espléndidas esferas;  
Halló un padre, un hermano cariñoso,  
Y noble y alta sociedad discreta.

Pero se halló para el placer marchita;  
Miró al pasado, que le dió vergüenza,  
Y pensando en Adam, dobló la frente,  
Cerró sus ojos, y murió contenta.

Poco despues, el conde de la Banda  
Vió tambien extinguirse su existencia;  
Y el duque, anciano, sin sus caros hijos,  
Buscarlos pudo en la region etérea.

Mas ¿á qué continuar? No brota un nombre  
De los labios de Adam, sin que éste vea  
Perdida una ilusion, rota una fibra  
Del corazón que se estremece y tiembla.

Cada pregunta suya, obtiene luego  
Siempre cruel é idéntica respuesta.  
Quiere saberlo todo y no se atreve  
A sondar la verdad que le rodea.

Está solo en el mundo, solo, solo,  
Por mas que gentes por dó quier le cercan.  
Únicamente un hombre vé á su lado  
Que su pasada vida le recuerda.

¿Quién es? Seguidme, si quereis, lectores,  
A un rico gabinete dó se encuentran,  
Y escuchando sus pláticas, veremos  
De Adam las grandes, las profundas penas.

## CANTO XVI

Jóven, de elegantes formas  
Y de arrogante apostura,  
Su varonil hermosura  
Muestra Adam á la sazón.

Mas á pesar de que es bello,  
Inmortal, rico y potente,  
En su rostro y en su frente  
Se revela su aflicción.

Un hombre de edad madura,  
Y continente severo,  
Tal vez con los otros fiero;  
Respetuoso con él;

De pié, inmóvil, apenado,  
Sin duda que habla aguarda,  
Y al ver que en hablarle tarda  
Siente zozobra cruel.

Y la péndola metálica,  
De un reloj que allí está andando,  
Vá los instantes marcando  
Con sonora lentitud.

Que son los instantes lentos  
Cuando el pesar nos acosa;  
Cuando el alma no reposa  
Y nos mata la inquietud.

Rompió al fin Adam el triste  
Silencio que en torno impera,  
Y cual si solo estuviera  
Estas frases murmuró:  
«Ya se ha hundido la esperanza  
En un abismo profundo:  
¡Ay! ¿existe el DIABLO MUNDO  
Ó mi incerte le formó?»

Al murmurar estas frases,  
Atónito y asombrado  
Miró en derredor, y al lado  
Á su acompañante ve,  
Que con inquieta mirada,  
Su extravío contemplando,  
Sigue silencio guardando  
Y permanece de pie.

Adam, confuso un momento  
Quedó; mas luego sus ojos,  
Sin inquietud, sin enojos,  
En aquel hombre fijó.  
Y tendiéndole una mano  
Que él estrecha agradecido,  
Con acento conmovido  
De esta manera le habló:

—Siéntate Andrés, á mi lado,  
Rompe hoy, sin que te asombres,  
La valla que entre dos hombres  
Levantó estrecha ruín.

Deja á un lado tus respetos  
Que de mí mal son testigos.  
Conversemos como amigos.  
Yo necesito de tí.

Obedeció silencioso  
Andrés, tomando un asiento,  
Mientras que Adam, con acento  
Mas turbado, continuó.

—«Voy á partir de esta tierra  
Donde la muerte implacable  
Todo cuanto hallé de amable  
Y querido me robó.»

«Mas antes quiero que seas,  
Sabedor de mis intentos,  
Que guardes mis pensamientos  
En tu pecho noble y fiel.

Al emprender nuevamente  
Por el mundo mi carrera  
Deje yo una vez siquiera  
Un recuerdo grato en él.»

Calló Adam, lanzó un suspiro,  
Y Andrés á la par vertiendo  
Una lágrima, sintiendo  
Agotarse su valor,

Ambas manos á sus ojos  
Quiso llevar impaciente  
Y una de ellas claramente  
Mutilada ver dejó.

—¡Pobre manco! dijo entonces  
Adam; en combate insano  
Sacrificaste la mano  
Que es de los pobres el bien.

Y sin embargo anhelaste  
Trabajar tarde y mañana,  
Por dar á tu madre anciana  
Paz, alimento y sosten.»

«Cuando, manco y pobre, á ella  
La patria te devolvía  
Ella, la infeliz, moría...

Dios perdone al matador!  
—Dicen que fué atropellada  
Por los caballos de un coche...  
—Y tú entraste aquella noche  
En Madrid.—Cierto, señor.

¿Por quién pudo esos detalles  
Oscuros haber sabido?  
Usted no habria nacido  
Entonces...—Todo lo sé  
Por un hombre que á tu lado  
Yagó aquella noche triste.  
¿Te acuerdas...?—¡Oh...!—Tú le viste...  
—De su virtud sospeché.

—Tienes razon, cuando el día  
Llegaba, de él te alejaste  
Y de este modo le hablaste  
Con militar bizarria:

«Aunque manco, trabajar  
Sabré con arder profundo;  
Que sin trabajo, en el mundo...  
No hay honra ni bienestar.»

Al escuchar Andrés las frases últimas  
De Adam, que á la memoria le traían  
Un episodio breve, ya olvidado,  
De los hechos remotos de su vida,  
Levantando sus ojos, con asombro  
Fijó en Adam de súbito la vista.  
Y creyó que soñaba, que en la senda  
De su vivir tal vez retrocedía.

—¡Oh! no hay duda, pensó, son sus facciones;  
Su misma voz, y las palabras mismas  
Que entonces pronuncié, repite ahora  
Con el propio desden, con la ironía  
Que yo entonces usé; mas ¿cómo puede  
Ser él? yo sueño; mi razon se abisma.  
Este es rico; aquel pobre; han trascurrido  
Muchos años y ya sus pies irían.  
De la vejez por las heladas lindes.  
Canaas y arrugas como yo tendria.»

Fue tanto el estupor que demostrara  
El buen Andrés, que, á ser menos prolijas  
Las desgracias de Adam, éste se hubiciera  
Gozado en ver la admiracion escrita  
En el rostro del hombre que en el suyo  
Con tanto asombro sus miradas fija  
Mas ¡ay! que siempre en su dolor sumido,  
Tan sólo piensa en sus eternas cuitas.

—Oye, exclamó por fin, con voz solemne:  
Oyeme, Andrés, y para siempre olvida  
El encuentro del jóven de quien antes  
Te hablé; no intentes, con piadosas miras,  
Ó con pueril curiosidad, el velo  
Romper, que oculta la existencia misera,  
Infeliz é insondable de aquel hombre.—  
Nunca le tengas, buen Andrés, envidia,  
Aunque rico se ostente. Las riquezas  
No constituyen la suprema dicha.  
Tal vez... oyeme y fija en tu memoria  
Mis palabras: tal vez hay en tu vida  
Un terrible dolor, que anticiparte  
Pudo aquel hombre; pero no maldigas  
Su memoria; perdónale; no quiso  
Hacerte mal, y á compensarte aspira  
En cuanto cabe dentro de este círculo

En que la pobre humanidad se agita.  
No le busques, no inquietas lo que ha sido;  
Mas, desde lejos, su memoria estima.»

Era el acento con que Adam hablaba  
Firme y grave: su voz dulce y tranquila  
Al parecer, pero sus bellos ojos  
Luchas del alma, en su mirar indican.

—Oye, volvió á decir: hace dos meses,  
Que, al penetrar en tu vivienda misera,  
Y al ofrecerte un puesto aquí en mi casa,  
Lágrimas vi rodar por tus mejillas.  
—Señor...—Nada me espírites: lo sé todo.  
—Yo lloraba de amor y de alegría  
Porque estaba sumido en la miseria  
Y tengo una mujer, tengo familia.

—Pobre Andrés! el trabajo no se encuentra  
Siempre, ni el pobre que al trabajo aspira  
Es apto, cual quisiera, para todo.  
No siempre manos que el rencon mutila  
En desastrosa guerra, encuentran luego  
La mano de una patria agradecida.  
Te engañó tu deseo; manco y pobre  
Has sufrido en tu misera bohordilla;  
Mas ya que el bienestar no conseguiste,  
Al menos, tienes tu conciencia limpia,  
Y al morir... cuando mueras... cuando acabes  
De sufrir las miserias de la vida,  
Séres habrá que cerrarán tus párpados...  
Que tu memoria llamarán bendita.»

Púsose Adam de pié, cual si quisiera  
Dominar la impaciencia que sentía.  
Y continuó en voz baja: —El tiempo sigue  
Su rumbo, y mi zozobra no termina.  
Y acercándose á Andrés: —Te he dicho, añade,  
Que de España me ausento; en otros climas  
Voy de nuevo á buscar lo que en ninguna  
Parte, tal vez, por mi desgracia exista.  
Sé lo que piensas: lo adivino al menos  
Al mirar tu actitud; hablar querías  
Y el sentimiento en tu garganta ahoga  
Un pensamiento que en tu labio espira.  
Me estás agradecido, me amas; quieres  
Seguirme: ves que sufro y tu alma digna,  
Noble, leal y cariñosa, ese  
Gran sacrificio, buen Andrés, te dicta.  
Gracias, gracias; por mucho que te estime,  
Solo debo partir: tú, en compañía  
De tus hijos, podrás algunas veces  
Pensar en mí. Si así lo verificas,  
Ruégale al cielo que la paz me ofrezca  
Y haz que mi nombre en tus recuerdos viva.»

«Ahora (volvió á decir Adam, sacando  
De un cajón unos pliegos, que tenía  
Ya escritos y lacrados), voy á darte  
Un delicado encargo. Dos familias  
Hubo en Madrid, cuya memoria mi alma  
Tiene en muy grande y venerada estima.  
De aquellas dos familias solo quedan  
Dos individuos; solo dos...! La impia  
Muerte, sorda á mis ruegos, con enojo  
Del catálogo inmenso de la vida  
Los nombres de unos séres ha borrado  
Que grandes prendas de virtud tenían.»

«Murieron, ya no sufren: pero vive  
Alfredo Macanáz; Enrique y Luisa,  
Sus padres, eran pobres; mas se amaban  
Y su bien este amor constituía,  
Un hombre inicu: un tal Anselmo, quiso  
Infamar á la buena esposa, y víctima

Fué Enrique, en duelo bárbaro, del hombre  
Que traidora amistad le ofreció un día.  
¡Pobre Enrique! su esposa al poco tiempo,  
Lo mismo que su padre y que su hija,  
Al sepulcro bajó; y el hombre infame,  
El asesino que la paz bendía  
De aquellos séres destruyó, se ostenta  
Poderoso y feliz. No le castiga,  
Como merece, la justicia humana,  
Porque es ciega del hombre la justicia.»

«Pasó Adam una mano por su frente  
Echando atrás los rizos que caían  
De sus negros cabellos, y en sus labios  
Se pintó melancólica sonrisa.  
—Tú no sabes, Andrés, estas historias,  
Continuó; no las sabes; pero escritas  
Yo las tengo en mi mente; y á mis labios  
Ella estas frases inconexas dicta.»

«Tú conoces á Alfredo; tú indagaste  
Su paradero; tú viste á esa niña  
Que lleva un nombre para mí sagrado;  
Un nombre dulce para el alma mía.  
Esa Julia, esa niña que á casarse  
Va con Alfredo; fue la última hija  
De dos séres también, buenos y honrados:  
De D. Juan de Alarcón y de María.  
Yo al saber que era huérfana, que estaba  
Sola en la tierra; pero que era digna  
Y buena y virtuosa, y que su mano  
A su amante iba á dar, quise la mía  
Tenderles, y no vi que siendo joven  
Y opulento, de mí sospecharían.  
Por eso al estrecharla entre mis brazos  
Celoso Alfredo me miró con ira.  
Es natural: ignora que yo llevo  
Aquí en mi corazón yerbas cenizas;  
El no sabe quién soy; si lo supiera  
De la verdad del caso dudaría.»

«No importa; serán ricos; cuando ausente  
Me halle de aquí, á anunciarles mi partida  
Irás tú y á entregarles este pliego  
En que un dulce recuerdo les dedica  
Mi cariño. La herencia que les queda  
Viene de noble procedencia... es mía.  
Riquezas hay diabólicas y esas...  
Esas no irán jamás á manos dignas  
Y honradas... (Y al decir esto, en el rostro  
De Adam, se vió cruzar nube sombría.)

Después, continuó así: —«Cuando les lleves  
Este pliego, te ruego que les digas  
Estas frases: un hombre que ha sufrido  
Y sufre penas grandes, inauditas,  
En nombre de otra Julia ese presente  
Os manda: bendecid á la de Aleira  
Y rogad por Adam. Casaos, ser ricos  
Y buenos y felices; y si un día  
Corresponder queréis al que ha querido  
Labrar, en cuanto pudo, vuestra dicha,  
Levantad en su nombre á vuestros padres,  
Un panteón: honrad vuestra familia;  
Llevad allí sus restos; y en la lápida  
Donde sus nombres el cincel escriba,  
Poned con letras de oro «aquí reposan  
Don Genaro, Alarcón, Enrique, Luisa,  
Y la noble mujer que tuvo un alma  
Tan bella, cual su nombre de María.  
¡Pobre amiga del alma! ella curando  
De mí apenado corazón la herida,  
Junto á mi Julia, comprender no pudo  
Que al salvarme labraba mi desdicha.»

«Este otro pliego, para ti reserva;  
 No le abrirás hasta pasar tres días.  
 Ahora dame un abrazo; para siempre  
 Puede ser, buen Andrés, que me despida  
 De Madrid y de tí; seca tus lágrimas  
 Y nada temas, ni en seguirme insistas.  
 Debo estar solo; dentro de una hora  
 Me espera una mujer desconocida.  
 ¿Quién será? ¿qué querrá? su nombre ignoro  
 Y sin embargo dióme extraña cita  
 Por medio de una carta misteriosa...  
 El mismo portador desconocía  
 Su origen; véte, Andrés.»—«El cielo guarde  
 Cien y cien años vuestra noble vida.»

~~~~~

ADAM.

Pobre Andrés, él prolongar
 Cien y cien años quisiera
 Esta vida horrible y fiera,
 Que encierra tanto pesar.
 Vida triste que arrastrar
 Ya no puedo en mí sufrir;
 Vida que he de maldecir
 Porque me dá el padecer:
 Vida que anhelo perder,
 Vida que quiero extinguir.

El tiempo, con su rigor,
 Todo en el mundo lo acaba;
 Él la montaña socaba
 Con impulso destructor.
 Mueren la planta, la flor;
 El ave, la fiera, el pez,
 El hombre con su altivez;—
 Todo se abisma, se hunde
 Y perece y se confunde
 En brazos de la vejez.

Yo solo ¡ay de mí parece
 Que á mi juventud atado,
 Vivo siempre condenado
 A ver que todo perece.
 Mi cabello no encanece:
 No se gasta mi razon,
 Quiero con obstinacion
 Forjar locas ilusiones
 Y siento que las pasiones
 Bullen en mi corazon.

Y sin embargo, en su centro
 Se encuentra despedazado.
 Le siento duro y helado
 Y tiene una hoguera dentro.
 El alma á la vez encuentro,
 Ya en libertad, ya oprimida;
 Mi esperanza está perdida;
 Casi la vista la alcanza,
 Y no obstante, otra esperanza
 Veo brillar desconocida.

Lleno de pena y de mal,
 En mi loco devaneo,
 Al par que morir deseo
 Quisiera ser inmortal.
 ¿Dónde y cómo? Error fatal
 Es querer vivir así
 Sufriendo como sufrí,
 Y sufro, en mi afan profundo,
 Vagando por este mundo
 Donde todo lo perdí.

Julia! mi bien! tú, que un día
 Viste mi infinito amor:
 Tú que miras mi dolor
 Y contemplas mi agonía;
 Inspírame, Julia mía!
 Dime cómo podré hacer,
 Sino para envejecer.
 Al menos, para sentir
 Que empiezo al cabo á morir
 Y á dejar de padecer.

Si es efímera y es breve
 La vida de los mortales,
 Quién no soporta sus males.
 Y á quitársela se atreve,
 Torpe y cobarde ser debe.
 Pero yo me convencí
 Que es la vida baladí,
 Que acabar es mi propósito,
 Para todos un depósito
 Y una carga para mí.

Mas dime, Julia, si está
 Aquí esa vida escondida;
 Si al extinguirse esa vida
 El alma muriendo vá.—
 Si hay un Dios, un mas allá
 El alma debe tener.
 Tómala el hombre al nacer:
 Con ella puede vivir;
 ¿A quién se la dá al morir?
 ¿Quién la viene á recoger?

Si Dios no existe, quizá,
 ¿Cómo el sol brilla en la esfera?
 ¿Es la materia grosera
 Quién aliento al mundo dá?
 ¿La torpe materia está
 Siempre consigo luchando?
 ¿Es ella quien albergando
 Tan altas aspiraciones.
 El bien de generaciones
 Futuras va procurando?

¡Loco de mí! nada sé;
 Ciego estoy; todo lo ignoro.
 Por eso, Julia, te imploro
 Que auxilio tu amor me dé.
 Me falta el valor; la fé
 Me abandona; mi razon
 Se pierde en la confusion
 De dudas con que batalla,
 Y dentro del pecho estalla
 Mi agitado corazon.»

Quedó abismado en su dolor sombrío;
 Su frente tersa y pálida incliné,
 Y el eco, al esparcirse en el vacío
 De su estancia, un suspiro repitió.

Y del reloj la péndola oscilante
 El compasado ruido se escuchó.
 Marcando lentamente cada instante
 Que Adam en negra soledad pasó.

~~~~~

Y entretanto á sus oídos  
 Llegaban los mil rumores  
 De las gentes que cruzaban  
 Por las calles de la corte.

Tal vez bizarros ginetes  
Iban marchando al galope:  
Tal vez orgullosas damas  
Pasaban en ricos coches.  
Aquí música sonora  
Lanza agradables acordes;  
Y mas allá voceando  
Van ruidosos vendedores.  
Y llegan, pasan, se alejan,  
Se agitan, cruzan veloces,  
Mientras que Adam permanece  
Abismado en sus dolores.

~~~~~

Al fin, con aire sombrío,
—Ese es el mundo exclamó;
Quien por de fuera le mire
Le hallará deslumbrador.

Dichosos ellos que gozan
Mientras yo sufriendo estoy!
Dichosos ellos que ovidan
Lo que nunca ovido yo.»

Diciendo de esta manera,
Tomó asiento en un sillón,
Que junto á su mesa habia,
Y un cofrecito sacó.

De aquel rico cofrecillo
Dos joyas de gran valor.
Tomó luego con visibie
Y penosa agitacion.

Era un collar de diamantes
La una, que Adam besó;
Y la otra una púsera
Que llevó á su corazón.

—Prendas del alma adoradas,
Dijo con doliente voz;
Prendas que fuisteis un día
Del objeto de mi amor.

Vosotras, que sois testigos
De mi penosa afliccion,
Vosotras que el mundo entero
Recorristeis como yo;

Decidme, prendas del alma,
Decidme, por compasion,
¿Donde se encuentra la hermosa
Que otro tiempo os poseyó?

Decidme si podré verla;
Decidme si loco estoy;
Decidme, si estoy del todo
Abandonado de Dios.»

Siguió el silencio reinando
En la opulenta mansion,
Hasta que Adam dando un grito
Trocó en ira su dolor.

—¡Oh! basta, dijo: ya es fuerza
Poner fin á mi afliccion;
Todo en el mundo perece;
Que perezca tambien yo.

¡Maldito el oro que darne
No pudo dicha ni amor;
Maldita mil y mil veces
La vida que Dios me dió!»

.....

—Al cabo ya eres mio!
Dijo tonante voz;
Y EL DIABLO MUNDO al punto
Allí se apareció.

Mas no era ya aquel ángei
Soberbio del dolor,
Cuya belleza el rayo
Del cielo marchitó,
Sino el mezuquino génio
Que lleva en su esterior
Pintadas las ruindades
Del torpe corazón.

El génio astuto y pérfido
Que aliento y vida dió
A la doblez, que oculta
Su bárbara intencion,
Cuando en el mal ajeno
Se ceba con furor,
Y cinica sonrie
Con vil satisfaccion.

~~~~~

—«Adam! escuchame:

Dijo Satán;  
Oyeme y sigueme  
Sin vacilar.  
Tu vida eterna  
Solo te dá  
Duelos y llantos  
Y hondo pesar.  
Tú la maldices;  
Adam! Adam!  
Dios no ha tenido  
De tí piedad.  
Para tí sordo  
Siempre estará;  
Nunca tus ruegos  
Le moverán.»

«Así los siglos  
Correr verás.  
Generaciones  
Vendrán, irán,  
Y desclado,  
Faito de paz,  
Faito de aliento,  
Lleno de afan,  
Tus afecciones  
Con pecho leal  
Pondrás en gentes  
Que morirán  
Despues que torpes  
Te hayan quizás  
Atormentado...  
Sigueme, Adam;  
De mis imperios  
Te voy á dar  
Lo que mis númenes  
Envidiarán.»

«Fiero y terrible  
Desde hoy podrás  
Por los espacios  
Libre vagar.  
Sobre las nubes  
Cabalgarás  
Cuando se anuncie  
La tempestad,  
Cuando se agite  
Sabiado el mar,  
Cuando el incendio  
Fulgure mas.  
Sigueme al punto,  
Sigueme, Adam;  
Ven á los hombres  
Á atormentar.  
Jamás les demos  
Tregua ni paz.»

«Que la palabra  
*Fraternidad*  
 Sea un sarcasmo  
 Rudo y brutal,  
 Cuando los bronces.  
 Al estallar.  
 Al mundo anuncien  
 Guerra infernal.  
 Tengan por héroe  
 Al que dé mas  
 Pruebas de horrible  
 Ferocidad.  
 Por *gloria* téngase  
 Lo que no es mas  
 Qué humo que arroja  
 La vanidad.»

«Haya en el mundo  
 Gente falaz  
 Que, haciendo alardes  
 De santidad,  
 Pretenda, hipócrita,  
 Ciega quizás,  
 Con las creencias  
 Especular,  
 Y anhele siempre  
 Volver atrás.—  
 Mas haya en cambio  
 Quien, con afán,  
 Diciendo al hombre  
 Que un Dios no hay,  
 Quiera que loca  
 La humanidad  
 Borre del alma,  
 Con mano audaz,  
 Aquel instinto  
 Que la hace amar  
 La sacrosanta  
 Divinidad.»

«Ven y secúndame:  
 Sígueme, Adam.  
 Ven, corrompamos  
 La sociedad.  
 Alcese al vicio  
 Un pedestal:  
 Que de los débiles  
 No haya piedad;  
 Que el oro sea  
 Móvil fatal  
 De cuanto sufra  
 La sociedad.  
 Que el lujo mate  
 La honra, el solaz  
 Y las virtudes  
 Del santo hogar.  
 De esta manera,  
 Faltos de paz,  
 Nunca los hombres  
 Progresarán,  
 Porque gozándome  
 Siempre en su mal  
 Iré apartándoles  
 De la verdad.  
 Por eso el mundo  
 Penas te dá;  
 Sientes por eso  
 Ser inmortal.  
 Dios te abandona,  
 Dios sordo está,  
 Nada te resta  
 Ya que esperar.»

«Ven á mi infierno:  
 Sígueme, Adam;

Que allí, á tus anchas,  
 Podrás gozar  
 Cuando tu espíritu,  
 Sin trabas ya,  
 Por los espacios  
 Logre vagar,  
 Siempre que ruja  
 La tempestad;  
 Siempre que exhale  
 Lava el volcan,  
 Siempre que el hombre  
 Fiero y audaz  
 Mueva en la tierra  
 Guerra infernal.»

~~~~~

«Mas antes que en mis antros, que son menor infierno
 Que el que te ofrece el mundo, consigas penetrar,
 Es fuerza que, horrando tu loco amor eterno,
 La imágen de tu Julia procures olvidar.»

«Es fuerza que al seguirme, y ya en seguirme tardas,
 De vasallaje pruebas me vengas á ofrecer;
 Es fuerza que esas joyas, que en ese cofre guardas,
 Me entregues al instante, ó yo las tomaré.»

«Quien ama es mi enemigo; yo quiero corazones
 Enteramente secos, sin dicha y sin amor:
 El tuyo en sus recuerdos forjando está ilusiones,
 Preciso es ya que sienta mi aliento abrasador.»

~~~~~

Calló; y feroz riendo  
 La vision infernal, se fué acercando  
 Lentamente, tomando  
 Un aspecto feroz de monstruo horrendo.  
 Y sus brazos tendiendo,  
 Cayó por fin de un salto  
 Cerca de Adam, que ansioso retenia,  
 En medio de su pena y sobresalto,  
 El cofrecillo en que guardado habia  
 Las joyas estimadas,  
 Y siempre idolatradas  
 Que fueron prendas de su Julia un día.

Y al par que el diablo quiso  
 Apoderarse de ellas de improviso,  
 Sintió Adam que en su rostro se fijaba  
 La sangrienta y fatídica pupila  
 Del monstruo, que le helaba  
 La sangre, y fascinaba  
 Con su sonrisa, al parecer, tranquila.  
 Y al percibir su aliento  
 Poco despues, parécete que siente,  
 Dentro del corazon y de la mente,  
 Horrible fuego lento  
 Que le roba las fuerzas y aniquila.

El punto á donde alcanza  
 La rapidez sutil del pensamiento,  
 Cuando el peligro presuroso avanza,  
 Ó se acerca el momento  
 De abandonar la última esperanza,  
 Rayar debe sin duda en lo infinito.  
 Regulada la ardiente fantasia  
 Por la razon, que lúcida se ostenta,  
 Un cúmulo de ideas nos presenta  
 En un supremo aunque fugaz instante.  
 Y brotan á la vez amontonadas  
 Mil ideas que abarcan un profundo  
 Espacio; acaso un mundo,  
 De memorias futuras y pasadas.

Por eso, en mucho menos  
 Tiempo, de aquel en que explicar pudiera  
 Un poco de lo mucho que sentia,  
 Vió Adam brotar de los ocultos senos  
 En que se encierran la razon, el alma  
 Y el pensamiento rápido, mil cosas  
 Oscuras á la vez y luminosas.  
 ¿Era cierto que allí cerca tenia,  
 Ansiosa de robarle vida y calma,  
 Aquella horrible aparicion sombría?  
 Mas ¿cómo el diablo á aparecer se atreve,  
 Haciendo gala de su vil estofa,  
 En plena luz del siglo diez y nueve  
 Que ya del diablo á su placer se mofa?  
 ¿Es que él solo, por ser tal vez eterno  
 Despertaba las iras del infierno?  
 Y si el infierno, por su mal, estaba  
 En contra suya, ¿cómo, de qué suerte  
 Escapará á su vida tormentosa,  
 Que en modo alguno ama,  
 Si sorda está la muerte  
 Que él acaricia y con empeño llama?

Tal vez, desesperado,  
 En su dolor profundo,  
 Adam se hubiera echado  
 En brazos de Satán, por huir de un mundo  
 Á que cruel destino le encadena  
 Haciéndole inmortal cual lo es su pena.  
 Tal vez hácia el abismo  
 Se dejara arrastrar; mas de repente  
 Surgir sintió en sí mismo  
 Rayos de luz y de esperanza hermosa,  
 Que inundaron su frente.  
 Y una voz misteriosa,  
 Oculta; pero no desconocida:  
 —«Vive, Adam, le gritó; vive un instante;  
 Te lo ruega tu amante  
 Que te prepara mas dichosa vida.»  
 Y Adam sintió en su pecho  
 Renacer el valor; mientras mostraba  
 El diablo hondo despecho,  
 Y en su auxilio llamaba  
 Sus terribles legiones.  
 Que invadieron de pronto los salones  
 Y llenaron despues todo el espacio  
 De aquel rico y espléndido palacio.

—«Sé lo que pasa en tí; en tu pecho leo;  
 Dijo entonces con voz sorda y terrible  
 La aparicion horrible;  
 Salvarte es tu deseo.  
 Tu amor viene en tu ayuda  
 Y en tí ya es conviccion lo que era duda  
 Á mi grande poder crédito niegas:

Mas ya verás como mi enojo alcanza  
 Á probarte que ya muy tarde llegas  
 Á fijar en tu Julia tu esperanza.»

Y tendiendo una mano  
 Aquel ángel maldito,  
 Sobre las joyas, que apretaba en vano  
 Adam sobre su pecho:  
 Con furioso despecho  
 Y con rencor insano  
 Le arrancó la pulsera de diamantes,  
 Que á los breves instantes  
 Carbonizada y negra, fué un objeto  
 De mezquina valia,  
 Que su brillo y su mérito perdía.  
 Y Adam, entristecido,  
 Si bien luchando con tenaz bravura  
 Contra los genios que en redor vagaban  
 Y en silencio iracundos le asediaban,  
 Lanzó un triste gemido  
 Al ver la última prenda  
 De su Julia, en poder de las cohortes  
 Infernales, que en bárbaros trasportes  
 Un grito agudo dieron...  
 Que luego con espanto repitieron.

Y es, que á la vez que Adam se estremecía  
 Al juzgar que ya todo lo perdía;  
 Roto el collar de Julia, entre sus manos  
 Vió destellar las luces y cambiantes  
 De una cruz de magníficos brillantes  
 Que del collar en el remate habia.  
 Y la luz de la joya, levantada  
 Por Adam, aumentó sus resplandores  
 Yendo á herir de los réprobos las frentes;  
 Las frentes que, humilladas,  
 Á su pesar inclinan reverentes,  
 En tanto que temblando  
 Se van de Adam sombríos separando.

Ya era tiempo: la angustia le embargaba,  
 Su espíritu abatido  
 Por la emocion, descanso reclamaba.  
 Quiso llamar; mas le faltó energia  
 Y en su sillón cayó desfallecido,  
 En tanto que ponía,  
 Gozoso y satisfecho,  
 La rica cruz sobre su amante pecho.  
 Y casi se dormía;  
 Casi sus ojos con placer cerraba,  
 Cuando, súbitamente,  
 Á un lugar misterioso, trasportado  
 Se halló, do vió impaciente  
 Lo que el lector sabrá (si es de su agrado),  
 Al llegar al capitulo siguiente.

## CANTO XVII

Un cariñoso recuerdo á mis buenos é ilustrados amigos

los señores

D. Leandro Perez Cossio, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado  
y D. Francisco Perez Echevarria.

Es el paraje solitario y triste:  
El sol su frente en el ocaso inclina;  
El viento arrastra las lejanas nubes  
Que estraños grupos al correr imitan.

Busca luego las copas de los árboles;  
Entre sus ramas á ocultarse aspira;  
Mas despues, impaciente, las conmueve,  
Las dobla, escapa, y con enfado silba.

El crepúsculo avanza; vá la noche  
Acercándose; ya su manto agita  
Sobre el mundo, y en sombras vá envolviendo  
La heróica y noble matritense villa.

Sólo está Adam; las tapias de la huerta  
De un convento, tal vez su atencion fijan  
Un instante; y al punto una campana  
Con son doliente en el espacio vibra.

Es la hora en que el alma sule á veces,  
Replegándose dentro de sí misma,  
Evocar los recuerdos de la infancia  
Que el hombre, tarde, acaso nunca olvida.

La hora en que, de niños, una madre,  
Con ternura y piadosa fé solícita,  
En nuestros labios inacentes puso  
La oracion que á los cielos se encamina.

No tiene Adam, para templar sus penas,  
Esas memorias santas y benditas;  
Esos vagos recuerdos: yerto y árido  
Su corazon está como su vida.

Y, sin embargo, conmovido escucha  
La campana que tañe todavía,  
Mientras las aves, que volando pasan,  
Van á buscar el sitio en donde anidan.

—¡Oh! no hay duda, dijo al fin,  
Su letargo sacudiendo:  
Este es el lugar de aquella  
Cita que anoche me dieron.

La tapia, el jardin, la huerta:—  
Por un lado ese pasco  
Sombreado por los álamos;  
Y la iglesia algo mas lejos.

La huerta se comunica  
Por la izquierda con el templo;  
Esta es la puerta que sirve  
Al hortelano de ingreso.

¿Quién será? ¿quién es la incógnita  
Mujer, que con tanto empuño  
Me llama? No es su lenguaje  
Desvergonzado por cierto.

Yo hallé livianas mujeres  
Que falsa virtud fingiendo...  
Mas no, no puede ser esta  
Como aquellas otras fueron.

¡Ah! ¿por qué, por qué motivo  
Trasportado aquí me veo  
Sin saber cómo? ¿qué trances  
Hoy me deparan los cielos?

Julia! Julia! Si aun vivieses...  
Pero no; no nos forjamos  
Insensatas ilusiones  
Que arrancar del alma debo.

Y Adam, se quedó abismado  
En un mar de pensamientos  
Tempestuosos, sombríos,  
Que en su mente iban surgiendo.

—Señor, si no me equivoco,  
Dijo, acercándose, un viejo,  
Anoche a V. cierta cita  
En cierta carta le dieron.

—¿Cómo! eres tú por ventura  
El estraño mensajero  
Que esperaba? —Soy el mismo.  
—¿A seguirte estoy dispuesto.  
¿Qué quieren de mí? —Tan solo  
Hablarle algunos momentos.

—Pues bien, condúceme...—Antes  
Decir dónde vamos debo.  
—; Me necesitan?— Parece  
Que sí.—Pues guíame luego.  
Si salte la que me llama:  
Si es pobre, tenderte quiero  
Mi mano; mas no me pida  
Lo que ya ofrecer no puedo.  
Tengo el alma destronada...  
—Entiendo, señor, entiendo;  
Mas juro a Dios que en mi vida  
Ejerei torpes empleos.  
—¿Quién eres?—El hortatano  
Mas antiguo del convento  
Que ahí levanta sus paredes  
En soledad y en silencio.  
—¿Y qué quieres?—habla, respícatel!  
—En sesenta años que tengo  
A nadie por esa puerta  
Introduje.—Yo te ruego  
Que hables; qué mujer me llama?  
¿Vive acaso en el convento?  
—Sí.—Su nombre?—habla no tardes!  
Ten compasión de mis rocas.  
Habla.—En el día, responde  
Por otro nombre diverso;  
Pero se llamó Dianora.  
Nada mas que decir tengo.

Adam ahogando un gemido  
Que brotaba de su pecho,  
Eñugándose una lágrima,  
Alzó sus ojos al cielo.  
Y al ver las nubes que buñan  
Empujadas por los vientos,  
Creyo entrever que con ellas  
Iban á la vez buyendo  
Las remotas esperanzas  
Que acariciara en secreto.  
Luego impaciente, ansiante,  
Siguió silencioso al viejo,  
Y ambos a dos penetraron  
En el jardín del convento.

Momentos hay en la existencia humana  
Que el pensamiento agitan y conmueven;  
Que arrebatan el alma con tirana  
Violencia; instantes que á turbar se atreven  
Al espíritu vorto:  
Al mas estóico corazón, cubierto  
Con la coraza resistente y fría  
Que forja con sus años  
Y sus tristes y negros desencuños,  
La ancianidad que a nuestro fin nos guía.

Tal era aquel instante  
En que Adam, al háitar en su pasado  
De sus soñadas dichas lo ilusorio,  
Conmovido, agitado,  
Hallóse al fin delante  
De la roja de un triste locutorio.

Y al través de la roja, que oprinia,  
Como acerada malla cuerpoierto,  
Aquella estancia lugubre y sombría,  
Dónde reina el silencio de la muerte,  
Distinguíeron sus ojos,  
Por la luz de una lámpara guidos,  
Una mujer que orando está de hinojos  
Con los brazos cruzados.

Al verla, ahogó un gemido  
De sorpresa y de angustia; ya no era,  
La que allí sola oraba,  
La jóven linda, dulce y hechicera  
Que Julia tanto amaba,  
Y que fué su constante compañera.  
Perdieron sus colores  
Frescos, suaves, sorprendados, bellos,  
Sus mejillas; sus ojos rodeados  
De tintes azulados.  
No arrojan ya sus vividos destellos.  
No es ya Dianora la que ser solía:  
La edad y los dolores  
La destruyeron con su mano impia.  
Su rostro, sepultado  
En pobres tocios, yace demacrado,  
Y su cuerpo parece  
Un cadáver salido de una tumba,  
Que á la vista de súbito aparece.

¿Cúe un hurdo sayal, que á su vez cubre  
Un barbaro cilicio.  
¿Pobre mujer! ¿acaso pudo el cielo  
Exigirle tan rudo sacrificio?  
¿Será eterno su duelo  
Y eterno su suplicio,  
Porque, ahogado, una falta cometiera?  
¡Oh! no, mil veces no! Dios vé propicio  
Al alma que se muestra arrepentida;  
Pero es falso que quiera  
Dolor tan grande en tan pequeña vida.

De todos modos la infeliz Dianora,  
Que es de aquel triste asilo superiora,  
Afanosos recuerdos en su mente  
Despierta; ¿sabe acaso  
La mujer que allí reza y que le llama,  
Si existe Julia; si su Julia le ama?  
Vosotros, los que un día  
Amasteis como Adam y que perdisteis  
Para siempre la paz y la alegría,  
Vosotros solamente  
Comprenderéis su bárbara agonía,  
Y su afán impotente.

Si su Julia existiera  
Acaso ya mostrara  
Arrugas en la cara;  
Blanca nieve en la negra cabellera;  
Hielo en el corazón; solo él existe  
Condenado á guardar siempre su eterno  
Vigor, su juventud, su amor, su triste  
Vida trezada en inasufrible infierno.

Alzando su cabeza encaneclida  
La humilde y apenada religiosa,  
Vió á Adam, y conmovida  
Bajo su rostro en actitud medrosa,  
Luego quiso explicarse aquel portento,  
Que á su vista asombrada se ofrecía.  
Aquel hombre es Adam ¿qué duda tiene?  
Mas ¿como, como viene  
A ser, por artes mágicas y extraños,  
El mismo que ella vió por vez postrera  
Hace ya cuando menos veinte años?  
¿Por qué es tan jóven como entonces era?

Si Adam de su secreto  
Hizo entonces partícipe á Dianora,  
La historia, no lo dice,  
Bien mirado, él ignora  
Si ese don, que hastiado ya maldice,  
Pudo acaso en mal hora  
Darle una estrella perdida y traidora  
Se sabe solamente

Que el pobre Adam con ademán vehemente  
Invocó de su Julia el nombre amado,  
Y que despues oía  
La historia dolorosa de un pasado,  
Hasta entonces por él siempre ignorado,  
Que Dianora por fin le refería.

Con cuanto afán, con cuanta desventura  
De aquellos labios lividos, marchitos,  
Una á una, las frases recogiendo  
Fué en su dolor! Aquella historia era  
Resúmen de sus males infinitos  
Y último adios á su ilusión postrera.  
Mas ya, lector, es hora  
De saber lo que á Adam contó Dianora.

Cuando, roto aquel puente,  
Adam cayó hasta el fondo  
De aquel abismo estrecho,  
Que duro y fiero lecho  
Preparaba á las aguas del torrente,  
La condesa de Alcira, desmayada,  
Casi sin vida, vióse arrebatada  
Por Jacobo y su gente;  
Y luego fué llevada  
Al puerto mas cercano,  
Donde un buque esperaba á los bandidos  
Que, así que libres en la mar se vieron,  
Su antigua vida continuar quisieron  
Otra vez en piratas convertidos.

Nadie pudo despues saber en Nápoles  
Lo que de Julia fué, nadie tampoco  
El fin supo de Adam; se quiso en vano  
De órden del monarca siciliano,  
Sus mortales despojos  
Hallar; el rey juró lleno de enojos  
Vengar á los amantes, dando caza  
Al infame raptor de la condesa;  
Mas fué impotente para tal empresa;  
Nadie el rumbo sabia  
Del buque que al bandido conducía.

Dianora, en tanto, llena  
De terrible afliccion, de inmensa pena,  
Siempre alzarse veía  
Dura, implacable, rigida, sombría,  
La imágen del feroz remordimiento.  
Ya Pablo con el pecho atravesado,  
Por Pietro asesinado,  
La apostrofaba con terrible acento.  
Ya Julia le pedía  
Al hombre que su bien constituía;  
Ya era Adam que en sueños se acercaba  
Y por Julia á su vez le preguntaba.

Su vida fué horrorosa;  
En vano el rey de Nápoles, mirando  
Su orfandad dolorosa,  
Dádivas mil, con mano generosa  
Le quiso conceder, de Adam honrando,  
Y de Julia, el recuerdo que tenia  
En mucho; ella sentía  
Que en Nápoles se ahogaba;  
Marchar necesitaba  
De allí, y á España dirigióse un día.

Y al cabo entró en Madrid; mas nadie supo  
Darle razon de Julia y de su amante.  
Sin duda sucumbieron  
Y por su causa desgraciados fueron.

Y el tiempo, siempre errante,  
Su camino siguió: pasaron días,  
Semanas, meses, años, sin que nunca

Ese tiempo, que dicha y penas trunca,  
Ofreciese placeres y alegrías  
Á la pobre Dianora  
Que paz al cielo para su alma implora.  
Y al cabo, decidida  
Á probar si destierra su tormento,  
Y á buscar esa paz, siempre escondida,  
Llorosa y abatida  
Fué á encerrarse en el fondo del convento.

¡Cual su asombro, lectores, no sería  
Al encontrar á Julia! La condesa  
En aquel monasterio residía;  
Era ya su abadesa.  
Tambien sola en el mundo;  
Viuda de su Adam, sin ser su esposa,  
Sin padre, pues ya Lucas no existía,  
Su vida congojosa  
Y su dolor profundo  
En el claustro encerró. Las dos llorando  
De emocion, se tendieron  
Los brazos; desde entonces, allí unidas,  
Ya alegres, ya abatidas,  
Un pronto fin buscando,  
Su reciproco amor fortalecieron.

¿Cómo Julia, rompiendo sus cadenas,  
Escapó de las manos del pirata?  
¿Supo aquel hombre respetar sus penas  
Y su virtud? Riestri, á quien la ingrata,  
La adversa suerte, y bárbara injusticia  
De los hombres, hicieron desgraciado,  
Nació, no obstante, para ser honrado.  
Riestri, que á su padre  
En un cadalso vió, siendo inocente,  
Se acordó de su madre,  
Que tambien presa un día  
Fué de un corsario bárbaro, inelemente,  
Y quien él indignado maldecía.  
Riestri, que mas tarde  
Fué un monstruo de crueldad, creyó grosera,  
Infamia, accion cobarde  
Abusar de la fuerza; Julia era  
Su único amor, su idolo, su gloria,  
Su eterno y dulce encanto;  
Mas ella no le amaba,  
Y con horror creciente rechazaba  
Tanta lamensa pasión, cariño tanto.

Solo una vez el misero bandido,  
Dejando el blando ruego,  
Llegó á mostrarse en tigre convertido,  
Y hácia su presa abalanzóse ciego,  
Queriendo entre sus brazos  
Formar con ella indestructibles lazos;  
Pero Julia, indignada,  
Con el mismo puñal que él lleva al cinto,  
Y que pudo arrancarle, decidida,  
Serena y esforzada,  
Juró perder la vida,  
Clavándolo en su pecho,  
Si con intento infame  
Se obstina en pretender que ella le ame.

Y al mismo tiempo que Riestri cede,  
Y un paso retrocede  
Dominando su amor y su despecho,  
Se oyó una voz de alerta  
Del buque en la cubierta.  
Y luego un cañonazo  
Hizo crugir su casco; y Julia sola  
Quedó otra vez; oyendo con asombro  
Y con creciente espanto,  
No enteramente exento de alegría.

Nuevos disparos, ruidos, gritaría,  
Y confusos lamentos  
Mezclados con salvajes juramentos.

El buque del pirata,  
De otras guerreras naves rodeado.  
Al fin se vió apresado.  
La negra estrella ingrata  
De Jacobo Riestri, puso término  
A sus fieros dolores.  
Luchó como un león; murió matando,  
Pensando en sus amores;  
Pensando en los verdugos de su padre;  
Pensando en los que luego  
De ludibrio llenaron á su madre.  
Y al revolverse, ciego  
De furor, sobre aquellas rojas tablas  
Por dó su sangre hasta la mar corria,  
En su rencor profundo,  
Lleno de afán y de dolor prolijo,  
Con triste voz maldijo  
A los odiosos déspotas del mundo,  
Y á los jueces venales  
Que fueron causa de sus negros males.

De esta manera libre la de Aleira  
Se vió; volver á España  
Pudo, y buscar en el piadoso asilo,  
Donde la balló Dianora,  
Un santo y noble porvenir tranquilo.—  
¿Sonó por fin la hora  
Bendita, en que su alma  
Logró completa y venturosa calma?  
¡Ay! ¿quién puede saberlo? ¿á quién es dado  
Leer del corazón en lo profundo?  
Julia fué humilde, compasiva y buena;  
Todo el mundo la amó; pero marchita  
Su faz, tomó el color de la azucena,  
Nublóse su mirada, y cada día  
Con pasos gigantesco  
Se fué acercando hácia la tumba fría.

Y al fin llegó el instante,  
En secreto, tal vez, acariciado  
Mil y mil veces con ardiente anhelo.  
En su lecho postrada,  
De todas rodeada,  
Cerró sus ojos y elevóse al cielo.  
Mas antes que la vida  
Dejara, conmovida  
Y estática, fijando  
Sus ojos con afán en el vacío  
De la estancia.—¡Dios mío!  
Esclamó; ¿por qué ahora, que me alejo  
Del mundo en él le dejo?  
¡Ay! miradle; ¡es Adam! vive, no hay duda;  
Yo no estaba viuda;  
Mi triste corazón me lo decia.»

Y luego, con acento suplicante:  
—Oye, Dianora, dijo:  
Si alguna vez, por permission divina,  
Sabes que vive aquel que fué mi amante,  
Y á este sitio sus pasos encamina,  
Díle, al hablarle, que al Señor no ofendo  
Porque aquí, en este instante,  
Como siempre le vi, le sigo viendo.  
Díle que á Dios el alma entrego hoy  
Y que á esperarle en sus mansiones voy.»

Tal fué el triste relato  
Que hizo Dianora, en tanto que, vertiendo

Adam de llanto un río,  
Quedó abismado en su dolor sombrío.  
Luego, al cabo de un rato,  
El silencio rompiendo  
Nuevamente, así dijo la abadesa:  
—Hoy, sin duda, el Señor ha permitido,  
Por medio de accidentes milagrosos,  
Que os diga lo que dijo la condesa  
Con labios temblorosos  
Al exhalar su postrimer aliento.  
Hasta este alejamiento  
No era fácil llegáran  
Las noticias del mundo; una novicia,  
Que es hija de un buen hombre  
Que de Andrés tiene el nombre,  
Me dijo que su padre recibia  
De vos favores grandes.  
Por ellos la novicia os bendecía.  
He cumplido mi encargo; si quereis  
La tumba visitar de la que tanto  
Con toda el alma es quiso,  
Id, y regadla con piadoso llanto;  
Contad con mi permiso.  
Mas antes que me deis  
El adios de una eterna despedida,  
Pues á verme, señor, no volveréis,  
Yo os ruego, por piedad, que perdoneis,  
Pues vive arrepentida,  
Á la pobre Dianora:—  
Á la amante de Pietro, pecadora,  
Que emponzoñó la paz de vuestra vida.»

Poco despues, de sus ojos  
Vertiendo nuevos raudales,  
Sobre losas sepulcrales  
Adam se postra de hinojos.

Que allí en una de ellas vió,  
Por toscos cincel labrado,  
El dulce nombre adorado  
De aquella que tanto amó.

Nombre que en el alma escrito  
Con letras de fuego tiene:  
Nombre que su oído viene  
A herir cual eco bendito.

¡Ay! los restos allí están  
De aquella mujer querida;  
Mas si ella perdió la vida  
¿Cómo tiene vida Adam?

—¡Señor! Señor, con acento  
Humilde, dijo por fin:  
Si esta existencia ruin  
Es un continuo tormento:

Si es la dicha imaginaria,  
Y el bien que vamos tocando,  
En humo se vá trocando...  
Atended á mi plegaria.

Yo quiero, Señor, morir  
Porque mi vida es sombría;  
Porque me abruma y me hastia  
Despues de tanto sufrir.

Porque al verme en la orfandad  
Siempre esperando y sufriendo,  
Yo mismo, al cabo, me ofendo  
De mi propia necesidad.

La dicha á lo lejos vi  
Y errando torpe el camino,  
De un implacable destino  
Miseró juguete fui.

¡Pobre de mí! yo buscaba  
A mi Julia por el mundo  
Sin ver, en mi error profundo,  
Que de Julia me apartaba.

Que ella aquí sin ilusiones,  
Su existencia consumía,  
Mientras que yo me perdía  
En apartadas regiones.

Y hoy que vuelvo á este lugar,  
Desesperado, confuso,  
Miro que el cielo dispuso  
Lo que no pude soñar.

Ciencia humana pretensiosa  
Que nunca el bien adivinas,  
¿Por qué con alas mezcquinas  
Quieres alzarte orgullosa?

Si ciega, torpe, impotente,  
No sabes prestar al alma  
La paz, la dicha y la calma,  
Inclina ¡oh ciencia! tu frente.

Y tú, mi Julia, que ves  
Mi hondo pesar y mi lloro;  
Que sabes cuánto te adoro...  
De Dios póstrate á los pies.

Ruégale tenga piedad  
De mi eterno desconsuelo.  
Contigo bailar en el cielo  
Quiero la inmortalidad.

Mas no inmortal quiero ser  
En este valle de abrojos,  
Dó duetos hallan los ojos  
Cuando buscan el placer.

No quiero ser inmortal  
Aquí, donde siempre el hombre  
Busca un fantasma sin nombre,  
En una dicha ideal.

Dijo Adam: el silencio mas profundo  
Siguió reinando fiero en derredor  
De su duelo terrible no se apiada  
Un hado bienhechor.

Siguen las tumbas solitarias, yertas  
Callando entre la sombra sepulcral,  
Que la luz indecisa de una lámpara  
No puede desterrar.

Y Adam mira de Julia el nombre amado  
Escrito allí; lo invoca en su dolor,  
Y viendo que su Julia no responde  
Se abisma en su aflicción.

Mas luego de su espíritu la duda  
Se apodera: perdida ya la fé,  
La esperanza, el valor que siempre tuvo  
Para amar y creer,

— ¡Oh! dijo al cabo con sañudo acento,  
Dios no me atiende, Dios no me escuchó;  
Tal vez mi mente imbecil, loca, estúpida,  
Un *mas allá* creó.

Tal vez en pos de la implacable muerte  
Que arrastra al hombre hácia la tumba ruin,  
No hay mas que el hondo abismo de la nada;  
Una noche sin fin.

Tal vez el alma con el cuerpo muere;  
Tal vez de Julia solo quedarán  
Unos restos podridos y asquerosos;  
Gusanos... y no mas.

Tal vez los seres que en el mundo fueron  
Siempre nobles modelos de virtud,  
Y que un premio no banaron en la tierra,  
Irán al atahud,

Á igualarse por siempre con los malos  
Que alcanzaran riquezas, gloria, honor...  
¡Oh! qué horribles! qué helados pensamientos!  
Tal vez no exista Dios.

Calló; y luego una fiera carcajada  
Desde lejos se oyó.

Y apagóse de súbito  
La débil lámpara.  
Por las cóncavas bóvedas  
Rodando rápida,  
Fué por breves intervalos  
La voz sarcástica  
Del génio de los réprobos  
Que, ruda y óspera,  
No *hey Dios*, repite. *¡Buscame,*  
*Secu las lágrimas.*

Y Adam, que entre las sombras  
Quedóse envuelto,  
Sintió que aquellas tumbas  
Se comovieron.  
Y que sus lápidas  
Carcomidas y rotas  
Se levantaban.

Y entre huesos fosforicos,  
Con triste aspecto,  
Su rostro se mostraban  
Cien esqueletos,  
Que luego huían  
Agitando el sudario  
Que les cubría.

Después, sintió una mano  
Rígida, helada,  
Que al posarse en su pecho  
Tanto pesaba,  
Que al fin, rendido,  
Cayó inerte en el suelo  
Bando un gemido.

Algo mas tarde, al entreabrir sus párpados,  
Sólo se halló en la iglesia del convento,  
Dó penetraban, suaves é indecisos,  
De la luna los pálidos reflejos.

Al través de los vidrios de colores  
De las altas ventanas, vé de nuevo  
Aquellas nubes que inconstantes vagan  
O se rompen al soplo de los vientos.

El astro de la noche algunas veces  
Su faz oculta entre tupidos velos;  
Y se abisman en sombras misteriosas  
Las pilastras y bóvedas del templo.

¿Cómo Adam se halla en él? ¿fué, por ventura,  
Trasportado en los brazos de un benéfico  
Ángel de amor que de su mal se apiada,  
O vino acaso de la cripta huyendo?

¿Fué cuanto vió, cabe la helada tumba  
De la condesa, insoportable sueño?  
Todo lo ignora, todo; solo sabe  
Que ya su vida se trocó en infierno.

Turbado todavía, casi loco  
Bajo el peso cruel de sus recuerdos,  
Ni sabe definir dónde se halla  
Ni á distinguir acierta los objetos.

Mas de pronto, creyó que percibía  
Otra vez sobre el duro pavimento  
En cada losa el nombre de su amada  
Escrito con caracteres de fuego.

Y en los pilares y cimbrados arcos,  
Sobre los muros y arquitrabes bellos,  
Bajo la grande y elevada cúpula;  
En el altar, en los espacios huecos,

¡Julia! ¡Julia! vé escrito por do quiera;  
¡Julia! esclama despues con labio trémulo,  
Y los ecos repiten ¡Julia! ¡Julia!  
La paz turbando y majestad del templo.

Entonces hueca, sonora,  
Rugiente, á la vez que grata,  
En la torre de la iglesia  
Suena otra vez la campana.

Su lengua inmensa de bronce  
Mit vibraciones estrañas  
Produce, y hiende el vacío  
Con sus corrientes metálicas.

Parece que al ciclo acude,  
Que á los espíritus llama;  
Que con su voz plañidera  
Dirige á Dios su plegaria.

Que gime por los que sufren;  
Que ruega por los que aman;  
Que á todos dice en su lengua:  
«Dormid en paz y con calma.»

«Yo con mis alegres voces  
«Os despertaré mañana;  
«Yo, si os ausentais del mundo,  
«Os daré preces y lágrimas.»

Tal vez tales pensamientos  
El pobre Adam formulaba,  
Dejando por breve instante  
Sus desdichas olvidadas,

Quando al perderse la última  
Vibracion de la campana  
En los aires, á su oido  
Llegaron otras mas vagas,  
Mas armónicas, mas dulces,  
Pero no menos estrañas,  
Dada la hora. (Ya eran  
Las tres de la madrugada.)

Aquellos rumores débiles,  
Ténues, vagos, que llegáran  
Como agitados murmullos,  
Como suspiros del aura,

Como misteriosas notas  
Sentidas y no espresadas;  
Como el inefable sueño  
Mas puro de nuestra infancia;  
Sabieron lentas del órgano,  
Cuyas teclas no tocaba  
Mano alguna: cuyos ecos  
No se asemejan en nada

A los demás: y los blandos  
Sonidos, las notas gratas,  
Tomando incremento fueron  
Con gradacion estudiada.

Hasta convertirse en raudos  
Torrentes de voces mágicas,  
Enérgicas y brillantes,  
De esas que mueven el alma;  
De esas que agitan el pecho:  
Que conmueven, que arrebatan,  
Que sedacen, que fascinan,  
Y que trasportan y arrastran.

Y al mismo tiempo que esos torrentes  
Por todas partes se desprendían,  
Del pavimento brotó una nube  
Que un nacarado matiz tenía.

Limpio de nieblas el firmamento  
Mostró sereno su bello azul,  
Mientras la luna lanzaba al templo  
Sus plateados rayos de luz.

Y entre la nube que el templo inunda  
Adam, atónito, llega á entrever,  
Envuelta en tules de un blanco veio  
La dulce imágen de una mujer.

Púdica y bella como ninguna  
El gozo ostenta sobre su faz,  
Sobre su frente blanca aureola  
Luce, sus ojos se ven brillar.

Mueve sus labios blanda sonrisa;  
Ostenta el talle breve y gentil;  
Y en sus mejillas se ven mezclados  
Tintes de rosa, grana y jazmin.

La nube avanza, se acerca, crece,  
Sube á las bóvedas: y en tanto, Adam,  
Tiende sus brazos, póstrase en tierra,  
Y un grito luego de gozo dá.

—Es ella! es Julia! dice; y estático,  
En la celeste, bella vision  
Fija sus ojos, mientras que ella  
Dicele luego con dulce voz:

«Adam! no sufras; Adam,  
Desecha tu abatimiento;  
Tus penas y tu tormento  
Pronto término hallarán.»

«No maldigas tu existencia  
 En tu cólera infinita;  
 La resignacion bendita  
 Da la paz à la conciencia.»  
 «Huye siempre del abismo  
 Sombrio y aterrador,  
 De ese desconsolador  
 Estéril materialismo.»  
 «Si ves que el alma se lanza  
 Tras de un bien que hallar ansia,  
 No apagues con mano impia  
 Esa luz de la esperanza.»  
 «Deja el pesar que te oprime.  
 Yo por tí rogué al Señor.  
 ¡Adam! ¡Adam! hoy mi amor  
 Para siempre te redime.»  
 «Si fué causa de tu mal  
 Aquel don que te hizo eterno,  
 Trueca en un cielo tu infierno:  
 Deja de ser inmortal.»

.....  
 «En las mansiones de Dios,  
 Dó dichas habitamos,  
 Salada y yo te esperamos;  
 Ven á unirte con las dos.»  
 «Que allí no existen los celos;  
 Allí paz y amor ha escrito  
 Ese Dios grande, infinito,  
 Sobre el azul de los cielos.»

.....  
 «Mas antes, preciso es  
 Que algunos portentos veas.

En lograr cuanto deseas  
 Tardarás, Adam, un mes.»  
 «Ya pudiste trasiucir  
 El presente y el pasado  
 Del hombre; mas no has logrado  
 Vislumbrar su porvenir.»  
 «Si en él fijas la atencion,  
 Con caritativo anhelo,  
 Tal vez un dulce consuelo  
 Hallará tu corazon.»  
 «Acaso entonces tambien,  
 De tu pecho en lo profundo,  
 Las huellas de EL DIABLO MUNDO  
 Borren los génius del bien.»

.....  
 Apenas estas frases, con voz argentina,  
 Pronuncia la hermosa celeste vision,  
 Fugaz desaparece; y el templo ilumina  
 Serena, indecisa, la luz matutina  
 Que rompe a la noche su negro crespon.

Y cantan las aves cruzando el vacío.  
 La aurora se cubre de gasas y tul;  
 La tierra prepara pomposo atavío,  
 Al ver que con perlas la brinda el vacío,  
 Al ver que los cielos se visten de azul.

Y vibra de nuevo la alegre campana  
 Que á misa del alba la gente llamó;  
 El sol va mostrando sus tintas de grana,  
 De rayos corona la bella mañana...  
 Y el templo á los fieles sus puertas abrió.

## CANTO XVIII

### I.

Por fin ¡oh lector pio!  
 Tu fatigado espíritu y el mio,  
 Juntos van à extinguir de una carrera,  
 Este libro sombrio  
 Que su oportuno desenlace espera.  
 Quién ¡ay! darme pudiera  
 Talento, númen, calma,  
 Grandiosa inspiracion, fuego divino.  
 Fuego que arrastra, que enardece el alma,  
 En el postrer momento en que à tenderte  
 Mi mano cariñosa  
 Voy, quedándome sólo en el camino  
 De la vida azorosa  
 Que al nacer me trazára mi destino!

Pero ¡ah! la mente mia  
 Perdió el vigor y el entusiasmo ardiente.  
 Rotas las cuerdas de mi lira, rota  
 La dorada cadena de ilusiones  
 Que, en secreto, insensato acariciára,

Y que perdida en mis recuerdos flota,  
 Solo miro que ya sobre mi frente  
 La blanca nieve de los años brota.

Mas ¿por qué me detengo  
 En ponderar del hado los rigores  
 Porque ya canas tengo?  
 Eso ¿qué importa à nadie? ¿por ventura  
 No hay varones mayores  
 Que teniendo ya un pié en la sepultura,  
 Se acicalan, se pulen y se engrien,  
 Mando, cruces, riquezas ambicionan,  
 Se divierten, se rien,  
 Y ser dichosos por do quier pregonan?

Ved, sinó à D. Liborio,  
 Viejecillo que frisa en los ochenta.  
 No digamos que es ya ningun Tenorio,  
 Pues eso fuera de su edad afrenta;  
 Tanto mas, cuanto aguanta el purgatorio  
 En vida; que segun la fama cuenta,  
 La esposa del citado viejecillo  
 Siempre fué por su génio un tabardillo.



«En la morada de Dios,  
Dó dichasas habitamos,  
Salada y yo te esperamos.—  
Ven á unirte con las dos.»

« Que allí no existen los celos;  
Allí *paz y amor* ha escrito  
Ese Dios grande, infinito,  
Sobre el azul de los cielos.»

(*El Diablo Mundo, Segunda parte.*)



Mas él vive contento,  
Aferrado tenaz á un pensamiento  
A que todas sus glorias van sujetas.  
¿Sabeis cual es?... que no pase un momento  
Sin rellenar sus arcas y gavetas,  
Con el mayor decoro  
Y decencia; que al fin, es todo un hombre  
De cierta ilustracion; y quiere oro  
Sin deshonrar su casa ni su nombre.

Verdad es que algun pobre sin ventura  
De la cruel usura  
De D. Liborio, triste se lamenta.  
Es muy cierto tambien que mucha gente,  
Segun la historia cuenta.  
Al verle el oro amontonar, murmura  
Advirtiendo que ni hijo ni pariente  
Legitimo heredero,  
Tiene el viejo, á quien pueda su dinero  
Dejar; mas es lo fijo  
Que, sin pariente ó hijo.  
Presta al ciento por ciento  
Y el sudor de los pobres regatea.  
Nunca dá una limosna; y si al fiado  
De su tienda le piden una vara  
De percal, ó de seda, de contado  
«Hoy no, mañana si;» replica arlero,  
Con intencion avara,  
Enseñando un letrero  
Que detras de la puerta oculto tiene,  
Y con el cual á descartarse viene.

Entretanto, indecisa  
Vaga en sus labios siempre una sonrisa  
Indefinible, misteriosa, rara,  
Pues nadie ha descifrado si denota  
Que es malo quien la vierte ó idiota.  
Mas si bien se repara,  
No es idiota, ni jamás lo ha sido.  
¿Cómo ha de serlo el hombre que ha sabido  
Reunir un capital tan saneado  
Y tan redondeado  
Que ya, segun se cree,  
Nueve ó diez casas en Madrid posee?

Por lo demás, su historia,  
Que todo el mundo sabe de memoria,  
Demostrará muy pronto,  
Que no es zurdo ni es tonto.  
Él no aspiró á la gloria;  
Pero aspiró al dinero.  
Fué al principio tendero  
De comestibles; luego, progresando  
Del comercio en los prósperos caminos,  
Se fué, se fué elevando  
Y puso un almacén de ultramarinos.  
Concejal de Madrid y diputado  
Provincial, vió en estremo satisfecho  
Que reñidas del todo no se hallaban  
La gloria y el provecho.  
Siguió, pues, á los dos, franco, la pista  
Y mostró sus tendencias liberales  
Convirtiéndose luego en contratista  
Y en comprador de bienes nacionales.  
Los títulos obtuvo  
De liberal y honrado patriota;  
Del progreso en la esfera se mantuvo,  
Leyó á Voltaire, y luego  
Elegió muy formal,  
(Como dijo Espronceda)  
En cuanto á religion la natural.  
Mas, si hay alguien tan ciego,  
Tan audaz é imprudente,  
Que á su vista presente  
Al pobre desdichado,

Que sufre de miserias un abismo,  
—¿Qué tengo yo que ver, dice furioso,  
Con esos haraganes? yo he ganado  
Lo mio; que ellos hagan otro tanto.  
Lo demás, es querer el socialismo;  
Es caminar á un caos tenebroso  
Que causa indignacion, que infunde espanto.

Mas ya, justo es atienda  
Que impaciente estarás, lector, mirando  
Que D. Liborio aguarda en la trastienda  
De su almacén, con su mitad amada;  
Con su dulce mitad: su flaca esposa,  
La recatada y grave Catalina,  
Venerable ruina  
Que acaso un tiempo se juzgaba hermosa.

De un vetusto brasero  
En torno, están los dos, con un tercero  
Que charla por los codos,  
Si bien con buenos y estudiados modos.  
Se trata de política, y la vieja,  
De vez en cuando, deja  
Escapar un bostezo,  
Santiguándose, y luego se reclina  
En el respaldo del sillón; ladea  
Poco á poco el pescuezo  
Y en roncar á sus anchas se recrea.

—Deja que ronque, dijo D. Liborio  
Á su hablador y docto dependiente;  
La pobre ya no está para espinosas  
Polémicas políticas; y luego  
¿Qué saben las mujeres de estas cosas?  
Sexo cobarde y ciego  
Ante todo se humilla; no le inflama  
Jamás de patria el sacrosanto fuego;  
No arde en sus pechos la potente llama  
Que el heroico varón altivo esconde;  
Al noble grito de matanza y guerra  
Nunca su débil corazón responde.  
Con ellas, en la tierra  
Solo afeminacion, paz vergonzosa  
Y esclavitud y vasallaje habria;  
Y la historia se haría  
Lánguida, pobre, oscura, empalagosa...»

Tal vez aquí ensartará  
Un discurso magnífico Liborio  
Para hacer bien notorio  
Que fué hombre de pelo en pecho y cara;  
Y que al coger los rancios cronicones,  
Aunque profesa ideas liberales,  
Le agrada y le electriza,  
Viejo y todo cual es, ver en la liza  
Como el hombre, apelando á las razones  
De las armas, en luchas desiguales  
Y en batallas campales  
La razon de la fuerza diviniza.

Mas fué el caso que alerta,  
Viejo, vieja y manco se pusieron,  
Al escuchar tres golpes que en la puerta  
De la casa en aquel instante dieron.  
Y aquí, aunque algun reproche  
Me valga mi manera de contarte  
Las cosas tan sin arte,  
Te diré que la accion pasa de noche;  
De una noche sombría,  
Pues dicen que tronaba y que llovía.

—Anda y mira quién es, dijo la vieja,  
Que ese fuerte llamar no me dió gusto.  
—¿Te asustaste, mujer?—Y ¿quién se deja  
Con golpes tales de tener un susto?

—Voy, dijo el dependiente  
 A ver quién es. Ya voy! —Salió el mancelo,  
 Y es fama que de nuevo  
 Entablaron la plática siguiente:

DON LIBORIO.

Sin duda será un vecino.

CATALINA.

Pues digo que me asustó.

DON LIBORIO.

Como siempre estás tocada  
 De los nervios...

CATALINA.

Lo que es hoy

Bailo sola; mas ya viene

El chico. (*Viendo al dependiente que vuelve.*)

DON LIBORIO.

¿Quién era, Anton?

ANTON.

¿Quién ha de ser? el vecino  
 Del cuarto número dos  
 Del piso tercero.

DON LIBORIO.

Hombre,

¿Le has alumbrado?

ANTON.

Me instó

Que no lo hiciera; y lo dijo,

Por cierto, con una voz

Tan particular que... vamos,

Casi me infundió temor.

LIBORIO.

Cállate, calla.

CATALINA.

No calles.—

Si el chico tiene razon.—

No te parece, Liborio,

Que hay motivos...? Mira, yo

Los tengo, y no son pequeños,

Para mirar con pavor

A ese jóven...

DON LIBORIO.

No tan jóven,

Mujer, no tan jóven, no.

CATALINA.

Tendrá veinticinco años.

LIBORIO.

Cuarenta lo menos. Soy

Gran fisonomista, y tengo

Buen ojo.

CATALINA.

Calla, simpion:

No chochees: cinco lustros

Es lo mas que yo le doy.

DON LIBORIO.

Bueno!

CATALINA.

Ya se vé.

DON LIBORIO.

Si digo

Que sí; que tienes razon...

CATALINA.

Además, que nada tienen

Que ver su edad ni tu error

Con lo que estaba diciendo.

Hace poco que alquió

Ese jóven aquel cuarto

De triste recordacion...

ANTON.

¿Pero es verdad...?

CATALINA.

Es tan cierto

Que todo el mundo lo vió.

DON LIBORIO.

Todo Madrid.

CATALINA.

Era un brujo

Que nuestro cuarto alquió.

Dijo llamarse Don Pablo,

Parecía setentón

Y mas pobre que las ratas.

DON LIBORIO.

El tunante, me robó

Cuatro meses y diez y ocho

Dias de alquiler...

CATALINA.

Y el bribon.

De la noche á la mañana

Desnudo se levantó,

Hiccho un jóven: rozagante,

Membrudo, insolente, atroz;

Queriendo pegar á todos.

Lo recuerdo con rubor.

ANTON.

Y ¿cómo pudo ser eso?

DON LIBORIO.

Á la calle se lanzó

De aquel modo y á la cárcel

Fué...

CATALINA.

Siendo de cajón

Que despues debió morirse.

DON LIBORIO.

Mas fué luego lo peor

Que nadie alquilar el cuarto

Quiso.

CATALINA.

Pues por eso, yo

Eché la llave dejándolo

En igual disposicion.

Sin querer tocar un mueble...

DON LIBORIO.

Debimos venderlos.

CATALINA.

¡Oh!

¡Calla! si el huésped volvía

Y con su génio feroz

Sus bártulos reclamaba...

DON LIBORIO.

¿Qué habia de volver?

CATALINA.

¿Qué no...? (*Pausa.*)

Yo pienso que sí; yo pienso

Que ha vuelto. (*Con aire de firme conviccion.*)

DON LIBORIO.

(*Asustado.*) Mujer, por Dios!

¿Qué estás hablando?

CATALINA.

Ese jóven:

Ese bello señoron

Que, hace poco, en nuestra puerta

Los tres aldabazos dió...

DON LIBORIO.

¿Opinas...?

CATALINA.

Ya no me cabe

Duda; y pierdo mi valor

Al pensar que, acaso, arriba,

Satanás con su escuadron,

De brujos, vampiros, duendes...

DON LIBORIO.

¡Absurdos!

CATALINA.

Aun serás hoy

Capaz de negar que el viejo

En muchacho se trocó.

ANTON.

Y, dígame usted, señora:

¿En qué funda su opinion

Para creer que ese nuevo  
Vecino..?

CATALINA.

Á decirlo voy.

Hace unos días que un coche  
Junto á la tienda paró,  
Y de él descendió ligero  
Ese apuesto señorón,  
Cuya edad no hemos podido  
Fijar; el uno le echó  
Veinte, y el otro cuarenta;  
Diferencia bien atroz  
Por cierto;—aquí no te hallabas  
Entonces, querido Anton;  
Pero recuerdo que estábamos  
Juntitos Liborio y yo.  
Pasó el humbral, y parándose  
Delante del mostrador,  
Con unos ojos tan lánguidos,  
Tan lánguidos nos miró,  
Que casi en ellos vi lágrimas.  
¡Ay! me causó compasión.  
Después, con acento triste,  
Mas con simpática voz:  
—¿Es aquí, señora, dijo,  
De donde un tiempo salió  
Un jóven que diz que estaba  
Demente...?—Si, si, señor.  
Le contestamos, contándole  
La historia, y notando yo  
Que esa historia le causaba  
La mas honda sensacion.  
Nos hizo algunas preguntas  
Con un interés mayor  
De aquel que inspirar pudiera  
Á un extraño; no omitió  
El menor detalle; y luego  
Que acabé mi relacion  
Sacó un repleto bolsillo  
Que generoso nos dió  
Diciendo:—Desde hoy es mio  
El cuarto número dos.

DON LIBORIO.

Eso si que es conducirse  
Con delicada atencion.

CATALINA.

Ya lo creo; aquel bolsillo  
Con su oro te flechó;  
Mas ya te he dicho, Liborio,  
Que eres un gran pecador,  
Y que el oro ha de llevarte...

DON LIBORIO

¡Absurdo! ¡preocupacion!  
Fanatismo, hipocrestia,  
Estupidez; tenga yo  
Dinero...

CATALINA.

Mas te valiera

Ponerte mejor con Dios;  
Dar limosna...

DON LIBORIO.

Quién no tenga...

Que lo gane como yo.

CATALINA.

Siempre sales con lo mismo;  
Tal es tu eterna cancion.  
¿No sientes lástima nunca  
Viendo el ajeno dolor?

DON LIBORIO.

Pienso en mí, que es lo que importa.

CATALINA.

Quien no tiene religion  
Ni cree...

DON LIBORIO.

¿Quieres callarte.

Catalina? ¡ó voto á bríos..!

CATALINA.

¡Vota! ¡Jura!

DON LIBORIO.

(Enfurecido) ¡Catalina..!

ANTON.

¡Vamos, señora! ¡señor!  
No olvidemos nuestro asunto.

DON LIBORIO.

Me insulta sin ton ni son.  
Y no recuerda... Mas vale  
Que nos callemos los dos. (Pausa.)  
Mujer al fin, sin un solo  
Adarme de ilustracion. (Otra pausa.)

ANTON.

Y ¿qué hizo el caballero  
Después que el cuarto alquiló?

CATALINA.

Tomó al momento las llaves,  
Y con paso muy veloz  
Subió al punto la escalera,  
Saltando de dos en dos  
Los peldaños; desde entonces,  
Solo allí, como un huron,  
Se pasa las horas muertas,  
De día y de noche... ¡Oh!  
Y á mí no me cabe duda;  
Es aquel mancebo atroz  
(Con barbas ya y mas buen mozo)  
Que tal bromazo nos dió.

DON LIBORIO.

Pues verás lo que yo hago  
Cuando salga el nuevo sol.

CATALINA.

¿Qué harás?

DON LIBORIO.

Plantarle en la calle.

CATALINA.

Lo apruebe; tienes razon.  
Si no fuésemos tan viejos...  
Pero á nuestra edad... ¡que horror!  
Ya no estamos para bromas  
Ni sustos.

DON LIBORIO.

Lo dicho.—Anton,

Cierra la tienda; mañana  
Irá bendito de Dios.  
Mata las luces; envuelve  
En la ceniza el carbon  
Del brasero; echa las llaves  
Y cerrojos; el farol  
Apaga de la escalera;  
Pon la barra en el balcon  
Y á descansar. Que no abras  
A nadie, ¿entiendes?—Adios.

~~~~~

La vieja, el viejo, el mancebo
Se acostaron. Trascurrió
El tiempo; pasó una hora;—
Hora y media; luego dos,
Y la casa sumergida
En el silencio quedó.
Todos los vecinos duermen,
No se alza ninguna voz.
Solo en el piso tercero
Latiendo está el corazon
Y trabajando la mente
De un hombre, que en derredor
No vé á nadie; mas que cuenta
Con afanosa atencion
Los latidos de su pecho;
Las horas que dá el reló.

¿Á quién espera? ¿Qué intenta?
 ¿Quién es? ¿Lo sabes, lector?
 Pues si lo sabes, y quieres,
 Sigueme á su habitacion.

II.

«Sobre una mesa de pintado pino
 »Melancólica luz lanza un quinqué,
 »Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
 »Á su reflejo pálido se vé (1).»
 Adam halla por fin en su camino
 Aquella estancia que su cuna fué;
 Cuna de un hombre á la niñez ajeno,
 Que no halló abrigo en el materno seno.

Cuna que nadie, con piadosa mano,
 Llegó á mecer jamás; sitio dó un día
 En jóven bello se trocó un anciano
 Que á su vista entre sombras se ofrecia.
 Y aquel jóven que alegre, audaz, ufano,
 Gozar mil años del vivir queria,
 Romper anhela el misterioso lazo
 Que le une al mundo, y que se cumpla un plazo.

Y, sin embargo, con asombro advierte
 Que, á medida que pasan los momentos,
 Y que el plazo se estingue, y que la muerte
 Se dirige hácia él con pasos lentos,
 Tal vez su flaca voluntad inerte
 Queda envuelta en cobardes pensamientos,
 Que á formular no acierta; mas que al alma
 Fuerzas le quitan y vigor y calma.

— ¡Oh! dijo entonces con turbado acento:
 ¿Por qué el hombre tan débil, tan menguado,
 Se atreve á criticar el pensamiento
 Del que todas las cosas ha trazado?
 Fuera el hombre inmortal, y con violento
 Enojo, de su vida exasperado,
 Cansado de sufrir, renegaría
 De sí mismo y de Dios con saña impia.»

Naciera como yo, jóven, vehemente,
 Sin sentir de la infancia los albores,
 Para hallarse de pronto frente á frente
 De desengaños negros y traidores.
 Naciera amando con amor potente
 Sin ser correspondido en sus amores
 Y entonces, maldiciendo la existencia,
 No creería en la sábia Providencia.

Supiera que en un año, y en un día,
 En una hora, en un momento dado,
 La antorcha de su vida se estinguía,
 Y viviera tal vez acobardado.
 Supiera que al morir, con él moría
 El alma, y al mirarse desgraciado,
 Sin premio, sin estímulo en sus duelos,
 Con razon blasfemara de los cielos.»

Puso Adam ambos codos en la mesa;
 Sobre sus manos inclinó la frente
 Y pensando despues en la condesa
 Lanzó un suspiro de su pecho ardiente.
 Y aquella imagen que llevaba impresa
 Dentro del corazon y de la mente,
 Creyó ver inundada de alegría
 Que, al mirarle, feliz le sonreía.

Y las frases sonaron en su oido
 Que en el templo su Julia pronunció:
 — ¡Adam! ¡Adam! mi amor te ha redimido:
 Dios el plazo de un mes te concedió.
 El pasado y presente has traslucido

Del hombre; solamente te faltó
 Su futuro estudiar con noble anhelo,
 Para hallar al morir grato consuelo.»

— ¡Ah! sí; tienes razon, Julia querida,
 Dijo Adam; y su frente aizó serena;—
 Hay algo misterioso en nuestra vida
 Que al conjunto vivir nos encadena.
 Atracción singular, desconocida,
 Que de placer ó de dolor nos llena
 Al ver la humanidad marchar triunfante
 Ó al mirarla humillada y zozobrando.

Mas ¿cómo averiguar lo que escondido
 Está en el porvenir, cuando el presente
 Fué para mí tal vez desconocido,
 Y aun el pasado evoco inútilmente?
 Yo el mundo con afán he recorrido,
 Y turbio el corazon, turbia la mente,
 Turbios los ojos tengo todavia,
 Lo mismo que hace tiempo los tenia.

¿Es el sino de todas las criaturas
 Sufrir un mal constante y sempiterno,
 Ó fué causa de tantas desventuras
 Aspirar con ardor á ser eterno?
 ¿Ofrece Dios un cáliz de amarguras
 Ó contra mí se desató el infierno?
 ¿Sufren todos cual yo, ó es que, iracundo
 Emponzoñó mi vida EL DIABLO MUNDO?

¿Son tan malos los hombres que merecen
 Como justa expiacion de sus delitos,
 Las penas y congojas que padecen
 Entre errores y males infinitos?—
 ¿Esos pueblos, que nacen y perecen,
 Están, acaso, por su Dios malditos?
 ¿Resolverá la humanidad un día
 El gran problema que acturar ansia?

La cadena de rotos eslabones
 Que la historia en sus páginas ostenta,
 Ya ilustradas mostrando unas regiones;
 Mientras que en otras la barbarie aumenta;
 Ya destruyendo pueblos y naciones
 Dó improductivo el suelo se presenta,
 ¿No encontrará su enlace y compostura
 Del orbo uniformando la hermosura?

Razas abyectas vagan temerosas
 Ó terribles, allí dó un tiempo hubiera
 Magníficas ciudades populosas.—
 Aquí, en cambio, levántase altanera
 La sociedad mostrando sus vistosas
 Galas; allá la libertad impera,
 Y en otras partes como bestia inmunda
 Sufre el esclavo bárbara coyunda.

¿Es que ese Ser Supremo, cuyo nombre
 La humanidad invoca, se ha gozado
 En ver luchar y padecer al hombre
 Que con sus propias manos ha formado?
 ¿Quiere que un mundo ensangrentado alfombró
 El trono en que se ostenta despiadado?
 ¡Oh! ¡imposible! si es grande y poderoso,
 Magnánimo ha de ser y generoso.

Mas ¿cómo el hombre, que á su bien aspira,
 Perfecto podrá ser? ¿de qué manera
 Logrará el bienestar porque suspira?—
 Si su bien siempre ha sido una quimera,
 ¿Dó tienen la verdad y la mentira
 Sus límites exactos? ¡Ay! pluguiera
 Al cielo, desterrar la duda mia
 Y á Dios el alma con placer daría.

(1) *Espronceda, EL DIABLO MUNDO. (Canto I.)*

—¿Quieres saberlo? atiende!
Grito una voz del cielo
Que resonó en su oído,
Y estremeció su pecho.
Atiende! Atiende! Atiende!
Tres veces dijo el eco,
Al par que en un vecino
Reloj, con golpe lento,
Las mismas campanadas,
Sonoras, graves, dieron.

Adam, ansioso, entonces.
Con brusco movimiento,
Pretende levantarse;
Mas ¡ay! sobre su asiento
Al punto, un grito dando
Que infunde al alma miedo.
Sobra el sillon, inerte.
Tornó á caer de nuevo.
Y vé que ya perdido
El juvenil esfuerzo,
La voluntad encuentra
Indóviles los miembros,
Como la mente torpes
Los grandes pensamientos,
Como las venas tardo
Y perezoso el fuego
De aquella sangre ardiente
Que ya se trucea en hielo.

Atónito, aturdido,
Alzó los brazos trémulos,
Y el rostro entre sus manos
Cubrió breves momentos.
Y vió que su poblada
Barba, que sus cabellos
Rizados, y lucientes
Como azabaches negros,
Los unos se mostraban
En blanca nieve envueltos,
Los otros, no existían;
¿Adonde, adonde fueron?

Después de la sorpresa
De aquel primer momento
En que, asombrada el alma,
Miró agostarse el cuerpo.
Volvió á mostrar su rostro
Adam trocado en viejo.
Mas ya su rostro estaba
Casi jovial, sereno,
Al ver que no le abruma
El insufrible peso
Con que llegó á oprimirle
El don de ser eterno.

—La muerte se aproxima,
Dijo; sus pasos siento.
Al cabo mi esperanza
Cumplida, ver espere.
La ancianidad mitiga
Los juveniles fuegos;
Pero borrar apenas
Consigue los recuerdos.
Las fuerzas materiales
Se van desvaneciendo;
Mas el audaz espíritu
Alzando sigue el vuelo.
Yo siento que me asaltan
Los mismos pensamientos;
Las mismas inquietudes;
Idénticos deseos.
Venid, cercadme ¡oh nobles,
Y poderosos genios
Que á la verdad angusta
Podéis alzar mil templos!

Venid, venid, mostradme
Si Dios al hombre ha hecho
A semejanza suya
Para humillarle luego,
O si piadoso y grande
Le inclina á ser perfecto.
Decidme si es el mundo
Lugar de desconsuelo
Donde la vil materia
Nos lleva al desconcierto;
O si el placer, la gloria,
La dicha y el contento
Existen, cual los pinta
Nuestro tenaz deseo.
¿Podrán las sociedades
Al cabo de los tiempos
Pisar resueltamente
Las sendas del progreso?

.....

Sí, respondió la voz que de lo alto
Descender parecía: el hombre puede
Aspirar a ese bien que tanto anhela
Y del que, ciego, separarse suole.

« Existe un porvenir grande, sublime,
Digno del hombre que de Dios procede;
Mas no del Dios que pintan insensatos
El fanatismo, y la impiedad rebelde.»

« No de un Dios que se goza en los tormentos;
Que á los hombres oprime y enmudece;
Mas tampoco el que ha dado á la materia
Luz, pensamientos, como algunos quieren.»

« Si el hombre careciera de albedrío:
Si libre voluntad no poseyese,
Como estúpido autómatas, sería
De una fuerza mayor esclavo siempre.»

« Tiene, pues, noble origen; tiene un alma;
Y aunque grandes pasiones alimente,
La razón le demuestra de qué modo
Puede al mal con vigor sobreponerse.»

.....
« ¿Cuál es el mal? ¿en dónde el bien se oculta?
¿ Por qué caminos dirigirse puede
La humanidad á realizar sus altos
Destinos? ¿ Dónde dirigirse debe? »

« ¿ Logrará entre sangrientas convulsiones
Romper con su pasado para siempre,
O deberá retroceder, buscando
Lo que á un triste pasado pertenece? »

.....
« Revuelta humanida! deja un momento
Aspiraciones locas é imprudentes;
Avanza! avanza hácia el progreso; osténtate
Grande á la vez y poderosa y fuerte.»

« Mas no guardes audaz tu fortaleza
Para ultrajar al cielo y para hacerle
De tus necias pasiones, de tus crímenes
Complice acaso y misero juguete.»

« Dios es grande, piadoso, augusto, inmenso;
Él igualar al criminal no puede
Con el que siempre ha sido virtuoso.
Dejad que el virtuoso se alimente.»

« Con la grata esperanza de que un día
Vendrá en que un alto galardón encuentre.
No arranquéis de los pueblos esas nobles
Santas creencias que los hombres tienen.»

«Pero tampoco especuleis con ellas
Con avara intencion: tened presente
Que el Salvador del mundo, airado arroja
Del templo à los menguados mercaderes.»

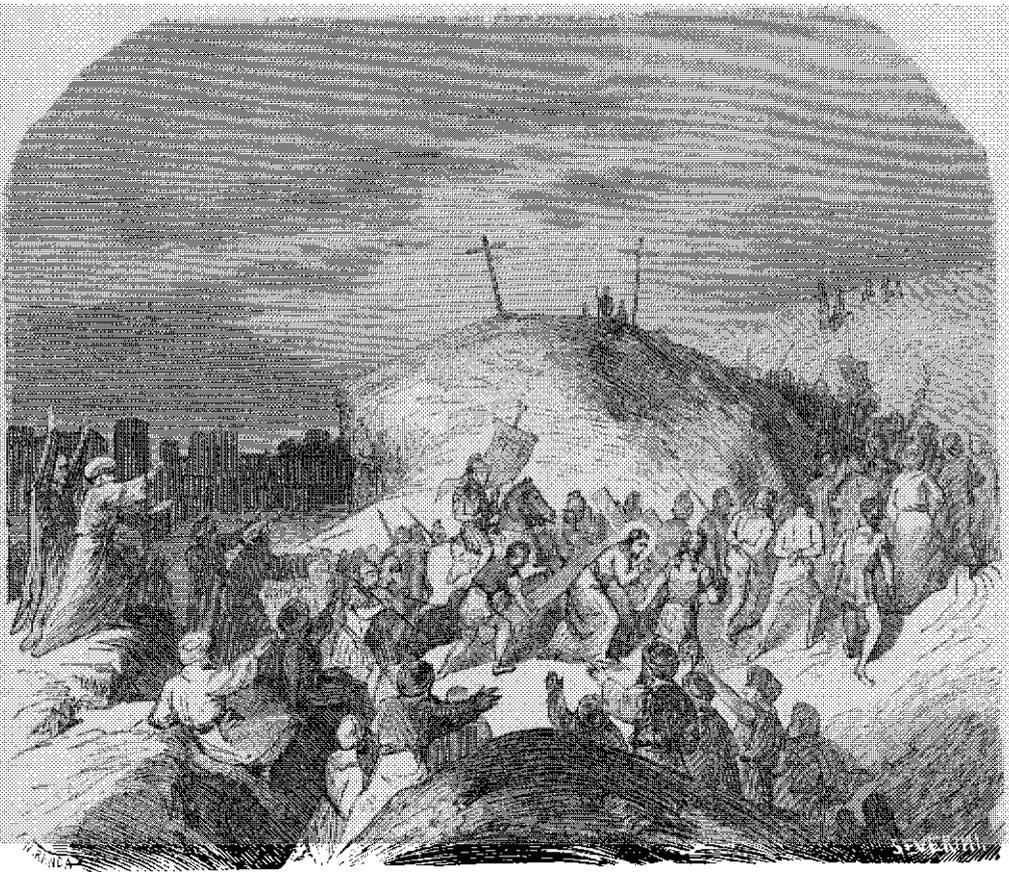
«El hombre es bueno; el hombre cuando niño
Suele guardar tesoros casi siempre
De ternura y de amor; ¿quién ¡ay! agota
Luego en su pecho tan hermosas fuentes?»

«¿Qué aliento abrasador vá destruyendo
De las virtudes los preciosos gérmenes?
¿Tiene el hombre razon cuando supone
Que es con el hombre el cielo indiferente?»

«No; contempla esos cuadros admirables;
Esas augustas sacrosantas leyes
Que al través de los siglos que pasaron,
El Sinai y el Gólgota te ofrecen.»

«Ama à Dios y à tu prójimo; respeta
Y honra à tus padres pues amor les debes;
Nunca tus manos con brutal encono,
Maltratando à tu prójimo, ensangrientes.»

«No codicies sus bienes ni à la honra,
Cobarde y torpe, de su esposa atentes...»
Tal fué el código; el código que escrito
Fué con grandes y eternos caracteres.



«Luego Jesus à redimir al hombre,
Y à darle libertad al mundo viene
Y escupido, insultado, escarnecido,
Sube al Calvario y en la cruz perece.»

«Quiso ser pobre y su pobreza infaman;
Quiso ser bueno y la maldad prefieren;
Quiso ser justo y su justicia insultan;
Dijo verdad y la verdad ofende.»

«Por eso aquella religion hermosa
Que paz, amor y caridad ardiente
Proclama; que al humilde, al afligido,
Al pobre, al bueno, ampara y fortalece,»

«Que en vinculos sagrados à los hombres
Trata de unir dichosos para siempre;
Niegan los unos; y otros con malvado
Intento, en arma de rencor convierten.»

«La semilla, no obstante fué sembrada;
Es fecunda; los hombres nunca pueden
En ángeles trocarse; pero al cabo
Se harán mejores porque serlo deben.»

«Brotará esa semilla; vendrá un día
En que el mundo los males considere
Que causan los extremos corruptores,
Y los extremos con vigor desdeñe.»

«La humanidad entonces convencida
De que Dios á los pueblos libres quiere;
Pero á la vez honrados, estudiosos,
Trabajadores, buenos y pacientes;»

«Se ilustrará, se mostrará gigante;
Grande en la paz porque la paz conviene;
No adúladora de fortunas ciegas,
No miserable esclava de los fuertes.»



«No intolerante, bárbara, opresora
De las conciencias; justa con los débiles;
Amante del saber y las virtudes;
De costumbres modestas é inocentes.»

«Ansiosa de un progreso que conduzca
Á un bienestar magnífico y pereune;
Amante de la paz, sin la que nunca
Las naciones podrán desenvolverse.»

«Todo á ese fin camina; en todas partes
La antorcha de las ciencias resplandece;
Las artes se levantan poderosas;
El vapor os arrastra y os impele.»

«Las distancias se abrevian; las naciones
Fraternizando van; miran los reyes
Altos ejemplos; y los pueblos, grandes
Nobles amigos, por su dicha tienen.»

«Las masas de ilustrarse están ansiosas;
Tengan paz, santo amor, libres se ostenten;
Mas nunca las virtudes evangélicas
Con orgullo insensato menosprecien.»

«De este modo, es posible que algún día
Brille en el cielo el sol resplandeciente
De ese soberbio porvenir que tanto
Anhela el hombre y que alcanzar pretende.»

«Entonces, sin ejércitos, sin luchas,
Sin políticos bandos que entorpecen
La marcha de esos pueblos, las regiones
Incultas y salvajes se harán fértiles.»

«Á medida que el bárbaro no vea
Esclavitud, venganza, estrago y muerte;
Sino puras costumbres, verdadera
Ilustracion y equitativas leyes.»

«Y habrá una sola religion bendita;
Una lengua, una patria, en donde alegres,
En fraternal abrazo confundidos
Los hombres digan: *Mi destino es este.*»

«Hemos sido en la tierra, humildes, probos;
»No hipócritas, ni impíos, ni rebeldes;
»Hemos amado la virtud; el cielo
»Sus altos premios reservarnos debe.»

Calló la voz aquella
Que Adam, atento
Escuchó, sumergido
En el silencio.
Voz que él ignora
Si del cielo descende
O si él la evoca.
Voz que acaso forjára
Su pensamiento:
Su acalorada mente
Durante un sueño.
Solo sabia
Que, ya viejo, al sepulcro
Se dirigia.
Tomó un papel y pluma,
Y allí escribiendo
Estuvo, segun cuentan,
Breves intervalos.—
Ratos fugaces
En que su rostro iba
Trasfigurándose.
Su frente se arrugaba;
Descoloridas
Sus mejillas y sienes,
Se deprimian.
En corto rato,
Para Adam trascurrieron
Algunos años.
—Adios, por siempre ¡oh vida!
Dice sin pena;
Mundo lleno de abrojos,
Con Dios te queda;
Yo, al separarme
De él, miro que tienes
Bellas imágenes.
Tambien guardas virtudes,
Mundo, en tu seno;
Abnegacion sublime;
Puros afectos...
Solo te falta
Que los buenos unidos
Marchando vayan.
Son los mas... ellos pueden
Lograr, que al cabo,
Por egoismo, se hagan
Buenos los malos;
Ellos un digno
Porvenir, darte pueden.
Grande y magnifico.

III.

Un instante despues, Adam sentía
Que una fuerza potente le arrastraba;
Que con blando estupor adormecía
Sus miembros, y á la vez arrebatava
Su espíritu. Impaciente
Quiso mirar en torno, y vió inundarse
El espacio de luces, de armonia
Y de ricos perfumes olorosos
Mas que el incienso de la Arabia; bellos
Génios de amor por el inmenso espacio
Cruzaban; allí ardian
Con mágicos y espléndidos destellos
En cercos de rubies y topacios
Cien soles que en el aire aparecian.
Allí, ostentando sus vistosas galas,
La inmortalidad bate sus alas
Y el vuelo altivo presurosa tiende;
Surca el espacio y hasta Adam descende.
—¡Ven á mí! mi mansion no está en la tierra,
Dice con voz dulcísima y sonora
Que al alma llega; con su cetro de oro
La aparicion divina.
Toca de Adam la frente. Adam la inclina
Contento con su suerte...
Y descansa en los brazos de la muerte.

Entonces... al romper el alma el vuelo
Dejando la materia inanimada,
Halló, al alzarse al cielo,
Mas joven é inmortal que lo fué nunca,
El alma de su Julia idolatrada.
Y en tanto que, con ella
Y con Satana, en mundos penetrando,
De perfecta armonia,
Donde en noche jamás se trueca el dia,
Se iba siempre por ellos remontando,
Sia dada el trono de su Dios buscando,
Miró á la tierra, y vió con alegría
Que de su cuerpo inerte los despojos
Divinos génios con amor velaban,
Y que despues de sus inmortales ojos
Para siempre los párpados cerraban.

IV.

Á la mañana siguiente
Advirtiéndolo Don Liborio
Que su huésped no bajaba,
Subió á su cuarto furioso.
Iba en pos del viejecillo
La que fué su purgatorio,
Es decir, su cara esposa
Que seguir quiso al esposo.
Con ellos tambien subia
Anton Percalina y Coco,
Perla de los dependientes
Por lo sutil y económico.
Y es fama que ante la puerta
De aquel cuarto misterioso,
Los viejos regatearon
Sus ideas con el mozo.
Quisieran los dos primeros
Buscar unos cuantos prójimos
Armados, porque pensaban
Que era el huésped un demonio.
Pero Anton que no creia
Tal cosa, ni por asomo,
Crejó que dar un escándalo
Era imprudente y anómalo.
—Ese señor que aquí habita,
Dijo, me parece un poco
Triste, pero tiene aire
De honrado; por él respondo.

—Pues vamos adentro, dicen
Viejo y vieja, y con aplomo
Anton Percalina, empieza
A llamar con buenos modos.

Tira de la campanilla;
Mas nadie responde; y todos
Vuelven á llamar en vano.

—Sin duda duerme.—Es notorio.

—Veamos!...—Diantres! la puerta

Entornada...?—Poco á poco...

—Cuidado, Anton.—Catalina...

—Vamos adentro, Liborio.

Entró la vieja en el cuarto;
Lanzó un gemido del fondo
Del pecho cóncavo, y luego
Cayó en brazos de su esposo.

Y éste con los ojos fijos
Estupefacto y absorto:

—¡D. Pablo! grita con miedo,

Y cierra al punto los ojos.

«¡Es D. Pablo! el viejo mismo

Que se trocó en aquel mozo...

¡Brujería! ¡Magia negra!

¡Vecinos! ¡á mi...! ¡socorro!»

—¡Descansa en paz! dijo entonces

Un hombre de austero rostro,
Casi anciano, que allí entraba
Entre turbado y atónito.

Era Andrés; el pobre manco,

Que enjugándose los ojos

Luego se quitó el sombrero

Con aire respetuoso.

—¡Ha muerto! dijo; su historia

Misterios raros, recónditos,

Encierra; en sueños un día

Todo me lo dijo, todo!

Por eso, yo, que le debo

El bienestar de que gozo;

Que por él vertido hubiera

Toda mi sangre gustoso,

Hace un mes que voy siguiéndolo

Con el mas firme propósito,

Seguro de ver un día

Algo que infundiese asombro.

Durante ese mes, le he visto

Siempre bueno, afable, pródigo,

Dar limosnas y consuelos

Al pobre menesteroso.

¡Descanse en paz! era un hombre

Que valia como pocos;

Pero fué muy desgraciado.

No conoció el lazo hermoso

De la familia, que amengua

De la vida los enojos;

Que endulza nuestros pesares;

Que llena el hogar de gozo.

Dijo; tomó de la mesa
Un papel y poco á poco
Fué lo que sigue leyendo
Entre cortados sollozos:

«Sediento de goces, de grandes placeres,
De dicha suprema, de vida inmortal,
Aquí cierta noche un misero viejo
En jóven trocado se vió por su mal.»

«Lanzóse aquel jóven, que Adam fué llamado,
Al mundo... ¡Cuán bello, cuán grande le halló!
Mas ¡ay! trascurrieron los años y el jóven
Aquí dolorido y ansioso volvió.»

«Su pena era tanta, tan grande su duelo;
Tan negro, tan triste juzgó el porvenir,
Que solo la muerte, la muerte anhelada,
Mostrarle podia el puerto feliz.»

«Yo soy aquel hombre: el cielo apiadado
De nuevo al sepulcro conduce mi pié.
El jóven en viejo se vá convirtiendo...
¡Feliz yo que anciano me encuentre otra vez!»

«Eterna la torpe materia, seria
Del alma tormento; al alma dejad
Que busque otros mundos mas bellos, mas anchos,
Dejada que en ellos se ostente inmortal.»

«La cruz de brillantes, que llevo conmigo,
La dejo á la Madre bendita de Dios,
Que existe en la iglesia de aquel monasterio
Do Julia, condesa de Alcira, murió.»

«Suplico á las gentes que aquí me encontraren
Que tumba cristiana piadosas me den,
Grabando en la losa que cubra mis restos:
Aquí Adam reposa; rogad por su bien.»

V.

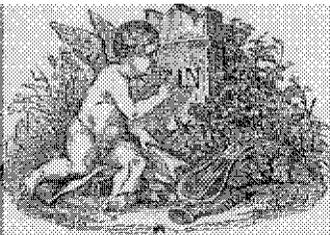
Dejó Andrés de leer; todos doblaron
La frente con unción,
Y en silencio á los cielos elevaron
Una humilde oracion.

Que ante la muerte el corazon del hombre
Redobla su latir,
Y asomar á los labios suele el nombre
De aquel que dá el vivir.

Por eso D. Liborio conmovido,
Mudando de opinion:

—No hay duda, dice, me hallo convencido;
Mujer, tienes razon.

—¿De qué, Liborio?—De que siente en ello
El alma un gran placer:
De que es, al fin, consolador y bello
«Esperar y creer.»



NOTAS ADICIONALES.

1.^a—(Página 5.)

Mi primer intento al anunciar estas notas finales, fué el de estenderme en algunas consideraciones literarias, relativas al DIABLO MUNDO y á los demás poemas que hasta hoy se han escrito en lengua castellana; pero me falta espacio, humor y tiempo para dedicarme á este trabajo, que acaso daré á luz mas adelante.

Diré solo en este lugar, que cuando el señor D. José de Espronceda comenzó á construir con su gran talento el maravilloso palacio que dejó sin acabar, era yo muy niño y me hallaba á cien leguas de Madrid. No tuve, pues, el gusto de tratar ni de conocer al inspirado escritor. Tal vez su familia, tal vez sus amigos íntimos oirían de sus labios revelaciones importantes acerca del desarrollo, peripecias y fines del poema; tal vez tengan razon los que dicen que el argumento no estaba enteramente preconcebido. Sea como fuere, D. José de Espronceda debía bastarse á sí mismo para dar digna y magnífica terminacion á un trabajo que, á decir verdad, habia comenzado con excesiva grandeza para que no le ocasionase muchos desvelos, si habia de conducirle al último término por medio de sostenidas é interesantes gradaciones. El plano de semejante obra, era verdaderamente colosal; los cimientos de oro y diamantes; ¿de qué materia preciosa podia valerse el artífice al tratar de darle remate y digno coronamiento? La empresa era árdua y comprometida, aun tratándose de arquitectos del saber y de la inspiracion de Espronceda.

Por esta razon traté de hacer al principio repetidas salvedades, advirtiendo que no me presentaba con el carácter de *continuador*. A riesgo de que se dijese de la mía lo que se dice de las demás, he llamado á mi obra *segunda parte*, que puede servir de continuacion al poema. He dejado intacto el palacio, sin construir nada sobre él; he buscado sombra á sus espaldas y levantado á cierta distancia mi edifi-

cio con materiales míos. Así y todo, mi trabajo es digno de algun aprecio, no por su mérito, sino por el buen deseo; por las dificultades inmensas que presentaba; por la constancia que ha requerido, y hasta por la precipitacion con que últimamente he tenido que llevarle á cabo, compartiendo mis horas del dia y de la noche con otras ocupaciones que nada tienen de poéticas, pero que constituyen mi principal y mas inmediata obligacion. Tal vez lo ha comprendido así el público, dispensándome la mas favorable acogida, con la cual juzgo suficientemente recompensados mis desvelos, y desvanecidos en parte mis temores.

2.^a—(Página 9.)

Tambien habia pensado dar á conocer por medio de un breve extracto el argumento contenido en los seis cantos del poema del señor de Espronceda; pero desisto de ello, no solo por las razones antedichas, sino porque he considerado que son pocas las personas que desconocen aquel interesante libro, del cual se han hecho repetidas ediciones.

3.^a—(Página 54.)

El canto IX de la primera parte de mi libro que he dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, lo he tomado á la ventura, sin pretender hallar una cosa bastante digna del sábio escritor, del profundo político, del hombre de Estado eminente á quien se dirigia, porque en tal caso, jamás hubiera encontrado entre mis escritos nada que me pareciese apropiado, nada que pudiera llenar la medida de mis deseos. Tenia, pues, que renunciar á esa pretension; pero no me era posible dejar de pagar un tributo de gratitud á quien por tantas veces me ha dispensado su proteccion, que casi puedo decir que todo se lo debo; y en esta alternativa opté, como dejo indicado, por honrar una página cualquiera de mi obra con el

nombre de mi ilustre amigo y compañero de la infancia.

Hoy no pretendo hallarle dentro de las academias y liceos, en el momento de recibir grandes y merecidas ovaciones; no le busco en la tribuna pública del legislador, arrancando aplausos y plácemes con su elocuencia; ni tampoco dentro de las esferas del poder que ha ocupado en diversas ocasiones. Mejor quiero encontrarle en el seno de la vida privada, donde como modelo de hijos carifiosos, de buenos hermanos, de esposos dignos y de amigos consecuentes, el Sr. de Cánovas ha rayado siempre en virtudes, á tanta altura como pudo rayar en la vida pública, ya como gran literato, ya como consumado político.

En ese terreno; evocando recuerdos de lejanos accidentes, que no por ser frívolos ó ligeros dejan de ser gratos cuando el hombre avanza por el camino de la vida, y puesta la mano sobre el corazón, lleno de gratitud y de profundo afecto, ruego al Sr. de Cánovas que acepte benévolamente esta sincera manifestación de mis sentimientos.

Los que conocen al distinguido personaje á quien me dirijo, aunque sean sus adversarios políticos, saben que cuanto pueda decirse en su elogio es pálido y falto de expresión. Los que me conocen saben que nunca he medrado adulando. ¡Ojalá que mi carácter, unas veces taciturno, otras retraído y poco cortésano, exasperado casi siempre por repetidas contradicciones, no me hubiese alejado tanto, á pesar de los constantes impulsos de mi alma, de las personas á quienes debo gratitud, aprecio y altísimas consideraciones!

(4.^a—Página 171.)

El malestar producido por la demasiada tirantez política y por el lujo de arbitrariedad desplegado en los últimos tiempos, trajo aceleradamente la última revolución española, en la cual, sin embargo, este pueblo magnánimo y generoso, no ha querido llegar á los horrores de la revolución francesa; pero hay otro malestar que ha hecho que el socialismo se haya infiltrado en muchas provincias, queriendo aparecer adoptando la peor de sus manifestaciones. En vista de este último síntoma alarmante, quieren algunos que se mate al socialismo á fuerza de desdenes. Otros se asustan, y tan pronto como oyen hablar de pobres y ricos, de caridad, de establecimientos piadosos, de alguna protección al trabajo, etc., esclaman con escándalo: ¡socialismo! ¡socialismo! No hace muchos días que un periódico español, modelo por otra parte de sensatez y de cordura, ridiculizaba á Napoleón III porque había dado durante el tiempo que lleva al frente del vecino imperio, un poco de socialismo; es decir, porque ha-

bia proporcionado trabajo y pan á las clases proletarias y menesterosas. Yo no soy político, é ignoro por lo tanto si habrá sido mal hecho hermosear á Francia y dar de comer á los jornaleros para tenerlos contentos y pacíficos; pero creo que si todos los monarcas del mundo, todos los grandes y todos los ricos de la tierra, tratáran un poco seriamente de imitar á Napoleón III en ese pensamiento; que si los caudales no se mantuviesen improductivos é indiferentes; que si se diese estímulo á la industria, á las artes y á las ciencias, no solo por los gobiernos, sino también por los particulares; que si los poderosos fueran mas caritativos, menos avaros de goces materiales, y la justicia mas inexorable con los pobres holgazanes, la cuestión social mejoraría. Pero el espíritu de partido lo mata todo y todo lo ridiculiza. Hasta la idea cristiana de hacer bien por los desvalidos, proporcionándoles medios de matar su hambre y de cubrir su desnudez.

5.^a—(Página 228.)

La existencia de las tribus y razas á que me refiero, prueba que la decadencia y embrutecimiento de las sociedades han nacido casi siempre de la perversión del pensamiento humano, motivada por el fanatismo y por la influencia de religiones absurdas, tanto mas absurdas cuanto mas se aparten de la ley natural y de la moralidad y la justicia, eternas é inmutables. Algunos filósofos y políticos modernos, proclaman la negación de todos los principios religiosos y desean formar una sociedad atea, la cual creo que no puede existir ni ha existido en pueblo alguno de la tierra, porque el hombre, á poco que medite, vé algo mas superior y mas grande que el hombre mismo. Ganosos algunos de los que antes he citado, de destruir toda creencia religiosa, comienzan por atacar al catolicismo y al cristianismo, llamando la atención sobre el número de sus prosélitos, que sin duda es muy inferior al conjunto de los comprendidos en las demás religiones y sectas conocidas.

Entre esas sectas y religiones figuran por la gran suma de adeptos, el *brahmismo* y el *budhismo*; pero la cantidad ¿significa la perfección? Esas religiones estendidas por toda la India, China, Japon, Tibet, el Asia central y otros puntos ¿no han podido y debido contribuir á matar en aquellas partes del globo, ó á paralizar cuando menos, la marcha del progreso y de la civilización? La vida y la inteligencia del hombre son pocas y muy fugaces para imponerse en los misterios de semejantes religiones. Las escrituras sagradas de Budha forman cien gruesos volúmenes, y los sectarios de esta creencia cuentan que ese tesoro inacabable de

libros, revelados ó nó, asciende á ochenta y cuatro mil tomos.

Pero lo que mas ha debido destruir la marcha de los humanos adelantos en aquellos países, ha sido indudablemente la infinita variedad de castas y de razas establecidas por las religiones que allí se observan. Así como el cristianismo procuró la unidad de la especie, declarando iguales y hermanos á todos los hombres, el budhismo y el brahmismo han procurado separarlos hasta lo infinito; y no contentándose con hacerlo así, los han degradado y envilecido de tal modo que han llegado á formar las castas de los párias y los pulias. Para dar una idea de ese envilecimiento moral y material, creo que mis lectores, algunos cuando menos, no tomarán á mal que concluya esta nota (tal vez no del todo inoportuna) reproduciendo los dos párrafos siguientes:

«A estos infelices (á los párias), se les considera menos que á los brutos; nadie se atreve á hablar con ellos á no ser sus compañeros de desventura. Si algun indio describe desde lejos á un pária, huye de su vista lleno de horror; cualquier objeto que toque se considera como profanado eternamente, y la abominación de esta casta llega hasta el punto de que se cree que la sombra de un pária contaminará el agua ó la leche.»
«Estos infelices tienen fuentes sacras propias y cercadas de huesos de animales, en donde se les permite únicamente beber. Si están acorralados por el hambre, le manifiestan con voces lastimeras ó prolongados gemidos; entonces alguno de los indios mas caritativos les arroja unos cuantos panes de arroz desde muy lejos, y el pária no puede recogerlos sino despues que haya desaparecido aquel bienhechor. Si un pária se acerca á un guerrero, este puede matarle impunemente. — Les que pertenecen á esta casta tan desventurada, que los indios repudian maldiciendo de ellos, son tal vez los restos de una antigua tribu, sometida por la violencia y la barbarie.» (GOSFANZO. — *Historia universal*.)

«La tribu de los pulias, que habita en la costa del Malabar, es mas miserable aun y de peor condicion. Los degradados que la componen se encuentran en un estado de abyeccion tan estremado, que llega hasta el punto de ser considerados como inferiores á los mas viles y asquerosos animales. Estos infelices, llamados *parias* en algunas localidades, ni tienen siquiera la facultad de consumir una triste cabaña para guardarse al menos de las injurias del tiempo y de las invasiones de las fieras, que tanto abundan en aquellos comarcas: la mayor parte de ellos duermen sobre los árboles, en cuyas ramas forman una especie de nido como los pájaros. Los niños (de la privilegiada) tienen sobre los pulias el derecho de vida y muerte. Cuando á uno de aquellos se le pone en la cabeza probar su fusil, con la mayor sangre fria, apunta el primer pária que encuentra, y le mata ó estrapa impunemente, como pudiera hacerlo con un animal cualquiera. Cuando este mismo pária pasa por alguna carpentería pública, está obligado á gritar incesantemente, con el fin de anunciar su presencia á los individuos de las demas castas, y desde el momento que divisa alguno de ellos, huye rápidamente para ocultarse á su vista. — Ninguna persona se atreve á tocar el cadáver de un pária que termine su existencia lejos de los de su casta; á las aves de rapina sirven sus restos de alimento.» (BLAVEL. — *Historia de las religiones, traducción del francés por el doctor D. Nicolás Vicente Magaña*.)

6.ª — (Página 228.)

Nada mas diré por no ofender el pudor de mis lectores, de las abominables y repugnantes costumbres que observa religiosamente la casta denominada *mambury*; pero habiendo hecho alguna indicacion respecto de los tremendos funerales de los hindos, creo que alguna de las personas que tengan mi libro no tomarán á mal el que reproduzca los curiosos párrafos siguientes, tomándolos de la obra sobre las religiones que cité en la nota anterior. Dicen así:

«Se llama *sati*, á el acto que realiza una mujer cuando se arroja á la hoguera que consume los mortales restos de su

marido. En este terrible sacrificio se emplea y tiene lugar toda la pompa y fastuosa solemnidad que despiden los hindos en sus ceremonias religiosas. Segun las diversas comarcas, varia ese sacrificio en sus formas; pero vamos á describir el modo con que mas comunmente se realiza entre las dos castas superiores. Acomoda la viuda con sus mejores galas y joyas, cual en el dia de sus bodas, es espuesta ante la puerta de la casa mortuoria, bajo una especie de pabellon cubierto con ricas telas y variedad de flores. Desde el punto en que aquella ha resuelto sacrificarse, la está vedado todo alimento; siendo la tan sólo permitido masticar hojas de betel, y debe además pronunciar continuamente el nombre del dios de aquella secta á la que pertenece. Durante este tiempo, los instrumentos de música no cesan de comunicar al aire sus armoniosos acentos. Cuando es llegada la hora, ceba á andar la viuda acompañada de sus parientes, amigos y muchos brahmanes, que situados constantemente cerca de su persona, la prometen en recompensa del acto de piedad que se prepara: para su marido, la remision de cuantos pecados y crímenes ha podido aquel cometer, y para ella una felicidad sin fin. Por medio de sus discursos, entos y exhortaciones, se esfuerza aquellos sacerdotes en sostener á la víctima en su primera resolucion, trastornando ademas su mente por medio de liceros espirituosos, mezclados con opio, que en ciertas porciones la hacen beber durante la travesía. Una vez que la viuda ha llegado al sitio en que debe ofrecerse en holocausto á los manes de su marido, se desde el modo mas afectuoso de sus parientes y amigos; reparte entre ellos sus mejores galas y adornos, y los abraza por última vez. En seguida, despues de haber dado por tres veces la vuelta alrededor de la hoguera fatal, se detiene sobre una pequeña ermita que la domina, y desde allí se precipita en las llamas, cuya voracidad aumentan los concurrentes arrojando á la misma hoguera aceite, manteca y otras materias igualmente combustibles. Los músicos al mismo tiempo hacen resonar cada vez mas sus instrumentos, con el objeto sin duda, de que el pária no llegue á percibir los gritos y exclamaciones de la víctima. Despues que el fuego la ha devorado, se arrojan cuidadosamente todos los huesos, y cenizas para arrojarlas en uno de los rios sagrados; y sobre el lugar mismo donde se ha consumado el sacrificio, se erige una capilla ó cualquier otro monumento para perpetuar su memoria.

Entre las castas que no acostumbran quemar á sus muertos, las viudas se hacen enterrar vivas junto con el cadáver de sus esposos. Cuando una de estas desgraciadas ha llegado al sitio de la sepultura, se la coloca en su fondo, y allí mismo se sienta tendida entre sus brazos los restos de su marido. En seguida se cubre el novo con tierra, de tal modo que quede solo descubierta la cabeza de la víctima, á la que se la permite tomar un bocado que algunos escritores aseguran ser un veneno; ó bien para abreviar su suplicio. El algo que cuanto antes por medio de un lazo correccion. El pária no es admitido á presenciar tan horroroso espectáculo; pues se tiene bien cuidado de ocultarle á su vista por medio de una especie de vallado que rodea toda la hoguera.

En Bengala, despues de haberse bañado la viuda en el Ganges, junto con el cuerpo de su marido, se la coloca en una especie de catafalco situado sobre la misma hoguera, pendiente sobre ella el cadáver atravesado como figurando una cruz. En esta siñacion todos los circunstantes la entregan cartas, tocas, alhajas y demas objetos, que por consiguiente se, piensan hacer llegar al otro mundo; de todo lo cual hace aque. a un paquete que guarda en su mismo seno, y en aquel momento se prende fuego á la pira. En Bisnagar, las mujeres no se queman, sino se se los muertos meses despues de la funeral de sus maridos. Llegado el dia fatal, asiste la viuda á un espléndido banquete cuyos honores hace, disponiendo en seguida por sí misma todo lo necesario para su próxima muerte. En Guzarate y algunas otras provincias, la hoguera se compone de una especie de choza construida con paja y mimbres bañada de aceite y manteca. La viuda se coloca en su centro atada a un palo para que no pueda escapar, y sosteniendo sobre sus rodillas el cuerpo de su marido. Terminados estos preparativos, se prende fuego á la cabaña, y en ciertos momentos queda todo consumido.

«En 1710, todas las mujeres del rajá de Marava se sacrificaron sobre su hoguera con un valor extraordinario; todas ellas se lanzaron de una vez á las llamas, exclamando: «Siva! Siva!» Los sacerdotes las colocaron en el rango de las divinidades, y desde entonces a se las tributa un culto en el templo que se edificó en el lugar mismo de la horrorosa catástrofe. En las costas de Coronandel se ha visto algunas veces á las esclavas seguir á sus señores hasta la fatal hoguera, y perecer juntamente con ellos.»

«A pesar de lo dicho, no todas las viudas hindas muestran la misma intrepidez. Hay algunas á quienes la vista sola de la hoguera estremece, y que hacen lo posible por sustraerse al suplicio á que las condena una costumbre sacrilega. A las orillas del Ganges se celebraba no hace muchos años el *sati* ó sacrificio de la viuda de un brah-

man. La víctima cuyo exterior continente aparentaba una perfecta calma, respondió con sangre fría á los oficiales ingleses que la preguntaban, por qué causa se entregaba voluntariamente á la muerte. Despues de los adioses y ceremonias de costumbre, casi empujada por los brahmanes se arrojó á la hoguera, y notando aquellos un movimiento de la víctima para salir del fuego, la cubrieron con toda la leña de que se componia la pira. Eso no obstante, la desgraciada redoblando sus esfuerzos pudo lograr el desasirse y saltar fuera de las llamas. Los brahmanes corrieron en su seguimiento y la volvieron á arrojar á la hoguera; á pesar de la oposicion y resistencia de los soldados ingleses que se habalan mezclados entre los espectadores. Aun ensayó la infeliz nuevos medios de resistir á la violencia de los sacerdotes, luchando á brazo partido con ellos. A vista de esto se promovió un tumulto entre la multitud, y por todas partes la desgraciada vinda no escuchaba sino las mayores injurias. Los soldados ingleses quisieron intervenir de nuevo, pero fué en vano.

Otra viuda, joven de catorce años, habia logrado igualmente sacarse al fatal suplicio, refugiándose en un arroyo vecino. Uno de sus parientes presentándole una hermosa tela de seda á ven no temas, yo te envolveré en esta tela y te llevaré á tu casa.—A la luz negra es á donde quiero llevarme; contestó aquella infortunada su piélal. Perdon! Perdon! déjame vivir ó ir á juntarme con los párias!—Te juro por las aguas del Ganges, repuso el pariente, que es á tu casa y no á otra parte donde voy á conducirte. Confiada en este juramento, el mas sagrado entre los hindes, la ingente joven se dejó envolver en la tela; pero se realizó lo que ella mas temia: su perseguidor fugó á la entregó á las llamas, siendo inútiles cuantos desesperados esfuerzos hizo la víctima para evitar de nuevo la muerte.

El encarnizamiento y teson que muestran los brahmanes para llevar á cabo estos horribles sacrificios, se explica por la sencilla razon, de que la mas grande y la mejor parte de los objetos preciosos y alhajas de que esta revestida la víctima, quedan para ellos si aquella muere, y en

esto tienen tanto interés, cuanto que la viuda en ese caso se adorna con todo lo mejor que posee.»

Terminaré diciendo que nunca la religion de Jesucristo ha autorizado errores y horrores de esa naturaleza. Ella que ha rechazado las escandalosas oscenidades y el brutal sensualismo preconizado por las demás: ella que aconseja la práctica de las virtudes austeras, que manda perdonar las injurias, amar al hombre, instruirle y consolarle; ella que ha tratado de elevar á la mujer y de hacerla pura, noble y buena, es la única en mi concepto, que puede llevar á cabo la gran redencion de la humanidad, conduciéndola por los verdaderos caminos de la civilizacion y del progreso. Los que quieren desprestigiarla, de cualquier manera, ya sea por mal entendido exceso de fervor, por carencia de sentimiento religioso, ó por querer acariciar delirios insostenibles, de cualquier género, (pues en todo cabe la exageracion, que es la que todo lo mata y lo destruye); esos cometen sin duda, yo así lo creo, una falta que lleva consigo resultados fatales de grandes consecuencias para los anhelados adelantos de las sociedades humanas.

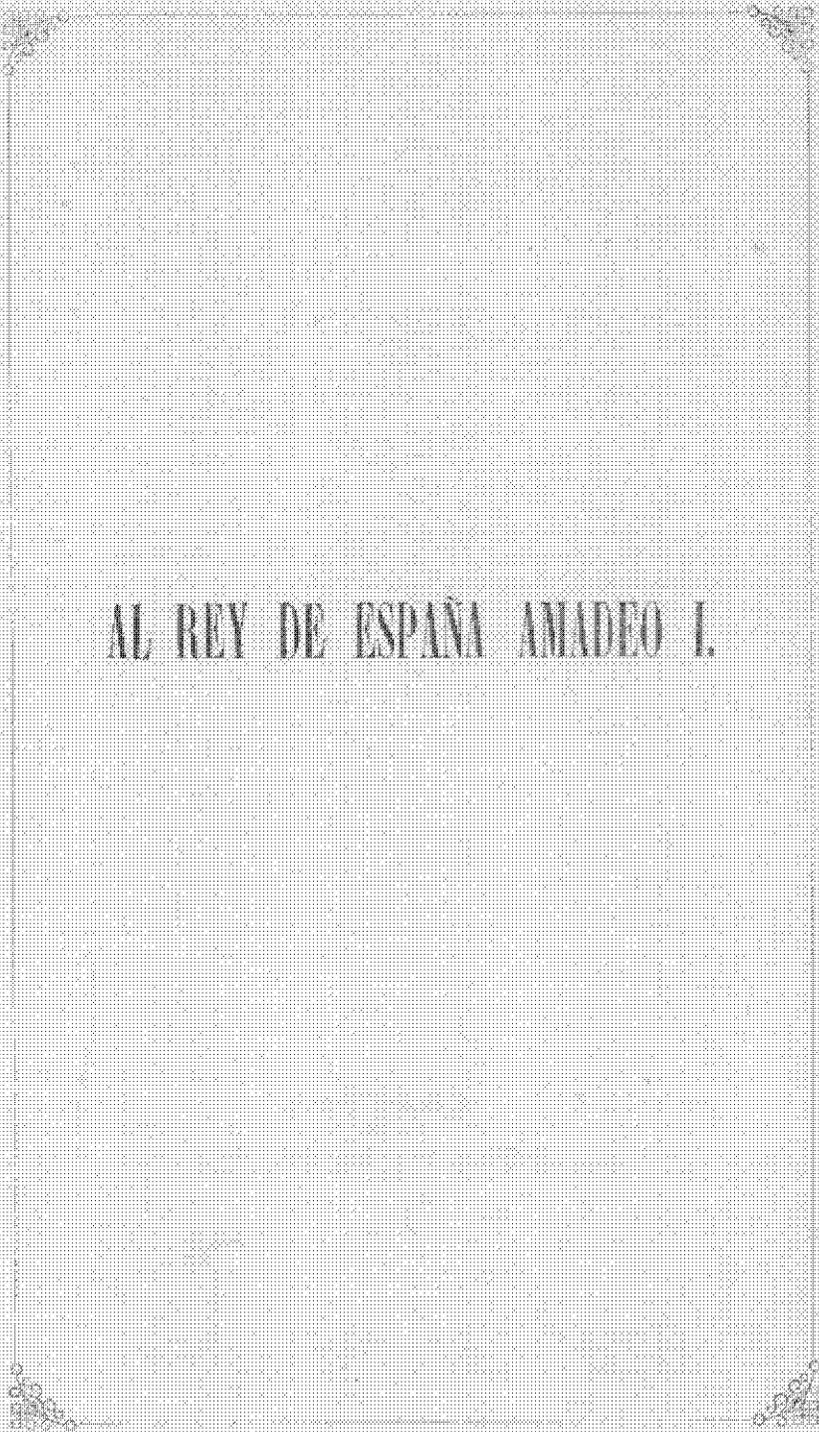
Madrid, junio de 1869.



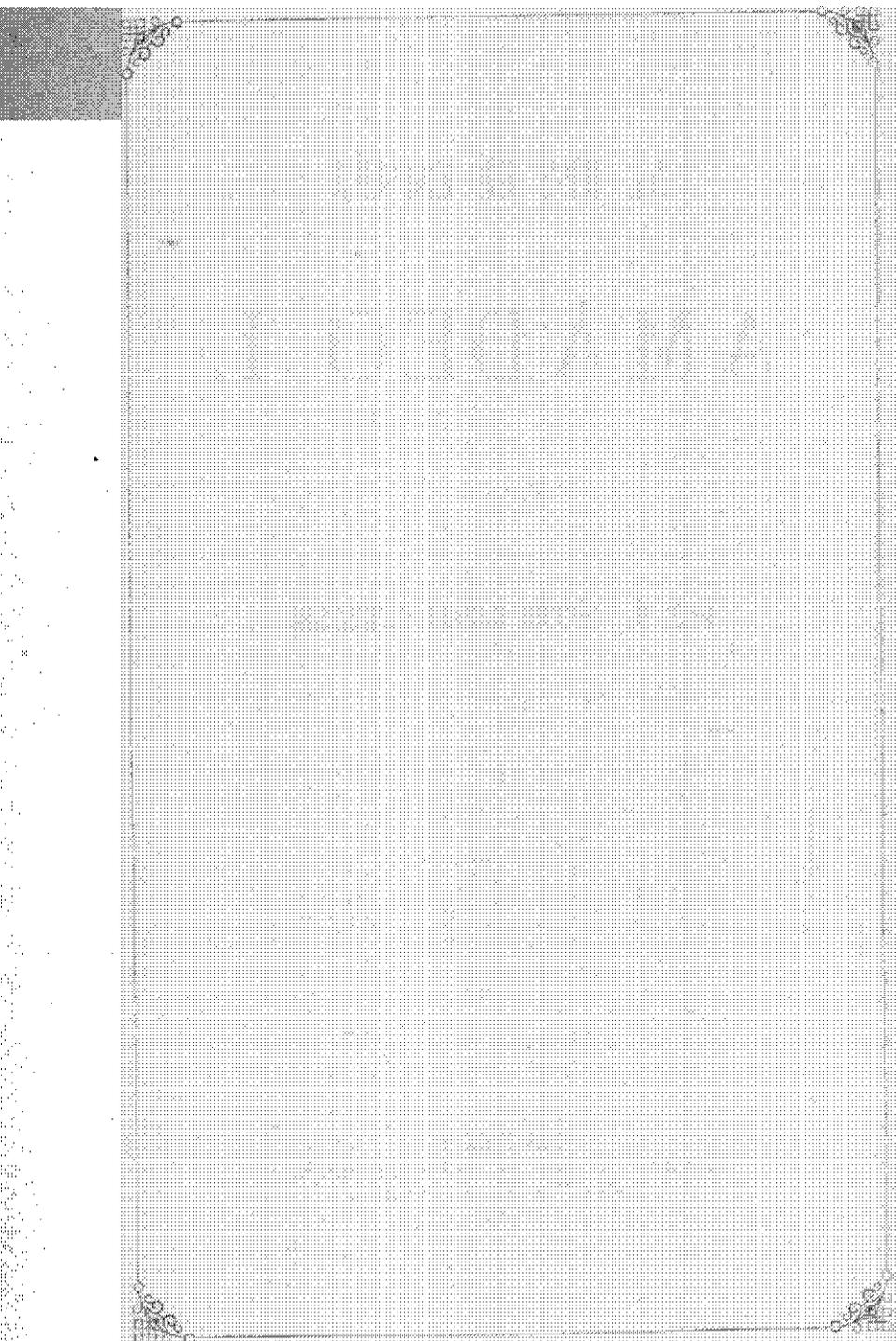
ERRATAS.

No en todos, pero si en muchos ejemplares de la presente edicion, se han deslizado las siguientes:

Pág.	Columna.	Linea.	Dice.	Léase.
38	2. ^a	58	diálogo	monólogo
77	1. ^a	22	pelafustran	pelafustan.
126	2. ^a	90	irreprochable	reprochable
186	2. ^a	40	fidelidad	fidelidad
140	1. ^a	18 19 20	Y entre tanto que Adam hondo vuelve Por la condesa que á encontrar no ha vuelto. Lanza, sus ojos al pasado vuelve	Y entre tanto que Adam hondo suspiro Por la condesa que á encontrar no ha vuelto, Lanza, sus ojos al pasado torna
163	2. ^a	35	repele	repele
161	2. ^a	53	escena	escenas
167	1. ^a	6	Se inspirarán los magníficos—	Se inspirarán magníficos—
188	2. ^a	27	varones	varones
224	2. ^a	8	prestan	presta
244	2. ^a	última	futuras	presentes



AL REY DE ESPAÑA AMADEO I.



AL REY DE ESPAÑA

AMADEO I.

ODA

POR D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

MADRID.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ROTAS,
calle de Valverde, núm. 13. bajo.

1871.



AL REY DE ESPAÑA

AMADEO I.

ODA.

¡Príncipe augusto! si mi voz se atreve
A unir el sentimiento de mi gozo
Al aplauso ferviente, al alborozo
Del sano pueblo y de la honrada plebe,
No temais que yo quemé en los altares
De la lisonja, incienso:
Ni vos sois de esos príncipes vulgares,
Ni yo á la baja adulacion propenso.
Ante el nuevo monarca de Castilla
No necesita la adhesion sencilla,
Para mostrar su afecto reverente,
Ni deshonorarse, ni humillar la frente,
Ni doblar la rodilla.

Siento que me acobarda la grandeza
Del árduo asunto: para mí ya estraños
Son los senderos que á tan rara alteza
Pueden llevar al vate, y mi cabeza
Se cubre con la nieve de los años.
Mas no puedo callar: del centro estrecho
De la duda mi espíritu se lanza
A los espacios de la fé, y el pecho
Siento latir de gozo y esperanza.
Proféticos acentos, que traides
Por las auras, alegran mis oídos,
Pueblan el aire puro,
Y del tiempo futuro
Me revelan arcanos escondidos.
Tras noche de dolor, luces derrama
Serena aurora de risueño día,
Y á la voz de ese pueblo que os aclama
Siento romperse el hielo que envolvía
De mi cansada inspiracion la llama;
Y arrebatado en alas del deseo,
Rasgando nieblas y allanando montes,
En torno de mi pátria abrirse veo
Alegres horizontes.
El vicio encadenado,
Vencida la ambicion, muerto el perjurio,
Será vuestro reinado,
Sobre ineruentes triunfos levantado.

De era de larga paz dichoso augurio.

Desde el supremo día

En que, con más indignacion que saña,

Del trono de Pelayo lanzó España

De Borbon la imposible dinastía.

En medio á sus enojos

La siempre amada Italia, de sus ojos

Las ardientes miradas atraía.

¿No veis en esto del Señor la mano.

Y el cumplimiento de sus santas leyes?

¿Por qué razon el pueblo castellano,

Que rechazaba ayer á tantos reyes,

Sólo amor tiene para el Rey hermano?

El que los hombres entre sí concilia

Y en cadenas de amor al orbe abraza;

El que estrecha los lazos de familia;

El que forma los vínculos de raza,

Lo quiere así: su santa Providencia

Lo ha escrito en el fecundo

Libro de la experiencia.

Cuando ancho asiento en las edades toma

La era más grande que recuerda el mundo

Y en que la humanidad se llama Roma,

A sus mismos señores

La Bética feliz dá emperadores:

Y los dos pueblos desde entónces juntos

Acaban hechos de la historia espanto,

Y aun hoy resuenan, de la fama asuntos.
Los nombres de Pavía y de Lepanto.
En reveses lo mismo que en victorias.
Nuestra sangre y la vuestra ván unidas
Alimentando nuestras dos historias
En una misma historia confundidas.
Así corren hirvientes
Dos rápidas corrientes
De fundido metal, que en un momento
Han de formar en cóncavos ardientes
Colosal y durable monumento.
Y el bronce no resiste
Del tiempo destructor á la constancia,
Ni de las armas al progreso triste,
Ni á la mano brutal de la ignorancia:
Pero el santo recuerdo consagrado
Por cien generaciones
Y en el amor fundado,
No puede perecer, que está encerrado
Y alienta en nuestros propios corazones.
Un día, vuestras huestes poderosas,
Ya el moro á sus desiertos repellido,
Hácia un mundo se lanzan, escondido
Del mar entre las brumas vaporosas,
Avidas de acabar altas empresas:
Atravesando por ignotos mares,
Y reduciendo naves á pavesas.

Y derribando bárbaros altares,
Ahuyentaron sus ídolos inmundos
Y enaltecieron en region extraña
Con los pendones de la noble España
La redentora cruz que unió dos mundos.
¿Quién reveló á la atónita mirada
Del viejo Continente
La tierra tantos siglos ignorada,
Y las puertas abrió del Occidente?
El genovés Colón.—Vagó primero
Por otros reinos demandando ayuda
Con inútil afán: era extranjero,
Y donde né la befá, halló la duda;
Pero al pisar nuestra dichosa orilla
Venció al error, encadenó el sarcasmo,
Y comprendido fué: no es maravilla.
La lengua nos habló del entusiasmo,
Que es la lengua de Italia y de Castilla.
En la moderna edad, en tiempo breve
Que mil hechos magníficos abarca,
Se despierta la Italia y se conmueve
A la potente voz de un gran monarca,
Luchó por su derecho y su justicia:
Por su gloriosa cuna,
Y España sonrió mientras propicia
Ayudó á vuestro esfuerzo la fortuna.
¡Sus! gritaba este pueblo, palpitante.

Cuando el fragor del bronce fulminante
Asordaba á la Italia conmovida.

¡Ha llegado el instante

De recobrar la libertad perdida:

¡Sus! y que ayude á tu valor el cielo:

Abran tus armas anchuroso espacio

Donde pueda tender el libre vuelo

El águila del Lacio! -

Ansiando para tí mejor destino

Juega tu rey su s6lio

De la guerra entre el fiero torbellino:

Busca 6 abre el camino

Que debe conducirte al Capitolio:

Y cuando, en fin, la estrella refulgente

De vuestro padre, vencedora asoma,

La acompa1a impaciente

Hasta las puertas de la misma Roma.

Siempre aparece, siempre, la influencia

Bajo una 6 otra forma, de aquel lazo

Con que nos acerc6 la Omnipotencia:

Cuando no son las armas es la ciencia:

Hoy es el coraz6n si ayer el brazo.

¿C6mo no han de est6rzar sus afecciones

Dos hidalgas naciones

Que por leyes id6nticas se rigen?

¿Y c6mo no han de ser buenos hermanos?

¿C6mo, dos pueblos de tan propio origen

No han de estrecharse con amor las manos?

De luz los baña en la templada zona

El mismo sol: igual fecundo suelo

Y el mismo alegre cielo

Les dió el que ciñe la mejor corona.

Sus valles y montañas, de riqueza

Son veneros opimos:

En ambos la férax naturaleza

Haciendo ostentacion de su grandeza.

Se desborda en espigas y racimos.

La vista en ambos con placer se pierde

Contemplando en risueña perspectiva

Campos do el limouero siempre verde

Crece al par de la nunca seca oliva.

Hijos son, y heredaron la pujanza

De una madre comun: tal vez por eso

Llevamos de esta rara semejanza

En rostro y corazon el sello impreso.

Y vos, Señor, el lazo venerando

Sois, que á mejor fortuna nos destina,

De nuestra varonil raza latina

El generoso influjo renovando.

El pueblo que se alzó fiero y sañudo,

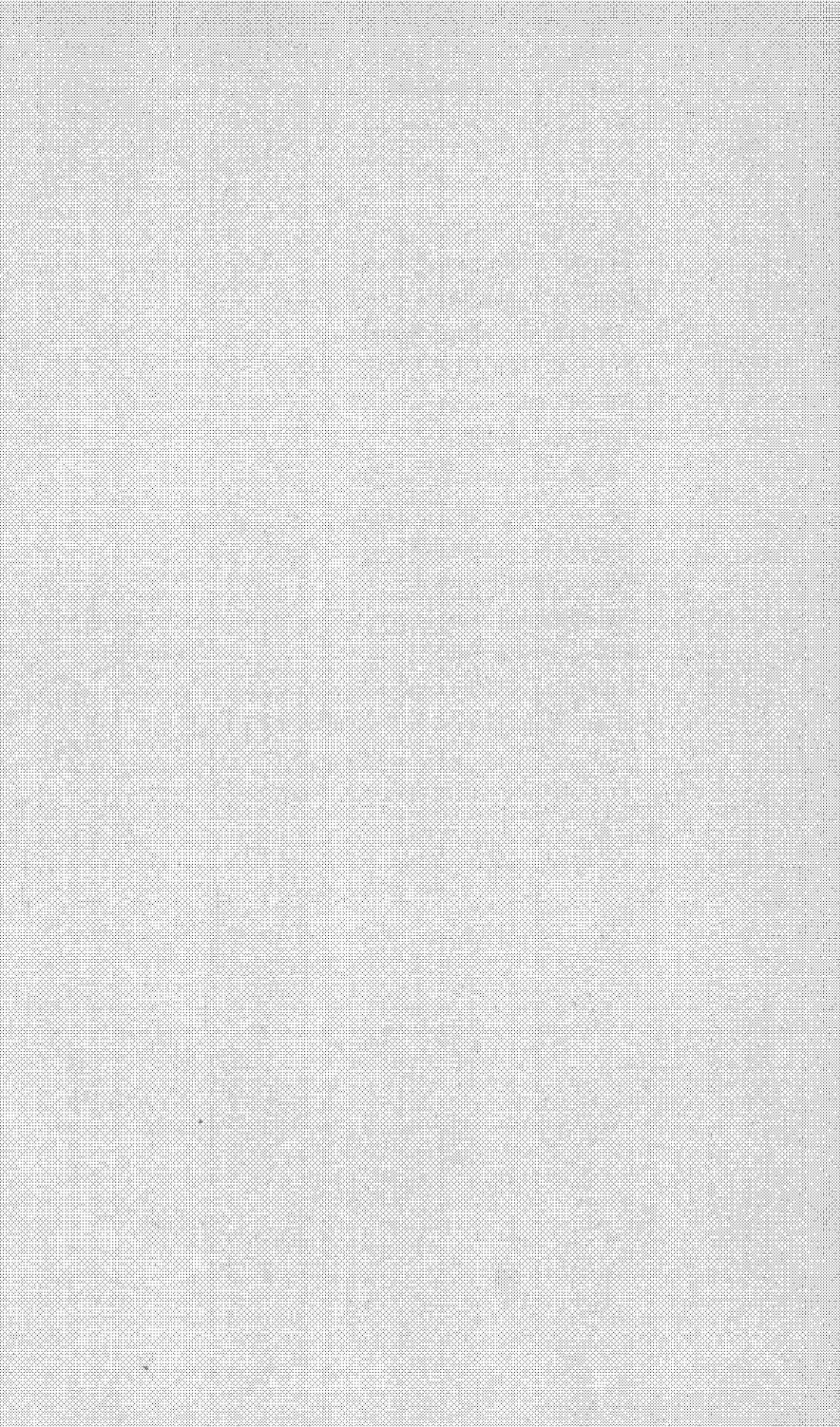
El que arrancó sediento de justicia

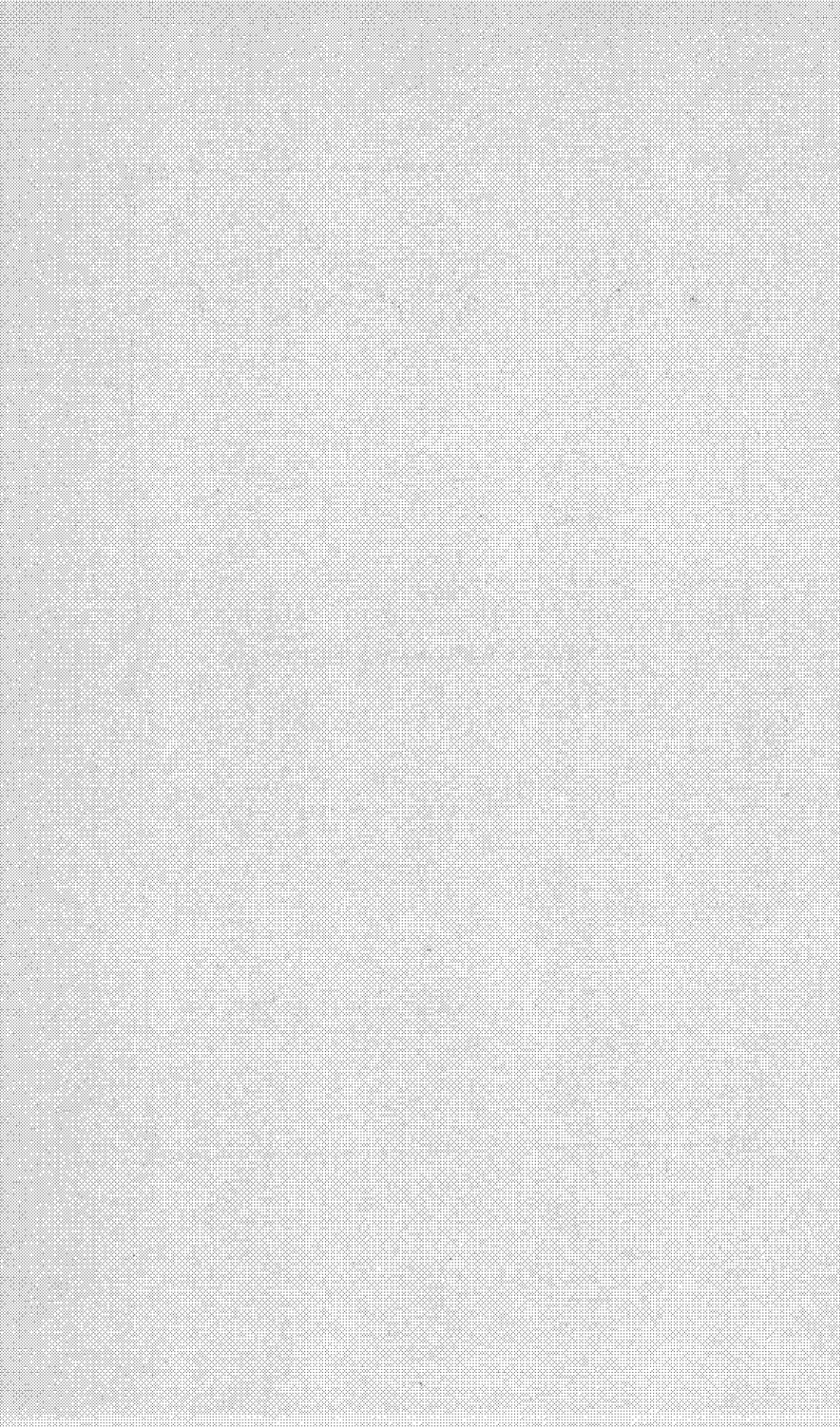
Las lises de Borbon de nuestro escudo,

Esperanzas sin término acaricia.

La tradicion de las discordias rota.

Benedicirá la mano que restaña
La sangre que aun hoy brota
De las heridas de la hermosa España.
¿Verá por su monarca justiciero
Reavivada la paz y el odio extinto?
Así del pueblo entero
Lo ha comprendido el generoso instinto.
 Partéipe también, y compañera
En la alta empresa que tenéis por norte.
Será, no hay que dudarlo, la primera
Vuestra gentil consorte.
Bello adorno y ejemplo
Será de vuestra corte:
Y digna de su fama y su linaje.
Lo que hasta aquí fué alcázar hará templo
Donde al honor se rendirá homenaje.





D. L. M.

Al Excmo Sr D. Juan V. de Borja y Arce

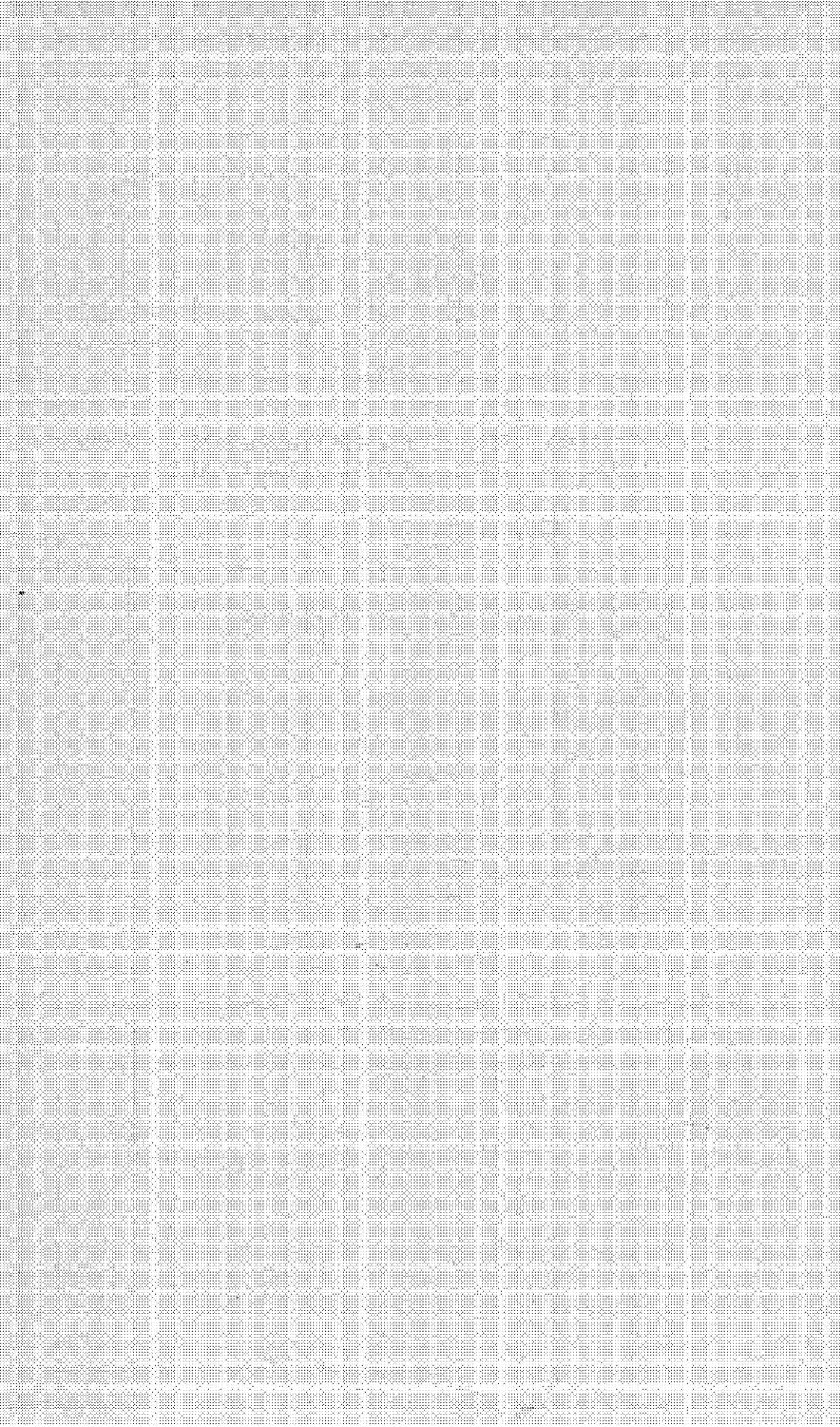
Académico de Honor de la

Real Academia de la Lengua

de la Lengua

ODA

Á LA REINA DOÑA MARIA VICTORIA



ODA

LA REINA DOÑA MARÍA VICTORIA

POR

D. BONIFACIO CARRASCO DE CAMPOS



MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, 29

—
1871

A

LA REINA DOÑA MARÍA VICTORIA.

¡Salud, tierra del Cid, patria guerrera
De Cisneros, Cortés y de Pelayo!
¡Salve, pueblo leal del Dos de Mayo,
De Gerona, Bailén y Talavera!
¡Cuna inmortal de bravos infanzones,
Que á la sombra feliz de sus pendones,

Rompiendo audaces pavoroso arcano,
En ignotas regiones
Al trono de Castilla soberano
Dieron el vasto imperio
De un nuevo mundo, sin igual tesoro,
Al sol arrebatando en su hemisferio
Sus rocas de zafir, sus templos de oro!
Bajo tu cielo azul, fúlgida y bella,
Entre nubes de nácar y topacio,
Cual chispa de diamante en el espacio
Esplendente de luz, arde una estrella.
Nuncio de bienes, faro peregrino,
Celeste mensajera del destino,
Que abriendo á la esperanza el alma muda,
De bienhechora paz muestra el camino
Las tinieblas rasgando de la duda.
¡Quizá el recuerdo de la patria amada,
Que ardiente suele despertar enojos

A el alma apasionada.
De tristeza á nublar venga tus ojos,
¡Oh! ¡Reina idolatrada!
¡Afanoso tal vez tu seno aliente
Al pensar en la Italia que te adora...
Mas ya que inspiracion falte á mi mente.
Aprende de mi voz, noble señora.
Que en España tambien se ama y se siente!
¡Temor pueril tu corazon deponga,
Que inmutable en su fé la patria mia,
En su recuerdo guarda todavia
Los nombres de Sagunto y Covadonga!
Madre feliz y de virtud modelo,
Aquí hallarás tambien tiernas esposas,
Ángeles del hogar, honra del suelo,
Que tesoros de afecto, cariñosas,
Y de santa ternura
Para tí guardarán, noble matrona,

Tejiendo la simbólica corona
Que consagra su amor á tu hermosura.
Desde la culta Gádes á la orilla
Del Ebro caudaloso, do valiente
Cuna famosa de guerrera gente,
César Augusta por sus timbres brilla,
De honor y libertad la enseña pura
Flotando al viento entre el cortante acero
Que á mi patria querida el bien augura,
Te probará su ardor el noble ibéro
En tu nombre cifrando su ventura.
Y del Tajo anchuroso á los confines
De las vascas históricas montañas,
Sus bosques, sus praderas, sus jardines,
Palacios y cabañas,
Te ofrecerán las gentes á porfía.
Rindiéndote Valencia engalanada
Sus verjeles de amor, su luz Granada.

Su ambiente perfumado Andalucía.
Honra es preciada de la humana historia.
De tu Italia gentil el noble brillo;
Mas si del Dante ensalza la memoria.
Mi patria se envanece con la gloria
De Calderon. Velazquez y Murillo.
De la torpe maldad terrible azote.
Estro gigante que el saber inspira,
El mundo absorto con respeto admira
Al génio insigne que escribió el Quijote.
Tal vez hoy pensarás en el Ticiano,
En Leonardo de Vinci, en el de Urbino, ...
¡Dios en el arte le hizo soberano!
¡Mas también concedió númen divino
A Herrera, Zurbarán y Alonso Cano!
¡Del génio pura aquí brota la llama,
Que la gloria del arte santifica
Y en sacro fuego el corazón inflama!...

El aire de mi patria vivifica...
¡Señora, aquí también se siente y se ama!
Por eso el pueblo que á tu ilustre esposo
Bajeles ofreció, trono y blasones,
En tu afecto de Reina, generoso,
Un grato porvenir mira dichoso
De libertad, de gloria y de ilusiones.
Iris de paz tu excelso nombre sea...
Y pues que amor en su pureza aduna.
Que en él la patria de Lanuza vea
El símbolo eternal de su fortuna.
En el rudo combate de la vida
Ese cariño tierno,
Que en inmenso raudal tu pecho anida,
Los sinsabores calme del gobierno,
Siendo del joven Rey la santa egida!
Y nunca el detestable aliento impuro
Doblegue su razon á la malicia...

Pecho de bronce duro.
Opon tenaz al que traidor perjuro
Alimentar pretenda una injusticia.
Y alzando á la virtud egregio templo,
Ya que tu dicha de la fé se ampara,
El pueblo de su rey mire en la cara
De preclara honradez el alto ejemplo.
Sin dar á la maldad tregua ni espacio
Á su lado mantenga los mejores...
Que á la vista del Rey, en el palacio,
Amigos ha de haber, no aduladores.
Consejo es este de mi voz serena,
Que escuchando tan sólo el sentimiento,
Á toda rüin adulacion ajena,
De patriótico amor el pecho llena
Al fijar en el Rey mi pensamiento.
Ni á guerra ni á traicion liberticida,
Ni á codicia servil debe su trono...

La voluntad del pueblo le convida
Con el régio dosel, y de su vida
La patria de Guzman sale en abono.
Al soplo popular roto y deshecho
De un caduco poder el juego vano,
De rancias tradiciones á despecho.
Entre sus ruinas se levanta ufano
Del trono en que te sientas el derecho;
No el derecho de un déspota orgulloso,
Que fijo sólo en su codicia astuta.
A un pueblo subyugar quiere ambicioso.
Su ley hollando con la fuerza bruta.
Del voto nacional el noble brazo
Que tu nombre defiende y solemniza.
Potente forma el venturoso lazo
Que libertad y gloria simboliza.
Rey liberal para la España sea
Génio feliz de bienhechora mano,

Y en su recta justicia el mundo vea
De un pueblo el protector, no el soberano.
Y su destino así ligando al suelo,
Que noble en su esperanza le confía
Su libertad, su gloria y su alegría,
Dios le bendecirá del alto cielo.
Bendiciendo también la monarquía!
Y este pueblo leal, de fé serena,
En su egregio monarca el rostro fijo.
Guardará de su amor el alma llena
Para tí, para el Rey, para tu hijo.
Del rencor y la envidia enardecidos,
La crítica mordaz nada te importe:
Que aunque los mueva la impotencia unidos.
De sus reyes queridos
Un pueblo liberal forma hoy la corte.
Corte de amor; no turba cortesana
De oro, y de mando, y de poder sedienta.

Que ingrata siempre y de ambicion liviana .
Morder en su furor suele villana
La mano del señor que la sustenta.
Ajena siempre al criminal empeño
Que mancha el corazon de torpe dolo.
Y siempre altiva ante la voz de un dueño .
En su sencillo amor sabrá tan sólo
Con ternura filial velar tu sueño.
¡A Dios! ¡palma gentil . fragante rosa,
Del trono joya de sin par riqueza!
De su Reina mi patria hoy orgullosa.
Afecto jura á la mujer dichosa
Que la supo rendir con su belleza.
Y el corazon que entraña ,
De viva fé raudal inextinguible.
Al vigoroso empuje irresistible
Que aliento imprime á la opinion de España,
Alejando de sí vagos temores,

Al ver en tí la imágen de la gloria,
Noble corona de laurel y flores
Ofrece hoy á tus piés. REINA VICTORIA!...

Madrid, 1871.

